

HISTORIA DE LOS PAPAS

EN LA ÉPOCA DE LA REFORMA
Y RESTAURACIÓN CATÓLICA

POR

-

Ludovico Pastor

VERSIÓN DE LA CUARTA EDICIÓN ALEMANA

POR EL

P. José Monserrat

de la Compañía de Jesús

Volumen XIII

(JULIO III)

(1550-1555)

BARCELONA
GUSTAVO GILI, EDITOR

CALLE DE ENRIQUE GRANADOS, 45

MCMXXVII

HISTORIA DE LOS PAPAS

DESDE FINES DE LA EDAD MEDIA

COMPUESTA UTILIZANDO EL ARCHIVO SECRETO PONTIFICIO
Y OTROS MUCHOS ARCHIVOS

POR

Ludovico Pastor

CONSEJERO REAL E IMPERIAL
PROFESOR ORDINARIO DE LA UNIVERSIDAD DE INNSBRUCK
Y DIRECTOR DEL INSTITUTO AUSTRIACO DE ROMA

Tomo VI

HISTORIA DE LOS PAPAS EN LA ÉPOCA DE LA REFORMA Y
RESTAURACIÓN CATÓLICA: JULIO III, MARCELO II Y PAULO IV
(1550-1559)

BARCELONA
GUSTAVO GILI, EDITOR
CALLE DE ENRIQUE GRANADOS, 45
MCMXXVII

NIHIL OBSTAT

El Censor,
DR. JOAQUÍN SENDRA PASTOR
CANÓNIGO

Barcelona, 14 de enero de 1927.

IMPRÍMASE

JOSÉ, OBISPO DE BARCELONA

Por mandato de S. E. I.
DR. FRANCISCO MARÍA ORTEGA DE LA LORENA
CANCELLER-SECRETARIO

ÍNDICE ALFABÉTICO

de las obras repetidamente citadas en este tomo

- Acts of the Privy Council of England. Nueva serie, ed. por John Roche Dasent. T. I-XI, Londres, 1890-1895.
- Adinolfi, P., Il Canale di Ponte e le sue circostanti parti. Narni, 1860.
- Adinolfi, P., La via sacra o del Papa. Roma, 1865.
- Adinolfi, P., Roma nell' età di mezzo. 2 T. Roma, 1881.
- Adriani, G. B., Istoria de' suoi tempi. T. I y ss. Prato, 1822.
- Albèri, E., Le relazioni degli ambasciatori Veneti al Senato durante il secolo decimosesto. Tres series. Florencia, 1839-1855.
- Amabile, L., Il S. Ufficio della Inquisizione in Napoli. T. I. Città di Castello, 1892.
- Ambros, A. W., Geschichte der Musik (con numerosos ejemplos musicales). T. IV. 2.^a ed. Leipzig, 1881.
- Analecta Bollandiana. 30 T. París-Bruselas, 1882-1911.
- Ancel, R., La question de Sienne et la politique du cardinal Carlo Carafa, 1556 à 1557. Brujas, 1905.
- Ancel, R., La secrétairerie pontificale sous Paul IV. París, 1906.
- Ancel, R., Paul IV et le Concile. Lovaina, 1907.
- Ancel, R., Le Vatican sous Paul IV. Contribution à l'histoire du Palais Pontifical: Revue Bénédictine, 1908, enero, págs. 48-71.
- Ancel, R., L'activité réformatrice de Paul IV. París, 1909.
- Ancel, R., La disgrâce et le procès des Carafa d'après des documents inédits 1559 à 1567. Maredsous, 1909.
- Ancel, R., La réconciliation de l'Angleterre avec le Saint-Siège sous Marie Tudor. Légation du Cardinal Polus en Angleterre, 1553-1554: Revue d'hist. ecclésiast., X, Lovaina, 1909, 521-536 y 744-798.
- Ancel, R., Nonciatures de France, Nonciatures de Paul IV. (Avec la dernière année de Jules III et Marcel II.) Publicado por R. A. T. I: Nonciatures de Sebastiano Gualterio et de Cesare Brancatio (mayo de 1554-julio de 1557). Partes 1.^a y 2.^a París, 1909 a 1911.

alcanzar una posición semejante a la que habían ocupado los Farneses bajo Paulo III (1); pero pronto se cansó de resistirles, aunque no fué en esta senda tan lejos como su predecesor, ni dió a los suyos posición de soberanos, ni les concedió gran influencia política. Comoni las circunstancias ni la opinión general eran ya favorables a los antiguos abusos, no se llegó a un notable nepotismo. Los parientes que aun en el lecho de muerte asediaron inútilmente al Papa con sus pretensiones (2), no las vieron en manera alguna satisfechas, aunque no les había faltado ocasión para ello (3).

Al principio de su reinado, al repartir los oficios de la curia, había promovido el Papa a dos de sus parientes. A uno de éstos, Pedro del Monte, lo nombró prefecto del castillo de Santángelo, mientras confió el mando de su guardia al hijo de su hermana, Ascanio della Corgna, que era un hábil guerrero (4). A su hermano mayor, «el señor Balduino», como le llaman siempre los embajadores, el Papa le había querido siempre mucho. Luego a 24 de febrero de 1550 llegó a Roma y se le dió por morada, primero las estancias Borja (5) y luego el palacio Dell' Aquila en la plaza de San Pedro (6); pero no fué promovido al cardenalato, como algunos se lo predecían. El Papa le consideró demasiado anciano para ello, y por otros conceptos poco apto (7). El 20 de

(1) En 23 de febrero de 1550 participa Buonanni: * Sino a qui non mostra S. Sta. animo di volere levare alcuno dei carichi, che desse la s. m. di Paolo, il che preme assai a questi parenti di Iulio et ne mostrano mala contentezza. *Archivo público de Florencia*.

(2) Nonciat. de France I, XLIV, nota 4.

(3) Las inclinaciones a sus parientes pusieron en conflicto a Julio III aun con la capitulación electoral (Fuentes e investigaciones del Instituto histórico de Prusia, XII, 224 s.), sobre cuya alteración se deliberó ya en 30 de mayo, y luego otra vez el 13 de junio de 1550. Vide Massarelli, 177.

(4) Vide Massarelli, 153, y Pagliucchi, 121 s. Ascanio tenía 200 scudi di provisione. Buonanni, que notifica esto en 23 de febrero de 1550, añade: * La cavalleria che si trova nello stato eccles^{co}. si cassera et si ridurra a 200 cavalli, che staran qui. I Sizzeri, che son 200, non credo che s' accresceranno (*Archivo público de Florencia*). El 18 de diciembre de 1550 fué nombrado Asc. della Corgna gubernator perpetuus del Castrum plebis (vide el *breve a él dirigido [ut statu squoque nobis sanguine intime coniuncti conditionem decentius tenere valeas]. *Brevia Arm., 41, t. LVIII, n. 1022. *Archivo secreto pontificio*). Sobre A. della Corgna vide también Nonciat. de France, I, 24.

(5) Massarelli, 157, 183.

(6) Ehrle, Bufalini, 15.

(7) Legaz. di Serristori, 243 s. Aquí falta la * carta de Serristori, de 17 de abril de 1550, en la que se dice: * Al s. Baldovino disse che provederebbe di stato conveniente a lui non disegnando a modo alcuno di farlo cardinale per

marzo le nombró gobernador de Espoleto, más adelante le otorgó pingües rentas y le dió el estado de Camerino, bien que sólo para durante su vida (1). Fuera de esto obtuvo para él de Cosme de Médici, como feudo, el condado de Monte San Savino nuevamente formado (2).

Balduino había tenido de su matrimonio con Julia Mancini, además de dos hijas (3), tres hijos, de los que sólo uno vivía, por nombre Juan Bautista. A este nepote le dió Julio III el gobierno de Fermo y Nepi y le nombró gonfaloniero de la Iglesia (4). Y como Juan Bautista, cuyos pensamientos estaban enteramente consagrados a la guerra, hallara la muerte el 14 de abril de 1552, en el cerco de la Mirándola (5), el Papa dió a Balduino el gobierno de las mencionadas ciudades (6). Al hijo natural de Balduino,

esser oltre con l'età et perchè non havesse a mettersi a imparar a dir l'offitio et l'introito come intervenne a Pucci in sua vecchiezza (*Archivo público de Florencia*). Vide aquí mismo la * relación de Buonanni de 16 de marzo de 1550.

(1) Por * breve de 20 de marzo de 1550, separó a Espoleto de Umbría, y nombró a Balduino, «quo nec sanguinis coniunctionem nec in amore magis praecipuum habemus et huic regimini valde idoneum et utilem fore speramus», su locumtenens de la ciudad y distrito de Espoleto, y castellanus arcis. Brevia Arm. 41, t. LV, n. 202. Aquí mismo t. LVI, n. 731 hay el * breve a Balduino de 4 de agosto de 1550: Después de haberte hecho exactor general de las rentas de Camerino, te hacemos gracia de las mismas, «considerantes congruum esse, ut tibi, qui germanus frater noster existis, unde iuxta convenientiam gradus et conditionis tuae, presertim apud Nos et in servitiis nostris existendo decenter sustentari valeas, per Nos provideatur» (*Archivo secreto pontificio*). Vide además las * relaciones de Serristori, de 26 de julio, 19 y 30 de agosto de 1550 (*Archivo público de Florencia*) y Tesoroni, 35. Sobre Camerino vide Lilli, Storia di Camerino, 359.

(2) Cf. Salvadori en la Rassegna Settimanale, VI, n. 132 y Tesoroni, 34.

(3) Ursula y Cristina. Ellas recibían, como los demás parientes, subvenciones mensuales. Vide * Intr. et Exit. 1554-1555 en el Cod. Vat. 10605 de la Biblioteca Vaticana.

(4) Vide las * relaciones de Serristori, de 26 de julio (* N. S. dette il governo di Fermo a beneplacito al s. Giov. Battista) y 30 de agosto de 1550 (concesión de Nepi). *Archivo público de Florencia*. Vide también Legaz. di Serristori, 244, 257; de Leva V, 116, y Revista histórica, XXIX, 316. Con cuánta solitud cuidaba el Papa de este sobrino suyo, se manifestó, cuando éste cayó enfermo en 1551. El duque de Ferrara le envió entonces su médico; Julio III le rogó que le informase puntualmente sobre el decurso de la enfermedad. Véase el breve para Ant. Brasaulae médico, de 9 de agosto de 1551. Arm. 41, t. LXXI, n. 673. *Archivo secreto pontificio*.

(5) Balan, Mirándola, 45 s.

(6) Vide los * breves a Balduino, de 29 de abril y 6 de mayo de 1552 (Arm. 41, t. LXIV, n. 275 y 298). Gran resignación respiran las * cartas de acción de gracias por el pésame, que dirigió el Papa a Hércules, duque Ferrara, el 25 de abril de 1552 (Siempre hemos procurado conformarnos con

Fabiano, lo legitimó el Papa ya al principio de su reinado, y formó una corte a aquel joven, que era todavía un muchacho. Como Juan Bautista no tenía hijos, aun antes de su muerte las esperanzas de la familia estaban puestas en este Fabiano (1), al cual dió Cosme de Médici por mujer a su hija Lucrecia, después de largas negociaciones en 1554, por el gran interés que tenía en asegurarse el favor del Papa. Julio III vino muy gustoso en ello; pero con gran disgusto del de Médici tuvo cuidado de quitar a aquella unión todo carácter político (2).

De las dos hermanas del Papa, Jacoba, la más joven, casada con Francia della Corgna, tuvo dos hijos: el ya mencionado Ascanio y Fulvio, que fué primero obispo de Perusa y luego, en diciembre de 1551, cardenal (3). También obtuvo la púrpura Roberto, hijo de la hermana mayor de Julio III, Luisa, casada con Roberto de Nóbili. El joven Roberto era tan sobresaliente persona, que se pudo decir en su elogio, que era modelo de aquella candorosa piedad que parece un reflejo del cielo en la tierra (4).

En qué contradicciones se moviera la acción de Julio III, ninguna cosa lo demuestra más claramente que el hecho de haber otorgado al principio de su pontificado el capelo a otro joven, que tenía tanto de vicioso como Roberto de Nóbili de virtuoso.

El embajador veneciano Dandolo refiere, que cuando Julio III era legado en Plasencia, había tomado, por decirlo así, del arroyo a un mozo de humilde origen y le había hecho custodio de su

la divina voluntad, ut omnia quae nobis eveniunt, sive prospera sive illa sint adversa, ad nostram eruditionem et inscrutabili Dei iudicio provenire existimemus, y al virrey de Nápoles, el mismo día (non ignorantes, humanam naturam et res bellicas, quas ipse nostre nepos sua electione, non nostra voluntate sequebatur, huiusmodi saepe casus parere consuevisse). Arm., 41, t. LXIV, n. 265 y 266 (*Archivo secreto pontificio*). La gravedad de la pérdida la encarece Serristori en una * carta interesante de 23 de marzo de 1552 (*Archivo público de Florencia*). Balduino murió en agosto de 1556; véase la * carta de Navagero, de 22 de agosto de 1556. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

(1) Massarelli, 161, y de Leva V, 115. La legitimación de Fabiano puede verse en Tesoroni, 81 s.

(2) Cf. Legaz. di Serristori, 302 s., 309 s., 332 s.; Firmanus, 502-503; el * breve a Cosme, de 11 de abril de 1554 (Mirifice gaudemus por el concierto de la unión de las familias. Arm. 41, t. LXX, n. 199. *Archivo secreto pontificio*); Nonciat. de France I, XLIV, 26; Pallavicini, 13, 10, 8; Tesoroni, 84 s.

(3) Massarelli, 158, y Nonciat. de France, I, 62.

(4) V. Reumont, III, 2, 505; Ciaconius, III, 784 ss. y más adelante el capítulo IV.

mono, por el grande ánimo que había mostrado el muchacho cuando el animal le abrazó. El custodio del mono supo ganarse en poco tiempo la voluntad de su amo de tal modo, que éste le quiso en extremo y movió a su hermano a adoptarle por hijo; pero hizo poco honor al nombre que entonces se le dió, de Inocencio del Monte (1). A pesar de todo, el cardenal, que le quería con un afecto tan increíble como incomprendible, le dió un prebostazgo en Arezzo. Massarelli que atestigua esto, añade: «Tan pronto como Juan María del Monte fué Papa, ninguna cosa tuvo más puesta en el alma, que adornar al hijo adoptivo de su hermano con las más altas dignidades, honores y riquezas. Hasta el día presente (habían transcurrido tres meses) le ha dado ya más de doce mil coronas de renta, y finalmente le ha elevado con la mayor satisfacción a la alta dignidad cardenalicia» (2).

No faltó resistencia contra este afrentoso abuso de la autoridad pontificia. El cardenal Pole trajo a la memoria las disposiciones legales y la gravedad de los tiempos (3). Aun hizo más vivas representaciones Carafa, el cual esperaba poder estorbar el proyectado nombramiento, pues de antiguo estaba en íntimas y muy buenas relaciones con Julio III. El anciano cardenal empleó para ello todos los medios que estaban en su mano; fué personalmente al Papa y le puso delante, empleando toda su elocuencia, los motivos que debían apartarle de dar tan desgraciado paso: la afrenta que recaería sobre su autor, la murmuración de las gentes, que un príncipe debe temer más que nada, y que en este caso, de la elevación de un joven sin padre y de livianas

(1) Vide Dandolo, 355 y Merkle, I, 177; Massarelli, 174 s.; Masio en el Archivo de Lacomblet, VI, 163; Ciaconius, III, 759; Arch. stor. Ital, serie 4, XIII, 420; Pallavicini, II, 7, 4, y el juicio con razón muy severo de Raynald (1550 n. 50). Sin prueba alguna hace Grimm (Michelangelo, II, 423) a Inocencio hijo de Julio III.

(2) Massarelli, 175. Ya en 23 de febrero da cuenta Buonanni del próximo nombramiento de cardenal de Inocencio (vide el n. 4 del Apéndice). Véase la relación de Dandolo, de 16 de marzo, en de Leva, V, 117. En 17 de abril de 1550 refiere Serristori: «Disse S. S^{ta}. al Buonanni che al primo o secondo consistorio al più lungo voleva crear cardinale il proposto, suo nepote et che su questo principio harebbe 13000 scudi d'entrata. Cf. la *relación de Buonanni, de 18 de abril de 1550. El 30 de abril notifica Serristori: «S. S^{ta}. mandó per il proposto, il qual se ne verrà a Bagnaia, adonde le enviarà el capelo (*Archivo público de Florencia*).

(3) Vide el *despacho de Dandolo, de 18 de abril de 1550 (*Archivo público de Venecia*), publicado en parte por de Leva, V, 118; Druffel, I, 398; Brown, n. 662.

costumbres, produciría necesariamente las peores sospechas (1). Todo fué inútil. El 30 de mayo de 1550, Julio III, en un consistorio secreto, procedió a nombrar cardenal a Inocencio del Monte, que tenía a la sazón diecisiete años. El 1.º de julio celebró éste su solemne entrada en Roma, y al día siguiente recibió el capelo, no en un consistorio público, según era tradicional, sino en uno secreto (2). El cardenal Carafa se abstuvo de asistir a ambos consistorios, para no contraer ni aun la sospecha aparente de que con su presencia y silencio aprobaba el lamentable caso. En vez de esto mandó al Papa un escrito, en el cual declaraba abiertamente, una vez más, que no podía aprobar semejante nombramiento (3). Lo que Carafa y muchos otros (4) habían predicho, no sobrevino sino demasiado pronto. El nombramiento produjo gran escándalo. Mucha gente creyó que Julio III era padre de Inocencio, pero esta suposición era mucho menos injuriosa que otras, que en seguida esparcieron sus enemigos. En verdad, la acusación de repugnante inmoralidad no se probó ni entonces ni después; pero el mismo Julio tuvo culpa en que se lanzara y creyese, pues su conducta respecto de Inocencio del Monte, especialmente en época de tanta malicia como aquélla, había de dar pie a las peores sospechas (5).

Contra toda esperanza creía Julio III que, hecho cardenal,

(1) V. * Apologia alla relat. del Navagero (*Biblioteca Nazionale di Napoli*; cf. los n. 89-90 del Apéndice). Bromato, II, 158 s.

(2) Acta consist. en Gulik-Eubel, 35; Massarelli, 174-175; las relaciones publicadas por Druffel, I, 406; de Leva, V, 118 s.; Arch. d. miss. scientif., serie 2, V, 98.

(3) Bromato II, 159. La * Apología citada citada en la nota 1, dice, que la carta de Carafa se difundió en copias por todas partes.

(4) Véase en el n. 4 del Apéndice, la * relación de Buonanni de 23 de febrero de 1550 (*Archivio pubblico di Firenze*).

(5) Notorio es cuán usual era en tiempo del Renacimiento marcar a los enemigos con el estigma de la perversidad. Este género de lucha duraba entonces todavía (vide especialmente los pasquines contra el cardenal Monte en el Giorn. stor. della lett. Ital., XLIII, 242 s.), y el mismo Panvinio se dejó inducir a afirmar semejante cosa de Julio III (*puerorum amoribus implicitus*). Vide Merkle, II, 147; cxxxiv. Si se hubiese podido alegar una prueba de esta acusación, no la hubiera Sarpi dejado escapar. Por esto dicha inculpación es desechada con razón por los modernos (véase Röse en Ersch-Gruber, 2.ª sección, XXVIII, 351; Aschbach, * Léxico eclesiástico, III, 656, y Bruzzzone, «La vigna di Papa Giulio», *Messaggero*, 1911, n. 51). Ya ha demostrado Ciaconio (III, 759), que la inscripción de la Villa Giulia no prueba que Inocencio del Monte fuese hijo de Julio III.

viviría Inocencio conforme a las exigencias de tan alta dignidad (1); pero aquel advenedizo se hizo más osado por la inesperada fortuna, y se entregó más todavía que anteriormente a una vida por extremo escandalosa, a pesar de lo cual aun continuó el Papa colmándole de demostraciones de favor. No sólo le otorgó ricos beneficios, como la abadía de San Miguel de Normandía y la de San Zenón de Verona (2), y en 1552 hasta la misma legación de Bolonia (3), sino que le concedió una posición semejante a la que había gozado Alejandro Farnese en tiempo de Paulo III. A fines de noviembre de 1551 se avisó a los nuncios, que en adelante dirigieran sus cartas al cardenal Inocencio del Monte, en vez de hacerlo como hasta entonces al primer secretario de Estado Jerónimo Dandino o al mismo Papa. Esta mudanza nació de Balduino, que había dado a su hermano el pernicioso consejo (4). Inocencio del Monte, falto de toda noble aspiración, no poseía ni la voluntad ni la capacidad para consagrarse a los negocios, y su actividad como secretario de Estado se limitaba a firmar los despachos extendidos en su nombre y cobrar las rentas de su elevada posición.

La dirección de los negocios estaba en manos del Papa, de su hermano Balduino y del experimentado secretario de Estado Jerónimo Dandino (5), el cual había tenido buena escuela en la

(1) Véase el *breve al dux de Venecia, de 21 de junio de 1550: Tu carta sobre la elevación del cardenal Inocencio del Monte y el discurso de tu embajador nos han hecho saber tu benevolencia. Nos quidem, f. d. (en vez de lo borrado: domesticare ac rationes nostre ad id impulerunt), *privata quedam ob paucitatem gentilium nostrorum necessitas ad id impulit, speramus tamen aliquem defectum eius aetatis maturitate ingenii ab eo esse supplendum*. Como quiera que sea, él estará siempre por vosotros. Arm. 41, t. LVI, n. 568. Ibid, t. LXIII, n. 117 hay un *breve de 20 de febrero de 1552, en el cual Julio III agradece al dux la concesión del derecho de ciudadano a su hermano y a los hijos de éste (*Archivio segreto pontificio*).

(2) La cesión de la abadía S. Michael Rotomag. dioc., hecha por Enrique II (val. 2500 duc.), la notifica *Serristori el 21 de julio de 1550 (*Archivio pubblico de Florencia*). Sobre la de S. Zenón, véase Massarelli, 218. Sobre la concesión del obispado de Mirepoix en 1553, véase Thomas, III, 198.

(3) *Breve a los Cuarenta de Bolonia, fechado el 4 de junio de 1552. Arm. 41, t. LXIV, n. 391 (*Archivio segreto pontificio*). Cf. Belluzzi, 180.

(4) Vide Pieper, 122 y Relaciones de nunciaturas, XII, xxxiii, 107, nota 2. Durante una ausencia de Dandino, había hecho sus veces G. Ricci; v. ibid. 55, nota 5.

(5) Vide Richard en la Rev. d'hist. ecclési., XI, 520; Relaciones de nunciaturas, VIII, 12 s.

cancillería de Paulo III y se había hecho familiares, por efecto de numerosas misiones diplomáticas, las cosas de Francia y Alemania (1). A su lado trabajaban además en la cancillería de Estado otros tres secretarios como asistentes: Julio Canano, Angel Massarelli y Trifón Bencio, que además presidía la redacción de los despachos cifrados (2). El cargo de secretario de las epístolas latinas, que durante el reinado de Paulo III había ejercido Blosio Paladio (3), continuó durante el gobierno de Julio III en manos de dicho distinguido estilista; y cuando en agosto de 1550 murió Blosio, Julio III dividió en dos este pingüe oficio, que ya antes habían desempeñado dos funcionarios. Su elección recayó en los dos hábiles humanistas Galeazzo Florimonte, obispo de Aquino, y Rómulo Amaseo de Bolonia, recomendado por el cardenal Alejandro Farnese. Fallecido Amaseo en el verano de 1552, ocupó su lugar el excelente obispo de Carpentras, Pablo Sadoletto (4).

Dandino, de quien con razón hacía gran aprecio Julio III, era propiamente el jefe de la cancillería de Estado, y cuando

(1) Sobre Dandino véase Dandolo, 457; Pieper, 121; Relaciones de nunciaturas, VIII, 12-13; Nonciat. de France, I, 2 nota. Dandino murió en Roma en 1559; su sepulcro se halla en S. Marcello (Forcella, II, 308). El relator de Cosme I en Roma, Buonanni, no estaba contento del empleo de Dandino. En 21 de marzo de 1550 escribe lo siguiente: *Parse buona la resolutione che prese S. Stà. di non servirsi del Cavalcante per quel ch'el conclave finì di chiarirlo. Ma il continuare di servirsi del Dandino et di lassargli la sottoscrizione in mano, non è lodato da alcuno, massime da chi sa l'inclinazione di detto Dandino al servizio del Rè, quel ch' egli rivelò al card. di Ferrara dei negozi segreti di Paulo et i dinari et la pensione c'hebbe sotto mano da S. S. ill^{ma}. et rev^{ma}. *Archivo público de Florencia*.

(2) Massarelli, 154. Pieper, 121 s. Nonciat. de France, I, 72, nota 2.

(3) V. nuestras indicaciones del tomo XII, 433. Sobre Blosio, véase Maffei, en la *Rassegna per la storia di Volterra*, I (1898), 8 ss., 82 ss.

(4) V. Massarelli, 185; Caro-Farnese, *Lettere* I, 260; Druffel, II, 660; Lanachert, 685; Grelia, G. Florimonte, S. Maria Capua Vetera, 1909; las *relaciones de Buonanni, del 14 y 15 de agosto de 1550 (*Archivo público de Florencia*) y la *carta de Jerónimo Biagio, de 16 de agosto de 1550 (*Archivo de Bolonia*). P. Sadoletto había saludado en seguida la elección de Julio III en una **carta al cardenal Farnese, con fecha Carpent. IV Id. April. 1550 (Vat. 4103, p. 107 s. *Biblioteca Vaticana*). El *breve de su nombramiento, fechado el 25 de julio de 1552, se halla en Min. brev., 65, n. 519 (*Archivo secreto pontificio*). En el último año del reinado de Julio III, en los *Intr. et Exit. (Cod. Vat. 10605), hallanse pagas (70 sc. per mese) para los cuatro secretarii siguientes: Canano, Massarelli, Sadoletto y Bencio; especialmente para los breves aparece aquí César Grolierio, que desde 1552 pertenecía a la secretaría de Estado. Vide Ancel, *Secrét. pontif.*, 51.

el 20 de noviembre de 1551 fué nombrado cardenal, confió los trabajos de su despacho a su secretario Canano, persona de gran talento. Ambos llevaban la correspondencia con los nuncios, mientras el cardenal Inocencio del Monte gozaba el honor y provecho de aquel elevado cargo, sin hacer otra cosa que firmar (1).

La dirección superior de los negocios políticos y eclesiásticos la llevaba el Papa, quien desde el principio se mostró muy independiente y no tomaba consejo casi con nadie (2), y con cuánto celo se dedicara a los negocios, especialmente en los primeros años de su reinado, lo demuestra el hecho de que para los documentos importantes daba por sí mismo no sólo las ideas, sino también la forma en que se debían expresar. Aun cuando tales documentos no llevan la nota, «dictado por el mismo Papa», pueden, no obstante, distinguirse fácilmente de los otros, pues llevan un sello enteramente propio, y sorprenden así por la viveza y abundancia de las imágenes, como por la vigorosa originalidad de las maneras de decir (3). El diario de Massarelli atestigua, «con cuán grande diligencia preparaba el Papa y elaboraba las instrucciones dirigidas a sus nuncios (4). Además de Dandino eran llamados para estos trabajos el cardenal Crescenzi, que gozaba de mucha confianza con el Papa (5), y Angel

(1) Cf. Pieper, 123; Richard, loc. cit.; Törne, P. Gallio card. de Côme, Paris, 1907, 38. Del permanente influjo de Dandino da cuenta no solamente Masio (Archivo de Lacomblet, V, 195 y Lossen, 123), sino también Serristori en sus *cartas de 29 de mayo de 1551 (Dandino es el spirito di S. Stà. et carissimo al s. Baldovino) y 15 de febrero de 1553. *Archivo público de Florencia*.

(2) Cf. Dandolo 357; Legaz. di Serristori, 276, 278; Mendoza en Döllinger, I, 189.

(3) Esto lo pone de realce muy justamente Pieper (p. 123-124). Ibid. 124-125 hay exactas indicaciones sobre las instrucciones de Julio III, difundidas por casi todas las bibliotecas europeas, y p. 129-139 sobre su correspondencia diplomática. Vide además Nonciat. de France, I, iv s. sobre los suplementos del Fonds Borghese, en el cual por lo demás ya Kupke ha hecho fijar la atención en la Revista histórica trimestral, 1898, I, 143; véase también la Introducción de Kupke al tomo XII de las Relaciones de nunciaturas. Sobre el Archivo Dandino del *Archivo segreto pontificio* véase Wirz, Actas XL s. y Bulas I; xxvi sobre los registros de breves de Julio III. Las Regesta del Papa están catalogadas en Palmieri, 82 s., los Ruoli en Ancel, Secrét. pontif. 49.

(4) V. Massarelli, 177, 179, 182.

(5) Cf. Dandolo, 357; Massarelli, pássim. Buonanni habla muy mal de Crescenzi. El 7 de julio de 1550 participa lo siguiente: *Di qua va lunghissima

Massarelli; éste en todo caso por su gran experiencia en el asunto del concilio.

ogni espeditione poiche S. Sta. cedendo pochi negocii gli remette tutti a Crescentio, che per natura et accidente va così tardo nelle espeditioni ch' è uno stento il cavargliene una delle mani. El 19 de julio se queja otra vez de las longhezze de Crescenzi. En 9 de agosto notifica: *S. Stà. non puo star senza lui (Crescenzi) et quand' è seco devon trattar d' ogni altra cosa che de negocii perche di nessun si sentono espeditioni. El influjo de Crescenzi lo acentúa **Buonanni el 7 de octubre de 1550 (*Archivo público de Florencia*). Junto con Crescenzi estaba al lado del Papa el card. Maffei; vide Caro-Farnese, I, 133 y Masio en el Archivo de Lacomblet, VI, 157.

II. La nueva reunión del concilio en Trento, la oposición de Francia y el litigio tocante al ducado de Parma

I

Entre los puntos de la capitulación electoral a que se había obligado en el conclave Julio III, estaba en primer lugar la continuación del concilio universal para la extirpación de las herejías y reforma de la Iglesia; y para promover este asunto, el Papa, ya en los primeros tiempos que siguieron a su ascensión al trono, entabló negociaciones diplomáticas con Carlos V y Enrique II (1).

Aun antes de que hubiera emprendido su misión Pedro de Toledo, destinado a negociar con el emperador, creían saber los bien informados, que el nuevo Papa no sólo estaba dispuesto a continuar el concilio en Trento, sino también, caso de exigirlo las circunstancias, en otro sitio, aunque estuviera en medio de Alemania; pero a condición de que se tratara de un concilio verdadero y libre (2). En efecto declaró Toledo de palabra, que creía que el Papa haría semejante concesión, caso que Trento pareciera poco apropiado, con tal que se diera la necesaria seguridad contra toda

(1) Véase anteriormente en la pág. 73.

(2) * All' imperatore ha promesso di dare il concilio (ma che sia concilio secondo i canoni et non fatto solo per interesse di S. M^{ta}. come voleva fare al tempo di papa Paulo) in mezo 'l corpo dell' Alemagna (carta de *Olivo a S. Calandra, fechada en Roma el 15 de febrero de 1550; *Archivo Gonsaga de Mantua*). Véase también la carta de Masio de 17 de febrero de 1550, en el *Archivo de Lacomblet*, VI, 156.

Massarelli; éste en todo caso por su gran experiencia en el asunto del concilio.

ogni espeditione poiche S. Sta. cedendo pochi negocii gli remette tutti a Crescentio, che per natura et accidente va così tardo nelle espeditioni ch' è uno stento il cavargliene una delle mani. El 19 de julio se queja otra vez de las longhezze de Crescenzi. En 9 de agosto notifica: *S. Stà. non puo star senza lui (Crescenzi) et quand' è seco devon trattar d' ogni altra cosa che de negocii perche di nessun si sentono espeditioni. El influjo de Crescenzi lo acentúa **Buonanni el 7 de octubre de 1550 (*Archivo público de Florencia*). Junto con Crescenzi estaba al lado del Papa el card. Maffei; vide Caro-Farnese, I, 133 y Masio en el Archivo de Lacomblet, VI, 157.

II. La nueva reunión del concilio en Trento, la oposición de Francia y el litigio tocante al ducado de Parma

I

Entre los puntos de la capitulación electoral a que se había obligado en el conclave Julio III, estaba en primer lugar la continuación del concilio universal para la extirpación de las herejías y reforma de la Iglesia; y para promover este asunto, el Papa, ya en los primeros tiempos que siguieron a su ascensión al trono, entabló negociaciones diplomáticas con Carlos V y Enrique II (1).

Aun antes de que hubiera emprendido su misión Pedro de Toledo, destinado a negociar con el emperador, creían saber los bien informados, que el nuevo Papa no sólo estaba dispuesto a continuar el concilio en Trento, sino también, caso de exigirlo las circunstancias, en otro sitio, aunque estuviera en medio de Alemania; pero a condición de que se tratara de un concilio verdadero y libre (2). En efecto declaró Toledo de palabra, que creía que el Papa haría semejante concesión, caso que Trento pareciera poco apropiado, con tal que se diera la necesaria seguridad contra toda

(1) Véase anteriormente en la pág. 73.

(2) * All' imperatore ha promesso di dare il concilio (ma che sia concilio secondo i canoni et non fatto solo per interesse di S. M^{ta}. come voleva fare al tempo di papa Paulo) in mezo 'l corpo dell' Alemagna (carta de *Olivo a S. Calandra, fechada en Roma el 15 de febrero de 1550; *Archivo Gonsaga de Mantua*). Véase también la carta de Masio de 17 de febrero de 1550, en el *Archivo de Lacomblet*, VI, 156.

impertinente intromisión en las cosas de la refôrma y respecto a la autoridad de la Santa Sede (1).

Los imperiales no habían «esperado esta condescendencia; antes Diego de Mendoza había quedado al principio tan asombrado por la elección de del Monte, que el Papa le hubo de decir: «No hay para qué temer tanto, señor embajador» (2). Carlos V recibió la más agradable sorpresa, y así su respuesta a Pedro de Toledo fué por extremo amistosa: Toledo debía, en su nombre, rogar humildemente al Papa, que convocara el concilio cuanto antes pudiese, y para Trento. Respecto a las seguridades deseadas por Julio III, certificaba el emperador, que sólo deseaba promover lo que fuera para la Sede Apostólica más ventajoso y más grato para el Pontifice, en cuanto dependiera de él y no contradijera a sus obligaciones (3). El 16 de marzo de 1550 enteró Carlos V a su hermano Fernando, que había tenido por bien declarar desde luego al enviado pontificio su aquiescencia al ofrecimiento del concilio, y que para tomar al Papa por la palabra, convocaría ahora la Dieta imperial para el 25 de junio en Augsburgo (4).

Aun antes de la llegada de Toledo, Carlos V había despachado a Roma, como embajador para felicitar al Papa, a su privado Luis de Avila con un escrito, en que declaraba al Papa su ánimo enteramente dispuesto para la defensa de la Iglesia. Julio III recibió al embajador el 25 de marzo de 1550, y le manifestó a su vez su intención de procurar el contento del emperador así en el asunto del concilio como en todos los demás (5).

En abril de 1550 confió el Papa las deliberaciones acerca de la cuestión del concilio a una comisión de siete cardenales: de Cupis, Carafa, Morone, Crescenzi, Sfondrato, Pole y Cervini, al propio tiempo que llamaba a Roma, de Alemania, a Sebastián Pighino, para que diera cuenta de las cosas de aquel país. Morone resumió las no pequeñas dificultades que se oponían a la nueva convocación del concilio para Trento, y la comisión las consideró

(1) Véase la carta de Carlos V a Mendoza, que se halla traducida en Maynier, 502, nota, con la fecha equivocada de 18 de mayo en vez de 18 de marzo. Cf. Maurenbrecher, 228.

(2) Dandolo, 347. De Leva, V, 93. Brown, 5, n. 643.

(3) Vide la carta a Mendoza citada en la nota 1.

(4) Lanz, III, 1 ss.

(5) V. Raynald, 1550, n. 5 y 8; Massarelli, 162 s.; Druffel, I, 384.

muy atentamente. La consecuencia de estas deliberaciones fué aprobar la resolución de abrir de nuevo en Trento aquella asamblea (1).

En realidad, las dos dificultades principales que se habían tenido antes para volver a trasladar el concilio a Trento, habían dejado de pesar. Parecía removido el peligro de una intromisión del concilio en la elección pontificia, desde el momento en que el Papa no era ya como Paulo III un anciano caduco, sino un varón que gozaba todavía de muy buenas fuerzas. La otra dificultad, relativa a la validez de la traslación del concilio a Bolonia, hecha con aquiescencia del Papa, había dejado de existir, por cuanto, después que el cardenal Pacheco partió para el conclave, casi todos los obispos españoles habían salido de Trento; de modo que ya no se podía afirmar que continuaba allí aquella asamblea. Era, pues, posible, sin menoscabo de la dignidad de Julio III ni de su predecesor, reanudar en Trento las sesiones del concilio. Así lo disponía la capitulación electoral, así lo demandaban los nuncios de Alemania y así lo solicitaba el emperador, a quien se unió en esta parte el rey de Polonia. Continuar el concilio en Bolonia era imposible, por cuanto en tal caso se hubiera tenido que sentenciar sobre la traslación del concilio, que Julio III había promovido siendo legado y había defendido muy resueltamente. Mas con esto se hubiera suscitado de nuevo la antigua contienda. A todo esto se añadía, que el emperador había obtenido la aquiescencia de los Estados alemanes solamente para Trento como lugar del concilio (2).

Tan pronto como la comisión hubo emitido su dictamen, el Papa comunicó al embajador imperial Mendoza su designio de abrir el concilio en Trento, y enviar a Pighino como nuncio al emperador para evacuar las negociaciones preliminares. Pero le rogó que por lo pronto no publicara cosa alguna sobre este asunto,

(1) Vide Massarelli, 168 s.; el dictamen de Morone se halla en Raynald, 1550, n. 9, y en Le Plat, IV, 164; Relaciones de nunciaturas, XII, xxxiv, donde por error sólo están indicados cinco cardenales; la *carta de Serristori de 24 de abril de 1550. Sobre la misión de los nuncios, ya en 26 de febrero había participado Serristori: *Al Pighino mi disse S. B^{no}. che disegnava dare il carico di Nuntio appre[ss]o all' imp^{re}. In Francia disegna di mandare mons^r. della Casa, ancora ch' ei mostri non contenta[rsi]. In Portogallo il vescovo Giambeccaro, et in Venetia il Beccatello. *Archivio pubblico de Florencia*.

(2) Véase el Discorso mandato in Francia, en Pallavicini, II, 8, 4.

por una parte, porque todavía se había de tratar de él en el consistorio, y por otra, para no dar a los franceses antes de tiempo ocasión de intervenir con intrigas para dificultarlo. También al nuncio en la corte imperial, Pedro Bertano, se le envió la correspondiente comunicación y provisionalmente se le impuso el silencio (1).

Mientras la concordia obtenida entre el Papa y Carlos V parecía asegurar la pronta continuación del concilio, el monarca francés, como lo había hecho antes Francisco I, promovía de nuevo las más peligrosas intrigas.

Enrique II se resignó a la elección de Julio III (2), pero no pudo sufrir la conducta amistosa del nuevo Papa respecto del emperador. El Pontífice hizo cuanto le fué posible para no herir la sensibilidad de Francia (3), pero los políticos franceses tenían que se restableciera por medio de un concilio la unidad religiosa de Alemania, y tenían por mucho más ventajoso que durase la división religiosa, y con ella la debilidad de Alemania (4). Por esto no sirvió de nada que Julio III mostrara respecto del monarca francés la más extremada condescendencia, con el fin de quebrantar por lo menos su resistencia directa. Tampoco aprovechó que empleara el Papa toda su habilidad diplomática en sus negociaciones con los cardenales Tournon y Este, para remover las dificultades que oponía Francia (5). Las inmediatas negociaciones había de seguirlas Antonio Trivulzio, conocido y amado de la corte de Francia, y destinado a sustituir al actual nuncio Miguel della Torre (6); pero su despacho se difirió, lo mismo que el de

(1) Véase la relación de Mendoza en Druffel, I, 393, y la *carta al vescovo di Fano [Bertano] per via di don Diego, fechada en Roma a 25 de abril de 1550. *Archivo segreto pontificio*.

(2) V. la carta de Enrique a Cosme I, en Desjardins, III, 233 s.

(3) *Il card. di Ferrara a desiderate stanze in palazzo afin che fra tanti imperiali [Alvarez de Toledo y Carpi] habían obtenido habitación en el Vaticano; vide Ribier, II, 264] si mostri pur che vi stia un di fazione Franzese et ha ottenute quelle che solea tenere il camerlengo a tempo di Paulo disegnate per il s. Balduino da Iulio. Carta de Serristori, de 17 de marzo de 1550 (*Archivo pubblico de Florencia*). El cardenal francés no pudo alcanzar influjo, pues ellos andaban entre sí muy desunidos. Vide Romier, 236 s.

(4) Cf. Raynald, 1550, n. 10; Maurenbrecher 228.

(5) Cf. Ribier, II, 275 s.

(6) El *breve, en que se da la orden de volver a M. della Torre, fechado el 25 de abril de 1550, se halla en el Arm. 41, t. LV, n. 360. *Archivo segreto pontificio*.

Pighino, a causa de la gota que acometió al Papa. Hasta principios de julio de 1550 no pudieron ambos ponerse finalmente en camino (1).

Pighino (2), nombrado arzobispo de Siponte y destinado a reemplazar a Bertano, que había sido nuncio hasta entonces, recibió por su instrucción redactada el 20 de junio, la advertencia de proponer al emperador cuatro consideraciones, no para crear obstáculos, sino para quitar de en medio, con inteligencia de ambas partes, algunas dificultades que aún subsistían. La primera consideración tocaba a los franceses, a quienes se debería determinar a tomar parte en el concilio, para que no acaeciera, que por los conatos de volver a ganar para la Iglesia a Alemania se viniese a perder Francia, o dar lugar a que su rey convocara un concilio nacional. Para alejar la desconfianza del monarca francés, por causa de hallarse Trento en tierras del emperador, estaba pronto Julio III a prometerle, que el concilio solamente se ocuparía en los asuntos de la fe y de la reforma de las costumbres, y en ninguna manera en cuestiones políticas, ni en los privilegios especialmente otorgados a los reyes de Francia. La segunda consideración se refería a la pobreza de la Sede Apostólica y de los prelados italianos, por razón de la cual parecía imposible sostener mucho tiempo los gastos que ocasionaría el sostenimiento del concilio y la presencia en él de los prelados. Por esta causa y con el fin de evitar inútil pérdida de tiempo, era incumbencia del emperador, en cuanto estuviera en su mano, cuidar de que el concilio comenzara puntualmente y pudiera sin dilaciones atender a sus trabajos. Debía, pues, Carlos V cerciorarse en la dieta imperial, de que así los católicos como los protestantes reconocerían el concilio, pues la sumisión de los alemanes había sido el principal presupuesto, por el cual la comisión cardenalicia había

(1) V. Mendoza en Druffel, I, 401, y Massarelli, 181. Cf. el cap. I.

(2) En Druffel, I, 243 ss. y en Laemmer, Melet., 156 s. Las correcciones del texto pueden verse en Pieper, 140 s. Cf. la relación de Dandolo de 14 de junio de 1550, en de Leva, V, 101. Los breves dados a Pighino para llevárselos a Alemania, de 23 de junio, ad duces Saxoniae, march. Brandenburg. et comitem Palat. Rheni se hallan publicados en Le Plat, IV, 165; los * breves de 22 de junio de 1550 para princ. Hisp. y príncipes alemanes, tocante a la misión de Pighino, pueden verse en el Arm. 41, t. LVI, n. 574 (*Archivo secreto pontificio*). La partida de Pighino, que según Massarelli, 181, se efectuó el 2 de julio, la notifica ya *Serristori el 1.º de julio de 1550. *Archivo público de Florencia*.

consentido en volver a reunir el concilio en Trento. La tercera consideración se refería a las decisiones dogmáticas ya tomadas en el concilio de Trento y en otros concilios, acerca de las cuales, desde el punto de vista católico, insistía el Papa con pleno derecho en que no podían ser de nuevo puestas en tela de juicio. Relacionábase con esto la difícil cuestión sobre cómo se habría de oír a los protestantes, dado que comparecieran en el concilio. Finalmente, la cuarta consideración miraba a la suprema autoridad del Papa y de la Sede Apostólica en el concilio y fuera de él, la cual no se podía menoscabar. Una adición a la instrucción, que se envió luego al nuncio, trataba del litigio acerca de la posesión de Plasencia.

La instrucción, asimismo redactada el 20 de junio, para Trivulzio (1), el cual salió de Roma el 5 de julio (2), hacía hincapié en que el Papa no daría ningún paso decisivo hasta que hubiese recibido la respuesta de Enrique II. Entre las razones que hacían que pareciese prudente reanudar el concilio en Trento, se propone como primera y principal la circunstancia de que, en la última dieta imperial celebrada en Augsburgo, todos los Estados del Imperio, así católicos como protestantes, se habían sometido a las decisiones del concilio de Trento. Siendo, pues, los alemanes quienes tenían mayor necesidad de esta medicina, el Papa faltaría contra su deber y su conciencia, si no estuviera dispuesto a volver a convocar el concilio para la mencionada ciudad. La cuestión acerca de si había sido válida la traslación a Bolonia ordenada por Paulo III, se dejaría provisionalmente sin resolver. Además se advirtió a Trivulzio, que llamara la atención sobre que, en caso de rehusarse la prosecución del concilio, el emperador se entendería con los protestantes por su propia autoridad, y podría entonces acusar al Papa de que había desatendido su obligación. Las cuatro

(1) Se halla en Druffel, I, 434 ss., con fecha equivocada, lagunas y faltas (vide Pieper, 141 s.). El Discurso enviado después a Trivulzio (véase Massarelli 182; Pallavicini, 11, 8, 4) no es seguramente idéntico a las instrucciones, como cree Druffel (v. Merkle sobre Massarelli, loc. cit.). Pero probablemente es cierta la conjetura de Pieper (p. 14, nota 2), de que pertenece también a este Discurso la ragione sottile alegada por Pallavicini, 11, 9, 2, de que al emperador había de importarle demandar el concilio, pero no el obtenerlo, porque en vez de utilidad política, podría ocasionarle serias complicaciones en Alemania. Enrique II por esta consideración había de ser apartado del pensamiento, de que en daño suyo Carlos V sacaría provecho del concilio.

(2) Massarelli, 181.

consideraciones de la instrucción de Pighino se hallan también casi con el mismo tenor en la de Trivulzio, al cual se le encargó además especialmente, que se pusiera en inteligencia con el cardenal Guisa (1).

Cuando Pighino, que empleó más de un mes en su viaje, llegó el 3 de agosto de 1550 a Augsburgo y a presencia del emperador (2), se había ya celebrado la apertura de la dieta, a pesar de lo escaso de la asistencia; pues ninguno de los príncipes electores seglares había concurrido personalmente. El embajador francés Marillac juzgaba, que Carlos V no había querido esperar deliberadamente la llegada de Pighino, y había abierto de un modo inesperado el 26 de julio la dieta imperial, diferida para el 10 de agosto, para prevenir por su propia proposición las dificultades, que por ventura pudieran nacer de las condiciones propuestas por el nuncio (3). En la proposición del emperador se decía lo siguiente: en las cosas de religión habían convenido los Estados en la última dieta imperial, que no había mejor camino para su discusión y decisión que un concilio general cristiano. Habiendo dado, pues, el Papa actual una benigna promesa y seguridad de que, conforme a los deseos del emperador y aprobación de los Estados, el concilio se reanudaría en Trento y se llevaría hasta el cabo, a su juicio no había más que hablar en esta materia, sino demandar al Papa que cumpliera su promesa (4).

Contra esto se declararon, no obstante, los plenipotenciarios de los dos más poderosos príncipes protestantes, Mauricio de Sajonia y Joaquín de Brandenburgo, los cuales exigieron expresamente que el Papa, como parte que era, no pudiese presidir en el concilio, y que se volvieran a poner a discusión los artículos de fe ya definidos. Con todo, por ser esta declaración opuesta a las resoluciones de la dieta precedente, no fué tomada en cuenta; antes bien, el 20 de agosto la mayoría de los Estados, así católicos como protestantes, se mostraron conformes en que el em-

(1) Julio III había dirigido ya el 16 de junio de 1550, un breve especial al cardenal Guisa sobre el asunto del concilio (vide Raynald, 1550, n. 10; Le Plat, IV, 165). Los *breves de 16 de junio de 1550, al Card. de Borbonio, de Chatillon, de Vandomo, ducissae Valent., respecto a la misión de Trivulzio, se hallan en el Arm. 41, t. LVI, n. 552. *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. Marillac en Druffel, I, 469.

(3) Ibid., 459.

(4) V. Druffel, I, 454 s. y Janssen-Pastor, III, 707 s.

perador insistiera con el Papa en la continuación del concilio (1).

Pighino no tuvo que anunciar sino buenas noticias sobre su recibimiento por el emperador y sus negociaciones con el canciller Granvela (2). No se habían suscitado diferencias sustanciales. Pero acerca del ánimo de los protestantes no se forjó Pighino ninguna ilusión (3). Hubo de hacerle sentir la dificultad de la situación el haberse expresado de nuevo, en la respuesta de los Estados a la réplica del emperador de 8 de octubre, la pretensión de los protestantes, de que se hubiera de oír a sus representantes en el concilio aun acerca de los puntos anteriormente ya resueltos (4).

Verdad es que el emperador hizo dar al Papa por medio de su embajador Mendoza, una explicación tranquilizadora sobre este negocio, asegurando que, por más que se oyera a los protestantes, ninguna cosa se cambiaría de las anteriores resoluciones, las cuales no se haría sino repetirlas simplemente. También sobre la demora de Carlos V en Alemania hubo de dar Mendoza seguridades apaciguadoras (5). De este modo se había logrado una completa concordia entre el emperador y el Papa, y por esta parte ningún obstáculo se oponía ya a la convocación del concilio.

Mayores dificultades ofrecieron las negociaciones en Francia. El nuncio que allí estaba, Miguel della Torre, no omitió esfuerzo alguno para ganar a Enrique II para el proyecto del concilio; pero se le contestó que hasta la llegada de Trivulzio no se podría tomar resolución alguna. Que el rey era hostil en este negocio, se saca de su correspondencia con su embajador Marillac, que estaba entonces en Augsburgo (6).

Trivulzio obtuvo primeramente una respuesta cortés, pero que nada decía (7). Enrique II procuró diferir la resolución; pero finalmente declaró a los dos representantes del Papa, con franqueza brutal, que no tenía interés ninguno en promover el

(1) Cf. Druffel, I, 467, 477, 485, 494.

(2) Vide las relaciones de Pighino, de 10 de agosto en de Leva, V, 106 y de 12 de agosto en Laemmer, Melet., 165 s.; sus correcciones en Pieper, 10; *ibid.*, una relación de 15 de agosto. Cf. Pallavicini 11, 10, 1 s.

(3) Vide su relación de 10 de agosto en de Leva, V, 105, de 21 de agosto en Laemmer, Melet. 165 s., y de 5 de septiembre de 1550 en Pieper, 11 s. Vide Pastor, Esfuerzos de reunión, 422.

(4) Druffel, I, 512 s.

(5) Cf. Maurenbrecher, 230 s., 152 *; Maynier 594.

(6) Cf. Druffel, I, 431 ss., 451.

(7) Cf. Massarelli, 187; Pallavicini, 11, 10, 1.

concilio, por cuanto su reino no lo necesitaba para nada. Sus súbditos eran buenos católicos; si había algunos apóstatas, serían castigados de tal modo que sirviera de escarmiento a los demás. Para la reforma del clero en Francia, había allí suficientes preladados eximios que llevarían al cabo esta empresa, sin que pareciera necesario para ello reunir un concilio universal. Tocante a la seguridad de Trento, el rey trajo a la memoria de los nuncios, que el Papa, siendo allí legado del concilio, temió por la seguridad de su propia persona, y por esta causa procedió a trasladar el concilio a Bolonia; de donde se colegía claramente que Trento no era lugar tan seguro como el Pontífice afirmaba. Con todo esto, si los demás príncipes se declarasen conformes, él, rey cristianísimo, haría lo mismo que habían hecho siempre en tales casos sus predecesores (1).

Las más apremiantes súplicas de los nuncios no pudieron obtener nada más del monarca, el cual ordenó a su embajador en Roma, d'Urfé, que hablara con el Papa en el mismo sentido. Al propio tiempo tergiversaba Enrique II los derechos de la Iglesia galicana, ordenaba la observancia de los decretos del concilio de Basilea, y oponía violenta resistencia al plan del Papa de conferir el obispado de Marsella a su nepote Cristóbal del Monte (2). Al breve que Julio III dirigió al rey el 22 de septiembre, se dió una contestación por extremo vaga y que a nada obligaba (3).

El Papa no se dejó desconcertar más tiempo por la actitud negativa de Francia, y por mucho que lamentara la conducta de Enrique II, fué, sin embargo, de parecer que después de las últi-

(1) V. la carta de Enrique II a d'Urfé, de 5 de agosto de 1550, en Ribier, II, 279. Cf. Maurenbrecher, 231 s.

(2) V. las relaciones de d'Urfé y del cardenal Hipólito de Este, enviadas desde Roma el 29 de agosto de 1550, en Druffel, I, 495 ss. Sobre el asunto de Marsella (v. Massarelli, 187), en el cual Julio III al fin llevó adelante su voluntad, v. Ruffi, Hist. de Marseille, II, 35. Julio III se había dirigido ya a Enrique II sobre este negocio por el *breve de 15 de abril (Arm. 41, t. LV, n. 303; *Archivo secreto pontificio*). Cuán enojado estaba el Papa por causa de la oposición del rey, lo refiere Serristori en su *carta de 23 de agosto de 1550. *Archivo público de Florencia*.

(3) Cf. Raynald, 1550, n. 16; Le Plat IV, 167; Relaciones de nunciaturas XII, xxxvi. Sobre cómo Julio III procuró ganar a Enrique II para el asunto del concilio, por medio del cardenal Tournon, cf. la relación de este cardenal en Druffel, I, 511 s.

mas negociaciones con el emperador, podía proceder a la convocación del concilio. El 3 de octubre de 1550, Julio III, que cabalmente entonces se había alegrado mucho por la noticia de haberse conquistado Mehedía, en la costa norte de Africa (1), anunció en el consistorio su resolución de publicar la bula correspondiente (2). Lleno de la mejor voluntad acerca de este grande asunto (3), trabajó personalmente en la redacción de dicho documento (4), el cual ya a mediados de octubre había de estar en manos del nuncio. Pero esto no fué posible, porque se quiso aguardar la llegada de los cardenales Cervini, Pole y Morone, para que fuesen los primeros que examinaran la minuta (5). El 10 de noviembre pasó ésta a manos de los demás cardenales diputados para el asunto del concilio: Cupis, Carafa, Tournon, Juan Alvarez y Crescenzi (6), y para evitar cualesquiera

(1) Acta consist. en Raynald 1550, n. 26. Carta del correo mayor Taxis, que se halla en el Archivo de Lacomblet, VI, 166 s. El 5 de octubre se celebró en S. Pedro una misa de acción de gracias pro expugnata Africa a christianis (Massarelli, 194). Cf. las *cartas de Jerón. Biagio, de 20 y 22 de septiembre y 4 de octubre de 1550 (*Archivo público de Bolonia*), y la *relación de Serristori de 30 de octubre de 1550 (*Archivo público de Florencia*). Un *breve gratulatorio de 8 de octubre de 1550, a Juan de Vega, virrey de Sicilia, se halla en el Arm. 41, t. LVIII, n. 880 (*Archivo secreto pontificio*). El virrey envió después trofeos turcos a Roma (v. Raynald, 1550, n. 27). Sobre esta empresa v. Zinkeisen, II, 875 y Guglielmotti, II, 237 ss.; aquí también hay noticias sobre la ayuda que prestó el Papa en esta expedición.

(2) V. Acta consist. en Laemmer, Melet. 206, y la *relación de Serristori, citada en la nota 1.

(3) En oposición a las sospechas infundadas de Druffel, quien anda por los caminos del apóstata Vergerio, todo lleno de odio (sobre la polémica de éste cf. Hubert, 50 ss., 55 ss. y el Archivo para la Historia de la Reforma, VII, 325 ss.), es de importancia una *relación de Serristori, en manera alguna apasionado por Julio III, de 27 de septiembre de 1550, en la que se dice: *Vedesi che S. Stà. va d' ottime gambe in dette cose del concilio et ch' ella piglia gran dispiacer di veder chel Christianissimo non condescende sin qui a mandar i suoi prelati a Trento, et per il modo [con] che vengono i Francesi in questa et in ogni altra cosa che hanno di trattar con S. Stà. si mostra da più cose che la dice in qualche ristretto molto sdegnata contra di loro, et quanto biasima l' attitudine di questi, tanto loda et inalza quella di S. Mtà. (lo que va en letra cursiva, está cifrado). *Archivo público de Florencia*.

(4) Carta de Dandino al nuncio de Venecia, de 18 de octubre de 1550, publicada por Pallavicini, II, 11, 3.

(5) *Relación de Serristori de 27 de septiembre y **carta de Buonanni de 13 de octubre de 1550. *Archivo público de Florencia*.

(6) Massarelli, 199. Vide la *relación de Buonanni de 25 de octubre de 1550 (*Archivo público de Florencia*). Después (24 de febrero de 1551) nombra Massarelli (p. 216) en vez de Morone, a Verallò, como miembro de la comisión.

dificultades se inclinaron desde luego a evitar en el documento la expresión «continuación del concilio» (1).

El 12 de noviembre, en una reunión de los ocho cardenales diputados, celebrada en presencia de Julio III, se trató de nuevo sobre el tenor de la bula y se aprobó por unanimidad la minuta del Papa. Al día siguiente, el Pontífice dió con Cervini una última revisión al importante documento, y el 14 de noviembre se leyó y aprobó en un consistorio secreto (2). Esta resolución produjo universal alegría, y se dijo que el Papa, en la primavera, se trasladaría a Bolonia, para hallarse más cerca del lugar del concilio (3).

En la bula, donde de hecho se evitó la expresión «continuación», señala Julio III como designio suyo, cuidar de la paz de la Iglesia, del aumento de la fe cristiana y de la religión verdadera, y en cuanto estuviere en su mano, de la tranquilidad de Alemania. Y como por razón de su cargo le compete la convocación y dirección de los concilios universales, el Papa dirige un instante llamamiento y exhortación a todos los patriarcas, arzobispos, obispos, abades y demás a quienes pertenece, a que se hallen presentes en la ciudad de Trento para la universal asamblea de la Iglesia, el 1 de mayo próximo, el cual se fija como término para reanu-

(1) V. la **relación de Buonanni de 13 de octubre de 1550. *Archivio público de Florencia*.

(2) V. Massarelli, 200 y dos *relaciones de Buonanni, fechadas el 14 de noviembre, que se hallan en el *Archivio público de Florencia*. En la *carta de Dandino dirigida a Ricci, que residía en Portugal, y fechada en Roma el 13 de noviembre de 1550, se dice: *La qual bolla è stata fatta tutta da Sua Beat^{te} propria senza che sia stato bisogno mutarne pure una parola non ostante che sia stata vista diligentemente considerata dalli principali del collegio et ultimamente da tutti. *Archivio Ricci de Roma*.

(3) *Carta de Jerón. Biagio, de 15 de noviembre de 1550 (*Archivio público de Bolonia*). De un viaje a Bolonia por interés del concilio ya había hablado antes Julio III (v. la *relación de Buonanni, de 25 de septiembre de 1550. *Archivio público de Florencia*). El plan de semejante viaje representó también un gran papel en el verano y otoño de 1551 (v. Relaciones de nunciaturas, XII, 52, 67 s., 71 s., 74, 78; Druffel, III, 241, 251 s.). Según una anotación de la Tesor. seg. al 14 de septiembre de 1550 (*Archivio público de Roma*), estaba entonces determinado el viaje; por el contrario, en 25 de septiembre de 1551, escribe Hipólito Capilupi: *La partita di S. Stà. per Bologna è quasi in tutto esclusa, il vice Re di Napoli, il sr. duca di Firenze et tutta la corte di Roma disuadono a S. Stà il partirsi, resta solo che s' intenda quel che S. Mtà consiglia, et domani che sarà qui il sr. Don Diego col sr. Gio. Marrique si intenderà l' opinione di S. Mtà con la risoluzione di S. Stà (*Archivio Gonzaga de Mantua*). Todavía en enero de 1552 tenía Julio III el deseo de efectuar el viaje (v. Druffel, II, 8, 18 s.), pero no se llevó al cabo.

dar el concilio comenzado por Paulo III. Allí estarán también los legados del Papa, por medio de los cuales piensa llevar la dirección del concilio por hallarse impedido para hacerlo personalmente (1).

La bula fué luego el 15 de noviembre enviada en su original a Pighino para que la entregara al emperador, y en el escrito con que se la acompañó, se dió encargo al nuncio de que rogase a Carlos V, que publicara cuanto antes aquel documento, el cual no se daría a conocer en Roma hasta que se hubiera publicado en Alemania. Al propio tiempo se declara, que por esta causa se había fijado el 1.º de mayo para su principio, en vez de la dominica Laetare, en que primeramente se había pensado. Habíase tenido presente para esta mudanza el que los prelados no debían estar alejados de sus iglesias durante la Cuaresma y hasta después de la Pascua, y además la carestía de los mantenimientos que por el momento reinaba, y que se esperaba remediar por la próxima cosecha. El mismo día 15 de noviembre se enviaron ejemplares de la bula a Venecia, España y Portugal (2).

El correo que llevaba el documento, llegó a Augsburgo el 21 de noviembre, y al día siguiente Pighino entregó la bula al emperador; el cual la alabó como documento eximio, pero no se mostró del todo conforme con su redacción, temiendo que el modo como se hacía mención de las resoluciones tomadas ya con debido acuerdo en las anteriores sesiones del concilio, podría dar ocasión a los protestantes para negarse a admitirlo. Por esta causa difirió todavía algún tiempo su publicación, de manera que hasta el 15 de diciembre no pudo Pighino anunciar a Roma, que se había dado a conocer la bula (3). Entonces mandó Julio III, a 27 de diciembre, que se publicara en Roma, leyéndola durante los divinos oficios en San Pedro y en Letrán, y después fijándola en las puertas de las iglesias para conocimiento de todos, como se hizo el 1.º de enero de 1551. Luego se imprimió la misma bula, y en el decurso del mes de enero se envió a todos los obispos del orbe. Al episcopado polaco había ya el Papa invitado para el concilio por un breve

(1) Raynald, 1550, n. 21. Bull. VI, 430 s. Sobre una convocatoria del concilio, fingida por los protestantes, que en realidad es una sátira, v. Menzel III, 364, nota 1; cf. Hubert 78 s.

(2) V. Massarelli, 200 s.; Relaciones de nunciaturas, XII, xxxvii.

(3) Cf. Raynald 1550, n. 19; Relaciones de nunciaturas XII, xxxvii; Maurénbrecher 231, nota 14; Druffel, I, 550, nota; de Leva, V, 111 s.

de 20 de diciembre, refiriéndose a la bula que luego se les enviaría (1).

Carlos V (cosa harto característica para él) hizo redactar el 3 de enero de 1551 una secreta protesta, en la cual se prevenía contra los posibles inconvenientes que pudieran originarse de su asentimiento a la bula, cuyo tenor no le satisfacía del todo; y principalmente no debía por esto alterarse su actitud respecto a la realizada traslación del concilio a Bolonia (2).

En las actas de la dieta, publicadas el 13 de febrero de 1551, se expresaba el emperador acerca del concilio de la manera siguiente: consideraba el concilio como el mejor camino para ordenar satisfactoriamente los asuntos religiosos; por medio de sus negociaciones con el Papa había logrado la convocación del concilio en Trento para el 1.º de mayo próximo, y la bula correspondiente se había comunicado a los Estados en la dieta del Imperio. Habiendo éstos declarado que admitían el concilio y se sometían a él, esperaba el emperador que lo harían así y que, después de haberse hecho esta publicación, los príncipes apoyarían el concilio por todos los medios posibles. El por su parte no dejaría de hacer todo cuanto le correspondía como patrono de la santa Iglesia y amparador de los concilios. Expresamente aseguraba, en virtud de la potestad y tutela imperial, a todos los que quisieran asistir al concilio, libre viaje y sin obstáculos, libertad para hablar y libre y seguro regreso a sus países. Declaraba además que permanecería dentro de los límites del Imperio o por lo menos lo más próximo a él que fuera posible, para dispensar al concilio su protección, con el fin de que se llevara a término feliz y según derecho para bien de toda la cristiandad, y en especial para la permanente paz, tranquilidad y unión de la nación alemana. Por esta causa dirige a los príncipes electores y a los príncipes y Estados del Imperio, y principalmente a los príncipes eclesiásticos, y no menos a los partidarios de las novedades religiosas, la exhortación de estar prontos a acudir al concilio conforme a la convocatoria del Papa (3).

El 4 de marzo de 1551 nombró Julio III en el consistorio al excelente y estrictamente eclesiástico cardenal Marcelo Cres-

(1) Raynald, 1550, n. 42. Massarelli, 209, 211. Le Plat, IV, 169.

(2) Maurenbrecher, 152 * ss.

(3) Le Plat, IV, 170 s.; cf. Pastor, Esfuerzos de reunión, 422 s.

cenzi, *legatus de latere* y primer presidente del concilio, y nuncios apostólicos que debían acompañar al legado como presidentes, al arzobispo de Siponte Sebastián Pighino y al obispo de Verona Luis Lipomano (1). En el mismo día se puso la fecha al breve, por el cual se dieron a los nombrados plenos poderes para presidir el concilio en nombre del Papa, el cual, por razón de su edad, de su quebrantada salud y de varios otros impedimentos, no podía acudir a Trento personalmente (2). El 8 de marzo, el Papa, que yacía en el lecho postrado por la gota, dió en su alcoba la cruz de legado al cardenal legado Crescenzi, en presencia de todos los cardenales; y dos días después salió Crescenzi de Roma y se dirigió provisionalmente a Bolonia, para aguardar allí los ulteriores acaecimientos (3).

II

Por aquel tiempo amenazaba ser muy funesta para el concilio así preparado, una cuestión política que ocupó extraordinariamente a Julio III desde que subió al solio pontificio.

Conforme a su capitulación electoral, el Papa, muy poco después de su ascensión al trono, había dado el Estado de Parma a Octavio Farnese, como feudo de la Iglesia, y se había afanado por conseguir para este acto el asentimiento de Carlos V y Enrique II (4). En las largas negociaciones que acerca de esto se entablaron, se vino a tratar también, naturalmente, de la posesión de Plasencia. La respuesta del emperador a Pighino acerca de este punto fué poco satisfactoria: debíase discutir ante todo el derecho que pretendían tener la Iglesia y el Imperio, y según lo que resultare se había de resolver la cuestión de la posesión. Esto valía en otros términos tanto como decir: que había de prevalecer el derecho del más fuerte (5). Pronto se descubrió que Carlos V alargaba también su mano para apoderarse de Parma, pues pro-

(1) Vide Theiner, I, 473 s.; Massarelli, 217; Pallavicini, 11, 13, 1; Maynier, 599 s. El nombramiento de Crescenzi se había ya esperado para el 25 de febrero; v. la *relación de Serristori, de 26 de febrero de 1551. *Archivo público de Florencia*.

(2) Raynald, 1551, n. 4. Le Plat, IV, 210 s.

(3) Theiner, I, 474. Massarelli, 218.

(4) Cf. nuestras indicaciones de la pág. 73.

(5) V. Pallavicini, 11, 10, 4; de Leva, V, 120 s.

puso al Papa que le diera a él en feudo a Parma y Plasencia, mientras que él a su vez daría a Octavio Farnese otra compensación (1). Por más que Julio III declaró imposible solución semejante, los Farneses desconfiaban más cada día de que los esfuerzos de mediación del Papa obtuvieran algún resultado favorable. A la persuasión de que no se podía contar con una devolución amigable de Plasencia, se asociaba el temor a su mortal enemigo Ferrante Gonzaga, gobernador de Milán. Así, pues, para asegurarse por lo menos en la posesión de Parma, los Farneses entablaron negociaciones con Francia, siempre pronta a inmiscuirse en los asuntos de Italia para oponerse allí a la preponderancia del emperador (2).

A mano estaba cuán grandes peligros habían de surgir de ahí para la paz de Italia y la nueva apertura del concilio; y para procurar las precauciones que debían tomarse, a fines de enero de 1551 fué enviado el obispo de Fano, Pedro Bertano, al emperador como nuncio extraordinario. Una desgraciada casualidad hizo no obstante que Bertano enfermara en el camino, y no llegase a la presencia de Carlos V hasta primeros de abril (3); pero ya para entonces los Farneses se habían comprometido muy gravemente con Enrique II.

El Papa hizo los mayores esfuerzos para impedir este peligroso rumbo de las cosas. El 16 de febrero de 1551 había enviado a Octavio Farnese a su camarero Pedro Camaiani, con el encargo de apartar a aquel vasallo de sus peligrosos intentos, por medio de promesas y amenazas (4); el 27 de febrero se expidió para Octavio un breve muy severo. Siendo él (se le decía) gonfaloniero, capitán general de la Iglesia y vasallo de la Santa Sede, no podía sin licencia del Papa servir a ningún príncipe extranjero, ni recibir en Parma ninguna guarnición extranjera. El Papa se lo prohibía de nuevo so pena de los castigos que merecen los rebeldes. Si,

(1) Cf. Druffel, I, 416.

(2) Cf. de Leva, V, 122 ss.

(3) V. Druffel, I, 563 s.; Pieper, 17, 143; aquí p. 17, nota 4, se dan pormenores sobre la carta a Pighino, de 12 de marzo de 1551, a la que de Leva (V, 126) da demasiada importancia. Los breves concernientes a la misión de Bertano, fechados el 26 de enero de 1551, y dirigidos a Carlos V, Felipe II, Fernando I y otros, se hallan en el Arm, 41, t. LIX, n. 36-38. *Archivio segreto pontificio*.

(4) V. Druffel, I, 576; Pieper, 18. Hipólito Capilupi notifica en 14 de febrero de 1551: *S. Stà. mostra di haver molto a male queste pratiche che tengono Farnesi con Francia. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

pues, había contraído ya obligaciones opuestas a este su deber, debían disolverse inmediatamente (1). Un monitorio de 5 de marzo reiteraba estas amenazadoras advertencias (2); pero resultó tan infructuoso como las reflexiones que el Papa mandó hacer por medio de su nuncio al monarca francés (3). El 12 de marzo, Felipe de Sípierre salió de Lyon para Parma con un tratado de alianza que Octavio suscribió. Sus enemigos, escribía Octavio el 24 de marzo a su hermano Alejandro, procuraban envenenarle y arrebatarle a Parma; pero él estaba resuelto a defender la ciudad hasta el último aliento (4).

El Papa se irritó tanto más por la rebeldía de su vasallo, cuanto hasta entonces había colmado de favores a la familia Farnese. Pero ¿qué iba a hacer? Si procedía contra el rebelde, el rey de Francia, que ya le estaba amenazando con un concilio nacional, le negaría la obediencia definitivamente. Si toleraba la conducta de Octavio, no sólo se enemistaría con el emperador, sino que perdería la estimación de los otros príncipes, de los cardenales y de sus feudatarios. A todo esto se añadía el mal estado de la hacienda pontificia (5). Sin el auxilio del emperador no había que pensar en poder castigar al rebelde; y para asegurarse dicho auxilio, resolvió el Papa enviar al emperador, que residía en Augsburgo, al más hábil diplomático de la curia, su secretario de Estado Dandino.

En la instrucción para Dandino, compuesta personalmente por el Papa a 31 de marzo, se exponía de nuevo la situación de Julio III respecto de los Farneses, y se expresaba con las más enérgicas palabras su resolución de aliarse en este negocio con Carlos V. Su voluntad era (así decía el Papa) embarcarse con el

(1) *Brevia Iulii III que se hallan en el Arm. 41, t. LIX, n. 95; ibid. n. 96 hay uno dirigido a Pablo de Vitellis, fechado el 27 de febrero de 1551, en el cual se dice que si Octavio no obedece, ha de abandonarle al momento (*Archivio segreto pontificio*). El *breve original del nombramiento para confaloniero de la Iglesia, fechado el 8 de marzo de 1550, se halla en el *Archivio público de Nápoles*, Carte Farnes.

(2) V. Pallavicini, II, 13, 2.

(3) Cf. Relaciones de nunciaturas XII, xli. P. Camaiani regresó a Roma el 7 de marzo, e informó al Papa, quien se hallaba en cama enfermo de la gota. *Carta de Buonanni, de 8 de marzo de 1551. *Archivio público de Florencia*.

(4) V. Cugnoni, Prose ined. di A. Caro 118 s.; de Leva, V, 130 s. Sobre las amenazas francesas de un concilio nacional v. Desjardins, III, 250.

(5) Cf. Leg. di Serristori, 259-260; de Leva en la *Riv. stor.*, I, 645.

emperador en una misma nave y confiarse a una misma suerte, por cuanto sabía cuán estrechamente estaban ligados sus asuntos, especialmente los religiosos, con los de Carlos V. A pesar de todas las dificultades, parecía inevitable proceder por la fuerza, pues juzgaba intolerable que un miserable gusano como Octavio Farnese se atreviera a rebelarse a un tiempo contra un emperador y un Papa. Carlos, como más poderoso y más experimentado en las cosas de la guerra, debía resolver lo que había de hacerse (1).

La resolución del Papa de oponerse a Octavio Farnese en íntima unión con el emperador, se confirmó todavía más cuando el mismo día de la partida de Dandino (1 de abril de 1551) el embajador de Carlos V, que había vuelto de Sena a Roma, le certificó acerca del auxilio de su soberano. Por mucho que los imperiales apremiaran a la presta apertura del concilio, Julio III, por muy comprensibles razones, no se atrevía todavía a ordenarla (2). Así las cosas, llegó el 2 de abril el nuevo representante de Francia, Termes, declarando paladinamente la intención de su rey, de convocar un concilio nacional y negar la obediencia al Papa, caso de que éste procediera contra Octavio Farnese (3). No podía hallarse otro medio más apto para empujar a un hombre que tan prestamente se irritaba como Julio III.

En un consistorio de 6 de abril declaró el Papa, que si sus amonestaciones y amenazas eran infructuosas, obligaría por la fuerza de las armas a someterse a aquel vasallo rebelde. Al mismo tiempo elevó graves quejas contra el intento del monarca francés, de oponerse a la reunión de la asamblea universal de la Iglesia con la celebración de un concilio nacional. Pero esto no le saldría bien, pues él estaba resuelto a volver a abrir el concilio en Trento, aun poniéndose en trance de tener que proceder a la excomunión y deposición de un soberano, que tratara de estorbar

(1) Con las instrucciones para Dandino comienza el * Registro original de las instrucciones de Julio III firmadas por G. Canano, que se halla en el *Archivo secreto pontificio*, Polit. 78, p. 55 s. Según este registro, están hechas en Pieper, 143 s. algunas correcciones al texto de Druffel, I, 602 s. Un * breve de recomendación en favor de Dandino, dirigido al cardenal Madruzzo, y fechado en Roma a 31 de marzo de 1551, se halla en el *Archivo del Gobierno de Innsbruck*.

(2) V. Legaz. di Serristori, 261 s.

(3) V. la relación de Lasso en Druffel, I, 609.

una asamblea tan necesaria para el bien de la cristiandad (1).

Los franceses no habían esperado un lenguaje tan duro y entendieron que la amenaza de su rey no había hecho sino acelerar la resolución, de declarar el concilio por lo menos formalmente abierto. Por esta causa Termes y los cardenales Este y Tournon hicieron todo lo posible, para debilitar la significación de aquella proyectada convocación de un concilio nacional francés. Pero este conato de disculpar un proceder imperdonable, no sirvió sino para irritar más a Julio III, el cual usó las frases más vehementes así contra Octavio Farnese como contra Enrique II (2). El 11 de abril se expidió un *Monitorium poenale* contra Octavio Farnese, el cual, por la admisión de tropas extranjeras, se había hecho reo de rebelión (3).

A estas expansiones del enojo sucedieron (como acontece frecuentemente a los temperamentos sanguíneos) días en que la situación de las cosas se presentó con otra muy diferente luz (4). El rompimiento con Octavio había de traer en pos de sí el de Enrique II; mas éste podía oponer al concilio las mayores dificultades y por ventura producir un cisma. Además, ¿había completa seguridad para esperar del emperador un auxilio suficiente? ¿No eran en el fondo totalmente diversos los fines que Carlos V se proponía en la Italia septentrional? Todavía había otra consideración, que había de pesar más gravemente en la balanza. ¿Cómo era posible emprender una guerra cuando las arcas estaban vacías, y

(1) Sobre el consistorio de 6 de abril cf. la carta de Este en Ribier, II, 317 s. y la de Lasso en Druffel, I, 609 s., como también la *relación circunstanciada de Serristori, de 6 de abril de 1551 (*Archivo público de Florencia*). Cf. también la *carta de Julio III a Dandino, de 10 de abril de 1551, en el *Archivo secreto pontificio*, Borghese, II, 465, p. 9 ss. Hay copias de ella en la *Biblioteca real de Berlín*, Inf. polit. XIX, 336-343, y en la *Bibl. Barberini*, LVIII, 12.

(2) Además de las relaciones de los cardenales Este y Tournon, de 8 de abril de 1551, publicadas por Ribier, II, 319 s., y de las *cartas circunstanciadas de Serristori, de 8 y 10 de abril (*Archivo público de Florencia*), v. la exposición del mismo Papa en su *carta a Dandino, de 10 de abril (*Bibl. Barberini*, LVIII, 12), de la que de Leva (V, 136) comunica un pasaje.

(3) *Monitorium poenale* contra ill. dom. Oct. Farnesium. Romae apud A. Bladum 1551. Cf. Chiesi, 221.

(4) Cuán súbitamente se mudó la disposición de ánimo en Julio III, lo muestra la segunda *carta que envió a Dandino el 10 de abril de 1551 (*Archivo secreto pontificio*, Borghese II, 465, p. 13 s.). Un pasaje de la misma puede verse en Romier, 242.

una mala cosecha amenazaba con el hambre a los Estados del Papa? No faltaban tampoco voces prudentes, que prevenían con graves palabras para que no se rompieran precipitadamente las hostilidades, según lo procuraban urgentemente los imperiales. Especialmente se expresaba en este sentido un escrito del cardenal Crescenzi, de quien hacía mucho caso el Papa (1). A lo cual se agregaba la opinión pública, del todo desfavorable a la guerra, en Roma, donde, con indescriptible enojo del Papa, se hablaba de que Julio III era un instrumento sin voluntad en manos de los españoles (2). Por todo esto no puede maravillar a nadie que el Papa vacilara todavía a última hora, e hiciera nuevas tentativas para zanjar el desdichado litigio sobre Parma (3). Pero todos sus esfuerzos fracasaron. El 22 de mayo en un consistorio secreto se declaró a Octavio Farnese privado de su feudo, y cinco días después Enrique II se obligó a auxiliar a los Farneses con armas y dinero (4). La decisión quedaba remitida a las armas.

III

A pesar de que la situación política se ennegrecía cada día más, Julio III había continuado sus preparativos para el concilio universal, y persistía en que debía abrirse el día señalado, a despecho de todas las dificultades (5). El 15 de abril volvió a confiar el cargo de secretario del concilio a Angel Massarelli, que ya lo había sido antes, y Massarelli salió de Roma al día siguiente para Bolonia, adonde llegó el 19. Por encargo del Papa comunicó al legado Crescenzi, que allí estaba, que el concilio debía abrirse

(1) V. el pasaje de la carta de Julio III, de 10 de abril de 1551, publicado por de Leva, V, 191, nota 2.

(2) Cf. Legaz. di Serristori, 274 s. Sobre la disposición de ánimo que reinaba en Roma, v. la relación de Nicolás de Ponte en de Leva, V, 152.

(3) Cf. la exposición circunstanciada de las vacilaciones de Julio III en de Leva, V, 136 ss. Sobre la misión del cardenal Médici a O. Farnese y de Ascanio della Corgna a Francia, v. Cugnoni, Prose ined. di A. Caro, 89 s.; Pieper, 20 s., 144 s.; Romier, 242 ss. Romier ha puesto también en claro la misión de Juan de Monluc (p. 246 ss.).

(4) V. Legaz. di Serristori, 274; Fontanini, 398 s.; Pallavicini, 11, 16, 2; Romier, 245.

(5) * S. Sal está bueno, a Dios gracias, y muy determinado que el concilio se encomience para el día determinado. Carta del cardenal Pacheco al cardenal Madruzzo, fechada en Roma a 9 de abril de 1551. *Archivo del Gobierno de Innsbruck*.

en todo caso el 1.º de mayo; pero que el cardenal legado solamente lo abriría en persona, si hasta entonces hubiera Dandino enviado noticias de que así convenía a los designios del emperador. En otro caso deberían celebrar la apertura el segundo y tercer presidente, Pighino y Lipomano. El 23 de abril estaba Massarelli en Trento, donde se hacían los últimos preparativos para la reunión del sínodo. Para la celebración de las congregaciones se aderezó el palacio Ghiroldi, donde debía también morar el legado, y para las sesiones, la catedral de S. Vigilio, venerable por su antigüedad (1).

Dandino, de regreso de su legación, llegó a Trento el 24 de abril, y anunció que el emperador estaba conforme con que se abriera el concilio, y solamente deseaba que se procediese lentamente, hasta que hubieran llegado otros prelados, en especial los alemanes (2).

Los presidentes del concilio, Crescenzi, Pighino y Lipomano, celebraron su solemne entrada en Trento el 29 de abril, y les dieron allí la bienvenida el cardenal Madruzzo, cuatro arzobispos y nueve obispos. El mismo día llegó, como enviado del emperador, Francisco de Toledo, y el 30 de abril se tuvo la primera congregación general, en la cual el cardenal Crescenzi declaró que, conforme a la voluntad del Papa, se debía celebrar la apertura del concilio al día siguiente. Así se acordó por unanimidad; pero otra proposición de Crescenzi de que la próxima sesión no se celebrara hasta pasados cuatro meses, a 1.º de septiembre, tropezó al principio con una viva resistencia. Contra ésta hizo valer Pighino que no era posible celebrar un concilio sólo con los españoles e italianos, sino que era necesaria la presencia de prelados alemanes, y que no se debía ofrecer a los protestantes ningún pretexto jurídico para rehusar el concilio. Por efecto de estas razones se aceptó también la segunda propuesta del presidente (3).

Al día siguiente, 1.º de mayo de 1551, se celebró con muy poca asistencia, la *undécima sesión del concilio de Trento, pri-*

(1) V. Massarelli, 223-224. Por un *breve de 22 de abril de 1551, recibió Massarelli facultad para gozar de las rentas del priorato de S. Severino dioec. Camarac. Arm. 41, t. LX, n. 291. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Raynald, 1551, n. 5. Massarelli, 224.

(3) Massarelli, 225 s. Theiner, Acta I, 475 ss. La carta de Crescenzi a Dandino, de 1 de mayo de 1551, se halla en Druffel, I, 632 s.; cf. además Pieper, 33, nota 1.

mera del reinado de Julio III. Después de la misa solemne que celebró el cardenal Crescenzi, tuvo el sermón el franciscano conventual Segismundo Fedrio de Diruta; después el secretario del concilio, Massarelli, leyó la bula de convocación y el breve del nombramiento de presidentes, y el arzobispo de Sassari, Alepo, el decreto de reanudar el concilio y el anuncio de la próxima sesión para el 1.º de septiembre, con el fin de que los alemanes tuvieran tiempo de presentarse en Trento. El mismo día 1.º de mayo el Papa fué llevado en Roma en solemne procesión, desde S. Marcos a la iglesia de los Santos Apóstoles, donde se celebró una misa del Espíritu Santo por el feliz éxito del concilio. En seguida se extendió a todo el orbe la indulgencia del jubileo ya antes publicado (1).

En el decurso del mes de mayo acudieron a Trento otros obispos españoles. A los ochenta y cuatro prelados que se hallaban en Roma, les había dirigido el Papa ya en el consistorio de 24 de abril la exhortación de que fueran a Trento lo antes posible; y como esta amonestación no había producido ningún efecto, se excitó ahora de nuevo a los remisos a estar en Trento antes del 1.º de septiembre. Además siguió en mayo el envío de cierto número de escritos de invitación (2).

Aun cuando el emperador mostraba mucho celo de que el concilio estuviera concurrido (3), la perspectiva de aquella asamblea se presentaba muy oscura, por cuanto Enrique II, resuelto a hacer todo lo posible para que el Papa desistiera de su proce-

(1) V. Massarelli, 227-229; Theiner, Acta I, 480. En la sesión, en la cual Crescenzi evitó la palabra continuación, tuvieron parte fuera de los tres presidentes: el cardenal Madruzzo, cuatro arzobispos, diez obispos, once teólogos y el embajador imperial. La bula del jubileo de 26 de abril de 1551 ha sido publicada por Le Plat, IV, 217 ss. El Papa aprobó lo hecho en la sesión de apertura, y ordenó el lugar que se había de asignar al cardenal Madruzzo, de una manera satisfactoria para éste; v. Massarelli, 230 s.

(2) Cf. Massarelli, 229 ss.; Raynald, 1551, n. 9 y 10; Le Plat, IV, 220 s.; Wirz, Bulas, 360.

(3) V. Relaciones de nunciaturas XII, 2 s.; Postina en la Revista trimestral romana, XVIII, 395 ss. De Postina hay que esperar una edición de las actas del segundo período del concilio de Trento, que corresponda a las exigencias modernas. Hay que aguardar a que se haga esta edición, como especialmente a que se editen asimismo por la Sociedad Görres las correspondencias relacionadas con dicho concilio; mientras esto no se efectúe, no será posible una exposición definitiva del segundo período de Trento. Las relaciones que hasta ahora existen en gran abundancia únicamente de la parte imperial, son tan parciales que sólo pueden utilizarse con grandísima precaución.

dimiento contra Octavio Farnese, trabajaba con todas sus fuerzas contra el sínodo. A principios de julio rompió sus relaciones diplomáticas con el Papa, y antes de ausentarse, su embajador Pablo de Labarthe, señor de Termes, presentó en el consistorio una formal protesta contra el concilio. Ahora (se decía en aquel documento, redactado por lo demás en tono respetuoso), habiendo comenzado la guerra en Italia, faltaba la tranquilidad necesaria para una asamblea semejante; los prelados de su reino no acudirían a Trento (1).

Asimismo intrigaba Enrique II por medio de su embajador para que los católicos de Suiza no enviaran representantes al concilio; el «rey cristianísimo» no se avergonzaba de ponerse para este fin en relaciones amistosas con uno de los más violentos enemigos de la Iglesia, Pedro Pablo Vergerio (2).

Julio III, por extremo irritado por la devastación del territorio de Bolonia por las tropas mandadas por Termes, antes embajador francés en Roma, dirigió en 21 de julio de 1551 un escrito amenazador a Enrique II, en el cual le emplazaba ante el tribunal de Dios; por lo cual el rey mandó ordenar al nuncio Trivulzio, que se alejara de la corte. Ante el tribunal de Dios, declaró Enrique II que estaba pronto a comparecer; pero sabía ciertamente que no hallaría allí al Papa, al cual consideraba como el peor y más desagradecido de los hombres, cuya injusta excomunión no temía. En el consejo del rey se ventiló la cuestión de si se debía sustraer enteramente la Iglesia de Francia de la obediencia del Papa, e instituir para Francia un patriarca propio. Carlos de Guisa, cardenal de Lorena, fué quien principalmente apartó al rey de dar este peligroso paso, y el rey declaró que no quería pelear contra Julio III con armas espirituales, sino con las temporales. Un ejército de diez mil hombres había de dirigirse a Italia, y para herir al Papa en lo vivo se daría orden a los franceses, de que no enviaran dinero a Roma para la obtención de beneficios o dispensas (3). Esta disposición, puesta en práctica a 3 de septiembre, equivalía al rompimiento del concordato (4).

(1) Cf. Ribier, II, 329 ss.; Le Plat, IV, 227 s.; Pallavicini, II, 16; Romier, 27-28.

(2) V. Raynald, 1551, n. 10 s.; Hubert, 99 ss.; J. G. Mayer, El Concilio de Trento y la antirreforma en Suiza I, Stans, 1901, 29 s.

(3) V. Romier, 30 s.; 33 s., 41.

(4) Thomas, III, 13.

El corto número de los prelados y representantes que se hallaban en Trento, se fué aumentando lentamente hasta el mes de septiembre. Además de españoles y algunos italianos, llegaron finalmente los primeros alemanes, el primero, a 17 de junio, el obispo auxiliar de Würzburg, Jorge Flach. El 29 de julio llegó, como segundo embajador del emperador por el Imperio, el conde Hugo de Montfort (1). Fué de particular importancia la asistencia al concilio de los electores eclesiásticos del Imperio, los cuales, al principio, se quisieron excusar, pero el legado Crescenzi les expuso de un modo enérgico, cuán obligados estaban a comparecer personalmente por el carácter de su posición. Asimismo era necesario impedir, que su ausencia ofreciera un pretexto a los protestantes para permanecer alejados. Lipomano trabajó en el mismo sentido (2), por lo cual los tres príncipes electores se resolvieron a emprender su viaje a Trento. Ya el 17 de agosto habían llegado allá cuatro doctores enviados delante por el príncipe elector de Tréveris, entre ellos el erudito dominico Ambrosio Pelargo (3). El 29 de agosto hicieron su entrada los dos príncipes electores, Sebastián de Heusenstamm, arzobispo de Maguncia, y Juan de Isenburg, arzobispo de Tréveris. La llegada de estos representantes de la Iglesia alemana, de sin igual importancia, a los cuales siguió en octubre el príncipe elector de

(1) V. Massarelli, 237, 240. V. *ibid.*, 235 y 237 sobre la visita de Felipe, príncipe de España, y de Maximiliano, rey de Bohemia, los cuales pasaron por Trento de viaje para España; Maximiliano se detuvo de nuevo en dicha ciudad a su vuelta, desde el 13 hasta el 16 de diciembre (v. Relaciones de nunciaturas, XII, 359 s.). Para saludar al rey Maximiliano y a la reina de Bohemia en Italia, diputó Julio III primeramente a A. de'Grassi, y después a su sobrino Ascanio della Corgna: quo nos conjunctiorem aut cariorem habemus neminem (v. el breve a la reina de Bohemia, de 25 de noviembre de 1550. Arm. 41, t. LVIII, n. 872; en el n. 873 hay otro breve semejante para el rey). Sobre la salutación v. Relaciones de nunciaturas, XII, 145. A Felipe de España dirigió Julio III, en 10 de junio de 1551, un *breve, en que le dice que le envió a su sobrino J. B. del Monte, quo nemo nobis carior, nemo nobis conjunctior est, cuando Felipe vino de Alemania a Italia, para saludarle e invitarle a venir a Roma; y que como se retardó la llegada de Felipe, le envía ahora a Hieronymus episc. Imol. (Dandino), para que el príncipe no pase por Italia sin ser saludado (Arm. 41, t. LX, n. 446). Al regreso de Maximiliano fué enviado para saludarle A. de' Grassi; v. el *breve para Maximiliano y su esposa, de 23 de noviembre de 1551. Arm. 41, t. LXII, n. 858. *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. Le Plat, IV, 221 s., 224 s.

(3) Massarelli, 241. Sobre Pelargo, v. Janssen-Pastor, VII, 556 s. y la bibliografía especial que allí se indica.

Colonia, Adolfo de Schauenburg, fué recibida con alegría tanto mayor, cuanto se creyó que entonces seguirían su ejemplo numerosos obispos del Imperio. El 29 de agosto llegó asimismo el prelado auxiliar de Maguncia, Baltasar Fanneman, y al siguiente día el erudito obispo de Viena, Federico Nausea, como enviado del rey de romanos Fernando (1). Todavía faltaban entonces los obispos que se hallaban en Roma, justificando las acerbas quejas que pronunció Crescenzi sobre la ausencia de estos prelados. Con todo eso, el haberse roto las hostilidades en la Italia septentrional y la pobreza de muchos obispos italianos no dejaban de ser motivos graves, dignos de tomarse en consideración (2). El Papa nada podía remediar en esta parte, pues el salario de los presidentes y demás funcionarios del concilio exigía cuantiosos gastos, y el mantenimiento de las tropas enviadas contra Octavio Farnese agotaba del todo sus caudales, de suyo muy limitados. Pero Julio III hizo por lo menos cuanto estaba en su mano. Una bula de 27 de agosto de 1551 reiteró el requerimiento dirigido a todos los prelados de encaminarse personalmente al concilio, con amenaza de penas para los remisos; y parecidas amonestaciones hicieron los cardenales diputados para el concilio. Por lo demás, el Papa persistía en que en todo caso había de celebrarse la sesión el 1.º de septiembre (3).

(1) V. Massarelli, 241 s.; Relaciones de nunciaturas, XII, 52; Postina, Billick, 117. Por *breve de 13 de noviembre de 1550, dió el Papa las gracias a Nausea por el envío de su *Compendium concilii Constant.* (Arm. 41, t. LVIII, n. 950). Un segundo *breve, de 12 de noviembre de 1551, agradece a Nausea otro libro (*ibid.*, t. LXII, n. 938). Este es el breve, que cita J. G. Mayer en el *Anuario Histórico*, VIII, 23 con la fecha equivocada de 12 de diciembre. Los documentos que cita Mayer de la *Biblioteca de la ciudad de Schaffhausen*, concernientes a la actividad de Nausea en el concilio, se hallan también copiados en la *Biblioteca del seminario de Maguncia*. Los manuscritos relativos a esto mismo, de la *Biblioteca del palacio imperial de Viena*, y especialmente las memorias de Nausea que se hallan en *Schaffhausen*, los utilizará Postina en su gran publicación. También Truchsess, cardenal de Augsburgo, había querido ir a Trento, y por eso se había dirigido al Papa, quien le hizo contestar que podía aguardar todavía, pues los cardenales no habían sido convocados por la bula. Contra la explicación que dió Druffel (I, 801) de esta carta, v. Pieper, 34, nota 1.

(2) Esto lo hace notar con razón Pieper (p. 34); cf. Relaciones de nunciaturas, XII, LXII.

(3) V. Le Plat, IV, 231 s.; Relaciones de nunciaturas, XII, 57 s. Por un *breve de 1 de septiembre de 1551, a Jac. Jacomello episc. Bellicastr., se encargó a éste que cuidase necesaria ad celebr. concilii et presertim hospi-

Conforme a esto, el 31 de agosto resolvió la congregación general de Trento, a propuesta del legado, que al día siguiente se celebraría la sesión prefijada, y como fecha de la siguiente señalóse el 11 de octubre (1). El Papa llegó por entonces hasta pensar, en interés del concilio, en trasladarse a Bolonia con toda su corte, plan que ya antes se había meditado, pero que también esta vez, por motivos económicos, hubo de abandonarse (2).

El 1.º de septiembre, los tres presidentes, el cardenal Madruzzo, los dos príncipes electores, otros cinco arzobispos, veintiséis obispos y veinticinco teólogos, se reunieron en Trento para la *duodécima sesión, segunda del pontificado de Julio III* (3). Celebró la misa solemne el arzobispo de Cáller, y en vez de sermón, el secretario del concilio Massarelli leyó una larga exhortación de los presidentes a los Padres congregados. Se admitieron también las cartas credenciales de los embajadores de Carlos V y Fernando I, y se determinó que en la sesión siguiente, a 11 de octubre, se trataría del sacramento de la Eucaristía y de la obligación de residencia de los obispos.

Al fin compareció el francés Jacobo Amyot, enviado del cardenal Tournon, que moraba en Venecia. Dicho enviado presentó una carta de Enrique II y otro documento y pidió que se le diese lectura. Pero como la carta del rey de Francia llevaba el sobrescrito: «A los Padres de la *Asamblea* de Trento», evitando deliberadamente la designación de concilio, levantóse de parte de los españoles una tempestuosa oposición contra la lectura del escrito. Para resolver aquel litigio, retiróse el legado con los padres del concilio a la sacristía; y allí, para no exacerbar más al rey, se acordó acceder a la pretensión de Amyot, aunque con la declaración expresa, de que el concilio quería recibir en buen sentido la

tia et victualia pro conventuris. Arm. 41, t. LXI, n. 749. *Archivo secreto pontificio*.

(1) Massarelli, 242. Theiner, Acta I, 483 s.

(2) Cuán de veras había sido proyectado este viaje, se deduce de los «breves, que se hallan en el Arm. 41, t. LXI, n. 790: Jac. Fabri cubicul., con fecha de 11 de septiembre de 1551 (comisariato para procurar víveres «en Bolonia»); n. 841: Commissariis super hospitibus para el viaje a Bolonia, con fecha de 20 de septiembre de 1551; ibid., n. 842 y 843: ad aptandas vias; n. 844: ad victualia parandā; n. 845: ad hospit. pro sacramentum portant. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Massarelli, 242. Theiner, Acta I, 486 s. Raynald, 1551, n. 27 s. *Corpo dipl. Port.*, VI, 55.

inscripción del título; mas que si fuese otra la intención del rey, no podría considerarse la carta como dirigida a aquella asamblea eclesiástica.

Tras esto leyó Massarelli la regia misiva y Amyot el otro documento. Este tenía por objeto fundamentar de nuevo la actitud de Enrique II al rechazar el concilio, remitiéndose a la declaración anteriormente dada en el consistorio por el embajador francés, y protestar contra el mismo concilio. Entre reproches contra el Papa, insistía Enrique II en que no había podido enviar a sus obispos, por cuanto el viaje no era seguro en las circunstancias políticas presentes; no miraba aquel concilio, del cual había sido excluido de este modo contra su voluntad, como universal, sino como una asamblea privada, que le parecía que serviría más al privado interés de aquellos en gracia de los cuales se había convocado, que no a los universales intereses de la Iglesia. Por esta causa, en lo sucesivo no estarían obligados a guardar los decretos de dicho concilio, ni el rey, ni el pueblo francés, ni los prelados y ministros de la Iglesia galicana, antes bien, declaraba él pública y solemnemente que, si le pareciera necesario, apelaría a los mismos medios y recursos para defenderse, que habían solido emplear en casos semejantes los anteriores reyes de Francia. Con todo, no decía él estas cosas en el sentido de tener propuesto negar la obediencia debida a la Sede Apostólica, por más que tenía principalmente en el corazón defender las libertades de la Iglesia galicana.

Por medio del promotor del concilio se contestó al embajador francés, en nombre del sínodo, que en la próxima sesión pública de 11 de octubre se daría una contestación maduramente meditada a sus declaraciones. Entre tanto se hace notar, que todo cuanto había hecho el embajador francés no podría constituir ningún prejuicio contra el concilio y su continuación (1).

El 7 de septiembre habían llegado además a Trento Pablo Gregorianozi, obispo de Agram, como segundo enviado del rey Fernando, y Guillermo de Poitiers, como tercer representante de Carlos V por sus provincias de Flandes (2). Como no se tenían noticias particulares acerca de los próximos designios del empe-

(1) Cf. Raynald, 1551, n. 28 s.; Le Plat, IV, 236 s., 238 s., 249 s.; la carta de S. de Selve en Ribier, II, 352 s.; Pallavicini, 11, 17; Maynier, 611 s.; Bagnenault de Puchesse, en la Rev. des quest. hist., VII (1869), 48 s.; Romier, 40.

(2) Massarelli 243 s.

rador, especialmente sobre su viaje a los Países Bajos, origináronse temores respecto a la continuación del concilio. Al propio tiempo se hacía cada vez más sensible el efecto que producía en la asamblea la guerra acerca de Parma. El 24 de septiembre podía Bertano escribir a Roma, que el emperador había diferido para más adelante el proyectado viaje a los Países Bajos. Carlos V se dirigió a Innsbruck, adonde llegó a principios de noviembre, y esta resolución la tomó expresamente por respeto del concilio (1).

Los Padres congregados en Trento habían emprendido sus trabajos después de la sesión de 1.º de septiembre. Ya al día siguiente se sometieron para su investigación a los teólogos del concilio diez proposiciones sobre la Eucaristía, que se habían entresacado de los escritos de Lutero y de los reformadores suizos. Una congregación de veinticuatro teólogos eminentes, entre ellos los jesuitas Laínez y Salmerón, enviados por el Papa, y el dominico Melchor Cano, diputado por el emperador, se pusieron inmediatamente a este trabajo. Las deliberaciones duraron desde el 8 hasta el 16 de septiembre, y se continuaron luego con detención no menor por los padres del concilio en nueve congregaciones generales desde el 21 hasta el 30 de septiembre. Se había advertido a los teólogos, que tomaran sus argumentos de la Sagrada Escritura, la tradición apostólica, los concilios legítimos, los Padres de la Iglesia, las Constituciones de los Papas y el consentimiento de la Iglesia universal; debían exponer sus sentencias en términos breves, evitando todas las discusiones inútiles y las disputas porfiadas; el legado Crescenzi instaba principalmente a que se contentaran con proponer claramente los errores, sin entrar en sutilezas teológicas. En las deliberaciones se vino a tratar también muy detenidamente la cuestión sobre la administración del cáliz a los legos y la comunión de los niños (2).

Después que se hubieron discutido e ilustrado en todos sentidos los diez artículos de los novadores, se instituyó, en la congregación general de 30 de septiembre, una comisión de ocho prelados, que, junto con el legado, hubieran de oponer a aquellas

(1) Cf. Relaciones de nunciaturas, XII, 72 nota, 76, 86 s.; Druffel, I, 760.

(2) Cf. Raynald, 1551, n. 39; Le Plat, IV, 258 s.; Theiner, Acta I, 488 s.; Massarelli, 243; Pallavicini, 12, 1 s. Sobre qué aprecio y autoridad gozaba en Trento Laínez, cf. Polanco, II, 250, 253; Astrain, I, 552 s., donde ha sido rectificada la exposición de Ribadeneira y Orlandini. Sobre M. Cano en Trento véase Katholik, 1880, I, 409 s.

opiniones heréticas cánones brevemente redactados. El trabajo de la comisión se presentó el 6 de octubre a la congregación general y fué considerado en los días siguientes por los padres del concilio, los cuales, después de repetidas modificaciones, aprobaron once cánones. Otros dos ya preparados, que trataban de la comunión bajo entrambas especies, se retiraron, accediendo a un deseo manifestado por el emperador, en atención a la llegada, que se esperaba, de los protestantes. Conforme a la propuesta del obispo de Castellammare, y por razón de la grande importancia del asunto, se hizo preceder a los cánones un decreto dogmático sobre la Sagrada Eucaristía en ocho capítulos. A par de estos puntos dogmáticos se trataron también algunas cuestiones de reforma, que en parte se habían preparado ya asimismo en el primer período del concilio, pero no habían llegado a concluirse. Una congregación general de 10 de octubre aprobó para el día siguiente la publicación del decreto dogmático sobre el santísimo sacramento de la Eucaristía, de los once cánones y un decreto de reforma, que trata en ocho capítulos principalmente del aseguramiento de las facultades propias de los obispos, de su jurisdicción, dificultad de su citación a Roma, curso de instancia de las apelaciones y otras cosas semejantes que atañen al orden de los juicios eclesiásticos. A propuesta del legado, se determinó luego todavía que la definición de los artículos retirados sobre la administración del cáliz a los legos y la comunión de los niños, acerca de las cuales los protestantes deseaban ser oídos, se difiriese para la segunda de las futuras sesiones, que debería celebrarse el 25 de enero de 1552. Se aprobó asimismo un salvoconducto propuesto para los protestantes para dicho tiempo (1).

Con solemnidad desacostumbrada efectuóse el 11 de octubre de 1551 la *XIII sesión del concilio, tercera en el reinado de Julio III* (2). Celebró la misa solemne el obispo de Mallorca, Juan Bautista Campegio, y el arzobispo de Sassari pronunció el sermón en alabanza del santísimo sacramento del Altar; después de lo cual se leyó el mandato del príncipe elector Joaquín II de Bran-

(1) Sobre estas discusiones preliminares cf. Theiner, *Acta I*, 519 ss., y Pallavicini 12, 5 s. Sobre el deseo de Carlos V v. la relación que envió Bertrano desde Augsburgo, fechada el 29 de septiembre de 1551, en las *Relaciones de nunciaturas*, XII, 85 s. Cf. de Leva, V, 254 ss.

(2) V. Theiner, *Acta I*, 530; Raynald 1551, n. 41 s.; Vargas, *Lettres*, ed. Levassor, 125 s., 168 s.; Pallavicini, 12, 9.

denburgo, expedido el 1.º de agosto, para sus enviados Cristóbal von der Strassen y Juan Hoffmann, los cuales se presentaron en dicha sesión. En el documento designaba el de Brandenburgo al Papa como santísimo señor y padre en Cristo, supremo obispo de la Iglesia romana y universal y su clementísimo señor, que con paternal amor y longanimidad había tenido por bien continuar el concilio universal comenzado en Trento, y había prometido al emperador que, finalmente, se arreglarían en él las controversias religiosas promovidas en Alemania, y se restablecería la saludable paz de la Iglesia y la tranquilidad de Alemania. En el discurso pronunciado ante la asamblea en nombre de su señor, dió von der Strassen la seguridad, de que Joaquín II sostendría y defendería todas las decisiones del concilio sinceramente y como convenía a un príncipe cristiano y obediente hijo de la Iglesia católica (1).

Es posible y aun muy verosímil, que el de Brandenburgo mandara hacer esta declaración principalmente, con el fin de allanar por este medio la oposición del Papa contra la elección de su hijo Federico, menor de edad, para arzobispo de Magdeburgo y Halberstadt; pero como quiera que sea, aquella declaración era de mucha importancia, y el concilio la recibió con el mayor aplauso (2). Luego siguió la publicación de los decretos y cánones preparados. En el decreto sobre la santísima Eucaristía se expone con maravillosa claridad la doctrina católica acerca de este inmenso tesoro de la Iglesia, para cuya glorificación no hacía mucho tiempo (en el reinado de Julio II) que Rafael había creado su fresco inmortal de la Disputa.

Aun cuando nuestro Salvador (así enseña el concilio), según su natural existencia, está siempre en el cielo a la diestra del Padre, está asimismo, según su sustancia, presente en muchos sitios por modo sacramental. Esta presencia bajo las especies del pan y del vino es verdadera, real y sustancial. Por la consagración el pan y el vino se transforman cuanto a su sustancia, en la carne y sangre de Cristo, de manera que no quedan de ellos sino las especies; y esta mutación sustancial se expresa exacta y convenientemente con la palabra *transustanciación*. La Iglesia ha creído en todo tiempo, que luego después de la consagración, Cristo

(1) V. Raynald 1551, n. 41 s.; Le Plat IV, 264 s.; Relaciones de nunciaturas, XII, 83 nota (la fecha 6 de octubre es un error).

(2) Cf. Pastor, Esfuerzos de reunión, 435 s.

señor nuestro en cuerpo y alma, con su humanidad y divinidad, está presentē bajo las especies de pan y vino y en cada una de sus partes. Se rechaza la afirmación, de que Cristo esté contenido en el Santísimo Sacramento solamente como en un signo, en una figura o puramente en virtud; además se hace resaltar expresamente, que Cristo está presente no sólo en el instante de la comunión, sino también antes y después de ella, por lo cual se le debe adorar en el Santísimo Sacramento. Acerca de la preparación para la comunión, insiste el concilio en que nadie que tenga conciencia de pecado mortal, puede recibir el Santísimo Sacramento sin haberse antes confesado. Tocante a los efectos, pone de realce, que la sagrada Eucaristía borra nuestros pecados veniales cotidianos y nos preserva de los mortales, es un alimento del alma y prenda de la vida eterna, por lo cual debe el hombre comer con frecuencia de este Pan de los ángeles.

Al final de esta importante sesión, en que tomaron parte, fuera de los tres presidentes, el cardenal Madruzzo, los tres príncipes electores eclesiásticos, cinco arzobispos, treinta y cuatro obispos, tres abades, cinco generales de Órdenes religiosas, cuarenta y ocho teólogos y los enviados de Carlos V, Fernando I, y del príncipe elector Joaquín II, se leyó la respuesta del concilio al rey de Francia. En este documento la asamblea manifiesta su dolorosa sorpresa y sentimiento, de que el monarca francés pusiese dificultades a su continuación. Rechaza el reproche de no servir para el común provecho de la Iglesia, sino a particulares fines políticos. El embajador de Enrique II podría intervenir para salvar los intereses de Francia, y los obispos franceses si concurrían (a lo cual se les exhorta de nuevo ahincadamente), hallarían honroso y amigable acogimiento, así por su respeto como por el de su rey. Pero si ellos dejaban de cumplir con su deber, no por eso el concilio dejaría de ser universal. Por esta causa, se exhorta de nuevo instantemente al rey, a que no condescienda con su disgusto personal, sino anteponga a todas las otras cosas el provecho de la Iglesia (1).

Como asunto de los ulteriores trabajos del concilio propuso el legado, el 15 de octubre, doce artículos sobre el sacramento de la Penitencia y cuatro sobre la Extremaunción, los cuales se habían extractado de los escritos de los principales teólogos protestantes. Los teólogos del concilio deliberaron sobre ellos con intenso estu-

(1) V. Raynald, 1551, n. 34 s.; Le Plat, IV, 266 ss.

dio, dedicándoles tres horas por la mañana y tres por la tarde, desde el 20 al 30 de octubre, y discutiendo profundamente todas las cosas de importancia que trataban los controversistas acerca de los puntos propuestos. El resultado de estas discusiones, llevadas adelante con infinita diligencia y grande abnegación, fué propuesto el 5 de noviembre a la congregación general, la cual deliberó sobre ello en catorce sesiones hasta el 24 de noviembre; el 21 se sometió también a los Padres un decreto de reforma que comprendía quince capítulos, sobre los cuales se trató en la congregación general del 23. El resultado de las deliberaciones, dirigidas con extraordinario esmero, fueron doce capítulos dogmáticos sobre los sacramentos de la Penitencia y Extremaunción, y diecinueve cánones en que se condenaban las doctrinas de los protestantes relativas a dichos sacramentos (1).

Respecto del sacramento de la Penitencia enseñaba el concilio en primer lugar, que había sido instituído por Cristo en forma de juicio, conforme a las palabras de S. Juan; que era necesario para la reconciliación con Dios para todos aquellos que se hubiesen manchado con pecado mortal. Requiérense del penitente tres actos: arrepentimiento, confesión de los pecados y satisfacción. El arrepentimiento se define como dolor del ánimo y detestación de los pecados cometidos, junto con el propósito de no volver a ofender a Dios.

Por el precepto de la confesión, fundado en ordenación de Dios, no pide la Iglesia al penitente otra cosa, sino que después de un diligente y exacto examen de su conciencia, diga todo aquello con que se acuerda de haber ofendido gravemente a Dios. La potestad de absolver la tiene todo sacerdote legítimamente ordenado, aun cuando esté en pecado mortal, con tal que posea jurisdicción ordinaria o delegada. La absolución no es una simple declaración de que los pecados han sido perdonados por Dios, sino un acto judicial, en el cual el sacerdote como juez pronuncia la sentencia. Acerca de la satisfacción se hace advertir, que no todas las penas quedan remitidas por la absolución de los pecados, y que la penitencia impuesta por el confesor en ninguna manera menos-

(1) Cf. Raynald, 1551, n. 53 s.; Theiner, Acta I, 531 s.; Le Plat, IV, 272 s.; Pallavicini, 12, 10 s. Por lo que toca a las deliberaciones sobre reforma cf. Maynier, 669 s.; v. también Postina, Billick, 119, donde hay un testimonio acerca del celo y diligencia de los teólogos. Cf. además Gulik, 153 s. sobre la actividad de Gropper.

caba ni oscurece la eficacia de los merecimientos y satisfacción de Cristo. Al tratar de la Extremaunción insiste ante todo el concilio en que es un verdadero y propio sacramento instituido por Cristo, lo cual demuestra alegando las palabras del apóstol Santiago.

Los decretos de reforma, que además de una introducción, comprenden catorce capítulos, tienen principalmente por fin remover los obstáculos, con que tropezaban los obispos en el castigo de los malos eclesiásticos, y asimismo tomar providencias, para que los sacerdotes, principalmente los que se emplean en la cura de almas, no lleven una conducta desarreglada. En particular se les exigió un traje clerical y decente y se trató de poner coto a ciertos abusos en la colación de beneficios. Todos estos decretos se publicaron con efecto el 25 de noviembre en la *sesión XIV, cuarta del reinado de Julio III* (1).

Como día de la próxima sesión se determinó el 25 de enero de 1552, en la cual se publicaría, por medio de un decreto dogmático, la doctrina católica acerca del santo sacrificio de la misa y de la ordenación sacerdotal. En primer lugar se reunieron asimismo, sacándolos de los escritos de los teólogos protestantes, diez artículos que rechazaban la misa, y seis que se dirigían contra el carácter sacramental del Orden sagrado. El 3 de diciembre se entregaron a los teólogos, entre los cuales se señalaban también dos alemanes, Juan Groppe y Everardo Billick, que habían llegado a Trento con el príncipe elector de Colonia. Los teólogos discutieron en veintinueve reuniones, desde el 7 hasta el 29 de diciembre, y el resultado de sus trabajos llegó el 3 de enero a manos de los Padres del concilio, los cuales los estudiaron en trece congregaciones generales, desde el 5 al 13 de enero. El 14 se encargó la redacción definitiva a una diputación de dieciocho prelados, la cual estableció cuatro capítulos doctrinales y trece cánones sobre el santo sacrificio de la misa, y tres capítulos y ocho cánones sobre la ordenación sacerdotal, los cuales fueron presentados para una nueva aprobación a las congregaciones generales de 18, 20 y 21 de enero (2).

(1) Estaban presentes los tres presidentes, el cardenal Madruzzo, los príncipes electores de Colonia, Tréveris y Maguncia, otros seis arzobispos, cuarenta obispos, cinco abades, el general de los agustinos, seis procuradores, cincuenta y un teólogos y los embajadores. Cf. Theiner, *Acta I*, 601; Raynald, 1551, n. 56 s.; Pallavicini, 12, 14.

(2) Cf. Theiner, *Acta I*, 602 ss., 635 ss.; Le Plat, IV, 334 ss., 386 s., 405 s.; Knöpfler en el *Léxico eclesiástico de Friburgo XI*, 2079 s.

Pero estos decretos no llegaron a ser publicados, ni en la sesión próxima, ni aun durante este segundo período del concilio.

Mientras el representante de Carlos V esperaba en Trento a fines de 1551, que el concilio llevaría a término sus trabajos en otras dos sesiones (1), el príncipe elector Mauricio de Sajonia había tendido en todas direcciones con el mayor secreto los hilos de una conjuración, para herir «en el corazón» al emperador. Exteriormente el traidor guardaba las apariencias, mostrándose dispuesto a enviar sus representantes al concilio (2).

Ni el emperador ni el papa sospechaban los acontecimientos que se estaban preparando. Como a fines de 1551 los electores de Maguncia y Tréveris hicieron semblante de ausentarse de la ciudad del concilio, alegando las inquietudes excitadas en Alemania, así Carlos V como Julio III les opusieron enérgicas reflexiones. Con esto ambos príncipes electores se dejaron mover a quedarse por entonces, parte porque no pudieron oponer cosa alguna a lo que el emperador les escribió sobre lo infundado de sus temores, parte acaso también para que los protestantes, que por fin habían comparecido, no pudieran decir, que su presencia había sido la causa de ausentarse los electores (3).

Pero mientras se conjuraba por el momento este peligro que había amenazado a la asamblea eclesiástica, surgieron otras dificultades, que hicieron imposible la continuación de los trabajos conciliares.

El 22 de octubre habían llegado los dos enviados del duque de Wúrtemberg, a los cuales siguió el 11 de noviembre Juan Sleidan, como representante de las ciudades de Estrasburgo, Esslingen, Reutlingen, Ravensburgo, Biberach y Lindau (4). Las esperanzas de conciliación hubieron de disminuirse mucho, desde el momento que los mencionados se negaron a cumplir con el legado y los nuncios el deber de cortesía de visitarlos; pero los represen-

(1) Carta de F. de Toledo a Carlos V, fechada en Trento el 25 de diciembre de 1551, y publicada por Döllinger, Documentos, I, 177 s.

(2) Cf. Janssen-Pastor, III 17-18, 719.

(3) V. Maurenbrecher, 154 * s., 158 * s., 160 *; Raynald, 1551, n. 64 y 65; Relaciones de nunciaturas, XII, 118 s., 124 s., 129, 133, 141 s., 148 s.; Druffel II, 7.

(4) Cf. de Leva V, 279 s. Las instrucciones de los enviados de Wúrtemberg pueden verse en Sattler, Historia de Wúrtemberg, IV, documento 30; cf. Druffel, I, 837. El mandato de Estrasburgo para Sleidan se halla en Le Plat, IV, 278 s. Sobre la conducta de Estrasburgo v. Baumgarten, 159 ss.; ibid. las relaciones de Sleidan, enviadas desde Trento.

tantes de Julio III prescindieron de esto, por cuanto Julio III les había mandado tener más cuenta con la caridad que con la dignidad, sufrir con paciencia todas las injurias, y acomodarse a las exigencias de los protestantes hasta donde pudiera hacerse sin perjuicio de la Iglesia y de la religión, pues nunca sería deshonoroso para un padre aguantar las inconveniencias de su hijo para reducirlo a mejor acuerdo (1). El 9 de enero de 1552 llegaron Wolfango Koller y Leopoldo Badhorn, representantes del más poderoso de los príncipes protestantes del imperio, el príncipe elector Mauricio de Sajonia (2). También ellos evitaron todo contacto con los representantes del Papa, limitándose a tratar con los enviados del emperador, a los cuales declararon: que para los teólogos que su señor enviaría, se había de redactar otro salvoconducto en la forma, en que en otro tiempo lo había dado el concilio de Basilea a los bohemios; hasta la llegada de dichos teólogos el concilio había de suspender sus trabajos; y luego que hubieran llegado, había el concilio de someter a nueva deliberación todas sus resoluciones anteriores, renovar los decretos de Constanza y Basilea acerca de la superioridad del concilio sobre el Papa, y absolver a los cardenales, obispos y demás miembros del sínodo, del juramento con que se habían obligado a Julio III. Por semejante manera exigían también los enviados de Wúrtemberg, que el concilio retractara todas sus decisiones anteriores, y que se habían de nombrar, para resolver las cuestiones religiosas, jueces que no fueran parciales como lo eran los obispos (3).

Varias de estas exigencias apuntaban a la completa revolución en la constitución presente de la Iglesia, y su proposición había de hacer de antemano imposible cualquier avenencia (4). Los

(1) V. Pallavicini, 12, 15, 2.

(2) Sus instrucciones de 13 de diciembre de 1551, se hallan en Druffel, I, 859.

(3) V. Le Plat, IV, 464 ss.; cf. *ibid.*, 460 s. y Relaciones de nunciaturas, XII, 159 nota 3. El primero como el segundo salvoconducto del concilio de Trento, y el del sínodo de Basilea han sido publicados por Brenz, *Synagma eorum quae nomine Christophori ducis Virtemb. in synodo Tridentina per legatos eius acta sunt*, 99 s.

(4) Para el juicio de estas demandas, parte de las cuales no podía indudablemente ser cumplida por los católicos, v. Pallavicini, 12, 15, y de los modernos particularmente Bucholtz en su circunstanciada crítica de la Historia de Alemania, de Ranke, publicada en el Anuario de la Lit., de Viena, CXV

presidentes del concilio, y sobre todo el legado, conocieron esto claramente, mientras los imperiales se entregaban todavía a engañosas esperanzas; y como al propio tiempo volvióse a aumentar la oposición en la cuestión de reforma, que ya antes había desunido con frecuencia a Crescenzi y al partido imperial-español, se llegó a muy violentos encuentros (1). Si se quiere juzgar con rectitud el proceder de Crescenzi, hay que tener en cuenta que Julio III le había dado desde el principio la instrucción, de no entrar en negociaciones con los protestantes, sino en el caso de que se mostraran dispuestos a someterse a los decretos del concilio, convocado por el Papa como legítimo cabeza de la Iglesia (2). Con todo, para mostrarse el legado lo más asequible que pudiera, a las urgentes instancias de los imperiales, resolvió que se oyera a los protestantes ante una congregación general reunida, aun cuando no habían prestado la declaración exigida por el Papa. «Por más que debíamos temer que se nos hacía traición», declaraba Pighino, segundo presidente, el 23 de enero de 1552, «la Iglesia, como madre solícita, no debía rechazar a nadie, sino mostrar a todos el camino que conduce a ella y mantenerlo abierto, alejando todo motivo de efugios y de permanecer alejados del concilio». La asamblea estuvo conforme con esto, y sólo se previno contra cualesquiera perjudiciales consecuencias, que quisieran sacarse de su condescendencia (3).

En la congregación general celebrada en la mañana del 24 de enero, fueron recibidos los enviados de Württemberg, los cuales presentaron su confesión, redactada por Brenz, anunciando que su duque enviaría teólogos para defender las proposiciones en ella contenidas; pero solicitaba que se nombrasen jueces árbitros, pues los obispos eran parte, y por tanto no podrían acertar con la resolución. Tampoco se debía continuar el concilio de suerte, que los decretos ya publicados se considerasen como cosa terminada; pues no habiéndose hasta entonces oído sino a una parte, era preciso someter a nueva discusión estos decretos. La congregación se limitó a contestar a todo esto en general, (1846), 113 s.; cf. también Knöpfler en el *Léxico eclesiástico de Friburgo*, XI, 2080.

(1) Cf. la exposición, ciertamente muy parcial, de de Leva (V. 285 s.).

(2) V. Raynald, 1551, n. 11. De Leva para nada tiene cuenta con esta instrucción.

(3) V. Theiner, *Acta I*, 648 s.; *Le Plat*, IV, 417 s.

que después de la competente deliberación manifestaría su sentencia sobre aquellas exigencias (1).

Por la tarde debían ser admitidos por la congregación los enviados de Sajonia. Estos prescindieron de presentar la llamada repetición de la confesión de Augsburgo, compuesta por Melancthon, porque la tal era un verdadero manifiesto en que se declaraba la guerra contra el sínodo (2); pero el mismo discurso (3), con que el enviado sajón Badhorn expuso a la congregación sus pretensiones, ya manifestadas a los representantes de Carlos V, no tenía nada de pacificador; pues no tenía empacho dicho enviado en decir abiertamente a los católicos, que entre ellos no había quedado sino «una apariencia de religión» (4). Conforme a su instrucción, Badhorn hizo ante todo fuerza en que se redactara el salvoconducto en una forma adecuada a los deseos de su soberano, es a saber, tal como el concilio de Basilea lo había otorgado a los bohemios. Pretensión a la verdad extraña, pues el salvoconducto del concilio de Basilea no contenía en manera alguna las exigencias, en que los protestantes ponían ahora la mayor fuerza, es a saber, que las controversias religiosas se resolvieran solamente por la Sagrada Escritura, y se concediera a los disidentes voto decisivo en el concilio. En sus explicaciones Badhorn combatió una declaración, que él atribuía erróneamente al concilio de Constanza, es a saber, que no había obligación de guardar el salvoconducto con respecto a los herejes. Con este ataque al concilio de Constanza estaba en cruda oposición el entusiasmo, con que Badhorn defendió el principio establecido por aquel concilio, aun-

(1) V. Theiner, *Acta* I, 648 s.; Le Plat, IV, 418 ss.; la carta de Lipomano en el *Corpo dipl. Port.*, VII, 111 ss.; Pallavicini, 12, 15; Maynier, 720 s.; *Relaciones de nunciaturas*, XII, 159 nota 3. Sobre la *Confessio Wirtemberg.* v. Schnurrer, *Documentos relativos a la Historia eclesiástica de Würtemberg* (1798), 214 s., y Heppe, *Escritos de confesiones de fe*, Kassel, 1855, 491 ss.; cf. también Hartmann-Jäger, *Brenz* II, 198 ss.

(2) Juicio de K. A. Menzel (III, 381); cf. Pastor, *Esfuerzos de reunión*, 431 s. Sobre la *Repetitio confess. August.* (*Corp. Ref.* XXVIII, 328 s.) v. también las reconvenciones en la *Revista de Historia eclesiástica*, II, 305 nota 3.

(3) Hállase impreso en Raynald, 1552, n. 15 y Le Plat, IV, 464 s. Para su crítica v. especialmente Pallavicini, 12, 15, 7 s. Muy notable es el juicio de Malvenda, el que ya ha citado Maynier (726 nota).

(4) A pesar de eso, halla de Leva (V. 290) que los sajones se presentaron in forma calma e *rispettosa*! Cf. en contra de eso, el severo juicio del contemporáneo Lipomano en el *Corpo dipl. Port.*, VII, 112.

que no confirmado por la legítima autoridad (1), y contrario a la doctrina católica, de la superioridad del concilio sobre el Papa en materias de fe. Es probable que supiera que el tal principio no carecía de partidarios entre los católicos, aun entre los Padres congregados en Trento. A Badhorn se le pasó por alto enteramente, que Lutero había considerado como inválido el concilio de Constanza y que los protestantes rechazaban decretos indudables del mismo. La pretensión de que los obispos fueran absueltos del juramento que tenían prestado al Papa, procuraba fundamentarla el enviado en la necesidad de reforma que tenía la curia. Paladinamente rechazaba toda autoridad del Papa, lo cual valía tanto como echar por tierra todo el tradicional sistema de gobierno de la Iglesia. La suprema autoridad estaba, según Badhorn, en su propio partido, el cual había de decidir, hasta qué punto la Iglesia actual se había separado de la antigua. Sobre todas las doctrinas de fe definidas ya por el concilio de Trento, era menester comenzar una nueva discusión; éste había sido el sentir de la dieta de Augsburgo, cuando en nombre de todos los Estados se solicitó la continuación del interrumpido concilio de Trento. Semejante nueva discusión era necesaria, pues el príncipe elector de Sajonia tenía la convicción de que en aquellos artículos, especialmente en el de la justificación, se contenían muchos errores, los cuales era menester se corrigieran con la Sagrada Escritura. La determinación definitiva se había de hacer por el juicio de *todas* las naciones cristianas, cuyos representantes no habían tomado parte en las decisiones anteriores, y sin los cuales el concilio no podía ser considerado como universal o ecuménico, sino como particular.

Si se hubiera admitido este principio, que la ausencia de algunos legítimamente convocados bastaba para negar la autoridad a un concilio universal legítimo, apenas se podría hallar un solo concilio, cuya universalidad no pudiera ponerse en litigio. Qué fuese lo que tendría que hacer el concilio «libre, cristiano, universal» que pretendía Badhorn, no quedaba dudoso, pues él mismo insistía expresa y repetidamente en el principio, de que en la resolución de las controversias religiosas había de ser la Sagrada Escritura la única norma; con lo cual mostraba claramente, que los protestantes tenían la pretensión de que el

(1) Cf. nuestras explicaciones del vol. I, 331 s.

concilio considerase de antemano como verdad indubitable, sobre la que no podía haber propiamente discusión, las nuevas doctrinas por ellos introducidas. La congregación se limitó a dar a los enviados de Sajonia la misma respuesta que había dado a los de Württemberg (1).

Después de salir los enviados de la asamblea comenzó una larga deliberación, a la que fueron llamados también los representantes de Carlos V y de Fernando I. Mostróse en ella muy vivamente la antigua oposición ya antes repetidas veces puesta de manifiesto, entre la tendencia rigurosamente eclesiástica que dirigía el legado, y la hispano-imperial. Crescenzi quería, para hacer entera claridad, que se publicase una expresa declaración contra la superioridad del concilio sobre el Papa. Con todo, en favor de eso no se halló mayoría. Pero tampoco el partido hispano-imperial alcanzó completa victoria en la cuestión, que tenía más en su corazón. Carlos V había siempre insistido, en que la incumbencia principal del concilio no había de estar en establecer la doctrina, sino en componer y formar disposiciones de reforma. A los españoles pareció ahora llegado el momento de proceder en este sentido sin dilación. Esperaban con eso satisfacer así a los católicos, como a los protestantes, y al mismo tiempo salir al cabo con una serie de sus particulares deseos en el terreno eclesiástico. Pero Crescenzi se mantuvo firme en que, como hasta entonces, así también en adelante se habían de tratar a la par el dogma y la reforma. Para hacer de su parte cuanto fuese posible, se declaró al fin el legado además dispuesto a condescender al deseo de los protestantes, y a conceder, que los decretos ya preparados sobre el sacrificio de la misa y el sacramento del Orden se aplazasen para el 19 de marzo, y juntamente se compusiese un nuevo salvoconducto con las más determinadas expresiones.

La congregación resolvió en este sentido, y ordenó además preparar los materiales sobre el sacramento del Matrimonio, para que no quedasen suspendidas las deliberaciones conciliares (2).

En la sesión conciliar XV, celebrada el 25 de enero, se publicó el

(1) V. Theiner, *Acta I*, 649 s., y *Relaciones de nunciaturas*, XII, 159 nota 3; cf. Pallavicini, 12, 15, 7 s.

(2) Cf. Pallavicini, 12, 15, 16-18, y las relaciones del secretario imperial, F. de Vargas, por lo demás abiertamente parciales, que han sido utilizadas por Maynier (p. 726 s.), en sus *Lettres*, ed. Levassor, 471 ss., 492 s.

decreto de prórroga, como también el nuevo salvoconducto, al fin acordado, después de reiteradas negociaciones entre los legados y los imperiales (1). Éste otorgaba a todos los alemanes, con preferencia a todos los partidarios de la confesión de Augsburgo, la más entera seguridad de ir a Trento, permanecer allí, hacer propuestas, negociar con el sínodo, inquirir, discutir y todo lo que fuese de su agrado; como también presentar por escrito y verbalmente cualesquier artículos, apoyarlos con pasajes de la Sagrada Escritura y de los santos Padres y con toda clase de razones, responder también a las objeciones del concilio, y tener disputas o amistosas conferencias con los que el sínodo nombrase para ello, evitando palabras injuriosas y difamaciones. Todo esto había de hacerse con el fin de que se tratasen las materias controvertidas según la Sagrada Escritura, la tradición de los apóstoles, los concilios comprobados, el consentimiento unánime de la Iglesia católica y la autoridad de los santos Padres. Finalmente se aseguró a los protestantes, que en modo ninguno serían castigados por el concilio por causa de la religión o actos pasados o futuros con ella relacionados, tendrían entera libertad de volverse a su tierra, si fuese de su agrado, y podrían a su gusto salir de la ciudad y volver a ella, como también enviar despachos, siempre y adondequiera que quisiesen (2).

Con este salvoconducto tan especificado, y compuesto con las más determinadas expresiones, que fué entregado a los protestantes el 30 de enero, no quedaron todavía contentos los representantes del elector Mauricio; pedían una carta de seguridad, que en todas sus expresiones concordase con la que dió el concilio de Basilea a los bohemios. A pesar de las representaciones que les hizo el embajador imperial, aceptaron el nuevo seguro sólo con la condición de que primero pudiesen informar sobre él a sus señores (3).

(1) V. Theiner, Acta I, 651; cf. Vargas, Lettres, 487 s.

(2) V. Bucholtz, VI, 475 s.

(3) V. Druffel, II, 78 s. El día después de la sesión del concilio, fueron presentados a los teólogos como nuevo objeto de que se había de tratar, 33 artículos sobre el sacramento del Matrimonio. Pero este trabajo de los teólogos pronto quedó estancado, lo que lamentaron mucho los obispos españoles. V. Maynier, 737 s., donde se alegan las causas de este estancamiento. Una de ellas fué también el modo de proceder de los protestantes, sobre lo cual cf. la dedicatoria del escrito del teólogo conciliar Juan Antonio Delfino, De matrimonio et caelibatu (Camerini, 1553), donde se expresa la indignación que rei-

Hasta un hombre tan poco adicto al Papa, como el agente imperial Vargas, era de opinión que los protestantes con el nuevo salvoconducto habían conseguido en realidad todo lo que pedían (1). Si a pesar de eso suscitaron nuevas dificultades, sólo hay de ello una explicación: la voluntad del elector Mauricio, quien en la cuestión del salvoconducto veía el mejor medio de diferir el envío de sus teólogos al concilio, hasta tanto que llegasen a sazón o fracasasen otros planes suyos (2). Ciertamente por el mismo motivo este príncipe, guiado por un egoísmo sin escrúpulos, en quien «no se halla ni un pensamiento patriótico, ni religioso», había frustrado la tentativa de mover a sus teólogos de Wittemberg y Leipzig a la inteligencia con los de Wúrtemberg y Estrasburgo sobre una profesión de fe común, para proponerla al concilio (3), lo cual con todo hubiese sido de grandísima utilidad para la causa de los protestantes.

Los presidentes del concilio habían escrito al punto a Roma sobre las demandas de los protestantes. Déjase muy fácilmente entender, que Julio III se indignase por estas pretensiones, dirigidas directamente contra su autoridad. También hubiera deseado, que se hubiese dado en seguida una respuesta a las mismas más conforme a la dignidad del concilio, con más determinada negativa (4). Sin embargo de eso pudo Crescenzi estar contento con la decisión final del Papa, para la cual se había pedido un dictamen a la comisión de cardenales (5). Sobre las tres condiciones que no se podían cumplir, de que el concilio estuviese sobre el Papa, los obispos fuesen desligados de su juramento, y tuviesen que ser tratados de nuevo los decretos ya antes acordados, fueron prohibidas más disputas. El obispo de Montefiascone, Aquiles de Grassi, por quien Julio III hizo comunicar su decisión al presidente del concilio, recibió la instrucción de declarar en Trento:

naba entre los diversos miembros del concilio por la conducta de los disidentes novadores (v. Lauchert en la Revista de Teología católica, 1910, 42). Sobre Delfino cf. ahora también Lauchert, *Impugnadores italianos de Lutero*, 487 ss. También Bertano estaba muy descontento del aplazamiento de la sesión; v. *Relaciones de nunciaturas*, XII, 163 s.

(1) Lettres, ed. Levassor 487; cf. Maynier, 735.

(2) V. Druffel, I, 843.

(3) Lossen en la Gaceta general 1876, n. 24, quien se adhiere enteramente al susodicho juicio de Druffel, dirigido contra Maurenbrecher y Ranke.

(4) *Relaciones de nunciaturas*, XII, Lxv, 180.

(5) *Ibid.*, 180, nota 3.

que se había de dar una respuesta a los enviados de Wúrttemberg y de Sajonia, aun por la sola razón de no darles motivo alguno de justa queja, ni ocasión para pretextar que nada se sabía oponer a sus afirmaciones; y que la respuesta sólo tenía que asegurar y establecer la jurisdicción y autoridad del concilio, pero no había de excitar con palabras ofensivas, sino que debía dar a conocer amor paternal y el ardiente deseo de reducir a los separados a la unión con la Iglesia (1). Desde Trento debía Grassi ir a ver al emperador y hacerle representaciones sobre la conducta de los españoles en el concilio (2); porque éstos en el punto de la reforma habían tomado caminos, que no podían conducir a un verdadero mejoramiento de los asuntos eclesiásticos (3). La colación de casi todos los beneficios tenía que ponerse en las manos de las autoridades territoriales, y los cabildos habían de estar en entera dependencia de los obispos. Julio III, haciendo notar su sincera voluntad de proceder con energía en el asunto de la reforma, se quejó gravemente de semejante disminución de su poder, por Dios a él concedido, y deliberó el negocio también con los cardenales. Todos fueron de opinión de que, si so pretexto de reforma se quería combatir la autoridad pontificia, se había de proceder contra eso. «Por lo demás», se dice en la instrucción para Aquiles de Grassi, fechada el 20 de febrero de 1552, «si se verificasen los rumores que desde ayer circulan por Roma, de una confederación del rey francés con los príncipes luteranos de Alemania, y de un levantamiento de éstos contra el emperador, no se veía qué utilidad hubiese en la continuación del concilio, y hasta podría ésta hacerse imposible» (4).

A consecuencia de las noticias conturbadoras de Alemania, el elector de Tréveris había ya partido de Trento el 16 de febrero (5). Ocho días más tarde opinaba también el emperador que, como

(1) La instrucción para Grassi de 20 de febrero de 1552, se halla en Raynald, 1552, n. 18 s. Cf. Le Plat, IV, 534 s.; Pieper, 37, 154 s.

(2) Carta de Julio III a Perrenot, publicada por Raynald, 1552, n. 17; Le Plat, IV, 533 s. El viaje no se llevó a efecto, por haber llegado Crescenzi a una inteligencia con los embajadores imperiales; v. Relaciones de nunciaturas, XII, 223.

(3) Que el juicio de Pieper (p. 38) está justificado, se saca entre otras cosas de la carta que se halla en el Corpo dipl. Port., VII, 108.

(4) V. la carta de Julio III al Cardenal Crescenzi, de 16 de enero de 1552, en Pieper, 38 s.; Relaciones de nunciaturas, XII, LXV s., 363 ss.

(5) Theiner, Acta I, 652; cf. Raynald, 1552, n. 2.

estaban las cosas, era mejor que los electores estuviesen en su tierra (1). Como las noticias de Alemania eran cada vez más amenazadoras, también los electores de Maguncia y Colonia abandonaron el 11 de marzo la ciudad del concilio. Dos días después salieron con todo secreto muy de madrugada los enviados sajones. Todavía el 11 de marzo habían llegado a Trento dos nuevos enviados del duque de Württemberg. El 18 de marzo se presentaron cuatro teólogos de Württemberg: Brenz, Beuerlin, Heerbrandt y Vannio, y dos de Estrasburgo, Marbach y Söll. Con todo, las negociaciones entabladas con ellos no permitieron esperanza alguna (2). Era claro que los protestantes, aunque por algún tiempo habían tomado la apariencia de acomodarse al concilio, muy pronto se sustrajeron de nuevo a entrar seriamente en los debates conciliares (3). También el emperador se había al fin persuadido, de que ya no había que pensar en una fructuosa continuación del sínodo, dado el estado de las cosas. El 5 de marzo dió a sus embajadores la orden, de inducir hábilmente a la curia a que propusiese la suspensión de las discusiones. Cuando los electores de Maguncia y Colonia tocaron en Innsbruck en su viaje, Carlos V se declaró conforme con la suspensión. Si con todo eso aun en 26 de marzo aseguró directamente lo contrario al nuncio Bertano, sólo quiso evitar el que pareciese que de él procedía la propuesta (4).

Pronto se dió fin a la incertidumbre de lo que había de hacerse. En Roma se tenía ya noticia, la última semana de enero del año 1552, de las negociaciones traidoras al imperio, del elector Mauricio con Francia, en un tiempo en que en la corte imperial de

(1) Carta a la reina María, fechada el 24 de febrero de 1552, y publicada por Druffel, II, 151.

(2) Cf. Theiner, Acta I, 653; Relaciones de nunciaturas, XII, 233; Pastor, Esfuerzos de reunión, 445; Postina, Billick, 123. F. Nausea había muerto el 6 de febrero en Trento. El 5 de marzo llegaron todavía a esta ciudad tres enviados del rey de Portugal. Una disputa de precedencia entre ellos y el enviado húngaro, halló su provisional composición en la congregación general de 19 de marzo. Como a causa de estar esperando en vano a los protestantes todavía anunciados, se habían suspendido los trabajos, y se quería aguardar también el ulterior desenvolvimiento del peligro de la guerra, fué diferida al mismo tiempo la próxima sesión para el 1 de mayo. Theiner, Acta I, 652, 653 s. Raynald, 1552, n. 25.

(3) Juicio de Maurenbrecher (p. 284).

(4) Cf. Maurenbrecher, 283 s., 161 s.; Lanz, III, 136 s.; Relaciones de nunciaturas, XII, LXVI s.

Innsbruck aún se tenía firme confianza, de que los teólogos sajones pronto se presentarían en Trento (1). En efecto, Melanchton llegó a Nuremberg el 22 de enero, mientras el secretario del elector de Sajonia se dirigía a Innsbruck a ver a Carlos V, para excusar la tardanza de la llegada de su señor (2). Carlos V no presintió que todo estaba calculado sobre esto solo, de tenerle engañado hasta tanto que Mauricio hubiese terminadō sus armamentos. A mitad de marzo habían quedado hechos los necesarios preparativos, y la máscara pudo caer. Mientras Mauricio y sus conjurados daban comienzo en el suelo alemán a la guerra de latrocinio, comparecían los confederados franceses en la frontera occidental del imperio (3).

«Toda Alemania está en armas»; notifica desde Roma un relator del cardenal Farnese el 20 de marzo; «no se puede ya dudar de la liga entre los príncipes protestantes y Enrique II» (4). Tanto más inconcebible parecía a los embajadores en la curia, que el emperador no hubiese tomado ningunas disposiciones para resistir a los poderosos armamentos de sus enemigos (5); no se conocía allí precisamente la obra maestra de simulación y malicia, con que Mauricio había engañado a su bienhechor.

Parecía fuera de toda duda, que en este estado de cosas era sumamente peligrosa la continuación del concilio. Pero a pesar de las noticias alarmantes, el Papa difirió la suspensión del sínodo todavía hasta mediados de abril (6). Tomóse esta resolución al saberse que Augsburgo había caído en manos de los enemigos de Carlos V, con lo cual quedaba gravísimamente amenazada la seguridad de Trento. Sólo ahora, después de consultarlo con los cardenales, pronunció Julio III en 15 de abril la suspensión

(1) V. Relaciones de nunciaturas, XII, LXXI, 153 nota 4.

(2) Melanchton permaneció en Nuremberg hasta el 10 de marzo, esperando orden de su príncipe elector; v. Pastor, Esfuerzos de reunión, 437 s., 443.

(3) V. Janssen-Pastor, III ¹ª, 724 s., 730 s.

(4) «Noi vediamo che tutta la Germania è in armi a l'impensata. Dios la ayude. Le cose che si dicono sono tali ch'io non oso scriverle; unum est che la lega tra Francesi et Mauritio et gli 2 marchesi di Brandenburg è chiara. * Nove da Roma del 20 de marzo de 1552 (Carte Farnes. que se hallan en el *Archivo público de Nápoles*). Cf. además la carta de Cocciano de 26 de marzo, en Druffel, II, 295.

(5) V. la carta de Hipólito Capilupi al cardenal Hérc. Gonzaga, fechada en Roma el 29 de marzo de 1552. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(6) Por consiguiente, se equivoca Ranke (Papae I^a, 180), cuando afirma: «Julio III se apresuró a decretar la suspensión».

del concilio, para evitar el peligro de que éste se disolviese por sí mismo. El correo que trajo al legado el correspondiente breve, llegó a Trento el 20 de abril (1). Pero allí no se publicó, pues los presidentes para evitar enojosas disputas sobre la relación del concilio con el Papa, tuvieron por mejor dejar que el sínodo decretase la suspensión. Efectuóse esto en la congregación general de 24 de abril, en la cual a la verdad se opuso una parte de los prelados españoles, pero al fin se halló mayoría para el voto del cardenal Madruzzo, quien propuso una suspensión para dos años. Confióse la composición del decreto sobre eso a una comisión de siete prelados. El 26 de abril fué rechazada una proposición del segundo presidente, de enviar a Roma, conforme al deseo del Papa, cierto número de miembros del concilio, para que prestasen su cooperación en los ulteriores trabajos de reforma (2). El decreto de suspensión se publicó el 28 de abril en la sesión XVI del concilio. Doce prelados, españoles en su mayor parte, habían protestado en contra (3). Solos éstos fueron los que se quedaron en la ciudad del concilio, pero se vieron obligados a partir aceleradamente, cuando después de la ocupación del desfiladero de Ehrenberg por Mauricio de Sajonia, tuvo que huir de Innsbruck el emperador, enfermo de gota, al anochecer del 19 de mayo. El legado Crescenzi, que desde el 25 de marzo se hallaba enfermo, se retiró el 26 de mayo de Trento a Verona, donde murió el 28 (4).

(1) Cf. Relaciones de nunciaturas, XII, LXVII s., 302; Raynald, 1552, n. 25; Carte Strozzi, I, 393 s.

(2) V. Theiner, Acta I, 655 s.; Raynald, 1552, n. 26; cf. de Leva, V, 356 s.; Relaciones de nunciaturas, XII, LXVIII.

(3) V. Theiner, Acta I, 659; Raynald, 1552, n. 27, 28; cf. Le Plat, IV, 545 s.; Pallavicini, 13, 3; Maynier, 750 s.

(4) V. Theiner, Acta I, 660; Firmanus, 497 s.; Hosii epist. II, 211. El cadáver del cardenal fué sepultado en Roma, primero en el Panteón, y después en Santa María de los Angeles; v. Firmanus, 499 y Forcella, XI, 48.

III. Las guerras de la Italia superior y central. Esfuerzos de Julio III en favor de la paz. Fin del reinado del Papa y su muerte

El archivo de Viena conserva una carta confidencial de Carlos V a su embajador en Roma, Diego de Mendoza, de 20 de abril de 1551, en la cual el emperador expresa francamente, que su proceder en la cuestión acerca de Parma tiene por fin mantener a Julio III de todo en todo en el cauce de su política. Por este motivo se indica al embajador, que fomenta de todos modos la ira del Papa contra su vasallo desobediente y el protector de éste, Enrique II (1).

Tampoco se le escapaba a Julio III, que con el asunto de Parma se le quería poner en entera dependencia del emperador, y asimismo conocía claramente los peligros que amenazaban a sus intereses de parte de Francia, la cual conminaba con un cisma, si procedía contra Octavio Farnese. Era un «gran laberinto», en el que se tenía que temer el perderse (2). De ahí las vacilaciones del Papa, y sus repetidas tentativas de precaver aún a última hora la funesta lucha por medio de un arreglo (3).

(1) Lanz, I, 177, con fecha de año equivocada; cf. Druffel, I, 622 y II, 390.

(2) Acá no se habla en otra cosa si no en esta de Parma, en un gran laberinto se han metido estos señores. S. S^a me parece que lo toma de veras. Carta del cardenal Pacheco al cardenal Madruzzo, fechada en Roma a 9 de abril de 1551. *Archivo del Gobierno de Innsbruck*.

(3) Cf. más arriba, p. 109.

del concilio, para evitar el peligro de que éste se disolviese por sí mismo. El correo que trajo al legado el correspondiente breve, llegó a Trento el 20 de abril (1). Pero allí no se publicó, pues los presidentes para evitar enojosas disputas sobre la relación del concilio con el Papa, tuvieron por mejor dejar que el sínodo decretase la suspensión. Efectuóse esto en la congregación general de 24 de abril, en la cual a la verdad se opuso una parte de los prelados españoles, pero al fin se halló mayoría para el voto del cardenal Madruzzo, quien propuso una suspensión para dos años. Confióse la composición del decreto sobre eso a una comisión de siete prelados. El 26 de abril fué rechazada una proposición del segundo presidente, de enviar a Roma, conforme al deseo del Papa, cierto número de miembros del concilio, para que prestasen su cooperación en los ulteriores trabajos de reforma (2). El decreto de suspensión se publicó el 28 de abril en la sesión XVI del concilio. Doce prelados, españoles en su mayor parte, habían protestado en contra (3). Solos éstos fueron los que se quedaron en la ciudad del concilio, pero se vieron obligados a partir aceleradamente, cuando después de la ocupación del desfiladero de Ehrenberg por Mauricio de Sajonia, tuvo que huir de Innsbruck el emperador, enfermo de gota, al anochecer del 19 de mayo. El legado Crescenzi, que desde el 25 de marzo se hallaba enfermo, se retiró el 26 de mayo de Trento a Verona, donde murió el 28 (4).

(1) Cf. Relaciones de nunciaturas, XII, LXVII s., 302; Raynald, 1552, n. 25; Carte Strozzi, I, 393 s.

(2) V. Theiner, Acta I, 655 s.; Raynald, 1552, n. 26; cf. de Leva, V, 356 s.; Relaciones de nunciaturas, XII, LXVIII.

(3) V. Theiner, Acta I, 659; Raynald, 1552, n. 27, 28; cf. Le Plat, IV, 545 s.; Pallavicini, 13, 3; Maynier, 750 s.

(4) V. Theiner, Acta I, 660; Firmanus, 497 s.; Hosii epist. II, 211. El cadáver del cardenal fué sepultado en Roma, primero en el Panteón, y después en Santa María de los Angeles; v. Firmanus, 499 y Forcella, XI, 48.

III. Las guerras de la Italia superior y central. Esfuerzos de Julio III en favor de la paz. Fin del reinado del Papa y su muerte

El archivo de Viena conserva una carta confidencial de Carlos V a su embajador en Roma, Diego de Mendoza, de 20 de abril de 1551, en la cual el emperador expresa francamente, que su proceder en la cuestión acerca de Parma tiene por fin mantener a Julio III de todo en todo en el cauce de su política. Por este motivo se indica al embajador, que fomenta de todos modos la ira del Papa contra su vasallo desobediente y el protector de éste, Enrique II (1).

Tampoco se le escapaba a Julio III, que con el asunto de Parma se le quería poner en entera dependencia del emperador, y asimismo conocía claramente los peligros que amenazaban a sus intereses de parte de Francia, la cual conminaba con un cisma, si procedía contra Octavio Farnese. Era un «gran laberinto», en el que se tenía que temer el perderse (2). De ahí las vacilaciones del Papa, y sus repetidas tentativas de precaver aún a última hora la funesta lucha por medio de un arreglo (3).

(1) Lanz, I, 177, con fecha de año equivocada; cf. Druffel, I, 622 y II, 390.

(2) Acá no se habla en otra cosa si no en esta de Parma, en un gran laberinto se han metido estos señores. S. S^a me parece que lo toma de veras. Carta del cardenal Pacheco al cardenal Madruzzo, fechada en Roma a 9 de abril de 1551. *Archivo del Gobierno de Innsbruck*.

(3) Cf. más arriba, p. 109.

Pero estos esfuerzos quedaron malogrados. Julio III no poseía la suficiente firmeza para resistir a las apretadas instancias de Carlos V, Ferrante Gonzaga, Diego de Mendoza y del belicoso Juan Bautista del Monte. El derecho, dijo a Hipólito Capilupi, está de nuestra parte, como asimismo la asistencia del emperador, que quiere restituir el Estado de Parma a la Iglesia (1). De este modo precipitada e imprudentemente se tomó la resolución de emprender la guerra.

En 22 de mayo de 1551 firmó Julio III el documento, por el cual se declaraba a Octavio Farnese privado de su feudo, y lo comunicó a los cardenales en un consistorio secreto (2). Sin embargo de eso, refiere el mismo día el embajador florentino Buonanni, cómo el Papa tenía aún confianza en un arreglo, el cual ningún otro tenía ya en Roma por posible (3). Julio III vino a consentir realmente en las condiciones de Octavio, rechazadas al principio, respecto al cambio de Parma por Camerino; en el consistorio de 10 de junio dió a Farnese la investidura de Camerino, y le aseguró una renta anual de ocho mil escudos (4). Pero también esta condescendencia fué inútil. Octavio Farnese, que confiaba firmemente en su alianza, concluida en 27 de mayo, con Enrique II, quiso que las armas decidiesen. El 12 de junio sus partidarios desde Mirándola hicieron una incursión en los Estados de la

(1) Relación de Hipólito Capilupi a F. Gonzaga, de 22 de mayo de 1551, publicada por Chiesi, 223. Sobre la instigación a Julio III, de suyo afecto a los Farneses, v. una declaración significativa de A. Caro en Ronchini, *Lett. d' uomini*, ill. 330. G. Ricci dice en sus **Memorie (Archivio Ricci de Roma)* rotundamente: **la guerra di Parma e Mirandola ordita per D. Diego di Mendoza.*

(2) *Sententia declarat. privat. contra O. Farnesium*, con fecha 1551, XI Cal. Junii. En la *Bibl. Rossiana de Viena* hay un ejemplar impreso contemporáneo; una copia manuscrita de la misma puede verse en la **colección de Contelorio* (v. p. 137, nota 1) 21 s.; una traducción en español se halla en el *Archivo de la embajada española de Roma.*

(3) **Il papa credo che sia solo a sperar che le cose di Parma possino o habbino a comporsi.* Carta de Buonanni, fechada en Roma, a 1 de junio de 1551 (*Archivio público de Florencia*). Cf. también la carta del cardenal Médici en Campori, *Lettere* 17 ss.

(4) V. **Acta consist. (Archivio consistorial del Vaticano)*; **Carta de Julio III a Dandino*, de 10 de junio de 1551 (*Archivio secreto pontificio*, F. Borghese II, 465, p. 61^b s.), utilizada en las Relaciones de nunciaturas, XII, 35 nota; la **relación de Serristori* de 10 de junio de 1551, así como la carta del cardenal Médici, de 20 de junio de 1551, en de Leva, V, 154. Cf. la instrucción para Grassi en Weiss, *Pap. de Granvelle*, III, 579 s. y Fieper, 23.

Iglesia, conquistaron Crevalcore y devastaron el territorio de Bolonia. Las tropas pontificias les hicieron frente, sostuvieron un victorioso combate y se unieron después a los imperiales, acaudillados por Ferrante Gonzaga. Así se dió comienzo a la guerra (1). Pero muy pronto se había de mostrar que el papa no poseía la necesaria constancia para acudir por una acción consecuente a los acontecimientos que sucesivamente iban sobreviniendo, o para dirigirlos por caminos apropiados (2). En Roma mismo la guerra había sido sumamente impopular desde el principio (3). Los hombres más prudentes de la curia, los cardenales Morone y Crescenzi, sabían muy bien que Julio III no era proporcionado para tal extraordinario estado de cosas, y por eso le habían disuadido insistentemente el empeñarse en una lucha tan peligrosa y funesta, para cuyo victorioso éxito faltaban además todos los medios (4).

Julio III, confiando en la ayuda del emperador, había conferido el mando supremo de la expedición contra Parma, en 6 de junio de 1551, al gobernador de Milán, Ferrante Gonzaga (5). Mandaban las tropas pontificias, de nombre, los nepotes Juan Bautista del Monte y Vicente de Nóbili, mas de hecho llevaban el mando Camilo Orsini y Alejandro Vitelli. El 7 de junio

(1) Sobre la guerra por causa de Parma, cuyas fases particulares ofrecen poco interés, cf. Adriani, VIII, 3 ss.; Segni, XIII; Giul. Gosellini en las *Miscell. di stor. Ital.*, XVII, 141 ss.; Mem. stor. d. città di Mirandola, II, Mirandola, 1874; Balan, VI, 420 s.; Balan, Assedii della Mirandola, 25 ss.; de Leva en la *Riv. stor. Ital.*, I, 632 ss.; VIII, 713 s. y Carlo quinto V, 113 ss., 202 ss.; Chiesi, 224 ss.; Andrea da Mosto en las Fuentes e investigaciones del Instituto Histórico de Prusia, VI, 100 s.; Courteault, Blaise de Monluc, 190 ss. Boselli en la revista *Per l'arte*, XV, 5-6, trata en una poesía de la guerra de Parma. El trabajo de F. Contelorio: **Bellum Parmense sub Julio III gestum* (Cod. Barb. XXXII, 183, ahora 2392 de la *Bibl. Vatic.*; cf. Arch. Rom., II, 204; se halla también en copia en la *Bibl. municipal de Plasencia*, Ms. Landi, 112), fuera de una colección de documentos (especialmente p. 39 s.; v. también p. 61 ss.), ofrece una narración de la guerra. Todavía está también inédita la obra de de Turre, *Bellum Parmense*, Ms. de la *Bibl. palat. de Parma*.

(2) Juicio de Pieper (p. 23).

(3) V. la relación de Nicolás da Ponte, de 30 de Mayo de 1551, en las *Miscell. di stor. Ital.*, XVII, 160.

(4) Serristori en su *relación de 18 de septiembre de 1551 (*Archivio público de Florencia*), menciona varias cartas de Crescenzi, que instaban a la terminación de la guerra, y por eso movieron mucho al Papa, pero no le hicieron mudar de opinión. Sobre Morone v. Lett. di princ., I, 165⁶ s.

(5) *Breve de 6 de junio de 1551. Arm. 41, t. LX, n. 432. *Archivio segreto pontificio*.

recibió el cargo de legado en el ejército el cardenal Médici (1), cuyo hermano, el marqués de Marignano, acaudillaba las tropas imperiales bajo las órdenes de Ferrante Gonzaga. En los Estados de la Iglesia quedó prohibido todo reclutamiento para príncipes extranjeros (2); a los cardenales Alejandro y Ranuccio Farnese se les dió el 16 de junio la orden rigurosa de volver al instante a Roma; el emperador les sustrajo sus ricas prebendas y a Octavio sus feudos de la Lombardía y Nápoles (3). Horacio Farnese, que a toda prisa había venido de Francia para auxiliar a su hermano, y había tenido parte en las incursiones hechas en el territorio boloñés, fué asimismo castigado de un modo sensible; Julio III hizo ocupar el señorío de Castro, que le pertenecía (4). La madre del duque, que allí gobernaba, no opuso resistencia alguna, por lo cual el Papa se contentó con la ocupación militar del territorio; la administración, la jurisdicción y las rentas quedaron en poder de la duquesa (5).

Al principio se procuró mantener todavía en pie la ficción de que por el comienzo de la guerra en Italia no se había roto

(1) *Breve de 7 de junio de 1551, loc. cit., n. 433 (*Archivio segreto pontificio*). En 28 de noviembre de 1551 se hizo volver al card. Médici (sobre los motivos de esta disposición v. Pieper, 153); reemplazóle en el cargo de comisario general el abate Riario; v. Relaciones de nunciaturas, XII, 114 nota. Varias cartas de Médici, de este tiempo, pueden verse en Campori, Lett. 19 ss.

(2) Como se dejase de observar frecuentemente esta prohibición, Bern. de Médici recibió el encargo de proceder contra los desobedientes. *Breve de 12 de junio de 1551, loc. cit., n. 461; cf. *ibid.*, n. 523 un breve semejante para Raynutio de Taranno, de 24 de junio de 1551. *Archivio segreto pontificio*.

(3) V. Raynald, 1551, n. 15. Al cardenal Alejandro le fué permitido por breve de 1 de julio de 1551, trasladarse a Florencia (v. Relaciones de nunciaturas, XII, 32 nota. El original del breve de 1 de julio se halla en el *Archivio público de Nápoles*). Del breve de 17 de septiembre de 1551 aquí citado se saca, que A. Farnese en modo alguno estuvo en Florencia tan quieto y pacífico como Segni (XIII) quiere hacer creer. Al card. Ranuccio Farnese se le intimó, por *breve de 17 de septiembre de 1551 (loc. cit., n. 828. *Archivio segreto pontificio*), con amenaza de gravísimas penas, la vuelta a Roma, pero al fin también se le permitió permanecer en Urbino en casa de sus parientes.

(4) Cf. los *breves para Barthol. de Alba y Didaco de Mendoza, de 23 de junio 1551, en el Arm. 41, t. LX, n. 517, 520; *ibid.*, n. 561 se halla la *bula penal de 1 de julio contra todos los que tuvieron parte en la incursión en el territorio boloñés (*Archivio segreto pontificio*). Cf. también Relaciones de nunciaturas, XII, 39 nota.

(5) V. la *orden para Ascanio della Corgna, de 25 de junio de 1551, loc. cit., n. 532; cf. *ibid.*, n. 534, el *breve para Hier. Farnesiae, de 25 de junio, y n. 587, para Rod. Balliono, de 10 de julio de 1551. *Archivio segreto pontificio*.

la paz de Crépy, y se fundaba esto en que Enrique II había declarado, que él se presentaba sólo como aliado de Farnese, mientras aseguraba el emperador que él no hacía más que ejercer, a petición del Papa, las obligaciones de defensor de la Iglesia contra un vasallo rebelde. Pero a nadie era dudoso, que la guerra entre ambos príncipes era inevitable. De la contienda entre las principales potencias de la cristiandad procuraron al punto los otomanos sacar ganancia. Ya en junio llegó a Roma la noticia de algunos movimientos amenazadores de los turcos, contra los cuales Julio III tenía que tomar ahora prevenciones (1). Por julio apareció una considerable flota turca en el mar Jónico; pero tuvo que ceder a la resistencia de los sanjuanistas en Malta, en vista de lo cual los turcos se volvieron contra Trípoli, que cayó el 14 de agosto en manos de los infieles (2).

La situación en el teatro de la guerra de la Italia superior había tomado desde el principio un aspecto desfavorable para el Papa. La incursión en el territorio de Bolonia, donde los enemigos hicieron grandes devastaciones, amenazaba excitar un levantamiento en toda la Romaña y arrancar a Ravena de los Estados de la Iglesia (3). A este peligro para el dominio temporal del Papa se asociaba otro todavía mucho mayor en el terreno espiritual: un cisma de la Iglesia francesa no era ninguna cosa imposible, mayormente en aquellos tiempos de la gran separación de Roma (4). No tenía menor peso la mala situación económica de Julio III. Ya el 22 de junio había sido enviado a la corte imperial el tesorero Juan Ricci, para agenciar que le fuesen entregados a mano los

(1) Se disputó una comisión de cardenales para ordenar providencias para defender las costas de los Estados de la Iglesia (v. la *relación de Serristori, de 17 de junio de 1551. *Archivo público de Florencia*). Fué nombrado comisario para este efecto el obispo de Nepi, P. A. de Angelis, por breve de 4 de julio. Arm. 41, t. LXI, n. 573; *ibid.*, n. 589, hay una *bula de 11 de julio de 1551: Impuesto de cuatro décimas en el territorio de Sena para que Mendoza pueda proteger las costas contra los turcos, y n. 754 hállase otra *bula de 2 de septiembre de 1551: Impuesto de cuatro décimas en Saboya para la fortificación de Niza. *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. Raynald, 1551, n. 68; Zinkeisen, II, 875 s.; Romier, 41 s.

(3) Cf. Adriani, VIII, 3 y Brosch, I, 194. El conde G. F. de Balneo recibió orden por *breve de 9 de julio de 1551, de ayudar al legado de la Romaña en la defensa de la provincia. Brevia Arm. 41, t. LXI, n. 585; cf. *ibid.*, n. 827 el *breve para Camilo Orsini, de 17 de septiembre de 1551. *Archivo secreto pontificio*.

(4) V. Pieper, 25.

subsidios prometidos. Carlos V se declaró dispuesto a pagar 200000 escudos, si el Papa le otorgaba las rentas de los obispados españoles hasta la suma de 50000 escudos. Ricci pudo acceder a esto, pero sólo recibió 50000 escudos como pago anticipado (1).

El Papa, que había entrado en la guerra por condescendencia con el emperador, pronto tuvo que experimentar, que la conquista así de Parma como de Mirándola no era tan fácil como se le había representado. Y asimismo pronto hubo de conocer, que las costas de la empresa excedían más del doble a lo que al principio se había calculado. La penuria económica en que cayó, procuraba aliviarla inútilmente con extraordinarios impuestos. Así se vió forzado a empeñar muchas joyas y preciosidades. Pero tampoco esto era suficiente para cubrir la necesidad. Julio III se quejaba amargamente de que el emperador ni daba los subsidios prometidos, ni enviaba el número de tropas que por convenio se había determinado. Carlos V, con todo, se hallaba tanto menos en disposición de cumplir sus obligaciones, cuanto que pronto se vió precisado a defender a Milán contra los franceses, que amenazaban desde el Piamonte (2).

La presencia de los franceses en el Piamonte espantó al Papa y le intimidó. El cardenal Crescenzi, que sentía gravemente la repercusión de la guerra en el concilio, aconsejó de nuevo la paz con mucha instancia, e iguales avisos vinieron de los Padres del concilio. En 4 de septiembre de 1551 dirigióse el Papa en una larga carta al rey de Francia, y de un modo noble le ofreció la mano para la paz (3). Cuatro días más tarde efectuóse el nombramiento del cardenal Verallo para legado extraordinario cerca de Enrique II (4). El 10 de octubre fué enviado al emperador Pedro Camaiani, el cual debía declarar la misión de Verallo, a quien el Papa había delegado como suprema demostración de su amor de la paz, y al mismo tiempo advertir que sin el emperador no

(1) V. *Miscell. di stor. Ital.*, XVII, 337 s.; *Relaciones de nunciaturas*, XII, XLVIII, 37 nota, 41 nota; cf. Pieper, 144.

(2) Cf. Pallavicini, 13, 1.

(3) * F. Borghese, II, 465, p. 174 (*Archivio segreto pontificio*); hállese traducida en Romier, 44 s.

(4) V. *Acta consist. en Pieper*, 27; *ibid.*, 145 s. hay algunas correcciones del texto de las instrucciones fechadas el 3 de octubre y publicadas por Druffel, I, 757 s. Sobre la legación infructuosa de Verallo hay una relación muy circunstanciada en Romier, 47 ss., 53.

había que pensar en ningún arreglo. Pero Camaiani no alcanzó el buen éxito deseado, porque la cuestión de los subsidios, «el grande impedimento de la guerra desde el principio», tampoco esta vez fué resuelta a satisfacción del Papa (1), cosa tanto más sensible para él, cuanto que su estado rentístico cada vez se hacía más desconsolador: lamentábase de que había ya empeñado no solamente todas sus joyas, sino también hasta sus anillos ordinarios (2). En Roma entonces todo el mundo clamaba por la paz (3). Pero también el emperador tenía gran escasez de dinero y asimismo Ferrante Gonzaga; ninguno podía ya pagar a sus soldados. En la peor situación se hallaba indudablemente el Papa, por lo cual también él fué el primero en estar cansado de la guerra (4). A mediados de diciembre hizo declarar al emperador por medio de Bertano, que ya no le era posible mantener en la Italia superior su entero número de tropas (5).

Entre tanto el cardenal Verallo había negociado con Enrique II. El Papa encargó el 21 de diciembre a Pedro Camaiani, que informase a Carlos V del estado de estas conferencias. En modo alguno se fiaba del rey francés y rogó también al emperador que no se dejase engañar, sino que tomase todas las disposiciones para la continuación de la guerra, pues, como decía, una terrible ostentación de armas es tan apropiada para asegurar la paz, como una victoria en el campo de batalla (6). Julio III había penetrado exactamente a Enrique II. Aunque el Papa estaba resuelto a cumplir las condiciones puestas por el rey, con todo Francia y Octavio ponían nuevas dificultades, pues sabían muy bien, que era muy difícil conquistar por la fuerza dos plazas tan fuertes como Parma y Mirándola, y confiando en eso esperaban

(1) Sobre la misión de Camaiani, para la cual había sido elegido primeramente el card. Carpi, v. Pieper, 28, 146 s. y Relaciones de nunciaturas, XII, LI, 88 ss.

(2) Cf. Druffel, III, 240.

(3) Cf. Cugnoni, Prose ined. di A. Caro, 109.

(4) Juicio de Kupke, que se halla en las Relaciones de nunciaturas, XII, LI.

(5) Relaciones de nunciaturas, XII, LV, 112; cf. Gosellini en las Miscell. di stor. Ital., XVII, 198.

(6) V. Pieper, 150 s.; Pallavicini, 13, 1 y Relaciones de nunciaturas, XII, 115, nota 1. Cf. también las *relaciones de Serristori, de 11 de noviembre (Camaiani tarda a partir), 4 de diciembre (Camaiani es retenido por el Papa, pues todavía se esperan noticias de Francia), y 20 de diciembre de 1551 (Camaiani partirá mañana). *Archivio público de Florencia*.

lograr condiciones todavía más favorables. A este fin fué enviado a Roma el cardenal Tournón, que residía en Venecia (1). Llegó allí el 5 de febrero, y pronto comenzaron las negociaciones (2). Tournón, que era un «político conocedor del mundo y hábil cortesano», las llevó muy diestramente; en particular representó al Papa, que la Santa Sede no podía contar con el emperador a causa de lo delicado de su salud y de las complicaciones que había en Alemania; al mismo tiempo hacía observar el cardenal, cuán peligroso aspecto tomaban las cosas del concilio, pues Carlos V sólo pensaba en acrecentar su propia autoridad a costa de la pontificia (3). A pesar de que el emperador cometió entre tanto la imprudencia de dejar al Papa aliado en duda sobre sus intenciones (4), con todo, los franceses no alcanzaron su fin sino con grandísimo trabajo; después de dos meses enteros, aun no habían conseguido nada. Mientras tanto, se mostraba cada vez más la imposibilidad de llevar adelante la guerra. A la extrema falta de dinero (5) se asociaba el temor de que se separase de la Iglesia Enrique II, aliado con los príncipes protestantes de Alemania. En Roma mismo reinaban la agitación y consternación, la ciudad estaba sin defensa y tampoco asegurado el restante territorio de la Iglesia (6).

(1) Las instrucciones para Tournón de 23 de diciembre de 1551 se hallan en Ribier, II, 360 s. Según Pallavicini, 13, 2, se podría suponer, que al card. Tournón le hubiese sido denegado el pedido salvoconducto; con todo, el *Salvusconductus para él, fechado a 24 de diciembre de 1551, se halla en Min. brev. Arm., 41, t. LXII, n. 1046. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Sobre el viaje y negociaciones de Tournón v. Legaz. di Serristori 296 s.; Druffel, II, 122 s., 176 s., 214, 265, 423; Masio, Cartas, 97, 100 s.; Chiesi, 228 s.; Relaciones de nunciaturas, XII, LVII s., 175 s., 198, 217 ss., 230 s., 241, 292 ss.; cf. Maurenbrecher, 281 s.; de Leva, V, 312 s., 359 s.

(3) V. Desjardins, III, 297 s.

(4) V. Relaciones de nunciaturas, XII, LVIII.

(5) La penuria del erario la había ya procurado remediar Julio III el 20 de octubre de 1550 con la institución del Monte Giulio (cf. *Acta consist. en el *Archivo consistorial*, y las *relaciones de Buonanni, de 21 y 25 de octubre de 1550, en el *Archivo público de Florencia*. Cf. también Endemann, Estudios, I, 436), pero inútilmente. G. Ricci, que fué mandado venir de España a Roma para ordenar la hacienda, halló ésta en tristísimo estado (v. Mele, *Genealogía d. famiglia Ricci, 203. *Archivo Ricci de Roma*); tampoco él pudo suministrar remedio. En una **carta a J. B. del Monte, de 2 de abril 1552 (*Inf. polit. XIX, 51. *Biblioteca real de Berlín*), pinta Julio III los apuros rentísticos, los cuales dice no haber sido mayores desde hace siglos. Ranke (I⁹, 269) cita un pasaje de esta carta, sin indicar el lugar donde la halló.

(6) Cf. la carta de Monte, de 13 de abril de 1552, en las Relaciones de nunciaturas, XII, 294 s. Que nada todavía se había concertado, lo acentúa tam-

Las condiciones, que al fin puso Tournón, fueron las siguientes: Parma queda para Octavio Farnese, conclúyese un armisticio de dos años con suspensión de todas las censuras impuestas, terminado el cual ha de dejarse al juicio del duque el hacer un convenio estable con la Santa Sede, cesando después sus obligaciones con Francia; el señorío de Castro es restituído a los cardenales Farneses para su hermano Horacio, pero sin poder tener allí los Farneses mayor número de tropas que el preciso para la guarda y custodia. Finalmente Enrique II estaba dispuesto a condescender con el Papa en el terreno eclesiástico, y permitir de nuevo que las bulas para las colaciones de prebendas en Francia se expidiesen en la dataría de Roma.

Carlos V, como se deja entender, procuró desviar al Papa del proyectado concierto. También Juan Bautista del Monte empleó en este respecto todo su influjo (1). Pero todas las representaciones fueron inútiles; la necesidad de la situación era tan grande, que el Papa finalmente tuvo que rendirse. El 15 de abril de 1552 comunicó su resolución a los cardenales en el consistorio, en el cual se trató también acerca de la suspensión del concilio (2). Todos asintieron sin reserva. El cardenal Cervini opinaba, que si el Papa había tomado las armas por causas justas, ahora las depónia por motivos mucho más justos (3). En 29 de abril se pactó el armisticio con las indicadas condiciones, y se dejó libre al emperador, adherirse también a él (4). Al día siguiente, expuso el Papá a Camaiani en una extensa carta las razones que le habían movido a ajustar un concierto con el cardenal Tournón, expresando que no había podido ya diferirlo por más tiempo, pues de

bién Julio III en su * carta al cardenal Crescenzi, de 13 de abril de 1552, que se halla también en los * *Inf. polit.*, XIX, 59 s. *Biblioteca real de Berlín.*

(1) V. Pallavicini, 13, 2; cf. Maurenbrecher, 287 s.; Relaciones de nunciaturas, XII, LVIII.

(2) V. * *Acta consit.* en el *Archivo consistorial.*

(3) Así lo refiere Capilupi en 16 de abril de 1552; v. Relaciones de nunciaturas, XII, LX; cf. 303.

(4) Los capitoli dell' accordo di Parma, fechados el 29 de abril de 1552, se imprimieron ya en el siglo XVI en las Lett. di princ., III, 211 s. Kupke no ha reparado en esto; imprímelas de nuevo según una copia, con la fecha equivocada «25 de abril», en las Relaciones de nunciaturas, XII, 365 s. Cf. también Coggiola, Farnesi, 7, nota 2. Por un * breve de 18 de mayo Silvestre de Giliis recibió el encargo de cuidar, que el cardenal Tournón, que regresaba a Francia, tuviese en los Estados de la Iglesia un recibimiento honorífico. Min. brev. Arm. 41, t. LXIV, n. 330. *Archivo secreto pontificio.*

lo contrario los habitantes de Roma y de los Estados de la Iglesia habrían caído en desesperación; que claramente se manifestaba la imposibilidad de conquistar a Parma y Mirándola, pues después de un asedio de diez meses aun no se había podido conseguir bloquear enteramente la fortaleza de Mirándola; y que a esto se añadía el peligro, que amenazaba, de los turcos y luteranos, y el no menos grande de que Francia se hiciese cismática y luterana (1). El emperador hizo notar a Cămaiani su disgusto por haber procedido el Papa por su cuenta, prescindiendo de él, pero el estallido de la revolución en Alemania le obligó a él también a acceder, el 10 de mayo, a las condiciones de paz, cuya aceptación había aconsejado el mismo Ferrante Gonzaga. Esta noticia llegó a Roma el 15 de mayo, siendo causa de regocijo universal. Tres días más tarde fué enviado a Lombardía el abad Rosetto, para urgir la conclusión del armisticio (2). También halló ahora su fin el destierro del cardenal Alejandro Farnese: el 7 de junio volvió a Roma, donde el Papa le recibió con mucha benignidad. En 25 de junio se presentó Lanssac como embajador extraordinario de Francia, y trajo la ratificación del armisticio hecha por Enrique II (3). Poco después fué restablecida la representación diplomática de la Santa Sede en la corte francesa, y confiada a Próspero Santa Croce. El nuevo nuncio pudo ya por septiembre notificar a Roma, que Enrique II, con su proceder contra Carlos du Moulin, había renunciado a sus conatos hostiles al Papa, que se habían dejado ver en su edicto de septiembre de 1551 (4).

A pesar de todo el gozo que recibió por ello y por la terminación de la costosa (5) y peligrosa guerra, tuvo el Papa que decirse para sí mismo, que como por la suspensión del concilio había fracasado la cuestión religiosa, así también ahora la política, por cuya solución había trabajado sin descanso los dos primeros años de su pontificado. Este sentimiento abrumador

(1) V. Relaciones de nunciaturas, XII, 324 s.; cf. también la carta de J. B. del Monte, en Chiesi, 226 s.

(2) V. Relaciones de nunciaturas, XII, Lxi, 327, 334 s., 349 s., 354 s.; cf. Pieper, 32 y Coggiola, Farnesi, 9 s. R. Baglione, por un *breve de 18 de mayo de 1552, recibió la orden de evacuar a Castro. Min. brev. Arm. 41, t. LXIV, n. 333. *Archivio segreto pontificio*.

(3) V. Romier en las Mēl. d' arch., XXXI (1911), 11 s.

(4) Cf. Pieper, 42 s. y Romier, La crise gallicane 55.

(5) Solamente el sueldo de las tropas costó 300000 escudos; v. Balan, Mirandola, 48.

comenzó a paralizar considerablemente su energía (1). Es falsa la opinión de que el Papa ahora «no se dedicó más seriamente a asuntos políticos», y entregándose a una «vida sin cuidados y deleitable», en su magnífica quinta de delante de la Puerta del Pópolo, «se olvidó de lo restante del mundo» (2). Prescindiendo enteramente de la actividad muy importante y a la verdad sin ruido, que desplegó Julio III precisamente en la segunda mitad de su reinado, en el terreno religioso, promoviendo una reforma católica (3), intervino también en las cuestiones políticas candentes, y trabajó con energía, aunque sin éxito feliz, por el restablecimiento de la paz en la cristiandad. Su actitud neutral desagradó naturalmente tanto a los franceses como a los imperiales, porque cada uno de estos dos partidos esperaba grandes ventajas para sí de la participación del Papa en la lucha (4). De ellos por tanto procede la acusación, de que Julio III huía los negocios para vivir inactivo en descanso en su hermosa villa (5). Que el Papa tenía muy buenas razones para no engolfarse profundamente en las revueltas italianas, no puede caber duda. Lo que en ello se ganaba, lo había enseñado suficientemente la guerra de Parma. Desde las dolorosas experiencias que había tenido entonces, Julio III atendía cuidadosamente a no dejarse inducir de nuevo a tener parte en semejante lucha. Pero también motivos

(1) V. Pieper 40 s.

(2) Así opina Ranke, Papas I^a, 180 s.; de la misma manera después Beaufort (Hist. des papes, IV, 191) y todos los historiadores posteriores, especialmente Brosch (I, 145), y últimamente también Lanciani (III, 133). Mayor todavía es la equivocación de de Leva (V, 114), cuando dice de Julio III, que fué alieno dai negozi di stato ya desde el principio. Mucho más justamente juzgó ya en 1870 Reumont (III, 2, 511) acerca de Julio III. Sobre la exposición de Muratori, en modo alguno excusable, v. G. Catalani, Prefaz. a los Annali de Muratori, X (1764), xxv.

(3) Cf. más abajo el capítulo IV.

(4) Al Papa neutral se le hicieron fuertes reconvenciones por ambas partes; así en una congregación de cardenales de 4 de septiembre de 1553, por los cardenales imperiales Álvarez de Toledo y Carpi, los cuales querían determinar al Papa a que se declarase contra Francia, indicando a este fin las alianzas de Enrique II con los turcos (v. la * relación de Serristori de 5 de septiembre de 1553. *Archivo público de Florencia*). Por mayo del año siguiente se quejaron el card. du Bellay y el embajador francés Lanssac; v. Nonciat. de France, I, 51, nota 1.

(5) V. las relaciones florentinas, citadas en las Nonciat. de France, I, XLIII, nota 2, cuyo eco se halla después en Adriani (VIII, 1), que escribía por encargo de Cosme I (v. Mondaini, Adriani, Firenze, 1905, 41 s.), como también en Segni (XIII, 829), y en Panvinio ligado por amistad con los Farneses.

de orden superior pesaban en la balanza. Como Padre de la cristiandad, tenía el Papa que mantenerse, cuanto fuese posible, fuera de los partidos, porque sólo así podía presentarse eficazmente como medianero de paz (1). En cuánto grado procedía de él personalmente la actividad que respecto a eso desplegaba, lo muestra claramente la circunstancia de que también ahora preparaba por sí mismo, y muchas veces dictaba directamente a sus secretarios, la mayor parte de las instrucciones para sus enviados y legados (2). Y con todo eso, Julio III era afligido en creciente medida de su antigua dolencia, la gota (3).

El peligroso estado de salud del Papa, que por noviembre de 1553 hizo parecer que se acercaba a grandes pasos la eventualidad de un conclave (4), así como la situación política cada vez

(1) V. Ancel en las *Nonciat. de France*, I, xliii. En las instrucciones para Jerón. Muzzarelli de 21 de enero de 1554, se expresa Julio III muy abiertamente sobre cómo él se dejó inducir a la guerra contra Parma; v. Pieper 174.

(2) Cf. la carta de Monte de 7 de julio de 1552, en Pieper, 41, nota 3.

(3) Cuán frecuentemente era el Papa atormentado de su dolorosa enfermedad de la gota, a la que se juntaban a veces también catarro y alteraciones ocasionadas por falta de régimen en la comida, lo atestiguan las relaciones de los embajadores. Cf. especialmente las * cartas de A. Serristori de 7, 14 y 20 de junio, 10, 11 y 24 de octubre de 1552; 4 de enero, 29 de marzo, 9 de junio, 6 y 9 de julio de 1553; las * cartas del arzobispo de Trani, Bart. Serristori de 19, 22, 23, 24 de octubre y 2 de noviembre de 1553; la * carta de B. Justo, de 16 de noviembre de 1553; las * cartas de A. Serristori, de 7, 17, 18, 19 de febrero, 3, 8, 14, 15 y 27 de marzo de 1554; las * cartas de B. Justo, de 24 y 26 de febrero de 1554; las * cartas de A. Serristori, de 10 de junio y 21 de julio de 1554; y la carta * de B. Justo, de 15 de septiembre de 1554, todas las cuales se hallan en el *Archivio pubblico de Florencia*. Sobre los médicos de Julio III, además de Marini, I, 393 ss., cf. también Häser, II, 26; Caro, *Historia de la Zoología*, 359; Grätz, IX, 345, 350 s.; Rieger, II, 144 s.; Masio, *Cartas*, 67; *Atti per le prov. di Romagna*, Serie 3, I, 422. En los *Min. brccv. Arm.* 41, t. LVI, n. 456 hay el * nombramiento de Aug. Ricchi de Luca para médico de cámara con sueldo anual de 200 escudos, con fecha de 21 de mayo de 1550; en el n. 513, el * nombramiento de Theoder. de Sacerdotibus (Hebreus) para médico de cámara, con fecha de 7 de junio de 1550; en el t. LIX, n. 39, el * llamamiento a Roma de Jo. de Aguilera, thesaur. Salamant., mag. in medic., con fecha de 26 de enero de 1551. *Archivio secreto Pontificio*. Ibid., Arm. 44, t. IV, n. 25, hay el llamamiento a Roma de Franc. Fregimelia, doct. medic., con fecha de 5 de enero de 1555. En los * *Intr. et Exit. de 1554-1555*, se hallan pagas para tres médicos de Julio III: A. Ricchi, Juan Baut. Cannani y Damián Valentini (Cod. Vat. 10605 de la *Bibl. Vatic.*). El médico ravenés Tomás Rangoni dedicó a Julio III en 1550, su obra *De vita hominis ultra CXX annos protrahenda*; v. Ildebrando della Giovanna, *Come l'uomo può vivere più di CXX anni*, Piacenza, 1897 (publicación de bodas).

(4) V. *Nonciat. de France*, I, 68.

más complicada y desconsoladora, llevaban ciertamente consigo, que el impulso vivamente incitante de los primeros años de su reinado se fuese perdiendo más y más, y que el Papa al fin se entorpeciese hasta en sus esfuerzos por la paz. Sin embargo, desplegóse inmediatamente desde Roma una ardiente actividad en el sentido de una mediación entre el emperador y Francia, aunque las perspectivas eran muy desfavorables.

Poco después de pactado el armisticio, se dirigió Julio III a Enrique II por una carta autógrafa de 6 de mayo de 1552, exhortándole a la paz con Carlos V (1). Con todo el rey francés no pensaba, ni de muy lejos, prestar oídos a esta amonestación, antes bien, precisamente entonces esperaba dar un nuevo y decisivo golpe contra el emperador con sus conspiraciones con los turcos (2). A pesar de esto, el Papa envió nuncios para preparar un armisticio entre los dos rivales que se combatían con exasperación. A Enrique II fué como nuncio ordinario Próspero Santa Croce, y a Carlos V Aquiles de Grassi. Sin embargo, las representaciones de ambos encontraron oídos sordos (3). Más fuertemente que nunca bramaba la furia de la guerra. A mediados de julio apareció ante Nápoles una flota turca, dirigida por el capitán de corsarios Dragut y el embajador francés Aramont, la que afortunadamente no mucho pudo conseguir, pues la escuadra francesa apareció demasiado tarde (4).

Mucho más brillante éxito obtuvo Enrique II en otra empresa. El 27 de julio de 1552 se sublevaron los de Sena al grito de «Francia, victoria, libertad!» y obligaron a salirse a la guarnición española (5). La nueva República se puso al punto bajo la protección francesa. Nada pudo ser tan favorable a Enrique II como este cambio, porque no solamente amenazaba a la posición del emperador en Italia, sino también parecía apropiado para hostigar e intimidar así al Papa como a Cosme de Médici (6).

(1) V. el texto en los * Inf. polit., XIX, 79 de la *Bibl. real de Berlín*.

(2) Cf. Charrière, II, 201 s.; Zinkeisen, II, 876.

(3) Sobre ambas misiones v. Pieper, 41 s., 156 s. Próspero Santa Croce era íntimo amigo del card. A. Farnese, y por tanto su elección era muy significativa; v. Romier en las *Mél d' arch.*, XXXI, 13.

(4) Cf. Charrière, II, 209 ss.; Julio III por un * breve de 25 de agosto de 1552, apoyó los armamentos de Carlos V contra los turcos. Min. brev. Arm. 41, t. LXXV, n. 565. *Archivo secreto pontificio*.

(5) V. Reumont, Toscana, I, 181 s.

(6) V. Reumont, III, 2, 508.

La repercusión de las alteraciones originadas en Toscana se hizo al instante notar sensiblemente en Roma. A mediados de agosto de 1552 se esparcieron por la Ciudad eterna las más extravagantes habilllas, sobre un saco meditado por los españoles, las cuales, como se sospechaba, habían sido difundidas sólo con el fin de poner al Papa en una posición sinistral respecto del emperador (1). Como las revueltas de Sena amenazaban seriamente la tranquilidad de los Estados de la Iglesia, el Papa, cuyas cajas estaban enteramente exhaustas por la guerra de Parma, se halló en muy crítica situación. Resuelto a permanecer neutral en la inminente lucha, tuvo cuidado de impedir, que la guerra con todos sus horrores se extendiese también por los Estados de la Iglesia; por lo cual ordenó el alistamiento de cuatro mil hombres (2). Aumentáronse la angustia y turbación en Roma, cuando a fines de mes llegaron las peores noticias sobre los avances de los turcos en Hungría (3).

El 13 de agosto de 1552, Julio III había enviado al cardenal Mignanelli a Sena, para cooperar allí a la reorganización de la constitución, en el sentido de que se guardase y asegurase la quietud e independencia de la República, y se echase un candado a toda peligrosa inmixción de naciones extranjeras. Como natural de Sena, pareció Mignanelli apropiado como ningún otro para esta difícil incumbencia. Pero a pesar de la mejor voluntad nada hizo el cardenal (4); en 28 de septiembre tuvo que disponer Julio III que volviese a Roma (5). Qué curso tomarían las cosas en adelante, era claro prever, cuando en 1.º de noviembre de 1552 llegó a Sena como gobernador por Enrique II, el cardenal Este, adicto enteramente a los intereses de Francia (6). Una alianza defensiva

(1) Cf. la * relación de Serristori, de 15 de agosto de 1552 (*Archivo público de Florencia*). Como autor de este rumor designa también Hipólito Capilupi a Camilo Orsini, en su * relación al card. Hérc. Gonzaga, de 18 de agosto de 1552. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) V. la * relación de Serristori de 21 de agosto de 1552. *Archivo público de Florencia*.

(3) V. la * relación de Serristori, de 28 de agosto de 1552 (*Archivo público de Florencia*). Sobre estos sucesos cf. Huber, IV, 173 s.

(4) V. Legaz. di Serristori, 311; Adriani, IX, 3; Reumont, Toscana, I, 187.

(5) * Min. brev. Arm. 41, t. LXV, n. 636. *Archivo secreto pontificio*.

(6) Según una * relación cifrada de Hipólito Capilupi al card. Hérc. Gonzaga, de 19 de octubre de 1552, dijo Dandino, que también el cardenal Farnese solicitó el cargo, que obtuvo Este. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

y ofensiva y la traslación de más tropas francesas a Sena mostraban, cuán resueltos estaban los franceses a establecerse allí fijamente (1). Para echarlos se armó de todo su poder Pedro de Toledo, virrey de Nápoles. De este modo, después de haberse apenas extinguido el incendio de Parma, amenazaba estallar uno nuevo en la Italia central.

Julio III a fines de septiembre de 1552 había encargado a una comisión compuesta de cuatro cardenales, preparar disposiciones para ajustar la paz entre Carlos V y Enrique II. Aun esperaba, que por lo menos lograría impedir la nueva turbación de la quietud en Italia, y sobre eso consultó repetidas veces con los cardenales de Cupis, Pacheco, Verallo, Púteo, Cicada y Mignanelli (2). Como sabía bien que el virrey de Nápoles apremiaba al emperador a una empresa contra Sena, a fines de noviembre envió a Bernardo de Médici a verse con Pedro de Toledo, y aconsejarle que difiriese todavía la salida de las tropas. Pero éste persistió en su propósito (3).

En Roma, donde aun vivía el recuerdo del terrible saco de 1527, despertáronse de nuevo por diciembre serios temores de intentos hostiles de los españoles contra la ciudad. El Papa, de acuerdo con los cardenales, hizo tomar precauciones, contra las cuales reclamaron el partido español de Roma y también el virrey. Con todo púdose estar contento en esta parte, porque Julio III hizo a mal juego buen semblante, y a pesar de su «neutralidad» permitió a las tropas de los españoles que pasasen por los Estados pontificios. Las disposiciones que tomó sólo tenían por fin precaver violencias y turbaciones en su propio territorio (4).

(1) Sozzini, 92 s.

(2) V. las *relaciones de Serristori, de 16 y 28 de septiembre y 3 de octubre de 1552 (*Archivo público de Florencia*); Raynald, 1552, n. 44; Druffel, II, 766 s., 778, 790 s. La buena voluntad del Papa de intervenir como medianero de paz, la hace notar el cardenal Pacheco en una *carta al cardenal Madruzzo, fechada en Roma a 20 de septiembre de 1552. *Archivo del Gobierno de Innsbruck*.

(3) Sobre esta misión v. Pieper, 45.

(4) Además de la carta de Lasso publicada por Druffel, II, 831, 840, cf. el *Diario di Cola Coleine (*Biblioteca Chigi*, loc. cit.); Caro, Lett. pubbl. da Mazzuchelli, II, 98; las *relaciones de Serristori de 17, 18 y 19 de diciembre de 1552; en la de 19 se lee: *Tornò S. Bne. a alterarsi grandemente sopra l' haverle questa mattina in consistório replicato il card. S. Iacomo et Burgos che la faceva male a armare dolendosi del modo che si era proceduto seco (*Archivo público de Florencia*). El *breve para el episc. Nepes. [P. A. de

Todavía a última hora envió a fines de diciembre a Aquiles de Grassi a Nápoles, para recomendar de nuevo vivamente al virrey un arreglo pacífico, aunque volvió a ser inútil (1).

En los primeros días del nuevo año 1553, partió de Nápoles García de Toledo, hijo del virrey, con el grueso del ejército español, y por los Estados pontificios se encaminó a Cortona; su padre con treinta galeras y 2500 españoles dirigió su rumbo por Civita-vecchia a Liorna (2), y Camilo Orsini había puesto a Roma en estado de defensa (3). El Papa, que precisamente entonces se hallaba de nuevo postrado de un ataque de gota, procuró librar a sus súbditos de las graves incomodidades, que había de ocasionarles el paso de las tropas imperiales por el Estado de la Iglesia (4). Encargó al cardenal Álvarez de Toledo, que ganase a los generales del ejército español para un armisticio (5). Esto no tuvo feliz éxito; además el emperador aprobó el proceder que por propia autoridad había seguido su virrey. Como refiere el embajador veneciano, Carlos V dejó hacer a Pedro de Toledo, para no dar lugar a que se creyese que, después de su mal suceso ante Metz, le faltaban ánimo y fuerzas militares (6).

La benévola neutralidad que observó el Papa respecto de los imperiales, satisfizo a éstos tanto menos, cuanto que a las repre-

Angelis] et abb. Breregno, concernientē al commissarius ad hospitandum pedites et equites, quos vicerex Neapolis in Hetruriam mittit, lleva la fecha de 15 de diciembre de 1552 (Min. brev. Arm. 41, t. LXVI, n. 811. *Archivo secreto pontificio*). Sobre los armamentos de este tiempo, v. también Fuentes e investigaciones del Instituto Histórico de Prusia, VI, 101.

(1) Cf. Raynald, 1553, n. 23 y Pieper, 45.

(2) V. Adriani, IX, 4; Sozzini, 93; Galluzzi, 200 s.; Reumont, Toscana, I, 189.

(3) V. las *relaciones de Serristori de 4 y 10 de enero de 1553 (*Archivo público de Florencia*); Firmanus, 499 s. Cf. también las *relaciones de Cristóbal Trissino al cardenal Madruzzo, fechadas en Roma a 8 y 15 de enero de 1553 (*Archivo del Gobierno de Innsbruck*), y el *Diario di Cola Coleine. *Biblioteca Chigi*, loc. cit.

(4) Cf. los *breves a Orvieto, de 9 de enero, y al cardenal Savelli, legado de la Marca, de 13 de enero de 1553, en los Min. brev. Arm. 41, t. LXVII, n. 15 y 27; *ibid.*, n. 30, hay uno para el abb. Brisegno, en que se le ordena que cuide del alojamiento del ejército imperial, con fecha 14 de enero de 1553. Cf. n. 42 y 43, donde hay los breves para el episc. Nepes. y el Card. S. Clementis, de 19 de enero. Con el virrey se excusó el Papa por un breve muy amistoso de 10 de enero de 1553 (n. 18), de no poderle saludar a su súbita llegada a Civita-vecchia. *Archivo secreto pontificio*.

(5) *Breve Card. Burgensi, fechado a 14 de enero de 1553, loc. cit., n. 31.

(6) Despachos venecianos, II, 593 s.

sentaciones que le hizo el embajador francés, tampoco se prohibió a un capitán de Enrique II con sus soldados la marcha por los Estados de la Iglesia (1). Los que conocían el carácter de Julio III, creían que éste sólo entonces tomaría una posición decisiva, cuando no se pudiese desconocer que la victoria se inclinaba a una parte. Los partidarios del emperador sintieron entonces gravemente, que faltase en Roma un hábil embajador español, que hubiese mantenido unidos a los cardenales españoles discordes entre sí (2). Para gozo del partido francés, en marzo de 1553 se llegó a una viva desavenencia entre el Papa y el cardenal Juan Alvarez de Toledo. Esta discordia quedó a la verdad concertada, pero tuvo por consecuencia el temporal alejamiento del cardenal de la curia (3). En este intermedio se había adelantado tanto en la fortificación de Roma, que la ciudad parecía asegurada para cualquier suceso que sobreviniese; esperábase hacer el Borgo en dos meses enteramente inexpugnable (4).

A principios de febrero de 1553 había corrido la voz en la curia, de que estaba muy próxima la misión de dos enviados, que habían de procurar que se ajustase la paz entre el emperador y el rey francés. Pero primeramente se contentó el Papa con la delegación de correos a los nuncios, que residían en la corte de dichos príncipes (5). Un mes más tarde fueron enviados Onofre Camaiani a Florencia y Federico Fantuccio a Sena, con el fin de poner pacífico término a las revueltas de esta ciudad (6). En un consistorio de 3 de

(1) V. los *breves a Asc. della Corgna y al card. Fulvio della Corgna, 15 de enero de 1553. Min. brev., t. LXVII, n. 32 y 33. *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. la **relación cifrada de Serristori, de 1 de febrero de 1553. *Archivo público de Florencia*.

(3) Cf. sobre esto Masio, Cartas 121, y las *relaciones de Serristori, del 11, 13 y 21 de marzo de 1553. *Archivo público de Florencia*.

(4) V. la *carta de Serristori de 4 de enero de 1553. En 11 de enero participa el mismo: *Qui si attende a fortificar Borgo con far bastioni e fossi, dove ci sono a lavorare da 400 guastatori; y en 14 de marzo escribe: *Ogni giorno il s. Camillo Orsino va crescendo il numero delli guastatori per la fortificatione di Borgo, il qual vuole che in duoi mesi sia inespugnabile. Según la *relación de Serristori de 23 de marzo, el número de los guastatori subió a 700. *Archivo público de Florencia*.

(5) *Cartas de Serristori, de 1 y 6 de febrero de 1553. *Archivo público de Florencia*.

(6) Sobre ambas misiones v. Pieper, 46. El *Memoriale para Camaiani se halla también en el Cod. Ottob., 1888, p. 1 s. de la *Bibl. Vatic.* La partida de O. Camaiani se efectuó el 2 de marzo (v. la *carta de Serristori de 2 de marzo de 1553. *Archivo público de Florencia*). Los breves a Sena, a Termes

abril de 1553 efectuóse luego el nombramiento de dos cardenales legados, el cual estaba ya proyectado por el verano y otoño del año anterior (1). Dandino había de ir al emperador, y Capodiferro a Enrique II. Se les encargó declarar en nombre del Papa, que éste sólo quería cumplir con sus obligaciones de Padre de la cristiandad, y que ningún otro interés tenía en traerles la paz que el bien general. Que por estos motivos se ofrecía como mediador de un acomodamiento (2). Dandino salió de la Ciudad eterna el 14 de abril, y Capodiferro dos días más tarde (3).

Por mayo se esforzó de nuevo el Papa con repetidas misiones a Sena, a poner término a la «miserable y bárbara» guerra, que allí desencadenaba su furia entre imperiales y franceses (4). A principios de junio, Julio III, que por ese tiempo nombró al duque de Urbino capitán general de la Iglesia (5), se trasladó a Viterbo, para conferenciar allí con los diputados de Sena (6). Las esperanzas que se vinculaban en este paso (7), no se realizaron, porque el cardenal Este se opuso, el cual tenía ya noticia de que era inmi-

y al card. Este, tocante a Fantuccio, son de 28 de marzo de 1553. Min. brev., t. LXVII, n. 231-233. *Archivio segreto pontificio*.

(1) V. Raynald, 1552, n. 44; cf. Pieper, 50.

(2) Sobre la misión de los dos legados, junto con las *relaciones de Serristori, de 29 de marzo, y 3, 6 y 8 de abril de 1553 (*Archivio público de Florencia*), y la carta de Capilupi de 3 de abril de 1553 (*Archivio Gonzaga de Mantua*), v. Raynald, 1553, n. 18 ss.; Firmanus 500 y especialmente Pieper 50 s., 161 s., 166 ss. Un raro impreso de la Bulla facultatum H. card. Imolensis (con fecha de 3 de abril de 1553), Lovanii, 1553, se halla en el *Museo británico de Londres*.

(3) V. Firmanus 500 y la *carta de Serristori de 14 de abril de 1553 (*Archivio público de Florencia*). Cf. Nonciat. de France, I, 28 y Kupke en las Fuentes e investigaciones del Instituto Histórico de Prusia, IV, 82 ss.

(4) Sobre las misiones de G. A. Vimercato y del cardenal N. Gaetani v. Sozzini, 131, 135, 137 s. y Pieper, 47 s. Numerosos *breves sobre la misión de G. A. Vimercato se hallan en los Min. brev. Arm., 41, t. LXVIII, n. 326, 340 s. *Archivio segreto pontificio*.

(5) V. Firmanus, 501.

(6) Además de Sozzini, 139 s., Adriani IX, 4 y Carte Stroz., I, 500, cf. las *relaciones de Serristori, fechadas en Roma a 2 de junio de 1553 (el Papa va hoy a Viterbo; va con speranza grande di concludere l'accordo perchè l'ambasciatore Franzese gle lo promette certo; oltre che per una lettera che scrive un agente del card. di Ferrara da S. Germano al legato S. Giorgio si vede che il re lo desidera), y las *cartas enviadas desde Viterbo el 6 (consulta con los cardenales), el 9 (dolores de gota del Papa) y el 17 de junio (mañana vuelta a Roma). *Archivio público de Florencia*.

(7) V. la *relación de Serristori, de 3 de julio de 1553, sobre el consistorio que se celebró en este día. *Archivio público de Florencia*.

nente un cambio de cosas (1). Éste, en efecto, sobrevino muy pronto. La amenaza de Nápoles por una flota turca obligó a los imperiales a reforzar la guarnición de dicha ciudad, y a consecuencia de eso el 15 de junio tuvieron que levantar el sitio de Sena (2). Con eso ciertamente en modo alguno quedaba resuelta la cuestión sobre esta ciudad, que había tomado tan inesperada amplitud.

Mientras tanto habían llegado al término de su viaje los dos legados de paz, pero nada consiguieron (3). Parecía por ese tiempo, como si la exasperación y ardor bélico de qué estaban llenos uno contra otro Carlos V y Enrique II, hubiese de tomar un carácter más violento que hasta entonces. Las noticias de los legados eran tan desconsoladoras, que la congregación general de los cardenales propuso que se les mandase volver. El 31 de julio, por orden del Papa, se deliberó de nuevo sobre el asunto por una comisión especial de cardenales, que constaba de seis miembros: Carpi, Púteo, Pighino, Álvarez de Toledo, Sermoneta y Cupis. Cupis en esta ocasión habló resueltamente por que se diese la orden de volver a los legados. Se le opuso Carpi, quien indicó la creciente fortuna del emperador en la guerra, la cual obligaría a Enrique II a ceder. La mayoría de los cardenales aprobó este parecer (4). El 1.º de agosto se resolvió también el Papa en este sentido; la comisión de paz de los legados fué extendida todavía a otros dos meses (5).

Sólo con dificultad logró Dandino mover al emperador a enunciar con más precisión sus condiciones de paz. Éstas con todo fueron tan extremadas, que Enrique II denegó toda respuesta. En vista de esto los legados, a principios de octubre, emprendieron su viaje de vuelta a Roma (6).

(1) V. Pieper, 49.

(2) Sozzini, 143 s. El Papa permitió el paso de los imperiales por los Estados de la Iglesia. Min. brev., t. LXVII, n. 406, 415, 427. *Archivio segreto pontificio*.

(3) Cf. Gachard, *Archives du Vatican*, 52 s., y *Biogr. nat.*, III, 864 s.; Masio, *Cartas*, 122 s.; *Despachos venecianos*, II, 603 s.; Pieper, 52 s.

(4) V. la **relación circunstanciada de Serristori, de 31 de julio de 1553 (*Archivio público de Florencia*). Cf. Turnbull, *Queen Mary*, n. 4.

(5) *Ha giudicato S. Stà. doppo d' haver udito i pareri et voti delle due congregationi generale et particolare esser meglio che i legati restino che richiamarli. Serristori en 1 de agosto de 1553 (*Archivio público de Florencia*). Cf. Pieper, 54.

(6) V. Pieper, 54-55.

Viajaban despacio. Dandino, que el 3 de diciembre llegó a la Ciudad eterna (1), pudo observar allí cuán perjudicial repercusión hacia la guerra de Sena. En la colonia florentina, en todo tiempo muy numerosa en Roma, había muchos emigrados y otros adversarios de los Médicis. Las esperanzas de esta gente, que con extremada tenacidad se mantenía adherida a los antiguos ideales, se reanimaron, cuando a fines de año, Pedro Strozzi (2), nombrado comandante francés de Sena en lugar de Termes, llegó a Roma, donde concertó con el Papa la prorrogación del armisticio en lo relativo a Parma (3).

El año 1554 trajo la decisión sobre la suerte de Sena. El más astuto de todos los políticos de la Italia de entonces, Cosme de Médici, que en 25 de noviembre de 1551 se había aliado con el emperador por un secreto convenio, se alzó a cometer un vil atentado contra la vecina República. El 26 de enero de 1554 se apoderaron sus tropas del fuerte de Camullia, situado inmediatamente delante de las puertas de Sena. Su empresa, así lo declaró el duque a los de Sena, no tenía otro fin que devolverles la libertad e independencia, de que les habían despojado los franceses. La República no se dejó engañar por semejante fingida benevolencia. Con ánimo resuelto a morir se opusieron los de Sena en defensa de su independencia, comenzando al punto una guerra cruel, que se hizo por ambas partes con obstinación y crudeza casi sin ejemplo (4).

Cuando en mayo de 1554, en lugar de Próspero Santa Croce, fué enviado a Francia un nuevo nuncio en la persona de Sebastián Gualterio, éste, junto con el encargo principal de encomendar a Enrique II el concluir la paz con Carlos V, recibió también la orden especial de ofrecer la mediación del Papa en la cuestión de Sena. En la instrucción se hace resaltar el perjuicio extraordinario, que la guerra de Sena acarreaba a los Estados de la Iglesia.

(1) V. Firmanus, 501.

(2) Cf. Coppini, P. Strozzi nell' assedio di Siena, Firenze, 1902.

(3) La prorrogación del armisticio (v. *Barb. 2392, p. 166 s. *Bibl. vatic.*) fué firmada el 3 de febrero de 1554 por el card. du Bellay y Lanssac, ratificada el 3 de marzo por Enrique II y entregada al Papa el 26 de abril (v. Sauzé, 374 s. y Coggiola, Farnesi, 14 s.); por un *breve de 27 de abril de 1554 lo comunicó Julio III a O. Farnese (Min. brev. Arm., 41, t. LXX, n. 233. *Archivo secreto pontificio*). Después el 29 de abril se publicó el Breve assolutorio para O. Farnese; v. Coggiola, 15 s., 254 s.

(4) V. Reumont, Toscana, I, 199 ss.

Para la seguridad de Roma y de las demás posesiones de la Santa Sede, el Papa había tenido que pagar 150000 escudos; el sueldo del duque de Urbino como capitán general de la Iglesia, exigía un desembolso anual de 30000 escudos; a lo que se añadía la perturbación de las comunicaciones y del comercio por mar y tierra. En dicha instrucción se indica también la neutralidad del Papa, que había permitido asimismo a los partidarios de Francia sacar municiones de los Estados pontificios y reclutar en ellos gente de guerra (1). Esto era verdad (2), pero por otra parte no podía dudarse, que la «neutralidad pontificia» en su conjunto tenía un «colorido más imperial. Esto estaba conexionado, no solamente con la antigua predilección del Papa por Carlos V, sino más todavía con sus relaciones con Cosme I, que habían sido siempre muy excelentes (3). Éstas, a la verdad, se habían considerablemente alterado por julio de 1554, cuando Julio III tuvo la debilidad de permitir el paso por los Estados de la Iglesia a las tropas auxiliares francesas, destinadas a Sena. Añadiéronse a esto luego también fuertes desavenencias con el embajador florentino, Averardo Serristori (4). Pero quedó al punto restablecida la antigua armonía, cuando el hermano del Papa, Balduino, dió al duque la enhorabuena por la brillante victoria, que el 2 de agosto de 1554 habían alcanzado sus tropas, de Pedro Strozzi cerca de Marciano (5).

Desde octubre de 1554 hasta fines de enero del año siguiente, se había de nuevo afanado Julio III inútilmente por una solución pacífica de la cuestión de Sena (6). No vió ya la caída de la Repú-

(1) V. Nonciat. de France, I, 22 ss.

(2) Sobre el comportamiento increíblemente débil de Julio III, y su extraña neutralidad, v. Reumont, III, 2, 509.

(3) Por un *breve de 27 de diciembre de 1551, había enviado Julio III al duque una espada y sombrero bendecidos. Min. brev., t. LXII, n. 1054; ibid., t. LXVI, n. 763 hay un *breve a Cosme I, de 29 de noviembre de 1552, característico para dar a conocer las íntimas relaciones. *Archivo segreto pontificio*.

(4) Cf. sobre eso Desjardins, III, 343 s.; Gori, Arch., I, 28; Riv. Europ., VI (1878), 629 ss.; Arch. stor. Ital., serie 4, II, 12 s. y Nonciat. de France, I, 55, nota, 81, nota. Julio III ya antes había incitado a que se diése a Serristori la orden de volverse, como se saca del **breve a Cosme I, de 10 de junio de 1554, desconocido hasta el presente. Min. brev. Arm., 41, t. LXXI, n. 342. *Archivo segreto pontificio*.

(5) V. Nonciat. de France, I, 84, nota 2. Balduino y el gobernador de Roma pusieron iluminaciones en sus palacios para solemnizar la victoria; v. *Diario di Cola Coleine, *Bibl. Chigi*, loc. cit.

(6) V. Nonciat. de France, I, XLIX ss. A. Agustín, enviado al emperador por enero de 1555, había de indicar a éste la necesidad de la paz con Francia

blica. La antigua enfermedad de la gota y una completa privación de comer, indiscretamente prescrita por los médicos, acarrearón su fin después de pocos días de cama, el 23 de marzo de 1555 (1).

En la cripta de S. Pedro se ve el sencillo sarcófago, designado sólo con las palabras «El papa Julio III», que guarda sus huesos (2). No es casualidad que este Papa no tuviese ningún sepulcro especial, porque su reinado no dejó profundas huellas. No correspondió él a las esperanzas que se vincularon en su pontificado, dada su actividad como cardenal y el ardor que desplegó a los principios siendo Papa.

Con el gran pontífice, como el cual se llamó Juan María del

(v. Pieper 68). Cf. también Palandri, 83 nota, sobre las quejas de Julio III respecto a la conducta de Cosme I.

(1) El estado de salud de Julio III era tan delicado ya en otoño de 1554, que Serristori opinaba, que un pequeño accidente podía acarrearle la muerte (*relación de 29 de septiembre de 1554. *Archivo público de Florencia*). En 12 de febrero de 1555 fué el Papa acometido de nuevo de su enfermedad, de la gota (v. Massarelli, 247) y pronto tuvo que meterse en cama. Sus fuerzas disminuyeron mucho, cuando los médicos le ordenaron privación completa de comer, la cual rigurosa dieta no soportó el estómago acostumbrado a abundante alimentación (v. Panvinus en Merkle, II, 248 nota 1). El obispo de Pavía participa en 18 de marzo: *S. Stà. gia sono 32 giorni che sta in letto senza pericolo, ma debilè et senza appetito et come esso dice in termine, se gli sopraggiungesse alcuno accidente che forse la fariano male (*Archivo público de Florencia*); con todo, aun el 9 de marzo se esperaba que pronto recobraría sus fuerzas (*N. S. tuttavia continua nella sua indispositione, ma non pero più grave sperandoçi che presto sia per convalersi. G. Maggio en 9 de marzo; *Archivo público de Bolonia*); y el 16 escribe Serristori: *N. S. se bene è assai sbattuto sta pero assai quieto in modo che presto si dovera levar da letto. El 19 de marzo el estado del Papa vino a estar llenó de peligro, y el 21 sin esperanza de remedio. Sobre eso, además de Massarelli, 247, v. las *cartas de Fulgencio Gianettini, de 21 y 22 de marzo (*Archivo público de Bolonia*), y las *relaciones de Serristori, de 19, 21 y 22 de marzo (*Archivo público de Florencia*); el pasaje de la carta del 22 sobre el desengaño de los nepotes, a cuyas demandas no accedió el moribundo, está impreso en las Nonciat. de France, I, XLIV, nota 4. El 22 de marzo a hore 20, notifica F. Gianettini: *La notte passata alle 7 hore S. Stà. udì messa et confessò et reconciliato pigliò il smo. sacramento della communione et li a poco chiedi l' estrema untione, que recibió. Hoy todos los cardenales van a ver al Papa, a quien ya no se puede entender. *Archivo público de Bolonia*; ibid. se halla la *notificación del fallecimiento, escrita a hore 19, inmediatamente después de expirar. Cf. también Acta consist. en Gulik-Eubel, 34; J. v. Meggen en el *Archivo para la Historia de la Reforma en Suiza*, III, 514; las relaciones portuguesas en el *Corpo dipl. Port.*, VII, 375 s.

(2) V. Dionysius, Crypt. Vat. tab. LV; Turrigio, 387; Forcella, VI, 70; Dufresne, 91.

Monte, apenas tuvo otra cosa común que el nombre. No solamente se ha de entender esto en el terreno de la protección a las artes, sino también en todos los demás. Precisamente las excelentes cualidades que caracterizaron de un modo especial a Julio II: independencia, fortaleza y energía, faltábanle de todo en todo. Hombre sanguíneo, con ánimo dispuesto a rápidas mudanzas, propenso a dejarse influir fácilmente y muy congojoso, no salía de la vacilación y de la irresolución. Los tiempos de entonces, llenos de las más ásperas oposiciones, hubiesen exigido un carácter firme e inflexible; Julio III en modo alguno estaba hecho para las circunstancias sumamente difíciles. Su condescendencia y dependencia de los imperiales la señaló más tarde Paulo IV con estas duras palabras: Julio III ya no fué señor de Roma, y tuvo que hacer lo que querían los españoles (1). Es exacto, que Julio III cometió una falta aciaga al dejarse inducir a la guerra contra Octavio Farnese, cuyos efectos fueron un grave perjuicio rentístico y moral de la Santa Sede (2).

Tampoco hay que negar que el Papa en modo alguno sacó todas las consecuencias de la situación por extremo gravísima en que había caído la Iglesia por la gran apostasía de las regiones del norte. No tuvo suficiente conocimiento de cuánto se habían mudado los tiempos. Diariamente se descargaban nuevos golpes por enemigos encarnizados e hijos desobedientes sobre la Iglesia, que derramaba sangre por mil heridas. Causa entonces penosísima impresión el que Julio III, en vez de guardar recogimiento interior, se deleite de un modo simplemente candoroso, como los grandes señores del período del Renacimiento, en comedias, bufones y juegos de naipes. La «Hilaritas publica» (alegría general), que celebra una de sus medallas (3), no estaba en su lugar en un tiempo en que el cronista fielmente católico, Juan Oldecop, colocaba en su casa de Hildesheim esta inscripción: «La virtud se extingue, la Iglesia está contrastada, el clero se extravía, reina el

(1) V. la *relación de Navagero, fechada en Roma a 25 de julio de 1556. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

(2) V. más arriba p. 144 s. A consecuencia de su comportamiento amistoso con el emperador, se persiguió con sátiras al difunto Julio III, especialmente en Francia (v. Favre, Olivier de Magny, 59 ss.). Sobre los apuros pecuniarios a la muerte de Julio III, cf. las Comunicaciones del Instituto Austriaco, XIV, 544.

(3) V. Venuti, 91.

demonio, domina la simonía, la palabra de Dios permanece para siempre» (1).

Con todo eso, en las acusaciones contra Julio III tampoco se debe ir demasiado lejos. Sin razón se le ha hecho responsable de la interrupción del concilio y de la deplorable mudanza de las cosas en Alemania; asimismo tampoco se le puede hacer cargo, de que la reconciliación de Inglaterra con la Iglesia sólo fuese de corta duración. Pero era inevitable que por todos estos acontecimientos cayese sobre su pontificado una densa sombra, y hasta oscureciese la actividad muy notable que desplegó en los asuntos interiores de la Iglesia, y especialmente sus esfuerzos de reforma. Porque además no se conocieron suficientemente estos trabajos y por eso se los menospreció, resaltaron con preferencia sólo los lados sombríos de su pontificado, mientras los lados luminosos, más débiles ciertamente, quedaron demasiado hundidos en el fondo (2).

(1) Cf. Janssen-Pastor, VIII, 427.

(2) Fué olvidado casi enteramente lo que hizo Julio III por Roma y los Estados pontificios. Respecto a eso hay que mencionar especialmente su cuidado de que se administrase rigurosa justicia. Sobre lo cual cf. las *relaciones de Buonanni, de 20 de septiembre de 1550, y de Serristori, de 16 de septiembre de 1552 (*Archivo público de Florencia*); v. también la *Bulla* deputat. card. Tranen. et de Puteo ac S. Calixti et S. Clementis ad superintendendum rebus urbis et audiendum querelas, con fecha VI Id. Oct. de 1553; hay de ella un ejemplar impreso en el *Archivo Colonna de Roma*; ibid. se halla el *breve de 29 de mayo de 1554 contra los banditi dello stato Romano. V. también en el n.º 15 del apéndice, el *breve de 6 de mayo de 1552 sobre el proyecto de hacer navegable el Tíber superior. El 3 de marzo de 1551 nombró Julio III a Pablo de Tarano comisario super desiccatione paludum de los Estados de la Iglesia, en la frontera de Sena y Florencia. Arm., 41, t. LIX, n. 219; ibid., t. LXIV, n. 388, hay el *breve para Bernardus Machiavellus Florent. de 22 de junio de 1552, sobre la continuación y aseguramiento de la desecación comenzada por Paulo III, de las lagunas que hay junto a Foligno, Trevi y Montefiascone (*Archivo secreto pontificio*). Sobre el cuidado de la defensa de Roma y Civitavecchia v. más abajo capítulo VI. A los lados favorables de Julio III, que pasaron inadvertidos, pertenece también su gran beneficencia. Su limosnero, el excelente Francisco Vanuzzi (cf. Forcella, XII, 514), gastaba mensualmente 245 escudos en limosnas a pobres. El «hospital degli incurabili» y el establecimiento para las orfanelle recibían mensualmente cada uno 100 escudos; fuera de eso, eran socorridos abundante y regularmente varios monasterios y otras personas necesitadas. V. *Intr. et Exit. 1554-1555, Cod. Vat. 10605 de la *Biblioteca vaticana*.

IV. Acción reformadora de Julio III.

Nombramientos de cardenales.

Promoción de la orden de los jesuítas. Su difusión y trabajos de reforma en España, Portugal, Italia y Alemania

I

Luego al principio de su pontificado, por marzo de 1550, había emprendido Julio III la continuación de la obra de reforma comenzada por su antecesor, y para deliberar sobre este importantísimo negocio, en el cual iba intentada sobre todo la supresión de los abusos que se cometían en la dataría, había establecido una comisión, que constaba de los cardenales Cupis, Carafa, Sfondrato, Crescenzi, Pole y Cibo(1). Cibo fué pronto acometido de grave enfermedad, y murió en 14 de abril (2). Como también enfermaron otros miembros de la comisión, o tuvieron que estar ausentes de Roma, vino a quedar parado este negocio. El Papa lo puso de nuevo en movimiento, cuando en un consistorio de 21 de julio de 1550, instó a tomar los trabajos con energía, haciendo expresas indicaciones sobre la proximidad del concilio. Propuso a los cardenales la cuestión de si era mejor formar una nueva comisión, o esperar la llegada de los ausentes, o mandarlos llamar. El Colegio cardenalicio resolvió esto último, y que en vez de los que

(1) Cf. más arriba p. 74 s. y los números 7 y 8 del apéndice.

(2) V. las *relaciones de Buonanni, de 9 y 14 de abril, y la de *Serristori de 13 de abril de 1550. *Archivo público de Florencia*.

demonio, domina la simonía, la palabra de Dios permanece para siempre» (1).

Con todo eso, en las acusaciones contra Julio III tampoco se debe ir demasiado lejos. Sin razón se le ha hecho responsable de la interrupción del concilio y de la deplorable mudanza de las cosas en Alemania; asimismo tampoco se le puede hacer cargo, de que la reconciliación de Inglaterra con la Iglesia sólo fuese de corta duración. Pero era inevitable que por todos estos acontecimientos cayese sobre su pontificado una densa sombra, y hasta oscureciese la actividad muy notable que desplegó en los asuntos interiores de la Iglesia, y especialmente sus esfuerzos de reforma. Porque además no se conocieron suficientemente estos trabajos y por eso se los menospreció, resaltaron con preferencia sólo los lados sombríos de su pontificado, mientras los lados luminosos, más débiles ciertamente, quedaron demasiado hundidos en el fondo (2).

(1) Cf. Janssen-Pastor, VIII, 427.

(2) Fué olvidado casi enteramente lo que hizo Julio III por Roma y los Estados pontificios. Respecto a eso hay que mencionar especialmente su cuidado de que se administrase rigurosa justicia. Sobre lo cual cf. las *relaciones de Buonanni, de 20 de septiembre de 1550, y de Serristori, de 16 de septiembre de 1552 (*Archivo público de Florencia*); v. también la *Bulla* deputat. card. Tranen. et de Puteo ac S. Calixti et S. Clementis ad superintendendum rebus urbis et audiendum querelas, con fecha VI Id. Oct. de 1553; hay de ella un ejemplar impreso en el *Archivo Colonna de Roma*; ibid. se halla el *breve de 29 de mayo de 1554 contra los banditi dello stato Romano. V. también en el n.º 15 del apéndice, el *breve de 6 de mayo de 1552 sobre el proyecto de hacer navegable el Tíber superior. El 3 de marzo de 1551 nombró Julio III a Pablo de Tarano comisario super desiccatione paludum de los Estados de la Iglesia, en la frontera de Sena y Florencia. Arm., 41, t. LIX, n. 219; ibid., t. LXIV, n. 388, hay el *breve para Bernardus Machiavellus Florent. de 22 de junio de 1552, sobre la continuación y aseguramiento de la desecación comenzada por Paulo III, de las lagunas que hay junto a Foligno, Trevi y Montefiascone (*Archivo secreto pontificio*). Sobre el cuidado de la defensa de Roma y Civitavecchia v. más abajo capítulo VI. A los lados favorables de Julio III, que pasaron inadvertidos, pertenece también su gran beneficencia. Su limosnero, el excelente Francisco Vanuzzi (cf. Forcella, XII, 514), gastaba mensualmente 245 escudos en limosnas a pobres. El «hospital degli incurabili» y el establecimiento para las orfanelle recibían mensualmente cada uno 100 escudos; fuera de eso, eran socorridos abundante y regularmente varios monasterios y otras personas necesitadas. V. *Intr. et Exit. 1554-1555, Cod. Vat. 10605 de la *Biblioteca vaticana*.

IV. Acción reformadora de Julio III.

Nombramientos de cardenales.

Promoción de la orden de los jesuítas. Su difusión y trabajos de reforma en España, Portugal, Italia y Alemania

I

Luego al principio de su pontificado, por marzo de 1550, había emprendido Julio III la continuación de la obra de reforma comenzada por su antecesor, y para deliberar sobre este importantísimo negocio, en el cual iba intentada sobre todo la supresión de los abusos que se cometían en la dataría, había establecido una comisión, que constaba de los cardenales Cupis, Carafa, Sfondrato, Crescenzi, Pole y Cibo (1). Cibo fué pronto acometido de grave enfermedad, y murió en 14 de abril (2). Como también enfermaron otros miembros de la comisión, o tuvieron que estar ausentes de Roma, vino a quedar parado este negocio. El Papa lo puso de nuevo en movimiento, cuando en un consistorio de 21 de julio de 1550, instó a tomar los trabajos con energía, haciendo expresas indicaciones sobre la proximidad del concilio. Propuso a los cardenales la cuestión de si era mejor formar una nueva comisión, o esperar la llegada de los ausentes, o mandarlos llamar. El Colegio cardenalicio resolvió esto último, y que en vez de los que

(1) Cf. más arriba p. 74 s. y los números 7 y 8 del apéndice.

(2) V. las *relaciones de Buonanni, de 9 y 14 de abril, y la de *Serristori de 13 de abril de 1550. *Archivo público de Florencia*.

se hallaran impedidos, se nombrasen nuevos miembros (1). Como en el último conclave se habían puesto de manifiesto graves inconvenientes, el Papa, en el mismo consistorio de 21 de julio, encargó a los cardenales Médici y Maffei hacer proposiciones de reforma en este respecto (2). A principios de agosto anuncia un relator florentino, que Julio III ha reformado su casa (3), y que también ha hablado de una reforma del Colegio cardenalicio (4).

Con cuánto ardor intentaba el Papa la ejecución de la reforma aun antes de la reunión de la asamblea general de la Iglesia, se saca por el hecho, de que en 7 de septiembre de 1550 encargó al anterior secretario del concilio, Massarelli, formar un resumen de aquellas proposiciones de reforma, que no hubiesen ya sido objeto de deliberación en Trento. Éstas debían ahora ser examinadas en Roma, por lo cual a fines de septiembre se requirió a volver a la curia a tres de los más expertos miembros del Sacro Colegio, Cervini, Morone y Pole (5). El 3 de octubre pudo el Papa notificar, que los trabajos de los cardenales Médici y Maffei tomaban un curso favorable; habían ya hecho la minuta de una bula para la reforma del conclave. Cupis tenía que comunicar este documento a cada uno de los cardenales, para que pudiesen declarar si algo había que añadir o borrar (6). El 13 de octubre el embajador florentino envió una copia a Cosme I, suplicándole que la tuviese oculta y procurase sobre todo, que no la viese el activo literato Giovio y no la publicase antes de tiempo (7).

(1) V. *Acta consist. cancell., VI, 54 y Schweitzer, Reformas en el pontificado de Julio III, 53-54. Como Schweitzer prepara una publicación especial, en lo que sigue, de intento no he bajado a muchas particularidades.

(2) Cf. Sägmüller, Bulas sobre la elección de papa, 18 s.; Schweitzer, 54.

(3) *Ha fatto la reforma della casa sua. Buonanni en 6 de agosto de 1550. Sobre la reforma del conclave opina el mismo: *L'opera è santissima, ma chi la farà metter in esecuzione? *Archivio pubblico de Florencia*.

(4) V. en el n.º 9 del apéndice la *carta de Buonanni, de 2 de agosto de 1550. *Archivio pubblico de Florencia*.

(5) V. Massarelli, 190, 193.

(6) V. Acta consist. en Laemmer, Melet., 206; cf. Gulick, 34 y Sägmüller Bulas sobre la elección de papa, 20.

(7) *Aspettonsi i revmi. S. Croce et Inghilterra perchè possa essere vista da loro et poi dagl' altri cardinali la minuta della bolla del conclave, che sarà presto espedita a fine che di poi possa mandarsi a S. Mtà. sopra l'indicatione di detto concilio di Trento... Con questa sarà la copia della riforma che S. Stà. vorrebbe dare ai conclavi a venire, la quale prega il revmo. de Medici che non sia publicata et soprattutto non vada in man del Iovio, poichè S. Stà., come pare giusto, vuole prima ch' ella sia vista dal collegio et ritoccata dove

Cuando a fines de octubre llegaron a Roma los cardenales Cervini, Morone y Pole, esperábase que se darían inmediatamente pasos decisivos en el asunto de la reforma (1). Por noviembre y diciembre, repetidas veces en el consistorio y fuera de él se hicieron las más detenidas deliberaciones sobre este importante negocio (2). De la seriedad de los miembros de la comisión ya no dudaba ahora, ni siquiera el florentino Buonanni, ordinariamente escéptico en sus juicios (3).

Qué dificultades había que vencer, lo demuestra un recuento de las dispensas, que hasta entonces habían sido otorgadas por la dataría, y habían dado ocasión a muchos escándalos (4). Nombráronse en total diecisiete puntos, que habían de ser menudamente considerados y examinados. Confióse este trabajo por diciembre a los cardenales Cupis, Carafa, Cervini, Crescenzi, Pisani y Pole. El Papa, dice el embajador florentino Serristori, quiere mostrar con la reforma de la dataría, que comienza por la corrección en sí mismo (5). Sirvió para el mismo fin la continuación de la reducción de la corte, comenzada ya por febrero (6). El 27 de febrero de 1551, los trabajos para la reforma de la dataría estaban tan adelantados, que el Papa pudo indicar a los cardenales diputados

parebbe bene et poi publicata passata ch' ella fusse per consistorio. Carta de Buonanni, fechada en Roma a 13 de octubre de 1550. *Archivo público de Florencia*.

(1) * Poiche si trovono qui i revmi. S. Croce, Morone et Inghilterra si metterà mano alle cose della riforma, la quale dicono che sarà fuori inanzi del Natale. Carta de Buonanni, fechada en Roma a 25 de octubre de 1550 (*Archivo público de Florencia*). V. también la * relación de Buonanni de 30 de octubre, y la carta de Masio en el Archivo de Lacomblet, VI, 165.

(2) Cf. Massarelli, 198, 199, 202, 204.

(3) * Di qua s' attenderà al presente alla riforma, la quale si trova in man d' alcuni reverendissimi, che la faran più stretta che potranno per quanto starà in loro. Buonanni en 14 de noviembre de 1550. *Archivo público de Florencia*.

(4) V. Schweitzer, 55.

(5) * Serristori en 20 de diciembre de 1550 da cuenta de la institución de la comisión in ultimo concistorio, acciò che nella riforma si cominciassse prima di quel che toccasse all' utile di S. Stà. *Archivo público de Florencia*.

(6) V. la * relación de Mateo Dandolo, de 12 de febrero de 1550, en el *Archivo público de Venecia* (cf. de Leva, V, 139) y la * carta de Buonanni de 1 de diciembre de 1550, en la que se dice: *S. Stà. o per dir meglio il suo maiordomo ha fatta una reforma bestialissima di persone et di bestie che mangiavano in casa, et dico che fra tutte sono state 300, per le quali prova il detto maiordomo che si avvanzeranno l' anno 30000 scudi (*Archivo público de Florencia*). Sobre los Ruoli della famiglia di Giulio III v. Moroni, XXIII, 63 s.

los principios, según los cuales tenían que componerse los decretos que se hubiesen de publicar (1). Ya antes, el 12 y 16 de febrero, había tratado por menudo Julio III con el cardenal Crescenzi sobre una reforma de la predicación y confesión; propúsose a la Inquisición la bula respectiva. Por el mismo tiempo se proyectó también la reforma de la penitenciaría (2). El 18 de febrero mandó Julio III, en un consistorio secreto, que otra comisión compuesta de once cardenales se juntase dos veces por semana en casa del decano del Sacro Colegio, y que se le diese cuenta cada sábado de los progresos de estos trabajos (3). De una memoria autógrafa del Papa se saca, que se ocupó también en la reforma de la Signatura gratiae, en la cual las dispensas habían de ser esencialmente limitadas (4). El 23 de febrero trató el Papa de nuevo todo el día con Crescenzi sobre el asunto de la reforma, y para este fin hizo revisar las antiguas bulas del archivo de Santángelo (5). Por lo menos una parte de la obra de la reforma había de estar acabada antes de la apertura del concilio (6). Impidieron las revueltas políticas originadas por causa de Parma, que por entonces sobrevinieron. Pero sobre cuánto estorbaron ellas también los tranquilos adelantos de los trabajos, está muy justificado el juicio de un conocedor de este asunto, según el cual se había puesto con ellos un importante principio antes de comenzar el concilio. No puede caber duda de que a Julio III no le arredró el dar comienzo a esta obra, y en ella tuvo puestos los ojos con fija mirada en aquellas instituciones precisamente, que ante todas cosas necesitaban de reforma: la dataría, la Signatura gratiae y el conclave. Los resultados del momento no fueron ciertamente grandes, pero no tuvo él la culpa de ello, que no dejó de dirigir amonestaciones, sino estaba ella sobre todo «en lo desfavorable de los tiempos, y en el

(1) V. Massarelli, 217 y Schweitzer, 55.

(2) * *Jam tempus est, ut ad Nos et ad tua penitentiariae, de cuius reformatione agendum est, officia redeas.* Breve al cardenal Ranuccio Farnese, de 27 de febrero de 1551. Arm. 41. t. LIX, n. 97. *Archivo secreto pontificio*.

(3) V. * *Acta consist. cancell.* VI, 72^a (*Archivo consistorial*) y Massarelli, 216.

(4) V. Schweitzer, 55.

(5) V. Massarelli, 216.

(6) * *Attendesi alle cose della riforma, parte delle quali si pubblicherà di qua et parte si manderanno alla resolution del concilio.* Carta de Buonanni, fechada en Roma a 26 de febrero de 1551. *Archivo público de Florencia*.

gran peso de trabajo, que iba unido con la nueva convocación del concilio» (1).

Cuán animado estaba el Papa de la buena voluntad de quitar abusos en la Iglesia dondequiera que los encontrase, lo muestran también diversas disposiciones particulares de reforma. De estos documentos, todavía inéditos, se saca que su solicitud se extendía igualmente al clero secular y regular. Las disposiciones que se promulgaron luego después de su elección, concernían principalmente a Italia; con todo, se hallan también algunas para Alemania, España y Portugal (2).

Los decretos de reforma que publicó el concilio en sus sesiones 13 y 14, habían de asegurar las facultades de los obispos, y facilitarles el castigo de los malos clérigos. En las ulteriores deliberaciones del concilio volvióse a mostrar desgraciadamente la antigua desavenencia respecto de la autoridad del Papa sobre el Concilio, que ya había sido tan fatal para los sínodos del siglo xv. Cuanto a los conatos peligrosos que se dejaban ver entre los españoles, expresó Julio III con toda claridad, que su mayor deseo era proceder enérgicamente con reformas, pero que debía esto hacerse sin menoscabo de la autoridad que Dios le había concedido (3). Después de la suspensión del concilio y de la terminación de la guerra de Parma, había de mostrarse si realmente estaba él resuelto a llevar al cabo la reforma. Su plan de continuar en Roma los asuntos de la misma con ayuda de algunos miembros del suspendido concilio, no halló en éstos aprobación (4). Por tanto, tuvo que emprender a solas la difícil obra.

Con cuánta seriedad la tomó, lo muestra el hecho de que por mayo de 1552 tuvo el pensamiento de hacer volver al estado secular al indigno cardenal del Monte, por cuya elevación se había arriesgado tan gravemente (5). Por desgracia no tuvo esto efecto. En cambio se acometieron de nuevo los trabajos sobre la

(1) Juicio de Schweitzer (p. 56); cf. también Sägmüller, Bulas sobre la elección de papa, 22 s.

(2) Respecto de Francia sólo hay un documento. V. en el n.º 28 del apéndice el resumen de los *breves que se hallan en el *Archivio segreto pontificio*.

(3) V. más arriba, p. 131.

(4) V. más arriba, p. 134.

(5) * Il card. di Carpi mi ha detto sapere di buon luogo che S. Stà. ha in animo di far tornare al seculo il card. de Monte et darli per moglie la sigra. Ersilia. Relación cifrada de Serristori, de 10 de mayo de 1552. *Archivio pública de Florencia*.

reforma del conclave. Cervini recibió el bosquejo de una bula que se había de expedir sobre eso, trazado por Maffei y Médici, para que lo examinase de nuevo. A fines de julio entregó al Papa su trabajo; la decisión había de tomarse después de las vacaciones de verano (1). Durante las mismas, Julio III en un consistorio de 24 de agosto, decretó una saludable prohibición de las cesiones de beneficios, las cuales se obtenían muchas veces por los más fútiles motivos. Desde ahora habían sólo de tener valor las razones legítimas. Quedó también prohibido el ligar con la cesión una determinada condición (2).

Causó gran ruido y admiración un consistorio de 16 de septiembre de 1552, en el cual el Papa propuso un extenso programa de las reformas que se habían de llevar al cabo. Éstas habían de comenzar por las nuevas determinaciones sobre el conclave, para que fuese elegido el que Dios quería, y no el amaño y astucia humana. El elegido, así continuaba diciendo el Papa, ha de ser exhortado a que observe fielmente los preceptos de Dios y de la Iglesia. A los cardenales hay que inculcarles, como la más sagrada obligación, dar al Papa aquellos consejos que tuviesen por buenos y saludables, y no habían de poseer más que un obispado, el que después tenían también que visitar conforme a su deber. Ha de prohibírseles aceptar como encomiendas, beneficios de cura de almas. Cuanto a los obispos, recomienda Julio III el riguroso cumplimiento de la obligación residencial, de la cual sólo se ha de exceptuar a aquellos, que hubiesen de ejercer en Roma un cargo determinado. Los beneficios los habían de conferir los obispos sólo a sacerdotes dignos; nadie sin permiso de su ordinario, puede recibir las órdenes, ni en Roma, ni en otra parte. Después de establecerse estas determinaciones, ha de ejecutarse la reforma de la dataría, de la penitenciaria y finalmente de los príncipes seculares (3).

El Papa había hablado con tanta energía, que hasta algunos españoles, como Pacheco, creyeron en sus serias intencio-

(1) V. el escrito de Cervini en Druffel, II, 669; cf. además Sägmüller, *Bulas sobre la elección de papa*, 21.

(2) V. Acta consist. en Schweitzer, 56.

(3) Schweitzer (p. 57) ha sido el primero que ha indicado el discurso de Julio III, conservado por Massarelli. Serristori en su * relación de 16 de septiembre de 1552 (*Archivo público de Florencia*), habla sobre el consistorio tan brevemente como las * Acta consistorialia del *Archivo consistorial*.

nes (1). El representante del rey Fernando I, Diego Lasso, opinaba que ni aun el concilio podía emprender una reforma mayor (2).

A fines de octubre de 1552, los cardenales de la comisión de reforma, bajo la presidencia de Cervini, que había sido llamado a Roma, dieron comienzo a sus deliberaciones, de cuyo curso dan cuenta dos protocolos. El uno, del cardenal Maffei, abraza los meses de octubre y noviembre; el otro, del presidente, comienza por noviembre de 1552 y llega hasta abril del año siguiente (3).

En la primera sesión que se celebró el 26 de octubre de 1552, tuvieron parte, fuera del presidente, los cardenales Pacheco, Púteo, Pighino, Cicada y Maffei. De otras relaciones se saca, que de cuando en cuando asistían también a las sesiones de la comisión Verrallo y Carafa (4). Ésta trabajaba según el programa propuesto por Julio III, y además de la reforma del conclave, se ocupaba también en la del consistorio. Respecto a ésta propuso Cervini, que todo obispo u otro prelado elegido debiese hacer su profesión de fe, y que los obispos en sus fórmulas de juramento se obligasen a la residencia. Por noviembre los abusos en que se ocuparon los cardenales, fueron especialmente los que se habían introducido en la *Signatura gratiae*. Una de las fuentes de los mismos se creyó hallar en el número excesivo de empleados, por lo cual ocurrían cosas tales, que con toda verdad se las calificaba entonces de exorbitantes. Lamentábase singularmente el laxo examen de los candidatos a las sagradas órdenes en Roma, la aceptación de presentes por parte del que ordenaba, la inobservancia de la edad prescrita por los cánones, y de los

(1) V. la * carta del card. Pacheco al card. Madruzzo, fechada en Roma el 20 de septiembre de 1552. *Archivo del Gobierno de Innsbruck*.

(2) V. Druffel, II, 767.

(3) También Schweitzer (p. 57 s.) ha sido el primero en sacar a luz estos dos protocolos, de los cuales uno se halla en el *Archivo secreto pontificio*, Concilio LXXVIII, 72.^a ss., y el otro en el *Archivo público de Florencia*, Carte Cerv. XXXII, 17.^a ss. En el *Archivo Maffei de Volterra*, que por desgracia está desordenado, se hallan solamente algunas cartas sin importancia del cardenal. Fuera de Cervini, fué también llamado a Roma el cardenal Mignagnelli por un * breve de 28 de septiembre de 1552. Arm. 41, t. LXV, n. 636. *Archivo secreto pontificio*.

(4) V. la relación de Lasso en Druffel, II, 825 y Masio, Cartas 221. Parece que la comisión no contó más que seis miembros (v. la relación portuguesa de 2 de noviembre de 1552 en el *Corpo dipl. Port.*, VII, 193). Si se mudan los nombres de los cardenales, se explica esto muy bien por la razón de que cada uno tenía un sustituto.

tiempos señalados para las ordenaciones, la colación de beneficios a niños, la licencia de casarse para clérigos de elevada dignidad y otros inconvenientes (1). Por diciembre fué presentado a la comisión un dictamen de los obispos españoles (2). El 20 de diciembre consultó el Papa en una congregación sobre la reforma de las indulgencias plenarias, deseada por la comisión de cardenales (3).

Las deliberaciones de esta comisión del enero y febrero de 1553, versaron principalmente sobre la obligación de residencia de los obispos. Sólo a mediados de marzo quedó despachado este asunto de tal suerte, que pudieron tomarse resoluciones, después de lo cual se pasó a la reforma de la penitenciaría (4).

El 17 de abril de 1553 el Papa informó al Sacro Colegio reunido en consistorio sobre las propuestas de la comisión de reforma, que fueron leídas públicamente. Era él de opinión, que se comenzase por la bula sobre el conclave. Todos los cardenales habían de exponer su opinión, para que después del examen de todas ellas pudiese hacerse el texto definitivo de la bula (5). El Papa también otras veces tenía parte personalmente en los trabajos, como se saca del hecho de haber prescrito por sí mismo las materias para las otras deliberaciones a la comisión, que por julio de 1553 perdió un miembro excelente (6) por la muerte del cardenal Maffei. Dos de estos documentos, que dictó a Massarelli a fines de diciembre de 1553, todavía se conservan (7).

(1) V. Schweitzer, 58-59.

(2) V. el escrito de Cervini en Druffel, II, 828.

(3) V. la *relación de Camilo Capilupi al card. Hércules Gonzaga, fechada en Roma el 21 de diciembre de 1552, en la cual se lee: Hieri si fece una congregatione inanti S. Stà. dove si parlò del modo che si ha a tenere nel concedere queste indulgenze plenarie che veggono ogni dì dimandate a S. Stà. da questi rmi, parendo ad alcuni cardli. della riforma, che quest' usanza che si tiene del pubblicare dette indulgenze sia per essere cagione che vengano in dispreggio, attaccandosi per i cantoni delle strade stampate. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(4) V. Schweitzer, 59-60; cf. también Masio, Cartas 118, 119.

(5) V. Acta consist. en Raynald, 1553, n. 46; cf. Sägmüller, Bulas sobre la elección de Papa, 26.

(6) El dolor del Papa por la pérdida de este varón, lo hace resaltar Serristori en su *relación de 17 de julio de 1553 (*Archivio público de Florencia*). Fué también un gran golpe la muerte del cardenal Cupis (10 de diciembre de 1553).

(7) Pueden verse más pormenores en Schweitzer, 61. De la continuación de las reformas comenzadas habla también el Papa en las instrucciones para Delfino, de 1 de diciembre de 1553, publicadas por Pieper, 183.

El año 1554 es designado por persona bien enterada como el período en que Julio III trabajó más fecunda y activamente (1). Cuán justificado se halla este juicio, se saca de la colección conservada en el Archivo secreto pontificio, de bosquejos, proposiciones y protocolos sobre las negociaciones de entonces acerca de la reforma (2). Claramente se conoce aquí, con qué sincero ardor se trabajó en numerosas sesiones en esta difícil obra. Las deliberaciones comenzadas en 1.º de enero de 1554 se referían a la entrada en el estado clerical y a la administración de beneficios. Desde el 10 de enero se ocupó también la comisión en la reforma de los conventos. El 14 de enero daba cuenta el embajador florentino de las favorables esperanzas respecto al buen éxito de la reforma; y contribuyeron a acelerar los trabajos las controversias originadas en España sobre el sentido de algunos decretos tridentinos (3). En las otras deliberaciones se trató ante todas cosas sobre el establecimiento de la obligación de residencia y sobre la reforma de la signatura. El 12 de febrero intervino el Papa personalmente, declarando que aunque la reforma no estaba todavía terminada, tenía con todo por mejor que ahora se publicase ya una parte de las determinaciones. Conforme a esto fué bosquejada una bula que había de servir de preámbulo a este asunto; el bosquejo fué remitido a los cardenales para que dieran su dictamen. Todavía se conservan ocho de estos documentos, entre los cuales los pareceres de los cardenales Morone y Carpi (4).

Del verano de 1554 desgraciadamente no existen hasta ahora noticias circunstanciadas; con todo, es conocida de este tiempo una ordenación de Julio III, que prescribía, que ningún religioso en lo futuro pudiese aceptar un obispado sin licencia de su Superior y del protector de la Orden. A fines de noviembre el Papa hizo a los cardenales serias amonestaciones, exhortándolos a mantener en buena disciplina su casa y familia, y a señalarse

(1) Schweitzer, 61.

(2) * Concilio LXXVIII, 248 s. (enero de 1554), 285 s. (febrero), colección formada por el incansable A. Massarelli, y utilizada por primera vez por Schweitzer (p. 62).

(3) V. en el n. 21 del apéndice la * relación de Serristori, de 14 de enero de 1554. *Archivo público de Florencia*.

(4) * Concilio LXXVIII, 226^a, 353-370 (*Archivo secreto pontificio*). Cf. Schweitzer, 62.

V.13

NIHIL OBSTAT

El Censor,
DR. JOAQUÍN SENDRA PASTOR
CANÓNIGO

Barcelona, 14 de enero de 1927.

IMPRÍMASE

JOSÉ, OBISPO DE BARCELONA

Por mandato de S. E. I.
DR. FRANCISCO MARÍA ORTEGA DE LA LORENA
CANCILLER-SECRETARIO

ÍNDICE ALFABÉTICO

de las obras repetidamente citadas en este tomo

- Acts of the Privy Council of England. Nueva serie, ed. por John Roche Dasent. T. I-XI, Londres, 1890-1895.
- Adinolfi, P., Il Canale di Ponte e le sue circostanti parti. Narni, 1860.
- Adinolfi, P., La via sacra o del Papa. Roma, 1865.
- Adinolfi, P., Roma nell' età di mezzo. 2 T. Roma, 1881.
- Adriani, G. B., Istoria de' suoi tempi. T. I y ss. Prato, 1822.
- Albèri, E., Le relazioni degli ambasciatori Veneti al Senato durante il secolo decimosesto. Tres series. Florencia, 1839-1855.
- Amabile, L., Il S. Ufficio della Inquisizione in Napoli. T. I. Città di Castello, 1892.
- Ambros, A. W., Geschichte der Musik (con numerosos ejemplos musicales). T. IV. 2.^a ed. Leipzig, 1881.
- Analecta Bollandiana. 30 T. París-Bruselas, 1882-1911.
- Ancel, R., La question de Sienne et la politique du cardinal Carlo Carafa, 1556 à 1557. Brujas, 1905.
- Ancel, R., La secrétairerie pontificale sous Paul IV. París, 1906.
- Ancel, R., Paul IV et le Concile. Lovaina, 1907.
- Ancel, R., Le Vatican sous Paul IV. Contribution à l'histoire du Palais Pontifical: Revue Bénédictine, 1908, enero, págs. 48-71.
- Ancel, R., L'activité réformatrice de Paul IV. París, 1909.
- Ancel, R., La disgrâce et le procès des Carafa d'après des documents inédits 1559 à 1567. Maredsous, 1909.
- Ancel, R., La réconciliation de l'Angleterre avec le Saint-Siège sous Marie Tudor. Légation du Cardinal Polus en Angleterre, 1553-1554: Revue d'hist. ecclésiast., X, Lovaina, 1909, 521-536 y 744-798.
- Ancel, R., Nonciatures de France, Nonciatures de Paul IV. (Avec la dernière année de Jules III et Marcel II.) Publicado por R. A. T. I: Nonciatures de Sebastiano Gualterio et de Cesare Brancatio (mayo de 1554-julio de 1557). Partes 1.^a y 2.^a París, 1909 a 1911.

- Andrea, A., De la guerra de Campaña de Roma y del reino de Nápoles en el Pontificado de Paulo IV. Tres libros. Madrid, 1589.
- Archivio storico dell' Arte, publ. por Gnoli. T. I y s. Roma, 1888 y s.
- Archivio storico Italiano. Cinco series. Florencia, 1842 y s.
- Archivio storico Lombardo. T. I y s. Milán, 1874.
- Archivio storico per le provincie napolitane. T. I y s. Nápoles, 1876.
- Aretino, P., Lettere. 6 T. París, 1609.
- Armellini, M., Le chiese di Roma dalle loro origini sino al secolo XVI. Roma, 1887.
- Arte, L., Continuación del Archivio storico dell' Arte. Roma, 1898.
- Astrain, A., S. J., Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España. 2 T. Madrid, 1902-1905.
- Atti e Memorie della r. deputaz. di storia patria per la provincia dell' Emilia (primera serie, 1 a 8; nueva serie, 1 y s.). Módena, 1863.
- Balan, P., Gli assedii della Mirandola di papa Giulio II nel 1511 e di papa Giulio III nel 1551 e 1552 narrati secondo i più recenti documenti. 2.^a ed. Mirándola, 1876.
- Balan, P., Storia d' Italia. T. VI. Módena, 1882.
- Baracconi, G., I Rioni di Roma. 3.^a reimpresión. Turín-Roma, 1905.
- Barbier de Montault, X., Oeuvres complètes. 3 T. Poitiers-París, 1889-1890.
- Barelli, F. M., Memorie dell' origine ed uomini illustri della congreg. de' Chierici regolari di S. Paolo. 2 T. Bolonia, 1703.
- Bártoli, A., Cento vedute di Roma antica. Florencia, 1911.
- Batiffol, P., La Vaticane de Paul III à Paul V. París, 1890.
- Battistella, A., Il S. Offizio e la Riforma religiosa in Bologna (Bologna, 1905).
- Baumgarten, H., Johannes Sleidanus' Briefwechsel (publicado por H. B.). Estrasburgo, 1881.
- Beccadelli, L., Monumenti di varia letteratura tratti dai Manoscritti di Msgr. L. B. Editado por Morandi. Bolonia, 1797-1804.
- Beccari, C., S. J., Rerum Aethiopicarum Scriptores occidentales inediti a saeculo XVI ad XIX. T. V y X. Roma, 1907-1910.
- Beluzzi, G. B. (llamado el Sammarino), Diario autobiográfico. Editado por P. Egidi. Nápoles, 1907.
- Benigni, U., Die Getreidepolitik der Päpste (trad. al alemán por R. Birner y pub. por G. Ruhland). Berlín, 1898.
- Benrath, K., Die Reformation in Venedig. Halle, 1887.
- Berliner, A., Geschichte der Juden in Rom von den ältesten Zeiten bis zur Gegenwart. 2 T. Francfort del Meno, 1893.
- Bernabei, Vita del card. Morone. Módena, 1885.
- Bernino, D., Historia di tutte l' heresie, descritta da D. B. T. IV. Venecia, 1724.
- Berthier, J.-J., L'église de la Minerve à Rome. Roma, 1910.
- Bertolotti, A., Artisti Lombardi a Roma nei secoli XV, XVI e XVII. Studi e ricerche negli Archivi Romani. 2 T. Milán, 1881.

- Bertolotti, A., Artisti Modenesi, Parmesi e della Lunigiana a Roma nei secoli XV, XVI e XVII. Modena, 1882.
- Bertolotti, A., Artisti Bolognesi, Ferraresi ed alcuni altri a Roma. Bologna, 1885.
- Bertolotti, A., Artisti subalpini a Roma. Mantua, 1885.
- Bertolotti, A., Artisti Veneti a Roma. Venecia, 1885.
- Bertolotti, A., Martiri del libero pensiero e vittime della S. Inquisizione nei secoli XVI, XVII e XVIII. Roma, 1891.
- Biaudet, Henry, Les nonciatures apostoliques permanentes jusqu'en 1648 (Annales academiae scientiarum fennicae. Serie B, T. II, 1), Helsinki, 1910.
- Bogolino, L., La Sicilia e i suoi cardinali. Palermo, 1884.
- Bonanni, Ph., Numismata Pontificum Romanorum quae a tempore Martini V ad annum 1699 vel autoritate publica vel privato genio in lucem prodire. T. II. Roma, 1699.
- Bonazzi, L., Storia di Perugia. 2 T. 1875-1879.
- Bongi, S., Annali di Giolito de Ferrari da Trino di Monferrato, stampatore di Venezia. 2 T. Roma 1890 ss.
- Borgati, M., Castel di S. Angelo in Roma. Storia e descrizione. Roma, 1890.
- [Borgia, Franciscus.] Sanctus Franciscus Borgia, quartus Gandiae dux et Societatis Iesu praepositus generalis tertius. T. I, Madrid, 1894; T. II, Madrid, 1903; T. III, Madrid, 1908.
- Boverius, Z., Annales sive historiae ordinis minorum S. Francisci qui Capuccini nuncupantur. 2 T. Lugduni, 1632 y s.
- Braunsberger, O., S. J., Beati Petri Canisii Epistulae et Acta. Collegit et adnotationibus illustravit O. B. T. I a IV. Friburgo de Brisgovia, 1896-1905.
- Brischar, N., Beurteilung der Kontroversen Sarpis und Pallavicinis in der Geschichte des Trienter Konzils. 2 partes. Tubinga, 1844.
- Bromato, C., Storia di Paolo IV P. M. 2 T. Ravenna, 1748-1753.
- Brosch, M., Geschichte des Kirchenstaates. T. I. Gotha, 1880.
- Brosch, M., Geschichte Englands. T. VI. Gotha, 1890.
- Brown, Rawdon, Calendar of State Papers and Manuscripts relating to english affairs existing in the arch. and collect. of Venice and in other libraries of Northern Italy, edit. por R. B. T. V a VII. Londres, 1873-1890.
- Bucholtz, F. Br., Geschichte der Regierung Ferdinands I. 8 T. y uno de documentos, Viena, 1831-1838.
- Bufalini, L., La pianta di Roma di L. B. del 1551 riprodotta dell' esemplare esistente nella Biblioteca Vaticana a cura della Bibl. medes. con introduz. di F. Ehrle, S. J. [También con el título Roma al tempo di Giulio III.] Roma, 1911.
- Bullarium Diplomatum et Privilegiorum Summorum Romanorum Pontificum. Taurinensis editio, locupletior facta collectione novissima plurium Brevium, Epistolarum, Decretorum Actorumque Sancta

- Sedis. T. VI, Augustae Taurinorum 1860; T. VII, Neapoli, 1882.
- Bullarium ordinis fratrum minorum S. Francisci Capucinatorum sive collectio bullarum, brevium, etc., quae a Sede Apost. pro ordine capucinatorum emanarunt. T. I. Roma 1740.
- Bunsen-Platner, Beschreibung der Stadt Rom. 3 T. Stuttgart y Tubinga, 1829-1842.
- Burckhardt, J., Beiträge zur Kunstgeschichte von Italien. 2.^a edición. Berlín y Stuttgart, 1911.
- Buschbell, G., Reformation und Inquisition in Italien um die Mitte des 16. Jahrhunderts. Paderborn, 1910.
- Cabrera, Felipe Segundo. Nueva edición, completa. 4 T. Madrid, 1876 y s.
- Calenzio, G., Documenti inediti e nuovi lavori letterarii sul Concilio di Trento. Rôma, 1874.
- Callari, L., I Palazzi di Roma e le case di pregio storico ed artistico. Roma, 1907.
- Campori, G., CIII Lettere inedite di sommi pontefici. Módena 1878.
- Cancellieri, Fr., Storia dei solenni Possessi dei Sommi Pontefici detti anticamente processi o processioni dopo la loro coronazione dalla basilica Vaticana alla Lateranense. Roma, 1802.
- Cancellieri, Fr., Il Mercato, il Lago dell' Acqua Vergine ed il Palazzo Panfiliano nel Circo Agonale. Roma, 1811.
- Cantú, C., Gli Eretici d' Italia. 3 T. Turín, 1864-1866.
- Capecelatro, Der heilige Philippus Neri. Arreglado del original italiano, por el doctor Lager. Friburgo de Brisgovia, 1886.
- Caracciolus, A., De Vita Pauli IV P. M. collectanea historica. Colonia, 1612.
- Cardella, L., Memorie storiche de' cardinali della s. Romana chiesa. T. IV. Roma, 1793.
- Caro, A., Lettere colla vita dell' autore scritta da A. F. Seghezzi. 3 T. Milán, 1807.
- Caro, A., Lettere scritte a nome del card. A. Farnese. 3 T. Milán, 1807.
- Cartas de S. Ignacio, véase Ignatius de Loiola.
- Carte Strozziene, Le. Inventario. 1.^a serie. 2. T. Florencia, 1884.
- Casa, Giov. della, Opere. 6 T. Nápoles, 1733.
- Castaldo, G. B., Vita del s. pontefice Paolo IV. Roma, 1615.
- Cavalcanti, B., Lettere tratte dagli originali. Bolonia, 1869.
- Ciacconius. Alph., Vita et res gestae Pontificum Romanorum et S. R. E. Cardinalium . . . ab August. Oldoino S. J. recognita. T. III. Roma, 1677.
- Ciampi, S., Bibliografia critica delle corrispondenze dell' Italia colla Russia, colla Polonia, etc. 3 T. Florencia, 1834-1842.
- Clausse, Les San Gallo. 3 T. París, 1900-1902.
- Clementi, F., Il Carnevale Romano nelle «cronache contemporanee». Roma, 1899.

- Coggiola, G., I Farnesi ed il conclave di Paolo IV con documenti inediti: Studi storici IX, Pisa, 1900, págs. 61 a 91, 203 a 227 y 449 a 479.
- Coggiola, G., Paolo IV e la capitolazione segreta di Cavi. Pistoia, 1900.
- Coggiola, G., Ascanio della Cornia e la sua condotta negli avvenimenti del 1555 a 1556: Bullettino della r. deputaz. di storia patria per l'Umbria X. Perugia, 1904, págs. 89 a 148 y 221 a 362.
- Coggiola, G., I Farnesi ed il ducato de Parma e Piacenza durante il pontificato de Paolo IV: Archivio storico per le provincie Parmensi. Nuova serie III. Parma, 1905, págs. 1 a 282.
- Condivi, A., Das Leben des Michelangelo Buonarroti, vertido por primera vez al alemán por Rodolfo Valdek (Quellenberichte für Kunstgeschichte und Kunsttechnik des Mittelalters und der Renaissance, editadas por R. Eitelberger de Edelberg). Viena, 1874.
- Coppi, A., Discorso sopra le finanze di Roma nei secoli di mezzo. Roma, 1847.
- Coppi, A., Memorie Colonnese compilate. Roma, 1855.
- Corpo diplomatico Portuguez p. p. Luiz Augusto Rebello da Silva. T. VI y VII. Lisboa, 1884 y s.
- Corpus Reformatorum. Philippi Melanchthonis opera quae supersunt omnia, edidit C. G. Bretschneider. T. I ss. Halis Saxonum, 1834 ss.
- Cros, J. M., St. François de Xavier. Sa vie et ses lettres. 2 T. Toulouse, 1900.
- Cugnoni, G., Prose inedite del Commendatore Annibale Caro, pubbl. e annotate da G. C. Imola, 1872.
- Cupis, C. de, Le vicende dell' agricoltura e della pastorizia nell' agro romano e l'Annona di Roma. Roma, 1911.
- Charrière, E., Négociations de la France dans le Levant (Collect. d. docum. inéd. pour l'hist. de France). T. I. París, 1848.
- Chattard, Giov. Pietro, Nuova descrizione del Vaticano. T. I a III. Roma, 1762-1767.
- Chiesi, L., Papa Giulio III e la guerra di Parma e della Mirandola secondo il carteggio d' Ippolito Capilupi con Ferrante Gonzaga: Atti e Memorie della r. deputazione di storia patria per le provincie Modenesi. 4.^a serie. T. III. Módena, 1892.
- Dandolo, Matteo, Relazione di Roma 1551, en la obra de Albèri, Relazioni degli ambasciatori Veneti. 2.^a serie, T. III. Florencia, 1846, págs. 331 ss.
- Dembinski, B., Die Beschickung des Tridentinums durch Polen (dissertación). Breslau, 1883.
- Dembinski, B., Rzym i Europa. T. I. Cracovia, 1890.
- Dengel, J., Geschichte des Palazzo di S. Marco, genannt Palazzo di Venezia. Tirada suelta de la publicación: Der Palazzo di Venezia in Rom. Leipzig, 1909.
- Depeschen, Venezianische, vom Kaiserhofe (Dispacci di Germania),

- publicados por la Comisión histórica de la Academia imperial de Ciencias. T. I a III, edit. por Turba. Viena, 1889-1895.
- Desjardins, A., *Négociations diplomatiques de la France avec la Toscane. Documents recueillis par Giuseppe Canestrini*. T. I ss. París, 1859 s.
- Desjob, *L'influence du Concile de Trente sur la littérature et les beaux-arts*. París, 1884.
- Dierauer, J., *Geschichte der schweizerischen Eidgenossenschaft*. T. I a III. Gotha, 1887 y siguientes.
- Dionysius, Phil. Laur., et Aug. de Gabriellis, *Sacrarum Vaticanæ basilicæ cryptarum monumenta aeneis tabulis incisa et commentariis illustrata*. Roma, 1773.
- Documenta ad legationem cardinalis Poli spectantia. Roma, 1896 (impresión particular).
- Döllinger, J. J., *Beiträge zur politischen, kirchlichen und Kulturgeschichte der sechs letzten Jahrhunderte*. T. II y III. Ratisbona y Viena, 1863-1882.
- Druffel, A. v., *Briefe und Akten zur Geschichte des 16. Jahrhunderts mit besonderer Rücksichtnahme auf Bayerns Fürstenhaus*. T. I a IV: *Beiträge zur Reichsgeschichte usw.* Munich, 1873 y s.
- Dufresne, D., *Les Cryptes Vaticanes*. París-Roma, 1902.
- Duhr, B., S. J., *Geschichte der Jesuiten in den Ländern deutscher Zunge im XVI. Jahrhundert*. T. I. Friburgo de Brisgovia, 1907.
- Duruy, G., *Le cardinal Carlo Carafa (1519-1561). Étude sur le pontificat de Paul IV*. París, 1882.
- Ebe, G., *Die Spätrenaissance*. T. I. Berlín, 1886.
- egger, H., *Römische Veduten*. Dibujos de los siglos xv a xviii. Con la cooperación de la Academia imperial de Ciencias de Viena. Viena y Leipzig, 1911.
- Ehrenberg, H., *Urkunden und Aktenstücke zur Geschichte der in der heutigen Provinz Posen vereinigten ehemals polnischen Landesteile*. Leipzig, 1892.
- Ehrle, F., véase Bufalini.
- Ehrle, F., S. J., *Roma prima di Sisto V. La pianta di Roma Du Pérac-Lafréry del 1577*. Roma 1908.
- Ehses, St., *Concilium Tridentinum*. T. IV y V: *Actorum Pars I y II*. Friburgo de Brisgovia, 1904-1911.
- Eichhorn, A., *Der ermländische Bischof und Kardinal Stanislaus Hosius*. 2 T. Maguncia, 1854-1855.
- Epistolae mixtae ex variis Europae locis ab anno 1537 ad 1556 scriptae, nunc primum a Patribus Societatis Iesu in lucem editae*. 5 T. Madrid, 1898-1901.
- Epistolae P. Alphonsi Salmeronis Societatis Iesu ex autographis vel originalibus exemplis potissimum depromptae a Patribus eiusdem Societatis nunc primum editae*. T. I: 1536-1565; T. II: 1565-1585. Madrid, 1906-1907.

- Epistolae PP. Paschasii Broëti, Claudii Iaji, Ioannis Codarii et Simonis Roderici Societatis Iesu ex autographis vel originalibus exemplis potissimum depromptae. Madrid, 1903.
- Epistolae quadrimestres ex universis praeter Indiam et Brasiliam locis, in quibus aliqui de Societate Iesu versabantur, Romam missae. T. I a IV. Madrid, 1894 a 1900.
- Erulei, R., La Villa di Giulio III, suoi usi o destinazioni: Nuova Antologia. Roma, 1890.
- Escher, Konrad, Barock und Klassizismus. Studien zur Geschichte der Architektur Roms. Leipzig [1910].
- Études. Revue fondée en 1856 par des Pères de la Compagnie de Jésus. Paris, 1856 ss.
- Eymericus, N., Directorium inquisitorum cum Commentario Franc. Pegnae. Roma, 1587.
- Fabricius, G., Roma. Basilea, 1551.
- Fanfani, Spigolatura Michelangiolesca. Florencia, 1876.
- Fantuzzi, G., Notizie degli Scrittori Bolognesi. 9 T. Bologna, 1781-1794.
- Favre, J., Olivier de Magny (1529-1561). Étude biographique et littéraire. Paris, 1885.
- Ferri, A., L'architettura in Roma nei secoli XV e XVI. Roma, 1867.
- Fichard, Ioh., Italia (extractado del Frankfurter Archiv für ältere deutsche Literatur und Geschichte, publicado por J. K. v. Fichard). Tres partes. Francfort del Meno, 1815.
- Firmani, Lud. Bondoni de Branchis, Diaria caeremonialia, ed. S. Merkle, Concil. Trid. II, Friburgo de Brisgovia, 1911, 491-518.
- Fontana, B., Documenti Vaticani contro l'heresia Luterana in Italia: Archivio della Società Romana di storia patria XV. Roma, 1892, págs. 71 ss.
- Fontana, B., Renata di Francia, duchessa di Ferrara. 3 T. Roma, 1889-1894.
- [Fontanini] Della istoria del dominio temporale della Sede Apost. nel Ducato di Parma e Piacenza. Roma, 1720.
- Forcella, V., Iscrizioni delle chiese e d'altri edifici di Roma dal secolo XI fino ai giorni nostri. 14 T. Roma, 1869-1885.
- Fouqueray, H., Histoire de la Compagnie de Jésus en France. T. I: Les origines et les premières luttes (1528-1575). Paris, 1910.
- Friedensburg, vñse Nuntiaturberrichte.
- Friedländer, W., Das Kasino Pius' IV. Leipzig, 1912.
- Fueter, E., Geschichte der neueren Historiographie. Munich, 1911.
- Fumi, L., L'Inquisizione Romana e lo stato di Milano. Saggio di ricerche nell' Archivio di Stato. Milán, 1910.
- Gachard, L., Correspondance de Philippe II sur les affaires des Pays-Bas. T. I, Bruselas, 1848.
- Gachard, L., Les Archives du Vatican. Bruselas, 1874.
- Gairdner, H., The English Church in the sixteenth century from the accession of Henry VIII to the death of Mary. Londres, 1902.

- Gams, B., *Series episcoporum ecclesiae catholicae quotquot innotuerunt a beato Petro apostolo*. Ratisbona, 1873.
- Garampi, G., *Saggi di osservazioni sul valore delle antiche monete pontificie con appendice di documenti*. Sin indicación de lugar ni de fecha [Roma, 1766].
- Gatticus, I. B., *Acta caeremonialia S. Romanae Ecclesiae ex mss. codicibus*. T. I. Roma, 1753.
- Gayangos, P. de, *Calendar of Letters, Despatches and State Papers, relating to the negotiations between England and Spain, preserved in the archives of Simancas and elsewhere*. T. V y s. Londres, 1886 y s.; T. VIII, edit. por Hume, Londres, 1904.
- Gaye, E. G., *Carteggio inedito d'artisti dei secoli XV, XVI e XVII*. 3 T. Florencia, 1840.
- Geijer, E. G., *Geschichte Schwedens*. Traducción alemana. 3 T. Hamburgo, 1832-1836.
- Geymüller, H. v., *Die ursprünglichen Entwürfe für St Peter in Rom*. Un tomo de texto y otro de láminas. Viena y París, 1875-1880.
- Geymüller, H. v., *Michelangelo Buonarroti als Architekt. Nach neuen Quellen*. (T. VIII de la *Architektur der Renaissance in Toskana*.) Munich, 1904.
- Giordani, P., *Il Vignola a Roma (Memorie e studi intorno a Jacopo Barozzi, pubbl. nel IV Centenario dalla Nascita per cura del Comitato preposto alle onoranze)*. Vignola, 1908.
- Giornale storico della letteratura Italiana* diretto e redatto da A. Graf, F. Novati, R. Renier. T. I ss. Roma-Turín-Florencia, 1883 y sucesivos.
- Gnoli, D., *Have Roma. Chiese, Monumenti, Case, Palazzi, Piazze, Fontane, Ville*. Roma, 1909.
- Göller, Emil, *Die päpstliche Pönitentiarie von ihrem Ursprung bis zu ihrer Umgestaltung unter Pius V*. T. II: *Die päpstliche Pönitentiarie von Eugen IV. bis Pius V. Parte 1.^a: Darstellung. Parte 2.^a: Quellen* (Biblioteca del Real Instituto prusiano de Historia de Roma, T. VII y VIII). Roma, 1911.
- Gori, F., *Archivio storico, artistico, archeologico e letterario della città e provincia di Roma*. T. I a IV. Roma y Espoleto, 1875-1883.
- Gothein, E., *Ignatius von Loyola und die Gegenreformation*. Halle, 1895.
- Graf, A., *Attraverso il Cinquecento*. Turín, 1888.
- Gratianus, A. M., *De vita Ioannis Francisci Commendoni cardinalis libri quattuor*. París, 1669.
- Grätz, H., *Geschichte der Juden bis auf die Gegenwart*, 11 T. Leipzig, 1866.
- Gregorovius, F., *Geschichte der Stadt Rom im Mittelalter. Vom 5. bis zum 16. Jahrhundert*. T. VI y VII. 3.^a edición. Stuttgart, 1879-1880.
- Grimm, H., *Leben Michelangelos*. 2 T. 5.^a edición. Berlín, 1879.
- Guglielmotti, Alb., *La guerra dei pirati dal 1500 al 1560*. 2 T. Florencia, 1876.

- Guglielmotti, Alb., Storia delle fortificazioni nella spiaggia Romana. Roma, 1880.
- Guhl, E., Künstlerbriefe. 2 T. 2.^a edición, por A. Rosenberg. Berlin, 1880.
- Gulik, W. van, Johannes Gropper (1503-1559). Ein Beitrag zur Kirchengeschichte Deutschlands, besonders der Rheinlande im 16. Jahrhundert. Friburgo de Brisgovia, 1906.
- [Gulik-Eubel] Hierarchia catholica medii aevi, Volumen tertium saeculum XVI ab anno 1503 complectens, inchoavit G. v. Gulik, absoluit C. Eubel. Monasterii, 1910.
- Gurlitt, C., Geschichte des Barockstiles in Italien. Stuttgart, 1887.
- Haas, H., Geschichte des Christentums in Japan. T. I: Erste Einführung des Christentums in Japan durch Franz Xavier (Suplemento de la publicación Mitteilungen der Deutschen Gesellschaft für Natur- und Völkerkunde Ostasiens). Toqueto, 1902.
- Häberlin, Fr. D., Neueste deutsche Reichsgeschichte, vom Anfange des Schmalkaldischen Krieges bis auf unsere Zeiten. 20 T. Halle, 1774-1786.
- Haeser, H., Lehrbuch der Geschichte der Medizin und der epidemischen Krankheiten. T. I y III, tercera revisión. Jena, 1875-1882.
- Hefner, J., Die Entstehungsgeschichte des Trienter Rechtfertigungsdekretes. Paderborn, 1909.
- Heimbucher, M., Die Orden und Kongregationen der katholischen Kirche. 3 T. 2.^a edición. Paderborn, 1907-1908.
- Helbig, W., Führer durch die öffentlichen Sammlungen klassischer Altertümer in Rom. 2 T., 2.^a edición. Leipzig, 1899.
- Hergenröther, J., Katholische Kirche und christlicher Staat in ihrer geschichtlichen Entwicklung und in Beziehung auf die Fragen der Gegenwart. Historisch-theologische Essays und zugleich ein Antijanus vindicatus. Dos partes. Friburgo de Brisgovia, 1872.
- Hermanin, Federico, Die Stadt Rom im 15. und 16. Jahrhundert. 52 Ansichten ausgewählt und mit Erläuterungen versehen von F. H. Leipzig, 1911.
- Herre, P., Papsttum und Papstwahl im Zeitalter Philipps II. Leipzig, 1907.
- Herzog, J. J., Real-Enzyklopädie für protestantische Theologie und Kirche. T. I a XXI, 3.^a edición. Leipzig, 1896-1908.
- Hilgers, J., S. J., Der Index der verbotenen Bücher. Friburgo de Brisgovia, 1904.
- Hinojosa, Ricardo de, Los despachos de la diplomacia pontificia en España. T. I, Madrid, 1896.
- Hinschius, P., System des katholischen Kirchenrechts. Berlin, 1869 y sigs.
- Holzwarth, F. J., Der Abfall der Niederlande. Nach gedruckten und ungedruckten Quellen. 2 T. (el segundo en dos volúmenes). Schaffhausen, 1865-1872.

por su beneficencia y liberalidad con los pobres (1). En el mismo mes llegaron por fin también a su término las consultas sobre la reforma de la elección de Papa; de la bula que se tenía que expedir sobre eso, acerca de cuya corrección se había deliberado repetidas veces, quedó hecha la minuta. Según la opinión del embajador florentino, su publicación era ya inminente a principios de enero de 1553 (2). Sin embargo, como se procedió en ella con mucho cuidado y detenimiento, y se quiso remover cuanto fuese posible todos los obstáculos de una buena elección, la nueva bula sobre el conclave no se pudo leer en el consistorio hasta el 12 de noviembre de 1554, después de lo cual pasó de nuevo a cada uno de los cardenales (3).

La comisión reformatoria se ocupaba por ese tiempo sobre todo en las deliberaciones sobre la reforma de los obispos. Los trabajos de esta parte del programa estaban a fines de noviembre tan adelantados, que pudieron leerse en el consistorio las líneas fundamentales, y entregarse a todos los cardenales para que emitieran su dictamen (4). Por diciembre estaba también terminado un bosquejo sobre la reforma de los clérigos y regulares, sobre el cual se pidieron asimismo los pareceres de los cardenales (5). Una memoria escrita de mano de Julio III demuestra, que por el mismo tiempo se ocupaba en la reforma del Colegio cardenalicio (6). A fines de enero de 1555 pudo comunicar el Papa al rey de España, que a pesar de la resistencia de eclesiásticos y seglares, se había conseguido preparar una bula de muy extensa reforma, que pronto se publicaría (7). Mientras tanto sobrevino la muerte del Papa. Este documento se conserva en el Archivo secreto pontificio (8). Según el plan primitivo trazado por el mismo Julio III,

(1) V. * Acta consist. en el *Archivo consistorial*; Schweitzer, 64-65.

(2) * Carta de Serristori de 26 de enero de 1553. *Archivo público de Florencia*.

(3) V. * Acta consist. en el *Archivo consistorial*; Raynald, 1554, n. 23; Sägmmüller, Bulas sobre la elección de Papa, 27 s., 291 s.; Schweitzer, 63.

(4) V. * Concilio LXXVII, 331 s. (*Archivo secreto pontificio*); Schweitzer, 63 s., y en el n. 24 del apéndice la * relación de Serristori, de 1 de diciembre de 1554. *Archivo público de Florencia*.

(5) V. * Concilio LXXVIII, 339 s.; Schweitzer, 64.

(6) V. * Concilio LXXVIII, 344.

(7) V. las instrucciones para A. Agustín en Laemmer, Mantissa, 169 s.; cf. Sägmmüller, Bulas sobre la elección de Papa, 28 s.

(8) * Reformatio, quae edenda erat per Iulium III Pont. Max. 1555, sed non conclusa. Concilio LXXIII, 374 ss. *Archivo secreto pontificio*.

comienza por el Papa y los cardenales, pasa después a los obispos, a la ordenación de los eclesiásticos, la colación de beneficios, la signatura, la penitenciaría y a los regulares. Fuera de esto, son también tratadas la declaración de la Sagrada Escritura y la predicación e indulgencias. Para la penitenciaría ya antes se había llevado a término una bula especial de reforma, la cual a la verdad no fué todavía publicada, pero sin embargo, en muchos puntos, a lo que parece, prácticamente llegó a ponerse en ejecución (1).

Si se dirige una mirada retrospectiva a los trabajos de reforma llevados al cabo en el pontificado de Julio III, se echa de ver claramente, que en modo alguno pueden ser tratados con tanta desestimación, como lo hicieron ya algunos contemporáneos (2), y siguiendo a ellos lo han hecho varios modernos investigadores (3). Es enteramente falso, que Julio III nada hizo en este importante asunto. En hecho de verdad él emprendió de nuevo la obra de reforma de Paulo III, mostró por ella el más vivo interés, y se ocupó muy por menudo en la reforma del Colegio cardenalicio, del conclave, de la dataría, signatura y penitenciaría. Si no se consiguieron resultados definitivos, en modo alguno dependió esto del desvío o negligencia del Papa; no se puede dudar de su sincero esfuerzo y voluntad. Su mérito está en haber suministrado una serie de preciosísimos preparativos, sin los cuales no hubiesen sido posibles las reformas posteriores.

II

Representan un papel mucho mayor que los trabajos de reforma eclesiástica, los nombramientos de nuevos cardenales, en las correspondencias diplomáticas del tiempo de Julio III.

(1) Cf. Göller, II, 1, 121 s.

(2) Especialmente Seripando, cuyo juicio fué publicado por primera vez por Höfler en las *Disertaciones* de la Academia de Munich, IV, 3, 53, e impreso de nuevo por Calenzio (*Documenti* III, 222). El escrito de reforma publicado por O. Gratius es una falsificación, como ya lo ha advertido Cantú (*Eretici*, II, 8).

(3) Así Ranke, Druffel, Maurenbrecher y el mismo Reumont (III, 2, 512). Sólo Schweitzer (p. 51 s.) ha establecido documentalmente lo justo y exacto, después que ya Sigmüller (*Bulas sobre la elección de Papa* 24 s.) se había opuesto al juicio consuetudinario.

Como Cosme de Médici y Carlos V conocían bien el genio condescendiente del Papa, comenzaron a apremiarle muy pronto, a que pusiese fin de un golpe por medio de una gran promoción de cardenales, a la superioridad de los partidarios de Francia en el Sacro Colegio. Ante todos se ocupó en este asunto el embajador florentino Serristori. Ya inmediatamente después de la elección de Julio III, Cosme de Médici señaló el peligro, de que en el conclave siguiente se renovasen con grandísima probabilidad de buen éxito las esperanzas del odioso cardenal Salviati. Como halló en el Papa poca inclinación a sus conatos, procuró el embajador ganar al cardenal Crescenzi, que tenía mucha influencia (1). Cosme de Médici por una carta autógrafa de 10 de febrero de 1551, dirigió la atención de Julio III al peligro, de que pudiese sucederle un Papa que fuese enteramente adicto a Francia; advirtiéndole que sólo podía precaver esto un correspondiente aumento del Sacro Colegio (2). Aunque el Papa opuso contra esto fuertes objeciones, creyó con todo Serristori, que la guerra de Parma le forzaría a dar semejante paso (3). En efecto, Julio III en 27 de julio de 1551, dirigió una carta al emperador, en la cual se quejaba de las prácticas del partido francés respecto a la elección de Papa, y declaraba que quería nombrar nuevos cardenales, y aun antes de Todos Santos. Carlos V pidió, que los cuatro españoles que tenían ya asiento en el Sacro Colegio, fuesen reforzados por ocho nuevos. A la observación del nuncio Bertano de que ocho eran demasiados, dijo que cuatro bastarían (4). El emperador no nombró luego determinadas personas. Cuando se consideró este asunto con más atención, ofreciéronse grandes dificultades. Con el nombramiento de Pighino y Bertano estaba conforme Julio III, pero en cambio de ningún modo con la elevación de los arzobispos de Palermo y Otranto. Complicóse todavía este negocio, por exigir además Carlos V, que tuviesen que ser reservados «in petto» cuatro cardenales, cuyos nombres él, el emperador, había de determinar más tarde (5). Esto último denególo con razón Julio III. Su difícil situación y perplejidad se

(1) Cf. Legaz. di Serristori, 241 s., 254 s.

(2) Desjardins, III, 241 s.

(3) Legaz. di Serristori, 264; cf. 279.

(4) V. Druffel, III, 252 (cf. I, 732); Relaciones de nunciaturas, XII, 75 s.

(5) V. Druffel, III, 243 s., 254.

aumentaron por las amenazas de los franceses, que representaron al mismo tiempo hábilmente, que el restablecimiento de la paz sólo sería posible, si no se enojase a su rey (1). Al temor de un cisma francés se asociaban las consideraciones, que se debían tener a los prelados del concilio. A todo esto se añadía, que también otras potencias querían hacer salir a sus candidatos en el nombramiento de cardenales. Como los representantes de Francia trabajaban por la promoción de Luis de Guisa, hermano del cardenal de Lorena, así Serristori por Luis y Juan, hijos de Cosme I (2).

No es maravilla que el Papa, irresoluto por naturaleza, difiriese la decisión de este negocio. A su dilación puso fin una carta de Bertano de 12 de noviembre de 1551, que aconsejaba no aguardar por más tiempo para no incurrir en nuevas dificultades (3). En vista de esto llevóse a efecto el 20 de noviembre la primera gran creación de cardenales de Julio III (4). Todos los doce nom-

(1) Legaz. di Serristori, 288.

(2) V. Legaz. di Serristori, 285. Por una * carta a Cosme I, de 27 de noviembre de 1551, se excusó Julio III de nombrar a Luis. *Museo británico de Londres*, Addit. Ms. 8366, p. 17^b.

(3) Relaciones de nunciaturas, XII, 102.

(4) Anteriormente sólo habían sido nombrados dos cardenales: Inocencio del Monte en 30 de mayo de 1550 (cf. más arriba p. 85 s.), y en 12 de octubre de 1551 el monje paulino croata, Jorge Utissenich (cf. Druffel, III, 253 s.; Raynald, 1551, n. 71 s.), quien sólo gozó breve tiempo de su dignidad, pues el 17 de diciembre de 1551 fué muerto por los agentes de Fernando I, por la falsa sospecha de mantener relaciones traidoras con los turcos (v. Bucholtz, VII, 283; Kroneš, Historia de Austria, III, 216 ss.; Huber en el Archivo para la historia de Austria, LXXV, 528 s., 539 s.; Platzhoff, Facultad para dar muerte, Berlín, 1906, 41). La noticia llegó a Roma el 14 de enero de 1552 (Relaciones de nunciaturas, XII, 138; cf. también las * relaciones de Serristori de 19 y 22 de enero de 1552. *Archivo público de Florencia*), donde el representante de Fernando I, Diego Lasso, sólo alcanzó que su señor en 30 de enero fuese absuelto ad cautelam hasta más exacta averiguación, de las censuras eclesiásticas en que había incurrido el matador del cardenal. Fernando tuvo que prestar juramento en manos del nuncio Martinengo, de parendo nostris et ecclesiae mandatis (v. Theiner, Mon. Slav. merid. II, 30; Druffel, II, 86 s.). Siguióse una indagación por extremo rigurosa, en la que fueron oídos ciento dieciséis testigos, y largas negociaciones. Sólo en 14 de febrero de 1555 se dió la sentencia final pontificia, de que el rey y el matador del cardenal no habían incurrido en censura alguna, ni tampoco merecían ninguna (v. Bucholtz, IX, 612 s. y Utiesenović, Biografía del cardenal Jorge, Viena, 1881, apéndice 73). Sobre la relación del cardenal con la Reforma en Hungría y Transilvania v. Schwicker en la Revista trimestral austriaca de Teología católica, 1867, 397 s.

brados eran italianos; fuéles todavía agregado Sebastián Pighino, que en atención al cargo que tenía en el concilio, quedó reservado «in petto», y no fué publicado hasta el 30 de mayo de 1552 (1).

Los más hábiles de los nuevos cardenales (2) eran, a no dudar, el secretario privado del Papa, Jerónimo Dandino, y el arzobispo de Bari, Jacobo dal Pozzo, más conocido con el nombre de Púteo. Además de Pozzo, señalábanse por su erudición entre los nuevos cardenales, Juan Miguel Saraceni y el obispo de Albenga, Juan Bautista Cicada; eran expertos diplomáticos Pedro Bertano, que residía como nuncio en la corte del emperador, y Flavio Mignanelli, natural de Sena. También los dos nepotes Cristóbal del Monte y Fulvio della Corgna eran dignos de la púrpura. Corgna, siendo obispo de Perugia, desplegó muy notable actividad en el sentido de la reforma católica. Como él, así también otros dos cardenales nombrados entonces, Juan Poggio y Alejandro Campegio, manifestaron claramente cuán animados se hallaban a promover el mejoramiento de la Iglesia, al favorecer a los jesuitas. Juan Ricci, procedente de Montepulciano, debió el capelo a su destreza en tratar los negocios, por la cual se había hecho indispensable a Julio III; su conducta no era intachable, pero más tarde tomó mejor dirección (3). Ya en 1557 procuró traer los jesuitas a Montepulciano (4). Determina-

(1) V. Firmanus, 499.

(2) Sobre la promoción de 20 de noviembre de 1551 v. Acta consist. en Gulik, 35 s.; Druffel, I, 811 s., 820; III, 239 s.; Relaciones de nunciaturas, XII, 108 nota. Sobre la personalidad de cada uno de los cardenales v. * Contelorus en el *Archivio segreto pontificio*, XI, 49, y después Ciaconius, III, 768 ss.; Cardella, IV, 306 s. (con la fecha equivocada de 20 de diciembre); cf. también Pallavicini, 13, 1 s.

(3) La vida anterior de Bertano la describen Friedensburg y Kupke en las Relaciones de nunciaturas, XI, xvii; XII, xix s.; cf. también Merkle, II, 321, nota 2 y Lauchert, 671. Después de la muerte de Bertano escribía Claudio Malopera en 12 de marzo de 1558, al cardenal Madruzzo: * Era un huomo da bene et molto dotto (*Archivio del Gobierno de Innsbruck*). Sobre Mignanelli v. Relaciones de nunciaturas, III, 41 s.; VIII, 10 s.; Merkle, I, 162, y además de las obras citadas en la nota 2, v. también Azzolini, Le Pompe Sanesi, I, Pistoia, 1649, 83 s. Sobre Cicada cf. también Marocco, Monumenti, IV, 89, 92; sobre Poggio v. Garampi, 286 e Hinojosa, 87; sobre Ricci v. Garampi, 289; Merkle, I, 149, 194; Mac Swiney, Portugal, III, 216 y especialmente L. Mele, * Genealogia d. famiglia Ricci (*Archivio Ricci de Roma*). F. della Corgna se edificó más tarde cerca de Perugia un suntuoso palacio, hoy Villa Umberto I, que Zúccaro embelleció con sus pinturas.

(4) Cf. el tomo V, 109 de los Istromenti e lettere del *Archivio Ricci de Roma*.

ron el nombramiento de Juan Andrés Mercurio, los servicios que como secretario había prestado al Papa, cuando éste era todavía cardenal (1); en el patricio veneciano Luis Cornaro, lo que dió la decisión fué la recomendación de la República de San Marcos.

Por lo que toca a las opiniones políticas de los nuevos cardenales, el experimentado agente del cardenal Hércules Gonzaga expresó al punto la conjetura, de que la mayor parte de ellos se inclinarían más al partido francés que al imperial (2). La queja de los franceses, de que Julio III había llevado al cabo el aumento del Sacro Colegio sólo en interés de Carlos V, mostróse de hecho ser infundada (3).

En el tiempo siguiente se estimuló aún repetidas veces al Papa a efectuar otra promoción; sobre todo los franceses procuraban por todas las vías posibles sacar a flote a su antiguo candidato Luis de Guisa (4), y también en la curia había excesivo número de pretendientes (5). De parte de éstos se ofrecieron muchas veces a Julio III crecidas sumas de dinero; pero por grande que fuese la penuria del erario, no quiso el Papa saber nada de semejantes maniobras (6). Apenas es necesario hacer aún notar, que también los nepotes pedían que se les atendiese. Como el Papa mudaba con frecuencia sus resoluciones, era difícil a los embajadores prever lo que sucedería. Con todo eso, Serristori, que estaba bien informado, pudo notificar a Florencia el 26 de octubre de 1553, que era muy probable la promoción de Guisa, de dos nepotes y de un candidato de Carlos V, todavía no determinado más en particular (7). Para el 29 de noviembre era esperada por muchos como segura dicha promoción. Serristori supo a última hora por el hermano del Papa, que aun se retarda-

(1) Cf. Bogliolo, 45 ss.; v. también Campori, CIII lett. d. s. pontefici, 7.

(2) V. Relaciones de nunciaturas, XII, 94, nota 1.

(3) V. Ribier, II, 357 s.; Romier, 52; Adriani, VIII, 5; Sägmüller, Bulas sobre la elección de Papa, 199.

(4) V. en el n.º 20 del apéndice la *relación de C. Titio, de 14 de marzo de 1553. *Archivo público de Florencia*.

(5) El Papa se quejó de eso; v. la *carta de Hipólito Capilupi al card. Hércules Gonzaga, de 22 de noviembre de 1553. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(6) V. la **relación de Serristori, de 26 de noviembre de 1553. *Archivo público de Florencia*.

(7) **Carta de 26 de octubre de 1553, que se halla en el *Archivo público de Florencia*. Cf. además la relación del embajador portugués, de 22 de octubre de 1553, en el Corpo dipl. Port., VII, 266.

ría la expedición de este asunto, pero no más allá de las épocas; y que provisionalmente se había fijado el número de cuatro (1). Este número de hecho se conservó definitivamente, cuando por fin llevóse a efecto la creación en 22 de diciembre de 1553. Además del arzobispo de Palermo, Pedro Tagliavia, afecto al partido imperial, recibieron la púrpura en este día dos parientes muy jóvenes del Papa, Roberto de Nóbili y Jerónimo Simoncelli, mientras que con la elevación de Luis de Guisa se había de contentar a Enrique II (2). Tagliavia, muy conocido por su amor sin límites a los pobres, es por todos elogiado como varón excelente. Roberto de Nóbili era un cardenal, al que podían mirar también con grandísimas esperanzas los representantes del partido de la reforma católica. Dotado de grandes prendas intelectuales —dícese que a los diez años hablaba ya latín y griego— señalóse aún mucho más por sus virtudes. Al igual que S. Luis Gonzaga, con quien tiene generalmente mucha semejanza, era sobre todo muy cuidadoso en guardar la pureza de corazón. En sus ejercicios de piedad nunca podía estar satisfecho. Ayunaba rigurosamente, dormía sobre una tabla, llevaba cilicio, asistía diariamente a la santa misa, oía a menudo sermones y recibía con frecuencia la sagrada comunión. Por humildad no quiso que se sacase su retrato. De su

(1) **Carta de Serristori, de 28 de noviembre de 1553 (*Archivio pubblico de Florencia*). Cf. la relación del embajador portugués, de 11 de noviembre de 1553, en el *Corpo dipl. Port.*, VII, 272.

(2) Sobre la creación de 22 de diciembre de 1553 v. las *relaciones de Serristori, de 21 y 22 de diciembre de 1553 (*Archivio pubblico de Florencia*); Acta consist. en Gulik, 36 s.; Ribier, II, 480 s.; *Corpo dipl. Port.*, VII, 306 s.; *Contelorius, loc. cit.; Ciaconius, III, 784 s.; Cardella, IV, 331 s. Sobre Tagliavia cf. también Massarelli, 325 y Boglino, 46 s.; sobre Simoncelli v. la nota de Merkle a Firmianus, 502; sobre el nombramiento de Guisa cf. un *breve de Julio III al card. de Lorena, fechado el 22 de diciembre de 1553, en los *Min. brev. Arm.* 41, t. LXIX, n. 809; *ibid.*, n. 812, hay un *breve a R. de Nóbili, del mismo día, en el cual se halla como aditamento (del papa?) la siguiente observación sobre el motivo de la promoción: *quamquam et ingravescentis nostrae aetatis cogitatio et charissimorum consanguineorum nostrorum quotidianae flagitationes, non nihil nos, ut humanos, ut idipsum maturaremus perpulerunt*. Según los intentos que tuvo el Papa desde un principio, también Ambrosio Catharino hubiera debido recibir entonces la púrpura; Julio III le había nombrado arzobispo de Conza en 1552, pero Catharino murió ya en 8 de noviembre de 1553 (v. Schweitzer, A. Catharino, Münster, 1910, 229 s.). Hipólito Capi-lupi en la *carta de 22 de noviembre de 1553, citada arriba en la p. 173, nota 5, nombra también a mons. d'Arrás como candidato probable (*Archivio Gonzaga de Mantua*). Una bula expedida el 26 de enero de 1554, prohibió que dos hermanos pudiesen ser cardenales al mismo tiempo; v. Bull. VI, 475 s.

profunda e íntima piedad da testimonio, entre otras cosas, una magnífica carta consolatoria, que dirigió a un amigo enfermo. El favor de que gozaba con Julio III, solamente lo utilizó para socorrer a los necesitados. Pensó repetidas veces en renunciar a la dignidad cardenalicia, y retirarse a una Orden religiosa; pero su confesor, el jesuita Polanco, le disuadió de ello. Asistido por éste, murió después de dolorosa enfermedad, con entera resignación en la voluntad de Dios, el 18 de enero de 1559. Varones como S. Carlos Borromeo, el B. Belarmino y Baronio, veneraron como santo al que en tan temprana edad había volado a la celeste patria (1).

Aun a otro varón, que poseía asimismo como Nóbili, eminentes cualidades, hubiese admitido de buena gana Julio III en el supremo senado de la Iglesia: al duque de Gandía, Francisco de Borja, biznieto del papa Alejandro VI. Borja había llegado a Roma el 23 de octubre de 1550, yendo a alojarse en la casa de los jesuitas (2), y pocos días más tarde había sido recibido por el Papa. Creyóse que el duque había ido a Roma para ganar el jubileo del año santo. Sólo muy pocos sabían que Francisco de Borja había entrado ya en 1548 en la Compañía de Jesús, mas habiendo obtenido licencia de Paulo III para conservar aún por tres años su dignidad y estado de príncipe (3). Borja aprovechóse de este plazo para casar a sus hijos mayores, ordenar sus negocios y dar cima en 20 de agosto de 1550 con un examen para graduarse de doctor, a los estudios teológicos, comenzados en 1546. Como ya

(1) Además de las biografías de Turigio (1632) y Bartolucci (1675), v. especialmente Nardo, *Vita del card. Rob. Nobili*, Urbino, 1728. Parigi (Notizie del card. R. Nobili, Montepulciano, 1836), casi nada trae de nuevo. La carta consolatoria, que hubiese merecido un lugar en la colección de Reumont, puede verse en Naro 20 s. Julio III dió a Nóbili excelentes maestros en Julio Poggiano y Octavio Pantágato (cf. Tiraboschi, VII, 1, 28 [edición romana]). Sobre la muerte del cardenal v. también Massarelli, 329, que le tributa los mayores elogios, y *Avviso di Roma de 21 de enero de 1559, Cod. Urb. 1039 de la *Biblioteca vaticana*. El epitafio de Nóbili ha sido publicado por Forcella, V, 254. También A. Cervini, en la *Vita di Marcello II (cf. más abajo el libro segundo, capítulo I) dice de R. Nóbili: Questo mirabilmente risplende in tutte le virtù morali come christiane, ma il mondo non fu degno di cosa si pura (*Biblioteca de Ferrara*). La inscripción honorífica, que fué puesta para Nóbili en la Casa Consistorial de Montepulciano, se halla en las *Miscell. Montepulc. del Archivio Ricci de Roma*.

(2) V. Cartas de S. Ignacio, II, 534 s.

(3) Cf. nuestras indicaciones del vol. XII, 78 s.

ahora, por agosto de 1550, su hijo primogénito había llegado a ser mayor de edad, pensó en ceder a éste su ducado, y ponerse en Roma a disposición de su Superior, S. Ignacio de Loyola (1).

Después que Borja hubo alcanzado del emperador el 5 de enero de 1551, el necesario consentimiento para la ejecución de su plan, dió también al Papa participación de los votos religiosos que le ligaban, y de sus intentos de renunciar a todos los honores mundanos. Pero Julio III concibió el plan de elevar a cardenal al insigne príncipe. Previno Borja esta honra, huyéndose el 4 de febrero de 1551, a boca de noche, a la pequeña ciudad vasca de Oñate, en Guipúzcoa (2). Aquí, luego que hubo llegado la licencia del emperador, renunció por acta notarial de 11 de mayo de 1551, a sus tierras, rentas y títulos, y dió comienzo a su nueva vida, pidiendo limosna por las calles de Oñate, con una sencilla sotana de jesuita y con las alforjas.

El cambio de vida de un varón tan ilustre y elevado causó grandísima admiración. Por asistir devotamente a la primera misa pública de Borja, había concedido Julio III una indulgencia plenaria. Borja tuvo que decirla al aire libre el 15 de noviembre; 12000 personas concurrieron a esta solemnidad, y dió la sagrada comunión a más de 1240 devotos.

En lo sucesivo prestó Borja grandísimos servicios a la Orden, primeramente como predicador, después como superior con su reputación y su talento de gobierno. Con dos ricos donativos de sumas de dinero facilitó a S. Ignacio de Loyola la fundación del Colegio Romano de la Compañía de Jesús, establecimiento de instrucción, que por los muchos ramos de enseñanza que comprendía, pronto hizo sombra a la Universidad de Roma (3).

Cuando Carlos V propuso de nuevo para el cardenalato a este eximio español por marzo de 1552, Julio III estaba inclinado a acceder a este deseo (4). Pero S. Ignacio de Loyola fué por sí mismo a ver al Papa y le representó, que sería mucho más con-

(1) P. Suau, Hist. de S. François de Borgia, París, 1910, 210 ss. Astrain, I, 290 ss. El diploma de doctor para Borja, de 20 de agosto de 1550, se halla en Sanctus Franciscus Borgia, II, 703; su testamento, de 26 de agosto de 1550, puede verse *ibid.*, I, 537 ss.

(2) Mon. Ign. Ser. 1, III, 353; IV, 257, 430.

(3) Carta de Polanco, de 14 de septiembre de 1555: Mon. Ign. Ser. 1, IX, 608.

(4) Cf. Suau, 270.

ducente para la gloria de Dios, si el en otro tiempo duque de Gandía permaneciese en el estado de humildad, que voluntariamente había elegido (1). Julio III se dejó persuadir, y aun vino a decir, que también él preferiría el estado de simple jesuita, al suyo, porque «vosotros, dijo, no tenéis otra cosa en que pensar, sino en el servicio divino; nosotros tenemos muchos impedimentos que nos distraen» (2). Al fin el Papa no quiso decidir el negocio contra la voluntad de Borja. Éste calló, y con eso pareció quedar terminado este asunto.

Esto no obstante, era persuasión general, que un grande español no podía permanecer siendo simple sacerdote. Ya en 1554 fué presentado otra vez por Carlos V y Felipe II el antiguo duque para el capelo; entre los jesuitas así romanos como españoles suscitóse por motivos desconocidos el rumor, de que esta vez aceptaría la púrpura cardenalicia (3). Este recelo, sin embargo, mostróse ser infundado. Por medio de la princesa Juana, hermana de Felipe II y gobernadora del reino durante la ausencia de su hermano en Inglaterra, movió Borja al rey de España a desistir de su plan; Julio III mudó nuevamente de parecer por las representaciones de S. Ignacio (4). A impulso suyo hizo entonces Borja el primero en la Compañía de Jesús aquellos votos, por los cuales las Constituciones de la Orden procuran precaver en lo posible la pretensión de las dignidades y la relajación de la pobreza (5).

III

Las relaciones amistosas de Julio III con los jesuitas traían su origen del tiempo del concilio de Trento, donde el Papa, como legado, había podido conocer y apreciar las eminentes cualidades de algunos miembros de la Orden. Prescindiendo de una transitória alteración en 1553 (6), permaneció afecto a la Compañía de Jesús durante todo el tiempo de su pontificado, en grado aun supe-

(1) V. Mon. Ign. Ser. 1, IV, 255 ss., 283 ss.

(2) Ibid., 257.

(3) Carta de Polanco a Nadal, de 15 de mayo de 1554: Mon. Ign. Ser. 1, VI, 712 ss.; carta de Nadal a Borja, de 17 de junio de 1554: Nadal, Epist. I, 265 ss.

(4) Polanco, IV, 494 s.

(5) Ibid., 592. S. Franc. Borgia, III, 174.

(6) Cf. O. Manareus, De rebus Soc. Jesu, Florentiae, 1886, 121 ss.

rior que a las demás Órdenes de reforma (1). Por una bula de 21 de agosto de 1552 erigió y entregó a los jesuitas el Colegio Germánico, de cuya creciente importancia hablaremos todavía muchas veces. Una bula de 22 de octubre del mismo año no solamente confirmó todos los privilegios de la Orden, sino también añadió aún otros nuevos e importantes, como especialmente la facultad otorgada al General y a los Superiores de la Orden por él autorizados, para conferir el grado de doctor a los discípulos de sus colegios. Pero el mayor beneficio que Julio III hizo a la Compañía de Jesús consistió en la bula expedida ya en 21 de julio de 1550, que confirmó de nuevo a la Orden, y suplió según la mente y espíritu del fundador, todo lo que en la bula de Paulo III podía aún echarse menos (2).

Ya muy pronto se había mostrado, que era necesario pedir a la Santa Sede una nueva confirmación de la Compañía de Jesús (3). Varias cosas no estaban expresadas en la bula de la fundación tan claramente, que excluyesen toda duda, y algunas otras se habían

(1) A los *barnabitas* confirmó y aumentó Julio III sus privilegios por dos bulas de 22 de febrero y 11 de agosto de 1550 (v. Litt. et constit. cleric. S. Pauli, 17 ss., 25 ss.; la segunda bula se halla también en el Bull. VI, 426 s. Cf. también Barelli, 232 ss., 235, 245 s., 249). Por recomendación del card. Carafa confirmó también Julio III todos los privilegios de los *teatinos* por una bula de 10 de junio de 1551 (cuyo original se halla en el *Archivo general de los teatinos* de Roma. V. Silos, I, 308 ss.; cf. también Maggio, Vita di Maria Carafa, Napoli, 1670, 279). Por un *breve de 4 de octubre de 1552 para Ludovico infante Portug. concedió Julio III licencia para que la congregación fundada por Martín O. Min. en la diócesis de Lisboa, y confirmada por la Santa Sede, pudiese llevar la cuculla de los *capuchinos* italianos. Arm. 41, t. LXVI, n. 651; ibid., t. LXVII, n. 13 hay un *breve para el card. Messanens., para que Bernardo Balbano O. Cap., que el año pasado expuso el Evangelio con gran concurso de fieles, y a quien el pueblo desea también para este año, pueda continuar ejerciendo su ministerio de predicar en Mesina, con fecha de 8 de enero de 1553 (*Archivo secreto pontificio*). Según Marocco, Monumenti, I, 140 s., los capuchinos fundaron una residencia en Collevocchio, en la Sabina. Sobre cómo Julio III favoreció y ayudó a S. Pedro de Alcántara, v. el Léxico eclesiástico de Friburgo IX^a, 1882. En Ripoll-Brémond, V, 15 ss. pueden verse varios favores y gracias concedidos a los *dominicos*. En 30 de enero de 1551 aprobó Julio III los estatutos reformados de la Orden de los *agustinos* (v. Empoli, Bull. ord. Erem. S. Aug., Romae, 1628, 214 s.; cf. Paulus, Hoffmeister, 168). En 24 de octubre de 1551 confirmó Julio las indulgencias concedidas al devoto ejercicio de las cuarenta horas, introducido por las nuevas Órdenes de reforma; v. Sala, Docum. di S. Carlo Borromeo, II, 117 s.

(2) Estos tres documentos se hallan en el Bull., VI, 422 ss., 459 ss., 464 ss. V. también Institutum Soc. Jesu, I, Florentiae, 1892, 22 ss., 29 ss.

(3) Constitutiones Soc. Jesu latinae et hispanicae, Matriti, 1892, Ap. 306.

de completar y declarar con más exactitud. Con todo eso no se emprendió seriamente el bosquejo de una nueva bula hasta 1547. Cuatro propiedades pareció que había ella de tener: primeramente cumplida integridad, de modo que presentase todas las líneas esenciales del Instituto de la Compañía; en segundo término cierta generalidad de expresión, para que no se hiciesen imposibles útiles variaciones; en tercer lugar claridad, y en cuarto edificación, a fin de que los que la leyesen, si fuesen aptos para la Orden, fueran atraídos a abrazarla, y si no fuesen idóneos, se desalentaran y desistieran de entrar en ella. Para satisfacer a estos requisitos, se empleó mucho trabajo: en más de cien puntos tuvo que ser la bula modificada o completada (1). En realidad de verdad, el bosquejo que por fin se aceptó, contiene también todos los lineamientos sustanciales característicos de la Orden de los jesuitas, de modo que pudo permanecer para siempre como su fundamento (2).

Lo que en esa bula pontificia quedó indicado brevemente en lo esencial, comenzó S. Ignacio a explicarlo más ampliamente el mismo año 1547, en las Constituciones de su Orden. En 1550 fueron ellas terminadas en el primer bosquejo, y en 1552 en el segundo, el cual S. Ignacio sólo modificó en cosas secundarias hasta su muerte (1556). Muy pronto se publicaron e introdujeron en la Orden a modo de prueba, primeramente por Nadal en Sicilia en 1552, y en el año siguiente en España y Portugal, y por Ribadeneira en la Baja Alemania (3). Obtuvieron plena fuerza de ley por la primera Congregación general en 1558.

(1) Ibid., 330 ss. Astrain, I, 126 ss.

(2) En Astrain, I, 133, puede verse la enumeración de las más principales discrepancias del texto de la bula de Paulo III.

(3) Cf. el vol. XII, 47 ss. En varios manuales de Historia eclesiástica y en diccionarios enciclopédicos (Ersch y Gruber, *Enciclopedia general de ciencias y artes*, sección 2, XLI, Leipzig, 1887, 195, 196 s.; cf. XV, 433 s.) se pone a Lainez como a verdadero y propio organizador de la Orden de los jesuitas, y se le designa lisa y llanamente como cofundador, que dispuso las Constituciones de la Orden en su última forma. Esta opinión no tiene apoyo alguno en las fuentes auténticas. Ciertamente S. Ignacio se aconsejó, como con otros, así también con Lainez; que de éste procedió la idea de fundar colegios, lo dice el mismo S. Ignacio (Mon. Ign. Ser. 4, I, 220); pero no se puede demostrar que pasase más allá su influjo. La primera Congregación general de 1558 supone manifiestamente, que las Constituciones, introducidas desde 1552 y por ella confirmadas, tienen por autor a S. Ignacio (Decr. post. elect., 15, 53, 78). La misma persuasión expresan también otras muchas veces los confidentes de S. Ignacio: Polanco, Nadal, Gonçalvez, Ribadeneira, Canisio; por ellos se conoce

Después de la publicación de las Constituciones, la obra principal de S. Ignacio quedaba terminada en lo esencial. Con la muerte de Julio III se acercó también para él el último año de su vida, en el cual ya no pudo emprender muchas cosas nuevas; antes bien en tiempo de Paulo IV había de amenazar la destrucción no solamente al Colegio Romano y Germánico, sino también a todo su Instituto, la que había de ver sin tener otra defensa que su heroica confianza en Dios. La falta siempre creciente de salud le traía también a la memoria la muerte. Ya en 1550 se había creído cercano a su fin y había esperado con gozo su disolución (1). El 30 de enero de 1551, después de haber sido aprobado el primer bosquejo de las Constituciones por los miembros de la Orden congregados en Roma, quiso renunciar a la dignidad de General (2). Casi todo el año 1554 estuvo en cama, de modo que en 1 de noviembre tuvo que ser elegido un lugarteniente de él en la persona de Nadal (3). Pero restablecióse rápidamente, después

suficientemente la historia del origen de las Constituciones. La opinión opuesta, que hace a Laínez cofundador o fundador propiamente tal de la Orden, aparece sólo muy posteriormente, y por nadie es defendida, que haya hecho positivos estudios de las fuentes originales sobre la historia de los jesuitas. Como las Constituciones, confirmadas en la primera Congregación general, contenían también las Declaraciones de las mismas (Decr. post elect., 24, 25, 31, 38, 41, 42, 54, 55, 57, 58, 68, 69, 78), no se puede decir, que a lo menos éstas procedieron de Laínez, y que en la primera Congregación general no se hizo más que añadir las a las Constituciones (como se afirma en Herzog-Hauck, Enciclopedia real de Teología e Iglesia protestante, VIII [1900], 747, 769). Teófilo Raynaud creyó, que la declaración del cap. 14, 1 de la P. IV de las Const. fué compuesta por Laínez en vida de S. Ignacio, y por éste aprobada (Opera XVIII, Lyon, 1665, 167). Esta expresión la entendió Bayle de tal manera, que hizo a Laínez autor de todas las Declaraciones (Dictionnaire, III, Basle, 1741, 139). De Bayle tomaron otros esta afirmación. Recientemente parece, que entre los no católicos se van dejando estas opiniones. Gothein (p. 405-408) no menciona colaborador alguno en las Constituciones, la Enciclopedia real de Herzog-Hauck (VIII, 746) llama a solo S. Ignacio «creador» de la Constitución de la Orden, aunque le desposee de las Declaraciones.—Herm. Müller (Les origines de la Compagnie de Jésus. Ignace et Lainez, Paris, 1908) quiso demostrar por textos árabes (del siglo XIX), que S. Ignacio, sobre todo en sus prescripciones sobre la obediencia, siguió a autores islamitas. Según él, Laínez falsificó las Constituciones, y por este medio vino a ser el verdadero organizador de la Orden. Contra él se han declarado F. Hubert en la Revista de literatura teológica, 1899, 310-311; Jos. Brucker en los Études, 5 déc. 1898, 705-709; H. Thurston en The Month, XCIV (1899), 518-526.

(1) Mon. Ign. Ser. 4, I, 56.

(2) Ibid. Ser. 1, III, 303. Cartas de S. Ignacio, II, 295.

(3) Mon. Ign. Ser. 1, VIII, 42; Ser. 4, I, 169.

que se hubo reemplazado a su médico, poco perito, a quien S. Ignacio obedecía al pie de la letra, por otro mejor (1). A mediados de julio de 1556 dejó para siempre los negocios. Al amanecer del 31 de julio, el alma del santo, que se había consumido en procurar la mayor gloria de Dios, llegó a la vista clara de su Criador (2).

No habían transcurrido dieciséis años enteros, desde que la obra más importante del finado había recibido, en 27 de septiembre de 1540, la consagración de la Santa Sede. Diez extranjeros desconocidos, de quienes aun poco antes se había burlado el pueblo por su mal italiano, y a los que los malévolos habían designado como herejes, fueron entonces enumerados en el breve pontificio como miembros de la Compañía de Jesús. Ahora la nueva Orden se había propagado por las cuatro partes del mundo, hasta el Japón, Brasil, Abisinia y hasta el Congo; el número de los pertenecientes a ella se calculaba ya en 1554 en unos 1500 (3), y el número de sus casas llegaba en el año siguiente a 65 (4). Entre sus miembros se contaban doctores de las primeras Universidades y nobles de las más ilustres familias. Como nuncios pontificios habían penetrado hasta en Irlanda, Polonia, Egipto y Japón; como teólogos habían brillado en el concilio de Trento, como predicadores habían excitado grande admiración en las Universidades de Lovaina y Salamanca; y en las cortes de Valladolid, Bruselas y Viena; como misioneros habían resucitado la vida cristiana en regiones donde parecía muerta, y como educadores de la juventud, con el humilde ministerio de la enseñanza habían preparado una nueva generación de fervorosos católicos. También había hecho progresos la exterior organización de la Orden. Ya en 1546 podía ser constituido Portugal como propia Provincia con propio superior Provincial (5),

(1) *Ibid.* Ser. 4, I, 169.

(2) V. Polanco, VI, 35 ss. Las piezas por extremo modestas en que vivió S. Ignacio de Loyola desde 1544 hasta su muerte (cf. Tacchi Venturi en los *Studi e docum.*, XX, 316 s.), se dejaron en pie por veneración al santo fundador de la orden al construirse la casa profesa, y transformadas en capillas se han conservado hasta el día de hoy. Los estrechos y bajos aposentos contienen numerosas inscripciones y preciosos recuerdos. Para más pormenores puede verse el interesante escrito *Les chambres de S. Ignace de Loyola au Jésus de Rome, Rome 1900.*

(3) Polanco, IV, 476.

(4) *Ibid.*, V, 6 nota.

(5) *Mon. Ign.* Ser. 1, I, 449.

siguiendo España en 1547 (1). Desde entonces cada año se añadían una o más nuevas Provincias, de modo que en 1556 contábanse doce, incluida en ellas Abisinia. Pero todo este vasto edificio se había levantado con desenvolvimiento de todo en todo consecuente, de la resolución que treinta y cinco años antes tomó en Loyola en el lecho del dolor un valiente militar, hasta entonces enteramente mundano, y careciendo en absoluto de formación científica. Todo se había desarrollado de un germen pequeño y de poca apariencia, a pesar de constantes contradicciones y a despecho de persecuciones y calumnias.

La más fuerte y vigorosa resonancia la habían hallado los pensamientos de Loyola naturalmente en *España*. Allí reinaban todavía, bastante exentas de las innovaciones religiosas, las antiguas ideas católicas, y en oposición a los católicos de otras naciones, se sentía aún valor y entusiasmo para defenderlas. La lucha por el sostenimiento y propagación de la fe había sido en España no mucho tiempo antes, un importante estímulo en las guerras contra los moros y en los viajes de exploración; había, por tanto, de hallar entusiasta aceptación y aplauso el que S. Ignacio mostrase el camino de continuar esta lucha con armas espirituales. En efecto, entre los seis primeros compañeros de Loyola, al lado de un portugués y un saboyano, había cuatro españoles, y después todavía por mucho tiempo la patria del fundador le suministró los discípulos más aptos e inteligentes, los cuales eran para el maestro de tanto más valor, cuanto que muchos de ellos se ponían a su disposición después de terminados sus estudios, siendo doctores en teología o en derecho, o expertos predicadores y directores de almas. Hállanse por eso también españoles casi en todas partes donde la nueva Orden despliega su actividad (2). El español Doménech la trasplanta a Sicilia, de Eguía a Francia, Francisco Javier y Cosme de Torres a la India y Japón. Los españoles acompañan a legados pontificios a Polonia y Alemania, brillan como teólogos en el Colegio Romano y así en París como en Trento. Españoles son los principales consejeros de Loyola: Polanco, Nadal y Láinez; y españoles los tres primeros Generales de la Orden.

Con cuánto agrado fué recibida por su patria la creación de Loyola, demuéstalo el gran número de colegios que allí en

(1) Polanco, I, 247.

(2) Astrain, II, 567.

breve tiempo se erigieron. En el pontificado de Paulo III, ya en 1544 obtuvo uno Valencia; en 1545 siguieron Valladolid, Gandía y Barcelona; en 1546 Alcalá; en 1548 Salamanca; y después de subir al trono Julio III, en 1550 Burgos, en 1551 Medina del Campo, en 1552 Oñate y en 1553 Córdoba. En 1554 fundáronse casas en Ávila, Cuenca, Plasencia, Sevilla, Granada, Simancas (noviciado) y Sanlúcar de Barrameda; en 1555 en Murcia y Zaragoza, y en 1556 un colegio en Monterrey, en Galicia (1). En 1554 había ya en estos colegios 139 jesuitas (2); en los cuatro primeros meses del mismo año entraron en la Orden nueve hombres muy aptos y capaces en Alcalá, y en Valencia diez, y a fines de marzo concedía Nadal la admisión a once estudiantes en Salamanca (3). Ya en 1552 erigió S. Ignacio en España dos Provincias, y tres en una nueva división de 1554 en tiempo de Julio III, que fueron: Castilla, Aragón y Andalucía; y a todas las Provincias de la Península Pirenaica dió en la persona de S. Francisco de Borja un Superior común (4). El florecimiento de las Provincias de España se ha de atribuir en no pequeña parte a la reputación y celo de Borja (5).

Lo que en España más agradó en los primeros jesuitas, fué la nueva vida que infundieron a los ministerios apostólicos. También en la Península Ibérica muchas veces se daba al pueblo poca instrucción religiosa. La predicación se consideraba como ministerio vinculado a los frailes, y los párrocos se dedicaban tan poco a ella, que llegaba a hacerse oposición a que un sacerdote secular ejercitara el oficio de predicador (6). Hubo, por tanto, de hallar mucha aceptación el que los jesuitas tomasen muy a pechos anunciar en sus iglesias la palabra de Dios, algunos de ellos recorriesen el país predicando de lugar en lugar, y en muchas ciudades se detuviesen por más o menos tiempo para preparar una moral renovación del pueblo (7). Cuéntanse notables cosas de los triunfantes éxitos de estos misioneros. En Alcalá, Antonio de Madrid, por carnaval de 1558, en un razonamiento de

(1) Ibid., I, 257 ss., 298 ss., 412 ss.

(2) Ibid., 409-411, hay un catálogo de los mismos.

(3) Astrain, I, 413; cf. 312 s., 315, 435; II, 244 ss.

(4) Astrain, I, 401. Cartas de San Ignacio, IV, 9 s.

(5) Astrain, II, 104 s.

(6) Ibid., II, 502, 512, 519.

(7) Ibid., 502 ss.

un cuarto de hora que dirigió a las mujeres públicas, las que por orden del corregidor tuvieron que salir a la puerta de su casa para oír el sermón del Padre, las indujo a todas a dejar su vida pecaminosa (1). En Granada predicó Bautista Sánchez con tanta conmoción sobre el desamparo en que se dejaba a los pobres en el hospital, que los oyentes al punto ofrecieron para ellos anillos de oro, zarcillos y preciosos vestidos, y el día siguiente enviaron ricas limosnas al hospital, poniéndose a servir personalmente a los enfermos (2). Efecto fué de los sermones el que se acrecentasen las prácticas religiosas, y especialmente la recepción de los sacramentos. El número ciertamente no demasiado elevado de las confesiones, que se alega como demostración (3), da testimonio del estado decaído y lamentable, en que se hallaba la frecuencia de los mismos (4).

Pero especialmente ganó los corazones para la nueva Orden la ocupación que ésta emprendió, de la enseñanza de la niñez. Era hasta entonces cosa nunca oída, que los religiosos se humillasen a tan poco sabia ocupación (5). Conmovía y enternecía sumamente ver cómo ahora los jesuitas, con una campanilla en la mano, juntaban a los niños en las calles, y formados procesionalmente los llevaban a la iglesia para enseñarles el catecismo. En Toledo salía la gente a las ventanas para contemplar tan inusitado espectáculo, y alababa a Dios (6). Las visitas a las cárceles y hospitales, y el heroico sacrificio de los jesuitas en tiempo de peste, contribuyeron asimismo a conquistarles aprecio y confianza. Muchos jesuitas perdieron su vida sirviendo a los enfermos (7).

Para la reforma de la Iglesia fué el más importante el ministerio de la enseñanza, que la nueva Orden ejercía en sus colegios. Tan pronto como en estos establecimientos se comenzó a dar instrucción a los de fuera, afluyeron a ellos los estudiantes. El colegio de Murcia contaba luego en los dos primeros años de su

(1) Ibid., 506.

(2) Ibid., 509.

(3) En cuatro meses del año 1564 fueron oídos en confesión: en Valladolid 3500, en Ávila 5265, en Salamanca 6300. Ibid., 503.

(4) Es muy significativo, que el arzobispo de Toledo, Siliceo, prohibió comulgar más de una vez al año. Polanco II, 121, n. 287.

(5) Astrain, II, 523.

(6) Astrain, II, 522 s.

(7) Ibid., 525 ss.

existencia 140, Belmonte en 1569 uños 400, Sevilla en 1561 cerca de 500, Córdoba por el mismo tiempo 650, y Monterrey al cuarto año de su fundación 800 (1). Del colegio de Monterrey salían clérigos tan aptos e inteligentes, que se formó entre los obispos este proverbio: Viene de Monterrey, luego conñadamente le podemos dar órdenes (2). El colegio de Medina dió a diversas Órdenes religiosas miembros tan instruídos e idóneos, que un superior dijo: Dejemos de leer teología y predicar y démonos a enseñar gramática, porque pienso haremos más provecho por esta vía (3).

Si la Compañía de Jesús en ninguna nación halló más numerosos amigos que en España, tampoco en ninguna parte tuvo que sufrir más graves persecuciones. La aversión del arzobispo de Toledo, Siliceo, vino a manifestarse del modo más duro y acerbo en el pontificado de Julio III (4). Por octubre de 1551 prohibió a todos los sacerdotes de la nueva Orden el ejercicio de todos los ministerios sacerdotales, y esta prohibición fué publicada solemnemente durante la misa mayor en las iglesias de su arquidiócesis. Con todo eso, por este paso se había opuesto el arzobispo a los privilegios pontificios de la nueva Orden, y con eso había hecho un agravio a la honra de la misma Santa Sede. En consecuencia de lo cual, Julio III en 2 de enero de 1552, dirigió una carta a Siliceo, en la cual tributó un grande elogio a los jesuitas (5), y el nuncio Poggio salió valientemente en defensa de los oprimidos. Como también Felipe II se declaró contra Siliceo, no tuvo éste más remedio que revocar su decreto.

Un privilegio de las antiguas Órdenes religiosas, de que junto á un convento en un radio de 140 varas no podía edificarse otro, dió ocasión en Zaragoza a violentas manifestaciones contra el colegio de los jesuitas, que allí se había abierto el 17 de abril de 1555 (6). Especialmente los agustinos declararon violados sus derechos por la edificación del colegio; el arzobispo se puso de su parte, y los jesuitas fueron considerados y tratados como excomulgados, pro-

(1) Ibid., 587 s.

(2) Relación del P. Valderrábano S. J., del año 1562, publicada por Astrain, II, 574.

(3) Relación del P. Olea S. J., del año 1563, *ibid.*, 576.

(4) Astrain, I, 351-365. En las Cartas de S. Ignacio, III, 455-475, hay varios documentos concernientes a este litigio.

(5) Cartas de S. Ignacio, III, 460.

(6) Astrain, I, 438 ss.

moviéndose en el pueblo grandísima excitación contra ellos. Llegó la cosa a tal extremo, que los jesuitas abandonaron la ciudad el 1 de agosto. Con todo, el litigio quedó resuelto el 8 de septiembre en su favor, y pudo abrirse el colegio.

También las impugnaciones del libro de los Ejercicios continuaron todavía durante el reinado de Julio III. Siliceo instituyó en 1553 una comisión para el examen de las acusaciones, la cual censuró diez proposiciones de dicho libro (1). Pero como ya en 1548 Paulo III había confirmado los Ejercicios, estas impugnaciones no pudieron adquirir grande importancia.

Aun más rápidamente que en España, se desenvolvió la Orden en *Portugal*. Entre todas las cosas humanas, dice un entendido crítico (2), nada se aprecia en tan alto grado en este reino como la posesión del favor real; mas los jesuitas gozaron constantemente del cuidado y solicitud paternal de Juan III, que estaba en muy buenas relaciones con Julio III (3), y según el ejemplo de su real hermano se rigieron los infantes Luis y Enrique, el primero de los cuales nada hubiese hecho con más gusto que entrar él mismo en la nueva Orden (4), mientras el cardenal e Inquisidor general Enrique se interesaba por los asuntos de los jesuitas, «como por los suyos propios» (5).

De hostilidades y dificultades, como las que tuvo que sufrir en España la naciente Compañía de Jesús, quedó ésta exenta en el vecino reino de Portugal. Hasta el año 1552, el número de los que entraron en la Orden subió a 318 (6). Entre ellos se hallaban, por ejemplo, hijos del gobernador de Lisboa y del capitán general de la Madera (7). En 1551 el cardenal infante Enrique cedió a los

(1) Astrain, I, 366-384. Esta censura se halla impresa en Polanco, Chron. III, apéndice 501 ss.

(2) Polanco (IV, 558).

(3) Éstas se manifestaron sobre todo en las concesiones respecto a las grandes Orden militares (cf. Schäfer, III, 85; V, 150, 156 y *Corpo dipl. Port.*, VI y VII *passim*). El año 1551 envió el Papa al hijo mayor del rey la rosa de oro (v. Mac Swiney, Portugal, III, 228 ss.) y le hizo también otros presentes; v. Ant. de Portugal de Faria, Portugal e Italia, Lissabon 1901, 203 s.; cf. *ibid.* 78 s. sobre las relaciones eclesiásticas con la Santa Sede. Sobre la beatificación del portugués Gundisalvo v. Novaes, VII, 91.

(4) Cartas de S. Ignacio, IV, 268 nota.

(5) Polanco, VI, 751, n. 3250.

(6) Epist. mixtae, III, 25.

(7) Astrain, I, 586 s.

jesuítas su colegio de Évora (1), que en 1554 contaba ya 300 estudiantes; en 1555 recibió la Orden de Juan III el llamado colegio real de Coimbra (2), que formaba parte de la Universidad, pero pronto lo dejaron los jesuítas. En 1553 se erigió en Lisboa una segunda casa, la llamada Casa Profesa de San Roque (3); en el mismo año comenzóse en el colegio de Lisboa a dar enseñanza a estudiantes de fuera (4), siendo en número de 600 los que en 1554 acudían a sus clases (5). Para el común del pueblo lo eran todo los jesuítas, que en conjunto, con los ministerios espirituales con los prójimos y con la enseñanza tenían tanto trabajo, que no eran sus fuerzas suficientes para todo (6).

Del grave peso de tener que encargarse del tribunal de la Inquisición de Lisboa, los libró la reclamación del Inquisidor general, el cardenal Enrique, que por ahí, según palabras de Polanco, vino a prestar un gran servicio a la Orden (7). San Ignacio se había visto en no pequeña perplejidad por el deseo que había el rey manifestado respecto a eso, no ciertamente por razón de reparos de principios, sino porque el cargo de Inquisidor podía considerarse como una especie de prelatura, y su Orden no había de aceptar prelaturas. Hizo examinar este asunto por espacio de tres días a seis de los jesuítas más inteligentes, y después se resolvió a dejar todo el negocio al juicio del rey. Cuando llegó la respuesta a Portugal, el cargo de Inquisidor había sido ya conferido a un dominico (8).

A pesar de todo el brillo exterior, la Compañía de Jesús precisamente en Portugal había de atravesar una crisis, como en ningún otro país (9). Faltaba allí una firme dirección; Simón Rodríguez no era muy a propósito para su cargo de Provincial. En la admisión de los novicios se procedía sin la necesaria elección; entre

(1) Polanco, II, 377; III, 422; IV, 543. Paulo IV confirmó en 15 de abril y 20 de septiembre de 1559 la cesión del colegio a los jesuítas. (Delplace,) *Synopsis actorum S. Sedis in causa Soc. Iesu I, Florentiae 1887, 17.*

(2) Polanco, V, 588 s.

(3) Nadal, Epist. I, 197 ss.

(4) Polanco, III, 394, 402 s.

(5) Ibid., IV, 524.

(6) Ibid., II, 135 s., 676; IV, 527; V, 566.

(7) *Prorsus de Societate benemeritus fuit, quod impedit, ne id fieret.* Polanco, V 603, n. 1663.

(8) Ibid., Mon. Ign. Ser. 1, IX, 226; Ser. 4, I, 320, 327. Epist. mixtae, IV, 702.

(9) Astrain, I, 585-629.

los pertenecientes a la Orden se mostraba un anhelo de independencia y de vida mundana, que a la larga había de tener las peores consecuencias; Rodríguez procuraba en general formar su Provincia según su propio dictamen, independientemente de lo restante de la Orden. El descontento de los elementos insubordinados llegó a estallar abiertamente, cuando al fin fué depuesto Rodríguez en 1552. Sin embargo, precisamente ahora se mostró de un modo clarísimo, que S. Ignacio y los suyos estaban resueltos a oponerse con férrea energía al daño que amenazaba. Unos 130 miembros de la Orden, que no quisieron sujetarse, fueron despedidos inmediatamente, y S. Ignacio aprobó este paso de su representante Torres(1). Por julio de 1553 ya no había más que 105 jesuitas en el suelo portugués (2).

La paz fué de nuevo amenazada, cuando a principios de 1553 volvió Rodríguez a Portugal, y procuró ganarse la corte para su reposición. Sólo por junio de 1553 obedeció al mandato de Loyola, de ir a Roma. Allí insistió en que se examinase su causa formal y jurídicamente. Habiendo sido para él desfavorable la sentencia de los jueces, sujetóse a ella después de algunas vacilaciones (3). Entre tanto se publicaron en Portugal las Constituciones de la Orden, sobre cuyo fundamento tomó un nuevo impulso la Provincia portuguesa.

Un campo sumamente extenso se abrió a la acción reformadora de la Orden en *Italia*. Las relaciones de los misioneros jesuitas, como también otras fuentes históricas, muestran cómo allí el descuido en lo tocante a la religión había subido por lo general a un grado casi increíble. Con frecuencia se quejan los misioneros de que el pueblo muchas veces ni siquiera sabía las oraciones más usuales (4), y de que se hallaba gente, que desde los siete u ocho años, o también desde los treinta y cuarenta, no se habían confesado más (5). Por grandes que se estimen las consecuencias de las

(1) Carta de 18 de diciembre de 1552: Mon. Ign. Ser. 1, IV, 559 ss.

(2) Epist. mixtae, III, 397.

(3) Carta de Luis Gonçálvez, de 20 de mayo de 1554: Epist. mixtae, IV, 180 ss. Siendo anciano, volvió Rodríguez a Portugal en 1574 y murió en 1579 en Lisboa.

(4) Polanco, II, 175, 503. Tacchi Venturi, 267 ss.

(5) Polanco, II, 19 s. (Tívoli), 224, 226, 245 (Sicilia), 483 (Venecia). Tacchi Venturi, 268. Buschbell, 12 (Verona). Cuando en Camerino, en 1556, fuera del tiempo de cuaresma, exhortó un jesuita a la confesión, al principio se reía la

luchas y guerras casi incesantes, que afligieron a Italia, la decadencia religiosa es en parte a no dudar una herencia del período del Renacimiento, en el cual no pocos obispos y Papas descuidaron gravemente sus obligaciones. El descuido en materias religiosas era por extremo notable en las regiones de la Península, que estaban más atrasadas en cultura y civilización. Todavía en el tiempo que media entre 1561 y 1570, era tan grande la ignorancia en los Abruzzos, en Calabria y la Pulla, que los misioneros jesuitas llamaban a estas regiones la «India italiana» (1). Con todo eso, el pueblo en modo alguno era desafecto a la religión; donde sacerdotes dignos se interesaban de veras por la gente, aflucía ésta numerosa y era fácil moverla a una vida cristiana y ejemplar. De la región de Módena escribe Landini en 1551, que podía él observar claramente el mejoramiento moral que se había efectuado desde su primera visita; que hasta en los días de trabajo venía gente a los sermones, que antes no hubiera sabido lo que significaba el tocar las campanas; que nadie salía de la iglesia antes que él y que algunos iban también a otros pueblos a oír el sermón; que no se le dejaba partir si no prometía volver, y que se le salía a recibir cuando se acercaba a una localidad; y que sacerdotes de comarcas lejanas le suplicaban fuese a visitar sus parroquias (2).

Señaladamente era espantoso el estado en que se hallaba la isla de Córcega, por lo cual, a instancias de la Señoría de Génova, el Papa Julio III en 5 de agosto de 1552, envió allá como delegados suyos dos misioneros jesuitas, con plenos poderes para visitar las iglesias y conventos (3). Las relaciones de los dos comisarios pontificios, Silvestre Landini y Manuel Gómez de Montemayor, diseñan un cuadro de cultura poco halagüeño (4). La isla está dividida en seis obispados, pero desde sesenta o setenta años atrás ninguno de los obispos nombrados se ha dejado ver en Córcega. Los sacerdo-

gente; pero las mujeres estaban tan asombradas de que en semejante tiempo se predicase y se hablase de la recepción de los sacramentos, que casi creían que había llegado el fin del mundo. Polanco, VI, 84.

(1) Tacchi Venturi, 269 s.

(2) Carta de 16 de mayo de 1551: *Epist. mixtae*, V, 700; cf *Epist. quadri-mestres*, I, 311.

(3) Un extracto del breve se halla en (Delplace,) *Synopsis actorum S. Sedis in causa Soc. Jesu*, I, 13; cf. el Apéndice, Disposiciones sobre reforma.

(4) Polanco, II, 464; III, 80 ss. Las cartas de Landini y Gómez pueden verse en las *Epist. mixtae*, III, 62, 88, 91, etc.

tes son tan ignorantes, que a principios de febrero de 1553 Landini no había examinado ni siquiera a uno, que supiese exactamente aun solo la fórmula de la consagración para la santa misa; van vestidos de seglar y trabajan todo el día en el monte, para ganar el sustento para sí y sus hijos. Las iglesias están ruinosas y se utilizan con frecuencia para albergue de los ganados. La gente vive en extrema pobreza, y tiene que sufrir muchísimo de los corsarios. En lo tocante a religión reina el mayor descuido. Landini, que todavía en 1551 y 1552, en sus viajes de misión por las regiones de Módena y Génova había visto por experiencia las cosas más increíbles, escribe en 7 de febrero de 1553 (1), que en ninguna parte había hallado peor situación que la de Córcega; que con razón se le había escrito desde Roma, que allí podría hallar su India y Abisinia, porque aquí reinaban la mayor ignorancia acerca de Dios, mil suertes de supersticiones, innumerables enemistades, odios encarnizados, homicidios por todas partes, soberbia diabólica, incesantes deshonestidades, y a esto se añadían usuras, fraudes, perfidias e incurables arrebatos de cólera. Algunos estaban ocultamente inficionados de herejía, muchos no sabían persignarse y había gente con canas que ignoraba el padrenuestro y avemaría.

A pesar de todo eso, fué también aquí fácil mover al pueblo a la práctica de la religión y a la mudanza de costumbres. Los misioneros desde la mañana hasta la noche estaban asediados por la gente. Diariamente se llenaba en Bastia la iglesia de bote en bote durante los sermones de Landini, diariamente tenían que ayudarle más de seis franciscanos a oír confesiones, y diariamente se contaban de sesenta a ciento cincuenta comuniones. Personas que habían vivido veinte años enemistadas, se reconciliaron, y un sinnúmero de amancebamientos fueron disueltos u ordenados (2). Landini comparaba el fervor nuevamente inflamado al de la primitiva Iglesia (3).

Como algunos malos sacerdotes procurasen obtener en Roma por medio de calumnias, que se mandase volver a los dos comisarios pontificios, el ayuntamiento de Bastia, el gobernador de la isla y varios cursos principales dirigieron exposiciones por escrito al Papa Julio III y a S. Ignacio de Loyola, dando brillante testi-

(1) Epist. mixtae, III, 114, ss.

(2) Epist. mixtae, III, 114, 168 s.

(3) Ibid., 114, 167, 173.

monio de los trabajos de los misioneros (1). Mas a pesar de eso tuvo ya que dejarse la misión el año siguiente de 1554, porque los corsos, confiando en Francia, se habían levantado contra la dominación de Génova y toda la isla estaba llena de turbaciones y revueltas de guerra. Landini sucumbió allí a consecuencia de sus esfuerzos y privaciones el 3 de marzo de 1554 (2). En Córcega se le consideró como santo (3).

La causa del descuido religioso del pueblo estaba sobre todo en la ignorancia de los sacerdotes. También en Italia era cosa del todo nunca oída que los párrocos predicasen, varios de ellos nunca oían confesiones, y muchos apenas o nada enteramente sabían leer (4). Por eso también S. Ignacio de Loyola atendió sobre todo a la erección de colegios, porque sólo sobre el fundamento de la enseñanza podía prosperar la reforma religiosa, y faltaba enseñanza. Así escribe v. gr. Doménech desde Palermo, el 4 de julio de 1547, que se deseaba allí mucho un colegio de jesuítas, «porque aquí reina tan notable ignorancia entre los clérigos, que no se podría creer, si no se viese con los ojos. En gran parte la causa está en que no hay medio ni coyuntura para estudiar, pues aquí en la capital del reino no hay ni una sola escuela pública de gramática» (5). Eran por tanto muy apetecidos los colegios de los jesuítas. A las casas que tenía la Orden en Roma, Tivoli, Padua, Bolonia, Mesina y Palermo, las cuales se habían ya erigido en tiempo de Paulo III, añadiéronse todavía en el pontificado de Julio III, prescindiendo del Colegio Romano, las de Venecia en 1550, Ferrara, Nápoles y Florencia en 1551 (6), Módena, Parma y Bassano en 1552, Monreale en 1553, Argenta junto a Ferrara, Génova, Siracusa, Catania y Loreto en 1554. En el año de la muerte de Loyola estableciéronse todavía colegios en Sena y Amerino. Naturalmente tan numerosas fundaciones nuevas sólo

(1) Hállanse impresas en las *Epist. mixtae*, III, 182-201, 210 s.

(2) Polanco, IV, 36 ss.

(3) *Ibid.*, apéndice, 681 ss.: *Processo intorno alla santità del P. Silv. Landini*.

(4) Tacchi Venturi, 27 ss.

(5) *Litterae quadrimestres*, I, 51.

(6) Cf. Ed. Fueter, La primera entrada de los jesuítas en Florencia: *Revista de Historia eclesiástica*, XXVIII, Gotha, 1907, 432-453. Sobre la protección que dispensó a los jesuítas la duquesa de Florencia, véase Tacchi Venturi en la *Civ. catt.*, 1898, Luglio, 16, y *Arch. stor. Ital.*, Ser. 5, XXII, 217.

eran posibles, porque muchísimos habían pedido entrar en la Orden. Cuando en 1551 fueron presentados a Julio III los jesuitas, que estaban destinados para los colegios de Florencia y Nápoles, preguntó asombrado: «¿Quedará todavía alguno en Roma?» Fácilmente se pudo tranquilizar al Papa respecto á eso (1).

La ocasión para fundarse estos establecimientos la daban comúnmente los sermones, que un miembro importante de la Orden había tenido en una ciudad. Si las negociaciones sobre la erección de un colegio se llevaban a término, enviaba S. Ignacio inmediatamente no brillantes fuerzas, sino sólo algunos jóvenes del Colegio Romano, porque pensaba que era mejor, que semejante casa después de modestos principios, se desenvolviese hasta llegar a gran florecimiento, que no el que comenzara brillantemente, pero después no se mantuviese en el primer esplendor (2). También era máxima suya, que un colegio ha de sostenerse por sí mismo (3), por lo cual casi todas estas fundaciones tenían que luchar a los principios con gran pobreza. En Perusa vivieron los jesuitas por algún tiempo sólo de pan, vino y sopa (4), y por otra parte la casa estaba en muy mal estado. En Venecia, aun antes de la fundación del colegio, se tuvo que usar la más extremada circunspección. La República sospechaba en todas partes maquinaciones políticas. Sólo el que los jesuitas escribiesen a Roma cada ocho días, excitaba recelo; oír en confesión a señoras de la aristocracia y encaminarlas a la frecuente recepción de los sacramentos, era cosa peligrosa, por la cual poco antes se había desterrado de la ciudad a los barnabitas. Cuando se hubo logrado fundar el colegio, muchos estudiantes no perseveraron, porque el carácter mercantil de la ciudad comercial no era favorable a los estudios (5). En Mesina se deseaba a la verdad un colegio, pero no se le quería proveer de las rentas necesarias; y en Módena se infamó a los jesuitas como hipócritas e ignorantes (6). Pero a pesar de todo eso, la nueva Orden iba echando poco a poco hondas raíces. La enseñanza de la juventud era el arma principal, con que los jesuitas hacían frente también en Italia a la invasión del protestantismo.

(1) Polanco, II, 173.

(2) Ibid., 432.

(3) Ibid., 507.

(4) Ibid., 438.

(5) Ibid., 480.

(6) Ibid., 459.

Si se prescinde de la actividad por medio de la pluma, la acción reformadora de la nueva Orden se manifestó ya en vida de su fundador en todas direcciones, así en la ciencia como en la vida, así entre los doctos como entre los indoctos. A monasterios de monjas que estaban horrorosamente indisciplinados y sin subordinación, los redujeron los jesuitas no raras veces con sus Ejercicios a buen estado (1). A religiosos fugados del claustro, que muchas veces habían sentado plaza de soldado (2), procuraron inducirlos a volver a sus conventos (3). Iban a las cárceles y a las galeras para llevar un consuelo espiritual a los presos enteramente abandonados (4). Laínez y más tarde Nadal, como también varios capuchinos, acompañaron como capellanes de la armada a las flotas cristianas, que zarpaban de Sicilia contra los corsarios (5); Bautista Romano, judío convertido, utilizaba sus conocimientos en lenguas orientales, a fin de ganar para la Iglesia a bordo de navíos turcos, a mahometanos y renegados (6). Los jesuitas combatían la usura (7), recogían limosnas para los pobres (8), reconciliaban a enemigos (9), se afanaban por procurar un asilo a pecadoras arrepentidas (10), y hacían ya tentativas para formar misioneros que hablasen el árabe, para la conversión del norte de Africa (11).

El campo de trabajo muchísimo más lleno de espinas fué el que se abría para el celo reformador de la reciente Orden a la otra parte de los Alpes. Nadal, que conocía a vista de ojos el estado en que se hallaba la Península tanto Pirenaica como Apenina, y en 1555 estuvo también entre los jesuitas alemanes con el cargo de Visitador, expresa con franqueza, que el trabajo en *Alemania* es notablemente más arduo y tan glorioso como el de la India (12).

(1) Polanco, II, 175, 502.

(2) Ibid., 238, n. 164.

(3) Ibid., 29, 461.

(4) Ibid., 37 s. (Palermo), 184 (Florencia), 231 (Mesina), 425 (Roma), 435 (Perusa), 458 (Módena), 483 (Venecia).

(5) Ibid., 45 s., 237 s. Guglielmotti, Guerra de' pirati, II, 203.

(6) Polanco, II, 484, n. 159.

(7) Ibid., 36, 483.

(8) Ibid., 253, 503.

(9) Ibid., 225 y con frecuencia.

(10) Ibid., 234.

(11) Ibid., 51 s.

(12) Epist. IV, 214.

«Es lástima indecible, que una tan grande, poderosa y noble nación se halle en tan triste estado. Pero con la gracia de Cristo hay mucha esperanza de que se la pueda ayudar, y estoy persuadido de que Dios la ayudará por medio de la Compañía, con la autoridad y favor de la Sede Apostólica.» (1) «¡Ay de nosotros, dice en otra parte, si no ayudamos a Alemania!» (2) «No hay aquí ni religiosos, ni clérigos, ni teólogos, de modo que hasta los príncipes y obispos católicos no saben qué hacer. Hartos católicos hay que por penuria sufren curas casados, públicos concubenarios y predicadores medio luteranos, por no hallar otros.» Una de las causas de la corrupción dice que consiste, en que no hay católico en Alemania que no lea los libros de los herejes, y en que casi no se venden en materia de religión otros libros. «Todas las posadas hallábamos llenas de libros de Lutero y otros herejes, que leen los niños y mujeres, y con todo estábamos en tierras que se llaman católicas.» (3) «Ya no hay casi ningún católico en Alemania que escriba contra luteranos (4), y los antiguos libros católicos ya no se imprimen, ni casi se hallan, de modo que los mismos católicos dicen, que no tienen para leer otros libros que los de estos herejes.» (5) «Aun los teólogos católicos leen comúnmente semejantes libros, y por ahí han venido a una mezcolanza de teología.» (6)

El remedio de tan grandes inconvenientes lo esperaba el perspicaz observador, también en Alemania, sobre todo de los colegios. Fuera de eso encarece Nadal respecto de Alemania un medio, del que apenas se habla en otras naciones: la actividad literaria. Él hubiese deseado, que Laínez fuera a Alemania y allí escribiese contra los luteranos; trató con el «canciller Widmanstadt, a fin de que por su medio se fundase en Viena una imprenta, que suministrara diariamente libros católicos contra los luteranos (7).

Con todo, en vida de S. Ignacio no se logró crear gran número de colegios en Alemania. Los príncipes alemanes no

(1) Carta a S. Ignacio, fechada en Dilinga el 22 de abril de 1555: Epist., I, 298.

(2) Ibid., IV, 215 s.

(3) Ibid., I, 301, s.

(4) Ibid., 306.

(5) Epist., I, 309.

(6) Ibid., 303.

(7) Ibid., 305, 309.

comprendían, que se hubiesen de erigir establecimientos religiosos, puesto que, según ellos, no eran menester conventos, sino obispos y párrocos (1). Primeramente se procedió en 1552 a la fundación de un colegio en Viena, el cual en 1555 contaba ya 400 estudiantes y 10 profesores (2). Fuera de eso poseía la ciudad el año en que murió S. Ignacio, un noviciado y un convictorio. Hasta el último año de la vida del fundador de la Orden no se erigieron otros tres colegios, que fueron los de Colonia, Ingolstadio y Praga.

En parte ya el colegio de Colonia y todavía mucho más los de Ingolstadio y Praga, los debió la Compañía de Jesús al influjo de aquel varón, que tiempo adelante había de ser el fundador de la Provincia alemana de la Orden y el alma de sus empresas, Pedro Canisio. Colonia, para la Iglesia del siglo xvi puesto tan importante, como a menudo expuesto a mil peligros, había recibido a los jesuítas al principio nada menos que amigablemente (3). Fueron de un modo especial los sermones de Canisio los que poco a poco les fueron conquistando amigos (4). «Si pudiésemos abrir sólo una escuela, escribía en 1549 el Superior de los jesuítas de Colonia, Leonardo Kessel (5), sería fácil ganar para Cristo a toda la juventud, y con ella a los demás.» Cumpliósese este deseo, cuando se tuvo que proveer de nuevo el colegio de las Tres Coronas, a causa de la apostasía de su director. A los jesuítas ciertamente no quiso cederlo el ayuntamiento, pero no pudo negarlo al hijo de uno de sus burgomaestres, Juan Rethio, que pertenecía a la Compañía. El colegio de las Tres Coronas se desenvolvió muy rápidamente, y fué para Alemania casi lo mismo que fué el Colegio Romano para toda la Orden: un plantel que envió operarios a todas partes (6).

(1) Ibid., 289. Polanco, II, 262.

(2) Duhr, Historia de los jesuítas en los países de lengua alemana, I, Friburgo, 1907, 49. El establecimiento de los jesuítas en Trento, que Madruzzo intentaba, no llegó a efecto; véase la *carta del card. Pole a Madruzzo, fechada en Roma el 27 de febrero de 1553, en el Arch. Trid., cap. LV, n. 25. *Archivo del Gobierno de Innsbruck*.

(3) Braunsberger, I, 136, 672 s.

(4) Ibid., 143.

(5) Carta a S. Ignacio de 4 de octubre de 1549, que se halla en las Litt. quadrim., I, 172. Sobre L. Kessel, cuyo fuerte estaba en el cuidado y dirección de las almas, véase T. Virnich en los Anales de la Asociación de estudios históricos sobre el Bajo Rin, Colonia 1911, cuaderno 90.

(6) Duhr, I, 33 ss. Mon. Ign. Ser. 1, XI, 200 ss. Klinkenberg, El gimnasio de S. Marcelo, Colonia, 1911.

A Ingolstadio fué enviado Canisio junto con Salmerón y Jayo, para leer públicamente en la Universidad. Pero los nuevos profesores sólo tuvieron catorce oyentes, los más de los cuales ni poseían la formación preparatoria necesaria, ni interés por la religión y la ciencia. Por lo cual se mandó pronto volver de allí a Salmerón y Jayo. Canisio se quedó; por medio de la enseñanza privada que daba a los estudiantes, con sus lecciones públicas y su celo en los ministerios apostólicos, obtuvo muchos triunfos y se conquistó gran crédito y reputación. Ciertamente lo más importante hubiera sido un colegio, dada la insuficiente preparación de los estudiantes; pero las negociaciones comenzadas en 1555 no pasaron adelante, y por eso S. Ignacio mandó ir a Viena a los jesuitas de Ingolstadio. Tres años más tarde fué llamado otra vez Canisio a Baviera para nuevas negociaciones, y un año después se abrió el colegio (1).

En Ingolstadio solían estudiar muchos bohemios. Los brillantes éxitos obtenidos por los jesuitas, tanto en la Universidad de dicha ciudad como en Viena, excitaron por tanto entre los católicos bohemios la esperanza, de que con los nuevos religiosos se podría proveer a su patria de una institución escolar teológica que allí faltaba. En 1552 se dirigieron en este sentido al rey Fernando I, quien aprobó esta propuesta con tanto más gusto, cuanto que en Bohemia el estado de la Iglesia parecía aún más desesperado que en Alemania. Católicos, utraquistas, hermanos bohemios y luteranos luchaban allí por alcanzar predominio; no había ni un obispo en la región, sujetos indignos procuraban por toda clase de medios obtener en país extranjero la ordenación sacerdotal, el estado eclesiástico era despreciado, muchas parroquias estaban sin proveer, de las que después se apoderaron los predicadores protestantes, y la Universidad se hallaba en poder de los utraquistas. Sobre la erección de un colegio que habían de dirigir los jesuitas, trató ya Canisio en 1554; dos años más tarde pudo ser abierto en Praga en el monasterio de S. Clemente (2).

(1) Duhr, I, 53 ss. Braunsberger, I, 688 ss. Mon. Ign. Ser. 1, X, 535 ss. G. Friedensburg, Sobre el primer establecimiento de los jesuitas en Baviera, 1548-1549: Archivo para la historia de la Reforma, 1912, 85-89.

(2) A. Kroess, Historia de la Provincia de Bohemia de la Compañía de Jesús, I, Viena, 1910, 3-36. Braunsberger, I, 495 ss., 545 ss., 762 ss. Mon. Ign. Ser. 1, VIII, 78 s.; X, 689 ss. Cf. Schmidtmayer en las Comunicaciones para la historia de los alemanes en Bohemia, XLIII, 122 ss.

Cuando Canisio trabajaba por los colegios de Praga e Ingolstadio, tenía su permanente residencia en Viena, donde el estado de las cosas había tomado un cariz tan peligroso, que a juicio de Nadal toda la ciudad hubiese ya caído en poder del luteranismo sin los activos ministerios de los jesuitas (1). Canisio tomaba parte con mucho ardor en los trabajos de sus hermanos en religión; predicaba en alemán e italiano con gran fruto, tenía lecciones sobre la carta de S. Pablo a los romanos, se interesaba por los presos, y en los alrededores de la ciudad visitaba las parroquias que estaban sin sacerdote (2). Fernando I por los años de 1553 a 1556, a impulso de los nuncios pontificios, deseó con mucha instancia su elevación al obispado de Viena, dignidad que Canisio rehusó constantemente (3). A pesar de algunos progresos, con todo las cosas en Viena estaban en situación muy peligrosa. Canisio escribe en 5 de enero de 1554, que se maravilla de que en la ciudad del Danubio no haya llegado todavía el martirio para los católicos fieles a su fe (4).

En Viena compuso también Canisio la más importante de sus obras, su Catecismo (5). Faltaba hasta entonces un compendio manual de la religión católica, que tuviese cuenta con las necesidades de aquellos tiempos; los maestros, aun en regiones católicas, eran comúnmente luteranos (6), y se enseñaba a la juventud católica según los catecismos de estos herejes. Fernando I instó a los jesuitas de Viena a componer un catecismo ortodoxo. Luego que llegó S. Pedro Canisio a esta ciudad en 1552, se le confió este trabajo; ya en 1554 pudo presentar al rey la primera parte del Catecismo, y al año siguiente se publicó sin el

(1) Epist., I, 311.

(2) Duhr, I, 73 s. A. Kroess, El Beato Pedro Canisio en Austria, Viena, 1898, 31 ss., 37 ss.

(3) Para la cuestión de si Canisio, a lo menos por algún tiempo, tuvo la administración del obispado, cf. N. Paulus en la Revista de Teología católica, 1898, 742 ss. Un breve de Julio III, de 3 de noviembre de 1554, le confiere la administración del obispado por un año (Braunsberger, I, 506 ss.); pero todavía en 2 de abril de 1555 le escribe Polanco: Della administratione del vescovato non se parla più, sì che V. R. è libera al tutto. Mon. Ign. Ser. I, VIII, 623; cf. ibid., 279, 400, 403, las cartas de 15 de enero y 12 y 13 de febrero de 1555.

(4) Braunsberger, I, 443.

(5) O. Braunsberger, Origen y primer desenvolvimiento de los catecismos del Beato Pedro Canisio, Friburgo, 1893. Braunsberger, II, 883 ss. Paulus en la Revista de Teología católica, 1903, 170 ss.

(6) Nadal, Epist., I, 311.

nombre del autor, pero con un decreto imperial a la cabeza, que prescribía el uso de este librito para las escuelas de los Estados hereditarios de Austria. Estaba destinado para los profesores y la juventud que estudiaba, y por eso se había compuesto en latín. Ya en 1556 se publicó un extracto muy breve de este Catecismo mayor, en latín en Ingolstadt, y en alemán en Dilinga. Un tercer Catecismo que guarda un término medio entre los otros dos, se imprimió por primera vez en Colonia en 1558. Todos estos Catecismos tuvieron muchísimas ediciones y traducciones. En Alemania obtuvieron incalculable importancia para llevar al cabo la reforma católica, pues según ellos se enseñó a la juventud durante varios siglos (1).

Poseer un colegio en París, centro de los estudios teológicos, había sido ya muy pronto un deseo predilecto de Loyola; pero precisamente en *Francia* sólo después de largas luchas con los magistrados y prelados galicanos, pudo la Compañía de Jesús conseguir el derecho de admisión (2). A la verdad, allí ya muy pronto se conquistó también poderosos amigos. El cardenal de Lorena, Carlos de Guisa, ganado por S. Ignacio durante su presencia en Roma en 1550 (3), se mostró su fiel protector, y el rey Enrique II quedó afecto a ella a pesar de la contradicción de los que le rodeaban (4). Al obispo de Clermont, Guillermo du Prat, debieron más adelante su origen no menos que tres colegios de jesuitas, y entre ellos de un modo especial el importante colegio de París. Pero precisamente acerca de la fundación de este establecimiento docente, tuvieron que sostener los jesuitas una lucha de más de diez años, cuyo decurso arroja interesantes ráfagas de luz sobre la posición, en que se hallaban los personajes influyentes respecto de la Santa Sede.

El obispo du Prat había reconocido ser requisito principal, para hacer frente al luteranismo que todo lo invadía, la elevación de la enseñanza. Por eso, una casa de París que pertenecía a los obispos de Clermont, la destinó para un colegio, en el cual habían de hallar su formación científica los futuros profesores

(1) Cf. Janssen-Pastor, IV ¹⁵⁻¹⁶, 437 ss.

(2) H. Fouqueray, *Hist. de la Compagnie de Jésus en France*, Paris, 1910, 195 ss.

(3) Polanco, II, 89 s. Mon. Ign. Ser. 1, XI, 451; cf. Romier, 35 s.

(4) Mon. Ign., loc. cit.

de las escuelas de su diócesis. Pero faltaban jóvenes que se inclinassen a entrar en él. A consecuencia de esto, en 1546 se dirigió desde Trento por medio del P. Jayo a S. Ignacio (1), y vuelto a Francia el año siguiente, pensó en entregar en propiedad su casa de estudios de París a los jesuitas de esta ciudad (2).

Con todo, este plan sólo era realizable, si la nueva Orden era admitida en Francia por real decreto. El rey a la verdad, a ruegos del cardenal de Lorena, firmó una ordenación respecto a eso ya en 1550 y otra vez en 1551; pero para que este decreto obtuviese validez jurídica, había de ser examinado por el Consejo real, sellado por el canciller y registrado por el Parlamento. Mas era difícil alcanzar el consenso del Parlamento, partidario de las ideas galicanas. Acrecentóse todavía la dificultad por un desacuerdo del Superior de los jesuitas, Viola. Para disponer al Consejo real más en favor de su petición, le había presentado Viola el decreto pontificio de 18 de octubre de 1549, por el cual se confirmaban los privilegios de la Compañía de Jesús, y el Consejo comunicó este documento pontificio al Parlamento. Con esto tomó ahora todo el negocio un rumbo enteramente nuevo; ya no se trató sobre la admisión de los colegios de los jesuitas en Francia, sino sobre los privilegios de los jesuitas, y en general acerca de la validez de los privilegios pontificios en suelo francés.

Puso especial reparo el procurador general del Parlamento, Noel Bruslart, en que el Papa sustrajese a la nueva Orden de la jurisdicción de los obispos, y la eximiese de pagar los diezmos eclesiásticos. Conforme al sentir de Bruslart declaró después también el Parlamento, que la Orden de los jesuitas perjudicaba a los derechos así del rey como del Estado, y violaba el orden jerárquico (3). Con eso quedó en reposo el negocio provisionalmente; y a los jesuitas les fueron devueltos sus documentos.

Sólo a fines de 1552 dió nuevos pasos el nombrado Provincial de Francia por junio del mismo año, Pascasio Broet, francés de nación y discípulo de la Universidad de París. Logró conseguir una real orden de 10 de enero de 1553, que mandaba al Parlamento registrar ahora finalmente el antiguo decreto en favor de

(1) Epist. Broeti, Iaii, etc., 307 s.

(2) Tournier en los *Études*, XCVIII (1904), 465 ss., 622 ss. Fouqueray, 150 ss.

(3) Fouqueray, 197, 199.

los jesuitas. Pero la resistencia de los consejeros del Tribunal de París todavía por mucho tiempo no fué quebrantada. El 16 de enero pidió el abogado general Séguier, que se hiciesen representaciones al rey; el 8 de febrero se tomó la resolución de que antes de pasar adelante, se habían de entregar la patente real y las bulas pontificias al obispo de París, Eustaquio du Bellay, y a la Facultad de Teología, para que emitieran su dictamen.

Eustaquio du Bellay era galicano. Consideraba a la Orden de los jesuitas como no existente de derecho, y había negado a sus miembros la licencia de predicar y confesar, porque no estaban sujetos a su jurisdicción. Por consiguiente sólo podían ejercer los ministerios en bien de las almas en la abadía de benedictinos de Saint-Germain-des-Prés, no sujeta al obispado de París, o en la vecina diócesis de Soissons. Lo que él siempre había reclamado, la jurisdicción sobre los jesuitas, parecióle ahora otorgado, cuando el Parlamento le encomendó la decisión sobre ellos; era de esperar de antemano que no decidiría contra sí mismo, reconociendo los privilegios pontificios de los jesuitas.

Cuando Broet se presentó al obispo para entregarle las bulas pontificias, declaró en efecto du Bellay redondamente, que había ya demasiadas Órdenes, aun sin los jesuitas. A la réplica de que el Papa y el rey habían con todo confirmado la Compañía de Jesús, siguióse la respuesta, de que el Papa no podía dar esta confirmación respecto de Francia, y el rey tampoco, puesto que se trataba de cosas espirituales (1). Su dictamen, pues, resultó también desfavorable. El mismo nombre de Compañía de Jesús, declaró él (2) que era una presunción. Manifestó que con su voto de pobreza perjudicaban los jesuitas a las Órdenes mendicantes, y con sus ministerios de predicar y confesar, a los párrocos. Que varios de sus privilegios atentaban a los derechos de los obispos, del Papa y de las Universidades. Que como afirmaban que querían trabajar en la conversión de los turcos e infieles, erigiesen sus casas en las fronteras de la cristiandad, pues era demasiado largo el camino que hay desde París a Constantinopla.

No se mostró menos esquivo la Facultad de Teología. Primeramente procuró dilatar el negocio. Pero al fin declaró el decano

(1) Carta de Broet a S. Ignacio, de 4 de marzo de 1553: *Epist. Broeti etc.*, 87.

(2) Du Plessis d'Argentré, *Collectio judiciorum*, II, 194. Fouquieray 206.

al Provincial Broet, que los jesuitas nada conseguirían, que sus privilegios no estaban confirmados por «la Iglesia, esto es, por un concilio», y que el Papa no podía conceder ningunas prerrogativas en perjuicio de los obispos y párrocos (1).

Cuando después en 3 de agosto de 1554 apremió el Parlamento a que se diese una respuesta en el asunto de los jesuitas, veinte teólogos se pusieron a examinar diariamente las bulas pontificias, hasta que el 1.º de diciembre de 1554 se pronunció la decisión, que equivalió a una absoluta condenación (2). Según este documento, el mismo nombre de la nueva Compañía es malsonante; hay que reprobirla, porque admite sin distinción a toda clase de personas. A las Constituciones de la nueva Compañía se reprochan todas las discrepancias de las antiguas Órdenes, y se repite la inculpación, de que sus privilegios estaban en pugna con los derechos de los príncipes eclesiásticos y seculares. Como en resumen se dice al fin, que la Compañía de Jesús es peligrosa en lo concerniente a la fe, turba la paz de la Iglesia, trastorna el estado religioso y más destruye que edifica. A esta condenación de los documentos pontificios precede una introducción, en la que los doctores expresan su «profundo respeto a la Santa Sede».

El expresarse de semejante manera la docta corporación más autorizada, provocó en todas partes, como es natural, la mayor excitación contra la nueva Orden; en los pulpitos se predicaba contra los jesuitas y se fijaban carteles contra ellos. En 27 de mayo de 1555 mandó prohibirles el obispo, bajo pena de excomunión, todo ejercicio de sus santos ministerios, hasta que las bulas fuesen confirmadas por él, la Facultad y el Parlamento. Broet se sujetó, aunque hubiese sido inválida la excomunión, pero interpuso apelación a la Sede Romana (3).

De la general conmoción que se produjo aun en los jesuitas a consecuencia del decreto de París, quedó enteramente ajeno el mismo fundador de la Orden. Cuando los Padres más eminentes de Roma le representaron, que se había de escribir contra el decreto y refutar las falsas acusaciones, respondió con la mayor tranquilidad, que no era necesario. Tampoco en lo sucesivo quiso que se

(1) Carta de Broet a S. Ignacio, de 9 de agosto de 1553: Epist. Broeti, 94.

(2) Se halla en Du Plessis d' Argentré, II, 194 y (sin la introducción) en Polanco, IV, 328.

(3) Epist. Broeti, 102.

diesen pasos directos contra la insigne Facultad. La Compañía de Jesús, opinaba él, subsistirá todavía mucho tiempo, y la Universidad de París lo mismo; por tanto no está bien, que por una respuesta directa se acreciente todavía más y se perpetúe la oposición (1). Su plan era procurar, que de todos los lugares donde los jesuitas ejercían sus ministerios, se le diesen testimonios de príncipes eclesiásticos y seculares, como también de Universidades, presentar todo esto al Papa, de cuyo crédito y autoridad se trataba en este negocio, y después esperar a ver quién sería más poderoso, el decreto de París o el juicio de todo el mundo. Dieron semejantes testimonios en gran número los más ilustres personajes, entre los cuales el rey de Portugal Juan III, el virrey de Sicilia, las duquesas de Toscana y Ferrara, muchos obispos, las Universidades de Ferrara, Valladolid, Coimbra y Lovaina, y los Inquisidores de Ferrara, Florencia, Évora y Zaragoza (2).

Pero ni siquiera fué necesario hacer uso de estos documentos. Cuando el cardenal de Lorena fué a Roma en 1555 para concertar una alianza política con Paulo IV, hallábanse en su séquito cuatro doctores parisienses, y entre ellos el autor de aquel decreto de 1.º de diciembre de 1554. Entre estos doctores y cuatro de los más sabios jesuitas se tuvo una pacífica discusión sobre el decreto, bajo la presidencia del cardenal de Lorena, cuyo resultado fué, que el cardenal se decidiese en favor de los jesuitas, y los doctores confesasen su yerro. Una breve refutación por escrito del decreto, compuesta por el jesuita Olave, que era asimismo doctor de la Facultad parisiense, reforzó todavía el efecto de esta conferencia romana. El decreto de 1.º de diciembre de 1554 cayó pronto en olvido, aunque nunca fué revocado formalmente.

Sólo un colegio obtuvo la Orden en Francia en vida de Loyola, el de Billom, en 1556 (3). La ciudad, aun respecto al dominio temporal, estaba sujeta al obispo de Clermont, y éste dotó al colegio de sus bienes particulares. Por eso no fué aquí necesario un reconocimiento real (4).

Dificultades semejantes a las de Francia se opusieron al esta-

(1) Mon. Ign. Ser. 4, I, 216 (González al 17 de febrero de 1555), 375 s., 426.

(2) Hállanse impresos en las Acta Sanctorum Julii, tom. VII, Introducción a la vida de S. Ignacio, § 47, 48.

(3) Fouqueray, 175 ss. Mon. Ign. Ser. 1, XI, 366.

(4) Epist. mixtae, V, 725. Epist. Broeti 184.

blecimiento de la Orden en los *Países Bajos* (1). Tampoco allí podía abrirse colegio ninguno mientras la Compañía de Jesús no hubiese sido reconocida por el gobierno; mas alcanzar este reconocimiento mostróse ser cosa por extremo difícil. Carlos V estaba algo prevenido contra la nueva Orden, y cuando el emperador hubo partido para España, tūvose que contar todavía con la oposición de los dos hombres más influyentes del país, Granvela y Viglio van Zwichem. Van Zwichem suscitó muchas dificultades; opinaba principalmente, que los privilegios de los jesuistas no podían ponerse en armonía con los derechos de los obispos y párrocos (2).

A pesar de eso S. Ignacio no perdió la esperanza. A fines de 1555 envió a los Países Bajos al todavía joven P. Ribadeneira. En Lovaina y en Bruselas excitó éste estupenda admiración con sus sermones latinos, se conquistó el favor de poderosos magnates, especialmente del conde de Feria, y por su mediación obtuvo por febrero de 1556 una audiencia con Felipe II, quien le oyó con mucha afabilidad. Desde junio negoció principalmente con Ruy Gómez de Silva, cuyo influjo inclinó la balanza en favor de los jesuitas. Las cartas de recomendación de la infanta de España, doña Juana, y de S. Francisco de Borja, para la reina de Hungría, doña María, que por julio de 1556 se hallaba en Bruselas, hicieron lo demás. El 20 de agosto de 1556, Felipe II, sin hacer caso de la oposición del presidente del Consejo privado, Viglio, expidió los decretos, por los cuales la Compañía de Jesús obtuvo derecho de ciudadanía en Bélgica (3).

(1) (Delplace,) *L' établissement de la Compagnie de Jésus dans les Pays-Bas*, Bruselas 1886. Astrain, II, 366 ss.

(2) Cartas de S. Ignacio, VI, 573 ss.

(3) Ibid., 575 ss.; cf. Cauchie en el *Bullet. de la Comm. Roy. d' hist.*, Ser. 5, II (1892), 160.

V. Actividad de la Inquisición romana en Italia. Progresos de la herejía en Alemania, Polonia y Francia. La restauración católica en Inglaterra. Propagación del cristianismo en los países de fuera de Europa. S. Francisco Javier.

I

En la lucha contra el movimiento protestante, que amenazaba a la unidad católica de *Italia*, siguió Julio III enteramente las huellas de su predecesor. Uno de los primeros actos de su pontificado fué la confirmación de la Inquisición romana, recién fundada por el Papa Farnese. El 27 de febrero de 1550 nombró miembros de este tribunal a seis cardenales: Cupis, Carafa, Sfondrato, Morone, Crescenzi y Pole. El primer encargo que les cupo, consistió en la determinación de una respuesta, que el nuncio Próspero Santa Croce, residente en la corte de Fernando I, había suplicado en asuntos tocantes a los calixtinos bohemios (1). Se ve, y esto lo confirman también otros documentos, que la Inquisición romana había de ser una autoridad central para todas las naciones de la cristiandad; su incumbencia principal ciertamente se extendía a Italia, donde ahora como antes aparecieron numerosos herejes. Además de Módena y Ferrara, estaba principalmente amenazado el territorio de la República de Venecia (2). Sobre eso llevó Julio III en 1550

(1) Véase Massarelli, 157.

(2) Véanse los breves publicados por Raynald, 1550, n. 37 s., 57, y Fontana, 411, 418, 419, 420 s. Cf. Tacchi Venturi, I, 306, 329 s. Un recuento de los

una viva correspondencia con el nuncio Beccadelli. La Señoría procuró que no faltasen disposiciones contra los herejes, entre los cuales se hallaban muchos anabaptistas (1). Pero la concordia entre Roma y Venecia fué turbada seriamente, cuando por noviembre de 1550 decretó el Consejo de los Diez, que en el juicio de los herejes habían de estar también siempre presentes representantes del poder secular. El Papa vió en esto una amenaza a la libertad eclesiástica y una violación de los antiguos cánones, y expresó abiertamente, tanto al embajador veneciano como al nuncio, su desaprobación de esta orden (2).

Como también otras veces se tomaban con frecuencia semejantes disposiciones, Julio III hizo componer una bula en defensa del derecho eclesiástico contra las usurpaciones de las autoridades civiles. Presentó este documento a la Inquisición romana, la cual lo aprobó primero en una sesión de 30 de diciembre de 1550, y después en 2 de enero de 1551 (3). El 27 de marzo de 1551 se publicó la bula; en ella se inculcaba enérgicamente y con amenaza de excomunión, que fuera de las personas comisionadas por la Inquisición romana, nadie había de inmiscuirse en los procesos contra los herejes, con lo cual, sin embargo, no se perjudicaba al derecho de los obispos (4). Gracias a la habilidad del nuncio Beccadelli, se obtuvo en este asunto un concierto con la República de Venecia, el cual fué también aprobado por Aquiles de Grassi, enviado a Venecia por el Papa (5).

denunciados por la Inquisición veneciana desde 1541 hasta 1600 da Comba en la Riv. crist., III y IV. Sobre los anabaptistas del territorio veneciano, véase Druffel, II, 15; Estud. y crit. teol., 1885, 22 s.; Benrath, La Reforma en Venecia, 78 ss. Respecto de Brescia, véase el *breve para el Obispo auxiliar de dicha ciudad, de 22 de mayo de 1550 (Arm. 41, t. LVI, n. 459. *Archivio segreto pontificio*). Cf. Brown, VI, 3, App. n. 122.

(1) Además de Fontana, 411 y Massarelli, 170, 172, 175, 184, cf. Beccadelli, I, 96 ss. Una colección completa de las *relaciones que el nuncio Beccadelli envió desde Venecia, desde 1550 hasta 1554, se halla en el Cod. Vat., 6752 de la *Biblioteca Vaticana*.

(2) Véase Massarelli, 202, 203, 204; Beccadelli, I, 99 s.

(3) Véase Massarelli, 207 s., 209.

(4) La bula *Licet a diversis* (Bull., VI 431 s. y de nuevo en Fontana, 416 s.) lleva la fecha de 18 de marzo de 1551, pero no se publicó hasta el 27 de marzo (véase Massarelli, 220). Sobre este documento, cf. Phillips VI, 581 s.; Hergenröther, La Iglesia y el Estado, 607.

(5) Hinschius (VI, 336) para el convenio con Venecia, remite sólo a Sarpi, *Discorso dell' officio dell' inquisitione*, Geneva, 1639, 2, 39 ss.; las importantes correcciones y comunicaciones de Beccadelli (I, 102-104) se han

Ya en tiempo de Clemente VII había acontecido muchas veces, que se expusieran desde el púlpito opiniones heréticas. A consecuencia de esto, la Inquisición romana dió un decreto en 20 de mayo de 1550, según el cual todos los que anunciassen la palabra de Dios, habían de predicar abiertamente contra las opiniones luteranas, de lo contrario se había de considerarlos como sospechosos y proceder contra ellos (1).

El año siguiente, en las deliberaciones sobre la expedición de una bula, por la cual se había de reformar el modo de predicar y confesar, intervinieron los miembros de la Inquisición romana. Por el verano de 1552 se ocuparon éstos también en hacer averiguaciones contra algunos miembros de las nuevas Órdenes de los barnabitas y angélicas, los cuales por el exaltado proceder y la soberbia de Paula Antonia Negri se habían puesto en una situación peligrosa. El fin del proceso, en el cual el cardenal Carafa desplegó toda su severidad, fué la expulsión de la Negri de la Congregación de las Angélicas, la separación de éstas de los barnabitas y la condenación de los escritos de Fray Bautista da Crema, muerto en 1534, de los cuales la Negri y sus partidarios habían sacado cosas peligrosas. Para impedir en lo futuro semejantes abusos, nombró Julio III en 29 de julio de 1552 al cardenal Álvarez de Toledo, partícipe del modo de pensar de Carafa, protector de los barnabitas, con facultades para visitar a ellos y a las angélicas (2). No poco se amplió el círculo de acción del tribunal por un

pasado por alto, tanto a él como también a Druffel (I, 865). Gothein (S. Ignacio, 526) está informado de manera muy insuficiente. Cf. además Massarelli, 223. El Papa ya poco después de su elección quiso proceder contra la inmixción de los laicos, usual en Venecia, como se saca de la *relación de Serristori, de 2 de abril de 1550 (*Archivo público de Florencia*); véase además Brown, V, n. 656; cf. *ibid.*, 684. Su punto de vista en este negocio lo puntualiza Julio III en las instrucciones para Aquiles de' Grassi, fechadas el 23 de agosto de 1551 (*Bibl. Casanat. de Roma*, XIV, 38, pág. 97 ss.), que se hallan impresas defectuosamente en Weiss, Pap. de Granvelle, III, 579 s., y cuyas correcciones pueden verse en Druffel, I, 866 y en las Relaciones de nunciatura, XII, 62, nota. Estas instrucciones llevan también la data «23 de agosto», no 27, en la colección de las Istruzioni I, que se halla en el *Archivo Doria-Pamphili de Roma*, mientras que en la copia de *Estocolmo* (Biblioteca H, 22) hay la fecha equivocada «27». Sobre la misión del Magister s. palatii, motivada por la presencia de los anabaptistas en Venecia, véase Muzio, Lettere, 217 s.

(1) Véase Pastor, Decretos de la Inquisición romana, 61.

(2) Cf. el valioso trabajo de O. Premoli Fra Battista da Crema secondo documenti inediti, Roma, 1910, quien con todo no ha reparado en el importante *breve de Julio III, que pongo en el n.º 16 del apéndice, sacado del

riguroso edicto, que dió Julio III en 1.º de febrero de 1554, contra los blasfemos. Fueron constituidos jueces respecto a este delito los inquisidores romanos, y se les otorgó también la facultad de imponer castigos corporales (1).

La causa principal de la propagación de opiniones protestantes en Italia consistía en lo inundado que estaba el país de libros heréticos (2). El permiso para leer semejantes escritos, reservado al Papa por la bula *In Cena*, había sido otorgado muy ampliamente desde los tiempos de León X. Con todo eso, no se había obtenido el fruto de una impugnación más enérgica de los errores, que por ese medio se esperaba. Seguiáanse de ello malas consecuencias, tanto más, cuanto que semejantes libros eran leídos muchas veces por religiosos y seglares, bajo pretexto de que poseían el permiso para ello necesario. Por eso Carafa, ya en 1532, en su programa de reforma, presentado a Clemente VII, había pedido la revocación de todas las concesiones de esta especie (3). Julio III llevó al cabo esta disposición. Por una bula de 29 de abril de 1550, anuló todas las autorizaciones para leer y retener libros luteranos u otros heréticos o sospechosos, que hubiesen sido otorgadas por sus predecesores, por legados pontificios, por el Penitenciario mayor o por cualquier otro. Todos, fuera cual fuese la dignidad o estado que tuviesen, con la única excepción de los inquisidores o comisarios de la Inquisición, para el tiempo que durase su cargo, estaban obligados a entregar a la Inquisición semejantes escritos en el término de sesenta días. Contra los desobedientes habían de proceder los Inquisidores generales (4). Cuán rápidamente se ejecutase esta ordenación, muéstralo el hecho de que ya el 3 de junio

Archivo secreto pontificio. No ante la Inquisición, sino ante el tribunal del gobernador, se hizo en 1552 el proceso de una romana, por nombre Fausta Orsi (véase Bertolotti en la Riv. Europ. XXIII [1883], 618 ss.). Fu rimessa in carcere, dice Bertolotti, pero añade sin ninguna demostración: e senza fallo abbruciata come strega confessa. Ibid., 627 s., hay un relato sobre otro proceso de hechiceras en Roma, del año 1557.

(1) Bull., VI, 478 ss. Cómo Julio III apoyaba a la Inquisición en su proceder contra los que caían bajo la bula, se saca de la *carta de Serristori, de 3 de julio de 1554. *Archivo público de Florencia*.

(2) Véase Tacchi Venturi, I, 307 ss., 313 ss.

(3) Véase Bromato, II 186; cf. Reusch, I, 179-180. Sobre el programa de Carafa, v. también nuestras indicaciones del vol. X, 225 ss.

(4) Esta bula se halla en Eymericus App., 115 s. y Fontana, 412 s.; cf. Reusch, I, 171 s., 180 s. Los presidentes del concilio recibieron en 4 de junio de 1551 una facultad especial; véase Theiner, I, 482; Hilgers, Índice 505.

de 1550 tuvo efecto en Roma una quema de libros heréticos (1).

El Papa, que a pesar de su blandura tuvo que usar de rigor repetidas veces con los judíos (2), estuvo conforme con que la Inquisición en 1553, confiscase y quemase los libros talmúdicos. Autorizó también un edicto de la Inquisición de 12 de septiembre de 1553, por el cual todos los príncipes, obispos e inquisidores recibieron la orden de hacer lo mismo (3). Los judíos suplicaron al Papa que revocase esta disposición, o por lo menos que les permitiese el uso de los escritos rabínicos no capciosos ni perjudiciales. En vista de esto, una bula de 29 de mayo de 1554 ordenaba, que las comunidades de judíos tenían que entregar en el plazo de cuatro meses todos los libros que contenían blasfemias o ultrajes contra Cristo; y que respecto de otros libros que no contuviesen semejantes blasfemias, nadie les podía molestar (4). La Inquisición procedió pronto a la ejecución de esta orden en el territorio de los Estados de la Iglesia (5).

(1) Véase Seripandi Comment. en Merkle, II, 440. Un *edicto de la Inquisición contra un libro italiano, con fecha de 12 de agosto de 1553, se halla en el Arch. di S. Angelo, caps. II, n. 17. *Archivio segreto pontificio*.

(2) Véase Bull. VI, 404 ss., 484 ss.; Erler en el Archivo de derecho canónico, LIII, 43 s. y Rieger-Vogelstein, II, 145 ss. Un proceso contra los judíos de Benevento (2 de mayo de 1550) menciona Pedro M. Lonardo, Gli Ebrei a Benevento, Benev. 1899. De los Min. brev. anoté también Arm. 41, t. LVIII, n. 1034: *Hier. Gualterutio, con fecha de 29 de diciembre de 1550: comisariato ad inquirendum contra Hebreos, pues muchos judíos ejercen la usura y falsean monedas en los Estados de la Iglesia; t. LX, n. 426: *Legato Romanodiole, con fecha de 3 de junio de 1551: los judíos no pueden exigir intereses más que en Bolonia e Ímola; t. LXIII, n. 203: *Seb. Martio, con fecha de 22 de marzo de 1552: ha de procederse contra los judíos, infieles y portugueses que ejercen usura en Ancona; t. LXIV, n. 264: *Marco Spaventio, con fecha de 25 de abril de 1552: contra las usuras de los judíos en Bolonia; Arm. 42, t. I, n. 44: *Bula pro Hebreis status eccl., fechada el 1.º de febrero de 1555: anulación de la prescripción que manda, que las sinagogas hayan de contribuir para la manutención de los catecúmenos de Roma, y orden para que el tesorero pague a éstos anualmente 200 ducados. *Archivio segreto pontificio*.

(3) Véase Eymericus App. 119; Grätz, Historia de los judíos, IX, 346 s.; Reusch, I, 47; Erler loc. cit., 44; Berliner, Censura de los libros hebreos, Francfort, 1891, 3 s.; Rieger-Vogelstein, II, 146 s.; Fumi, 156. Cf. la **carta de Sirlet, fechada en Roma el 9 de septiembre de 1553, Cod. Vat. 6177, p. 359 de la *Biblioteca Vaticana*. Sobre qué actitud benigna con los judíos tomó entonces el card. Hérc. Gonzaga, cf. Luzio, Pronostico, 88 s.

(4) Bull. VI, 482 s.

(5) Cf. Muzio, Lett. catholice, Venezia, 1571, 171 ss.; Giachich, G. Muzio, Trieste, 1847, 53 s.; Reusch I, 47 ss. La mitigación de la ordenación de mayo de 1554, mencionada por Reusch, según Grätz, IX, 359, está contenida en

Por lo que toca a la actividad de la Inquisición romana contra los herejes, la novísima investigación respecto del tiempo de Paulo III ha confirmado el juicio bien informado de Seripando, de que este tribunal, de conformidad con la naturaleza del Papa Farnese, procedió con moderación y suavidad, que los graves castigos corporales y ejecuciones fueron cosa muy rara, y que varias veces se dió sentencia absolutoria donde se había esperado lo contrario (1). Esto vale también para el tiempo de Julio III, en cuanto es posible un juicio sin utilizar los autos inaccesibles del archivo de la Inquisición romana. Está expresamente atestiguado, que el cardenal Carafa, el hombre más influyente en los asuntos de la Inquisición (2), no estaba contento de las discretas disposiciones de Julio III en estos asuntos (3). El embajador de Bolonia refiere también que el Papa, respecto al proceder contra los herejes, tenía ideas mucho más suaves que el cardenal Juan Álvarez de Toledo, animado del mismo espíritu que Carafa (4). Por lo que toca al caso que el embajador tenía a la vista, se puede demostrar que se procedió también conforme a eso. El físico Ulises Aldrovandi, remitido a Roma desde Bolonia en 1549, fué al punto puesto en libertad (5); otros salían libres con pequeños castigos (6).

Sin embargo de eso, Julio III hizo lo que era de su incumbencia por la defensa de la fe y la conservación de su pureza (7). Repe-

la ***bula* de 18 de diciembre de 1554, que se halla en el Arm. 41, t. LXXII, p. 718. Arm. 42, t. I, n. 33: **Universitati Hebreorum*, con fecha de 26 de enero de 1555: *Prorogatio 4 mensium eis statutorum ad corrigendum eorum libros ad alios 4 menses. Archivo secreto pontificio.*

(1) Véase Buschbell, 220 ss.

(2) Cf. el juicio del card. Hérc. Gonzaga en su **carta* a Capilupi, fechada el 4 de noviembre de 1553, que se halla en el Cod. 6503 de la *Biblioteca del palacio imperial de Viena*.

(3) Véase también abajo el libro segundo, capítulo IV.

(4) **Carta* de Jerónimo Biagio a Bolonia, fechada en Roma a 4 de junio de 1550, tocante al proceso contra Aníbal Monterentio. En 19 de julio de 1550, notifica Biagio, que Monterentio se ha presentado él mismo ante la Inquisición; y que, aunque Carafa y Toledo estén muy contra él, será tratado con benignidad. *Archivo público de Bolonia*.

(5) Véase Fantuzzi, Scritt. Bol. I, 167; Battistella 119 s.; Massarelli en Merkle, I, 861 y Buschbell, 200 s.

(6) Véase la **sentencia* de 29 de enero de 1551 en el n.º 10 del apéndice. *Biblioteca Vaticana*.

(7) Es enteramente falso lo que opina Grimm (Michelangelo, II, 423), que Julio III «dejó a los luteranos ser luteranos». Los contemporáneos juzgaron de diferente manera. Así escribe Andrés del Monte en el escrito **Super*

tidas veces, especialmente en los primeros años de su pontificado, tomó parte personalmente en las sesiones de la Inquisición romana (1). Los datos sobre los miembros del tribunal no permiten fijar su composición con entera seguridad. Por febrero de 1551 nombra Massarelli siete cardenales como Inquisidores generales: Carafa, Carpi, Álvarez de Toledo, Cervini, Crescenzi, Verallo y Pole (2). Por marzo del mismo año se ocupaba la Inquisición en hacer averiguaciones contra los obispos de Coira y Bérgamo, Tomás Planta y Víctor Soranzo, que se habían hecho sospechosos de opiniones heréticas. En ambos casos termináronse las averiguaciones con sentencia absolutoria (3).

Julio III, que ya siendo cardenal se había mostrado averso a toda dureza personal contra los que eran acusados de herejía (4), dispuso por una bula de 29 de abril de 1550 la absolución de todos los que habían caído en herejía, y sólo por miedo a la penitencia

insign. montium, dedicado a Julio III: *Horum temporum haereses iam alias damnatae fragiles sunt et tuo tempore tuis auspiciis infringi coeperunt, quotidie a te franguntur malleis inquisitorum, quos infringendis haeresibus prefecisti.* Cod. Vat. 3561 de la *Biblioteca Vaticana*.

(1) Véase Massarelli, 207, 209, 212, 216, 219.

(2) Massarelli, 216. Con esto no concuerda ciertamente el que en la sentencia dada por Carpi el 4 de marzo de 1551 (véase *Bullet. Senese*, XV, 304 s.), el mismo cardenal se llame *unus ex sex per univ. rempubl. christ. haeret. pravit. inquisitoribus*. De Raynald, 1552, n. 57 y Fontaña, *Documenti* 423, se saca que el tribunal por enero de 1552 sólo contaba cuatro miembros (Carafa, Carpi, Toledo y Cervini). Por abril de 1553 eran de nuevo seis, a saber: Carafa, Toledo, Cervini, Verallo, du Puy y Pighino (véase Fumi, 324); por julio, agosto y septiembre del mismo año y por febrero de 1554 aparecen en parte otros nombres, conviene saber, Carafa, Carpi, Toledo, Verallo, Pighino y Púteo (véase Eymericus App. 119; Fontana, 425, 427 y Fumi, 208). Médici tuvo parte en las sesiones de la Inquisición sólo de cuando en cuando, como representante de Púteo, que estaba enfermo (véase Müller, *Conclave* 235). De esta manera se explican bien los nombres nuevos que a veces se presentan. Bartol. Serristori refiere el 4 de noviembre de 1553, que el día anterior se puso enfermo en la sesión de la Inquisición el card. Verallo, de modo que la sesión tuvo que ser suspendida. *Archivo público de Florencia*.

(3) Véase Massarelli, 219, 223, con corrección en la pág. 892. Cf. los breves a los suizos, de 18 de julio (*Archivo para la Historia de la Reforma en Suiza*, II, 27) y 10 de octubre de 1551 (véase Wirz, *Bulas*, 360 s.). Sobre este asunto, cf. también Mayer, *Historia del obispado de Coira*, II, 100 s. Véase también en el *Archivo secreto pontificio* Arm. 41, t. LXII, n. 895: *breve al emperador de 10 de octubre de 1551; *ibid.* t. XXX, n. 94 hay el **breve, por el cual Soranzo fué restituido, fechado el 14 de febrero de 1554 (en el t. LXXI, n. 292 hay otro semejante con la fecha de 24 de mayo de 1554). *Archivo secreto pontificio*.

(4) Cf. Buschbell, 202 s., 204, 219, 306 s., 312 s.

pública y a la infamia no volvían atrás, con tal que se presentasen personalmente a los inquisidores, abjurasen privadamente sus errores y aceptasen una penitencia secreta. De esto se exceptuaban los que estaban sujetos a la Inquisición de España y Portugal, y por tanto de un modo especial los judíocristianos relapsos de estas naciones (1).

Ejecuciones de los que persistían obstinadamente en sus herejías, no llegaron a efectuarse en Roma en tiempo de Julio III, sino en casos aislados. El diario del transtiberino Cola Coleine menciona al 6 de junio de 1552, que siete luteranos fueron llevados a Sta. María de la Minerva, donde abjuraron sus errores. La misma fuente histórica refiere al 21 de marzo de 1553, que fueron llevados igualmente al mismo lugar once luteranos, entre los cuales se hallaba el franciscano Juan Buzio de Montalcino. Con Buzio fué ejecutado el 4 de septiembre de 1553 en el Campo de' Fiori un tejedor de seda, que no solamente había negado el purgatorio, la autoridad del Papa y las indulgencias, sino también había ultrajado a Julio III, llamándole Anticristo. Según Coleine, el 4 de noviembre efectuóse de nuevo ante Sta. María de la Minerva la reconciliación de dieciséis luteranos con la Iglesia (2). Si el Papa urgió la ejecución del relapso Fanino en Ferrara (3), esto estaba también relacionado con el peligroso estado de cosas que allí reinaba; pues el palacio de la duquesa Renata era tenido como «asilo» de los herejes (4).

Los pocos casos en los cuales fueron castigados herejes con pena de muerte en el pontificado de Julio III, se los describió en Alemania con todas sus circunstancias por medio de hojas volantes (5), para suscitar la creencia de una violenta persecución con-

(1) Véase Bull., VI, 415 ss.; Fontana, Documenti, 415. Cf. también la ordenación de la Inquisición romana, de 10 de junio de 1553, en Pastor, Decretos, 61.

(2) Véase en el n.º 25 del apéndice los pasajes de Cola Coleine. *Bibl. Chigi de Roma*.

(3) Fontana, Documenti, 418; cf. Fontana, Renata, II, 270 ss., 275 ss. Véase también la Revista de Teología luterana, 1862, 83 ss.; Druffel, Hércules de Ferrara, 36-37, y Buschbell, 180 s., 220.

(4) Polanco, IV, 67.

(5) Nueva terrible noticia, así el Papa Julio III ha tratado a dos cristianos, escrito compuesto por Bartolomé Wagner, 1551.—F. Schwartz, Verdadera relación de tres mártires, martirizados por el Papa [1551].—Verdadera historia de Montalcino, que fué muerto en Roma por confesar la fe, 1554.—Verdadera historia de dos excelentes varones, Fanina de Favencia y Domi-

tra los protestantes italianos. Qué es lo que había en realidad, se puede ver muy bien por una carta de Vergerio a Bullinger, de 8 de octubre de 1553, sobre lo que pasaba en Italia. Dicese allí: «Se creería que son quemados ciento por día; pero en modo alguno es así; ni siquiera uno solo, aunque en algunos lugares se ha levantado una moderada persecución» (1).

En las relaciones de la embajada florentina se notifica repetidas veces la entrega de herejes de Toscana a Roma (2). Lo mismo se saça respecto a Nápoles, de una carta del Comisario general de la Inquisición romana, el dominico Miguel Ghislieri, al cardenal Cervini, de 4 de agosto de 1553. Ghislieri, que se dedicaba con especial celo y diligencia a los negocios de la Inquisición, salvó en 1551 al franciscano de grandes prendas, Sixto de Sena, judío convertido, del suplicio de la hoguera que le amenazaba, le reconcilió con la Iglesia, y ganó así en él para la fe un provechoso combatiente (3). En 19 de septiembre de 1554 envió Ghislieri a Cervini una lista de dieciséis nombres de servitas, que habían predicado en sus sermones doctrinas luteranas. Cuán frecuentemente se hacían constar entonces opiniones heréticas en los miembros de la Orden de los servitas, se infiere de un fallo del tribunal de la fe de Bolonia (4). Allí la efervescencia religiosa se había también apoderado de la juventud escolar. Contra una serie de alumnos del Colegio Español, que en parte pertenecían a familias muy ilustres, tuvo que instruirse un proceso, por causa de doctrinas protestantes. La manera moderada y prudente con

nico de Basana, que por orden del Papa Julio III han sido muertos y martirizados recientemente en Roma, por causa del santo Evangelio [1554].—Historia de cómo el Anticristo de Roma en este año 1553 ha dado muerte a dos cristianos, compuesta por M. Maldner, Nuremberg, 1554. Sobre el escrito satírico ya muy raro, compuesto en Alemania, *Modus ad inquirendum* Luteranos, con el fingido lugar de imprenta Romae, 1553, véase Lauchert, 29.

(1) Diceret quotidie centum comburi. Et non est ita, ne unus quidem, tametsi levis quaedam persecutio paucis in locis oborta sit (Calvini Opera XIV [Corp. Ref. XLII], 636. En este importante testimonio no se ha reparado hasta ahora suficientemente.

(2) Cf. las *relaciones de Serristori, fechadas en Roma a 22 de enero y 2 de febrero de 1552 (*Archivo público de Florencia*). Sobre algunos frailes franciscanos, que por el mismo tiempo de Ravena y Rimini fueron remitidos a Roma, véase Correspondencia de Sleidan, 231, 235.

(3) Cf. Cantú, II, 451 s.; Tacchi Venturi, I, 344; Bullet. Senese, XV, 304 s.; XVII, 5, 30 ss.

(4) Véase Buschbell, 212 ss., 321, 322; cf. también Tacchi Venturi, I, 532.

que en él se procedió, hubiese sido imposible reinando un hombre como Carafa. En el pontificado del blando Julio III se consiguió arreglar secretamente este penoso negocio (1). A la Inquisición romana llegaron también denuncias sobre propaganda de herejías, especialmente del ducado de Urbino, de la diócesis de Luca y del territorio de Milán. En Milán se hizo difícil el intervenir judicialmente por haber estado el arzobispo repetidas veces en lucha con los inquisidores (2). Añadíanse en esta diócesis constantes e indebidas intrusiones de las autoridades civiles, que obligaron a los cardenales de la Inquisición romana, por agosto de 1553, a presentar una queja al emperador contra el Senado y los gobernadores milaneses. En estos litigios procuró Roma impedir con resolución, que las autoridades españolas se sirviesen de la Inquisición para fines políticos (3).

El territorio milanés estaba tanto más amenazado de las innovaciones religiosas, cuanto que tenía tan vecina a Suiza; por lo demás en esta nación se levantaron los católicos con feliz éxito contra dichas innovaciones, esfuerzos que apoyó Julio III cuanto le fué posible, por medio de sus nuncios (4).

De Nápoles, que en tiempo de Paulo III había formado un foco de herejía (5), llegaron asimismo repetidas veces inquietado-

(1) Cf. las sólidas investigaciones de A. Battistella en los *Atti per le prov. d. Romagna*, XIX (1901), 138 ss.

(2) Véase Buschbell, 213 s.; Carcereri, *Riforma e Inquisizione nel ducato di Urbino*, Verona, 1911; cf. Fumi, 210 s.

(3) Véase Fumi, 199 s., 201 s., 205 s. Para complemento, cf. los dos **documentos de 10 de noviembre de 1552 y 21 de enero de 1553. Arm. 39, t. LX, pág. 13 s., 30 s. *Archivo secreto pontificio*.

(4) Sobre Pablo Odescalchi, enviado a Suiza por julio de 1553, además de Hubert, Vergerio, 133, 288, véase Wirz, *Bulas* 361 s. Aquí falta el *breve de 17 de julio de 1554, dirigido a los siete cantones católicos, en el cual se aconseja apoyar al obispo de Coira en su resistencia a los luteranos y otros herejes, que constantemente iban a Suiza de Italia y de otras partes (Min. brev. Arm., 41, t. LXXI, n. 426. *Archivo secreto pontificio*). Por otoño llegó a Suiza como delegado de Julio III, Octaviano Raverta (Róvere), obispo de Terracina. Confirmó a los cantones católicos en su proceder contra los herejes novadores de Locarno, donde fué prohibido el culto protestante y desterrados en 3 de marzo de 1555 los que no se sujetaban. Véase Meyer, *La comunidad evangélica de Locarno, su emigración a Zurich y sus ulteriores vicisitudes*, Zurich, 1836; Dierauer, *Historia de la Confederación Helvética*, III, 300 s.; Reinhardt-Steffens, VII s.

(5) V. nuestras indicaciones del vol. XII, 397 ss. En 1554 dispuso Julio III, que en lo sucesivo no se confiscasen más los bienes de los herejes en Nápoles; véase Amabile, I, 219; Hinschius, VI, 333.

ras noticias a Cervini. Gran ruido movió especialmente el que en 1551 un resobrino del cardenal Carafa, el marqués de Vico, Galeazzo Caracciolo, huyese a Ginebra y se hiciese muy íntimo amigo y ayudador de Calvino (1). Para poner eficaz remedio en el reino de Nápoles, se estableció allí en 1553 un delegado de la Inquisición romana (2). Sobre el proceso contra el napolitano Mateo de Aversa, notifica Ghislieri en 4 de agosto de 1553 desde Roma al cardenal Cervini, que el acusado ha recibido el tormento de cordeles, pero ha permanecido tenaz; y que sólo después de tres o cuatro días ha consentido en confesar muchos errores, como, v. gr., que tenía por incompatible que Cristo fuese Dios (3). Del empleo de tan terribles medios como en el caso de Aversa, nada quiso saber el cardenal Pole. En una conversación con Carafa dijo el cardenal inglés, que aunque aprobaba el fin, rechazaba con todo este modo de proceder (4).

Los jesuítas, que a la verdad en principio estaban conformes con la Inquisición, tomaban parte en la conversión de los herejes comúnmente sólo por medio de pacíficas instrucciones. Refiérese que en diversos lugares consiguieron reconciliar a varios herejes con la Iglesia, aun cuando, como algunos en Venecia, se habían extraviado hasta el punto de negar la inmortalidad del alma. En Ferrara el jesuita Pelletier unió sus esfuerzos con los del duque Hércules y del rey de Francia para la conversión de la duquesa Renata. Confesóse ésta en 1554 con muchas lágrimas con Pelletier y recibió de su mano la comunión (5). Más tarde reincidió ciertamente la duquesa (6).

Además de la pacífica persuasión, procuraron los jesuítas impedir la penetración del protestantisimo en Italia, principalmente por medio de la enseñanza de la juventud. Así lo hicieron

(1) V. Kampschulte-Götz, Calvino, II, Leipzig, 1899, 247.

(2) Cf. Lea, *The Inquisition in the Spanish dependencies*, New York, 1908. Moronessa, en Lauchert, 638, nota 2, menciona lo mucho que hicieron Pacheco y Rebiba contra los herejes en el reino napolitano. Sobre el proceder de A. Caro en Benevento, v. *Studi stor.*, XVII, 532; XVIII, 490.

(3) Buschbell, 214 s., 319-320.

(4) Véase Beccadelli, II, 351.

(5) Cf. Polanco, II, 205, 217, 451, 481; III, 149; IV, 77. Carta de Pelletier a S. Iguacio, fechada en Ferrara el 24 de septiembre de 1554 y publicada en las *Epist. mixtae*, IV, 360 ss.; cf. *ibid.* 390, 429. Acerca de qué manera reservada y hasta repulsiva se portó Nadal, cf. Polanco, II, 35.

(6) Véase la Real Enciclopedia de Herzog, XVI, 659 s.

en Génova (1) y en Nápoles. En esta ciudad los partidarios de Juan Valdés fraguaron en 1552 contra ellos una furiosa persecución. Por esto no se arredró Salmerón de predicar el año siguiente en el púlpito contra los innovadores; el resultado fué que muchísimos se convirtieron (2). Qué medios emplearon los herejes para inutilizar los trabajos de los jesuitas, vese claro por un caso característico, que se refiere haber pasado en Roma. Un calabrés de treinta y tres años fué enviado por los novadores a la casa de los jesuitas, para que cómo novicio escudriñase sus aspiraciones y esfuerzos y procurase seducir a algunos. Vivía exteriormente de un modo intachable, y se confesaba y comulgaba con toda diligencia. Cuando se hizo notorio que tenía opiniones heréticas, le despidieron; al salir por la puerta accesoria del noviciado, le prendió la Inquisición. Como se mostrase arrepentido, escapó con la sola condenación a galeras (3).

Pero muchas veces eran acusados de herejía aun algunos inocentes. Corrió esta suerte no sólo el obispo de Bérgamo, sino también otros prelados. Hasta un cardenal y varón tan eminente como Morone cayó en sospecha; habíale hecho sospechoso un fraile llamado Bernardo de Viterbo, que había tenido que comparecer ante la Inquisición. Quizá ya entonces hubiese llegado el tribunal romano a poner preso a Morone, si Julio III no hubiese informado a tiempo al cardenal y otorgándole la posibilidad de justificarse al punto, en vista de lo cual retractó el fraile lo que había depuesto injustamente contra Morone (4). No tan fácil fué la defensa al asimismo sospechoso arzobispo de Otranto, Pedro Antonio de Capua, y al patriarca de Venecia, Juan Grimani. Para de Capua había solicitado el emperador

(1) Cf. Rosi, La riforma religiosa in Liguria, Génova, 1894, 52 s.

(2) V. Tacchi Venturi, I, 326 s. Un *breve para el Card. Neapolit., de 1.º de julio de 1552, facultó a éste para condenar a los herejes hasta a galeras. Arm. 41, t. LXV, n. 451. *Archivio segreto pontificio*.

(3) Trae este suceso Rule (Inquisition, II, London, 1874, 192 s.), citando a Orlandini, Hist. Soc. Jesu, P. I, 11, 7, Coloniae, 1621, 338. La fuente de Orlandini es la obra de O. Manareo, impresa en 1886, donde se narra este acontecimiento, pág. 115 ss.; por lo demás, no se trata de un calvinista, como indica Rule. Manareo (pág. 118) y según él Orlandini (11, 8) cuenta también, que de Venecia regalaron a la Casa Profesa romana de los jesuitas dos cajas de libros; encima había libros católicos y debajo sólo protestantes, los que S. Ignacio hizo arrojar al horno. Cf. Tacchi Venturi, I, 309 not. 3.

(4) Véase la relación de Morone en Cantú, Eretici, II, 181 s.; cf. 171.

repetidas veces y con insistencia la concesión de la púrpura, pero siempre inútilmente, pues la Inquisición había entablado contra el arzobispo una averiguación respecto a herejía. Aun cuando el acusado logró poner de manifiesto su entera inocencia (1), con todo no se le concedió el cardenalato. Por semejante manera se puso en claro lo infundado de las acusaciones dirigidas contra el patriarca Grimani. Aunque sólo se le pudieron demostrar algunas imprudencias, también a él se le huyó el capelo, a pesar de la apremiante intercesión de la República de S. Marcos. La afrenta de haber sido procesado por la Inquisición, dijo Julio III al embajador veneciano, es tan grande, que todas las aguas del Tíber son incapaces de borrarla (2).

Mientras en Italia se conseguía alejar de la Iglesia el peligro que amenazaba, en las regiones de la otra parte de los Alpes se estaba formando un estado de cosas cada vez más sombrío y calamitoso. En *Alemania* el término ya no era dudoso, desde que la rebelión del elector Mauricio de Sajonia y sus conjurados había tenido buen éxito, y el tratado de Passau había sellado este hecho (15 de agosto de 1552). Ni el emperador ni el Papa estaban en estado de dar otro rumbo a esta situación. Para salvar todavía lo que era posible, y guardar valientemente su posición, resolvióse Julio III a poner al lado del nuncio Zacarías Delfino (3), residente

(1) Véase en el n.º 22 del apéndice el *breve de 31 de mayo de 1554. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Además de Druffel, III, 253 s., 255, cf. *Corpo dipl. Port.*, VII, 272, 306; de Leva, G. Grimani: *Atti d. Istit. Veneto*, Ser. 5, VII (1880-1881); de Leva, *Su due lettere del card. di Trani*: *ibid.*; Carcereri, G. Grimani, Roma, 1907, 8 s.; Buschbell, 47 ss., 116 ss. Al caso de Grimani se refirió más tarde el card. Farnese en el proceso de los Carafas (véase **Proc. Carafa*, t. LVI, pág. 96 en el *Arch. crim. del Archivo público de Roma*). En el ermitaño de S. Agustín, Aurelio Novocomense, se trataba también solamente de expresiones inconsideradas; véase la *carta a la Congregación lombarda, fechada el 5 de abril de 1550, en las **Regesta H. Seripandi*, XXIII, 181; *ibid.* 182º se halla la **Formula abjuratonis* del sobredicho. *Archivo general de los agustinos de Roma*.

(3) Delfino, sucesor de Jerónimo Martinengo, había llegado a Viena el 7 de febrero de 1554; véase Pieper 66 s.; *ibid.*, 181 ss. se hallan sus instrucciones, fechadas el 1.º de diciembre de 1553. La carta credencial para Delfino, publicada por Druffel, IV, 316, con fecha de 1.º de noviembre, no es de 1.º de diciembre, como cree Pieper (67 nota), sino de 20 de noviembre de 1553. También es del todo falso que el obispo Delfino fuese legatus de latere, como le designa Druffel loc. cit. El verdadero estado del asunto se saca del texto, que se halla en el n.º 21 del apéndice (*Archivo secreto pontificio*). Delfino recibía

en la corte de Fernandō I, para la Dieta convocada en Augsburgo, un hábil diplomático y exacto conocedor del estado de Alemania, en la persona del cardenal Morone.

A causa de las decepciones que habían experimentado los representantes del Papa en anteriores Dietas, al principio se puso reparo en Roma en permitir la participación deseada por Carlos V, de un cardenal legado en las proyectadas negociaciones sobre asuntos religiosos (1). Pero el cardenal Otón de Truchsess, en una carta dirigida inmediatamente al Papa, dijo ser urgentemente necesario, que fuese comisionado un cardenal legado, hábil y perfecto conocedor del estado de Alemania (2). Truchsess rogó también repetidas veces al influyente cardenal Cervini, que trabajase en Roma según esta dirección (3). En vista de esto efectúose el 7 de enero de 1555 el nombramiento de Morone para legado cerca de Fernando I. El 13 de febrero le dió la cruz el Papa, postrado en cama por la gota, y cinco días más tarde salió Morone de la Ciudad eterna (4). Su incumbencia era la más difícil que se puede pensar; porque, como Delfino notificó, hasta una parte considerable de católicos se inclinaba a aprobar el convenio peligroso de Passau (5). Julio III dió al cardenal riguroso encargo de defender convenientemente a lo menos la autoridad pontificia en las próximas negociaciones (6). En el acompañamiento de Morone se hallaban, como consejeros teólogos, los jesuitas Diego Laínez y Jerónimo Nadal (7).

Ya mucho tiempo antes de esta misión, había colaborado

una provisión mensual de 150 escudos, el nuncio francés el doble; v. *Intr. et Exit. 1554-1555 en el Cod. Vat. 10605 de la *Biblioteca Vaticana*.

(1) Cf. Lanz, III, 610 s.; Druffel, IV, 529.

(2) Carta del **Card. d'Augusta a Julio III, fechada en Dilinga el 26 de Junio de 1554. Lett. di princ., XIX, 275. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Véase Druffel, IV, 547.

(4) Acta consist. publicadas por Pieper, 69, nota 5. Firmanus, 505. *Carta del enviado boloñés, de 13 de febrero de 1555 (*Archivo público de Bolonia*). El *pasaporte para Morone, fechado el 16 de febrero de 1555, se halla en el *Archivo secreto pontificio*, Arm. 44, t. IV, n. 62; ibid. n. 63-71 hay una serie de breves, que se refieren a su misión, de los cuales sólo uno ha sido impreso, y se halla en Raynald, 1555, n. 4.

(5) **Carta de Delfino al card. Monte, fechada en Augsburgo a 9 de marzo de 1555. Lett. di princ. XIX, 154. *Archivo secreto pontificio*.

(6) Véase el *breve de 16 de febrero de 1555 (*Archivo secreto pontificio*). Cf. Raynald, 1555, n. 3-4 y en el n.º 26 del apéndice la *carta de C. Capilupi, de 16 de febrero de 1555. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(7) V. Braunsberger, I, 521.

Morone en una obra, que había de ser de grandísima importancia para el renacimiento católico de Alemania.

Todos los conocedores del estado de esta nación, así los obispos como los nuncios pontificios, insistían hacia años en que la incultura y el abandono del pueblo en las regiones todavía católicas, procedía principalmente de la extraordinaria falta de sacerdotes, que había sobrevenido desde la revolución político-religiosa. El clero católico, al que los novadores señalaban como fuente de todo mal, y procuraban hacer despreciable por todas las vías posibles, amenazaba extinguirse (1). Que aquí había de hacerse alguna mudanza, si se quería emprender de raíz la renovación católica de Alemania, nadie lo conoció más claro que San Ignacio de Loyola. Así llegó a madurez su deseo de crear en Roma un seminario para eclesiásticos seculares, que se señalasen en virtud y ciencia, y fuesen aptos para trabajar en las diócesis alemanas como directores de almas, predicadores, profesores y obispos, a manera de renovadora levadura. En la misma Alemania no podía fundarse semejante colegio, porque allí, como pone de realce S. Ignacio en una memoria dirigida a Carlos V (2), no solamente por los herejes declarados, sino también por muchos católicos de solas apariencias, había sido todo arruinado hasta tal punto, que su mal ejemplo había acarreado gran perjuicio a los jóvenes. Cuán exacta fuese esta consideración, lo muestra también la suerte que corrió el colegio erigido en Dilinga en 1549 por el cardenal Truchsess, para la educación de eclesiásticos. Aunque Julio III elevó este establecimiento a Universidad en 1551 (3), y el carde-

(1) V. los numerosos testimonios, que fácilmente se pueden aún aumentar, en Janssen-Pastor VIII, 418 ss. Repetidas veces habla también el nuncio Martinengo de la falta de sacerdotes; así en sus *cartas, fechadas en Viena a 22 de abril y 20 de mayo de 1551. En la de 22 de abril se dice: *Queste provincie, monsignor mio, quanto a sacerdoti non potrebbon' star peggio di quello che stanno. Mi vien detto ch' in alcuna dioecesi si trovano ducento benefici curati senza pastori et plebani, et, si qui sunt, o sono infetti d' heresia o vero uxorati o senza ordini sacri, tal che per questa gran penuria de preti ogni giorno son sollicitato a dispensar confrati, acciò potessero essi non ostante l' apostasia far' questo essercitio, ma non estendendosi tanto oltre le mie facultà, non posso sodisfare alle loro domande, onde o per via del concilio o d' altro hanno estremo bisogno di qualche buona provisione (Nunziat. di Germania 63. *Archivio segreto pontificio*). Véase también la carta de Lejay en la Revista de Teología católica, XXXII, 612.

(2) Su bosquejo se halla en Schroeder, 203 s.; cf. Steinhuber I^o, 12.

(3) Véase Specht, Universidad de Dilinga, Friburgo, 1902, 22 ss., 55 ss., 60 ss., 609 ss. Por un *breve de 1.º de abril de 1550, ordenó Julio III que se

nal empleó en él todos sus bienes y rentas, con todo no pudo corresponder plenamente a su fin, sino después que en 1564 hubo sido entregado a los jesuitas (1).

Otro motivo por el cual S. Ignacio deseaba ver precisamente en Roma un seminario para sacerdotes alemanes, estaba en la dificultad de hallar en Alemania el mantenimiento temporal para semejante instituto, y de procurarle adecuados maestros. Añadiase también finalmente la aversión al Papado, que reinaba en muchas partes de Alemania aun entre los católicos, y en no pocos pasaba a ser verdadero odio. Para contrariarla, habían de persuadirse los alumnos en Roma a vista de ojos, del «amor, de los beneficios y deseos de la Santa Sede, de procurar el bien y salvación de las almas», y de este modo deponer sus prejuicios.

El pensamiento de la fundación de semejante establecimiento echó las primeras raíces en el cardenal Morone. En una íntima conferencia sobre el negocio con S. Ignacio de Loyola, puso a disposición éste su Orden para la importante empresa. Después que Morone hubo traído también a su confianza a los cardenales Cervini, Carpi y Alvarez de Toledo, fué con Cervini a Julio III, quien aceptó el plan con gozo. También a él dijo el Papa que ya se le había ofrecido la idea de algo semejante, y que fomentaría de muy buena gana este negocio (2). Diéronse ya los primeros pasos en 1551; pero a causa de la desgraciada guerra de Parma y de la penuria rentística con ella conexas, retardóse la ejecución de esta empresa. S. Ignacio, con todo, no aflojó en su resolución. Lleno de confianza en la divina Providencia, continuó llevando adelante este negocio. Por mayo de 1552 bosquejó una memoria sobre el modo como se había de proceder en la fundación (3). Los que se han de recibir, han de estar comúnmente entre los dieciséis y los veintiún años, han de ser bien acondicionados, sanos, y no deformes corporalmente, y además de claro entendimiento, de buen juicio y de

apoyase al colegio de Dilinga, por la ejecución del breve de Paulo III, en el Arm. 41, t. LV, n. 248. Un *breve para el cardenal Truchsess, de 14 de enero de 1555, en atención al establecimiento de Dilinga y la falta de sacerdotes, concede que pueda ordenar también a alumnos ilegítimos. Arm. 42, t. I, n. 14. *Archivo secreto pontificio*.

(1) Véase Janssen-Pastor, VII, 157.

(2) Véase Polanco, II, 421 ss. Cf. la carta de S. Ignacio a los nuncios pontificios de 1554, publicada por Schroeder, 211.

(3) Schroeder, 9 ss. Steinhuber, I², 8.

modales agradables. Es de desear que traigan adquiridos algunos conocimientos preparatorios y sean de noble nacimiento; han de proceder también de diversas diócesis. Para obtener semejantes alumnos, puede el Papa inmediatamente o por sus nuncios, dirigirse al emperador y al rey de romanos, como también a los príncipes y prelados del Imperio. Se ha de prometer querer costear todos los gastos del mantenimiento de los alumnos, y a los jóvenes escogidos se les ha de poner ante los ojos, que volverán a su tierra armados de ciencia y de virtud y dotados con beneficios eclesiásticos. Para que pronto pudiese darse principio al colegio, se desearía que los cardenales se resolviesen lo más presto posible sobre las subvenciones que quisiesen pagar, y que las aprontasen efectivamente cuanto antes; pues para el primer año los anticipos han de ser doblemente mayores que los de los años siguientes. Entre tanto podría acomodarse el establecimiento en una habitación alquilada; la cual se ha de elegir en un lugar próximo al Colegio Romano, pues los alumnos habían de tener allí sus clases.

Por julio de 1552 dió Julio III el paso decisivo para la fundación del Colegio Germánico, nombrando protectores del establecimiento a seis cardenales: Morone, Cervini, Álvarez de Toledo, Carpi, Truchsess y de Puy. Conforme al bosquejo que S. Ignacio había presentado, fué luego en 31 de agosto de 1552 expedida la bula, por la cual se erigió el nuevo colegio y se entregó a la Compañía de Jesús (1). Ya antes había escrito S. Ignacio a los jesuitas de Viena y Colonia (2), que enviasen alumnos para el Colegio Alemán. La inauguración tuvo efecto por octubre. En diciembre contaba 24 alumnos, y dos años más tarde ya unos 60 (3). Como S. Ignacio escribió el bosquejo para la bula de la erección, así compuso también las leyes del establecimiento y las reglas para los alumnos (4). Sus sabias Constituciones, que el santo hubo de hacer casi enteramente nuevas, por carecer de antiguos modelos, son «en su sustanciosa brevedad, precisión y moderación una obra maes-

(1) La bula, fechada el 31 de agosto de 1552, pero no publicada hasta 1553, se halla en Schroeder, 40 ss.; *ibid.*, 30 s. puede verse el primer bosquejo.

(2) En 30 y 31 de julio de 1552; estas cartas se hallan en Schroeder, 20 ss.,

(3) Schroeder, 197.

(4) Las Constituciones en su primero y segundo bosquejo pueden verse en Schroeder, 51 ss., y las reglas *ibid.*, 93 ss.

tra, que ha servido de modelo para innumerables seminarios» (1).

Sobre los progresos de los alumnos en formación científica y moral se expresan con mucha satisfacción las cartas de los jesuitas romanos del año 1554; en cambio, mucha fatiga y trabajo preparaba a S. Ignacio la falta de los fondos suficientes para la manutención de los educandos. Según su intento primitivo, la Orden de los jesuitas nada había de entender en negocios pecuniaros; pero las circunstancias obligaron a S. Ignacio a tomar también sobre sí este cuidado. En sus memorias sobre el colegio vuelve siempre a hablar del asunto del dinero, porque había gran peligro de que en él fracasase toda la empresa. Por septiembre de 1552 propuso, que convenía dirigirse en demanda de subsidios voluntarios, primeramente a los cardenales, luego a los prelados y príncipes seculares, y procurar también que ricas Órdenes, abadías y beneficios cargasen con pensiones anuales (2). Conforme a eso, a principios de diciembre circuló una lista de subsidios entre 58 cardenales. El Papa mismo se suscribió por 500 ducados al año, y 33 cardenales por mayores o menores sumas, de modo que parecía asegurada provisionalmente una subvención anual de 3565 ducados (3). En realidad de verdad, este ingreso era bastante inseguro, porque dependía de la buena voluntad de los donantes. Demás de eso, sólo era suficiente para un reducido número de alumnos; S. Ignacio hubiese deseado poder aumentar su número hasta 200 ó 300, lo cual habría exigido un gasto anual de 8000 ó 9000 ducados (4). Pero el obtener, en vez de donativos voluntarios, una renta estable y asegurada de una vez para siempre, no pudo conseguirse a consecuencia de los apuros económicos de la curia. Con todo, S. Ignacio no se desalentó. Con toda resolución se mantuvo firme en su proyecto, cuya trascendencia reconoció también Julio III, por cuanto en enero de 1554 significó al emperador por medio de su nuncio la importancia del nuevo esta-

(1) Steinhuber I^a, 20; cf. 61. «El prototipo ideal que presidió al decreto [del concilio de Trento] sobre los seminarios lo formó la fundación puesta por obra por S. Ignacio con tenaz energía, el Colegio Germánico de Roma... Por los sabios estatutos, que el mismo santo dió a su fundación, ha venido a ser el S. Agustín de los tiempos modernos». M. Siebengartner, *Escritos institucionales para la formación de los eclesiásticos*, Friburgo, 1902, 86.

(2) Schroeder, 36 s.

(3) Ibid., 131 s. Steinhuber I^a, 10 s.

(4) Schroeder, 207.

blecimiento de educación, exhortándole a prestarle su apoyo (1).

Parte esencial en los progresos de la herejía en Alemania tuvo Enrique II de *Francia*, por haber auxiliado a los príncipes protestantes contra Carlos V. Mas, sin embargo, esta alianza no impidió al rey en lo más mínimo perseguir a sangre y fuego a los herejes de su reino, porque veía en ellos rebeldes contra su autoridad real y las leyes del reino, y perturbadores de la paz interior y de la unidad nacional. El edicto de Châteaubriant, de 27 de junio de 1551, comprendía todas las prescripciones decretadas hasta entonces contra los protestantes, y las agravaba en varios puntos. Publicóse esta ordenación en el mismo día 3 de septiembre de 1551, en que Enrique II, a causa de la actitud de Julio III en la contienda acerca de Parma, prohibió a sus súbditos todo envío de dinero a Roma (2). Poco después (en 3 de octubre de 1551) el «defensor de la fe» francés concluía en Lochau su alianza con los príncipes protestantes de Alemania, conjurados contra Carlos V. Antes de salir a campaña para prestarle su ayuda, inculcó al Parlamento, en 12 de enero de 1552, solícita vigilancia en los asuntos religiosos y represión de los errores con castigos ejemplares de los culpados. Conforme a eso se procedió en adelante en Francia. En Agén, Troyes, Nîmes, París, Tolosa y Ruán, tuvieron varios herejes que subir a la hoguera; con especial frecuencia sucedía esto en Lyon, donde había un mercado principal para los libros introducidos fraudulentamente desde Ginebra (3). El Papa en 1554 hizo, que su nuncio Gualterio exhortase al rey de un modo particular a suprimir semejantes producciones, entre las cuales fué contado también el escrito del galicano Carlos de Moulin (4). Las relaciones entre Roma y

(1) Véase Lämmer, Para la Historia eclesiástica, 117 s. Por la noticia contenida en una carta del P. Pedro Schorich, de 16 de octubre de 1554, de que algunos alumnos, a quienes faltaba verdadera vocación eclesiástica, tuvieron que ser despedidos, viene a decir Gothein en su obra sobre S. Ignacio de Loyola, de manera enteramente arbitraria, que hubo una gran «sublevación» de los primeros estudiantes del colegio en su totalidad (véase *Katholik*, 1899, I, 36 ss.). Julio III pagó anualmente hasta su muerte 500 escudos para el Collegio di Germania, como se saca de los *Intr. et Exit. que se hallan en el Cod. Vat. 10605 de la *Biblioteca Vaticana*.

(2) Véase Soldan, I, 228 ss.; cf. arriba pág. 112.

(3) Soldan, I, 233 ss.

(4) Véase Nonciat. de France, I, 25; cf. Romier, 55. Cómo Julio III se declaró también contra los enseñadores de herejías en Francia, se saca

París permanecían con todo tirantes; la posición neutral del Papa en los negociós políticos desagradaba a Enrique II. Añadíanse también constantes diferencias a causa del uso del Concordato.

Respecto a eso, Julio III había hecho al rey importantes concesiones por octubre de 1550 y por marzo de 1553; pero éstas en modo alguno se guardaron, a pesar de las múltiples declaraciones de Enrique II. Como antes Santa Croce, así también su sucesor Gualterio, tuvo que luchar repetidas veces contra las usurpaciones del poder civil. Enrique II se portaba en estos asuntos exactamente conforme a la situación política de cada momento: si tenía necesidad del Papa, daba buenas palabras; cambiado el estado de las cosas, faltaba a ellas sin reparo alguno (1).

Las tendencias peligrosas para la estabilidad de la Iglesia católica, que se habían manifestado en *Polonia* en el pontificado de Paulo III (2), fueron continuando en tiempo de Julio III. Por el verano de 1550, dejáronse ver en la Dieta de Petrikof esfuerzos y aspiraciones sumamente temibles. El rey, con todo, no accedió a las demandas de reformar la Iglesia según la mente de los novadores, y designó para embajador suyo en Trento al excelente obispo de Kulm, Estanislao Hosio. En 13 de diciembre de 1550

de los breves que se hallan en Raynald, 1550, n. 35 s.; 1551, n. 12; Fontana, Documenti 410 y Renata, II, 527 s. Véase también el *breve a la Facultad de Teología de Angers, fechado el 31 de agosto de 1554: Licencia para excluir de su seno a todos los baccalaurei, licentiati et magistri qui in suis concionibus aliove fidelium cetú propositiones hereticas aut scandalosas proposuerint aut defendere nixi fuerint. Arm. 41, t. LXXI, n. 513. *Archivo secreto pontificio*.

(1) Véase Nonciat. de France I, lvi ss.; cf. también Thomas, III, 235 s. La confirmación por Julio III del concordato alemán de 1448 puede verse en Raynald, 1554, n. 19. Las relaciones de nunciatura del predecesor de Gualterio las publicará Romier. Un breve de 26 de enero de 1555 contra los ataques del gobernador francés de Córcega a la libertad eclesiástica, puede verse en Raynald, 1555, n. 7. Usurpaciones del poder secular realizábanse en España frecuentemente, a consecuencia de la corrupción de su clero. Julio III intervino aquí en el sentido, ne jus ecclesiasticum obsolesceret neve sceleri libere habenae laxarentur (véase Raynald, 1551, n. 82 ss.). Véase también respecto de Milán Salomone, Mem. degli ambasc. di Milano, Mil. 1806, 110 ss. Por lo que toca a Génova, véase Rosi, La morte di J. Bonfadio, Génova, 1895; por lo que concierne a Veneciã, cf. Gothein, S. Ignacio, 523. Respecto de la república de Luca, Julio III se quejó al punto de tales cosas; véase la *relación del embajador luqués, fechada en Roma a 12 de julio de 1550: Nel parlare che fece S. Stà. mostro che le dispiacesse che le S. V. mettersero mano in preti senza consenso del vescovo o del suo vicario. *Archivo público de Luca*.

(2) Véanse nuestras indicaciones del vol. XII, 392 ss.

fué confirmada por un real decreto la jurisdicción espiritual de los obispos, y excluidos de todas las dignidades y cargos los secuaces de las nuevas doctrinas (1). Pero con eso no quedó alejado en modo alguno el peligro para la Iglesia. Una gran parte de la nobleza rendía vasallaje a las doctrinas protestantes. Cuán provocadores se manifestaban sus partidarios, lo muestran los excesos que se permitieron contra lo que era más sagrado para los católicos: en un arrabal de Cracovia derribaron el crucifijo y lo arrojaron al lodo; en el pueblo de Chrencice fué despojada la iglesia de todos los adornos católicos y hasta echadas al fuego las sagradas Hostias (2). Era singularmente lamentable, que en tiempos tan peligrosos sólo pocos obispos, como los de Gnesen y Cracovia, cumpliesen con su obligación. Tardó bastante el episcopado en tratar de enviar una diputación al concilio. Sólo en junio de 1551 se deliberó sobre esto en un sínodo celebrado en Petrikof. Hallóse allí también Hosio, a quien Julio III, accediendo a la propuesta del rey, de 11 de mayo de 1551, había confirmado obispo de Ermland (3); trazó entonces su célebre «profesión de fe» (4), que juraron los sinodales. Algunos obispos cobraron ánimo ahora para salir de su indolencia, y ejecutaron saludables reformas en sus diócesis. Pero varios se olvidaron muy pronto de lo que en el sínodo habían reconocido como obligación suya, y recayeron en su anterior descuido (5). Con dificultad se pudieron recaudar las costas para una embajada a Trento. La comisión fué al fin confiada a Pedro Glogowski. Éste visitó también a Roma, donde pintó al Papa el estado de Polonia con una luz tan favorable, que Julio III quedó engañado sobre las verdaderas circunstancias en que se hallaba aquel reino (6). Qué sesgo tan peligroso tomaban en hecho de verdad las cosas, se mostró en la Dieta abierta a fines de enero de 1552. Juan Segismundo fué allí directamente

(1) Véase Dembinski, *Diputación del Concilio Tridentino*, 26; Eichhorn, I, 119.

(2) Cf. Wotschke, *Historia de la Reforma en Polonia*, Leipzig, 1911, 110; véase también Eichhorn, I, 120.

(3) V. Hosii epist., II, LIII, 993; cf. Eichhorn, I, 138 s.

(4) Sobre eso, véase Hipler en el *Léxico eclesiástico de Friburgo*, VI^a, 297 s. y la disertación sobre el segundo tomo de las Epist. Hosii, de Bellesheim, en las *Hojas histórico-políticas*, CX, 262 s.

(5) Véase Eichhorn, I, 121 ss.

(6) Véase Raynald, 1553, n. 53-55; Dembinski, 29, 65.

requerido a aprobar la nueva doctrina de la justificación, el casamiento de los sacerdotes y la comunión bajo ambas especies. Con todo eso el rey no podía moverse a un proceder tan trastornador. En su corazón era el último Jaguelón sinceramente católico y fiel a su deber en el cumplimiento de sus obligaciones religiosas; pero, a pesar de su bondad natural, no poseía el valor necesario para oponer decidida resistencia a las propuestas peligrosas (1). En el asunto del concilio se dejó gobernar por su secretario Modrzewski, de ideas confusas y exaltadas, que era partidario de un concilio libre. El decididamente católico Hosio fué preterido, y en su lugar fueron enviados a Trento como diputados, hombres tan condescendientes como confusos en sus ideas (2).

En Roma pronto se llegó a conocer, que Glogowski había hecho una relación demasiado favorable. En 20 de septiembre de 1552 envió el Papa una carta al Inquisidor de Cracovia, ordenándole hiciese ocultas averiguaciones sobre la conducta sospechosa de algunos obispos polacos respecto de los heterodoxos (3). Cuando el rey Juan Segismundo volvió a casarse en 1553, aprovechó el Papa la gratulación que le dirigió, para amonestarle seriamente, que protegiese con su autoridad la fe católica contra los acometimientos injuriosos (4). Más adelante hiciéronse

(1) Una buena pintura de la conducta religiosa de Juan Segismundo se halla en la **Relatione del regno di Polonia del vescovo di Camerino (Camilo Mentuato; véase Ciampi, I, 169, 359)*, que se halla en el Cod. R. I, 26 de la *Bibl. Chigi de Roma*, la cual utilizó Ranke (II^o, 6), pero afirmó por error haberse escrito en «1555 aproximadamente», aunque el año exacto lo hubiese podido sacar de Raynald, 1551, n. 73. Dicese en ella: **A molti di questi [de los que rodean al rey] comporta che vivano come li piace, perche si vede che S. Mtà. è tanto benigna che non vorria mai far cosa che dispiacesse ad alcuno et io vorrei che nelle cose della religione fosse un poco più severa, poichè ogni anno esso si confessa, ogni giorno va alla messa et ogni festa ode la predica, l' introito, la gloria, il credo, benedictus et agnus Dei canta a tutta voce cón li cantori, così ci tirasse gli altri, chè gli sarebbe facile, sebene alcuni dicono il contrario. El nombramiento de Mentuato para nuncio de Polonia lo notifica Serristori en su *carta de 6 de abril de 1551 (*Archivo público de Florencia*). Según esto, ha de ser rectificado Biaudet (Nonciat. 95), por otra parte tan exacto.*

(2) Véase Dembinski, Diputación, 31 ss., 35 ss.; cf. Krasinski, 86 ss.

(3) *Min. brev. 1552, Arm. 41, t. LXV, n. 616 (*Archivo secreto pontificio*). La sospecha contra el arzobispo de Gnesen era infundada, pero el prelado de Chelm, J. Uchanski, con razón tenía fama de ser heterodoxo; véase Eichhorn, I, 205-206.

(4) *Regi Poloniae, con fecha de 22 de mayo de 1523. Min. brev. Arm. 41, t. LXVIII, n. 373. *Archivo secreto pontificio*.

semejantes amonestaciones a los obispos y a la nobleza de Polonia, como también de nuevo al rey y a la reina (1). Ésta no justificó (2) las esperanzas que los católicos polacos habían puesto en ella (3), y su esposo, después como antes, dejó ir las cosas como iban, aunque Hosio no se cansaba de encomendar instantemente, de palabra y por cartas, la protección de la fe católica. Si el rey deja que sea desgarrada la Iglesia, le dijo Hosio proféticamente en 12 de marzo de 1554, Dios dejará también que su reino se haga pedazos (4). Cuál fuese el celo de la mayor parte de los obispos, muéstralo el hecho de que en 1554, al sínodo de Petrikof, fuera del primado de Gnesen y de Hosio, sólo asistieron los obispos de Cracovia y Plozk. No hubo más remedio que señalar plazo para un nuevo sínodo. Se rogó al Papa, que enviase a éste un nuncio en la persona de Lipomano (5). El nombramiento de Lipomano en 13 de enero de 1555 fué uno de los últimos actos del pontificado de Julio III (6).

II

De las graves pérdidas, que sufrió la Iglesia en numerosas regiones de Europa, especialmente en Alemania, parecían resarcirla otros sucesos prósperos. Además del desenvolvimiento de las misiones de fuera de Europa, hay que mencionar aquí ante todas cosas la *restauración católica en Inglaterra*.

(1) Las cartas a los obispos y a la nobleza se hallan en Raynald, 1553, n. 40 y 41. Cf. la *carta a los obispos, fechada el 27 de mayo de 1553. Min. brev. loc. cit., n. 391; ibid. n. 393 la dirigida al rey, fechada el 27 de mayo; n. 395 la enviada a la archiduquesa Catalina en su casamiento, fechada el 28 de mayo (*Archivo secreto pontificio*). Gran miramiento tuvo Julio III a los intereses y deseos de Polonia, cuando el gran duque ruso Iván el Terrible procuró alcanzar el título de rey, con la promesa apenas ciertamente tomada en serio, de sujetarse a Roma respecto a lo eclesiástico. Cf. sobre eso Friedler en las Relaciones de las sesiones de la Academia de Viena, XL, 50 s.; Pierling, Rome et Moscou, París, 1883, 19 s., 33 s.; Papes et Tsars, París 1890, 44 s.; La Russie, I, 334 s.; Übersberger, I, 282 s., 287.

(2) Cf. la *carta de Martinengo al card. Monte, fechada en Viena el 1.º de junio de 1553. Nunz. di Germania LXIII, 179. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Cf. Bellesheim en las Hojas histórico-políticas, CX, 265.

(4) Hosii epist., II, 411.

(5) Véase Eichhorn, I, 212.

(6) Theiner, Mon. Pol., II, 575; cf. Ehrenberg, 69, nota 2.

Bajo el pontificado de Julio III pasó dos veces Inglaterra por una notable mudanza religiosa. Primeramente fueron transformados el dogma y la liturgia en el sentido del más adelantado protestantismo, y siguióse después la entera vuelta a la antigua religión (1).

Poco antes de la muerte de Paulo III había sido derribado del poder el tío del joven Eduardo VI, el Protector Somerset, entrando en su lugar el conde Warwick, desde 1551 duque de Northumberland. El cambio de gobierno reanimó al principio la esperanza de los católicos en el restablecimiento del antiguo culto; comenzóse al punto a celebrar de nuevo la misa según el antiguo rito, en algunas parroquias de Londres y Oxford. Pero los primeros sucesos del año 1550 pusieron fin a estas esperanzas. El 25 de enero fué aceptada una ley, según la cual habían de ser entregados los antiguos misales, breviarios y libros semejantes escritos en latín, para ser destrozados. Asimismo se habían de destruir las imágenes de las iglesias, a no ser que representasen a príncipes y hombres ilustres, que durante su vida no hubiesen sido tenidos por santos. Otras leyes de enero de 1550 tenían por fin el bosquejo de un nuevo derecho canónico y de un nuevo formulario para la ordenación de los obispos y ministros de la Iglesia (2). De la suerte de los libros eclesiásticos tuvieron que participar muchos preciosos manuscritos. A fines de 1550 fueron destruidas en la biblioteca de Oxford carretadas enteras de manuscritos, muchos de los cuales nada común tenían con los misales «sino las letras encarnadas de la portada y de los epígrafes». Muchísimo se vendió a los tenderos, y cargas de manuscritos atravesaron el mar para uso de los encuadernadores (3).

La reforma más decisiva fué significada por el «Libro de la Oración Común» (*Book of Common Prayer*) del año 1552, que representa una entera refundición de la primera redacción llevada al cabo en el Parlamento en 1549 (4).

(1) Véase H. Gairdner, *The English Church*, 262 ss.; J. Trésal, 225 ss.; Lingard VII, 16 ss.; cf. A. F. Pollard, *The history of England from the accession of Eduard VI to the death of Elizabeth, 1547-1603*, London, 1910.

(2) Gairdner, 276 s. Trésal, 259 s.

(3) Gairdner, 290 s.

(4) G. Constant, *La transformation du culte anglican sous Edouard VI: Revue d'hist. ecclésiastique* XII, Louvain, 1911, 38-80, 242-270; cf. Fr. Aidan Gasquet and Edm. Bishop, *Edward VI and the Book of Common Prayer*. An

Somerset había procurado con mucha cautela, que el estado de la religión, todavía casi enteramente católico a la muerte de Enrique VIII, se fuese aproximando a las ideas protestantes. La introducción de la comunión bajo las dos especies, el permiso de casarse los sacerdotes, el uso del idioma del país en los divinos oficios no habían de significar necesariamente un rompimiento con el dogma católico. Verdad es que en el Libro de la Oración Común de 1549, se declaraba ser suficiente la confesión general de los pecados antes de la comunión, pero sin embargo de eso, quedó también aun permitida la confesión secreta ante el sacerdote. Las mudanzas de más graves consecuencias se refirieron al Santísimo Sacramento del Altar, que en una inundación de escritos populares fué hecho el blanco de los más furiosos acometimientos y ultrajes. Pero también aquí se procedió en tiempo de Somerset aun con circunspección. La liturgia de la misa del primer Libro de la Oración Común había dejado todavía tantas ceremonias exteriores, que el pueblo vulgar podía creer que nada esencial se había mudado, mientras los doctos, por varios modos de decir que habían quedado, podían aun oír la profesión del dogma católico.

Un espíritu del todo diferente respira el segundo Libro de la Oración Común de 1552. Si para la primera transformación de la liturgia de la misa del año 1549 se había tomado como norma la doctrina de Lutero, la segunda elaboración se hizo según el espíritu de Zuinglio y Calvino. El Libro de la Oración Común en su primera forma suprimió todo lo que hacía aparecer la misa como sacrificio; en cambio, la segunda redacción mudó todo lo que podía ser considerado como confesión de la presencia real de Cristo en el Santísimo Sacramento.

Esta mudanza al más extremado protestantismo se había ya preparado en tiempo de Somerset. Varios teólogos de la más adelantada dirección hallaron entonces en Inglaterra el refugio, que en todos los demás países les había sido negado (1). De Estrasburgo vino Butzer por abril de 1549, huyendo del Ínterin, y al punto fué nombrado profesor de Teología en Cambridge. Poco antes había obtenido una cátedra en Oxford el italiano Pedro Mártir Vermigli,

examination of its origin and early history, London 1890. Bellesheim en el *Katholik*, 1891, I, 3-19; Bäumer en las Hojas histórico-políticas, CVIII, 1 ss., 103 s.; véase también Kawerau en la *Revista histórica*, LXXII, 140 s.

1. Gairdner 263.

que a invitación de Cranmer había ido a Inglaterra en 1547. Una visita de las dos Universidades nacionales, hecha por mayo de 1549, apartó de la enseñanza a diversos profesores católicos. Dispusieron la opinión pública en favor de las doctrinas de Calvino, numerosos libelos, que introducidos de fuera, podían imprimirse sin estorbo en Inglaterra, mientras los defensores de la antigua religión habían de publicar sus respuestas en país extranjero (1). Por lo que toca a Cranmer, alejábanse en sus escritos cada vez más de la doctrina católica y luterana, y según su propia confesión, en la primera edición del Libro de la Oración Común había dejado algunas reminiscencias católicas sólo para no irritar demasiado al pueblo (2).

Northumberland, como lo confesó más tarde en presencia de la muerte, nunca estuvo persuadido interiormente de la verdad de las doctrinas protestantes, pero se mostró con todo ardiente amigo y promovedor de las innovaciones religiosas. Para que éstas pudiesen desenvolverse más desembarazadamente, ante todas otras cosas habían de ser alejados los obispos de sentimientos católicos. Primeramente fué a la cárcel Bonner, obispo de Londres, el 4 de diciembre de 1549. Gardiner de Winchester hacía ya mucho tiempo que estaba en la Torre, y en 14 de febrero de 1551 fué desposeído judicialmente de su silla episcopal. Heath de Worcester entró en la prisión el 4 de marzo de 1550, y a Day de Chichester se le declaró privado de su sede el 1.º de octubre de 1551; la misma desgracia sufrió el 3 de octubre de 1552 Tunstall de Durham, quien desde el 20 de mayo de 1551 estaba preso en su casa. Algunos otros prelados sospechosos tuvieron que renunciar, y Thirlby de Westminster fué trasladado a la diócesis de Norwich, que era de muy poca importancia (3).

Entre los obispos que obtuvieron los cargos de los prelados depuestos, señalóse el de Londres, Ridley, por la actividad que desplegó en el ulterior desenvolvimiento de las innovaciones reli-

(1) The press in England, too, was free,—at least to the enemies of old beliefs, dice Gairdner (pág. 266).

(2) Constant, *La Transformation*, loc. cit., 244.

(3) Lingard, 60 ss. Trésal, 236 ss. Sobre la deposición de Bonner escribe Gairdner (pág. 269): It would seem, that the real object of this irregular and unjust prosecution was simply to deprive a bishop who was so strong an upholder of the still recognised doctrine of transubstantiation. The whole case was prejudged, etc.

giosas (1). En 1.º de abril de 1550 entró en lugar de Bonner, y en 5 de mayo ordenó una rigurosa visita de su diócesis, en la cual había de desterrarse especialmente todo lo que traía a la memoria las antiguas ideas acerca de la misa católica. La instrucción de la visita aconsejaba principalmente derribar los altares de las iglesias, porque con la idea de altar estaba íntimamente unido el concepto de misa como sacrificio. Mientras haya altares, predicaba Hooper, el pueblo ignorante soñará siempre todavía en un sacrificio (2). Ridley mismo dió el ejemplo de la destrucción. En la noche del 11 de junio de 1550 hizo quitar el altar mayor de S. Pablo de Londres; y en la semana de Pentecostés se hizo lo mismo en todas las demás iglesias de dicha capital. Por carta real de 24 de noviembre se ordenó a todos los obispos proceder del mismo modo. A fines de 1550 estaba terminada la obra de destrucción. Por mayo de 1551 escribía el embajador veneciano, Bárbaro, que los ingleses se servían todavía de las campanas y órganos, pero ya no tenían altares ni imágenes (3). Sin respeto a las obras de arte o a la venerable antigüedad, en todas partes se habían suprimido los altares. Apenas se levantó una contradicción contra este proceder enteramente revolucionario; porque aunque muchos obispos se sintiesen intranquilos en su conciencia, sin embargo, con la autoridad pontificia se había hundido también la de los obispos (4). El pueblo perdió todo respeto a los templos profanados. Se compraba y vendía en las iglesias, se entraban en ellas caballos y mulos, y hasta tenían allí efecto no raras veces sangrientas riñas y muertes. En una ordenación real de 1552 se dice, que se conviertan las iglesias en albergues ordinarios, o más bien en cuevas y sumideros de todo anticristianismo (5).

Con la destrucción de los altares se introdujo un culto enteramente conforme a las ideas de Calvino. Fuera de eso, el primer Libro de la Oración Común de 1549 propiamente a nadie había satisfecho. El pueblo se negaba a conformarse con el nuevo culto (6). Cranmer mismo consideraba la liturgia de 1549 sólo

(1) Gairdner, 278 s. Constant, 246 ss.

(2) Constant, 247.

(3) Albèri, Ser. I, II, 247. Brown, V, n. 703, pág. 348.

(4) Episcopal authority was well-nigh destroyed already. Gairdner, 284.

(5) Constant, 249. Sobre la decadencia de la moral en el reinado de Eduardo VI, cf. Pocock en la Engl. Hist. Rev., 1895, 417 ss.

(6) Gairdner, 268, 277.

como un grado de transición. Instigado por predicantes más radicales, manifestó el joven monarca, que si los obispos no cambiaban el Libro de la Oración Común, él mismo lo haría (1). Pero los que más apremiaban a que se diesen pasos ulteriores, eran los teólogos extranjeros que habían hallado acogida en Inglaterra. Así sucedió, que *una nación que había querido emanciparse del Papa como de un obispo extranjero, se sometió al influjo extranjero en lo tocante a la reorganización de la religión* (2).

Ya por abril de 1549 aconsejó Cranmer la reforma de la liturgia, en una reunión con Butzer, Pedro Mártir Vermigli, Fagio, Dryander y Tremelio (3). Calvino mismo escribió por enero al rey Eduardo como a nuevo Josías, exhortándole a barrer enteramente el «gran cúmulo de supersticiones», que todavía quedaba del papado (4). Los que más influjo ejercieron en la reorganización del culto fueron Butzer, y después de su muerte (acaecida el 28 de febrero de 1551) Pedro Mártir, que era todavía mucho más radical. En 9 de marzo de 1552 fué presentado a la Cámara de los Lores el nuevo Libro de la Oración Común, y en 14 de abril fué aceptado por ambas Cámaras (5).

La introducción a la nueva ley habla de la segunda edición del Libro de la Oración Común en términos, que viene a indicar que es sólo un perfeccionamiento de la primera, pero que en lo esencial es idéntica a ésta. Mas esto en modo alguno es así. La liturgia de 1549 era una tentativa de ajustamiento, que quería contentar en lo posible a protestantes y católicos; la de 1552, al contrario, evita muy intencionadamente toda expresión y toda ceremonia, que los partidarios de la antigua religión pudiesen interpretarse según sus ideas. De la misa católica ya nada quedó en la nueva ordenación sobre la comunión. Fuera de eso, el segundo Libro de la Oración Común suprimió la confesión privada y la extremaunción (6). Por lo que toca al sacramento del Orden, retuviéronse cuanto al nombre los grados de diácono, presbítero y obispo. Con todo, de la concep-

(1) Ibid., 304.

(2) Never was greater deference paid to foreign opinion than now in a Church which had been emancipated from the jurisdiction of a foreign bishop Gairdner, 291.

(3) Constant, 244.

(4) Ibid., 205.

(5) Ibid., 478.

(6) Constant, 474 s.

ción enteramente alterada de la Eucaristía se saca, que no se pensaba ya en ordenar sacerdotes, que estuviesen dotados de verdadero poder para consagrar; más aún, que se excluía directamente la intención de constituir sacerdotes en este sentido católico (1). Así pudo también la nueva liturgia gozar de la unánime aprobación de los protestantes más adelantados. Pedro Mártir escribía a Bullinger en 14 de junio de 1552, que en ella se hallaban desechados todos los restos, que hubiesen podido todavía fomentar la superstición; Bullinger y Calvino, que en 1554 fueron requeridos por los fugitivos ingleses para que emitieran su juicio sobre la misma, sólo la hallaron reprobable a lo sumo en cosas secundarias (2).

Como el Libro de la Oración Común, así también debe su origen a Cranmer el otro escrito contenedor de la confesión de la Iglesia anglicana, los «39 artículos». Ya en 1549 había él establecido una serie de proposiciones, que debía suscribir todo predicador antes de obtener la licencia para predicar. Al principio fueron 45, después 42 y al fin 39. El rey Eduardo VI firmó los 42 artículos el 12 de junio de 1553. Formaban ellos una mezcla de conclusiones luteranas, zuinglianas y calvinistas, amalgamada con reminiscencias católicas, a cuyo frente estaba el dogma protestante de la Biblia como única fuente de fe. La doctrina de la justificación estaba expuesta según la mente de Lutero, y la de la Eucaristía conforme a la de Calvino. La supremacía real sobre la Iglesia era enseñada en toda su amplitud (3).

El 6 del mes siguiente era cadáver el rey de quince años, enfermizo desde hacía ya mucho tiempo; con su muerte pareció también hundirse de nuevo la obra tan trabajosamente levantada de la revolución eclesiástica. Es verdad que el monarca, próximo a la muerte, se había dejado determinar por Northumberland a hacer la tentativa de dejar el cetro en seguras manos protestantes, por un cambio de la sucesión al trono, efectuado por su propia autoridad; y que conforme a su ordenación, fué también proclamada efectivamente reina el 10 de julio Juana Grey, de dieciséis años de edad, nieta de María, hermana de Enrique VIII, y esposa del hijo de Northumberland, Guilford Dudley; pero el cambio de la sucesión

(1) Ibid., 479, s.

(2) Ibid., 477.

(3) Muller, Los escritos de confesión religiosa de la Iglesia reformada, Leipzig, 1903, 505 ss.

al trono era tan patentemente ilegal, por haberse efectuado sin el Parlamento, y mostróse tan claramente como intriga del ambicioso Northumberland, que no pudo hallar aprobación en el pueblo. Cuando la heredera legítima de la corona, la hijā mayor de Enrique VIII, María, desplegó su estandarte real, juntáronse en masa defensores a su alrededor, pasóse a ella el ejército de Northumberland, y en 19 de julio fué María proclamada reina en Londres, con grandísimo júbilo de la población (1).

María, hija de Catalina de Aragón (2), bajo la dirección de Margarita Pole, madre del más tarde cardenal, la cual murió mártir en 1541, había recibido una educación, no solamente esmerada cuanto al trato cortesano y formación literaria, sino también profundamente religiosa en el sentido católico. Su religiosidad robusteciése todavía más en la dura escuela de los padecimientos, por que tuvo que pasar después del repudio de su madre. Separada de ésta y destinada a formar parte del séquito de su hermana Isabel, recibió el peor aposento de la casa (3); quitáronle sus joyas y hermosos vestidos (4); alejaron de ella las criadas que le eran fieles, sustituyeron a su confesor por un luterano (5), la confiaron a la custodia de una parienta de Ana Bolena, que todos los días le ocasionaba graves disgustos, no la cuidaba en sus enfermedades (6), y hasta la daba de bofetadas (7). Ana Bolena, su jurada enemiga (8), pensó en destinarla para que llevase la cola de su vestido (9), y de muy buena gana la hubiese visto en el cadalso (10). En hecho de

(1) Brosch, VI, 415.

(2) J. M. Stone, *The History of Mary I Queen of England*, London, 1901; cf. la misma, *The Youth of Mary Tudor*: Dublin Review Ser. 3, XXII (1889), 363 ss.; *Mary Queen of England*: ibid., XXIII (1890), 324 ss.; *Philip and Mary*: ibid., XXIV (1890), 110 ss.; *The personal character of Mary Tudor*: *The Month*, XCIV (1899), 128; Atan. Zimmermann, *María la Católica*, Friburgo, 1890; *Privy Purse Expenses of the Princess Mary*, ed. Fred. Madden, London, 1831; Lingard VII, chap 2, 3; Steph. Lee en el *Dictionary of National Biography* XXXVI, 333-354.

(3) Chapuys en 3 de enero de 1534: Gayangos, V, 1, n. 1, pág. 4.

(4) El mismo en 25 de marzo de 1534: ibid. n. 31, pág. 95.

(5) El mismo en 14 de mayo de 1534: ibid. n. 57, pág. 154, s.

(6) El mismo en 18 de noviembre de 1534: ibid., n. 111, pág. 329.

(7) El mismo en 11 de febrero de 1534: ibid., n. 10, pág. 34.

(8) El mismo en 30 de marzo de 1534: ibid., n. 32, pág. 96.

(9) El mismo en 29 de enero de 1534: ibid., n. 8, pág. 27.

(10) Ortiz en 22 de noviembre de 1535: ibid., n. 231, pág. 573; cf. Catalina de Aragón en 10 de octubre de 1535: ibid., n. 210, pág. 548.

verdad, su padre la amenazó con la muerte (1), y sólo debió ella su salvación a haber intervenido enérgicamente el emperador. A pesar de todas estas crueldades, no se consiguió lo que se intentaba, es a saber, que renunciase a su título y derecho de princesa heredera de la corona. No podía, así lo declaró ella, tener a sus padres por adúlteros o ser desobediente a la Iglesia (2).

Verdad es que María, después que murió Bolena y su madre, bajo la presión del temor de la muerte y para alcanzar el reconocimiento de su derecho hereditario, se había dejado inducir a firmar un documento, que expresaba la supremacía eclesiástica del rey y reconocía como inválido el matrimonio de su madre. Pero antes suscribió una protesta, que declaraba aquel documento como arrancado por fuerza e inválido (3). Del protestantismo, que se estableció bajo el gobierno de Somerset y Northumberland, nada quiso saber María. Cuando Northumberland estaba en el poder, se negó constantemente a hacer guardar la nueva liturgia en su casa hasta la mayor edad del rey, diciendo que estaba antes dispuesta a meter su cabeza en la argolla. Por fin cesóse de instarla más (4).

Los primeros actos del reinado de María llevaron el sello de aquella mansedumbre, que se manifestaba en todas las ocasiones, en que seguía lo que le dictaba su juicio y los impulsos de su propio corazón. Sólo siete de los conjurados contra ella fueron procesados, y de ellos sólo tres ejecutados. Al mismo Northumberland hubiese ella perdonado de buena gana, si su Consejo no se hubiera opuesto (5). Juana Grey, cuya ejecución representaban a María

(1) Chapuys en 22 de abril de 1534: Gayangos, n. 45, pág. 129.

(2) Chapuys en 14 de mayo de 1534: *ibid.*, V, 1, n. 57, pág. 155.

(3) El mismo en 7 y 8 de octubre de 1536: Gayangos, V, 2, n. 104, 105.

(4) Lingard, 70. Zimmermann, 28 ss., 34. St. Lee loc. cit., 340.

(5) Lingard, 127 s., nota. El embajador veneciano Soranzo escribe el 18 de agosto de 1534 sobre María: «El rostro de Su Majestad tiene la expresión de gran bondad y mansedumbre, el cual no es desmentido por su conducta; porque aunque tenía muchos enemigos, y tantos de ellos estaban condenados a muerte por la ley, con todo, si las ejecuciones hubiesen dependido únicamente de la voluntad de Su Majestad, ni una sola de ellas habría sido llevada a efecto» (Brown, V, n. 934, pág. 533). Fué cosa entonces muy sonada el que Northumberland en el cadalso se declarase católico, y atribuyese todo el desorden de los últimos años al rompimiento con el papado. Su declaración fué impresa en Londres poco después de su muerte, en inglés, latín y holandés, y provocó réplicas llenas de polémica, principalmente de parte de Juan Knox. Cf. Dictionary of National Biography, XVI, 110.

como indispensable, halló en ella una defensora (1). Sólo después de tres meses (en 13 de noviembre de 1553) fué procesada y condenada; pero también ahora se contentó María con tenerla en prisión suave (2). Cuando fué interrumpido en 13 de agosto el sermón del capellán real Bourne, dióse una ordenación en la que se decía, que la reina no quería hacer violencia alguna a las conciencias, sino convertir al pueblo por medio de sermones de varones doctos (3). El 18 del mismo mes publicóse una proclama real, en la cual se encargaba a los súbditos «vivir entre sí pacíficamente y en amor cristiano, evitando las expresiones diabólicas recientemente inventadas de papista y hereje. Deseaba la reina que todos fuesen de su religión, pero no se emplearía la fuerza, hasta que por un decreto general se tomasen ulteriores determinaciones» (4).

Fiel a estas máximas, contentóse la reina entre tanto con revocar algunas disposiciones del tiempo de Eduardo VI, cuya legalidad nunca había concedido. Los obispos Bonner, Tunstall y Boysey volvieron a sus sedes, y Gardiner, Heath y Day fueron de nuevo reconocidos como obispos legítimos. Al eminente estadista Gardiner lo elevó María a canciller suyo. A deseos de los feligreses, comenzó el día de S. Bartolomé, en algunas iglesias de Londres, la celebración de la misa latina, y el domingo después se hizo lo mismo en la catedral; pero generalmente no se introdujo la misa hasta el 21 de diciembre por decreto del Parlamento (5). Por el rey muerto celebróse todavía públicamente un oficio de difuntos según el Libro de la Oración Común, y una misa de réquiem en la Torre sólo en presencia de trescientos invitados (6). En las Universidades de Oxford y Cambridge los cancilleres Mason y Gardiner

(1) Lingard, 126 s.

(2) Gairdner, 326.

(3) That this was Mary's sincere intention at the outset of her reign, there is no reason to doubt, dice Gairdner (p. 318).

(4) Gairdner, 318.

(5) Ibid., 319 s.

(6) Lingard, 133. El embajador de Sena en Francia, Claudio Tolomei, vió en esto el 31 de agosto de 1553, un primer indicio de que María pondría fin al cisma: La reina Maria ne l'esequie del Rè suo fratello fece celebrar due messe, l'una al modo inghilese e l'altra al modo romano; la qual cosa fa ancor segno ch'ella ha animo di tornare a l'obbedienza de la Chiesa (Luc. Banchi, Alcune lettere politiche di Claudio Tolomei, vescovo di Tolone, scritte alla repubblica di Siena, ora primamente edite, Siena 1868, 3 [publicación de bodas]). Carlos V vió en la celebración de la misa por Eduardo VI una imprudencia de la reina. Ancel, Réconciliation, 530.

restablecieron los antiguos estatutos y la antigua religión. Los protestantes extranjeros partieron provistos de pasaportes; así lo hicieron Vermigli y los protestantes franceses de Londres, a quienes otorgóse expresamente la licencia para la partida, con cartas a los alcaldes de Dover y Rye (1). De los obispos protestantes que se habían introducido sin derecho en lugar de los legítimos, fueron encarcelados Ridley, Coverdale y Hooper (2). Cranmer quedó reducido a su palacio, hasta que fueron por él leídos públicamente en la calle algunos escritos provocantes contra la misa, en vista de lo cual tuvo que ir por septiembre con Latimer a vivir en la Torre (3). De la unión con Roma no se habló en el interin todavía hasta la apertura del Parlamento.

Mucho más ardorosamente se hablaba de esto en la Ciudad eterna, y entre los hombres afectos al papado. Julio III lloró de gozo, cuando supo en 5 de agosto de 1553, por un despacho del nuncio francés, la victoria de María y su subida al trono (4). El cardenal Pole, que como inglés, pariente de la reina, y su compañero en la juventud, había seguido los acontecimientos con especial y vivísimo interés, manifestó en la respuesta a una carta gratulatoria de la duquesa de Mantua, que desde muchos siglos atrás no se había visto una disposición más notable de la Providencia (5).

Al punto comenzaron también las deliberaciones sobre lo que podía hacerse en bien de la Iglesia en esta favorable situación, Pole, que en la soledad de la abadía de benedictinos de Maguzzano, junto al lago de Garda, había recibido la alegre nueva un día más tarde que el Papa, envió en seguida el abad Vicente Parpaglia con una carta gratulatoria a Julio III (6). Había de decir al Papa de

(1) Gairdner, 321.

(2) Ibid., 320.

(3) Gairdner, 323.

(4) Ance! Réconcil. 521.

(5) *Et perchè questo è stato un effetto così grande della providentia di Dio, che l'età nostra et forse ancora delli nostri maggiori di molti secoli non ha visto il più notabile, etc. Carta de Pole a la duquesa de Mantua, de 12 de septiembre de 1553. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(6) Brown, V, n. 764. Para lo que sigue cf. Th. Phillips, *History of the life of Reginald Pole*, Oxford 1764; Hook, *Lives of the Archbishops of Canterbury III*, London 1869, y además la Crítica de Reumont en la Hoja teológica-literaria de Bona, V, 998 ss.; At. Zimmermann, *El cardenal Pole, su vida y sus escritos*, Ratisbona 1893; Martin Haile (= María Hallé), *The life of Cardinal Pole*, London 1910. Sobre este trabajo muy reciente cf. Zimmermann en el *Anuario Histórico*, XXXI, 818 s. y Constant en la *Rev. des quest. hist.*, XC (1911), 498 ss.

palabra (1), que según opinión de Pole, se podía esperar a la verdad todo bien de la nueva reina, la cual durante el reinado de su hermano había rechazado constantemente toda clase de innovaciones, y se mantenía firme en los dogmas y ritos de la Iglesia universal; pero que el punto peligroso era la separación cismática de Roma, contra la cual después de la muerte de More y Fisher nadie se había declarado en Inglaterra, y en la que también María había consentido. Que cuanto a su persona, la reina se decidiría fácilmente a volver al gremio y comunión de la Iglesia Romana, no sólo por conciencia, sino también por respeto a su madre. Pero que respecto a muchos otros, formaba un impedimento la perspectiva de tener que devolver los bienes eclesiásticos secuestrados; y que según su parecer precisamente en este punto estaba toda la dificultad (2). Entre tanto, según su opinión, convenía hacer lo siguiente: El Papa, por medio de sus legados, podría inducir a los príncipes a dar algunos pasos con la reina. Asimismo se había de procurar ganar a María por medio de agentes no oficiales, que podrían presentarse en nombre de Pole; como él esperaba, esta vez no serían rechazados. Si María se dejaba determinar a consentir en la misión de un legado pontificio, todo estaba ganado; mas si, por el contrario, suscitaba dificultades, podrían algunos delegados ingleses en Flandes o la Picardía negociar en amistosas conferencias con un legado y doctos teólogos. Según era de prever, la reina enviaría a semejante conferencia hombres menos obstinados. Se habría de procurar ganar a éstos, para que ellos después trabajasen en su patria en favor de la unión.

Antes que Parpaglia llegase a Roma con estos encargos, volvió de nuevo a Maguzzano a verse con Pole el 12 de agosto de 1553, en compañía de un enviado pontificio (3). Es el caso que Julio III se

(1) * *Informatione del sigr. Abbate di San Saluto (Solutor en Turín). Bibl. Corsini de Roma*, 33, E, 19, p. 4.

(2) * *Quello di che si può temere è circa lo scisma, al quale anch' essa si trova haver consentito insieme con tutto il regno..., benchè si sapia, che mal volentieri essa vi consenti, non solo per rispetto della coscienza, ma anche per ciò che il lasciare l' obbedienza della Sede apostolica era di diritto contrario alla causa della Regina sua madre et alla sua propria, onde si può credere, che etiandio in questa parte quanto alla persona sua non vi debba essere difficoltà, ma si bene per rispetto di molti, che sono interessati per li beni della Chiesa... Tal che a parer mio tutta la difficoltà sarà in questo punto. Loc. cit. Bibl. Corsini de Roma*

(3) *Ancel*, 523

había apresurado a anticiparse a las propuestas del cardenal inglés. Luego que supo la elevación al trono de María, había convocado aun el mismo día un consistorio de los cardenales, en el cual Pole fué nombrado legado «cerca de los príncipes cristianos, y especialmente cerca de la nueva reina». Tan urgente pareció al Papa este negocio, que no aguardó a expedir las bulas sobre los poderes del legado, sino que ya el siguiente día envió un comisionado a Pole con el breve del nombramiento. El mensajero pontificio encontró en Bolonia a Parpaglia, quien con el cambio de circunstancias no continuó su viaje a Roma (1).

Como legado debía ponerse ahora Pole en relación con la reina y el emperador. A María fué enviado por el cardenal Enrique Penning con una carta de 13 de agosto, y a Carlos V Antonio Fiordibello con carta de 21 del mismo mes (2). Recomendó vivamente a la reina el restablecimiento de la unidad eclesiástica, se presentó a ella como legado y le pidió su parecer sobre el tiempo y modo de desempeñar su comisión. Suplicó al emperador, que favoreciese la vuelta de Inglaterra a la Iglesia universal. Si acaso creyese Carlos V, que todavía no había llegado el tiempo oportuno para elló, Fiordibello llevaba encargo de declararle, que por la dilación no podía sino empeorarse la causa de los católicos. Que habiendo costumbre en Inglaterra, que en el primer Parlamento de cada reinado, todos los que creían haber sido perjudicados en su derecho, presentasen sus reclamaciones, sería una pérdida irreparable para los católicos, si en esta ocasión tampoco ellos hiciesen valer sus derechos (3).

Ya el 27 de agosto envió Pole una segunda carta a la reina (4). Decíase en ella, que todos estaban en grande expectación sobre lo que haría la reina, especialmente sobre si devolvería el título de Cabeza y Soberano de la Iglesia a quien el Soberano del cielo y de la tierra lo había conferido. Que cuánto iba en ello, lo podía ver María sin estudios de libros, por el testimonio que habían sellado con su sangre, los que eran tenidos como los primeros hombres de la nación en sabiduría y en piedad (More y Fisher). Y que en esto

(1) Ibid., 521 s.

(2) Brown, V, n. 766, 771. Sobre la fecha del n. 771 v. Ancel, 526.

(3) Brown, V, n. 772. Sobre esta última opinión vuelve a hablar Pole todavía muchas veces; v. Ancel, Réconcil. 529, nota 2.

(4) Brown, V, n. 776; se halla en *italiano en la *Bibl. Corsini*, 33, E, 19 p. 90. La carta fué llevada por Miguel Trockmorton. Ibid.

había fundado siempre Pole su esperanza de la vuelta de Inglaterra a la Iglesia, contra el sentir de tantos que lo ponían en duda; porque la sangre de los mártires de la Santa Sede y las oraciones de tantos perseguidos no podían, a su parecer, quedar siempre desoidas. Que la unión con el centro de la unidad sería de más valor para la reina, que el favor de príncipes extranjeros.

Si Pole al fin de su carta se expresaba de tal modo, como si estuviese en vísperas de su partida de Maguzzano, muy pronto había de ser desengañado. De todas partes se instaba, a que por entonces en manera alguna fuese a Inglaterra.

Cuando Pole, poco después de su nombramiento para legado, volvió a enviar el abad Parpaglia a Julio III con una carta de 13 de agosto, había propuesto, que lo primero que convendría hacer, era dirigirse al nuncio de Bruselas, Jerónimo Dandino; alegando para ello, que por éste se podrían tener noticias circunstanciadas sobre el estado religioso de Inglaterra (1). Dandino se había ya anticipado a este requerimiento. Tan pronto como tuvo noticia de la subida al trono de María, envió a Londres al joven Francisco Commendone, para que tomase informes bajo mano. Lo que Commendone llegó a saber en Inglaterra, era poco satisfactorio (2). A la reina, con la cual le había facilitado una entrevista con el más profundo secreto la embajada veneciana, la halló ciertamente llena de la mejor voluntad; pero la vió impedida por la disposición de ánimo del pueblo, que en su mayor parte odiaba mortalmente a la Santa Sede, por el egoísmo de los muchos, que se habían apoderado de los bienes eclesiásticos y tenían asiento en el Consejo de la reina, y por el influjo de su hermana «herética y cismática» Isabel, la que su padre había preferido a la reina legítima, y la cual «estaba en el corazón y en la boca de todos» (3). Por todas estas razones deseaba María, que se tomase la delantera con la mayor precaución, y que nadie pudiese saber, que había alguna inteligencia entre ella y la Santa Sede.

Con estas noticias volvió Commendone a fines de agosto a

(1) Brown, V, n. 767; cf. Ancel, 525. Hipólito Capilupi participaba el 19 de agosto de 1553, al card. Hérc. Gonzaga sobre la carta de Pole: «Heri in consistorio furono lette le lettere sue, et da S. Stà. et dal collegio fu laudato la deliberatione fatta da S. S. Rma. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. la carta de Julio III a Pole, de 20 de septiembre de 1553: *Nonciat. de France*, I, n. 1.

(3) *Ibid.*, 4.

Dandino, quien al punto las transmitió a Roma. El 15 de septiembre explicó Commendone en el consistorio de los cardenales lo que había llegado a saber y averiguar en Londres, pero sin mencionar su entrevista con la reina. Su relato causó profunda impresión; se vió ahora, que en modo alguno corría aún prisa la misión de un legado a Inglaterra. De las noticias que envió Dandino desde Bruselas, se hubo de sacar la misma conclusión.

Aun antes que Commendone hubiese vuelto a Bruselas, tuvo Dandino el 14 de agosto una conferencia con Granvela. El ministro imperial insistió, en que se había de dar tiempo a la reina para consolidarse; de lo contrario estallaríá un levantamiento, que seguramente podía contar con el activo apoyo de Francia (1). Diego de Mendoza, que había sido dos años embajador en Inglaterra, opinaba asimismo, que allí había menos bienintencionados de lo que se creía. Que tampoco al pueblo bajo era indiferente el punto de los bienes eclesiásticos, a causa de la obligación de los diezmos, y que ahora se había acostumbrado ya hacía tiempo a la libertad que concede la herejía (2). En 27 de agosto también el emperador hizo notificar a Dandino por medio de Granvela, que no tenía por bien, que Pole se aproximase a Inglaterra más allá de Trento (3).

En vista de todas estas relaciones, el Papa Julio III resolvió tomar un camino medio (4). Envio a Pole a Bruselas, para que estuviese más cerca de Inglaterra, pero le envió no con el título de legado de Inglaterra, sino para que en lugar de Dandino negociase la paz entre Francia y el emperador. El 27 de septiembre recibió el legado sus nuevas instrucciones, y el 29 abandonó el lago de Garda (5).

Poco después de su partida de Maguzzano, había Pole tenido que saber de nuevo, que también la reina María tenía en el interin por imposible la presencia de un legado en Inglaterra. Penning,

(1) Carta de Dandino al card. Monte, de 15 de agosto de 1553, publicada por Ansel, 530.

(2) Ibid.

(3) Ibid., 530 s.

(4) Cf. la **relación del embajador florentino en Roma, de 18 de septiembre de 1553. *Archivo público de Florencia*.

(5) Ansel, 535, 744. Por *carta de 27 de septiembre, notificó Pole al card. Madruzzo su próxima llegada a Trento. El original se halla en la *Bibl. de Trento*.

que ya a principios de agosto había salido para Londres con una carta de Pole, dió al fin noticia del resultado de su misión (1). No llegó a Londres hasta el 18 de septiembre de 1553, y el día siguiente tuvo una conferencia de tres horas con la reina. Aseveró María, que daría la mitad de su reino por tener un legado en el país, pero que los herejes con su irritación eran ahora capaces de todo, y que eran imposibles severas disposiciones. En este concepto, renovó la reina una súplica, que ya había hecho a Commendoné, es a saber, de que pudiesen celebrarse en Inglaterra con toda regularidad los divinos oficios, antes de que se levantasen el entredicho y las censuras contra la nación (2). Especialmente para su muy próxima coronación, que no se podía diferir, deseaba una solemne misa cantada según el uso antiguo. Pole se contentó con absolver entre tanto a la misma María. El 2 de octubre le advirtió desde Trento, que no confiase demasiado en los consejos de una política puramente mundana, sino que pusiese más en Dios su esperanza. Al mismo tiempo repitió su súplica, de poder presentarse en su patria antes del comienzo del primer Parlamento (3).

Pero antes que llegase esta carta al lugar de su destino, había sido coronada la reina el 1.º de octubre, y el 5 había comenzado el Parlamento sus sesiones (4). Según la antigua costumbre, la reina con todos los miembros de la Cámara alta y baja asistió antes a una misa del Espíritu Santo, y en la apertura de las sesiones los discursos de bienvenida rebosaban de expresiones de adhesión a la reina. Dos asuntos antes que todos los demás, deseaba María ver ordenados por la autoridad de su primer Parlamento: el matrimonio de Catalina de Aragón había de ser reconocido como legítimo, y tenía que darse solución a la cuestión eclesiástica. Por lo que se refería a la cuestión eclesiástica, la renuncia a la liturgia poco querida del Libro de la Oración Común y el retorno a la forma del culto antiguamente acostumbrada no ofrecían ninguna dificultad, pero sí la sujeción a la Sede Pontificia; pues desde hacía treinta años los predicantes no habían cesado de hablar violentamente contra el Papa, y el retorno a él parecía estar inseparablemente unido con la restitución de los bienes eclesiásticos.

(1) Ance!, Réconcil., 745 ss.

(2) Brown, V, n. 785, p. 408-409.

(3) Ibid., n. 805.

(4) Lingard, 137 ss.

Primeramente fué presentado un proyecto de ley compuesto en términos muy generales, por el cual se invalidaban de un golpe todas las leyes de los dos últimos reinados, que concernían al matrimonio de Catalina de Aragón o a la religión. En la Cámara alta no encontró este proyecto ninguna resistencia, pero sí en la Cámara baja, donde se lo consideró como tentativa de restablecer la soberanía pontificia, y fué vivamente combatido. La Cámara baja, escribía en 28 de octubre la reina a Pole (1), no puede conformarse con el pensamiento, de que la Corona haga alguna vez renuncia del título de Cabeza de la Iglesia. Añadía que, al contrario, ella misma estaba resuelta a no aceptar este título a ningún precio. En la atormentadora incertidumbre de lo que había de hacer, si el Parlamento la obligaba a retenerlo, solicitaba María el consejo del legado.

La primera tentativa de ganarlo todo de una vez por un atrevido golpe de mano, se había por tanto frustrado por el odio al papado. Por eso procedió ahora el gobierno con más cautela. En la segunda sesión del Parlamento fueron presentados dos nuevos proyectos de ley. Uno de ellos atañía al matrimonio de la reina Catalina; evitóse en él hábilmente toda indicación de la dispensa pontificia, que había posibilitado este casamiento. Una segunda proposición tenía por fin derogar todas las leyes de religión decretadas en tiempo de Eduardo VI. Si pasaba, no estaba todavía ciertamente restablecida la Iglesia católica, pero con todo quedaba echado a un lado el calvinismo. Contra el primer proyecto no se levantó contradicción alguna en ambas Cámaras del Parlamento; sobre el otro se debatió sólo en la Cámara baja por espacio de dos días, después de lo cual fué aceptado unánimemente, a lo que parece, el 8 de noviembre (2). Tampoco en el pueblo se hizo apenas resistencia. Los carteles con las nuevas ordenaciones fueron a la verdad arrancados en varios lugares, y algunos protestantes tuvieron una junta para deliberar sobre lo que había de hacerse; pero cuando se hubo prendido a diez o doce perturbadores, y ahorcado a dos de ellos, los demás perdieron el ánimo (3).

Una carta de la reina de 15 de noviembre a Pole, da cuenta de los felices éxitos obtenidos (4). Dícese en ella, que dada la pre-

(1) Quirini, IV, 119-121. Ancel, 760.

(2) Lingard, 139 s.

(3) Carta de Renard de 20 de diciembre de 1553, publicada por Ancel, 773.

(4) Quirini, IV, 121-123.

sente constitución del Parlamento, no ha sido posible en el ínterin alcanzar más, pero que dentro de tres o cuatro meses se convocará otro Parlamento. Que según opinión de todos los amigos de la reina se ha conseguido un principio de feliz augurio, que prepara la vuelta a la Iglesia. Que la ley sobre el matrimonio de su madre incluía ya en sí propiamente el reconocimiento de la Sede Pontificia, puesto que sólo en su autoridad se fundaba la legitimidad de ese casamiento.

El portador de la carta, Enrique Penning, encontró a Pole el 30 de noviembre en Dilinga (1), donde se hallaba detenido el cardenal muy contra su voluntad, ya desde mediados de octubre. Primeramente la necesidad de proveerse de pasaportes para atravesar los diversos territorios alemanes, le había forzado a una larga parada (2). Cuando después partió el 22 de octubre, dos días más tarde en Heidenheim (en el distrito de Iaxt) (3), el deseo del emperador puso término a su viaje. Un enviado imperial, el ilustre cortesano Juan de Mendoza, declaró en nombre de su señor, que la excitada disposición de ánimo que reinaba en Inglaterra, podía degenerar en abierta rebelión, aunque un legado pontificio no hiciera más que aproximarse a aquel país; y que por tanto aguardase Pole por lo menos, hasta que el emperador se hubiese entendido más en particular con el Papa (4).

No le quedó ahora al legado otro remedio, que volverse a Dilinga a la residencia del obispo de Augsburgo. De nada le sirvió, que en 29 de octubre se dirigiese por carta al emperador, y tampoco tuvo buen éxito una carta que por el mismo tiempo escribió a Julio III (5), porque Carlos V trabajaba ya largo tiempo contra la misión de Pole, y consiguió ganar al Papa para su opinión.

Ya cuando el nuncio Dandino, el mismo a quien había de sustituir el cardenal inglés como pacificador, se despidió del emperador en Bruselas en 5 de octubre, se había declarado Carlos V

(1) *All' ultimo di novembre a due ore di giorno arrivò monsignor Enrico a Tilinga con l' infrascritta speditione al cardinale Polo. Sigue la carta de María, de 15 de noviembre de 1553. *Bibl. Corsini* 33, E, 19, p. 419.

(2) Brown, V, n. 816.

(3) Carta de Pole a Carlos V, de 24 de octubre de 1553, publicada por Brown, V, n. 819; cf. Ancel, *Réconcil.*, 757.

(4) Brown, V, n. 820.

(5) V. Brown, V, n. 823, 820; Ancel, 757

contra la legación de Pole (1). Dandino procuró en esa audiencia presentar como fácil la reducción de Inglaterra a la unidad católica, y recomendó a Pole como el hombre apropiado para el puesto de legado inglés. El emperador respondió, que la presencia de Pole en Inglaterra ofrecería pretexto para la sedición a los enemigos de la Santa Sede, y que los sediciosos podrían estar seguros del apoyo de Francia. Que no se podía comenzar con la misión de un legado, sino que había que ir adelantando paso a paso. Estas razones hicieron impresión en Dandino, quien volvió a Roma siendo convencido partidario de la opinión imperial.

Semejantes ideas defendían las relaciones de un emisario, Francisco Vimercato, a quien Dandino, poco antes de su partida de Bruselas, había enviado a Inglaterra (2). También Vimercato vino allí a entender, que el estado de Inglaterra no estaba todavía maduro para la actividad de un legado pontificio. El rumor de la misión de semejante legado, así escribía a Roma, ha provocado en muchos grande excitación. Se ha de ir adelante con mucha cautela. ¿Por qué querer coger los frutos antes que estén maduros, siendo así que con la gracia de Dios podrían madurar? El demonio ha alcanzado tal poder en este reino, y lo ha enzarzado tan profundamente en la herejía, que muchos ya no creen en la inmortalidad del alma, y ya no conocen a Dios ni le adoran. El que la misa estuviese restablecida casi en todas partes, lo consideraba Vimercato como una especie de milagro (3).

Por estas relaciones Julio III mudó de parecer. En 28 de octubre hizo escribir a su legado, que permaneciese por entonces donde se hallaba. Que el emperador era de opinión, que el papel de medianero de paz entre él y Francia no bastaba para justificar la presencia de Pole en Bruselas, puesto que todo el mundo consideraba la mediación de paz sólo como un claro pretexto. Mas que de la buena voluntad de Carlos V estaba en tal grado persuadido el Papa, que seguía su consejo sin titubear (4).

Con la misma fecha de 28 de octubre y de nuevo en 15 de

(1) De la audiencia de Dandino dan cuenta unas *instrucciones de Carlos V a su embajador en Roma, de 11 de octubre de 1553 (*Archivo de Simancas*); v. Ancel, 752, nota 2.

(2) Ancel, 753 s.

(3) Ancel, 755.

(4) Del Monté a Pole en 28 de octubre de 1553: *Nonciat. de France I*, n. 4.

noviembre (1) recibió Pole también de la reina las más enérgicas prevenciones sobre la entrada en el suelo inglés. Decíale que, dado el recelo y odio que reinaban contra el Papa, la prematura presencia del legado romano más dañarí­a que aprovecharía (2); y que antes le quitarían la vida, que le permitirían el ejercicio de su cargo (3). De palabra comunicó a Penning María, que precisamente a instancias suyas había ordenado el emperador al cardenal inglés, que no pasase adelante. Sobre esto ciertamente advirtió Penning, que esta cautela de la reina era provocada única y puramente por las representaciones de los enviados imperiales, con quienes trataba ella todos sus negocios. Que algunos miembros del Parlamento le habían dicho, que la llegada del cardenal sería a todos agradable, y que una sola dificultad impedía la reconciliación con Roma: la restitución de los bienes eclesiásticos (4). También el embajador francés en Londres, Noailles, notifica por este tiempo, que la presencia de Pole en Inglaterra era muy deseada tanto por los protestantes como por los católicos (5); pues se esperaba de su influjo con María un rumbo favorable en un negocio, que sobre todos los demás tenía entonces suspenso a Inglaterra. Era el proyectado casamiento de la reina.

Una reina gobernando en el trono de Inglaterra era hasta entonces cosa nunca oída, y nadie en el país creía, que María pudiese mantener esta posición sin un consorte (6). Por eso sus consejeros instaron desde el principio a que, a pesar de sus treinta y siete años, se eligiese un esposo. Hiciéronse diversas propuestas.

(1) Sobre ambas cartas v. arriba p. 242.

(2) Carta de 28 de octubre; cf. Ancel, 759 s.

(3) Carta de 15 de noviembre; cf. Ancel, 760.

(4) * Mons. Henrico dice, che la Regina gli approvò la fermata di mons. rmo, dicendo ehe lei stessa aveva fatta istanza alla Mtà. Cesarea, che lo facesse fermare... La causa, che la muove a procedere tanto reservata nasce dal consiglio e persuasioni degli ambasciatori della Maestà Cesarea, alli quali comunica il tutto. Dice similmente mons. Henrico per quanto egli ha potuto penetrare per le parole di alcuni del Parlamento, che l' andata di mons. rmo. nostro sarebbe accetta e grata a tutti universalmente, ma che la restitutione dell' obbedienza patirebbe qualche difficoltà, non per altro che per l' interesse delli beni ecclesiastici occupati. Relatione di mons. Henrico, de 30 de novembre de 1553. *Bibl. Corsini*, 33, E, 19, p. 425.

(5) En carta publicada por Lingard, 142.

(6) Así Gairdner (p. 328): A queen-regnant was then a novelty in England and no one supposed she could maintain her position without a husband. Asimismo Lee en el Dictionary of National Biography, XXXVI, 342.

De los naturales del país vino especialmente en consideración Eduardo Courtenay, vástago de la casa real de York, quien después de la ejecución de su padre en 1539, siendo niño de doce años había sido encerrado en la Torre, pero fué puesto en libertad por María y elevado a conde de Devonshire (1); dicese que María pensó también en el cardenal Pole, que todavía no era sacerdote (2). De los príncipes extranjeros nombrábanse varios como pretendientes, como el rey de Dinamarca, Felipe de España, un hijo del rey de romanos Fernando, el infante de Portugal y el duque de Saboya. La reina, a lo que parece, hubiese preferido con más amor a Courtenay, quien a causa de su juventud y belleza y por razón de su injusto encarcelamiento, era muy querido del pueblo, y fué favorecido por Gardiner. Sin embargo, ella sometió este importante negocio sobre todo al juicio de su ordinario consejero, el emperador.

Carlos V se había mostrado para con María, ya en las aflicciones de su juventud, como el más fiel amigo y protector; de él creyó también siendo reina, poder fiarse más que de nadie (3). Ya antes pidió parecer al emperador, cuando se trató acerca del castigo de Juana Grey y de los rebeldes y sobre la solución de la complicación religiosa (4); y aunque en la causa de los rebeldes había rechazado su decisión como demasiado dura, y en la cuestión religiosa su consejo, a lo menos al principio, como una especie de cobardía (5), con todo cada vez más se conformaba con las opiniones de su primo imperial, y sea como fuere, su confianza en él permaneció inquebrantable.

Para la política de Carlos V la subida al trono de María abrió nuevas y brillantes perspectivas. Su constante rival, el rey fran-

(1) En la Torre de Londres tradujo al inglés el escrito *De beneficio Christi* (v. nuestras indicaciones del vol. XII, 398), quizá para disponer en su favor a Eduardo VI. Cf. *Dictionary of National Biography*, XII, 336.

(2) Dicese que ella preguntó a Commendone, si el Papa dispensaría al cardenal del impedimento de la ordenación (A. M. Gratiani, *De vita I. F. Commendonis*, París, 1669, 44). Ancel (751 nota 4) replica, que Pole no había pensado en un casamiento; pero la cuestión es, si María pensó en tal casamiento. Es inexacto que en una carta, conservada en el *Archivo de Simancas*, Pole se ofreció por esposo; v. Gairdner en el *Dictionary of National Biography*, XLVI, 46.

(3) V. arriba p. 233 s.

(4) Lingard 126.

(5) Ancel, *Réconciliation*, 532.

cés, parecía haber logrado reunir las coronas de Escocia y Francia en la cabeza de su hijo Francisco, habiendo sido ya educada en la corte francesa, como prometida del sucesor al trono de Francia, la heredera del trono escocés, María Stuart. Si pues el emperador acertaba a casar a su hijo Felipe con la reina inglesa, la casa de Habsburgo había conseguido en dote una nueva corona y quizá un nuevo reino, y el brillante éxito diplomático de su competidor francés quedaba oscurecido. En estos planes del emperador fundábase también, a lo menos en parte, el que éste desease tener alejado de Inglaterra al legado pontificio. Pole era tenido como contrario al casamiento español, y la reforma religiosa podía provocar tumultos, y por esta vía estorbar o retardar los planes de la política imperial.

Ya en 14 de agosto de 1553 encargó Carlos V a su embajador inglés, Simón Renard, en despachos escritos de su mano, que entablase con cautela y paso a paso el casamiento de María con Felipe (1). La incumbencia de Renard fué esencialmente facilitada por el más peligroso competidor de Felipe, Courtenay. Al joven conde le faltaba carácter y firmeza moral; por medio de una vida desenfrenada en compañía de mujeres de mala nota, procuraba compensarse de lo que se había tenido que privar en los años de su prisión, y por este camino perdía cada vez más toda estimación con la austera reina. Ya en 20 de septiembre pudo Renard notificar a su señor, que María había renunciado definitivamente a Courtenay. Ahora hizo decirle el emperador, que un príncipe extranjero sería más adecuado para el papel de esposo real, que Courtenay o Pole; que él mismo ciertamente era de demasiada edad para poder solicitar todavía la honra de su mano; y que como no podía presentarse como pretendiente, quería a lo menos proponerle su casamiento con el que más amaba su corazón, con su hijo Felipe (2).

Aunque Felipe tenía once años menos de edad, con todo esta propuesta hizo impresión en María. El enlace con un «príncipe tan poderoso y católico» parecía ofrecer la necesaria fianza, de que podía ella «restablecer y consolidar la religión en Inglaterra»; y

(1) Lingard, 130. Para la historia del casamiento español de María cf. ahora las investigaciones circunstanciadas, que Constant ha publicado recientemente en la *Rev. d'hist. dipl.*, XXVI, cuadernos 1 y 2.

(2) Lingard, 131.

como más tarde hizo notificar a Pole (1), se había resuelto a casarse absolutamente sólo por este motivo, y porque quería tranquilizar a la nación con la esperanza de un sucesor al trono.

Apenas se divulgó la intención de la reina, cuando al punto se levantó furiosa contradicción. La alta nobleza se indignó, porque no deseaba un príncipe poderoso, y el partido protestante, porque temía un monarca católico (2). El pueblo ordinario fué instigado con la falsa apariencia, de que por la unión con la poderosísima España corría peligro la independencia de Inglaterra. La envidia de Francia tenía naturalmente que excitarse en sumo grado con la perspectiva de una unión de los Habsburgos con Inglaterra; el embajador francés en Londres, Noailles, se unió con el partido protestante y todos los descontentos, y por todos los medios concitaba los ánimos contra la reina (3).

De los confidentes de ésta, Gardiner desaconsejó muy decididamente el casamiento español, teniendo de su parte a la mayoría del Consejo real, aunque una minoría, a cuyo frente estaban Norfolk, Arundel y Paget, aprobó el plan de la reina (4). La Cámara de los Comunes decretó un mensaje, en el cual se rogaba a la reina, que se casase, pero que eligiese su esposo de la nobleza de la nación. Sin embargo, esta contradicción, en la que María vió sólo una intriga de Gardiner, irritó a la reina. En el mismo día 30 de octubre, en que el Parlamento había aprobado ese mensaje, llamó a Renard a su palacio. Llevólo a su capilla, arrodillóse ante el Santísimo Sacramento, y después de invocar al Espíritu Santo, hizo la promesa de no tomar otro esposo que a Felipe (5). Cuando después el 17 de noviembre presentóse ante ella la Cámara baja y leyó su mensaje, tomó María personalmente la palabra para responder. Dijo que hasta entonces los soberanos de Inglaterra habían sido libres de disponer independientemente sobre su matrimonio, y que ella no tenía intención de renunciar a este derecho; y que en la elección de esposo tendría ante los ojos tanto su propia felicidad como el bien y prosperidad del reino (6).

(1) Brown, V, n. 882, p. 489.

(2) Zimmermann, 58.

(3) Lingard, 143.

(4) Ibid., 131 ss., 142 s.

(5) Ibid., 144. Stone en la Dublin Review, XXIII, 333.

(6) Lingard, 146.

La contradicción tuvo que ir enmudeciendo poco a poco a vista de semejante resolución. El 2 de enero de 1554 desembarcaron en Kent los enviados imperiales, los condes de Egmont y Laing, con otros dos, para pedir en toda forma para Felipe la mano de la reina. María remitiólos al Consejo real, del cual dijo que conocía sus intenciones; declarando que por lo demás su primer esposo era su reino, y que nada podría hacerla quebrantar la fidelidad al mismo, a la que se había obligado en el juramento de la coronación (1). El día 14 se firmaron y se hicieron públicas las capitulaciones. Fueron bosquejadas por el prudente estadista Gardiner, y hacíase por ellas imposible conforme a derecho, toda subordinación de Inglaterra a España. Felipe había de prestar ayuda a la reina en el gobierno, pero todos los cargos de la nación habían de proveerse en los naturales del país. Si Felipe sobrevivía a la reina, no había de tener ningún derecho a la sucesión al trono (2).

A pesar de estas cautelosas determinaciones, el anuncio oficial del casamiento ofreció al partido protestante del país ocasión propicia para incitar el pueblo a la rebelión. En los medios no se anduvo con escrúpulos. Propaláronse las historias más increíbles. La nación, se decía, va a ser inundada de extranjeros, los ingleses serán hechos esclavos y llevados a las minas de Méjico (3). Tramóse una conjuración para casar a Isabel con Courtenay y poner a entrambos en el trono como soberanos. El plan había de ser puesto en ejecución después de la llegada de Felipe (4).

Con todo eso, la prudencia de Gardiner logró sonsacar todo el secreto al mismo Courtenay, y con esto obligar a los conjurados a dar al punto comienzo a la guerra sediciosa a pesar de su mala preparación (5). Para organizar el levantamiento, fué Carew a Devonshire, Croft a los confines de Gales, el duque de Suffolk, que probablemente quería reponer en el trono a su hija Juana Grey, a Warwickshire, y Tomás Wyatt a Kent. Sin embargo, el éxito de estos rebeldes fué en general desgraciado. Ya después de catorce

(1) Lingard, 147. (H. Griffet,) *Nouveaux éclaircissements sur l'histoire de Marie*, Paris, 1766, xxx.

(2) Lingard, 147 s. Rymer, *Foedera*, XV, 377.

(3) Gardiner, 330; cf. Lingard, 149.

(4) Lingard, 149.

(5) *Ibid.*, 150.

días el duque de Suffolk estaba encerrado de nuevo en la Torre, de la que no hacía mucho le había libertado la generosidad de María, mientras que Carew moraba prófugo en suelo francés y Croft era prisionero de la reina (1).

Sólo fué peligrosa la insurrección que excitó en Kent Tomás Wyatt (2). Verdad es, que en los mil quinientos hombres que pronto estuvieron en armas, se entorpeció rápidamente el entusiasmo, de tal modo que las multitudes ya comenzaban a dispersarse; pero cuando las tropas que envió María bajo el mando del duque de Norfolk, se pasaron a Wyatt, en seguida un ejército en masa de varios miles de hombres se lanzaron contra Londres. En el general espanto que se apoderó así de la corte como del Consejo real, quedó la reina llena de ánimo y confianza en la victoria de su causa. Al principio había enviado a Wyatt un parlamentario, para saber cuáles eran sus demandas. Pero cuando volvió el enviado trayendo una insolente respuesta y condiciones irrealizables, resolvióse ella a hacer frente con valor al peligro. El alcalde o lord mayor, por orden de la reina, tuvo que convocar para el 1.º de febrero de 1554, una extraordinaria asamblea de los ciudadanos en la Casa Consistorial. El cetro real en la mano, y rodeada de sus damas y ministros, presentóse allí María, y dirigió a los reunidos una arenga, llena de energía y resolución varonil. Con digno tono se lamentó de la desobediencia y procacidad de los sediciosos. Dijo que primeramente se había combatido su casamiento con el español, pero que ahora se demostraba adónde iban dirigidos los verdaderos intentos de sus enemigos. Querían que su persona, la guarda de la Torre y el nombramiento de sus consejeros lo había ella de encomendar a súbditos facciosos, y se pretendía la posesión del poder real y la abolición de la religión. Pero declaró, que ella confiaba en su pueblo, que no la entregaría a los rebeldes. Que en lo que tocaba al casamiento español, no lo había tratado sino con el consentimiento de sus consejeros. Que hasta entonces había permanecido sin casarse, y con la gracia de Dios podría continuar así en adelante. Que si el casamiento con Felipe no había de hallar la aprobación del Parlamento, empeñaba

(1) Gairdner, 330. Lingard, 151 s.

(2) John Proctor, *History of Wyate's Rebellion*, London 1555. R. P. Cruden, *History of Gravesend* (1842), 172 ss. Gairdner, 330 ss. Zimmermann, 59 ss. Lee en el *Dictionary of Nat. Biogr.*, LXIII, 187 ss.

su real palabra, de que nunca en su vida contraería matrimonio.

Esta alocución tuvo un éxito decisivo. En la mañana siguiente se habían alistado más de veinte mil hombres para la defensa de la capital. Entre tanto se iba acercando Wyatt, y el 3 de febrero sentó sus reales primero enfrente de Londres, en Southwark, a la orilla derecha del Támesis. Pero aquí estaba al alcance de los cañones de la Torre, y por eso retiróse de allí al cabo de tres días.

Pero con esto aun no había pasado el peligro. El 7 de febrero, a las dos de la mañana, recibió María en su palacio de Whitehall la noticia de que Wyatt se acercaba y ya no estaba lejos, y se le indicó que se refugiase a toda prisa en la Torre. En efecto, el audaz caudillo había logrado traspasar el río, a pesar de haber sido destruídos los puentes del Támesis, y en inteligencia con algunos traidores, que quisieron abrirle una puerta, marchaba por cerca de Whitehall, hacia la ciudad de Londres. Todo el mundo en el palacio pensó que había habido traición. Gardiner conjuró a la reina de rodillas, que huyese a Windsor. Pero cuando Renard aseguró, que su huída daría la señal para un general levantamiento de los descontentos y para la matanza de los católicos, y cuando los jefes de las tropas reales le prometieron fidelidad, declaró María firme y resueltamente, que permanecería en su puesto. El ataque de Wyatt fracasó también realmente de todo en todo. De sus huestes indisciplinadas ya la mitad se había desbandado al aproximarse a Londres, y otros se alejaron en la oscuridad de la noche. Las tropas reales lograron separar a Wyatt del grueso de su ejército, él mismo fué preso y más tarde ejecutado, y dispersáronse los demás.

Con todo eso, así para Wyatt como para el duque de Suffolk, el casamiento español sólo había sido un pretexto para el levantamiento. El verdadero motivo consistió en el temor de los protestantes, de que María restableciese la religión católica (1). En este sentido se expresó Wyatt mismo en la conversación privada (2).

(1) Así Gairdner (p. 330): It was, in truth, an heretical conspiracy with a political pretext.

(2) Gairdner, *ibid.* «En Kent dijo Wyatt a un partidario suyo, que expresó la esperanza de que Wyatt restablecería la religión: ¡Silencio!, la palabra religión no puede nombrarse, pues enajenaría de nosotros los corazones de muchos. Sólo has de quejarte de la inundación de extranjeros. Pero en confianza te diré como amigo: Nosotros en realidad sólo intentamos el restablecimiento de la palabra de Dios». Cf. Pole en Brown, V, n. 854, p. 461, y las declaraciones publicadas por Lingard, 153, 157, 158.

y sus partidarios le celebraron como mártir después de su muerte a causa de su «celo por la verdad de Dios» (1).

A pesar del éxito desgraciado, la insurrección de Wyatt forma un jalón en el reinado de María. Hasta ahora habían hecho en ella poca impresión el emperador y los ministros, cuando le recomendaban severidad contra los revoltosos, y al insistir en que semejante gente no se ganaría por la suavidad, sino que se afirmaría en su arrogancia y sería incitada a nueva desobediencia. Ahora los acontecimientos, principalmente el inconcebible desagradecimiento del duque de Suffolk, parecieron haber dado la prueba irrefragable de este modo de ver. Por eso resolvió María emplear ahora rigor. De los soldados desertores quince fueron ahorcados, como también seis de los rebeldes de Kent. De los cabecillas subieron cuatro al cadalso, es a saber: el duque de Suffolk, su hermano y principal consejero Tomás Grey, Tomás Wyatt y el secretario anterior del Consejo de Estado, Guillermo Thomas, quien había instado a que se asesinara a la reina. Fuera de eso, cuatrocientos rebeldes tuvieron que comparecer delante de María con sogas al cuello y pedir perdón de rodillas, después de lo cual fueron indultados.

Estos castigos no pueden ser tenidos como prueba de extrema severidad. En cambio hay que lamentar, que la reina se dejase apartar de la indulgencia, que había usado hasta entonces con Juana Grey. Todavía el 8 de febrero, cuando apenas se había escapado de la conspiración de Wyatt, con la reciente impresión de los peligros y angustias padecidos, dejóse arrancar una orden, que decretaba la ejecución de la sentencia fallada por noviembre y desde entonces suspendida, sobre el desgraciado instrumento de una política criminal. El 12 de febrero de 1554, Juana Grey con su esposo sufrió la muerte de mano del verdugo, con gran presencia de ánimo (2).

Más que toda la severidad, la alcanzada victoria fué la que corroboró la autoridad del gobierno. El casamiento español, del cual durante la insurrección habían querido muchos desesperar,

(1) Gairdner, 330.

(2) *The Chronicle of Queen Jane and of two years of Queen Mary*, ed. by J. G. Nichols, 1850. *G. Howard, Lady Jane Grey and her times*, London, 1822. *A. Strickland en Tudor Princesses*, London, 1868. *P. Sidney, Jane the Queen*, London, 1900. *R. Davey, The Nine Days Queen: Lady Jane Grey and her times*, London, 1909.

apenas halló ya ahora contradicción. El Parlamento confirmó unánimemente en 5 de mayo las capitulaciones (1). Se había declarado a los representantes de la nación, que contra la inminente unión de Francia y Escocia únicamente ofrecía un contrapeso el enlace matrimonial con el príncipe español, puesto que el heredero de Felipe y María traería los Estados de Flandes a Inglaterra; y que por las capitulaciones quedaba precavido cualquier perjuicio de Inglaterra o de los ingleses. El 19 de julio, Felipe, acompañado de las escuadras reunidas de Inglaterra, España y los Países Bajos, llegó a vista de la costa inglesa (2), el día siguiente pisó el suelo inglés, y el 25, fiesta de Santiago, patrón de España, celebráronse las bodas en Winchester con toda la pompa y suntuosidad que se puede imaginar. Antes del casamiento leyó Gardiner públicamente dos documentos, en los cuales Carlos V cedía a su hijo Felipe el reino de Nápoles y el ducado de Milán, a fin de que un monarca efectivamente reinante ofreciese la mano a la soberana de Inglaterra.

En Roma desde el principio se había saludado con gozo el plan del casamiento español. Cuando en diciembre de 1553 termináronse las negociaciones sobre el enlace tan deseado del emperador, Carlos V hizo al punto notificar a Roma este feliz acontecimiento. El Papa recibió la noticia el día de año nuevo por la mañana, y todavía en el mismo día dió en un breve la enhorabuena al emperador con calurosos términos (3). Entre los cardenales era particularmente Morone, quien favorecía con ardor el enlace de María con el heredero de España (4).

El cardenal Pole, al contrario, era tenido así en Roma como en la corte del emperador y en Francia, por contrario al casamiento español. Pareció ya dejar ver su opinión por el hecho de que el 2 de octubre, luego al principio de su legación inglesa, dirigió desde Trento una carta a Eduardo Courtenay (5). En 27 de octubre manifestó en una relación enviada al Papa, que se le había retenido en Dilinga y mantenido lejos de Inglaterra, porque se temía,

(1) Lingard, 171.

(2) *Viaje de Felipe Segundo a Inglaterra*, ed. Gayangos, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1877. *English Historical Review*, 1892, 253 ss.

(3) Hállase impreso en Raynald, 1554, n. 1. Quo nuntio vix quidquam nobis gratius potuit accidere, se dice en él.

(4) Ancel, 762.

(5) Brown, V, n. 806.

que él nunca cooperaría a entregar su patria en manos de un extranjero (1). Por febrero de 1554 escribió el embajador inglés en París, que en Francia reinaba la opinión, de que Pole había trabajado contra el matrimonio de su reina con Felipe (2). Este rumor le hizo injusticia respecto a esto; pero el cardenal, según su propia confesión, siempre desde el principio había sido de opinión, que la reina, dada su edad, haría mejor si permaneciese enteramente sin casarse (3).

En Roma se tuvo conocimiento con inquietud de esta disposición de ánimo del legado. Por encargo del Papa hubo de declararle Morone en 21 de diciembre de 1553 (4), que un comisionado no había de defender sus propias opiniones, sino el modo de ver de su comitente. Mas que Su Santidad estaba persuadido por muchas razones, de que la reina inglesa había de dar su mano al príncipe español. Que el Papa creía, que sin el apoyo de un esposo era la reina muy débil para poder gobernar continuamente a su pueblo, por naturaleza violento, inconstante y acostumbrado a las innovaciones. Que fuera de eso, a causa especialmente de las divisiones interiores y de las maquinaciones de las potencias extranjeras, no creía que si uno de los grandes del país fuese esposo de la reina, sería capaz de poner el reino en obediencia, sino que antes bien un rey natural de la nación habría de acogerse a hacer concesiones, para vencer a sus competidores y sostenerse en el trono. Que en cambio, el rey de España, que por sus dominios en España y Flandes era vecino de Inglaterra, restauraría con mayor autoridad y crédito la unidad eclesiástica, y podría defender a la reina de sus enemigos interiores y exteriores. Que por estos motivos la tentativa de oponerse a aquel matrimonio la tenía el Papa no sólo por negocio arriesgado, sino también por perjuicio de la religión y de los intereses de la Santa Sede, y por eso deseaba que Pole hiciese suyas estas opiniones. Expresóle también, que si fuese a la corte imperial, se mostrase de palabra y de hecho favorable al casamiento español, para que el emperador quedase contento. Añade Morone, que estaba el Papa

(1) Ibid., n. 820, p. 437.

(2) Ancel, 764.

(3) Brown, V, n. 856, p. 464.

(4) V. el texto de esta importante *declaración, que al mismo Ancel se le ha pasado por alto, según el manuscrito de la *Bibl. Corsini*, en el n.º 21 b del apéndice.

no sin cuidado de que Pole no se allanaría a su voluntad. Que muchas veces había repetido Julio III, que era locura resistir a la corriente rápida de un río, y que fatigarse inútilmente y no querer cosechar sino odio, era el colmo de la demencia. Morone creía poder tranquilizar al Papa; decía que Pole tendría a Dios ante sus ojos y nunca obraría contra la voluntad de Su Santidad. Que por lo demás, por respeto a los príncipes italianos y extranjeros, guardase Pole secreto sobre las instrucciones del Papa. Un breve de Julio III, enviado simultáneamente, indicaba a Pole, que diese crédito a las palabras de Morone (1).

María, ya antes de su casamiento con Felipe, con la reputación y autoridad que desde la victoria sobre la sedición rodeaba a la Corona, se había dejado alentar a dar ulteriores pasos en el camino de la restauración católica.

Con esto daba ella comienzo a una empresa en modo alguno desprovista de esperanzas (2). En 1549 escribía Paget a Somerset, que las once dozavas partes del país eran en su corazón todavía católicas (3). Según el juicio de un protestante inglés, que había buscado refugio en el continente, en 1553 el pueblo aldeano estaba aún tan adherido al papado, que la nobleza sólo dentro de sus cuatro paredes se permitía la predicación del «Evangelio» (4). Cuando Commendone y Vimercato pintaban con tan sombríos colores el estado del pueblo inglés, tenían ante los ojos la situación de la capital. El pueblo de Londres, escribía respecto a eso Dandino en una relación desde Inglaterra, está ciertamente empedernido en la herejía, pero lo restante del reino no lo está en igual grado (5).

María tenía que temer resistencia a sus tentativas de reforma, principalmente de dos clases de la población: primeramente de la infima plebe, que se había dejado excitar por los predicantes, en su mayor parte extranjeros, y en lo sucesivo expresaba también realmente su hostilidad del modo más grosero y brutal (6); y luego de

(1) Breve de 20 de diciembre de 1553, mencionado por Ancel, 762.

(2) Ancel, 771 ss.

(3) «Carta publicada por Lingard, 60.

(4) Cf. la carta de Dodmer a Calvino, de 17 de diciembre de 1553: Calvini Opera XIV (Corp. Ref. XLII), 706.

(5) Ancel, 774.

(6) Una mañana se halló un gato colgado en la horca con vestiduras sacerdotales, con tonsura y una imagen de la hostia en las patas. En 10 de

los ricos y aristócratas, que asimismo nada querían saber del retorno a la antigua religión, porque temían tener que restituir los bienes eclesiásticos. Pero precisamente entre la gente ilustre la resistencia a la restauración católica no se fundaba en lo más mínimo en una firme convicción religiosa. En la abigarrada confusión de los dogmas y profesiones de fe, que se mudaban constantemente, habían perdido los más los principios religiosos, y estaban dispuestos a admitir casi toda clase de doctrinas, según la decisión del Parlamento (1).

De las disposiciones de reforma del año 1554 algunas atañían a la nueva introducción de los antiguos oficios divinos. La misa había sido ya restablecida por decreto del Parlamento en diciembre de 1553 (2). Ahora en 21 de marzo se publicó una ordenación del Consejo real, por la cual se mandaba a los hidalgos de aldea, que dentro de quince días erigiesen altares en sus iglesias rurales (3). En la Semana Santa y en la de Pascua celebráronse de nuevo las ceremonias eclesiásticas según la antigua costumbre católica, y en las rogativas que preceden a la Ascensión, asistió la reina misma a la procesión, acompañada de cuatro obispos (4).

Pero el principal cuidado de María iba dirigido a una renovación radical del estado eclesiástico. En 1.º de marzo promulgaronse disposiciones contra el clero casado. Como las leyes eclesiásticas de Eduardo VI fueron ya abolidas por el primer Parlamento de María, había obtenido de nuevo valor el antiguo derecho canónico, que no conoce sacerdotes casados. Por eso el gobierno se creyó autorizado para deponer a tales sacerdotes. Alcanzó esta

mayo de 1554 fué disparado un fusil en la iglesia contra el predicador Pendlton. En ambos casos quedaron ocultos los autores de tales delitos (Gairdner, 339). También pertenece a este lugar la voz de la calle de Aldersgate. De unos viejos paredones oíase allí salir respuestas, que declaraban ser la misa una idolatría; si se expresaban deseos de prosperidad para Isabel, respondía la voz amén, y si se expresaban los mismos para María, callaba. Aglomeráronse hasta 600 hombres para oír las «voces angelicales», hasta que el gobierno hizo salir de los paredones a los que habían dispuesto aquel escándalo, y ponerlos a la vergüenza. Carta de Renard al emperador, de 14 de marzo de 1554, publicada por Ancel, 774. Cf. Lingard, 171; Gairdner, 340. En el entretanto ha salido a luz el estudio de Constant Le commencement de la restauration catholique en Angleterre par Marie Tudor (1553): *Revue hist.* 1913, Janvier.

(1) Lingard, 175.

(2) V. arriba, p. 235.

(3) Acts of the Privy Council, 1552-1554, p. 411. Lee, 344.

(4) Gairdner, 336. Lee, 344.

disposición como a una quinta o sexta parte del clero, y en la diócesis de Londres a una cuarta parte. Con todo, un número considerable de eclesiásticos obtuvieron nuevos destinos, después que hubieron hecho penitencia y despedido a sus mujeres (1). De los obispos protestantes varios habían sido ya antes destituidos de su cargo; aun prescindiendo de que muchos de éstos eran culpados de alta traición, el gobierno tenía el derecho de proceder en esto con independencia, porque los obispos nombrados por Eduardo confesaban ellos mismos, que tenían toda su autoridad del rey (2), quien por consiguiente podía también de nuevo sustraérsela. Diversa era la situación de las cosas, cuando se trató de crear nuevos obispos en lugar de los removidos, porque para esto se necesitaba el concurso del Papa. En una carta de 24 de febrero expuso María a Pole su demanda (3). Por primera vez, después de largo esperar, fué con eso requerido Pole como legado pontificio.

Desde mediados de octubre había tenido Pole que pasar lo restante del año 1553 en dolorosa inacción en Dilinga. Sólo el 28 de diciembre llegó por fin la anhelada invitación de Carlos V, no a la verdad a ir a Inglaterra, sino a emprender su comisión de pacificador entre el emperador y Francia (4). En 25 de enero de 1554 pudo hacer su solemne entrada en Bruselas (5), y en febrero se trasladó a la corte francesa. Enrique II le recibió con afabilidad, pero no pudo Pole conseguir de él más que antes del emperador (6).

En el suelo francés recibió Pole carta de María. A la reina inglesa le importaba muchísimo, que todavía antes de la apertura del Parlamento, la que había de efectuarse el 2 de abril, fuesen consagrados los nuevos obispos, para que al punto tuviesen parte en las sesiones, y pudiesen poner su palabra autorizada y de mucho

(1) Gairdner, 337.

(2) Lingard, 18, 24. La dignidad de obispo fué conferida con la cláusula: *quamdiu bene se gesserint*. Ibid., 175, nota.

(3) Brown, V, n. 859. Cf. la carta de María a Pole, de 23 de enero de 1554, ibid., n. 849.

(4) Ance!l, 762.

(5) Carta de Pole a Julio III, de 28 de enero de 1554, publicada por Brown, V, n. 850.

(6) Gachard, La Bibl. Corsini, Bruxelles 1869, 116 s. Martín, Pole, IV, 341 s. Ance!l, 763 s. Acton en *The North British Review* LI (1869-1870), 545, hace algunas correcciones a la publicación de Gachard.

peso en la balanza de la cuestión religiosa. Enviábale adjunta una lista de diez o doce candidatos adecuados (1).

Con todo, las facultades de Pole no eran suficientes para satisfacer plenamente a los deseos de la reina, porque al principio de su legación nadie podía suponer el caso notable, de que se hubiesen de crear obispos antes de la reconciliación de todo el reino con Roma. Pero como la cosa urgía, envió Pole una persona de confianza a Londres, e hizo decir a la reina, que era indispensable, o a lo menos muy necesario, que los obispos elegidos se uniesen con la Santa Sede antes de su consagración; que o había de dirigirse cada uno en particular al legado pontificio, o podían enviarle un delegado, que en nombre de todos solicitase la reconciliación, o él mismo enviaría un apoderado suyo a Inglaterra (2). Por el mismo tiempo escribió Pole el 2 de marzo a Julio III (3), quien en 8 de marzo le otorgó un breve con todos los poderes deseados (4). Según ellos, Pole había de poder elevar hasta a dignidades en las iglesias metropolitanas y catedrales a aquellos, que habían aceptado cargos eclesiásticos de mano de legos y cismáticos, y aun en el caso de que los que habían de ser elevados, se hubiesen contaminado con herejía. Ciertamente parecieron al Papa tan extraordinarias semejantes concesiones, que por temor de que se les hiciese oposición, no se atrevió a someterlas al juicio de todos los cardenales; con solo Morone había tratado este negocio (5).

En 1.º de abril, víspera de la apertura del Parlamento, pudo Gardiner consagrar a seis nuevos obispos. Por carta autógrafa de 7 de abril pidió María al Papa expresa confirmación de los mismos; con lo cual había reconocido por primera vez pública y solemnemente la soberanía pontificia. Julio III leyó con lágrimas cinco veces a los cardenales la carta real (6), el 6 de julio en el Consistorio otorgó la pedida confirmación, y por un breve del 10 expresó a la reina su gozoso reconocimiento por su celo (7).

(1) Brown, V, n. 859.

(2) Carta de Muzzarelli a del Monte, de 16 de marzo de 1554, publicada por Ancel, 775 s.

(3) Puede verse la carta en Brown, V, n. 862.

(4) Hállase impreso en Wilkins, Concilia IV, 91 s. y en los *Docum. ad legat. card. Poli spectantia*, Romae 1895.

(5) Ancel, 776.

(6) Raynald, 1554, n. 7. Mon. Ign. Ser. 1, VI, 665.

(7) Raynald, 1554, n. 5-7.

El Parlamento, que se abrió el 2 de abril, tenía que tratar más del casamiento de la reina que de la cuestión religiosa. Mientras celebraba sus sesiones, alcanzó gran resonancia una disputa, que la asamblea del clero, que tenía sus juntas por el mismo tiempo que el Parlamento, dispuso que se efectuase desde el 14 al 20 de abril en Oxford con los corifeos de los protestantes Cranmer, Ridley y Latimer. El 27 fué anunciado el resultado favorable a los católicos, y el 30 el deán de Rochester, Gualterio Philips, profesó ahora el dogma de la Transustanciación y retractó sus anteriores opiniones. Sin embargo, como en tiempo de Eduardo VI, en semejantes ocasiones se habían quejado los católicos, de que no se les concedía libertad de discusión, ahora hicieron las mismas quejas los protestantes (1).

Entre los proyectos de ley que se presentaron al Parlamento, debe reclamar uno especial atención, aunque fué rechazado en la Cámara de los Lores: prohibíase en él expresamente a todos los obispos, y nominalmente al de Roma, exigir la restitución de los bienes eclesiásticos (2). Con esto se tocó claramente el punto, que formaba el último y mayor impedimento para el retorno a la Iglesia. Para lograr ordenar este escabroso asunto, tuvo la reina que buscar de nuevo ayuda en el legado, que en 19 de abril había vuelto a Bruselas.

Pero también Pole quedó lleno de perplejidad por la consulta de María. En el breve que le constituía legado para Inglaterra, el cardenal había recibido solamente la facultad de renunciar a la restitución de las rentas, que de los bienes eclesiásticos secuestrados habían percibido sus poseedores ilegítimos; de una renuncia a los mismos bienes de la Iglesia robados no se decía palabra, antes bien daba a entender el texto del breve, que regularmente antes de la renuncia a las rentas se había de exigir la restitución de las propiedades inmuebles de la Iglesia robadas (3). Ahora claramente se había mostrado, que esta facultad no era bastante

(1) Lingard, 197. Gairdner, 338. Una proyectada segunda disputa en Cambridge no se llevó a efecto, pues los teólogos protestantes se negaron a tener parte en ella. Zimmermann, 72.

(2) Ancel, 778.

(3) Cum possessoribus bonorum ecclesiasticorum (restitutis prius, si tibi expedire videretur, immobilibus per eos indebite detentis) super fructibus male perceptis ac bonis mobilibus consumptis concordandi, etc., se dice en los Docum. p. 6, citados arriba, p. 258, nota 4.

- Hoogewerff, G. J., *Nederlandsche Schilders in Italië in de XVI^e eeuw.* Utrecht, 1912.
- Hosii, St., *Epistolae*. T. II: 1551-1558, ed. F. Hipler et V. Zarkzewski. Cracovia. 1886-1888.
- Huber, A., *Geschichte Oesterreichs*. T. III y IV. Gotha, 1888-1892.
- Hubert, F., *Vergerios publizistische Tätigkeit*. Gotinga, 1893.
- Hübner, P. G., *Le Statue di Roma. Grundlagen für eine Geschichte der antiken Monumente in der Renaissance*. T. I: Quellen und Sammlungen. Leipzig, 1912.
- Hülsen, Chr., und Egger, H., *Die römischen Skizzenbücher des Marten van Heemskerck*. T. I. Berlín, 1913.
- Janssen, J., *Geschichte des deutschen Volkes seit dem Ausgang des Mittelalters*. T. I a III, 17.^a y 18.^a edición (preparada por L. v. Pastor). Friburgo de Brisgovia, 1897-1899.
- [Ignatius de Loiola, S.] *Cartas de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús*. 6 T. Madrid, 1874-1889.
- Kallab, W., *Vasari-Studien*. Editado, de sus originales, por J. v. Schlosser. Viena, 1908.
- Kerker, M., *Reginald Pole, Kardinal der hl. römischen Kirche und Erzbischof von Canterbury*. Friburgo de Brisgovia, 1874.
- Kervyn de Lettenhove, *Relations politiques des Pays-Bas et de l'Angleterre sous le règne de Philippe II*. T. I. Bruselas, 1882.
- Koch, M., *Untersuchungen über die Empörung und den Abfall der Niederlande von Spanien*. Leipzig, 1860.
- Krasinski, V. A., *Geschichte der Reformation in Polen*. Versión alemana de M. A. Lindau. Leipzig, 1841.
- Kraus, F. X., *Geschichte der christlichen Kunst*. T. II, vol. 2.^o, continuado y publicado por J. Sauer. Friburgo de Brisgovia, 1908.
- Krones, F. v., *Handbuch der Geschichte Oesterreichs*. T. III. Berlín, 1877.
- Lämmer, H., *Zur Kirchengeschichte des sechzehnten und siebzehnten Jahrhunderts*. Friburgo de Brisgovia, 1863.
- Laemmer, H., *Meletematum Romanorum mantissa*. Ratisbona, 1875.
- Laemmer, H., *Monumenta Vaticana historiam ecclesiasticam saeculi XVI illustrantia*. Friburgo de Brisgovia, 1861.
- Lanciani, R., *Storia degli Scavi di Roma*. T. I a III. Roma, 1902-1908.
- Lanciani, R., *The golden days of the Renaissance in Rome*. Londres, 1907.
- Laussac, M. de (Louis de Saint-Gelais), *Correspondance politique*, p. p. Charles Sauzé, 1548-1557: *Archives hist. du Poitou*, T. XXXIII (1904).
- Lanz, K., *Korrespondenz des Kaisers Karl V., del Real Archivo y de la Bibliothèque de Bourgogne de Bruselas*. 3 T. Leipzig, 1844-1846.
- Latinus Latinus, *Lucubrationes* [T. I]. T. II: *Epistolae, coniecturae et observationes sacra profanaque eruditione ornatae*. Roma y Viterbo, 1659-1667.

- Lauchert, F., Die italienischen literarischen Gegner Luthers. Friburgo de Brisgovia, 1912.
- Laugwitz, Bartholomäus Carranza, Erzbischof von Toledo. Kempten, 1870.
- Legazioni di A. Serristori, ambasciatore di Cosimo I a Carlo V e in corte di Roma, con note di G. Canestrini, pubbl. dal conte Luigi Serristori. Florencia, 1853.
- Le Plat, J., Monumentorum ad historiam concilii Tridentini illustrandam spectantium amplissima collectio. 7 T. Lovaina, 1781-1787.
- Letarouilly, P., Edifices de Rome moderne. París, 1868.
- Lettere al Aretino. Venecia, 1552.
- Lettere de' principi. 3 T. 3.^a ed. Venecia, 1570-1577.
- Leva, G. de, Storia documentata di Carolo V in correlazione all' Italia. T. I a V. Venecia-Padua-Bolonia, 1863-1895.
- Lili, C., Historia di Camerino. Macerata, 1652.
- Lingard, J., History of England. T. VII, Londres, 1838.
- Litta, P., Famiglie celebri italiane. Entregas 1 a 183. Milán y Turín, 1819-1881.
- Llorente, J. A., Geschichte der spanischen Inquisition. Traducción alemana por Höck. 4 T. Gmünd, 1819-1822.
- Lossen, M., Briefe des Andreas Masius und seine Freunde (1538-1573), publicadas por Lossen. Leipzig, 1886.
- Lütolf, A., Die Schweizergarde in Rom, ihre Bedeutung und ihre Wirkungen im 16. Jahrhundert. Einsiedeln, 1859.
- Luzio, A., Un prognostico satirico di Pietro Aretino (1534), editado e ilustrado por A. L. Bérgamo, 1900.
- Mackowsky, H., Michelangniolo. Berlín, 1908.
- Manareus, Olivierus, S. J., De rebus Societatis Iesu Commentarius. Florencia, 1886. (Impreso como manuscrito, no se puso a la venta.)
- Marcks, E., Gaspar von Coligny. Sein Leben und das Frankreich seiner Zeit. T. I, Stuttgart, 1892.
- Manni, D. M., Istoria degli anni santi dal loro principio fino al presente del MDCCCL (tratta in gran parte da quella del P. L. F. Tommaso Maria Alfani dell' Ord. de' Predicatori). Florencia, 1750.
- Marcellino da Civezza, Storia universale delle Missioni Francescane. T. VI y VII, Prato, 1881 y s.
- Marini, G., Degli archiatri pontifici. T. I y II, Roma, 1748.
- Marocco, G., Monumenti dello Stato Pontificio. T. I a XII, Roma, 1833-1836.
- Martin, J. F., Le cardinal Pole: Bulletin trimestriel de l'archiconfraternité de N. D. de Compassion, IV, págs. 335 a 352; V, págs. 92 a 118; VI, págs. 43 a 59. París, 1903 a 1905.
- Masius, A., Briefe, véase Lossen.
- Massarelli, Angelo, Diaria V-VII, ed. S. Merkle, Concil. Trid. II, Friburgo de Brisgovia, 1911, 1-362.

- Maurenbrecher, W., Karl V. und die deutschen Protestanten, 1545-1555. Con un apéndice de documentos existentes en el Archivo español de Simancas. Düsseldorf, 1885.
- Maynier, L., Etude historique sur le concile de Trente. París, 1874.
- Mazzuchelli, G. M., Gli scrittori d' Italia. 2 T. Brescia, 1753 y s.
- Meaux, de, Les luttes religieuses en France au seizième siècle. París, 1879.
- Menzel, K. A., Neuere Geschichte der Deutschen seit der Reformation. T. I ss., 2.^a ed. Breslau, 1854 s.
- Mercati, G., Per la storia della Biblioteca Apostolica bibliotecario Cesare Baronio. Perugia, 1910.
- Merkle, S., Concilii Tridentini Diariorum Pars I et II. Collegit, edidit, illustravit S. M. Friburgo de Brisgovia, 1901-1911.
- Meyer, A. O., England und die katholische Kirche unter Elisabeth und den Stuarts. T. I: England und die katholische Kirche unter Elisabeth. Roma, 1911.
- Michaelis, A., Geschichte des Statuenhofes im vatikanischen Belvedere: Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts V. Berlin, 1891, pág. 5 y s.
- Michaelis, A., Römische Skizzenbücher Marten van Heemskercks und anderer nordischer Künstler des 16. Jahrhunderts: Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts VI, págs. 125 a 172 y 218 a 238; VII, págs. 83 a 105. Berlin, 1892-1893.
- Michelangelo, B., Lettere pubblicate coi ricordi ed i contratti artistici per cura di Gaetano Milanesi. Florencia, 1875.
- Mocenigo, Luigi, Relazione di Roma, 1560, en la obra de Albèri, Relazioni, 2.^a serie, T. IV. Florencia, 1857, págs. 23-64.
- Monumenta Ignatiana ex autographis vel ex antiquioribus exemplis collecta. Series I: Sancti Ignatii de Loyola Societatis Iesu fundatoris Epistolae et Instructiones. 6 T., Madrid, 1903-1907. — Series IV: Scripta de Sancto Ignatio de Loyola Societatis Iesu fundatore. T. I. Madrid, 1904.
- Monumenta Xaveriana ex autographis vel ex antiquioribus exemplis collecta. T. I. Madrid, 1900.
- Moroni, G., Dizionario di erudizione storico-ecclesiastica da S. Pietro sino ai nostri giorni. 109 T. Venecia, 1840-1879.
- Müllbauer, Max., Geschichte der katholischen Missionen in Ostindien von Vasco di Gama bis zur Mitte des 18. Jahrhunderts. Munich, 1851.
- Müller, Th., Das Konklave Pius' IV. 1559. Gotha, 1889.
- Müntz, E., La Bibliothèque du Vatican au XVI^e siècle. París, 1886.
- Müntz, E., Histoire de l'art pendant la Renaissance. I. Italie. 3 T. París, 1889-1895.
- Muzio, Girol., Lettere conservate nell'Archivio di Parma, ed. A. Ronchini. Parma [1864].
- Nadal, H., S. J., Epistolae ab anno 1546 ad 1577 nunc primum editae et illustratae a Patribus eiusdem Societatis. 4 T. Madrid, 1898-1905.

- Navagero, Bernardo, *Relazione di Roma 1553*, en la obra de Albèri, *Relazioni*. 2.^a serie, T. III. Florencia, 1846, págs. 365-416.
- Noack, F., *Das deutsche Rom*. Roma, 1912.
- Nonciatures de France, véase Ancel.
- Nores, Pietro, *Storia della guerra di Paolo IV*, sommo pontefice, contro gli Spagnuoli... corredada di documenti (Archivio storico Italiano Serie I, T. XII). Florencia, 1847.
- Novaes, G. de, *Storia de' pontefice*. T. VII, Roma, 1822.
- Nuntiaturberichte aus Deutschland nebst ergänzenden Aktenstücken. Recopilada por W. Friedensburg, por cuenta del Real Instituto prusiano de Roma; T. I a VI y VIII a X. Gotha, 1892-1908.
- Oldecop, Joh., *Chronik*, publicada por Karl Euling en la Bibliothek des Literarischen Vereins in Stuttgart. T. CXC, Tübinga, 1891.
- Orano, D., *Liberi pensatori*. Roma, 1904.
- Orlandinus, N., *Historiae Societatis Iesu*. Prima pars, auctore N. O. Societatis eiusdem sacerdote. Roma, 1650.
- Padiglione, C., *La Biblioteca del Museo Nazionale nella Certosa di S. Martino in Napoli ed i suoi manoscritti*. Nápoles, 1876.
- Pagliucchi, P., *I Castellani del Castel S. Angelo di Roma con documenti inediti relativi alla storia della Mole Adriana tolti dall'Archivio Segreto Vaticano e da altri archivi*. T. I, parte 2.^a: *I Castellani Vescovi (1464-1566)*. Roma, 1909.
- Palandri, E. P., *Les Négociations politiques et religieuses entre la Toscane et la France à l'époque de Cosme I et de Catherine de Medicis (1544-1580) d'après les documents des archives de l'état à Florence et à Paris*. Paris, 1908.
- Pallavicini, Sf., *Istoria del Concilio di Trento*. 3 T. Roma, 1664.
- Palmieri, G., *Ad Vaticani archivi Romanorum pontificum Regesta manu ductio*. Roma, 1884.
- Pasini-Frasconi, *Armorial des Papes*, Roma, 1906.
- [Passarini, L.], *Memorie intorno alla vita di Silvestro Aldobrandini con Appendice di documenti*. Roma 1878.
- Pastor, L., *Die kirchlichen Reunionsbestrebungen während der Regierung Karls V. Según los documentos originales*. Friburgo de Brisgovia, 1879.
- Pastor, L. v., *Allgemeine Dekrete der Römischen Inquisition aus den Jahren 1555 bis 1597*. Publicado, por primera vez, en vista del Protocolo notarial del Santo Oficio, por L. v. Pastor. Friburgo de Brisgovia, 1912.
- Petramellarius, Io. Ant., *Ad librum O. Panvini de summis pontif. et S. R. E. cardinalibus a Paulo IV ad Clementis VIII annum pontificatus octavum Continuatio*. Bononiae, 1599.
- Petrucelli della Gattina, F., *Histoire diplomatique des Conclaves*. T. II, Paris, 1864.
- Pieper, A., *Die päpstlichen Legaten und Nuntien in Deutschland, Frankreich und Spanien seit der Mitte des 16. Jahrhunderts*. Par-

- te 1.^a: Die Legaten und Nuntien Julius' III., Marcellus' II. und Pauls IV. (1550-1559) und ihre Instruktionen. Münster, 1897.
- Pierling, P., *La Russie et le Saint-Siège*. T. I, Paris, 1896.
- Pirenne, H., *Geschichte Belgiens*. T. III: 1477-1567. Gotha, 1907.
- Plon, C., B. Cellini orfèvre, médailleur, sculpteur. *Recherches sur sa vie, sur son œuvre et sur les pièces qui lui sont attribuées*. Paris, 1883.
- Pogiani, Iulii, *Sunensis epistolae et orationes olim collectae ab Antonio Maria Gratiano nunc ab Hieronymo Lagomarsinio e Soc. Iesu adnotationibus illustratae ac primum editae*. T. I a IV. Roma, 1762.
- Polanco, S. Alph. de, S. J., *Vita Ignatii Loiolae et rerum Societatis Iesu historia*. 6 T. Madrid, 1894-1898.
- Pollidorus, P., *De vita, gestis et moribus Marcelli II Pontif. Max.* Roma, 1744.
- Postina, A., *Der Karmelit Eberhard Billick*. Friburgo de Brisgovia, 1901.
- Quellen und Forschungen aus italienischen Bibliotheken und Archiven*, publicados por el Instituto Prusiano de Historia. T I y s. Roma, 1898 y ss.
- Quétif-Échard, *Scriptores ordinis Praedicatorum recensiti notisque historicis et criticis illustrati*, etc. T. I, Lutetiae Parisiorum, 1719.
- Quirini, A. M., *Collectio Epistolarum Reginaldi Poli*, ed. Q. 5 T. Brixiae 1744 a 1757.
- Rachfahl, F., *Wilhelm von Oranien und der niederländische Aufstand*. T. I. Halle, 1906.
- Ranke, L. v., *Englische Geschichte*. T. I. Berlín, 1859.
- Ranke, L. v., *Die römischen Päpste in den letzten vier Jahrhunderten*. T. I y III, 6.^a edición. Leipzig, 1874.
- Ranke, L. v., *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation*. T. III a VI, 6.^a edición. Leipzig, 1881.
- Raynald, O., *Annales ecclesiastici. Accedunt notae chronologicae, criticae, etc., auctore I. D. Mansi*. T. XIV y XV. Lucae, 1755-1756.
- Reimann, E., *Der Streit zwischen Papsttum und Kaisertum im Jahre 1558: Forschungen zur deutschen Geschichte V*. Gotinga, 1865, págs. 291-335.
- Reimann, E., *Papst Paul IV und das Kaisertum: Abhandlungen der Schlesischen Gesellschaft für vaterländische Kultur*. Phil.-hist. Abteilung, 1871, págs. 25-40.
- Reinhardt, H., und Steffens, F., *Die Nuntiatur von Giovanni Francesco Bonhomini 1579-1581. Introducci6n: Studien zur Geschichte der katholischen Schweiz im Zeitalter Carlo Borromeos*. Solothurn, 1910.
- Relacye Nuncyusz6w Apostolskich i innych os6b o Polsce od roku 1548 do 1690, ed. E. Rykaczewski. T. I. Berlín-Poznan, 1864.
- Renazzi, F. M., *Storia dell' università degli studi di Roma, detta la Sapienza*. 2 T. Roma, 1803-1804.

- Reumont, A., Die Carafa von Maddaloni. T. I. Berlin, 1851.
- Reumont, A. v., Geschichte der Stadt Rom. T. III. Berlin, 1870.
- Reumont, A. v., Geschichte Toscanas. Parte 1.^a, Gotha, 1876.
- Reusch, H., Der Index der verbotenen Bücher. 2 T. Bonn, 1883-1885.
- Ribier, G., Lettres et Mémoires d'Estat, des roys, princes, ambassadeurs et autres ministres sous les règnes de François I, Henri II et François II. 2 T. Paris, 1866.
- Rieger, P., y Vogelstein, H., Geschichte der Juden in Rom. 2 T. Berlin, 1895-1896.
- Riegl, Alois, Die Entstehung der Barockkunst in Rom. Akademische Vorlesungen. Viena, 1908.
- Riess, L., Die Politik Pauls IV und seiner Nepoten. Eine weltgeschichtliche Krisis des 16. Jahrh. (Historische Studien, cuaderno 67.) Berlin, 1909.
- Riezler, S., Geschichte Bayerns. T. IV. Gotha, 1899.
- Ripoll-Brémond, Bullarium ordinis Praedicatorum. T. IV. Roma, 1732.
- Ritter, M., Deutsche Geschichte im Zeitalter der Gegenreformation und des Dreissigjährigen Krieges (1555-1648). T. I: 1555-1586. Stuttgart, 1889.
- Rocchi, E., Le piante iconografiche e prospettive di Roma del secolo XVI colla riproduzione degli studi originali autografi di A. da Sangallo il Giovane per le fortificazioni di Roma, dei mandati di pagamento e di altri documenti inediti relativi alle suddette fortificazioni. Turin-Roma, 1902.
- Rodocanachi, E., Le Saint-Siège et les juifs. Le ghetto à Rome. Paris, 1891.
- Rodocanachi, E., Le Capitole Romain antique et moderne. Paris, 1904.
- Rodocanachi, E., Le château Saint-Ange. Paris, 1909.
- Rodocanachi, E., Rome au temps de Jules II et de Léon X. Paris, 1912.
- Romier, L., La crise gallicane de 1551: Revue historique CVIII, páginas 225 a 250; CIX, págs. 27 a 55. Paris, 1911-1912.
- [Ronchini, A.] Lettere d' Uomini Illustri conservate in Parma nel R. Archivio dello Stato. T. I. Parma, 1853.
- Roseo, Mambrino, Delle historie del mondo, Parte III. Aggiunta da M. R. alle historie di Giov. Tarcagnota. Venecia, 1598.
- Rot, Matthaeus, Itinerarium Romanicum anno domini 1554. Publicado por Gmelin en la Zeitschrift für Gesch. des Oberrheins XXXII. Karlsruhe, 1880, págs. 237 a 266.
- Sägmüller, J. B., Die Papstwahlen und die Staaten von 1447 bis 1555 (Nikolaus V bis Paul IV). Eine kirchenrechtlich-historische Untersuchung über den Anfang des Rechtes der Exklusive in der Papstwahl. Tübinga, 1890.
- Sägmüller, J. B., Die Papstwahlbullen und das staatliche Recht der Exklusive. Tübinga, 1892.
- Samm, Ch. de, Une question italienne au XVI^e siècle. Paris, 1861.
- Sandonini, L., Castelvetro. Bolonia, 1882.

- Santarem (Visconde de), Quadro elementar das relações politicas e diplomaticas de Portugal com as diversas potencias do mundo tesdo o principio da Monarchia portugueza ate aos nossos dias, ordinado e composto pelo Visconde e dirigido pelo socio da Academia Real... José da Silva Mendes Leal. T. III. Lisboa, 1874.
- Sarpi [Pietro Soave Polano], Historia del concilio Tridentino. 4 ed. Génova, 1660.
- Sauzé, véase Lanssac.
- Scarabelli, Luciano, Summarii delle cose notabili seguite in Roma dal principio d' aprile 1556 a tutto giugno 1557, scritti verisimilmente da Fr. Babbi, pubblicati da L. S. (Archivio stor. Ital. XII, págs. 345 y s.). Florencia, 1847.
- Schäfer, E., Beiträge zur Geschichte des spanischen Protestantismus und der Inquisition im 16. Jahrhundert. T. I y s. Gütersloh, 1902 y s.
- Schäfer, H., Geschichte Portugals. 5 T. Hamburgo, 1836-1854.
- Schmid, J., Die deutsche Kaiser- und Königswahl und die römische Kurie in den Jahren 1538-1620 (Historisches Jahrbuch der Görres-Gesellschaft, T. VI). Munich, 1885.
- Schmidlin, J., Geschichte der deutschen Nationalkirche in Rom S. Maria dell' Anima. Friburgo de Brísgovia, 1906.
- Schroeder, Frid., Monumenta, quae spectant primordia Collegii Germanici et Hungarici. Roma, 1896.
- Schweitzer, V., Zur Geschichte der Reform unter Julius III: Cinco conferencias dadas en la Asamblea general de Paderborn de la Görres-Gesellschaft. Colonia, 1907.
- Sclopis, Le card. Morone. París, 1869.
- Segmüller, F., Die Wahl des Papstes Paul IV und die Obedienzgesandtschaft der Eidgenossen: Zeitschrift für schweizerische Kirchengeschichte III, Stans 1909, 1-29, 131-150.
- Segni, B., Storie fiorentine. 4 T. Liorna, 1830.
- Selectae Indiarum Epistolae nunc primum editae. Florencia, 1887.
- Serafini, C., Le Monete e le bulle plumbee pontificie del Medagliere Vaticano. T. I. Roma, 1910.
- Seripand, H., Eigenhändige Notizen des berühmten Augustinergenerals Seripand über die Päpste seiner Zeit. Publicadas por C. Höffler en Analekten zur Geschichte Deutschlands und Italiens (Abhandlungen der Kgl. Bayr. Akademie der Wissenschaften, T. IV, parte 2.^a, b, págs. 51 y s.). Munich, 1846.
- Serristori, véase Legazioni.
- Sickel, Th., Zur Geschichte des Konzils von Trient. Documentos de los archivos austriacos. Viena, 1872.
- Silos, I., Historia Clericor. regularium a congregatione condita. Parte 1.^a, Roma, 1650.
- Simonetti, E., I Nomi delle Vie di Roma. Saggio d' illustrazioni storiche con tre appendici. Roma, 1898.
- Sleidans Briefwechsel, véase Baumgarten.

- Soldan, M. G., *Geschichte des Protestantismus in Frankreich*. T. I. Leipzig, 1855.
- Sommervogel, C., S. J., *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus*. Nueva edición, 9 T. Bruselas-París, 1890-1900.
- Sozzini, Aless., *Diario delle cose avvenute in Siena dal 20 Luglio 1550 al 28 Giugno 1555*: Archivio storico Ital. II. Florencia, 1842.
- Spillmann, J., S. J., *Geschichte der Katholikenverfolgung in England*. 1535-1681. *Die englischen Märtyrer der Glaubensspaltung*. T. I: *Die Blutzeugen unter Heinrich VIII*. 2.^a edición. Friburgo de Brisgovia, 1900.
- Steinherz, S., *Nuntiaturberichte aus Deutschland*. Segunda parte, 1560-1572. T. I. Viena, 1897.
- Steinhuber, Andr., *Geschichte des Kollegium Germanikum Hungarikum in Rom*. T. I. 2.^a edición. Friburgo de Brisgovia, 1906.
- Stettiner, Pietro, *Roma nei suoi monumenti*. Roma, 1911.
- Stevenson, J., *Calendar of State Papers. Foreign Series. Elizabeth 1558-1565*. T. I a VII. Londres, 1863-1870.
- Studi e documenti di storia e diritto. Pubblicazione periodica dell' Accademia di conferenze storico-giuridiche. Años primero y siguientes. Roma, 1880 y sucesivos.
- Summarii, véase Scarabelli.
- Swiney, Mac, *Le Portugal et le Saint-Siège*. T. I y III. Paris, 1898-1904.
- Tacchi Venturi, P., *Storia della Compagnia di Gesù in Italia*: T. I. Roma, 1909.
- Tarducci, D. A., *L'Atanagi da Cagli*. Cagli, 1904.
- Tesoroni, D., *Il Palazzo di Firenze e l' eredità di Balduino del Monte, fratello di papa Giulio III*. Roma, 1889.
- Theiner, A., *Vetera Monumenta Poloniae et Lithuaniae*. 2 T. Roma, 1861.
- Theiner, A., *Codex diplomaticus dominii temporalis S. Sedis. Recueil de documents pour servir à l'histoire du gouvernement temporel des états du Saint-Siège extraits des archives du Vatican*. T. III: 1389-1793. Roma, 1862.
- Theiner, A., *Monumenta Slavorum meridionalium historiam illustrantia*. T. I: 1198-1549. Roma, 1863.
- Theiner, A., *Acta genuina Concilii Tridentini*. 2 T. Agram, 1874.
- Thode, H., *Michelangelo und das Ende der Renaissance*. 5 T. Berlin, 1902-1908.
- Thomas, J., *Le Concordat de 1516. Ses origines, son histoire au XVI^e siècle*. Parte 3.^a Paris, 1910.
- Thurston, H., *The Holy Year of Jubilee. An account of the history and ceremonial of the Roman Jubilee*. Londres, 1900.
- Tiraboschi, G., *Storia della letteratura Italiana*. 10 T. Modena, 1772 y siguientes (edición napolitana de 1781).
- Tomassetti, Giuseppe, *La Campagna Romana antica, medioevale e moderna*. T. I y II. Roma, 1910.

- Torrigio, F. M., *Le sacre grotte vaticane*. Roma, 1639.
- Touron, O. P., *Histoire générale de l'Amérique*. T. V y VI. París, 1768.
- Trésal, J., *Les origines du schisme Anglican (1509-1571)*. París, 1908.
- Turinozzi, Niccolò, *Diario Romano (1558-1560)*, pubbl. per P. Piccolomini. Roma, 1909.
- Turnbull, *Calendar of State Papers. Foreign. Reign of Mary 1553-1558*. Londres, 1861.
- Uebersberger, H., *Oesterreich und Russland seit dem Ende des 15. Jahrhunderts*. Publicado bajo los auspicios de S. A. el príncipe Francisco de Liechtenstein. T. I, 1488-1606. Viena, 1906.
- Ughelli, F., *Italia Sacra, sive de episcopis Italiae et insularum adiacentium rebusque ab iis gestis opus*. Roma, 1644 y s. Edidit N. Coletus. 10 T. Venecia, 1717-1722.
- Vargas, François de, *Lettres et Mémoires traducidas al francés y anotadas por Michel Le Vassor*. Amsterdam, 1700.
- Vasari, G., *Le vite de' più eccellenti pittori, scultori ad architettori*. Nueva edic. de G. Milanese. Florencia, 1878 y s.
- Venuti, R., *Numismata Romanorum Pontificum a Martino V ad Benedictum XIV*. Roma, 1744.
- Vitalis, A., *Correspondance politique de Dominique du Gabre*. París, 1903.
- Vogelstein, véase Rieger.
- Völker, *Der Protestantismus in Polen auf Grund der einheimischen Geschichtschreibung*. Leipzig, 1910.
- Wadding, L., *Annales Minorum seu trium ordinum a S. Francisco institutorum*. Edit. secunda, opera et studio R^m P. Iosephi Mariæ Fonseca ab Ebora. T. XIV y s. Roma, 1735 y s.
- Waal, A. de, *Der Campo Santo der Deutschen zu Rom. Geschichte der nationalen Stiftung*. Friburgo de Brisgovia, 1896.
- Weiss, Ch., *Papiers d'Etat du cardinal de Granvelle d'après les manuscrits de la bibliothéque de Besançon*. T. I a IV. París, 1841-1848.
- Willich, H., *Giac. Barozzi da Vignola*. Estrasburgo, 1906.
- Wirz, C., *Ennio Filonardi, der letzte Nuntius in Zürich*. Zurich, 1894.
- Wirz, C., *Akten über die diplomatischen Beziehungen der römischen Kurie zu der Schweiz 1512-1552 (Quellen zur Schweizer Geschichte, T. XVI)*. Basilea, 1895.
- Wirz, C., *Bullen und Breven aus italienischen Archiven 1116-1623 (Quellen zur Schweizer Geschichte, T. XXI)*. Basilea, 1902.
- Wolf, G., *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Gegenreformation*. T. I, parte 1.^a Berlin, 1888.
- Wotschke, *Geschichte der Reformation in Polen*. Leipzig, 1911.
- [Xaverius, S. Franciscus.] *Monumenta Xaveriana ex autographis vel ex antiquioribus exemplis collecta. Tomus primus, Sancti Francisci Xaverii epistolas aliaque scripta complectens*. Madrid, 1899-1900.
- Zimmermann, A., S. J., *Maria die Katholische*. Friburgo, 1890.

Zimmermann, A., S. J., Kardinal Pole, sein Leben und seine Schriften. Ratisbona, 1893.

Zeitschrift für katholische Theologie. 36 T. Innsbruck, 1877-1912.

Zeitschrift für Kirchengeschichte, publicado por Brieger. T. I y s. Gotha, 1877 y s.

Zinkeisen, J. M., Geschichte des osmanischen Reiches in Europa. Dos partes. Gotha, 1840-1854.

extensa. Por lo cual en 24 de abril envió Pole de Bruselas a Roma a Nicolás Ormanetto, y en 4 de mayo a Enrique Penning a Londres, para tratar más en particular con el Papa y la reina sobre esta cuestión candente (1). Fuera de eso, Ormanetto había de dar cuenta de la comisión francesa del legado (2).

María instaba por una pronta respuesta. En la primera audiencia que concedió a Penning, preguntó al punto cómo estaba el negocio de los bienes eclesiásticos, y cuantas veces le veía, volvía al mismo asunto (3). Según su opinión, el Papa había de mostrarse lo más generoso posible, y renunciar enteramente a la restitución de los bienes de la Iglesia. Pole, por el contrario, no podía conformarse con semejante solución de la cuestión (4). Creía él que de este modo se producía la apariencia, de que se comerciaba con el retorno a la Iglesia; decía que primero había de volver Inglaterra incondicionalmente a la unidad católica, y dejar después todo lo demás a la generosidad del Papa. Con todo, al nuncio de Bruselas, Muzzarelli, lo mismo que al Papa, parecía este modo de ver demasiado rígido. En un breve de 28 de junio dió Julio III a su legado los más amplios poderes, para dejar cualesquiera bienes eclesiásticos, muebles e inmuebles, en las manos de los que al presente los poseyesen (5). Pero por desgracia el tenor del breve (6) no excluía toda duda sobre la intención del Papa, y suscitó más tarde sospechas entre los recelosos.

El breve llegó a Bruselas el 29 de julio (7). Pocos días antes se había celebrado el casamiento español, y así pareció al fin querer sonar para Pole la hora largo tiempo suspirada, en que pudiese ejercer su cargo de legado en el suelo inglés. Pero en el intermedio suscitáronse de nuevo tales dificultades, que Pole mismo tuvo por irrealizable su comisión, y pidió al Papa le mandase volver.

Con su mediación de paz en Francia nada había Pole conseguido, y especialmente con su partida anticipada se había atraído

(1) Ancel, 779.

(2) Ibid., 767.

(3) Ancel, 779, nota 3, 780, nota 3.

(4) Ibid., 779, 780.

(5) Wilkins, Concilia IV, 102 s. Weiss, Papiers de Granvelle, IV, 264. Ancel, 781.

(6) Pole tiene la facultad, arbitrio tuo auctoritate nostra tractandi, concordandi, transigendi, componendi, et cum eis, ut praefata sine ullo scrupulo in posterum retinere possint, dispensandi, sobre los bienes eclesiásticos.

(7) Ancel, 781.

el descontento del emperador. Cuando en 21 de abril se presentó a Carlos V y le dió cuenta del lamentable resultado de su comisión, por toda respuesta le declaró el emperador, que si nada más tenía que decir, sería mejor que no volviese a comparecer para nada en su presencia (1). El cardenal había hecho su posición más dificultosa, por razón de que desde Francia no hizo llegar al emperador comunicación alguna sobre los pasos que había dado con el rey, y en su correspondencia epistolar con la reina de Inglaterra no dijo palabra sobre el casamiento español. Renovóse otra vez el antiguo recelo de que era contrario a este enlace; y hasta se sospechó, que favorecía la sedición de Wyatt. Su misma permanencia en el suelo francés parecía ser como una manifestación de amistad con una Potencia, que era la peor enemiga de Maria, y dió ocasión a demostraciones, a las que se sustrajo ciertamente Pole con una partida acelerada (2).

Por consiguiente no sólo quedaba del todo fracasada la comisión de Pole como medianero de paz, sino también parecía haberse hecho imposible su misión a Inglaterra, la cual no se podía llevar al cabo sin consentimiento del emperador. El legado, profundamente apesadumbrado, se retiró a la abadía de Dilighem junto a Bruselas (3), desde donde proseguía la ya mencionada negociación con Maria sobre los bienes eclesiásticos, pero por lo demás desapareció enteramente de la vida política. Ya a principios de mayo había rogado al Papa, que en su lugar nombrase otro legado para Inglaterra (4). Pero de esto nada se quiso saber en Roma por ningún caso; mandando volver al príncipe de la Iglesia, una vez enviado solemnemente, se hubiese quedado mal ante todo el mundo, y quizá se hubiese perjudicado de un modo irremediable a la reducción de Inglaterra a la Iglesia. La penosa situación de Pole en estos meses de incierto aguardar se hizo todavía más amarga, por razón de que tampoco en Roma se aprobó en todo su conducta. Indicóle Morone, que hubiese debido declararse resueltamente por

(1) Carta de Pole a Julio III, de 22 de abril de 1554, publicada por Brown, V, n. 877; cf. n. 882, p. 494; Ancel, 765.

(2) Ancel, 764 s.

(3) Ibid., 767.

(4) Carta de Pole a Morone, de 25 de mayo de 1554, publicada por Brown, V, n. 882, p. 492-493. La súplica de Pole aquí mencionada, de que se le diese orden de volver, era ya conocida de Morone el 6 de mayo. Ibid., n. 884, p. 497; cf. Ancel, 769, nota 1.

el matrimonio de Felipe con María, y quitar así todo motivo de sospecha. Que aun ahora podía Pole reparar este descuido, explicando al emperador con toda verdad cuál era su sentir respecto del casamiento (1). Respondióle el legado, que desde su llegada a Bruselas siempre se había expresado según la mente imperial sobre el enlace de María con Felipe. Que la resolución con que Carlos V y Granvela le habían despedido, sólo entonces hubiera podido ser mayor, si hubiesen tomado el palo abiertamente y sin rodeos (2). Por eso persistió pidiendo le relevasen de su cargo.

En estas complicaciones, al parecer desesperadas, halló la causa de Inglaterra y del Papa un hábil defensor (3) en el nuncio de Bruselas y arzobispo de Conza, Jerónimo Muzzarelli, dominico, cuya prudencia y modestia ya antes había reconocido Morone con el mayor elogio (4). Muzzarelli supo hacer, que poco a poco volviese a tomar el emperador una disposición de ánimo más benigna para con Pole. Ya el 10 de junio creyó poder escribir a Roma, que el emperador no se opondría a la partida del legado a Inglaterra (5). La efectiva celebración del casamiento español en 25 de julio dió luego también ánimo a Pole mismo para salir de nuevo de su retraimiento. Con carta de 11 de julio envió un mensajero a Inglaterra para dar la enhorabuena a Felipe (6). Algo más tarde se atrevió a dirigirse también de nuevo por primera vez a Carlos V, y expresarle asimismo sus gratulaciones. El portador de la carta, Ormanetto, hubo de ir a buscar al emperador en el campamento. A las instancias de Ormanetto, a que concediese al fin al legado pontificio libertad para el cumplimiento de su comisión, se sustrajo Carlos con respuestas evasivas. Declaró, que primero había de tomar informes en Inglaterra sobre el estado de las cosas (7).

Rechazado del emperador, dirigióse el cardenal inglés en 21 de septiembre al rey Felipe, y se quejó con modo atento y cortés de las eternas esperanzas en lo por venir, con que se le entrete-

(1) Ancel, 767.

(2) Brown, V, n. 882, p. 492.

(3) Ancel, 769.

(4) V. en el n.º 21 b del apéndice la carta de Morone a Pole, de 21 de diciembre de 1553 (*Bibl. Corsini*). Muzzarelli estaba en Bruselas desde el 15 de marzo.

(5) Ancel, 769.

(6) Brown, V, n. 917.

(7) Ancel, 770.

nía. ¿Quién era, le decía, a quien por tanto tiempo se dejaba estar a la puerta y llamar? Era un hombre, que por causa de la esposa de Felipe, por la defensa de sus derechos a la corona, había sido expulsado de palacio y de su patria, y ahora desde hacía ya veinte años estaba comiendo el pan del destierro. Demás de eso, no era sólo Pole como hombre privado quien deseaba la entrada en Inglaterra. Como, según el relato de los Hechos de los Apóstoles, Pedro libertado de la cárcel, hubo de estar llamando mucho tiempo a la puerta de la casa de María, madre de Juan, hasta que se le abrió, así ahora estaba de nuevo Pedro ante la casa de otra María y llamaba a la puerta. Si fué antes comprensible, que María no le hubiese abierto por temor, ahora podía apoyarse en su esposo; y el propio interés de la reina exigía que se dejase entrar a Pedro, porque en el reconocimiento del Papa estribaba su legitimidad y su derecho (1).

En 28 de septiembre repitió Pole semejantes pensamientos en una carta al emperador (2), a quien fué enviado de nuevo Ormanetto. Pero también ahora respondió Carlos, que no había aún llegado el tiempo adecuado, y que a su regreso hablaría más extensamente con el legado (3).

La audiencia que con eso había prometido al cardenal inglés, tuvo efecto el 11 de octubre en Bruselas (4). Pole declaró, que dos dificultades impedían la reconciliación de Inglaterra, los errores en materias de fe y el asunto de los bienes eclesiásticos. Que en materias de fe no podía el Papa transigir; pero que en lo que se refería a los bienes de la Iglesia, estaba dispuesto a hacer concesiones. Hasta qué punto Julio III había reducido ya sus demandas en el breve de 28 de septiembre, no lo comunicó Pole inmediatamente todavía, sino que habló sólo de los poderes que le había concedido el breve pontificio del principio de su legación. Carlos respondió, que por cuestiones del dogma no había que tener ningún temor, pues estaban ante gente, que carecía por entero de toda convicción firme religiosa. Que como él lo sabía por su experiencia en Alemania, de lo que principalmente se trataba, era

(1) Brown, V, n. 946.

(2) Ibid., n. 947.

(3) Ancel, 770.

(4) Carta de Pole a Julio III, de 14 (no 13) de octubre de 1554. Brown, V, n.º 952. Ancel, 784.

de los bienes eclesiásticos; y que deseaba ver las facultades del legado respecto a este punto. Que antes de tomar ulteriores resoluciones, quería aguardar la vuelta de su enviado Erasso.

Como en esta audiencia, así tampoco otras veces ni al emperador ni a María expuso Pole al punto toda la extensión de sus poderes. Al expreso deseo de Carlos V de ver el breve de 28 de septiembre, se había ciertamente anticipado, por cuanto ya antes de la audiencia lo había presentado a Granvela. Con todo, sobre otro importante documento guardó todavía por largo tiempo riguroso secreto. Es el caso, que en 5 de agosto le había prometido el Papa en un breve, que confirmaría y tendría por válido todo lo que hiciese su legado (1). La causa de esta reserva consistía en el cuidado angustioso, con que Pole evitaba todo lo que, según su sentir, podía dejar parecer las negociaciones sobre la vuelta a la unidad eclesiástica como un asunto mercantil, y las concesiones pontificias como un precio de compra. Muzzarelli, de conciencia no menos recta y delicada, no estaba en esto conforme con Pole. Hacía notar, que el legado necesariamente había de dar conocimiento de sus facultades, así al emperador como a los monarcas ingleses; y que ellos tenían que estar exactamente informados en este asunto, a fin de poder tomar los medios más apropiados para la reducción de Inglaterra. Que la reserva de Pole tenía por consecuencia, que tanto en Bruselas como en Londres se dudase de la buena voluntad del Papa; y que se sospechaba, que él primero quería someter a Inglaterra de nuevo a la Santa Sede, y después usar de rigor, exigiendo la entera devolución de las propiedades eclesiásticas (2).

Porque los poderes del breve de 28 de septiembre no parecieron bastante extensos ni al emperador ni a Felipe, dió Carlos V a su embajador en Roma, Manrique, el encargo de agenciar con Julio III su ampliación. Escribióle que se considerase en Roma, que los actuales poseedores de los bienes eclesiásticos más atendían a la utilidad material que al provecho de su alma, que eran muy numerosos, y con el temor de perder sus posesiones harían desesperados esfuerzos para amotinar al pueblo (3). Pole, que prefería unos expresos poderes a los que se contenían de un modo general en el breve de 5 de agosto, unió sus ruegos con los del

(1) Se halla impreso en Weiss, *Papiers de Granvelle*, IV, 70.

(2) Anciaux, 785.

(3) Anciaux, 786.

emperador. Pidió que fuera de la facultad otorgada el 28 de septiembre, de entrar en acomodamientos y negociaciones sobre los bienes de la Iglesia, se contuviese en el breve de un modo claro y distinto el derecho de renunciar lisa y llanamente a las propiedades eclesiásticas; y además, que se suprimiese sencillamente la cláusula del breve anterior "que decía, que en casos de especial importancia se había de acudir inmediatamente a Roma (1).

Aun antes de que llegase respuesta a estas proposiciones, se habían quitado las últimas dificultades contra la entrada de Pole en Inglaterra. El emperador, como lo mostraban los pasos que había dado con el Papa, tomó ahora de veras cumplir con la promesa de dejar al legado que ejerciese su cargo. Asimismo había de desear el rey Felipe ser soberano en reino católico. María declaró paladinamente, que estaba dispuesta a dar su vida por el restablecimiento de la unidad eclesiástica (2). Dos dominicos y dos franciscanos, entre estos últimos el docto Alfonso de Castro, habían ido con Felipe a Inglaterra y predicaban en Londres con sus hábitos; por lo cual fueron mofados al principio, pero pronto ganaron influencia con su eminente saber (3). Grande impresión produjo el que Gardiner, el 30 de septiembre, en un sermón en la plaza de San Pablo de Londres, confesase públicamente ante un numeroso auditorio, que él había faltado con su cooperación al cisma en tiempo de Enrique VIII, y que había recibido por ello justo castigo con su encarceramiento en el reinado de Eduardo VI (4).

Si no se quería dejar escapar el momento favorable, urgía que Pole partiese a Inglaterra, porque el 12 de noviembre había de abrirse el Parlamento, y allí tenía que discutirse el asunto de la reconciliación.

Aun a tiempo oportuno llegó el 20 de octubre a Bruselas el embajador imperial en Londres, Simón Renard. El 22 explicó a Pole, en presencia del nuncio, el estado de las cosas en el reino inglés (5). Dijo que tres clases de gente eran allí contrarias a la reconciliación con Roma: aquellos a cuyos ojos la libertad religiosa

(1) Carta de Pole a Julio III, de 19 de octubre de 1554, publicada por Brown, V, n. 954.

(2) AnceI, 787.

(3) Ibid., 783.

(4) Ibid.

(5) Carta de Pole a Julio III, de 23 de octubre de 1554, publicada por Brown, V, n. 955.

era equivalente a libertad de la carne; los que se habían enriquecido con los bienes eclesiásticos; y finalmente los ambiciosos, de quienes eran muy deseadas las revueltas y sediciones en la nación. Que las expresiones del breve de 28 de septiembre habían despertado en Inglaterra el temor de que Pole, después de la unión con Roma, denunciara judicialmente a los poseedores de bienes de la Iglesia y demandaría su restitución. Después propuso Renard al cardenal inglés, las cuestiones, de si pensaba hacer su entrada en Londres con las insignias de la dignidad de legado, si quería ejercer sus poderes en inteligencia con Felipe y María, y si el Papa otorgaría una ampliación de los poderes concedidos hasta entonces. Pole respondió, que ante todo se había de cesar de esperar la salvación de las eternas dilaciones. Que él no tenía ninguna dificultad en entrar en Inglaterra como un simple enviado pontificio, sin las insignias de legado. Que asimismo no vacilaría en aconsejarse con ambas majestades en el uso de sus facultades, y que no tenía duda alguna de la pronta voluntad del Papa de acceder a lo que se pidiese.

En una segunda conferencia celebrada el 25 de octubre, volvió de nuevo Renard al asunto de los bienes eclesiásticos y a la ampliación de los poderes pontificios. Para tranquilizarle, le mostró ahora Pole el breve secreto pontificio de 5 de agosto, en el cual Julio III se declaraba de antemano conforme con todas las decisiones de su legado. Renard quedó muy satisfecho y declaró, que si se hubiera tenido antes noticia de este documento, hubiesen sido innecesarios los últimos pasos que se habían dado con el Papa. Por consejo de Renard fué presentado también el breve al emperador, quien atónito dijo a Muzzarelli, que si el legado no estaba aún en Inglaterra, sólo a sí mismo lo había él de atribuir (1).

Así por tanto había llegado al fin el tiempo de Pole. El gozo que por esto tuvo, como escribió Muzzarelli, fué «increíblemente» grande, y en cartas a Londres y a Roma lo expresó muy vivamente (2). Su satisfacción sólo pudo aumentarse por una carta de la reina de 6 de noviembre. Notificábale ésta, que el sábado ante-

(1) Ancel, 788.

(2) Carta de Muzzarelli a del Monte, de 28 de octubre de 1554, publicada por Ancel, 789. Carta de Pole a María, de 27 de octubre, que se halla en Brown, V, n. 958; a Felipe, de 27 de octubre, *ibid.*, n. 959; al cardenal Merone, *ibid.*, n. 960.

rior en una solemne sesión tenida en presencia del rey, había declarado a su Consejo, que según su opinión, era ahora tiempo de llamar al legado y concertar la reconciliación con Roma. Que todos unánimemente habían aprobado esta opinión de la reina, y que al punto a dos de los más principales e influyentes consejeros, lord Paget y lord Eduardo Hastings, se les había dado el encargo de trasladarse a Bruselas, e invitar al legado en nombre del Consejo real a ir a Inglaterra (1). En 8 de noviembre el embajador inglés en Bruselas, Juan Mason, notificó oficialmente esta invitación al emperador, y el día siguiente hizo saber Granvela al cardenal inglés, que ahora era tiempo de prepararse para su viaje a Londres (2).

El 11 de noviembre se presentaron al legado Paget y Hastings, no sin tocar en seguida de nuevo la cuestión candente de los bienes eclesiásticos, que formaba el único impedimento de la reconciliación con el Papa (3). El 12 tuvo Pole su audiencia de despedida con el emperador, y el día siguiente partió de Bruselas.

Su viaje hasta Londres semejose a una marcha triunfal (4). El 19 de noviembre fué recibido en Calais, a su primera entrada en territorio inglés, de un modo solemne por el mariscal al frente de la guarnición y por todas las autoridades. Al desembarcar en Dover le saludaron por encargo del rey y de la reina sir Montague y Thirlby, obispo de Ely, con un gran número de nobles. Cuanto más iba adelantándose, tanto se le juntaban más miembros de la nobleza de provincias, hasta que al fin llegaron a formar su séquito mil ochocientos jinetes.

En Cantorbery fué Pole recibido por el pueblo con jubilosas aclamaciones. Desde aquí envió a Ricardo Pate, obispo de Worcester, a las dos majestades, para saber dónde y cuándo le querían conceder audiencia. Cuando luego después de dos días continuó su curso, en Gravesend dos miembros del Parlamento le trajeron la noticia, de que la orden de destierro dictada contra él en tiempo de Enrique VIII, había sido revocada en el Parla-

(1) Ancel, 789.

(2) Carta de Pole a Julio III, de 11 de noviembre de 1554, publicada por Brown V, n. 962.

(3) Ibid., n. 962, p. 592.

(4) Descripción del viaje según una *carta de Pole a del Monte, de 25 de noviembre de 1554, que se halla en el *Archivo secreto pontificio*, Inghilterra, III, 69 s. Cf. Ancel, 790 ss.; v. también Lingard, 177.

mento con eñtrruendosos aplausos, en presencia del rey y de la reina. Al entregarle el documento, que sobre esto se había extendido, le advirtieron los dos comisionados, que los dos soberanos deseaban, que se presentase como legado y apareciese ante ellos con las insignias de su dignidad.

La misma propuesta se le hizo ya a Pole en Cantorbery, pero entonces fué por él rehusada. Ahora, como las mismas majestades la repitieron, tuvo que rendirse el cardenal. En la proa de la barca real, que le había enviado María a Gravesend, fué fijada la gran cruz de plata propia de los legados, y acompañado de una multitud de otras embarcaciones, que llevaban a los más principales señores del país, fué navegando el cardenal desde Gravesend, Támesis arriba, hasta Westminster. Allí al saltar a tierra le saludó Gardiner, a la puerta el rey, y arriba sobre la escalera, que subió en compañía del rey, la reina, que se alegró sobremanera por la llegada de Pole, y manifestó que en su subida al trono no había sentido tan gran gozo (1). Este día memorable fué el 24 de noviembre. En el palacio arzobispal de Lambeth tuvo Pole su alojamiento.

La comisión que había llevado al legado a Inglaterra, sólo podía ser desempeñada con ayuda del Parlamento. Desde el 12 de noviembre estaba éste abierto; ya en el discurso de apertura había expuesto Gardiner, que el primer Parlamento de la reina había restablecido el anterior estado de la religión, el segundo había confirmado las capitulaciones matrimoniales de la soberana, y que del tercer Parlamento esperaba ésta la unión del reino con la Iglesia universal (2). Una oposición al cumplimiento del deseo real no era de temer, puesto que ambas Cámaras habían levantado ya gustosísimas el destierro de Pole. El modo como había de efectuarse ahora en el Parlamento la reconciliación de Inglaterra con Roma, fué tratado el 25 de noviembre por Gardiner y Pole, al día siguiente fué dispuesto por Pole en inteligencia con los dos reyes y se puso en ejecución del 28 al 30 de noviembre, como se había determinado de antemano. Muy felizmente sucedió, que precisamente durante la conferencia entre Pole y las dos majestades fué presentado un paquete de

(1) Lee, 346.

(2) Lingard, 177.

Roma, que contenía la bula pontificia con todas las modificaciones que Pole deseaba (1).

El 28 de noviembre se reunió el Parlamento en el palacio real de Whitehall. Pole fué introducido solemnemente, y en un largo discurso expuso el fin de su misión (2). Primero agradeció que con el levantamiento del destierro se le hubiesen restituído su patria, sus bienes y su título de nobleza. Dijo que él ahora había venido para devolver también por su parte a su patria el título de nobleza, que había perdido en los tristes acontecimientos de los últimos decenios. Que hasta entonces Inglaterra se había señalado por su adhesión a Cristo y a la Santa Sede, y esta adhesión la había fomentado en sí misma, y por medio de S. Bonifacio la había difundido por otras naciones. Que se había renunciado a esta magnífica preeminencia y título de nobleza, porque la Santa Sede no quiso condescender con una pasión criminal, y en entera oposición a los antepasados se había acudido a naciones extranjeras para hacerse imponer en las abominaciones de falsas doctrinas. Pero que ahora Dios había suscitado al país una reina, que quería sacarlo de esta esclavitud, y que las dos potestades más elevadas de la tierra, el emperador y el Papa, se habían juntado para apoyarla. Que el rey, como representante del emperador, restablecería la paz temporal, y que él mismo, como representante del Papa, había venido para dar a sus compatriotas la paz espiritual. Que sólo a dos condiciones iba ligada la reconciliación con el Papa: que habían de reconocer su yerro, y derogar las leyes contra la autoridad pontificia.

Después de su discurso se retiró Pole y Gardiner tomó la palabra. Su demanda respecto a la unión con la Iglesia fué recibida con general aplauso, y aprobada el día siguiente en votación regular.

El 30 de noviembre se reunió de nuevo el Parlamento en la gran sala del palacio real. A la izquierda de la reina estaba sentado Felipe, y a la derecha, pero más alejado del trono, el cardenal. Gardiner dió comunicación de las resoluciones del día ante-

(1) Ancel, 792 ss. Esta bula fué descubierta por Ancel en las *Reg. Vat. 1795, p. 295 (*Archivo secreto pontificio*). Lleva la fecha de 1.º de agosto de 1554, para que aparezca la reconciliación de Inglaterra como consecuencia del casamiento de la reina, efectuado el 25 de julio. Ancel, 792 nota.

(2) El contenido del discurso puede verse en Ancel, 793, según una copia del *Archivo secreto pontificio*.

mento con eñtrruendosos aplausos, en presencia del rey y de la reina. Al entregarle el documento, que sobre esto se había extendido, le advirtieron los dos comisionados, que los dos soberanos deseaban, que se presentase como legado y apareciese ante ellos con las insignias de su dignidad.

La misma propuesta se le hizo ya a Pole en Cantorbery, pero entonces fué por él rehusada. Ahora, como las mismas majestades la repitieron, tuvo que rendirse el cardenal. En la proa de la barca real, que le había enviado María a Gravesend, fué fijada la gran cruz de plata propia de los legados, y acompañado de una multitud de otras embarcaciones, que llevaban a los más principales señores del país, fué navegando el cardenal desde Gravesend, Támesis arriba, hasta Westminster. Allí al saltar a tierra le saludó Gardiner, a la puerta el rey, y arriba sobre la escalera, que subió en compañía del rey, la reina, que se alegró sobremanera por la llegada de Pole, y manifestó que en su subida al trono no había sentido tan gran gozo (1). Este día memorable fué el 24 de noviembre. En el palacio arzobispal de Lambeth tuvo Pole su alojamiento.

La comisión que había llevado al legado a Inglaterra, sólo podía ser desempeñada con ayuda del Parlamento. Desde el 12 de noviembre estaba éste abierto; ya en el discurso de apertura había expuesto Gardiner, que el primer Parlamento de la reina había restablecido el anterior estado de la religión, el segundo había confirmado las capitulaciones matrimoniales de la soberana, y que del tercer Parlamento esperaba ésta la unión del reino con la Iglesia universal (2). Una oposición al cumplimiento del deseo real no era de temer, puesto que ambas Cámaras habían levantado ya gustosísimas el destierro de Pole. El modo como había de efectuarse ahora en el Parlamento la reconciliación de Inglaterra con Roma, fué tratado el 25 de noviembre por Gardiner y Pole, al día siguiente fué dispuesto por Pole en inteligencia con los dos reyes y se puso en ejecución del 28 al 30 de noviembre, como se había determinado de antemano. Muy felizmente sucedió, que precisamente durante la conferencia entre Pole y las dos majestades fué presentado un paquete de

(1) Lee, 346.

(2) Lingard, 177.

Roma, que contenía la bula pontificia con todas las modificaciones que Pole deseaba (1).

El 28 de noviembre se reunió el Parlamento en el palacio real de Whitehall. Pole fué introducido solemnemente, y en un largo discurso expuso el fin de su misión (2). Primero agradeció que con el levantamiento del destierro se le hubiesen restituído su patria, sus bienes y su título de nobleza. Dijo que él ahora había venido para devolver también por su parte a su patria el título de nobleza, que había perdido en los tristes acontecimientos de los últimos decenios. Que hasta entonces Inglaterra se había señalado por su adhesión a Cristo y a la Santa Sede, y esta adhesión la había fomentado en sí misma, y por medio de S. Bonifacio la había difundido por otras naciones. Que se había renunciado a esta magnífica preeminencia y título de nobleza, porque la Santa Sede no quiso condescender con una pasión criminal, y en entera oposición a los antepasados se había acudido a naciones extranjeras para hacerse imponer en las abominaciones de falsas doctrinas. Pero que ahora Dios había suscitado al país una reina, que quería sacarlo de esta esclavitud, y que las dos potestades más elevadas de la tierra, el emperador y el Papa, se habían juntado para apoyarla. Que el rey, como representante del emperador, restablecería la paz temporal, y que él mismo, como representante del Papa, había venido para dar a sus compatriotas la paz espiritual. Que sólo a dos condiciones iba ligada la reconciliación con el Papa: que habían de reconocer su yerro, y derogar las leyes contra la autoridad pontificia.

Después de su discurso se retiró Pole y Gardiner tomó la palabra. Su demanda respecto a la unión con la Iglesia fué recibida con general aplauso, y aprobada el día siguiente en votación regular.

El 30 de noviembre se reunió de nuevo el Parlamento en la gran sala del palacio real. A la izquierda de la reina estaba sentado Felipe, y a la derecha, pero más alejado del trono, el cardenal. Gardiner dió comunicación de las resoluciones del día ante-

(1) Ancel, 792 ss. Esta bula fué descubierta por Ancel en las *Reg. Vat. 1795, p. 295 (*Archivo secreto pontificio*). Lleva la fecha de 1.º de agosto de 1554, para que aparezca la reconciliación de Inglaterra como consecuencia del casamiento de la reina, efectuado el 25 de julio. Ancel, 792 nota.

(2) El contenido del discurso puede verse en Ancel, 793, según una copia del *Archivo secreto pontificio*.

rior, y rogó a las majestades reales, que interpusiesen su mediación entre los representantes del pueblo y el legado. En este sentido fué presentada una solicitud, a la que todos los presentes dieron su asentimiento por aclamación. El rey y la reina la entregaron al legado, suplicando la absolución del cisma y de todas las censuras. En vista de esto, Pole hizo leer la bula sobre sus poderes, y dió gracias a Dios en un breve discurso por el retorno de Inglaterra a la Iglesia católica. Después se hincaron todos de rodillas, sin excepción del rey y de la reina, y recibieron la absolución en el nombre de la SSma. Trinidad. Un alto y repetido amén resonó de todos lados, y un solemne tedéum en la capilla real dió fin a esta solemnidad (1).

Dos días más tarde, en el primer domingo de Adviento, hizo Pole su entrada en Londres con general alborozo. Después de haber celebrado una misa cantada el obispo Bonner en presencia del legado y del rey, predicó Gardiner en la plaza de S. Pablo sobre el texto de la liturgia del día: Tiempo es ya de levantarse del sueño. Asistieron al sermón 25000 oyentes. Cuando Pole volvía al palacio arzobispal, apiñábase el pueblo en tanta multitud, para recibir su bendición, que escribe Parpaglia, que no había creído que Londres contase tantos habitantes (2).

Luego después de la reconciliación se concertó de modo definitivo la cuestión candente de los bienes eclesiásticos (3). El Parlamento y el clero hicieron en este negocio dos peticiones a la Corona. En la primera rogaba el Parlamento a las dos majestades, que alcanzasen del legado todas aquellas dispensas, que las innovaciones realizadas durante el tiempo del cisma hubiesen hecho necesarias, y especialmente que el derecho de propiedad sobre los bienes eclesiásticos se adjudicase a los actuales poseedores. En la otra petición renunciaba el clero a todos sus derechos a los bienes de la Iglesia sustraídos. Pole expidió el deseado decreto en 24 de diciembre. Según él quedaban subsistiendo en adelante todas las obras pías y escuelas fundadas durante el cisma, eran declarados válidos todos los matrimonios contraídos en el mismo tiempo sin la necesaria dispensa pontificia, y todos los procesos episcopales, y los poseedores de bienes eclesiásticos no habían de poder ser

(1) Lingard, 179. Ancel, 794 s.

(2) Ancel, 795 s.

(3) Lingard, 179-182.

molestados ni ahora ni más tarde, por razón de las prescripciones canónicas. Un extenso proyecto de ley, de enero de 1555, revocó después todos los estatutos que se habían publicado contra la autoridad pontificia desde el año vigésimo de Enrique VIII, y confirmó el decreto del legado.

En señal de que con el retorno de Inglaterra a la Iglesia universal había de comenzar un tiempo nuevo y olvidarse lo antiguo, fueron libertados de la Torre de Londres, el 18 de enero de 1555, todos los presos que estaban todavía encarcelados por haber tenido parte en la rebelión de Northumberland o de Wyatt (1). Isabel volvió a la corte y Courtenay obtuvo la «licencia» de ir a viajar para su ulterior formación. Murió en 1556 en Venecia de muerte repentina.

Para anunciar al Papa oficialmente la feliz nueva de la reconciliación de Inglaterra, fueron enviados como delegados a Roma, el 18 de febrero, el vizconde Montague, el obispo Thirlby y sir Eduardo Carne (2).

Julio III recibió la primera noticia del acontecimiento del día de S. Andrés, el 14 de diciembre por una carta autógrafa del rey (3). La fiesta de S. Andrés, a la que debió su salvación en el saco de Roma (4), fué de nuevo para él un día de dicha. Delante de muchos cardenales y prelados y de cuantos oyentes podían caber en la sala del Consistorio, hizo leer la carta real, y luego se trasladó a S. Pedro, para asistir a una misa de acción de gracias en la capilla de S. Andrés. Después mandóse tributar a Dios gracias por espacio de cuatro días, y promulgóse un jubileo (5). Como en Roma (6), así también en otros lugares de Italia se celebró este alegre acontecimiento con solemnes acciones de gracias y fue-

(1) Ibid., 184.

(2) Ibid.

(3) Ancel, 796. Nonciat. de France, I, 175. Una carta de Pole de 30 de noviembre (Raynald, 1554, n. 15. Brown, V, n. 966) llegó más tarde a Roma. Una carta oficial de Felipe y María, de 16 de diciembre, puede verse en Ribier, II, 542.

(4) V. arriba p. 67.

(5) V. Acta consist. en Raynald, 1554, n. 16; Nonciat. de France, I, 175; Beccadelli, Monum., II, 315.

(6) V. Pagliucchi, 126; *L'allegrezza publica et ringraziamenti fatti a Dio dalla Santità di N. S. Julio papa III et dal sacro collegio per il ritorno del regno d'Inghilterra alla cattolica unione*, Milano 1555. La *Oratio in laetitia ob reconciliationem Britanniae Romae celebrata*, dedicada a Julio III por Hu. Foglieta, se imprimió entonces en Roma.

gos de regocijo (1). Diversos folletos anunciaron muy extensamente este gran suceso (2). El auditor de la Rota, Antonio Agustín, fué encargado de llevar a la reina Maria la rosa de oro, y a su esposo una espada y sombrero de honor bendecido (3).

III

Especial atención dedicó la Sede Apostólica en el pontificado de Julio III a las *Misiones del Nuevo Mundo*. Un breve de 20 de julio de 1554 procuró remediar la falta de misioneros en América; conforme a él, los miembros idóneos de las Órdenes de los dominicos, franciscanos y agustinos, aun sin consentimiento de sus superiores, habían de poder recibir del arzobispo de Sevilla, del obispo de Ávila, del patriarca de las Indias Occidentales y antiguo obispo de Pamplona, Antonio Fonseca, el permiso de ir a América como misioneros (4). Para la América del Sur española se fundó en 27 de junio de 1552 una nueva Sede episcopal, la llamada de la Plata en la actual Bolivia (5). La América del Sur portuguesa había estado hasta entonces bajo la jurisdicción del arzobispo de Funchal, en la isla de la Madera, a quien Clemente VII había nombrado metropolitano de todas las colonias de Portugal (6). En 25 de febrero de 1551 fué disuelta esta relación de dependencia, siendo erigido en San Salvador (Bahía) un obispado propio para

(1) Cf. Arch. stor. Napolit., II, 575; Merkle, II, 448.

(2) Pertenecen a este lugar dos escritos, que se imprimieron en Roma, ornados con las armas del Papa e Inglaterra: 1. Copia delle lettere del ser. Rè d'Inghilterra, del rever. Card. Polo legato della S. Sede Apostolica alla Santità di N. S. Julio Papa III sopra la reductione di quel regno alla unione della Santa madre Chiesa et obediencia della Sede Apostolica, s. l. et a.; 2. Il felicissimo ritorno del regno d'Inghilterra alla catholica unione et alla obediencia della sede apostolica, s. l. et a. Cf. Quirini, V, 303; Beccadelli, Monum. II, 313, nota 51.

(3) V. Raynald, 1555, n. 2; Pieper, 67 s.; Brown, VI, 1, n. 30, 37, 66.

(4) Raynald, 1554, n. 30.

(5) * Acta consist. (*Archivo consistorial*); cf. Raynald, 1552, n. 58; Gams, 160. Por un * breve de 27 de septiembre de 1552, Thomas de S. Martino elect. de la Plata en Indiis, recibió facultad para llevar consigo cuatro religiosos apropiados para la enseñanza del Evangelio, que pudiesen predicar, etc. Brev. Julii III. Arm. 41, t. LXV, n. 635. *Archivo secreto pontificio*.

(6) Cf. nuestras indicaciones del vol. X, 269.

el Brasil (1). Poco después, en 26 de junio de 1551, perdió Funchal absolutamente sus derechos de Sede metropolitana, y en adelante fué sólo simple obispado sufragáneo de Lisboa (2).

Por la erección de un obispado propio para el *Brasil* había trabajado en sus cartas a Europa especialmente el Superior de la Misión, que allí tenían los jesuitas, Manuel da Nóbrega. Según su opinión, sólo la autoridad y la plenitud de poder de un obispo era capaz de mejorar las condiciones morales de aquella región, de las cuales trazan un cuadro tan sombrío las cartas de Nóbrega (3).

En los primeros tiempos después de su llegada las exposiciones de Nóbrega llevan ciertamente todavía el sello de alegre esperanza. A pesar de su antropofagia y poligamia, parecía que los salvajes se podían civilizar fácilmente. Deseaban aprender a leer y escribir y que se les enseñase la doctrina cristiana, iban de buena gana a la iglesia, y se portaban allí como los blancos (4). En ninguna parte del mundo, escribía Nóbrega el 10 de agosto de 1549, se abrían al cristianismo tan favorables perspectivas (5), y todavía el 14 de septiembre de 1551, cree de los salvajes de Pernambuco, que era cosa muy fácil convertirlos, pero que para conservarlos en el bien se necesitaba mayor número de sacerdotes de los que al presente había disponibles (6). A fines

(1) * Acta consist. loc. cit. Raynald, 1551, n. 79. *Corpo dipl. Port.*, VII, 2 s. La bula de erección, de 3 de julio de 1550, se halla en el *Bullarium Patrobatu Portugalliae* I, Lisboa, 1868, 177 (cf. Marcellino da Civezza, VI, 778). Sobre la erección de los obispados españoles y portugueses de ultramar, cf. F. X. Hernáez, *Colección de Buias, Breves y otros documentos relativos a la Iglesia de América y Filipinas*, II, Bruselas-París, 1879, 1 ss., 663 ss.

(2) * Acta consist. loc. cit.

(3) *Materiaes e achêgas para a historia e geographia do Brasil*, publicadas por ordem do Ministerio da Fazenda. N.º 2: *Cartas do Brasil do Padre Manoel da Nóbrega*, Rio de Janeiro, 1886, 50, 57. *Ibid.*, 104 llama Nóbrega al obispado brasileño obra del Provincial de los jesuitas portugueses, Simón Rodríguez: *Vossa Reverendisima foi principio de tão grande bem*; cf. Polanco, III, 465: *Cujus [episcopi] promotionem apud regem nostri [los jesuitas] curaverant*. Como medio para dar libertad a los esclavos recomendó también Nóbrega la introducción de la Inquisición: *o melhor remedio destas cousas seria que o Rei mandasse inquisidores ou commissarios para fazer libertar os escravos, ao menos os que são salteadoŝ*. *Matériaes* 79.

(4) *Materiaes* 48, 84.

(5) *Ibid.*, 66.

(6) *Ibid.*, 91; cf. 88: *Mui facil cousa é serem todos christãos, si houver muitos obreiros que os conservem em bons costumes*.

de 1553 se habían también ya erigido cuatro casas de jesuitas: en Bahía, Porto Seguro, Espírito Santo y San Vicente, a las que por enero de 1554 se añadió también Piratininga, el actual San Paulo (1). Especialmente llena de esperanzas se mostraba la enseñanza de los hijos de los indios, a la cual se dedicaron con mucho celo los misioneros en todos estos lugares (2).

Con todo eso, las violencias de los blancos, que en gran parte eran criminales deportados (3), desbarataron pronto estas esperanzas. Se llama a los indígenas perros y se les trata como a perros, dice quejándose Nóbrega (4). Disponen entre ellos cazas de esclavos (saltos), los atraen con varios pretextos a los buques, hácense luego a la vela y los venden (5). Pero los poseedores se cuidan poco del bienestar de los esclavos; son éstos esquilados, y después de su muerte son enterrados en un muladar (6). Todavía más a menudo se hacía violencia a las indias. Mujeres blancas sólo en pequeño número habían venido de Europa, los verdaderos matrimonios con coloradas no eran tenidos por decorosos, y así las consecuencias de semejante estado de cosas era una espantosa inmoralidad (7).

Aquí, como también en otras partes, se mostraron los misioneros como los amigos casi únicos de los oprimidos. Amonestaban y se oponían a los mencionados abusos en los sermones, dando energía a sus demandas con la denegación de los sacramentos (8); juntaban a los esclavos para instruirlos en el cristianismo (9), y escribían al rey de Portugal, que enviase obreros libres (10) y mujeres blancas (11). Tampoco faltaba buen éxito visible; de cuando en cuando se llegaba a conseguir hasta muchos frutos maravillosos (12). Sin

(1) Polanco, IV, 611.

(2) *Materiaes*, 84, 88, 101.

(3) Polanco, V, 622.

(4) *Materiaes*, 151.

(5) *Ibid.*, 55.

(6) *Ibid.*, 152.

(7) *Ibid.*, 54, 79.

(8) *Ibid.*, 79, 102.

(9) *Ibid.*, 88.

(10) *Ibid.*, 100.

(11) *Ibid.*, 79; cf. 54.

(12) *Materiaes*, 55, 77 s., 91, 148, 150. Algunas veces eran puestos en libertad los indios robados, porque a sus robadores se les negaba la absolución en la confesión (*ibid.* 102). Algunas indias preferían sufrir malos tratamientos, que volver a pecar con sus amos (*ibid.*, 120). Cf. el testimonio de Correa en

embargo de eso, todo lo arruinó para el tiempo inmediato la llegada del obispo, en la que se habían puesto tan grandes esperanzas. Pedro Fernández Sardinha, que llegó a Bahía el 22 de junio de 1552 (1), a pesar de su celo personal, no se mostró apto y a propósito para su difícil puesto. Los clérigos que trajo consigo de Portugal, eran el desecho de su estado, y con su mal ejemplo y administración de los sacramentos sin distinción alguna, volvieron a destruir lo que los misioneros con trabajo acababan de mejorar. De este modo la actividad de los jesuitas entre los blancos de Bahía quedaba enteramente ociosa. Nóbrega se alejó de la ciudad y sólo dejó en ella un misionero para tener cuidado de los niños (2). El obispo cayó en manos de los salvajes en 1556, y fué por ellos devorado (3).

Los indios de las selvas no tenían viviendas de asiento; sucedía a veces, que el misionero que los instruía, al visitarlos nuevamente, nada más hallaba de sus indios que su aldea reducida a cenizas (4). Además cada uno de los lugarejos con frecuencia no contaba más que seis o siete cabañas, cuyos pequeños grupos desparramados dificultaban mucho la enseñanza. Fuera de eso, apenas conocían los indios un casamiento que mereciese este nombre, no tenían príncipe ni república alguna, cada uno era rey en su cabaña y hacía lo que le daba gusto (5).

Por eso era opinión de los misioneros, que mientras no se introdujese cierto orden y civilización entre los salvajes, no podía hablarse de felices éxitos duraderos (6), y principalmente por este motivo eran muy cautos en administrar el bautismo a los salvajes (7).

Cuanto estaba en sus fuerzas procuraban los misioneros preparar por sí mismos una situación ordenada, formando de varias aldeas una mayor para facilitar más la instrucción, o según el

Polanco, III, 463: multos esse in illis praesidiis non utcunque, sed egregie pios ac bonos.

(1) *Materiaes*, 94.

(2) *Ibid.*, 148 s.; cf. 129, 144.

(3) *Ibid.*, 148, 153.

(4) Polanco, II, 159.

(5) Polanco, IV, 631.

(6) *Ibid.*, IV, 631; V, 626. *Materiaes*, 131, 147.

(7) Polanco, II, 159, 382, 387, 388, 393, 725; III, 472; IV, 623: nec nisi post longam probationem quemquam baptizabant; V, 636: cum magno delectu a nostris ad eum (baptismum) admittebantur.

principio de las reducciones posteriores, juntando a los nuevamente convertidos en pueblos especiales (1). Pero el orden y el derecho sólo entonces podían llevarse a ejecución en mayor medida entre los indios, cuando el poder público ofrecía para ello su ayuda. Así escribe Nóbrega en 1554, que entre los salvajes de las cercanías de Bahía todo andaba otra vez revuelto, y que con crueles correrías aniquilaba y consumía el vecino al vecino y una familia a otra. Que ahora tocaba a la autoridad intervenir aquí, y que los mismos salvajes preferían una «moderada dependencia» a las condiciones en que al presente se hallaban (2).

Pero los blancos pensaban poco en la civilización de los indígenas. Por el contrario, era considerada como una exigencia de sana política el favorecer las discordias entre los indios, porque la seguridad de los blancos estribaba en que un indio devorase a otro (3). Por eso se enconaba a una tribu contra otra, se excitaba a comer carne humana, y se hallaban blancos, que comían un bocado de ella para dar ejemplo a los salvajes (4). Los llamados mamelucos, mestizos entre blancos e indios, contrariaban también abiertamente la acción de los misioneros, procurando apartar del cristianismo a los indios ya bautizados, o tratándolos como cobardes y mujeres (5).

Causa admiración el ver, cómo aun en circunstancias tan escabrosas los misioneros no perdían el ánimo. Viviendo en extrema pobreza (6), odiados por los ricos a causa de sus sermones contra las cazas de esclavos (7), impedidos algunas veces por un gobernador, que no les pagaba el sustento señalado por el rey (8), restringidos por diversidades de opinión con el obispo (9), y agobiados por la conciencia de que los resultados no correspondían a los esfuerzos empleados (10), no cesaban con todo eso de defender en disputas los derechos naturales de los indios, de elevar hasta el

(1) Ibid., III, 472; IV, 615. *Materiaes*, 56, 99.

(2) *Materiaes*, 107.

(3) Ibid., 150 ss.

(4) Ibid., 150; cf. 87.

(5) Polanco, IV, 613.

(6) Ibid., 626, 628. *Materiaes*, 102, 104.

(7) Polanco III, 461.

(8) Polanco, V, 623.

(9) Ibid., III, 462, 465; cf. *Materiaes*, 104 s., 148.

(10) Polanco, V, 632, 638. *Materiaes*, 147, 149, 157.

trono sus quejas en sus cartas a Portugal (1); y de aliviar entre tanto los padecimientos de los infelices con su consuelo y ayuda, cuanto les era posible.

Como por lo pronto tropezaba con tantas dificultades la actividad de los jesuitas en las ciudades portuguesas de la costa, esperaban ellos con mucho anhelo, que se abriesen en otra parte mejores perspectivas (2). Esto parecía realizarse en el Paraguay (3). Este país había sido sujetado por los españoles desde hacía varios decenios, y lo que los misioneros del Brasil se esforzaban inútilmente por alcanzar, un orden jurídico de las relaciones entre los indios, éstos lo habían ya aquí obtenido. Los indígenas habían sido instruidos ya en el cristianismo por misioneros franciscanos, que pasaban por allí en sus correrías apostólicas, y más tarde por sacerdotes seculares; pero cuando faltaron pastores de almas, enviaron los indios repetidas veces desde 1552, mensajeros a los jesuitas del Brasil, que les rogaran viniesen en su ayuda (4). No les faltaba a los misioneros pronta voluntad para ello, pero estrellóse el plan en la oposición que hicieron las autoridades portuguesas.

En el año 1557 y a la llegada del nuevo gobernador Men de Sá, tomaron también las cosas en el Brasil un rumbo más favorable. Men de Sá apoyó por todas las vías a los misioneros. Reunió en seguida a los indígenas de los contornos de la ciudad de Bahía en tres grandes pueblos, cada uno de los cuales recibió una iglesia; fundáronse escuelas para los hijos de los indios, y el derecho y la justicia fueron administrados con suavidad entre los aborígenes. Por estos desvelos recogió ciertamente poco agradecimiento entre los portugueses de la colonia (5).

(1) *Materiaes*, 90, 98, 106.

(2) *Polanco*, II, 718; III, 456.

(3) *Ibid.*, III, 456-460. *Materiaes*, 131, 166, 167.

(4) *Polanco*, III, 458; IV, 615, 617; V, 620.

(5) *Materiaes*, 156 ss. Cae también en este tiempo una de las primeras tentativas de establecer misiones protestantes. El francés Durand de Villegaignon, católico apóstata, había fundado en 1550 una colonia en el Brasil, y obtenido de Calvino algunos misioneros. Éstos, con todo, declararon unas tres semanas después de su llegada, que ningún fruto se podía hacer en los salvajes (*Calvini Opera*, ed. G. Baum, E. Cunitz, E. Reuss XVI, 434). Nóbrega habla de Villegaignon en *Materiaes*, 174: Estes Francezes seguiam as heresias de Allemanha, principalmente as de Calvino, que está em Genebra, e segundo soube delles mesmos e pelos livros que lhe acharam muitos, e vinham a esta terra a semear estas heresias pelo Gentio, etc.

Mientras en la costa brasileña se preparaba con espinosos principios el posterior florecimiento de la Misión, en *Méjico* la conversión de los indios a nuestra santa fe iba acercándose a cierto término (1).

Ya al piñar por primera vez el suelo americano, había ido acompañado Hernán Cortés de dos sacerdotes. A la noticia de haberse dado fin a la conquista de *Méjico*, se embarcaron en 1523 cinco franciscanos para aquella región. Con todo eso, los fundadores propiamente dichos del cristianismo en la Nueva España fueron los doce franciscanos, que provistos de amplios poderes por León X en 25 de abril de 1521, y por Adriano VI en 13 de mayo de 1522 (2), entraron en la capital en 1524, llevando por Superior a Martín de Valencia († 1534). Cortés mismo les salió al encuentro sobre un corcel con brillante séquito, les besó la mano de rodillas con asombro de los indios, que habían acudido en gran número, y los presentó a sus príncipes como enviados del cielo (3).

Pronto se agregaron a este primer grupo de misioneros franciscanos numerosos hermanos suyos de religión, cuyas listas aun se conservan. Así en 1529 y 1530 no menos de 26 obtuvieron el permiso real de ir a *Méjico*, 31 en 1538, y hasta 86 en 1542 (4). Dos relaciones, que Martín de Valencia y Juan Zumárraga enviaron a Europa el 12 de junio de 1531, sobre los buenos sucesos de sus trabajos, despertaron en muchos grande entusiasmo por ir a misiones (5). Según Martín de Valencia, en 1531 contábase ya en *Méjico* 20 conventos de franciscanos, los más de los cuales ciertamente no eran otra cosa que cabañas de indios, en 1555 el número de casas de los franciscanos se había elevado

(1) Jerónimo Mendieta († 1604), *Historia ecclesiastica Indiana*, México 1870. Marcellino da Civezza, *Storia universale delle Missioni Francescane* VI, Prato 1881, 523-668; VII, 2, *ibid.* 1891, 574-882.

(2) Paulo III amplió estas facultades en 15 de febrero de 1535. Hállanse impresos estos tres breves en Mendieta, 3, 5-7 (Civezza, VI, 542).

(3) Describe esta escena como testigo ocular Villagómez en Mendieta, 3, 12 (Civezza, VI, 550).

(4) Civezza, VI, 553-558, donde, según el *Archivo de Indias de Sevilla*, se da una lista (incompleta) de los franciscanos que desde 1524 hasta 1550 obtuvieron licencia real para ir a *Méjico*.

(5) Cf. Ludovico Schmitt, *El teólogo de Colonia N. Stagefyr*, Friburgo 1896, 170 ss.; N. Paulus en el *Katholik* 1897, II, 239. Las dos relaciones (que se hallan en italiano en Civezza, VI, 564-568) se difundieron traducidas al francés y latín (Tolosa, 1532, y Colonia, 1532). Civezza, VI, 568 y Paulus, *loc. cit.*, 239.

a 50, y a fines del siglo xvi a 70 (1). A los franciscanos se asociaron en 1526 los dominicos, y en 1533 los agustinos. Designado por Carlos V, partió para la capital de esa región en 1528 Juan Zumárraga, como obispo electo de Méjico y protector de los indios; recibió la consagración episcopal en 1532 en España, de donde se volvió a su diócesis con numerosos nuevos misioneros. Ya en 1546 pudo la ciudad de Méjico ser elevada a arzobispado con los obispos sufragáneos de Oajaca, Mechoacán, Tlaxcala, Guatemala y Chiapa (2).

Los franciscanos en Méjico dirigieron una atención principal desde los comienzos a la instrucción de la juventud (3). En cada uno de sus conventos se levantaron en seguida grandes salas, en las cuales por término medio 500, y a veces también 800 ó 1000 niños indígenas aprendían a leer y escribir, y canto llano. En ello se atendía en primera línea a los hijos de los principales, en quienes más tarde habían de recaer los cargos de más influencia. También se tenía cuidado de la instrucción de las niñas, haciéndose venir de España para maestras a piadosas mujeres, por la mayor parte miembros de la Tercera Orden (4). El obispo Zumárraga en una carta a Carlos V de 21 de diciembre de 1537, designaba como una de las más urgentes necesidades de la Misión, el que en cada obispado se edificase un gran colegio para niños y otro para niñas. Añadía que la enseñanza de los niños se había de extender también a la gramática latina, y que a las niñas se las educase desde los seis años bajo la dirección de monjas y piadosas mujeres, y a los doce años se las casase (5). Por su celo por la erección de escuelas fueron absolutamente los franciscanos los fundadores de la instrucción pública mejicana, porque en el antiguo reino de los aztecas la enseñanza escolar propiamente dicha era aún desconocida (6).

Singulares méritos se conquistó respecto de la instrucción un sencillo hermano lego, Pedro de Gante († 1572), quien por espacio de casi cincuenta años enseñó a los niños en la capital del país.

(1) Civezza, VII, 2, 488, 530.

(2) Gams, 156.

(3) Martino da Valenza, en Civezza, VI, 565. Mendieta, *ibid.*, 552.

(4) Civezza, VI, 554, 567.

(5) *Ibid.*, VI, 620; VII, 2, 844.

(6) Joaquín García Icazbalceta, *La instrucción pública en la ciudad de México durante el siglo xvi*, México, 1893.

Por la mañana les enseñaba a leer, escribir y cantar, y por la tarde les explicaba la doctrina cristiana. De los estudiantes más aventajados había elegido cincuenta, a quienes enviaba el domingo de dos en dos, para que ejerciesen el cargo de catequistas entre sus compatriotas. Fuera de eso, también por sus conocimientos en arquitectura como por su habilidad en muchas artes mecánicas, era Pedro uno de los hombres más influyentes de Méjico; de modo que Alonso de Montúfar, sucesor de Zumárraga en la sede arzobispal (1551-1569), decía que no él, sino el hermano Pedro era el verdadero obispo de Méjico. Pedro de Gante hubiera podido ser realmente arzobispo de Méjico, si no hubiese preferido permanecer en su humilde posición (1).

Al enseñar los misioneros el español a la juventud, aprendían de sus discípulos el mejicano; y una causa principal por la cual dieron comienzo a sus ministerios por la enseñanza de los niños, consistía cabalmente en eso, en que de este modo esperaban poseer muy fácilmente el idioma extranjero (2). Después que hubieron conseguido suficientemente lo que pretendían, en pocos decenios quedó terminada la conversión del reino de los aztecas propiamente dicho. Los templos paganos fueron en su mayor parte destruidos, y los ídolos hechos pedazos. Ya en 1531 escribe Zumárraga, que habían sido derribados 500 templos y quemados 20000 ídolos (3). En todas partes se levantaron capillas cristianas, de las cuales había erigido ya 100 Pedro de Gante en 1529 (4); a ellas afluían en gran número los indios.

Como una muestra de la mudanza religiosa podía ser considerada la capital del país, la cual, después de su destrucción por Cortés, en menos de cuatro años se había levantado de nuevo de las ruinas más hermosa y magnífica. Donde antes había estado el templo del dios de la guerra, se alzaba ahora la catedral dedicada a San Francisco, en cuyos fundamentos se habían

(1) Serv. Dirks, *Le Frère Pierre de Mura, sa vie et ses travaux au Mexique*, Gand 1878. F. Kieckens en *Précis hist.* XXIX, Bruxelles 1880, 277 ss. Civezza, VI, 538-542, 600-603, 623-626; VII, 2, 761-777.

(2) Mendieta describe cómo los misioneros tenían parte en los juegos pueriles de los niños, apuntaban al punto las palabras que salían de su boca, y juntábanse por la noche para hallar los más propios modos de decir españoles, que equivaliesen a las expresiones del idioma nahuatl. Civezza, VI, 552.

(3) Civezza, VI, 566.

(4) *Ibid.*, VII, 2, 770.

echado las estatuas hechas pedazos de las divinidades aztecas. En el barrio de Tlatelolco se elevaba otro suntuoso templo cristiano, y fuera de eso se contaban allí treinta iglesias para los indígenas (1).

En muchos ciertamente la conversión era puramente exterior. El obispo Zumárraga se queja en 1537, de que los indios de más adelantada edad permanecían en sus prácticas supersticiosas, y sólo de mala gana se apartaban de sus ídolos y costumbres antiguas, especialmente de la poligamia; y que por tanto ante todas cosas se había de procurar afianzar a la juventud en la religión cristiana (2). El docto Bernardino de Sahagún († 1590) opinaba, que a los primeros misioneros les había faltado la «prudencia de la serpiente», y que no habían advertido, que los indios iban a la iglesia y retenían secretamente sus antiguos ídolos (3). Pero andando el tiempo, los misioneros, que vivían en constante contacto con el pueblo, no podían engañarse en su juicio sobre los sentimientos de éste, y tampoco faltan motivos, que hacen parecer comprensible la rápida conversión de tan grandes multitudes.

La victoria sobre el antiguo Méjico era también a los ojos de los indios una victoria sobre los dioses mejicanos. El que los españoles pudiesen destruir sus ídolos impunemente, habían de explicárselo ellos en el mismo sentido según sus ideas (4). Para el pueblo bajo era además la antigua religión un yugo duro e insupportable. Exigía de él algunas veces la sangre de sus propios hijos, y prometía una inmortalidad, en la cual las suertes no caían simplemente según el valor moral de cada uno, sino según su categoría en la tierra, o según su género de muerte. La comparación de los altivos sacerdotes del antiguo Méjico, que se creían levantados sobre el pueblo ordinario, con los sencillos y desinteresados franciscanos, sólo podía redundar en pro de los misioneros. Hacía ya impresión sobre el indio el que los religiosos anduviesen descalzos y se contentasen con el mismo pobre sustento, con que él se mantenía (5). Aun más había de ganar los corazones para los misioneros el que mostrasen hacerse cargo de la penosa situa-

(1) W. H. Prescott, *History of the Conquest of Mexico*, 7, 2, London 1854, II, 266.

(2) Civezza, VII, 2, 844.

(3) «C. Crivelli in *The Catholic Encyclopedia* X, New York, s. a. [1911], 255.

(4) Prescott, 2, 4, 8; 5, 2 (I, 149, 195 s.; II, 47 s.).

(5) Motolinia en Civezza, VII, 2, 874.

ción de los hombres vulgares y plebeyos, y los defendiesen y protegiesen con buen éxito cuando podían. Acrecentaba todavía más su reputación el que los conquistadores, tenidos y admirados como «dioses blancos», tratasen con tanto respeto a estos pobres misioneros (1). Grande influjo ejerció también en la conversión de los indios el santuario de Guadalupe, lugar adonde acudían peregrinaciones de toda la nación; estaban firmemente persuadidos los indígenas, que allí en 1531 se había aparecido la Madre de Dios a uno de los suyos, y había dejado pintada su imagen en la manta de un indio, como prueba palpable de que la religión cristiana no era adecuada solamente para los hombres blancos.

Los peores impedimentos para la conversión de Méjico al cristianismo procedían aquí, como en otras partes, de los blancos. Los indios, escribe Pedro de Gante en 15 de febrero de 1552 al emperador (2), están sobrecargados de trabajo y no pueden ganarse el sustento necesario para vivir. Por un mes entero han de prestar servicio personal al dueño, a quien han sido adjudicados, lejos de su tierra natal quizá 40 ó 50 millas. En este espacio de tiempo no han podido labrar su propio campo; si vuelven a su casa, hallan a su mujer e hijos en la miseria, apenas tienen vestidos para cubrirse, y han de vender sus posesiones sólo para poder conservar su vida. A consecuencia de lo cual la población de indios menguaba visiblemente. En 8 de marzo de 1594 escribían los misioneros al gobierno español, que en siete años se habían disminuido los indios que pagaban contribuciones, en unas 300000 cabezas, sin que hubiese sido grande el número de muertos (3).

No puede atribuirse sin más ni más al gobierno de España la culpa de este estado de cosas. Hay una multitud de ordenaciones reales en favor de los naturales de Méjico (4). También los primeros virreyes Mendoza y Velasco mostraron buena voluntad. El trabajo de los indios en las minas, v. gr., fué suprimido por Velasco, porque, según él, la libertad de los indios era de más valor que todas las minas del mundo, y por causa de la ganancia no se podían hollar todas las leyes divinas y humanas (5). En el

(1) Mendieta en Civezza, VI, 550.

(2) Civezza, VI, 600 ss.

(3) Civezza, VII, 2, 871.

(4) Su enumeración puede verse en Civezza, VI, 613.

(5) Civezza, VI, 610.

tiempo sucesivo se mejoró también realmente la situación de los indios. Cada vez se les daba más libertad; podían vender su trabajo según les parecía, y exceptuadas las ciudades costeras, parece que la esclavitud propiamente dicha nunca se arraigó en Méjico (1). No se les condenó a la extinción, como en otras colonias; entre los trece millones y medio de habitantes de Méjico, se cuentan hoy solamente algo más de dos millones de blancos; los demás, con excepción de 80000 negros, son todos indios o mestizos.

Pero en los primeros tiempos después de la conquista, y especialmente en los años en que no gobernaba aún a Méjico ningún virrey, sino que estaba sujeto el país a una Audiencia, la situación de los indios era en realidad de verdad insoportable. La buena voluntad de los virreyes no bastaba a contrastar el poder del reinante estado de cosas, y de las leyes que se dictaban en España, nadie hacía caso en Méjico (2). En la lucha contra estos inconvenientes se conquistaron los franciscanos un mérito tal para con Méjico y el mundo todo, que no puede apreciarse bastante. No cesaron de predicar contra la opresión de los indefensos, y de dirigir a España quejas y más quejas. Por eso se los calumniaba, se les sustraían las limosnas, se los hacía sospechosos entre los indios, y se vigilaba su correspondencia epistolar con España. Pero los valerosos misioneros no se dejaban intimidar por nada. Consiguieron con todo llevar a España en favorable ocasión sus escritos de reclamaciones, y la Audiencia fué depuesta, y entró otra en su lugar, amiga de los franciscanos (3).

Especialmente el obispo Zumárraga era quien sostenía la lucha contra la Audiencia, y también más tarde, después que en 24 de febrero de 1528 fué nombrado protector de los indios junto con el dominico Julián Garcés, primer obispo de Tlaxcala, no cesó de defender a sus protegidos (4). También los franciscanos

(1) J. Saumarez Mann en la *Encyclopaedia Britannica*, XVIII¹¹, Cambridge, 1911, 337.

(2) Carta de Rodrigo de Albornoz a Carlos V, de 15 de diciembre de 1525, publicada por Civezza, VI, 608.

(3) Mendieta en Civezza, VI, 614 s.

(4) En la contienda con la Audiencia llegó hasta el punto de hacer predicar a sus franciscanos públicamente con las más fuertes expresiones contra los miembros de la misma (Civezza, VII, 2, 622). *Ibid.*, VI, 613, hay un escrito de reclamaciones de Zumárraga, de 2 de agosto de 1529, que pedía la deposición de los oidores Matienzo y Delgadillo, y las más rigurosas penas contra el presidente Guzmán.

Motolinia († 1569) y Mendieta († 1604) fueron campeones de la libertad de los indígenas (1). Los Provinciales de todas las Órdenes religiosas que ejercían sus ministerios en Méjico, dirigieron en 1562 una solicitud colectiva a Felipe II, para alejar la ruina que amenazaba a la nueva Iglesia de Méjico (2). En hecho de verdad era opinión de muchos en aquella región, que sin los trabajos y desvelos de los franciscanos hubiesen sido allí los indios aniquilados, lo mismo que en las Antillas y en otras partes (3).

Como en el país de los aztecas propiamente dichos, así también en los reinos vecinos propagaron los franciscanos el cristianismo. Ya muy pronto fueron a Mechoacán, que en 1575 pudo erigirse como propia Provincia de la Orden con 50 conventos (4). Mucho tuvieron que padecer en Yucatán, donde los españoles procuraban impedir directamente, que los indígenas se hiciesen cristianos. A pesar de eso, creáronse allí desde 1534 hasta 1600 unos 37 centros de misión (5). En Guatemala comenzaron a trabajar los franciscanos en 1539 (6); en 1603 contaban allí 24 conventos (7), mientras que Nicaragua y Costa Rica desde 1579 formaron una Provincia de la Orden independiente con doce casas. Emplearon sus esfuerzos en la conversión de las salvajes tribus de los indios de Zacatecas lo más tarde desde 1546 (8). Sufrieron allí muchas persecuciones, y no pocos perdieron su vida (9).

En *Guatemala* se anticiparon los dominicos a los franciscanos desde 1538. Bajo la dirección de Domingo de Betanzos extendieron también ellos su actividad por muchas provincias. Poseían tres grandes conventos en la capital del país, en Oajaca y Puebla, además de 22 residencias en Méjico propiamente dicho, 21 en el territorio de los zapotecas, 17 entre los mixtecas, una en Veracruz

(1) Civezza VII, 2, 622 ss., 854 ss. Crivelli en *The Catholic Encyclopedia* X, 185 s., 601 s.

(2) Civezza, VII, 2, 854.

(3) *Ibid.*, 875.

(4) *Ibid.*, VI, 643.

(5) *Ibid.*, VII, 2, 511. En el último cuarto del siglo XVI la Misión fué en parte cedida a sacerdotes seculares. La lista de las parroquias cedidas y retenidas puede verse *ibid.*, 523-527.

(6) *Ibid.*, VI, 646 s.

(7) La lista de ellos se halla *ibid.*, VII, 2, 538-541.

(8) *Ibid.*, 545 s.

(9) *Ibid.*, 552. Como propia Provincia de la Orden hállase Zacatecas en 1604; contaba entonces 16 conventos, número que hasta 1733 subió a 35. Su lista puede verse *ibid.*, 551 s.

y otra en S. Juan de Ulloa (1). Como en Guatemala, así trabajaron también singularmente en Nicaragua (2). Al norte de Guatemala había una región a la que se llamó «Tierra de guerra», a causa de la ferocidad de sus habitantes y de las tentativas hasta entonces inútiles de someterla. Cuando Las Casas hubo escrito su libro sobre la conversión de los indios, varios españoles instaron a los dominicos como por burla, a ensayar allí los medios de conversión puramente pacíficos, propuestos por su hermano en religión. Los dominicos vinieron en ello, y consiguieron hallar entrada en esa región sin el apoyo de las armas, y convertir la llamada hasta entonces «Tierra de guerra», en la actual Verapaz. Varios decretos reales aseguraron a los indios convertidos su libertad (3).

Entre los obispos dominicos, además de Las Casas, fué especialmente Julián Garcés, primer obispo de Tlaxcala, celoso abogado y protector de los indios. Dirigió a Paulo III una memoria para implorar la autoridad de la misma Sede Apostólica contra los que negaban, que hubiese en los indios capacidad alguna para el cristianismo (4). En ella da un brillante testimonio de la conducta moral de sus protegidos. Paulo III respondió a esta memoria con sus célebres breves contra la esclavitud (5).

La celosa actividad de los misioneros en Méjico llevó también sus frutos para el progreso de la ciencia. La lingüística se ve enteramente obligada a acudir a sus trabajos para el conocimiento de las antiguas lenguas de Méjico. En todas las sutilidades y delicadezas de la lengua dominante del país, el azteca, penetraron dos de los primeros franciscanos, Alonso Molina y Bernardino de Sahagún. Molina compuso un diccionario y una gramática del azteca, y de Sahagún hay que mencionar principalmente su traducción de las Epístolas y Evangelios, escrita en azteca clásico (6). También para las demás lenguas de Méjico, el mixteco, el zapoteco, el idioma de los mayas y una serie de otros dialectos, se

(1) Touron O. P., *Histoire générale de l'Amérique*, V y VI, París, 1768. *Ibid.*, V, 36 s., 186 s. hay los nombres de los primeros misioneros. Sobre los conventos v. V, 106.

(2) Touron, V, 194 s.

(3) *Ibid.*, 266 ss. *Ibid.*, 286 hay una copia de estos decretos.

(4) *Ibid.*, 137 ss.

(5) V. nuestras indicaciones del vol. XII, 416 s.

(6) *Evangeliarium, Epistolarium et Lectionarium Aztecum sive Mexicanum* (1563). Obra editada por Bernardino Biondelli, 1858.

compusieron ya en el siglo xvi por franciscanos y dominicos varios diccionários y gramáticas, y en parte se multiplicaron ya entonces por medio de la imprenta para utilidad de los misioneros (1).

La necesidad de tener conocimiento de las ideas y costumbres de los aztecas, llevó además al estudio de las antigüedades de este pueblo tan digno de memoria. El trabajo notoriamente más fundamental en este terreno lo ha suministrado también Bernardino de Sahagún, después de profundos y muy dificultosos estudios (2). Una obra muy extensa, que abarca las antigüedades de Méjico del tiempo del paganismo, como también su historia eclesiástica, compuso el «Livio de Nueva España», Juan de Torquemada (3). Trata el mismo asunto Toribio de Benavente, uno de los doce misioneros que en 1524 fueron a Méjico (4). A causa de su pobre apariencia le saludaron entonces los indios con el grito de Motolinia, esto es, pobre, por lo cual usó desde aquel punto Motolinia como nombre fijo y estable. En su lucha por la libertad de los indios fué acérrimo adversario de Las Casas, cuyas ideas le parecían exageradas. Sobre la historia de la conversión de Méjico al cristianismo trata Jerónimo de Mendieta en su Historia eclesiástica de las Indias. De estas obras históricas de los franciscanos, casi todas las cuales ciertamente no llegaron a imprimirse sino hasta el siglo xix, trae su origen mediatamente casi todo lo que se sabe sobre el antiguo Méjico y su notable y adelantada civilización.

En las *Indias Orientales* no hicieron las misiones especiales progresos en extensión bajo el pontificado de Julio III; pero en cambio se consolidaron y arraigaron más y más. «Al presenté, escribe en 7 de diciembre de 1552 el jesuita Melchor Núñez desde Bassein (5), no nos afanamos todavía por hacer a muchos cristianos.

(1) José Dahlmann, *La lingüística y las misiones*, Friburgo, 1891, 90 ss. Mendieta en Civezza, VII, 2, 732 ss.

(2) Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*. Obra editada por Bustamante, Méjico, 1829, y por Lord Kingsborough, Londres, 1830; traducción francesa, París, 1880.

(3) Entró en la Orden franciscana en 1583 en Méjico, donde murió en 1624. Su obra *Monarquía Indiana* se publicó primeramente en Sevilla, 1615, y después en Madrid, 1723.

(4) Toribio Motolinia, *Historia de los Indios en la Nueva España, o Ritos antiguos, sacrificios e idolatrías de los Indios de la Nueva España y de su conversión a la fe, y quiénes fueron los que primero la predicaron*. Obra editada por Lord Kingsborough, Londres, 1848, y por J. G. Icazbalceta, Méjico, 1858.

(5) *Selectae Indiarum epistolae*, 165: cf. 145, 182.

Los que ganamos, los instruimos ante todo, y ponemos el principal ahinco en mantener y adoctrinar en la fe a los ya convertidos; porque hasta ahora se ha procedido muy mal respecto a esto.»

A la primera llegada de los portugueses a la India, hasta rudos soldados habían tenido participación a su manera en la difusión del cristianismo, por cuanto, v. gr., administraban sin más ni más el bautismo a los indios prisioneros de guerra. También los sacerdotes habían procedido con corta diferencia de la misma «manera que los soldados» (1). Había ciertamente excepciones. Núñez designa como tal al franciscano Antonio do Porto, quien había tomado muy a pechos la enseñanza de los recién convertidos (2). Fuera de eso, se sabe también del P. Antonio, que no solamente destruyó templos y erigió iglesias, sino que también fundó varios establecimientos para la instrucción de niños huérfanos (3). Pero no se hacía así en todas partes. El vicario de Goa, según su propio testimonio, había bautizado en la costa de la Pesquería en tres años no menos de 120000 gentiles, y muchas veces en un día de 1000 a 1500 (4). Pero todos éstos, como escribe San Francisco Javier en 1542, no tenían de cristianos sino sólo el nombre (5).

San Francisco Javier ciertamente había visto desde el principio, que su incumbencia principalísima era la enseñanza de los recién convertidos, y en ello había puesto su mayor empeño. Pero tampoco él en modo alguno trajo consigo de Europa un método acabado de misionar, antes bien, en 1542, en una carta escrita desde la India, suplica instantemente a sus hermanos en religión de Roma, le den consejo e instrucción acerca de cómo ha de proceder en sus misiones (6). Así pues, también él, luego después de enseñar lo más necesario, administraba el bautismo, dejando lo demás para la subsiguiente instrucción.

(1) Expresión de Polanco (II, 145, n. 343).

(2) Sel. Ind. epist., 165.

(3) Mullbauer, 56, 327.

(4) Polanco, II, 145.

(5) Carta a S. Ignacio, de 28 de octubre de 1542: Mon. Xav., I, 273. Antonio Criminal S. J. en una conversación con Diego de Borba hizo referencia a la autoridad de los teólogos, los cuales tenían por necesario un catecumenado de varios meses. A pesar de lo cual de Borba intentó defender la práctica del bautismo inmediato, alegando las peculiares circunstancias de la India. V. Brou en los *Études*, CXXVIII (1911), 603 ss.

(6) Carta de 20 de septiembre de 1542: Mon. Xav., I, 259.

Con todo, pronto mostró la experiencia, que se había de proceder con más cautela. Muchos solicitaban ser admitidos en la Iglesia por respetos puramente terrenos (1). Así sucedía, que muchos de estos cristianos de nombre más tarde nada querían oír de la instrucción, volvían a la idolatría o conservaban sus costumbres gentílicas. En consecuencia de eso introdujeron los jesuitas un catecumenado, que duraba a veces tres y más meses, y a los que no eran sinceros, se los rechazaba inexorablemente (2).

San Ignacio de Loyola había dado un doble consejo para afianzar el cristianismo en la India: se debía ante todo cuidar de la enseñanza de la juventud y establecer casas de catecúmenos para los adultos (3). Su admonición fué recibida con gran gozo por los jesuitas de la India. El cuidado principal de S. Francisco Javier era juntar en todas partes en primera línea a los niños, y por ellos ejercer influjo en sus padres; y en toda la India introdujo este modo de proceder (4). En un tiempo en que en los colegios de jesuitas de Europa todavía en ninguna parte se daba enseñanza a los de fuera, en la India en todo lugar adonde iban jesuitas, fundábanse al punto escuelas (5), en las cuales enseñaban a la juventud a leer, escribir y el catecismo (6). Edificar casas para los catecúmenos, no era a los principios posible en todas las poblaciones. Con todo, en 1555 se destinó en el colegio de Goa algunas estancias, en las cuales se instruía constantemente a unos doce o quince catecúmenos por espacio de dos o tres meses. Las catecúmenas recibían en el hospital la necesaria enseñanza bajo la inspección de una honesta matrona (7).

Otros progresos fueron alcanzados especialmente por medio de Enrique Enríquez (8), a quien mucho le favoreció en su misión de la costa de la Pesquería el que todos los indígenas fuesen de la misma tribu, y el que toda la población como tal hubiese abrazado el cristianismo (9). Para suplir de alguna manera la falta de sacerdotes,

(1) Vivamente pinta esto Nic. Lancilotti en una carta a S. Ignacio, de 10 de octubre de 1547: Sel. Ind. epist., 25.

(2) Polanco, II, 146, n. 344.

(3) Ibid., 145, n. 343.

(4) Ibid., V, 656, n. 1805; 670, n. 1849.

(5) Ibid., II, 5.

(6) Polanco, V, 659, n. 1813.

(7) Ibid., II, 652, n. 1789; V, 659, n. 1814. Sel. Ind. epist., 182.

(8) Sel. Ind. epist., 140 s. Polanco, II, 141, 406.

(9) Polanco, II, 406, n. 486.

introdujo Enríquez la instrucción por medio de catequistas. De entre los recién convertidos elegía los más idóneos; era su incumbencia enseñar la doctrina cristiana en los pueblos, bautizar en caso de necesidad, y poner en conocimiento de los misioneros las faltas y delitos más notables. Como Enríquez era riguroso en la elección de los catequistas, su número no pasaba de nueve o diez; desempeñaban su cometido con gran satisfacción de los misioneros, de modo que Enríquez creía, que aun cuando todos los sacerdotes muriesen, se mantendría con todo el cristianismo por medio de ellos en la costa de la Pesquería. Fuera de eso, en cada lugar se colocaba a un hombre de confianza, que juntaba al pueblo para las funciones religiosas y explicaba la doctrina cristiana en la lengua de la región (1). A la usanza de Roma los recién convertidos aprendían las oraciones ordinarias en la forma latina, aunque Enríquez también respecto a eso dejó pronto libertad (2).

Otro mérito de Enríquez y sus compañeros consistió en que se dedicaron con todo empeño a aprender la lengua del país (3). Los primeros misioneros jesuitas, que se vieron en la India enfrente de un laberinto de lenguas, propias de aquellas regiones, y no limitaron su actividad a comarcas particulares, se habían servido de intérpretes en su predicación. Pero esta práctica había dado malos resultados. Cuando Enríquez entendió mejor el tamil, descubrió muchas faltas en la traducción usual de las oraciones ordinarias, que había sido hecha por los intérpretes (4). Escribió a Roma, que la nueva traducción le había costado tres o cuatro meses de arduo trabajo, pues carecía la lengua de palabras precisamente para expresar los conceptos cristianos. Que notificaba esto, para que fueran también prevenidos los misioneros del Congo; que no emprendiesen la traducción de las oraciones hasta que poseyeran exactamente la lengua. También Nicolás Lancilotti en sus cartas a S. Ignacio, expresaba con frecuencia la opinión, de que a los misioneros de la India se les había de asignar determinados distritos como campo de misión, y se los tenía que instar a que apren-

(1) Ibid., 141 s., 406.

(2) Ibid., 406.

(3) Cartas de Enríquez a S. Ignacio, de 31 de octubre de 1548 y 21 de noviembre de 1549, que se hallan en Cros, François Xavier, I, 387 s. y en las Sel. Ind. epist., 93; cf. Polanco, I, 351 ss., 472; II, 142, 407.

(4) Sel. Ind. epist., 94. Ya S. Francisco Javier (Mon. Xav., I, 317) había hallado faltas en las traducciones malabáricas.

diesen la lengua del país. Que en los intérpretes había poca seguridad, y que por eso mismo había hecho Enríquez tanto fruto, porque poseía el idioma de los indígenas⁽¹⁾. Enríquez es también quien compuso la primera gramática del tamil, que de buena gana hubiese hecho imprimir para uso de los misioneros⁽²⁾.

El mayor impedimento para los progresos de las misiones lo formaban los funcionarios portugueses. Ya Javier había escrito a Rodríguez a Portugal, que nunca consintiese, que ninguno de sus amigos fuese a la India con cargos y oficios del rey; que por buenos que algunos fuesen en su tierra, aquí todos venían a dar en el ancho cauce de la falta de honradez⁽³⁾. Una colocación en la India era considerada como recompensa por servicios prestados y como medio cómodo de enriquecerse; de las tribus que se habían sometido a la vez al cristianismo y a la corona de Portugal, se sacaba toda la utilidad posible sin ningún género de miramiento. En 1555 escribe un misionero de la costa de la Pesquería⁽⁴⁾, que se había dado el caso, de que un empleado público con un sueldo de 2000 ó 3000 ducados, en el espacio de uno o dos años había acumulado de 100000 a 200000 ducados de las rentas reales y esquilmando a los pobres pescadores de perlas. Esta gente era enemiga de los misioneros, por ser éstos los naturales protectores de los pobres, no les pagaba lo que el rey les había asignado y creaba impedimentos donde podía⁽⁵⁾. También Lancilotti participa respecto de la costa de la Pesquería, que apenas se podía describir el daño que causaban los empleados públicos; que lo que habían conseguido los misioneros en muchos años, era arruinado en pocos meses por su codicia; y que había peligro de que todos los 7000 cristianos de la costa de la Pesquería apostatasen⁽⁶⁾. Por esto S. Francisco Javier escribía a Juan III, que «huía» al Japón, para no perder su tiempo en la India; y que era un «martirio» tener que ver cómo todo era destruido, lo que con tan gran trabajo se había edificado⁽⁷⁾. También Enríquez era de persuasión, de que bajo un buen funcionario, un solo sacerdote podía

(1) Carta de 29 de octubre de 1552: Sel. Ind. epist., 140.

(2) José Dahlmann, *La lingüística y las misiones*, 10.

(3) Mon. Xav., I, 375.

(4) Como puede verse en Polanco, V, 671 s.

(5) Ibid., 650, 674.

(6) Ibid., 679. Sel. Ind. epist., 199-200.

(7) Carta escrita desde Cochín el 26 de enero de 1549: Mon. Xav., I, 510.

hacer más por la conversión de los indios, que veinte bajo uno malo (1).

La inmoralidad de los portugueses apenas fué menor obstáculo para la propagación del cristianismo que su codicia. Desde Santo Tomé, por ejemplo, escribe Alfonso Ciprián, que allí las autoridades, tanto eclesiásticas como civiles, se portaban de tal modo, que eran escándalo para los indígenas; que como los europeos vivían tan mal, los nuevamente convertidos apostataban; y que otros no querían recibir el bautismo, porque veían la vida viciosa de los cristianos (2). La ciudad de Sto. Tomé, como situada en los extremos confines de los dominios portugueses, era ciertamente el último refugio para todos los que estaban cansados de pelear y hacer vida de soldado en otras partes de la India. Pero también se oyen semejantes quejas de lo restante de la India (3). Favorecía singularmente a la inmoralidad la facilidad que había en la India de proveerse de esclavos (4). Algunos ricos portugueses poseían 300 y más (5). Así era a varios posible hacerse formales harenes de veinte y más esclavas (6).

Añadíase también a todo esto la penetración del islam en el sur de Asia. En él se levantó a los misioneros no solamente un poderoso competidor, de cuyos progresos se quejan con frecuencia los jesuitas (7), sino también un enemigo peligroso. En una solicitud dirigida al rey Juan III, refieren los misioneros en 1554, que en Travancor los árabes habían hecho apostatar a dos pueblos cristianos, determinando con dinero al rey de aquella región a prohibir a los sacerdotes cristianos el predicar y edificar iglesias (8). Especialmente en las Malucas, donde los naturales abrazaron con gran ardor el cristianismo, tuvieron que padecer mucho los recién convertidos de ladrones sarracenos. Muchos cristianos fueron asesinados o robados, otros vendidos o hundidos en el mar

(1) Polancó, VI, 800, n. 3429.

(2) Polanco, V, 683.

(3) Valignani, Historia del principio y progreso de la Compañía de Jesús en las Indias orientales, I, 7 (Mon. Xav., I, 39).

(4) Polanco, II, 147, n. 345.

(5) Ibid., V, 658, n. 1810.

(6) Ibid., II, 147, n. 345.

(7) Lancillotti en Polanco, V, 678, n. 1876. F. Pérez en las Sel. Ind. epist., 75.

(8) Sel. Ind. epist., 198.

si no se hallaba comprador, y varios pueblos cristianos reducidos a ceniza (1).

Como hacia la India Oriental, así también hacia *Abisinia* se adelantaron los jesuitas como vanguardia de la Santa Sede. La esperanza de poder unir de nuevo la Iglesia abisinia con la romana había brillado en tiempo de Paulo III (2), y continuó también en el pontificado de Julio III. Como antes, así también ahora se sirvió la Santa Sede de la mediación de Portugal. A principios de 1555 creyó el Papa poder dar un paso decisivo: a causa de la gran distancia de aquella tierra, nombró en 23 de enero tres obispos a la vez, que tomó solamente de la Compañía de Jesús; de éstos designó a Núñez Barreto para patriarca, y a los padres Andrés de Oviedo y Melchor Carnero para obispos auxiliares con derecho de sucesión (3). El Papa podía esperar el buen suceso de esta tentativa tanto más, cuanto que en 1553 le había salido bien la unión de los nestorianos de Mesopotamia (4).

(1) Polanco, IV, 668.

(2) Cf. nuestras indicaciones del vol. XII, 91.

(3) V. Acta consist. en Raynald, 1555, n. 10; cf. *ibid.*, 1554, n. 25 ss.; Beccari, X, 39 ss.; Mon. Ign. Ser. 1, VIII, 460 ss. La partida de los tres obispos se difirió por la muerte de Julio III; después se llevaron consigo una carta de Paulo IV, de 10 de marzo de 1556, para el Negus Claudio (v. Beccari, X, 52 s.). Las instrucciones de S. Ignacio se hallan en los Mon. Ign. Ser. 1, VIII, 676 ss. El nuevo patriarca envió delante desde Goa al jesuita Gonzalo Rodríguez, quien mientras tanto tropezó con inopinadas dificultades (v. su carta de 13 de septiembre de 1556 en Beccari, V, 358 ss.). Cuando Oviedo llegó finalmente a Abisinia por la primavera de 1557, a consecuencia de la disposición de ánimo del Negus Asnaf Sagad, nada pudo efectuar en favor de la unión. El Negus Adamas Sagad, que en 1559 sucedió en el reino, prohibió la predicación de la religión católica, y puso preso al obispo. Después de su muerte (1563) fué Oviedo puesto en libertad; dedicóse al cuidado espiritual de los portugueses que estaban presos en Abisinia, y en las más difíciles circunstancias perseveró allí hasta su muerte, acaecida en 1577 (v. Beccari, X, 196 s., 209 s.; Astrain, II, 389), aunque S. Pío V, en 5 de febrero de 1566, le había permitido ir al Japón como obispo; v. Beccari, V, 424 s.

(4) Sobre el viaje a Roma del electo Católico Sulaca y la fundación del patriarcado caldeo-unido de Mossul, además de Raynald, 1553, n. 42 ss., cf. las relaciones de las revistas Bessarione 1898 y 1901, y Oriens christianus 1906, 261 ss. En ambas memorias se ha pasado por alto la relación portuguesa del Corpo dipl. Port., VII, 311 s. Cf. también la **Relatio eorum quae gesserunt nuntii missi a Iulio III in partibus Orientis*, que se halla en el Cod. Vat. 3933, p. 73-75 de la *Biblioteca Vaticana*. El patriarca de Armenia había estado en Roma en 1550; v. **Passus pro Stephano patriarcha Armen cathol. Roma revertente*, fechado el 23 de abril de 1550, en el Arm. 41, t. LV, n. 345; *ibid.* n. 363: **Imperator* (recomendación del patriarca de Armenia, que vuelve a su patria, con fecha de 25 de abril de 1550); t. LXIV, n. 355: **Pasaporte*

Qué esperanzas puso Julio III en los jesuitas para la conversión del Oriente, vese muy claro por el hecho de que por una bula de 6 de octubre de 1553, les dió licencia para fundar tres colegios, uno en Jerusalén, otro en Chipre y un tercero en Constantinopla (1). Estas fundaciones, que hubiesen podido ser de grandísima importancia, no llegaron a efecto. En cambio, vió Julio III los comienzos de la Misión del remoto *Japón*. A este Imperio insular, esmaltado de campos de incomparable belleza, envió entonces la Providencia a un varón, que pertenece al número de los más heroicos campeones de la religión de la cruz.

Abrasado de ardiente celo por la propagación de la doctrina de Cristo, el apóstol de la India, S. Francisco Javier, había partido para el Japón el último año del pontificado del Papa Farnese, donde el 15 de agosto desembarcó en Kagoshima (2). En 5 de noviembre de 1549 compendió sus primeras impresiones y experiencias en este aviso que dirigió a sus hermanos de religión: «Los mayores trabajos que hasta ahora habéis sufrido, son pequeños en comparación de aquellos en que os habéis de ver en el Japón. Disponeos para mucho, apartando de vosotros todo respeto a los propios intereses» (3).

Realmente se veía el europeo en el Japón como trasladado a un mundo nuevo. Todas las costumbres, usos y formas de cortesía eran diferentes, la lengua difícil y la alimentación escasa e insólita. Hay que volver a hacerse niño en el Japón, escribía más tarde un misionero, y aprender de nuevo a hablar, a sentarse, a andar y a comer (4). En vez del respeto que los portugueses mostraban al sacerdote, hallaban aquí los misioneros todo lo contrario; pues a pesar de la exquisita cortesía que usaban entre sí, tenían los japoneses para el extranjero sólo desprecio, particularmente si se presentaba con un pobre exterior, como los mensajeros de la fe.

para el armenio Messichi, que vino de Táuride a Roma, permaneció allí y ahora quiere proseguir su viaje, con fecha de 24 de mayo de 1552. Notable es también la **carta doctrinal de Julio III a Ignacio, patriarca de Antioquía (cf. Ciaconius, III, 747), de 26 de mayo de 1553, loc. cit., t. LXVIII, n. 385.

(1) V. esta bula en los *Etudes* LXX (1897), 75 ss., de la que sólo se conserva un ejemplar, que se halla en la *Bibl. Rossiana de Viena*.

(2) Cf. nuestras indicaciones del vol. XII, 97 s.

(3) *Mon. Xav.*, I, 584-585.

(4) Valignani en los *Mon. Xav.*, I, 110.

También las relaciones políticas ofrecían muchas dificultades para la difusión del cristianismo. Reinaba en la nación casi entera anarquía. De nombre estaba el Japón bajo el señorío del emperador y su lugarteniente, el Schogun, pero ambos a dos carecían realmente de fuerza y autoridad (1). El poder propiamente dicho se hallaba en las manos de más de sesenta príncipes parciales, los Daimios, que tenían entre sí constantes guerras civiles. Notable influjo político, quizá el mayor de la nación, poseían los monasterios de los bonzos budistas, bien organizados y provistos abundantemente de armas; y ya Javier comprendió desde el principio, que éstos perseguirían muy pronto al cristianismo «no solamente con palabras» (2).

Resultó favorable para los misioneros el que los Daimios desearan atraer a sus puertos naúes mercantes portuguesas, y esperasen conseguir esto favoreciendo a los mensajeros de la fe. Fué además de gran ayuda para la propagación del cristianismo la falta de un solo gobierno central y de una sola religión. La forma dominante del culto divino era el budismo, que estaba dividido en unas seis sectas, que se hacían la guerra mutuamente (3). Pero más que todas estas razones, llenaban a Javier de alegre esperanza el vivo interés religioso de los japoneses, y su índole y condición, que se dejaba determinar por motivos racionales. «Si Dios Nuestro Señor, escribía (4), nos diere diez años de vida, veremos en estas partes grandes cosas.»

Luego después de su llegada a Kagoschima, comenzó Javier con ayuda de su compañero Pablo Anjiro, a componer en lengua japonesa un compendio de la doctrina cristiana. Pero como Anjiro no dominaba bastante dicha lengua, resultó insuficiente el trabajo, de modo que los cultos japoneses se reían de él (5). Tampoco faltaron burlas e irrisiones, cuando S. Francisco, después de algún tiempo, comenzó en pública calle a leer y explicar su

(1) Sobre las condiciones políticas pueden verse más pormenores en James Murdoch (in collaboration with Isob Yamagata), *A History of Japan during the century of early foreign intercourse (1542-1651)*, Kobe (Japón) 1903, 15-17; H. Haas, *Historia del cristianismo en el Japón*, I, Tokio, 1902, 96-105.

(2) Mon. Xav., I, 594.

(3) Haas, I, 122 ss.

(4) Mon. Xav., I, 599.

(5) Este es el juicio de los misioneros posteriores, según se dice en la *Historia de Valignani* (Mon. Xav., I, 119).

librito. Sin embargo, todo el porte del misionero, el pensamiento de que había venido desde tan lejos sólo para atender a la salvación de las almas de un pueblo extranjero, y la alteza de la doctrina, que se traslucía aun por entre el lenguaje menos propio, hacía poco a poco en muchos gran impresión. Al cabo de un año se contaban en Kagoschima unos 100 cristianos; la afluencia de los que acudían a los misioneros era tan grande, que los bonzos alcanzaron del Daimio, que prohibiese más mudanzas de religión. S. Francisco se trasladó a Hirado, isla situada al oeste de Kiuschiu, adonde habían aportado naves portuguesas (1). Después de brillantes principios, que prometían mucho fruto, dejó con todo esta misión a su compañero Cosme de Torres, encaminándose él mismo a Nipón, la mayor de las islas japonesas.

Desde el principio había sido el plan de Javier adelantarse hasta la capital de la nación, Meaco, la actual Kioto, y hasta el palacio del emperador, a fin de conseguir de él licencia para predicar. Después de su expulsión de Kagoschima, no quiso diferir por más tiempo la ejecución de este proyecto. A principios de octubre de 1550 partió de Hirado, se detuvo por largo tiempo en Yamaguchi en Nipón, de allí pasó adelante a mediados de diciembre hasta Meaco, y por febrero salió de esta ciudad para volverse a Hirado. En la dura estación del invierno, con vestido insuficiente y a menudo descalzo, llevó al cabo un viaje sumamente trabajoso por el país cubierto de nieve, en compañía del hermano lego Fernández. Con frecuencia se hundían los viajeros en la nieve hasta las rodillas en los malos caminos, y no raras veces tenían que vadear ríos frigidísimos con el agua hasta la cintura. Mirados con extrañeza y mofados en los pueblos por la multitud que afluía a verlos, y apedreados por los muchachos, por la noche no hallaban los misioneros en las posadas sino una estera y una almohada japonesa de madera, dado caso que se recibiese en ellas generalmente a caminantes tan pobremente vestidos y equipados.

Demás de eso, este viaje tan dificultoso quedó en lo principal casi sin ningún buen éxito. En Yamaguchi pudo ciertamente San Francisco hasta leer y explicar al Daimio por espacio de una hora algo de su libro; pero nadie se convirtió. En Meaco, a causa de

(1) Lo que se cuenta que dijo S. Javier, que entonces ni él ni su compañero Juan Fernández entendían el japonés, estriba en una mala inteligencia v. Kneller en la Revista de Teología católica, XXXV (1911), 581 ss.

la guerra que allí reinaba, nada absolutamente fué posible efectuar; sólo había podido conseguir Javier una audiencia con el emperador, porque no conocía bastante todavía el estado del Japón (1).

Con todo eso sacó Javier de su viaje algunos importantes conocimientos. Sabía ahora, que el emperador era una pura sombra, que no podía competir en poder efectivo con el Daimio de Yamaguchi. Había además conocido por experiencia, que la pobreza e indigencia de su porte exterior era un impedimento para la propagación del Evangelio. Resolvióse por tanto a presentarse mejor vestido, y a ofrecer los presentes que había traído consigo de la India para el emperador, al señor de Yamaguchi, Ouchi Yoschitaka. Javier halló en éste amistosa acogida, y recibió como regalo recíproco una antigua casa de bonzos con el permiso de anunciar libremente el Evangelio (2). La predicación no resultó ahora infructuosa; en cinco o seis meses se contaron de 500 a 600 bautizados. La conquista más importante de Javier fué aquí un músico medio ciego, que bautizado con el nombre de Lorenzo, y admitido más tarde en la Compañía de Jesús como hermano lego, ganó para el cristianismo en numerosos sermones y disputas millares de japoneses, y entre ellos varios Daimios.

Aun mucho más favorables perspectivas abrió a los mensajeros de la fe el Daimio de Bungo, Otomo Yoschischige, quien llamó a S. Francisco a su palacio de Funai y prometió toda clase de apoyo a los misioneros.

Entre tanto las cosas de la India habían tomado tal aspecto, que se había hecho allí necesaria la presencia personal de Javier (3). Por tanto, en noviembre de 1551 volvióse a Goa con el intento de agenciar la entrada del cristianismo aun en la China, tan pronto como se hubiesen compuesto las revueltas que se habían suscitado en la India.

(1) Conócense las particularidades de este viaje por el compañero de S. Francisco Javier, el H.^o coadjutor Fernández, de cuya boca las anotaron L. Froes y otros. Cf. Cros, II, 99-125.

(2) Mandou pelas ruas da cidade *poor scriptos* em seu nome, que ele folgava que a ley de Deus se prégase em suas terras, e que ele daua licença que os que a quisessem tomar a tomassem. Mon. Xav., I, 683.

(3) Cf. Cros, II, 179-190. Que Javier no se fué del Japón porque desesperase de ganar aquella región para el cristianismo, lo muestra extensamente, contra la mayor parte de los escritores protestantes, H. Haas, loc. cit., II, Tokio, 1904, 1-12.

Ya hacía tiempo que estaba persuadido Javier de que ante todo se había de ganar dicho Imperio, el mayor y más célebre del Oriente, si el cristianismo había de tener estable asiento en Asia. También por eso especialmente había querido presentarse al emperador en Meaco, para alcanzar de él un pasaporte para la China (1). De la reputación de que gozaba en el Asia oriental la sabiduría y ciencia china, pudo convencerse particularmente también en sus disputas con los japoneses, pues con frecuencia le oponían la objeción, de que cómo podía contener verdad la doctrina cristiana, siendo desconocida de los chinos (2). Pero por otra parte conocía también S. Francisco sobradamente la dificultad de su empresa. Se había prohibido con extremado rigor a los extranjeros pisar el suelo chino; hasta los portugueses, que sólo por naufragio habían sido echados a la costa china, tenían que sufrir por largos años cadenas y prisiones, y el castigo de palos impuesto sin miramiento alguno por los mandarines, podía fácilmente costar la vida. Pero todo esto no desviaba a Javier de su propósito. Al principio había esperado poder penetrar en la China, como compañero de un embajador portugués, su amigo Pereira. Pero este plan se estrelló en la resistencia del gobernador de Malaca, Alvaro de Ataíde, quien, so pretexto de necesitar a Pereira en un asedio de Malaca que se temía, retuvo a éste en la ciudad.

Así pues, resolvióse Javier a ejecutar solo su proyecto, y en caso dado a sufrir el rigor de las leyes chinas. Húbole de parecer, que en vida de Alvaro no le quedaba otro medio (3). «Parto a las islas de Cantón, escribía (4), desprovisto de todo favor humano, con esperanza de que algún fiero gentil me lleve a tierra firme de China.»

En las islas de Cantón, esto es, en la isla roqueña de Sanchóán (Sancián, Chang-Tschouen), acostumbraban detenerse a menudo por algunos meses varios buques portugueses, para aportar en dicha ciudad en ocasión favorable y comerciar ocultamente con los chinos de Cantón. La isla misma era desierta, y durante los días de su permanencia habitaban allí los portugueses en chozas

(1) Mon. Xav., I, 599; cf. 644.

(2) Ibid., 684.

(3) Si hubiese yo de volver a la India, escribió en 22 de octubre de 1552, não vou com esperança que em tempo de D. Alvaro de Gama se fará couza n' a China, de que fique memoria. Mon. Xav., I, 791.

(4) Desde Singapur en 21 de julio de 1552: Mon. Xav. I, 767.

de paja que construían rápidamente, las cuales quemaban a su partida. Allí por tanto se hizo llevar S. Francisco, para arriesgar su vida por la conversión de la China.

Hasta entonces ya bastante abandonado, pronto lo fué todavía más. De sus compañeros tuvo que hacer volver por inepto a un hermano lego portugués. Un intérprete que se procuró para Cantón, le abandonó pronto por temor a los castigos de los mandarines. El capitán del navío que le había traído, no fué muy afable y cortés, por respeto a Alvaro. Fué a la verdad por un portugués recibido y sustentado en su cabaña, pero después de la partida de éste, tuvo que mendigar un pedazo de pan y sufrió acerba necesidad. Sólo perseveraron con él un chino de unos veinte años educado en Goa, pero que se había casi olvidado de su lengua materna, y un criado.

A pesar de todo eso y a pesar de todas las disuasiones así de los portugueses como de los mercaderes chinos, S. Francisco persistió firme en su resolución. Un chino al fin se dejó ganar para llevarlo a Cantón por una gran remuneración, y dejarlo a la puerta de la ciudad antes de apuntar el día; quiso el santo fiarse de él, con peligro ciertamente de que el chino tomase la paga convenida, y después se desembarazase en el mar del incómodo extranjero. Pero hasta este peligro no le espantó, y cuando los portugueses por miedo de inconvenientes le suplicaron, que aguardase a poner por obra su arriesgada determinación hasta después de la partida de sus navíos, consintió también en ello, para dar cima a su gran empresa enteramente solo y desamparado de todo auxilio humano.

Pero sus planes no llegaron a efectuarse. El 22 de noviembre de 1552 le asaltó una fuerte calentura, y el 27 a las dos de la mañana le arrebató la muerte. En la isla desierta, en miserable cabaña, halló un fin cual pudo haber deseado su alma magnánima, en el vigor de sus años, en el más elevado vuelo de su amor a Dios y a los hombres, y en la más extremada pobreza y desamparo, semejante también en la muerte a quien en vida había procurado imitar como a su modelo (1).

(1) Sobre la muerte y sepultura de S. Francisco Javier poseemos la relación de un testigo ocular, el chino Antonio (publicada por Crôs, II, 342-354; cf. Valignani en los Mon. Xav., I, 190). Que el día en que murió no es el 2 de diciembre, sino el 27 de noviembre, lo muestra (contra Astrain en Razón y Fe, V, Madrid, 1903, 375-386) Crôs, loc. cit., 355 ss. y en los Etudes, XCVII, París, 1903, 680-702; cf. Analecta Bollandiana, XXIII, Bruxelles, 1904, 410.

El único testigo de su muerte, el chino Antonio, puso el cadáver, a la usanza china, en una especie de ataúd, en el que se echó cal, para acelerar la putrefacción y poderse llevar después los huesos. Cuando poco antes de la partida del navío, en 17 de febrero de 1553, se abrió de nuevo la sepultura (1), se halló el cadáver enteramente incorrupto. Recibido solemnemente en Malaca, fué allí, a pesar de eso, sepultado sin ataúd. El 15 de agosto se le halló otra vez sin rastro de corrupción. A principios de la Semana Santa de 1554 fué trasladado a la iglesia de San Pablo, de Goa, y más tarde enterrado en la Casa Profesa del Buen Jesús, donde todavía hoy no ha sido reducido a polvo (2).

En S. Francisco Javier concurren cualidades, que a primera vista parecen contradecirse. Era ante todas cosas hombre de acción, que nunca podía descansar, y a quien todo lo que hacía, le parecía pequeño e insignificante, porque sus ojos siempre iban dirigidos a lo que aun quedaba por hacer. Hubiese deseado estar al mismo tiempo en todas partes para promover en todas partes el cristianismo. Por eso su actividad pudiera parecer casi febril y agitada, su arrojo e intrepidez temerarios, y sus constantes viajes como el desahogo de puras ansias de correr de una parte a otra. Pero ya en el siglo xvi justificó este modo de proceder Alejandro Valignani, alegando en su favor los felices éxitos de Javier. «Era, dice (3), guiado en todo lo que hacía, por mucha prudencia, porque en todas las empresas salió muy bien, y en todas las partes adonde fué, dejó sembrada la palabra de Dios de tal manera, que fué creciendo y dando muy copioso fruto.» Ciertamente, para apreciar la actividad de Javier se ha de tener ante la vista, que él no se consideraba como un misionero aislado, sino como superior de una multitud de misioneros, que tenía que distribuir por la mitad del mundo. Para poder asignar a cada uno

(1) Está señalada con una inscripción en lengua portuguesa y china. Allí cerca se ven los restos de la capilla, que fué erigida sobre la cabaña, en que murió S. Francisco Javier (v. Suplemento a la Gaceta General, 1865, n. 30). Una **Relatio sepulturae S. Francisci erectae in Sanciano insula anno 1700*, con un plano de la isla y de la capilla, compuesto por el misionero jesuita Gaspar Castner, se halla en el Cod. 150 de la *Biblioteca de León*. Cf. *Sommer-vogel*, II, 853; *Civiltà catt.*, IV (1894), 757 ss.

(2) Adolfo Müller, *Una peregrinación a Goa, al sepulcro de S. Francisco Javier, en las Misiones Católicas (de Alemania)*, 1891, 69 ss., 100 ss.; *Civiltà catt.* II (1891), 371 ss.

(3) Valignani en los *Mon. Xav.*, 192.

el círculo de acción correspondiente a sus fuerzas, tenía que conocer por sus propios ojos las regiones y los pueblos. «Muchas veces solía decir, cuando mandaba algunos a alguna parte: ¿Cómo pudiera yo hacer esta misión con satisfacción mía, si no tuviera visto y experimentado lo que allí pasa?» (1) Parecía ser incumbencia suya facilitar la senda en todas partes, tomar sobre sí las dificultades del primer principio, para que sus hermanos y súbditos cosechasen los frutos de estas fatigas. «Ruego a Dios Nuestro Señor, escribe en el último año de su vida, que me dé gracia de abrir camino a otros, ya que yo no hago nada.» (2) Cuanto a la continuación del trabajo de misiones, apenas se puede apreciar bastante el que, gracias a sus viajes y desvelos, se sabía ahora claramente dónde sobre todo había que afanarse en Asia por la conversión de las almas, conviene a saber, no tanto entre los muelles y antojadizos indios y malayos, cuanto más bien entre los japoneses y chinos.

Con este inflamado deseo de trabajar por la salvación de sus prójimos, unía Javier la contemplación y vida interior de un místico. Ya poco después de su ordenación sacerdotal se pudieron observar en él estados místicos (3). Muchas horas de la noche, y todo el tiempo que le dejaban libre sus trabajos, lo dedicaba a la oración, y hallaba en ella tal gozo interior, que todas sus fatigas le parecían «suave cruz» (4). La firmeza con que perseveraba en sus resoluciones, la sacaba de la meditación de sus planes en la presencia de Dios. Escribió que por mucho tiempo estuvo indeciso, si iría al Japón o no; pero que después que Dios le dió a sentir dentro de su alma ser voluntad suya, que fuese a aquellas partes, parecía que si lo dejara de hacer, fuera peor que los infieles del Japón (5).

A pesar de la elevada perfección y abnegación que de sí mismo exigía S. Francisco Javier, en modo alguno era riguroso o áspero con los demás, sino de una humildad y mansedumbre que

(1) Ibid., 65.

(2) Mon Xav., I, 701. También otras muchas veces expresa el deseo de poder ser quien prepare el camino a otros, por ejemplo, Mon. Xav., I, 695, 729.

(3) Cros, I, 145.

(4) A. de Quadros (1555) en las Sel. Ind. epist., 185. Carta de S. Francisco Javier, de 5 de noviembre de 1549: Mon. Xav., I, 576.

(5) Carta de 22 de junio de 1549: Mon Xav., I, 539.

ganaba los corazones, y de amable afabilidad en el trato. Sabía acomodarse a todos y ganarlos a todos para sí, tanto a los príncipes y nobles señores de Portugal como a los soldados y marineros, o a los bárbaros medio civilizados de la India. En Malaca iba muchas veces donde estaban jugando los soldados, y cuando veía que cesaban en sus juegos por su respeto, los convidaba a continuar, diciendo que los soldados no eran frailes, y que él también holgaría con ellos (1). A un jesuita de Malaca, que tenía un modo de ser duro y áspero, envió una fuerte reprehensión (2). Tenía una condición llena generalmente de alegría y apacibilidad. Uno de sus compañeros, el japonés Bernardo, que más tarde vino a Europa y murió en Coimbra, cuenta de él (3), que muchas veces en las peores jornadas del Japón daba saltos de gozo, y echaba a lo alto una manzana y la volvía a coger, mientras corrían de sus ojos lágrimas de gozo, alabando en voz alta la bondad de Dios, que le había escogido para anunciar la buena nueva en tan apartadas regiones.

Para con los dignatarios eclesiásticos o miembros de otras Órdenes religiosas mostraba el mayor aprecio y veneración, y exigía lo mismo de sus subordinados. Una sola vez apeló a sus poderes de nuncio pontificio, es a saber, cuando Álvaro quiso impedirle en Malaca su viaje a la China. Era de opinión, que con humildad todo se puede conseguir, y que mejor es hacer poco bien sin escándalo que mucho con escándalo (4).

«El apóstol de la India, así escribía hace tres generaciones el estadista protestante Juan Crawford, merece ser contado entre los mayores hombres que han ido alguna vez al Asia oriental. Nadie puede leer su vida, tan rica en virtudes y merecimientos, sin sentirse arrebatado de admiración de esta grandeza desinteresada.»

Las novísimas investigaciones han confirmado plenamente este juicio. Un misionero protestante del Japón resume el resultado de sus averiguaciones sobre S. Francisco Javier del modo siguiente: «Quien considera sin preocupaciones su incansable actividad, no puede desconocer, que no sin razón lleva el honroso título

«(1) Valignani, 68.

(2) Carta de 14 de abril de 1552: Mon. Xav. I, 745 ss.

(3) F. Fournier en los Etudes CIX (1906), 666.

(4) Mon. Xav., I, 746.

de apóstol. Javier no sólo era discípulo de Loyola, a quien estaba adherido con una veneración, que podría casi llamarse religiosa, ni sólo discípulo de la Compañía de Jesús...; era discípulo de Jesús mismo, a cuya imagen se había formado, y de quien había aprendido, como pocos, hasta en las cosas más mínimas, humildad, modestia, abnegación propia, gozoso entregamiento de sí mismo hasta el sacrificio, y amorosa condescendencia con los de infima condición. En santa e íntima comunicación con él, había penetrado el varón fiel y sincero en los secretos del reino de Dios. Mas todo su proceder y conducta demuestran, que se sentía llamado no por hombres, ni siquiera por medio de hombres, sino por Jesucristo y por Dios Nuestro Señor... Esto le dió aquel heroísmo intrépido y desafiador de la muerte, que no temiendo más que a Dios en este mundo, no temblaba a vista de ningún peligro, y le hacía arrostrar abiertamente aun los más grandes; esto le incitó a aquel celo inflamado, con que no se cansó de trabajar mientras fué de día para él; y esto le llenó de seguridad de la victoria, que es fianza de triunfantes éxitos.

«Para semejante oficio de apóstol fué Javier enriquecido por la naturaleza con cualidades, que le habían de favorecer mucho en el ejercicio del mismo; estaba dotado de claro y agudo ingenio y de un espíritu activo, magnánimo y capaz de entusiasmo; a pesar de toda su blandura y mansedumbre, estaba lleno de energía, de voluntad y de fuego, y no obstante su humildad tenía plena confianza en sus fuerzas; era un instrumento, con el que podía Dios tener especiales y grandes pensamientos, después que la vida de Javier, renunciando a los placeres mundanos y a las ambiciones terrenas, tomó para siempre la dirección hacia él y hacia las cosas eternas. Ciertamente Javier no fué sólo un siervo de Dios y discípulo de Jesús, sino que fué también hijo y ministro de su Iglesia, y rendido discípulo de la Compañía, a la que se había ligado con juramento. Su interpretación de la doctrina de Cristo fué la de la Iglesia católica, y su piedad la de su Orden. Sin embargo, tampoco eso ha de cegar a su crítico protestante para no ver, que era él un varón de Dios..., que con alma y corazón se empleó hasta consumirse en su santa y sublime vocación.» (1)

En el mundo católico perduró siempre viva y fructuosa la veneración a Francisco Javier, a quien Gregorio XV en 1622 con-

(1) Haas, I, 232-233.

cedió el honor de los altares. La antigua Goa es hoy una ciudad muerta, que sólo entonces despierta a nueva vida, cuando los restos mortales de San Francisco Javier son expuestos a la veneración de millares de devotos (1). También Roma posee desde 1616 una preciosa reliquia en la mano derecha del santo, con que bautizó a innumerables multitudes de infieles. El magnífico altar que la guarda, está situado frente al sepulcro del fundador de la Orden. Ninguna mayor honra pudo caber al discípulo de S. Ignacio, pero la merece muy cumplidamente, porque sus heroicas empresas y trabajos han introducido una nueva época para la conversión al cristianismo de todo el mundo civilizado de Oriente.

(1) Sobre la veneración de S. Francisco Javier cf. Daurignac, *Historia de S. Francisco Javier*, traducida al alemán por Clarus, Francfort, 1865, 396 ss., 408 ss., 418 ss., 429 ss.; Cros, II, 470 ss.; A. Brou, *Saint François-Xavier*, II, París, 1912, 370 ss.; Sommervogel, *Bibl.*, X, 1657 ss. Sobre las grandes peregrinaciones a la antigua Goa v. la *Gaceta popular de Colonia*, 1911, n.º 87. Las últimas, muy extraordinarias y concurridísimas, efectuáronse el año 1922, con ocasión del tercer centenario de la canonización de San Francisco Javier.

VI. Relaciones de Julio III
con la ciencia y el arte.
Miguel Angel
y la nueva construcción de S. Pedro.
La Villa Julia.
Cuadro de la ciudad de Roma
a fines de la época del Renacimiento

I

Julio III, formado en el clasicismo por el humanista Rafael Brandolini Lippo, había visto el apogeo del Renacimiento, y manifestó siempre interés por la ciencia y el arte. Explicase bien, por tanto, el que a su elevación al pontificado se pusiesen en él grandes esperanzas. Los humanistas celebraron luego su ascensión al trono (1), y expresaron la confianza de que iba a comenzar una edad de oro (2). Parecía indudable, que la liberalidad sobremedida del Papa les favorecería; pero se mostró, que faltaban los medios para un efectivo protectorado de las artes. La penuria del erario, que sobrevino muy pronto, y se aumentó hasta lo intolerable por la guerra de Parma, se hizo sensible por lo que paralizaba e impedía, así en otros terrenos como también en éste. Es muy significativo para conocer cuán desfavorables eran las circunstancias, el que ni siquiera pudo llevarse a efecto el deseo del

(1) A. F. Rainerius, *Thybris s. de creatione Iulii III P. M., Romae* 1550.

(2) Cf. la poesía *Divo Julio III Pontif. Max. en el Cod. Ottob. 1351, p. 3^b de la *Biblioteca Vaticana*. V. también la poesía en alabanza de Julio III, de Muzio, en la que se lee: Nuovo Papa, nuovo anno et anno santo Risplende al mondo (Rime, Venezia 1551, 656 s.):

Papa, sugerido por la gratitud, de hacer imprimir los escritos de su maestro Brandolini (1).

A pesar de eso, no se puede negar que no faltaba a Julio III buena voluntad de ser un mecenas en el sentido de sus grandes predecesores. En su cancillería hallaron colocación algunos humanistas, como Galeazzo Florimonte, Rómulo Amaseo y Pablo Sadoletto (2). El Papa hasta llegó a tolerar, que en documentos, aun de asuntos eclesiásticos, usasen a veces estos hombres expresiones paganas, que más tarde, cuando prevalecieron opiniones más rígidas, fueron con razón censuradas (3). Asimismo la libertad en el hablar, a menudo grande en demasía, que era de costumbre en Roma, no se limitó en lo más mínimo en el pontificado de Julio III; Pasquino pudo de nuevo mofarse y burlarse como durante los tiempos florecientes del Renacimiento (4).

Es mérito indudablemente grande de Julio III, quien se había formado también una biblioteca privada (5), el que ya en 24 de febrero de 1550 nombrase bibliotecario perpetuo de la librería vaticana al docto cardenal Marcello Cervini, y le revistiese de amplias facultades (6). Fué enteramente conforme a los intentos de Cervini el que el Papa tres años más tarde enviase un delegado a los monasterios griegos de los basílios, para pedir prestados los manuscritos griegos, sagrados y profanos, allí existentes, con el fin de sacar copia de ellos (7).

La reforma de la Universidad romana la tomó muy a pecho Julio III ya en el primer año de su reinado. En 5 de noviembre de 1550 confió este asunto a los cardenales Cervini, Morone, Crescenzi y Pole (8). La comisión, a la que fueron también agregados los cardenales Guido Ascanio Sforza y Maffei, hizo saluda-

(1) Cf. Brom en la Revista trimestral romana, II, 177 s., 180 ss.

(2) V. arriba p. 88.

(3) V. Pallavicini, 13, 17, 2.

(4) Cf. Gnoli, Storia di Pasquino: Nuova Antologia, XXV (1890), 74.

(5) Cf. la inscripción en Ciaconius, III, 758. En esta biblioteca se hallaba el Virgilio Aproniano, que después de la muerte de Julio III vino a manos del card. J. del Monte, y más tarde fué a parar a Florencia; v. Tiraboschi, III, 29 s. (edición napolitana).

(6) V. el *breve en el n.º 5 del Apéndice (*Archivio segreto pontificio*).

(7) V. el *breve de 24 de febrero de 1553, para Hannib. Spatafore archimand. Messan. O. S. Bas. en los núms. 17-18 del Apéndice (*Archivio segreto pontificio*).

(8) V. Massarelli, 198, 199.

bles reformas en 1552. Demás de eso fué mejorada dos veces la Universidad por el aumento de sus rentas (1). También algunas Universidades alemanas, como las de Heidelberg, Ingolstadio y Wurzburg obtuvieron varias concesiones de Julio III; y el colegio de Dilinga fué elevado por él a Universidad (2).

Escasas fueron las mercedes hechas a los humanistas y literatos a causa de los apuros rentísticos. Pero cuando alguno de ellos era favorecido, daba las gracias con versos pomposos, pero insustanciales. Así lo hicieron Jerónimo Fracastoro (3), Fausto Sabeo (4) y Francisco Modesto (5). Entre los maestros que dió Julio III al joven Roberto de Nóbili, se hallaban Julio Poggiano y el servita Octavio Pantágato, célebre aquél como elegante estilista y éste como hombre muy docto. Gozaron también del favor del Papa la noble poetisa Ersilia Cortese (6), casada con Juan Bautista del Monte, y el erudito y también poeta Honorato Fascitelli (7). Al excelente Ludovico Beccadelli le nombró Julio III nuncio en Venecia y más tarde vicario general suyo en Roma. Cuando Morone partió a Alemania, fué su compañero Beccadelli, acerca del cual corría la voz de que a su vuelta recibiría la dignidad cardenalicia (8). Fué remunerado el docto Guillermo Sirleto, y bien recibido su Comentario al Nuevo Testamento, que iba dirigido contra Valla y Erasmo (9).

Desgraciadamente Julio III mantuvo también amistosas relaciones con literatos de muy diferente especie. Apenas fué elegido el Papa, cuando Pablo Giovio le dirigió una carta gratulatoria, que es muy significativa. Expresa en ella Giovio su esperanza de ir a Roma, luego que se halle restablecido de la podagra y haya mejorado el tiempo; pero se toma también la licencia de observar,

(1) V. Marini, Lettera, 121, 127; Renazzi, II, 132 s., 252 ss.

(2) V. Hautz, Heidelberg, I, 229, 449, 452, 460, 464; Prantl, Ingolstadio-Munich, I, 185; cf. Raynald, 1551, n. 76; Wegele, Wurzburg, II, 26 ss. Sobre Dilinga v. arriba p. 218 s.

(3) Ad Julium III P. M., poesía admirablemente traducida por Schlüter, M. A. Flaminio y sus amigos, Maguncia, 1847, 145 ss.

(4) V. Ciaconius, III, 757. Al número de los humanistas favorecidos por Julio III, pertenecía también Aquiles Bocchi; v. Mazzuchelli, II, 3, 1389.

(5) Cf. Albini, Il Modesto, Imola, 1886, y Atti per le prov. d. Romagna, Ser. 3, XV (1897), 376.

(6) V. Tiraboschi, VII, 1, 22 y 3, 47 (edición napolitana).

(7) Cf. Minieri Riccio, Mem. d. scritt. di Napoli, 73 ss.

(8) V. Beccadelli, Monum. I, 35 s., 40, 65.

(9) Cf. Mercati en la Revista de Teología, 1909, 61.

cuán desengañado estaba, por razón de haberse dado a otro la habitación, que él había ocupado en el Vaticano; y con toda franqueza manifiesta la opinión, de que el Papa le resarcirá con una pensión. Resultó que por encargo de Julio III, el cardenal Médici aseguró al literato, que se tendría cuidado de disponer para él una habitación adecuada en el Vaticano (1). Aunque por junio de 1550 el dicho cardenal notificó de nuevo a Giovio que el Papa le era muy afecto (2), el previsor literato tuvo por conveniente congraciarse todavía más dedicándole una obra. En el honroso breve de 15 de agosto de 1551, por el cual Julio III le daba las gracias por haberle dedicado los «Elogios de hombres célebres», de carácter internacional, prometió a Giovio expresamente un honorífico recibimiento para cuando efectuase su proyectado viaje a Roma (3). Pocos meses más tarde le envió una gratificación. En vista de esto, Giovio dió palabra de glorificar con áurea pluma a su favorecedor (4). Su muerte, acaecida el 11 de diciembre de 1552, deshizo este proyecto.

Pedro Aretino había trabado al punto relaciones con Julio III y enviándole un soneto sobre su elección. El Papa fué tan débil, que se sintió por esto muy lisonjeado; y Aretino recibió en seguida una remuneración (5). Con una carta de 31 de octubre de 1550 envió el importuno literato al Papa nuevos versos (6). Cómo Aretino tuvo cuenta con la cambiada corriente de los tiempos, lo demuestran los escritos religiosos que compuso, cuya nueva edición dedicó a Julio III (7). Lleno de esperanzas fué Aretino a Roma en 1553, donde Julio III le recibió muy honoríficamente, de modo que el hombre vano ya soñaba en la obtención del cardena-

(1) V. Periodico di Como, XVI (1904), 17 s.

(2) Ibid., 18, nota 1.

(3) V. el breve de 15 de agosto de 1551 (*Archivio segreto pontificio*) en el n.º 14 del Apéndice.

(4) V. la carta de 6 de diciembre de 1551 en Atanagi, Lett. facete, I, Venetia, 1582, 84 s.

(5) *A Pietro Aretino ha fatto S. S.^{ta} gratia d'un cavalerato di S. Pietro, che suol vendersi 300 scudi o più et questo per conto d'un sonetto ch'egli fece sopra la creatione di S. S.^{ta}. Buonanni en 31 de abril de 1550. *Archivio público de Florencia*.

(6) Ternali in gloria di Giulio III etc., Lione 1551; cf. Mazzuchelli, I, 2, 1018.

(7) V. Al beat. Giulio III etc. Il genesi, l'humanità di Christo e i salmi. Opere di P. Ar., Vinetia 1551; cf. Brunet, I, 401; Mazzuchelli, I, 2, 1016; también Luzio en el Giorn. stor. d. lett. Ital. XXIX, 236 s.

lato. Como éste no le cupo en suerte, como era de suponer, desengañado abandonó la Ciudad Eterna (1).

Aunque no había que esperar mucho de Julio III en favor de los literatos, con todo continuaron los poetas engrandeciéndole con poesías (2). La exuberancia e hinchazón de este género literario, en el que aparecen todas las divinidades de los antiguos, están en extraña oposición con lo que el Papa realmente hacía para promover la literatura. Muy significativo es también un poema laudatorio, todavía inédito, de Antonio Francisco Rainerio sobre el pontificado de Julio III (3). Celébrase en él el ánimo generoso del Papa, como también su cuidado del abastecimiento de Roma, la convocación del concilio, y hasta la guerra de Parma, que, como allí se dice, hizo por la religión. Después se lamenta la muerte de su nepote Juan Bautista del Monte, y se ensalza a Fabiano del Monte como consuelo de su ancianidad. Júntase a eso una alabanza bien merecida de los esfuerzos pontificios por la paz. Cántanse al fin extensamente las empresas artísticas del Papa, a veces de un modo muy ampuloso; de la promoción de la literatura nada sabe mencionar el poeta (4).

No faltan obras, tanto impresas como manuscritas, que fueron dedicadas a Julio III (5). Entre los impresos es notable la «Anato-

(1) Cf. Lett. al Aretino, II, París, 1609, 345, 391 s., 498; Mazzuchelli, I, 2, 1013; Atti Mod. III, 88; Bonghi, Annali Giolitinii, II, 10; Luzio, Pronostico, xxi, xxxv, nota.

(2) Además de las poesías publicadas por Ciaconius, III, 357, cf. las citadas arriba, p. 304, nota 2 y abajo, nota 3; v. también la *poesía que se halla en los Addit. Ms. 17514 del *Museo británico* y nuestras indicaciones del vol. VI, 368 nota 1. Al Papa y a todos los miembros del Sacro Colegio celebró Juan Vitale (cf. Mongitore, Bibl. Sic., I, 305) en sus Sac. Rom. Ecclesiae Elogia, Romae 1553.

(3) *Antonii Francisci Rainerii Mediol. de vita sanctiss. ac beatiss. Iulii III Pont. Max. ab initio pontific. Cod. Ottob. 865, p. 4 ss. *Biblioteca Vaticana*.

(4) La noticia que da Reumont (III, 2, 705) sobre una academia en la villa de Julio III, estriba en una antigua interpretación errónea de las inscripciones que allí había, la cual ya ha rectificado Tiraboschi (VII, 1, 119).

(5) En la *Biblioteca Vaticana* anoté yo: *Cod. Vat. 5831: lo. Petri Ferretti de exarchatu Raven. libri 7; 5832: I. P. Ferretti ecclesiasticarum disciplinarum divinarumque constit. commentaria sive de institutis et moribus eccles. libri 8 (v. también en el *Archivo secreto pontificio*, XI, 45, p. 324 ss.: *Tractatus dere frumentaria [1551]; 561 ss.: *Ptolomaeus Blaesus Nicaenus, De morte Io. Bapt. de Monte in bello Mirandol. [1551]; 571 ss.: *Tractatus de transitu exercitus petendō ac concedendo vel denegando [1553]). Cod. Vat. 3561: Andreas de Monte, *Super insig. montium (en latín y en hebreo). *Triumphus

mía de los vicios» de Lorenzo Davidico, quien a vista de la corrupción del clero a mediados del siglo xvi, pintada por él sin contemplación, ponía su esperanza en las nuevas Órdenes reformadoras de los jesuitas, barnabitas y teatinos (1).

La obra más importante que fué dedicada a Julio III, fué un tomo de misas a cuatro voces (2) de Juan Pedro Luis de Palestrina (3). Este compositor, que había de llegar a una celebridad universal, manifestó con ella su agradecimiento por el cargo de maestro de capilla de S. Pedro, que le confirió el Papa por septiembre de 1551. Por enero de 1555 llamó Julio III a su protegido a formar parte del colegio de cantores de la capilla pontificia, dispensándole del riguroso examen que había prescrito en 5 de agosto de 1554, para los que habían de ser en él admitidos. Como se trataba de un compositor que tanto prometía, permitió también el Papa, que a Palestrina no fuese obstáculo el estar casado, pues el estatuto prescribía el celibato para los miembros de la capilla pontificia (4).

Finalmente es notable también la Vida de Miguel Angel, de Ascanio Condivi, dedicada a Julio III, que fué publicada en Roma en julio de 1553 por Antonio Blado. Hace observar el autor, que

Montium editus a fratre Mariano Cavense eremita [ord. S. Aug.; cf. Ossinger, *Bibl. August.* 225] s. theolog. cultore ad divum Iulium III P. M. et O. (la dedicatoria está fechada Cavis, Kal. maii 1551) se halla en el Cod. R. 4, 18 de la *Bibl. Angélica de Roma*. Las obras teológicas que fueron dedicadas a Julio III, pueden verse en Lauchert, 31, 124 s., 432, 465, 602, 654. Sobre una obra dedicada al Papa por G. G. Albani *De immunit. eccl. v. Mazzuchelli*, I, 1, 274. Al cardenal J. del Monte fué dedicada la obra extraña de J. B. Modio *Il convito o vero del peso della moglie*. Roma, 1554.

(1) L. Davidico, *Anatomia delli vitii*, Firenze, 1550, prólogo. Sobre esta obra cf. Tacchi Venturi, I, 34 ss. Sobre I. Nanchantis *Enarrationes in epist. Pauli ad Ephesios*, que están dedicadas a Julio III, v. Lauchert, 588 s. Zimmermann en las Comunicaciones del Instituto Austriaco, tomo VI suplementario, 836, menciona a J. Strada favorecido con una colocación por Julio III. Entre los privilegios de imprenta es de interés el de 24 de marzo de 1553: *de non imprimendo ad 10 annos *historiam regum Gothorum* [se publicó en 1554; v. Bertolotti en el *Arch. stor. Ital.*, VII (1891), 117-128] a fratre archiepiscopi Upsalensis, quam archiepiscopus intendit imprimi facere.

(2) Impreso en Roma en 1554. Hay un ejemplar en la *Accademia de Sta. Cecilia de Roma*.

(3) Nació en 1526, no en 1524, como opina Baini, ni en manera alguna en 1514, como supone Ambros (IV, 3); v. Haberl en el Anuario de música sagrada, 1886, 42.

(4) En 13 de enero de 1555 empezó a ejercer Palestrina su nuevo empleo; v. *Diarium* en Ambros, IV, 6; cf. Celani en la *Riv. music. ital.*, XIV (1907), 103.

será ciertamente del agrado de Su Santidad, que se le dedique esta obra, puesto que él aprecia la virtud y excelencia del maestro.

II

Qué cualidades contradictorias juntase en sí Julio III, nada lo demuestra más claramente que el que honraba a un Aretino, expresase el hermoso deseo de que él, el Papa, de buena gana añadiría los años que le quedaban de vida, a los de Miguel Angel (1).

Y a estas palabras correspondieron también los hechos. Cuando se ofrecía ocasión, demostraba el Papa al gran maestro una confianza y respeto, cuales el mismo Paulo III no las había mostrado en tanto grado. Manifestó también esto exteriormente, haciendo sentar a Miguel Angel junto a sí en presencia de muchos cardenales y otros grandes señores (2), y señalándole la crecida pensión de 50 escudos mensuales (3). Este favor fué tanto más importante, cuanto que los envidiosos y detractores de Miguel Angel nunca descansaban de tramar intrigas contra él. El artista, ya oprimido gravemente por la carga de los años, había tenido que sufrir también en su alma graves y acerbas pesadumbres. Los celos y la envidia fueron la consecuencia de la posición excepcional que le había otorgado Paulo III en la *nueva construcción de San Pedro*, a la que también Julio III desde el principio de su pontificado dedicó grande interés y la que promovió con particular predilección (4). La severa rectitud con que procuraba Miguel Angel, que en los extensos trabajos no ejerciesen ningún influjo «las promesas, las propinas y regalos», multiplicaba de día en día el número de sus adversarios. Pero sin hacer caso de todas las enemistades, persistió Miguel Angel en su principio de no admitir mate-

(1) Condivi, LVIII.

(2) V. el Suplemento a Condivi, de Ticciati: Escritos auténticos para la historia del arte, VI, 97.

(3) Esta «solita provisione» fué pagada puntualmente hasta la muerte de Julio III; v. *Intr. et Exit. 1554-1555 en el Cod. Vat. 10605, donde desde marzo de 1554 hasta marzo de 1555 está anotado regularmente: *A m. Michel-angelo Buonarrotti scudi venticinque d'oro et venticinque di moneta per el mese passato. *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. las *bulas en el n.º 27 del apéndice.

riales para la construcción, que no fuesen buenos y acomodados, aun cuando bajasen del cielo (1).

Como en tiempo de Paulo III, así también ahora fueron de nuevo los partidarios de Sangallo los que desencadenaron una tempestad contra el director de la nueva construcción de la iglesia de San Pedro, dotado de los más amplios poderes. Dada la condescendencia e inconstancia de Julio III, podían esperar, que esta vez conseguirían su intento. El angustioso temor, con que Miguel Angel guardaba los secretos de su taller, fué utilizado para preocupar contra él a los miembros de la Fábrica de S. Pedro. A fines de 1550 se permitieron éstos dirigir una carta al Papa, la cual pensaban que destruiría la confianza, que Julio III ponía en el maestro. Además del derroche del dinero, la principal reconvención que se le hacía, consistió en la ocultación de los diseños. «Por lo que toca a la construcción y al estado en que se halla, se dice aquí, los diputados no pueden dar ningunas indicaciones, pues todo se les tiene ocultado, como si nada tuviesen que ver con ello. Sólo han podido protestar varias veces y protestan ahora de nuevo para descargar su conciencia, que no aprueban los caminos seguidos por Miguel Angel, especialmente por lo que atañe al derribo. La destrucción fué y es hoy todavía tan grande, que a todos los que son testigos de ella, les mueve a la más extremada y sensible lástima. Con todo eso, nosotros los diputados, en caso que Su Santidad lo apruebe, no tenemos motivo alguno para quejarnos.»

La consecuencia de esta acusación fué aquella célebre reunión convocada por Julio III, de los miembros de la Fábrica y de los demás que entendían en la construcción, ante los cuales había de justificarse Miguel Angel. Según la relación de Vasari (2), el mismo Papa dió cuenta al maestro de la más importante y única concreta reconvención, que la Junta de construcción, y en particular los cardenales Salviati y Cervini, dirigieron contra él. Referíase ella a la mala iluminación del ábside de la nueva iglesia de S. Pedro. Miguel Angel pidió permiso para poder responder inmediatamente a los diputados de la Fábrica. Así se llegó a un dramático debate con el cardenal Cervini, que se declaró autor de la reconvención. «Monseñor, le replicó Miguel Angel,

(1) V. *Lettere di M.*, ed. Milanese, 555. Cf. *Condivi*, LIX; v. también Thode, I, 220.

(2) Vasari, VII, 232 s.; cf. Thode, I, 222 s.

sobre las tres ventanas existentes han de ser colocadas todavía otras tres.» «De esto nunca habéis dicho una palabra», repuso el cardenal. Miguel Angel respondió: «Yo no estoy obligado ni tampoco quiero dejarme obligar a dar a Su Señoría o a ningún otro razón de mis intentos. Su cargo es cuidar del dinero y atender a que nada se robe. De los diseños del edificio yo solo soy el que he de cuidar.» Después, vuelto al Papa, continuó: «Padre Santo, ved cuál es mi ganancia; si las penas que sufro, no llegan a ser un beneficio para mi alma, pierdo verdaderamente el tiempo y el trabajo». Lleno de bondad, le puso Julio la mano sobre el hombro y advirtió: «Tú ganas para los dos, para el alma y para el cuerpo, no tengas miedo».

De este modo el conato de derribar al maestro condujo a lo contrario: su posición se afianzó todavía más. Para echar un fuerte candado a ulteriores críticas y censuras, corroboró Julio III en 23 de enero de 1552 el *Motu proprio* de Paulo III, de octubre de 1549, aprobó todo lo que Miguel Angel había hecho hasta entonces en la construcción de S. Pedro, ordenó que se observase rigurosamente su modelo, que únicamente él podía modificar, y le confirmó como supremo arquitecto de S. Pedro con las extensas facultades de que hasta ahora había gozado (1).

Pero no fué éste todavía el fin de los trabajos de Miguel Angel. Más penosa que las enemistades, las cuales tampoco ahora en modo alguno cesaron (2), pero que con el favor del Papa no tenía él que temer más, era otra contrariedad. Los apuros de la Hacienda pontificia hacían que desde mayo de 1551, los fondos para continuar las obras de la iglesia de S. Pedro fluyesen cada vez más escasamente. Cuánto fuese esto verdad, consta por el hecho de que en el tiempo transcurrido desde 1.º de enero hasta mayo

(1) Este documento, comunicado defectuosamente por Buonanni (p. 80 s.), fué publicado correcto por primera vez por Pogatscher en el *Repertorio para la ciencia del arte*, XVIII, 403 s. Giordani escribe (p. 149): *Già fin dall'1552 era entrato il Vignola a servizio della chiesa e in quell'anno gli si attribuiva il pomposo titolo di architetto della basilica di S. Pietro, in aiuto a Michelangelo, y cita para esto *R. Tesor. seg. 1552, f. 10. Si se consulta este tomo en el Archivo público de Roma, se halla en el lugar respectivo, al mes de enero de 1552, sólo el asiento: *Al Vignola architetto di N. S. sc. 25 d'oro. Éste corresponde tan poco al contenido indicado por Giordani, como los demás pasajes de este tomo (f. 8 y 27), donde están anotados como pensión mensual per la cura de architetto 13 scudi d'oro.*

(2) Esto se saca de la carta que se halla en Vasari, VIII, 319.

de 1551, se gastaron en total 121554 ducados para la construcción, mas en los cuatro años siguientes sólo la mitad de esta suma (1). A consecuencia de esta crítica situación y de nuevas hostilidades levantadas contra el maestro, esperaba el duque Cosme I, que ahora al fin conseguiría mover a Miguel Angel a que volviese a Florencia (2). Éste con todo estaba resuelto a perseverar en su puesto en la Ciudad Eterna. En una carta de 20 de agosto de 1554, empleó de nuevo Vasari toda su elocuencia en favor del plan de una traslación a Florencia, indicando enérgicamente los trabajos que padecía el maestro en Roma, y la falta de comprensión que allí encontraba (3). Miguel Angel, cuya mano entonces ya temblaba fuertemente, dió las gracias en pocas líneas. «Por vuestra carta conozco el amor que me tenéis; creedme, que seguramente de buena gana haría que reposasen mis huesos junto a los de mi padre, como me lo suplicáis; pero si quisiera irme de aquí, acarrearía gran pérdida y menoscabo a la construcción de S. Pedro, y le ocasionaría una grande afrenta y grandísimo perjuicio. Cuando todo quede en este asunto tan firmemente ordenado, que nada ya pueda cambiarse, espero hacer lo que escribís, caso que no sea pecado ser molesto a algunos bribones, que esperan que muy pronto me he de ir de aquí.» (4)

Fueron principalmente motivos religiosos los que indujeron a Miguel Angel a dedicar sus últimas fuerzas a la gran obra, por la cual había rehusado todo terreno galardón, pues quería trabajar sólo por amor de Dios y veneración al Príncipe de los Apóstoles y para la salud de su alma. Qué sentimientos le llenaban entonces, lo muestra este soneto conmovedor, que añadió a su carta a Vasari:

La frágil nave de la vida mía
Al común puerto por la mar undosa
Llegado ha ya, do cuenta rigurosa
Se dará de toda obra, mala y pía.

(1) Fea, *Notizie intorno a Raffaele*, Roma, 1822, 35. De grandísima importancia fué el que la Fábrica de S. Pedro recibiese en 1554 nada menos que 50000 escudos de la herencia de Segismundo de'Conti; v. la introducción a sus *Storie*, I, Roma, 1883, xxxiii.

(2) Ya en junio de 1550 habían comenzado los esfuerzos para conseguirlo; v. la *carta de Buonanni, fechada en Roma a 8 de junio de 1550, en el *Archivo público de Florencia*. Cf. Vasari, VII, 235 s. y Thode, I, 454 sobre los conatos realizados en 1552.

(3) Vasari, VIII, 318 s. Thode, I, 455.

(4) *Lettere*, ed. Milanese, 534. Guhl, I, 159.

Conozco cuánto erró mi fantasía,
Que su ídolo y su rey hizo amorosa
Del arte y su belleza primorosa,
Y lo que por su mal todo hombre ansía.

De amor los vanos sueños y el consuelo
¿Qué son hoy, si a dos muertes me avecino?
De una estoy cierto y la otra me amenaza.

Ni pintar ni esculpir calma el anhelo
Del alma, vuelta a aquel Amor divino,
Que a los mortales en la cruz abraza (1).

Condivi en su Vida de Miguel Angel refiere como un elogio, que Julio III, a pesar de toda la admiración de su grandeza, con delicadísima atención a las fuerzas decrecientes del anciano maestro, se guardaba bien de cargarle demasiado, y que en cambio el Papa en sus empresas artísticas casi siempre le pidió su opinión y juicio (2). Con todo confiáronse a Miguel Angel algunas obras especiales. Trazó él los diseños para la reconstrucción de la escalera hecha por Bramante en el Belvedere, y para una fuente que allí se había de colocar, como también para el palacio de la Rota, que tenía que ser erigido junto a S. Roque (3). En la casa Buonarroti de Florencia ha representado Fabricio Boschi a Miguel Angel sentado junto al Papa, rodeado de su corte, y explicándole el diseño del palacio de la Rota (4).

El consejo de Miguel Angel fué requerido en una construcción, que aun hoy mantiene vivo en Roma el nombre de Julio III: la célebre *Villa o Viña del Papa Julio* (5). Por su fábrica y dis-

(1) Guasti, Rime, 230.

(2) Condivi, LVIII.

(3) Vasari, VII, 228 ss., 233. Geymüller, Miguel Angel como arquitecto, 38, 40, 46. Kallab, 89. Thode, I, 452 s. En los libros de cuentas de Julio III (Tes. seg. 1555, p. 53b) se halla el * pago de 10 scudi para Bastiano [Malenotti] soprantante della fabrica di S. Pietro a buon conto del modello che m. Michelangelo pittore ha cominciato per far una facciata di un palazzo di ordine di N. S. (*Archivo público de Roma*). De esto se saca, que la noticia semejante que se halla en Lanciani, III, 39, nota 1, no se refiere, como éste cree, al Vaticano, sino al palacio contiguo a S. Roque.

(4) E. Steinmann publicará dentro de poco este cuadro en su trabajo sobre los retratos de Miguel Angel.

(5) Viña, no Villa, es llamada las más de las veces por los contemporáneos toda la quinta, como en la *relación de Navagero de 5 de septiembre de 1556 (*Biblioteca de S. Marcos de Venecia*), sobre la confiscación de los

posición mostró el Papa cuánto le animaba el espíritu amante de belleza del Renacimiento. Hállase aquí brillantemente manifestada la predilección de esta época por las casas de campo con muy exquisito arte decoradas y por los apacibles goces de la vida.

Ya siendo cardenal poseía Julio III en compañía de su hermano Balduino, a un buen cuarto de legua de la Puerta del Pópolo, junto a la Vía Flaminia, una pequeña granja con una viña, que había heredado de su tío, el cardenal Antonio Ciocchi. La campaña, que entonces aun llegaba hasta las puertas de Roma, presenta en el norte un carácter mucho más alegre que en el sur, donde los contrastes son más agudos, y las numerosas ruinas antiguas dan al cuadro un tinte muy melancólico. El embeleso de campestre soledad, que poseía antiguamente el fértil terreno que se extiende ante la Puerta del Pópolo, se ha disminuido cada vez más con el acrecentamiento de la moderna ciudad, y ha sido destruido enteramente con las grandes transformaciones de estos últimos años. Solamente ha quedado la encantadora vista al monte Mario. Para la perfecta inteligencia de la creación de Julio III, hay que representarse el estado en que se hallaban estos terrenos en otros tiempos. Con sus colinas suavemente onduladas, que alternan con escarpados peñascos de toba, coronados de encinas; con las hondonadas del valle y las vistas entonces todavía despejadas hacia los azules contornos de las montañas, que rodean a Roma por el norte, era apropiada esta región preferentemente para una granja, situada en las inmediatas cercanías de la ciudad (*villa suburbana*), cual gustaban de ella los grandes señores del tiempo del Renacimiento (1). Julio III manifestó muy buen gusto al resolver crearse un lugar de descanso y esparcimiento en tan excelentes alrededores de Fabiano del Monte, hecha por Paulo IV. También Lasso (Druffel, II, 824) habla solamente de una viniera. Massarelli (v. abajo p. 255, nota 4) dice asimismo constantemente vinea.

(1) Riegl (Arte barroco, 104), que investiga sutilmente los intentos de Julio III, niega sin razón el carácter de una *villa suburbana*, en la cual el elemento campestre, la huerta, haya sido una parte enteramente esencial, porque nada sabe de estos campos alrededor de la quinta, que ahora ciertamente han desaparecido. Ciertamente es el juicio de Burckhardt (Historia del Renacimiento, 249), de que la casa de campo de Julio III es la *villa suburbana* más importante que se ha conservado. *Praedium suburbanum* es llamado expresamente todo el conjunto en la inscripción del segundo atrio, mencionada abajo, 323 s. En el diseño de Bufalini (L), que reproduce el estado de este paraje al principio del reinado del Papa, se llama la villa vinea S. D. N. P. Julii III; la villa propiamente tal entonces aun no estaba edificada.

res, ensanchando la hacienda ya existente, donde libre de la etiqueta de la corte, pudiese gozar de la vida según su modo de ser apacible y sosegado, dar banquetes y conversar desahogadamente con sus amigos, como también con poetas y artistas. Este lugar tenía asimismo la ventaja, de que el Papa podía llegar a él fácilmente y sin pasar por entre el ruido de la ciudad, trasladándose del Vaticano por el tránsito cubierto al castillo de Santángelo, de donde una barca le llevaba Tíber abajo.

Pronto se mostró, que Julio III quería ejecutar su plan con grandiosidad verdaderamente romana. Con la compra de numerosas viñas y propiedades (1) reunióse un conjunto muy extenso de terrenos, en medio de los cuales se había de levantar la nueva casa de campo. En esta fábrica se concentró tanto con el tiempo el interés del Papa, que los trabajos comenzados en el Vaticano vinieron a estancarse (2). Al edificador se le ofrecieron a la mente para su nueva granja, de las antiguas construcciones, el célebre Palacio del Te de los Gonzagas de Mantua, y la Villa Madama, erigida por el cardenal Julio de Médici, que se levanta enfrente en el Monte Mario coronado de cipreses.

Quién haya trazado el diseño de la Villa Julia, y quién lo haya ejecutado, no es fácil establecerlo con las noticias que hasta ahora existen. Vasari en su autobiografía demanda para sí el mérito de haber hecho el primer bosquejo; diciendo que aunque otros lo ejecutaron, él fué con todo quien puso los fantásticos pensamientos del Papa en dibujos, que fueron corregidos después por Miguel Angel; que Vignola según sus numerosos propios bocetos terminó los aposentos, las salas y el ornato de la villa, pero que el Ninfeo, que ocupa una situación baja y hundida procede de

(1) Cf. las noticias que se hallan en Tesoroni, 86 s., tomadas de los documentos del *Archivio público de Roma*, Lanciani, III, 15 s. y Balestra en el escrito 9 ss., citado abajo, p. 320, nota 1.

(2) Sobre estos trabajos cf. de los antiguos Chattard, II, xxvi, 14, 49, 193 s., 196, 377, 435 s., 544; III, 106, 110 s., y de los modernos Ancel en la *Rev. Bénédict.*, XXV, 49 s. V. también Mai, *Spicil.*, IX, 376; Forcella, VI, 183. Sobre los trabajos llevados al cabo en el Belvedere, donde el Papa moraba con preferencia al principio de su pontificado (v. arriba, p. 76), cf. también Massarelli, 202; Lanciani, III, 37; Kallab, 86, 88, 89. El nombre de Julio III se lee al lado derecho de la Galleria Lapidaria sobre una puerta. Fueron adornadas con mucho gusto por Julio III las estancias del maestro de cámara, habitación ahora del subprefecto del Palacio Vaticano. En dos salas se han conservado aquí todavía medianamente las pinturas de cielorraso, con el gran escudo de Julio III en medio.

él y de Ammanati, quien se quedó después allí, y ejecutó la loggia o galería que hay en este recinto de la fuente. Vasari concluye con estas palabras significativas: «Con todo, en esta obra no pudieron los artistas mostrar lo que sabían, y nada lograron hacer de un modo recto y adecuado, porque al Papa se le ofrecían de día en día otros planes para ejecutar, conforme a las incesantes indicaciones que le hacía el maestro de cámara, Pedro Juan Aliotti» (1). En la vida de Tadeo Zúccaro vuelve a hablar Vasari de la parte que tuvo en la construcción, haciendo notar que antes que todos los demás, él trazó el diseño del atrio y de la fábrica de la fuente, y que Vignola y Ammanati siguieron este modelo; y que ejecutó las obras Baronino da Casal Monferrato (2). Sólo este último dato está confirmado auténticamente por las cuentas de la edificación (3). El nombre de Vasari se le busca inútilmente en esta fuente auténtica entre los gastos para la villa, mientras que desde 1.º de febrero de 1551 hállase allí Vignola como arquitecto propiamente dicho del Papa, con un sueldo mensual de 13 escudos de oro (4). En la Vida de Jerónimo da Carpi vuelve a expresarse el enfado de Vasari por las variables resoluciones del Papa, que rechazaba por la tarde lo que había aprobado por la mañana (5).

Es indudable, que entre Julio III y Vasari origináronse fuertes desavenencias, a consecuencia de las cuales los trabajos de Vasari quedaron limitados al primer diseño (6). Según lo que contienen las cuentas de la construcción, fué Vignola, al que Julio III conocía desde que estuvo en Bolonia, quien en el corto tiempo de 1551 a 1553 terminó la erección del edificio principal de la villa, mientras que Ammanati hizo el atrio de la fuente (7). En

(1) Vasari, VII, 694. A Aliotti le llama por burla Miguel Angel Il Tante-cose; v. *ibid.*, 231.

(2) *Ibid.*, 81-82.

(3) V. Bertolotti, Bartolomeo Baronino da Casalmaggiore, architetto in Roma nel sec. XVI, Casale, 1876, 21.

(4) Kallab, Estudios sobre Vasari, 87.

(5) Vasari, VI, 478.

(6) V. Willich, 56. Tampoco parece haberse ejecutado nada del proyecto que se ideó en 1553, de que Vasari adornase con frescos la loggia de la casa de campo (v. Kallab, 87, 90-91). Al principio estuvo Vasari muy en gracia con Julio III (v. Gaye, Carteggio, II, 377). Podrían dar nueva luz sobre las relaciones de Julio III con Vasari los documentos del archivo Vasari, que ha de editar Frey.

(7) Cf. Gurlitt, 41 s.; Willich, 58; Thieme, Léxico de artistas, I, 414. Recientemente P. Giordani en las Mem. e studi intorno a J. Barozzi, 131 s., ha

la decoración interior, que comienza en 1552, fueron empleados casi todos los pintores y estucadores que podía entonces Roma presentar, especialmente Tadeo Zúccaro y Próspero Fontana (1). La compra de ladrillos finos españoles para embaldosar el suelo, efectuada por otoño de 1554, designa cierto remate de los trabajos (2).

Simultáneamente con la construcción de la villa propiamente dicha, activábase con todo ardor la formación de los grandiosos jardines y parques, que habían de rodearla, y continuábanse también las compras de terreno. De las cuentas se deduce, cuán dilatada extensión tenían las plantaciones de árboles. Además de olmos y castaños, plantáronse especialmente numerosos árboles frutales, formándose también campos de hortalizas y viñedos. Trajéronse de Nápoles finos y exquisitos vegetales, y las flores eran colocadas en macetas. Las plantas y árboles que se compraron, ascendieron a unos 36000. Otros gastos concernían a la erección de pajareras, estanques para peces y diversos artificios hidráulicos (3).

A esta suntuosa Villa, que con el tiempo ocupó la mayor parte del terreno hasta los montes Parioli, pertenecía también en cierto sentido la iglesia de S. Andrés, que fué erigida por Vignola al norte junto a la Vía Flaminia, allí donde en otro tiempo el cardenal Bessarion se había detenido con las reliquias de este apóstol. Estaba con ella colindante un precioso lauredal. Este pequeño edificio, sumamente adornado, ofrece particular interés, por haberse empleado en él por primera vez como forma de cúpula un elipsoide partido en su longitud (4). Una inscripción,

intentado determinar más en particular la parte que tuvo Vignola en la construcción de la casa de campo, pero hay aquí mucha conjetura. Venturi (loc. cit. 355) mantiene la opinión de Willich.

(1) V. Bertolotti, loc. cit. 20 y Art. Veneti, 25; P. Giordani en *L'Arte* X (1907), 134 s. Un cielo abovedado sobre el pórtico de la fuente de la Villa Julia puede verse en Dolmetsch, *Tesoro de ornamentaciones*, Stuttgart, 1887, lámina 57, n.º 6.

(2) V. el documento, tomado del *Archivio segreto pontificio*, en el n.º 23 del apéndice.

(3) V. Lanciani, III, 16 s.

(4) Sobre este edificio, que debió su origen a un voto de Julio III (v. p. 67), cf. Stern, *Piante e elevazioni, profili e spaccati della villa suburbana di Giulio III*, Roma 1784, 107 ss.; Letarouilly, I, 199 s.; Forcella, XII, 211; Gurlitt, 51 s., 184, 188; Ebe, *Último período del renacimiento*, I, 142 s.; Willich, 64 ss.; Lanciani, III, 26 s. Esta iglesia se llamó entonces S. Andrés de la Viña,

que todavía se conserva, exhorta a los visitantes de la Villa a que, después que se hubieren recreado con sus bellezas, rueguen en este santuario por su edificador y poseedor.

De la impresión general de la Viña del Papa Julio difícilmente se puede uno formar idea; porque, prescindiendo de las destrucciones de los tiempos posteriores (1), falta un elemento esencial: los alrededores dispuestos con exquisita inteligencia, los parques y magníficos jardines, en los cuales cipreses, laureles y mirtos exhalaban aromáticas fragancias, florecían granados y otros árboles frutales, y varias fuentes lanzaban al aire sus claros cristales, mientras por todas partes antiguas estatuas de mármol y hermosas lápidas, pequeños templos, grutas y pabellones se elevaban brillantes de entre el oscuro verdor.

En la orilla del Tiber se fabricó un pequeño puerto donde desembarcaba el Papa, que venía del Vaticano en una barca lujosamente equipada. De aquí una umbrosa calle de árboles, de

como se saca de una *carta de C. Capilupi al card. Gonzaga, de 20 de noviembre de 1552 (*Archivo Gonzaga de Mantua*). Sobre la extensión de la Villa Julia cf. también Bollett. dell'Associaz. Archeol. Romana, I (1911), 193 ss.

(1) Las quintas de Julio III, que el Papa legó a su hermano Balduino, tuvieron las más variadas vicisitudes. Cuando murió Balduino por agosto de 1556, confiscó Paulo IV por abril de 1557 los bienes de Fabiano del Monte, por haber sido éstos adquiridos con los fondos de la Cámara Apostólica (Tesoroni, 44 s., 99 s.). Cuando Pío IV anuló esta sentencia, exceptuó la Villa Julia, partes de la cual vinieron a poder de los Borromeos y por éstos a los Colonnas (v. Balestra en el trabajo citado más abajo, p. 320, nota 1, p. 44 s.). El edificio principal (ya en tiempo de Paulo IV restaurado en un lugar; v. *Entr. et uscita al 8 de diciembre de 1558. *Archivo público de Roma*) quedó en posesión del Papa y sirvió largo tiempo para aposentar a cardenales, embajadores y príncipes, que aquí se preparaban para su solemne entrada en la ciudad (v. Erulei, 23 s.). Paulo V restauró el Ninfteo (v. Stern, 76). Clemente XIV y Pío VI procuraron restaurar la villa, duramente devastada por las revueltas de guerras anteriores, la cual en tiempo de los franceses vino muy a menos. En tiempo de León XII sirvió de escuela de veterinaria, en el pontificado de Gregorio XVI de hospital, y en el reinado de Pío IX, primeramente de depósito de libros, y después de almacén de pólvora. También el gobierno italiano utilizó inmediatamente el edificio para fines militares. A impulso de Letarouilly fué finalmente destinado, por real decreto de 7 de febrero de 1889, para museo de las antigüedades que se descubriesen fuera de Roma, especialmente de las etruscas. Su director, el profesor G. Colini, ha puesto de nuevo gran cuidado en reparar el edificio malamente desfigurado, y el Ninfteo en ruinas; a él hay que agradecer la última restauración de 1911. Cf. Hermanin, *Crónica del arte*, nueva serie, XXI, 339 s. La afirmación aquí sostenida, de que en la villa se representaban comedias, no se puede demostrar documentalmen-
te.

120 pasos de longitud, conducía al lugar de la Vía Flaminia, de donde parte la calle del Arco Oscuro. Allí hizo construir Julio III una fuente monumental, que estaba adornada con columnas y pilastras coriñtias. En los dos nichos laterales se hallaban las estatuas de la Fortuna y la Abundancia, y en medio una grande inscripción, coronada de las armas pontificias, anunciaba que Julio III había dedicado esta obra al bien público en el tercer año de su reinado. Debajo de la inscripción derramábase el agua de una antigua cabeza de Apolo. Los ángulos superiores del conjunto estaban adornados con las estatuas de Roma y Minerva, el frontón de en medio con dos pirámides de granito y el remate de la cúspide con un antiguo Neptuno (1).

Desde la encrucijada en que se hallaba esta fuente, por el lado de la calle del Arco Oscuro conducía aún un camino privado, plantado de árboles frutales, a un paraje redondo, en el cual en una hondonada se levanta el edificio principal de la Villa Julia, el único que hoy todavía está bien conservado (2). La fachada de dos pisos con gran portada rústica y columnas del mismo género que sostienen un balcón, es seria y sencilla, porque era tenido por cosa noble ocultar al mundo exterior la magnificencia y el brillo de semejante fábrica. Estos los barrunta el visitante sólo cuando pone el pie en el interior. Por la puerta se llega inmediatamente al sencillo zaguán, a cada uno de cuyos lados hay una gran sala. De la decoración primitiva, sumamente copiosa, de estas estancias, se han conservado todavía los frescos mitológicos y alegóricos del techo, obra de Tadeo Zúccaro, y el friso ricamente adornado con estuco y oro (3). A las salas del piso bajo

(1) Egger (Vistas, I, 1) publicó un dibujo a pluma de la Biblioteca del palacio imperial de Viena, que procede de un anónimo del siglo xvi y reproduce la vista primitiva de la fuente. Cf. además ahora la monografía de Balestra *La Fontana pubblica di Giulio III e il palazzo di Pio IV sulla via Flaminia*, Roma 1911. A ambos investigadores se les ha pasado por alto una lámina de H. Cock: *Fontis ornatiss. structura a Iulio III P. M. ad viam Flaminiam facta*, publicada por J. M. Heberle (Colonia), Kat. 103, n.º 3003. En la construcción de esta fuente trabajó Francisco de Sangallo, según Clausse, *Les San Gallo*, III, Paris, 1902, 193 s.

(2) La más antigua descripción de la Villa la da B. Ammanati en una carta a M. M. Bonavides de 2 de mayo de 1555, impresa por primera vez en el *Giorn. arcadico*, IV, Roma 1819, 387 s., y de nuevo por Balestra, 65 s. Cf. además Stern, 10 s.; Letarouilly, 421 s.; Erulei, 9 ss.; Willich, 61 ss.; Riegl, 105 s. Las antiguas vistas las ha reunido Lanciani (III, 24).

(3) Cf. Lanciani, *Dei fratelli Zuccari pittori*, Jesi, 1892; Friedländer, 52.

corresponden otras dos en el piso superior; allí se halla sobre el zaguán una sala central, a la que se añaden todavía algunas piezas más pequeñas que dan al atrio. Estas son las únicas habitaciones de la Villa; y eran las suficientes, porque el Papa no quiso labrarse una residencia donde morar constantemente, sino sólo una mansión, adonde así en verano como en invierno pudiese retirarse por breve tiempo, las más de las veces sólo por un día (1), y descansar de las fatigosas ocupaciones del gobierno. Quería además verse rodeado en todas partes de la mayor belleza. Por eso hizo también decorar ricamente estas piezas superiores con estuco y frescos. Son aquí especialmente interesantes las vistas del friso, todavía bien conservadas, que representan el estado de entonces de las siete colinas y también la misma «Villa Julia». Esta nueva suerte de pinturas, que aparecen ya antes aisladamente, v. gr., en el Palacio del Te, se hacen ahora cada vez más frecuentes (2). Comenzaba el tiempo, en que en las representaciones de arte no ocupa el primer lugar lo artístico, sino la realidad de las cosas.

Al entrar desde el zaguán en el primer atrio, se llega inmediatamente a un pórtico semicircular, que estaba ricamente adornado con estuco y frescos. Hoy sólo está en algún modo bien conservada la decoración de la bóveda de cañón: enramadas de rosales y vides, animadas por ángeles y pájaros. Las estatuas, que en número de treinta, estaban colocadas sobre el cornisamento y junto a las paredes del atrio, han desaparecido (3). En medio había un

(1) Cf. los datos puntuales de Massarelli en Merkle, II, 177, 213, 219, 221, 222, 223. El Papa iba con frecuencia a la villa, como se saca de las relaciones de la *embajada de Mantua (*Archivio Gonzaga de Mantua*), pero es exageración, que se conexiona con la parcialidad de los historiadores florentinos, lo que Adriani (VIII, 1) escribe: la maggior parte del tempo dimorava ozioso a un suo giardino, etc. El aditamento: onde i cortegiani e altri a cui la cosa importaba, se ne disperavano, muestra cómo semejantes juicios nacían de enfado personal. De la misma fuente procede el dato, de que Julio III a un empleado que le dirigió las acostumbradas palabras: Beatissime pater, cras erit consistorium, le respondió riendo: Cras erit vinea. Apoyándose en esta anécdota, dice Erulei (p. 7): Per la villa obliò ogni altro negozio religioso e civile! En 1552 dispuso Julio III el día de S. Andrés en la casa de campo una gran fiesta, a la que fueron invitados todos los cardenales; v. la relación de Lasso en Druffel, II, 825, y la *carta de C. Capilupi de 20 de noviembre de 1552. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. Friedländer, 86. Estas vistas, por desgracia, todavía no se han publicado.

(3) Interesantes datos sobre las antigüedades de la Villa y su posterior dispersión pueden verse en Lanciani, III, 20 ss., 29 ss. Cf. Cracas 1888, n. 80;

grande, magnífico y antiguo pilón de pórfido de una sola pieza. Este regalo, con que Ascanio Colonna demostró su agradecimiento por la reintegración en sus dominios, procedía de las termas de Tito, y más tarde fué a parar a la Sala Rotonda del Museo Pío-Clementino del Vaticano (1). Del pico de un cisne, al que sostenía una Venus, manaba el agua en el pilón, a cuyos lados estaban colocadas dos tazas de mármol listeadas de verde.

Los lados del suntuoso atrio están limitados por paredes decorativas rectas de dos pisos, formadas de arcadas ciegas semicirculares, que están separadas por pilares, a los que están adosadas columnas jónicas de medio relieve, y que se hallan coronadas por una sencilla ática. Dos salidas, una al principio y otra al fin de estas paredes laterales, conducen respectivamente a los jardines y al parque.

El edificio transversal, que separa este primer atrio de otro segundo, procede de Ammanati, como lo atestiguan las perfiladuras y la inscripción que se ve en un pilar (2). En medio se abre la entrada tripartita; algunas gradas conducen aquí a una galería, cuyo techo, decorado en otro tiempo suntuosamente con ornamentaciones de estuco y pinturas doradas, es sostenido por catorce columnas jónicas de mármol de diversos colores. Hay unidos en esta galería dos aposentos, uno a la derecha y otro a la izquierda, junto a los cuales se baja por dos graderías al ahondado patio de la fuente, donde en sitio más hondo todavía se levanta una obra a manera de gruta, sumamente elegante, la llamada Fuente Secreta, como se la denomina en la descripción de Ammanati, de mayo de 1555. El atrio de la fuente consta de dos pisos con nichos, que estaban adornados con bustos y estatuas antiguas. Sólo se han conservado aún algunos bustos, y en el piso inferior, donde se hallan también dos grutas en forma de logias, las figuras gigantescas del Arno y el Tíber, que yacen sobre dos pilones. El centro semicircu-

Hübner, I, 108 s. Al lado de las obras de mármol antiguas, se ven en la Viña también modernas; cf. Bertolotti, *Artisti Subalp.*, Mantova, 1884, 97.

(1) V. Vasari, I, 111; Cancellieri, *Lettera intorno la maravigliosa tazza di porfido regalata a Giulio III da A. Colonna*, Roma 1821; cf. *Arch. d. Soc. Rom.*, IV, 329 s.; Lanciani, II, 190; *Guida del Museo Vaticano di scoltura*, Roma 1908, 16. El sarcófago de Amazonas colocado ahora en el patio del Belvédere, procede de la Villa Julia; v. Amelung, *Las esculturas del Museo Vaticano*, II, 120 ss.

(2) V. Willich, 57.

lar del atrio está cercado de una balaustrada calada, que asimismo estaba adornada con estatuas, y rodea el Ninfeo propiamente dicho, la Fuente Secreta, que está un piso más abajo. El techo de este recinto de la fuente está sostenido por ocho hermes femeninos, que fueron ejecutados según un dibujo de Vignola (1). El suelo se halla cubierto de precioso mármol de diversos colores. De la fuente brota el agua, procedente del acueducto llamado Aqua Virgo. El acceso a este lugar, el más espléndido del edificio, lo facilitan dos pequeñas escaleras de caracol, que están ocultas en las mencionadas grutas. En estos sitios ha representado la mano del artista en las paredes y techos, la leyenda del Aqua Virgo según Frontino, como también los signos del zodíaco, las estaciones del año y las principales divinidades de los antiguos; las pinturas hechas según la narración de Frontino están destruidas, las otras se han conservado. Son representaciones en parte bastante libres conforme al gusto de la época del Renacimiento, las cuales, lo mismo que las figuras de la diosa del amor, colocadas en muchas partes de la Villa, demuestran muy claramente, que el espíritu austero de la reforma católica no había aún penetrado en la corte de Julio III (2). Son también características las grandes tablas fijadas en la parte posterior del atrio de la fuente, donde hay dos inscripciones en latín clásico; la una contiene las leyes o reglamentos de estos jardines (*Lex hortorum*), y la otra, puesta más tarde, narra la historia de la Villa, y la disposición testamentaria, de que su propiedad ha de permanecer en la familia del Monte (3).

(1) V. *ibid.*, 62, nota.

(2) Este juicio puede parecer a alguno demasiado riguroso. Tanto más me creo autorizado para rechazar un reproche, que, aunque es enteramente infundado, con todo recientemente se ha lanzado de nuevo contra Julio III. Cancellieri (*Mercato*, 269) con su anhelo de compilar, ha anotado de la obra Theod. Sprengerus, *Roma nova*, Francof. 1667, 470, la historieta de los Priapos, que Julio III colocó en su villa, noticia que Bruzzone (*Vigna di Papa Giulio: Fanfulla della Domenica* 1890, n. 23, e *ibid.*, n. 33, en un muy flojo artículo: *Giulio III*) alega como demostración para probar el paganismo del Papa, aunque ningún contemporáneo menciona cosa semejante. Sprenger, que escribió un siglo bien cumplido después de la muerte de Julio III, tiene también otras anécdotas, cuyo carácter nada histórico se puede tocar con las manos. El profesor Hülsen cree, que por los «Priapos» de la Villa Julia se han de entender los inocuos bustos que allí había, representativos de personajes griegos (cf. *Comunicaciones romanas* 1901, 129); y observa además: «Que un pícaro jardinero haga creer después a los forasteros mil disparates sobre tales objetos, es cosa que aun hoy sucede».

(3) Ya publicadas por Stern (lámina 30). A Lanciani (en el *Arch. Rom.* VI,

Como en todas las construcciones de esta especie, forma el punto culminante del conjunto el Ninfeo, donde el dueño del edificio podía gozar en los meses calurosos de refrigerante frescura. Conforme a eso, esta parte fué también la más ricamente ornamentada. Descuidado ignominiosamente por largo tiempo, ha sido el Ninfeo restaurado muy recientemente con esmero y cariño, de modo que, a lo menos en algún modo, puede uno formarse idea de la pasada magnificencia. Las figuras que embellecían este edificio, como la estatua de la durmiente Aqua Virgo, que cantaron los poetas contemporáneos (1), faltan ciertamente, como asimismo los plátanos que la sombreaban. El atrio de la fuente en otro tiempo, cuando estaba aún hermo-seado con abundancia de esbeltas plantas y flores, y se elevaba a lo alto el surtidor con incansable actividad, así como toda la suntuosa Villa, no dotada por cierto de entera unidad, pero llena con todo generalmente de buen gusto, hubo de presentar un cuadro encantador. Concíbese por eso de algún modo el entusiasmo de los contemporáneos, que comparan esta fábrica con los jardines de Nerón. Esto es seguramente tan exagerado, como los gastos de la obra, evaluados por Segni en 250000 escudos.(2). Los costes con todo deben de haber sido considerablemente grandes. El que Julio III en tiempos tan serios gastase tanto en un edificio lujoso, en el que no siempre se guardó el decoro religioso, merece reprensión, más bien que el que el Papa, frecuentemente enfermo, pero en modo alguno inactivo, se retirase tan de buena gana a su granja (3). Como una de las últimas construcciones de este género, de fines de la época del Renacimiento, muestra la Villa Julia claramente las inclinaciones mundanas de este Papa, quien a la verdad no dejó de advertir lo que demandaban los nuevos tiempos, pero en modo alguno sacó todas las consecuencias que exigía la cambiada situación.

En la Villa Julia empleáronse también muchas veces, con-
 230 s.) se le ha pasado por alto tanto esto, como la publicación de las dos inscripciones, hecha por Letarouilly (p. 466 s.); cf. también Ciaconius, III, 760 y Tesoroni, 43 s.

(1) V. Saggiatore, I, 2, 91-92; cf. Anecd. litt., IV, 429 ss., 445 ss. La estatua del Aqua Virgo estaba enfrente de las cariátides.

(2) Segni, XIII, 829. Cf. también la relación de Lasso en Druffel, II, 824; el juicio de uno que hizo un viaje a Roma en 1554, en Rot, Itin. Rom. 249, del cual se deduce que la villa era fácilmente accesible; Condivi, LVIII; Adriani, VIII, 1.

(3) Cf. arriba, p. 145.

forme a la mala costumbre de aquel tiempo, materiales de antiguos edificios; consta por las cuentas, que como en tiempo de Paulo III, aprovecharon especialmente las ruinas que había en el paraje del Aqua Albulae (1).

La riqueza inexhausta del suelo romano en restos de la antigüedad, mostráronla entonces de nuevo preciosos descubrimientos, entre los cuales dos merecen especial mención. En 1551 se halló una excelente obra plástica de los primeros tiempos del cristianismo, por desgracia no conservada en toda su integridad, la estatua de San Hipólito, que más tarde vino a parar al Museo Cristiano de Letrán (2). En la Vía de' Leutari fué desenterrada la célebre estatua de Pompeyo, que el Papa compró por 500 escudos, y regaló al cardenal Capodiferro, cuyo palacio, llamado más tarde Spada, adorna ella todavía hoy (3). Como incansable coleccionador de cosas antiguas se señalaba ya entonces el cardenal Ricci (4). No pocas antigüedades fueron a países extranjeros. Refiérese que el Papa, siempre generoso, regaló al cardenal Guisa, que con verdadero ardor aprovechó su estancia en Roma para recoger antigüedades, la preciosa colección de monedas, de la herencia del cardenal Grimani (5).

Durante todo el reinado de Julio III, Vignola permaneció siendo su arquitecto oficial (6). Con todo, es incierto si él es el autor del ala que mira al Monte Caprino, del pórtico del Capitolio, graciosamente sencilla y señalada todavía hoy con el escudo de Julio III (7). Otro trabajo, que cupo seguramente a Vignola,

(1) Cf. Lanciani, II, 45, 109 s., 119 s., 132; III, 18 s.

(2) V. Kraus, Roma sott. 368 s., c Historia del arte cristiano, I, 229 s.

(3) V. Helbig, Guía, II, 170.

(4) V. Lanciani, III, 106 s. Ricci en su estancia en Portugal recogió también porcelana, que como muy rara preciosidad vino entonces por primera vez de China a Europa: Dice en sus cartas, que procedía de los antipodas; que un pequeño trozo costaba 2 ducados y una pieza hermosa 10; v. Mele, *Genealogia d. famiglia Ricci. *Archivio Ricci de Roma*.

(5) Cf. Heulhard, Rabelais, 314. Buonanni participa el 8 de marzo de 1550: *Il card. Guise attende a buscar più medaglie antiche et più statue che può et fu donato da S. S^{ma} a i di passati di tutte queste medaglie bellissime, che restaron del card. Grimani ch'erano in castello. *Archivio público de Florencia*.

(6) Lleva este título en los libros de cuentas; v. Bertolotti en los Atti Mod. Ser. 3, I, 84.

(7) Contra la opinión generalmente admitida hasta ahora, de ser Vignola el autor, se ha declarado recientemente Giordani (p. 151 s.) con resolución por razones de crítica del estilo. Pero como quiera que sea, se equivoca,

consistió en el rehacimiento y transformación del palacio de la familia Cardelli, situado en el *Rione* o distrito del Campo Marcio, el cuál recibió el nombre de Palacio de Florencia, de su dueño posterior Cosme de Médici.

Julio III había comprado este edificio en el primer año de su pontificado, con el dinero de la Cámara Apostólica, para procurar a su hermano Balduino una digna residencia particular. Por noviembre de 1552 ya habitaba allí Balduino; pero hasta un año más tarde no se efectuó la donación del palacio y de la Villa Julia a Balduino y sus herederos (1). En el interin se había reconstruido enteramente por Vignola el palacio Cardelli. No solamente fué completado el pórtico en el lado de la entrada y restaurada la escalera principal, quedando más cómoda y más hermosa, sino también se construyó un nuevo corredor entre el atrio y el jardín. En dirección al jardín esta parte fué embellecida con una hermosa doble galería (2). El interior recibió una decoración magnífica y de muy buen gusto con estuco y frescos. Desgraciadamente esta relevante obra no ha sido aún suficientemente estudiada. Vasari atestigua, que Próspero Fontana trabajó en ella; pero probablemente coadyuvaron también los Zúccaros, que casi siempre aparecen en unión con Vignola, como también Primaticcio (3). Además de este palacio, Julio III hizo a Vignola comenzar aún otro segundo cerca de la Vía de la Trinidad (hoy del Clementino), cuya terminación impidió su muerte. De una humorística carta del Papa a su hermano, de 23 de septiembre de 1553, se saca, que él entonces inspeccionaba personalmente los trabajos ya comenzados (4).

El amor de Julio III a los suyos lo atestiguan también los

cuando al igual que todos los demás, también Willich (p. 68), atribuye al tiempo de Julio III los dos pórticos de columnas, pues en el pórtico del otro lado que mira a Araceli, se ven los lirios de los Farneses.

(1) Cf. Tesoroni, 31 s., 35 s., 38 s., 89 s.

(2) Cf. Letarouilly, 660 ss., lámina 318 s.; Tesoroni, 36 s.; Willich, 70 s.; Ferri, *La ricostruzione del portico del Vignola nel palazzo di Firenze*, Roma, 1846. Giordani (p. 135 s.) declara, que también aquí sólo con reserva se puede seguir la tradición.

(3) V. Vasari, VII, 415; Giordani, 138.

(4) V. Tesoroni, 37, 88 s. El cuidado de Julio III por la conservación del palacio del Papa en Aviñón, necesitado a menudo de reparación, consta por su *breve al card. Farnese de 17 de abril de 1553. Arm. 41, t. LXVIII, n. 295. *Archivo secreto pontificio*.

sepulcros, que hizo erigir a su abuelo Fabiano y a su tío el cardenal Antonio. Destinó para ésto la última capilla del lado de la Epístola, de la iglesia de S. Pedro Montorio. Los diseños de esta obra de piedad filial, la primera empresa artística del Papa después de su elección, los suministró Vasari (1); pero también se pidió el consejo de Miguel Angel. Vasari había propuesto para hacer las figuras del sepulcro a Rafael da Montelupo, a quien rehusó Miguel Angel. A consecuencia de lo cual fueron éstas labradas por Bartolomé Ammanati, a quien también se atribuyen las sólidas y fuertes estatuas de niños, que hay en el antepecho de la capilla. Las pinturas de la bóveda son de Vasari, quien hizo también el cuadro del altar, que representa el bautizo del apóstol San Pablo por Ananías. Ambos sepulcros son fronteros uno de otro y están labrados simétricamente con igual construcción: sobre un sólido cimiento se levanta el sarcófago con la figura durmiente del difunto; en los nichos que hay en los sepulcros, están colocadas las estatuas de la Religión y la Justicia. El epitafio del cardenal, en el que se dice, que la Iglesia ha perdido con su muerte, por decirlo así, a su padre, es a la verdad ampuloso, pero la gratitud de Julio III halla aquí una expresión hablante. Aunque no sin defectos, recuerda con todo este sepulcro de familia unos tiempos mejores, y produce una impresión sumamente digna (2).

Además de Ammanati, Vasari y Zúccaro, dió también Julio III ocupación a otros numerosos artistas. De los pintores merecen ponerse de realce Juan de Udine, Daniel de Volterra, Jerónimo de Carpi y Pedro de Imola (3).

A pesar de las múltiples señales de decadencia, reinaba entonces una activa vida artística en Roma, adonde lo mismo que antes

(1) Cf. su dibujo en el Louvre de París, que publicará E. Steinmann. También aquí se halla el epitafio para Fabiano del Monte, ahora desaparecido.

(2) Cf. Vasari, VII, 226 s., 229 s., 231, 235, 693; Forcella, V, 254; Nibby, Roma, I (1839), 589; Kallab, 84, 86, 87, 89; Thieme, *Léxico de artistas*, I, 414; Reumont, III, 2, 724; Escher, *Barroco*, 116. En julio de 1554 recibió Ammanati el resto de la paga della scultura della capella del card. Montalto (*Intr. et Exit. en el Cod. Vat. 10605 de la *Biblioteca Vaticana*). En S. Pedro Montorio halló también su sepultura el card. Fulvio della Corgna (v. Forcella, V, 260). El card. Ricci se erigió su sepulcro enteramente semejante en la capilla frontera al del Monte; v. Forcella, V, 254.

(3) Cf. Vasari, VI, 478; Kallab, 84, 86; Atti Mod. Ser. 3, I, 83. Un pago para Pedro de Imola se halla en los *Exit. al 29 de abril de 1551. *Archivo público de Roma*.

iban también en peregrinación numerosos habitantes del norte, y especialmente pintores de los Países Bajos. Para muchos la permanencia en Roma fué fatal, pues por una parte no se libraron del amaneramiento dominante, y por otra vinieron a dar en compañías licenciosas. Pero algunos, como, v. gr., Antonio Mor, el pintor de la corte de Carlos V y Felipe II, sacaron gran provecho de su estancia en Roma, y se desenvolvieron allí hasta llegar a ser notables coloristas. Juan van der Straet de Brujas, el amigo de Vasari, ejecutó pinturas en el Vaticano desde 1550 hasta 1553 (1).

Como durante el pontificado de Paulo III, así florecieron también en tiempo de su sucesor especialmente las artes menores. En los libros de cuentas hallanse con frecuencia pagas para orífices, joyeros, talladores y grabadores; se encuentra aquí al célebre Alejandro Cesati, llamado el Greco, y a un discípulo de Cellini, por nombre Manno Sbarra (2).

Si se compara la actividad artística que hubo en tiempo de Julio III, con la que reinó en el pontificado de su predecesor, se deja ver en todo respecto una importante diferencia. Falta enteramente el gran impulso que supo dar Paulo III a todas las empresas; prescindiendo de la Villa Julia, pocas obras de importancia llegaron a ejecutarse. Fueron las causas de esto la inconstancia de Julio III, la brevedad de su reinado, y sobre todo sus apuros rentísticos. Así quedaron también reducidos a cortos límites los trabajos emprendidos para la construcción de calles (3), y para la fortificación de la ciudad, especialmente del Borgo (4), por los

(1) Cf. Bertolotti, *Artisti Belgi e Olandesi a Roma nei secoli XVI e XVII*, Firenze 1880, 46 s., 51; V. v. Loga en el *Anuario de la Casa imperial de Austria*, XXVII, 96 s.; Hoogewerff, *Pintores holandeses en Italia*, 142 s., 155 s.

(2) Cf. Plon, Cellini, 393 s.; *Atti Mod.*, II, 258; Bertolotti, *Art. Veneti*, 31 y *Art. Lomb.*, I, 312. Sobre las medallas de Julio III v. también *L'Arte X*, 137. Suministró relojes un importante artista de la Emilia (cf. Malaguzzi-Valeri, *Lo scultore Prosp. Spani detto il Clemente*, Módena, 1894). En los *Intr. et Exit. 1554-1555 se encuentra también a Giov. di Prato Tedesco orfice (Cod. Vat. 10605 de la *Biblioteca Vaticana*). Cf. la Relación mensual para la ciencia del arte, de Helbing y Seidlitz, I (1900), 77. El órgano de la llamada capilla de Plata de la iglesia imperial de Innsbruck es tenido tradicionalmente como regalo de Julio III; con todo, falta todo punto de apoyo para esto en los registros del *Archivio provincial de los franciscanos del Tirol*.

(3) Cf. Lanciani, III, 8.

(4) No solamente fueron reparados con frecuencia los muros de la ciudad (cf. Nibby, *Le Mura di Roma* [1820] 319, 320, 337, 358; *Rev. archeol.*, VII,

cuales se continuó lo que había comenzado en grande el Papa Farnese. La fisonomía de la ciudad de Roma fué muy poco alterada; en lo esencial permaneció el carácter que había tenido hasta entonces. Mas ya no había de conservarlo por largo tiempo, sino tenía que sufrir una profunda transformación en la segunda mitad de aquel siglo. Por eso parece muy puesto en razón trazar un cuadro de la ciudad, cual se presentaba ella al espectador a fines del período del Renacimiento.

III

La Roma del siglo XVI fué sobrepujada en número de habitantes por París y Londres (1), y en hermosura por Venecia y acaso también por Florencia. El exterior de la ciudad, apiñada en el terreno bajo que se extiende entre el Tíber, el Pincio y el Capitolio, y llena del más activo comercio, con sus calles por la mayor parte mal empedradas, oscuras y tortuosas, y sus casas viejas y parduscas, a pesar de sus numerosos palacios e interesantes iglesias, no producía ninguna impresión favorable en

129, 130, 136, 138, 232, 234, 237, 336, 339; Forcella, XIII, 31; Clausse, II, 352), y se hicieron restauraciones en el castillo de Santángelo (Pagliucchi, 122), sino también se continuó la fortificación del Borgo. Lanciani (III, 59) conoce sobre esto sólo un documento de 12 de junio de 1553. Pero hay todavía otros testimonios de ello. Sobre el comienzo de los trabajos v. en el n.º 19 del apéndice la *relación de C. Capilupi, de 14 de marzo de 1553 (*Archivio Gonzaga de Mantua*). Cf. además Pagliucchi, 124 s.; Rocchi, Pianta 68 s., 78, 214; Ravioli, *Notizie sui lavori di archit. milit. dei nove Sangallo*, 15 s. Sobre Jacobo Fusti Castriotto, que estuvo al servicio de Julio III y después sirvió a los imperiales contra Sena, cf. nuestras indicaciones del vol. XII, 451. Sobre la restauración del Puente de Sta. Maria, que en 1557 no resistió a la inundación, v. Fanfani, Spigol. Michelang., Pistoia, 1876, 136 s. Una medalla relativa al mejoramiento del puerto de Civitavecchia y a la fortificación de la ciudad, se halla en Venuti, 93.

(1) La población de Roma en tiempo de León X no podría haber pasado de 50000 habitantes, sobre lo cual cf. nuestras indicaciones del vol. VIII, 102. En el reinado de Paulo III sobrevino un aumento; con todo, el número de 90000, que Riess (p. 157) supone para la mitad del siglo XVI, es ciertamente algo demasiado alto. Según Mocénigo-Albèri (p. 35), el número de los habitantes en tiempo de Paulo IV, durante cuyo pontificado muchos se fueron de la ciudad, llegó a 40000-50000, y después subió a cerca de 70000. Venecia con 162000 habitantes, Londres con 185000 y París con 300000 (v. Riess, 157) estaban considerablemente más pobladas que Roma. La población de la Ciudad Eterna, como indica Mocénigo, loc. cit., se mudaba mucho constantemente.

los viajeros de gusto exquisito y delicado (1). Pero como conjunto, la residencia de la Cabeza suprema de la Iglesia, «este mundo en pequeño», «la patria de todos» (2), por su pasado del dominio de la historia universal, sus santuarios, sus tesoros artísticos y la extraña mezcla de ruinas y edificios de la antigüedad, de la edad media y del Renacimiento, por la seria grandeza de sus inmediaciones, como también por la composición cosmopolita de la población, que fluía de las más diversas regiones al centro del mundo católico, era un lugar al cual ningún otro del mundo igualaba.

Una porción de fuentes históricas de diverso género hace posible el procurarse un cuadro aproximado del estado de la capital del mundo, la cual durante el largo y tranquilo reinado de Paulo III se había levantado de la terrible catástrofe del año 1527, y con la mejora de las condiciones higiénicas, el embellecimiento de las calles y el despertamiento de una viva actividad en edificar, había tomado un nuevo vuelo, que se continuó en el pontificado de Julio III (3).

Además de los italianos Leonardo Bufalini y Ulises Aldrovandi, hay principalmente dos hombres de origen alemán, a quienes debe la posteridad un exacto conocimiento de la Roma del siglo xvi. Fué el uno Martin van Heemskerck, discípulo de Juan van Scorel, quien, como tantos otros paisanos suyos, fué a la Ciudad Eterna en 1532 por causa de sus estudios, y permaneció allí hasta 1535 (4). Heemskerck aprovechó con mucha diligencia su estancia en Roma. De sus esbozos y dibujos se ha conservado

(1) Mocénigo-Albèri (p. 34) hace resaltar expresamente, que la ciudad en general no parecía muy hermosa.

(2) Cf. Mocénigo-Albèri, 31. V. también el pasaje citado por Reumont en el Arch. stor. ital., Ser. 3, IX, 80, del convenio entre León X y Carlos V (*Urbe quae semper communis patria est habita*). En la sepultura de un prelado transilvano, muerto en Roma en 1523, lá que se hallaba en S. Stefano Rotondo, se leía: *Natum quod gelidum vidēs ad Istrum—Romana tegier viator urna—Non mirabere, si extimabis illud—Quod Roma est patria omnium fuitque* (Forcella, VIII, 209).

(3) Además de Amasaeus, *Oratio in funere Pauli III P. M.*, Bononiae 1563, y Modio, *Il Tevere*, Roma, 1556, 7, cf. nuestras indicaciones del vol. XII, 453 ss. Sobre la subida de los precios en tiempo de Paulo III, v. Lütolf, *Guar dia suiza*, 32. Navagero *notifica en 30 de octubre de 1557, que las casas estaban en Roma a un precio cuatro veces más alto que en Nápoles. *Biblioteca del palacio imperial de Viena*.

(4) Cf. Preibisz, M. v. Heemskerck, Leipzig, 1911, y Hoogewerff, *Pintores holandeses en Italia*, 195 s.

una gran parte. y forma ahora un tesoro del gabinete de grabados de Berlín. En esta colección se hallan grandes y pequeñas vistas de Roma, de sus colinas, antiguos monumentos, ruinas, iglesias, palacios, atrios con estatuas y antiguos jardines, diseños inapreciables por su exactitud, de gran valor histórico y arqueológico. Trazados casi siempre en presencia de los mismos objetos, lo reproducen todo como estaba entonces, con escrupulosa fidelidad, sin aditamentos ni exornaciones (1); oportunos suplementos ofrecen otros libros de esbozos de viajeros que iban a Roma, y los grabados de aquel tiempo. Entre éstos sobresale la colección *Speculum Romanae magnificentiae*, del activo editor Antonio Lafréry, quien se estableció en Roma a mediados del año cuarenta del siglo XVI (2).

El segundo alemán es el jurisconsulto de Francfort, Juan Fichard, quien durante su estancia en Roma por el otoño de 1535, tuvo la feliz idea de poner por escrito sus diversas impresiones (3). Estos relatos, escritos con rapidez sobre el terreno en lengua latina, no estaban destinados a la publicación, por lo cual sube de punto su valor. No desmienten en modo alguno la aridez del jurista, pero precisamente por eso son seguros, porque proceden de un observador sobrio y moderado. Sólo raras veces viene a expresarse en Fichard el entusiasmo del humanista por las

(1) Cf. J. Springer en el Anuario de las Colecciones artísticas de Prusia, V (1884), 327 s.; XII (1891), 117 s. y en los Estudios sobre la Historia del arte para A. Springer, 226 s., como también el Inventario crítico de Michaelis, Libros de esbozos sobre Roma, en el Anuario arqueológico, VI (1891), 126 ss.; Hübner, I, 16, 52 s. Cristián Hülsen y Hermán Egger preparan una edición completa de la colección de esbozos de Heemskerck. De esta obra magnífica, que ofrecerá con un catálogo descriptivo 300 dibujos en 180 láminas en fototipia bien marcada, de las cuales 20 contendrán fototipias cromáticas de facsimiles, pude utilizar aún los primeros pliegos por la bondad de los editores.

(2) Cf. el Anuario del Instituto arqueológico alemán, VII, 83 s.; v. Fabriczy en el Arch. d'Arte, VI (1893), 112 s.; Ehrle, Roma prima di Sisto V, 11 ss., Hübner, I, 15 s., 34 s., 49 s., 57 s.

(3) La «Italia» de J. Fichard fué publicada por J. C. v. Fichard en el Archivo de Francfort para la literatura e historia antigua alemana, III (1815), 1 ss., con una buena introducción, pero permaneció casi enteramente olvidada, hasta que Schmarsow indicó de nuevo esta fuente importante en el Repertorio para la ciencia del arte, XIV, 130 ss., cuya lectura me entusiasmó por Roma ya en mi primera juventud. Sobre J. Fichard cf. Janssen, *Bohemios*, III, 426, y Jung en el Archivo para la historia de Francfort, II (1889), 209 ss. y la Biografía general alemana, VI, 757 ss. El manuscrito de la «Italia» ha desaparecido (v. Jung, *Crónicas de Francfort*, XX), lo que es de lamentar por los bosquejos que iban adjuntos.

antigüedades. Como verdadero sabio, no goza de las magnificencias de Italia, sino las estudia. Sus memorias son tan importantes como interesantes, no solamente para el conocimiento del estado de Roma, sino también para formar concepto de las ideas de los tiempos de entonces. Las fluctuaciones en el juzgar los restos de la antigüedad, la preponderancia del interés arqueológico sobre la inteligencia del arte, algunos errores muy extraños sobre varias obras eminentes del Renacimiento, todo esto, hasta el empleo de artes mágicas para descubrir un hurto, caracteriza perfectamente el saber y las ideas de aquella época (1).

Fichard observa que tres puntos ofrecen la mejor vista en conjunto de Roma: las alturas del Panteón, del Castillo de Santángelo y del Capitolio. Él mismo confiesa ingenuamente no haber conseguido ninguna buena vista general, por hallarse todo dividido y cortado por colinas y huertos. Como la más hermosa vista total alaba él la que se presenta desde el Monte Caprino, que en aquel tiempo estaba todavía sin edificios, y donde se ponía equivocadamente la roca Tarpeya (2). Precisamente desde donde hoy está el palacio Caffarelli, residencia actual de la embajada alemana, levantó Heemskerck en 1535 su gran Panorama, que felizmente se ha conservado (3). El mérito de esta perspectiva

(1) El nigromante era judío (v. Fichard, Italia, 73). Sobre streghe, sortiere e maliardi nel sec. XVI in Roma trata Bertolotti en la Riv. Europ. XXII (1882), 822 s.; XXIII (1883), 581 s.; cf. también Rodocanachi, Rome, 342.

(2) Fichard, Italia 24, 26, 70.

(3) Reproducido por primera vez, con introducción por de Rossi, en los «Monumentos antiguos», editados por el Instituto arqueológico alemán, tomo II, lámina 12. Cf. además Springer en el Anuario de las Colecciones artísticas prusianas XII (1891), 123 s.; Michaelis, Libros de esbozos sobre Roma 169; de Rossi, Panorama circol. di Roma (Estr. d. Bull. arch. comun.), Roma, 1892. Una reproducción menor puede verse en Rodocanachi, Rome, 217, 220. La fecha que se ha de leer en el Panorama, no es 1534 ó 1536, sino (según Hülsen) 1535; por este medio se libra también uno de la necesidad de extender la permanencia del artista en Roma a más de cuatro años (en vez de tres), en oposición a van Mander. Sobre el gran Panorama de Roma me comunica el profesor Hülsen con la mayor amabilidad, que él y Egger han llegado a la convicción, de que *no es un trabajo hecho por la propia mano de Heemskerck*, sino que procede de un artista holandés contemporáneo, cuyo nombre hay todavía esperanza de descubrir. «Este artista, continúa Hülsen, está también representado en otros dibujos del segundo tomo de Berlín; así por ejemplo, procede de él la vista del Foro, que está reproducida en mi Foro p. 34, fig. 7, y la vista de la plaza de S. Pedro, que se halla copiada en Egger, Vistas Romanas, lámina 19. Además de la manera del dibujo, la diversidad de letra es decisiva: Heemskerck escribía en Roma, como los pocos autógrafos seguros

consiste en la reproducción sumamente fiel de la realidad; y por eso se diferencia de todos los ensayos antiguos, que llevan un carácter esquemático tradicional. El flamenco ha trabajado con diligencia verdaderamente alemana y con tan escrupulosa exactitud, que se puede bien decir, que su Panorama se parece a un dibujado recuerdo de despedida de la Ciudad Eterna. Cuanto más se estudian los pormenores, tanto más claramente se reconoce cuán grande importancia histórica poseen sus diseños. El artista, que hace describir un círculo a los ojos del espectador, comienza al lado izquierdo por el Aventino, y dando la vuelta por el oeste, norte y este, torna a parar a este monte. A sus pies ve el espectador ante todas cosas el templo de Sta. María in Cosmedín, la Casa de Cola di Rienzo, el Puente de Sta. Maria (Puente Roto) todavía no destruido, y el puerto lleno de vida con multitud de embarcaciones; a lo lejos el Janículo con S. Pedro Montorio y la Puerta de S. Pancracio doblemente torreada. Más allá a la derecha se eleva grandemente en primer término el castillo de los Savellis, edificado dentro del teatro de Marcelo, y detrás la ciudad antigua con su laberinto de casas, torres fuertes e iglesias. Como edificios que descuellan a lo lejos, aparecen el extenso palacio de la Cancelaría, la torre aguda de S. Agustín, la cúpula achatada del Panteón, la columna de Marco Aurelio, todavía no coronada con la estatua del Apóstol, y el Palacio de S. Marcos. Muy bien ha reproducido el artista, cómo la ciudad propiamente dicha es dominada por el castillo de Santángelo, transformado en un baluarte, que amenaza ceñudo, en lo alto del cual ondea la gran bandera del Papa. Del Borgo sobresale eminente el Vaticano, y junto a él la veneranda iglesia de S. Pedro y las gigantescas construcciones del nuevo edificio de Bramante. Síguese en primer término, como centro propiamente dicho del Panorama, la colina Capitolina vista de lado, que no muestra aún el orden que le dió Miguel Angel. Se ve la plaza del Capitolio con el obelisco y la célebre palmera, que estaban entre el palacio de los Senadores y la iglesia de Sta. María de Araceli. A lo lejos se levanta la gran

del primer tomo lo demuestran, en un carácter enteramente del norte, mientras los nombres que hay en el Panorama, puestos seguramente por el dibujante contemporáneo, se aproximan a la forma de letra de los italianos.—Cuanto a la fecha, quiere leer Egger 1536, de lo cual no estoy yo del todo persuadido, pero esto es de menos importancia, si queda descartado Heemskerck como autor. •

Torre de las Milicias; más allá hacia el nortê, en la solitaria región de los collados, que forma el fondo, aparecen la basilica de Santa María la Mayor con el gran palacio patriarcal, la torre de los Contis, entonces todavía muy alta, y muy ligeramente esbozados los gigantescos pórticos de las termas de Diocleciano, como también la basilica de Letrán. A los pies del espectador está el foro animado por rebaños de bueyes con la basilica de Constantino, el arco de Septimio Severo, los restos del templo de Saturno, el bello pórtico del templo de Faustina y Antonino y las tres columnas del templo de Cástor, y a la derecha la enorme masa del Coliseo, el arco de Tito y Sta. María la Nueva (Sta. Francisca Romana). Hacia el este se reconocen a los pies de la roca Tarpeya los templos de Sta. María de la Consolación y de S. Teodoro, y los monumentos del Velabro. A ellos miran desde arriba las ruinas de los palacios de los emperadores. También se puede reconocer claramente el Septizonio y asimismo Sta. Anastasia con su campanario, y la escalera, por la que se subía antiguamente a esta iglesia. A la derecha el Aventino con el castillo de los Savellis, coronado de almenas, forma el término de este maravilloso panorama.

Si se abarca con una mirada todo el conjunto, sorprende muchísimo, cuánto predomina todavía el carácter medieval en este cuadro de Roma. No solamente en el Transtiber, sino también en otras partes se erizan cual agujas hasta el cielo aquellas numerosas torres de castillo, de que estaban provistas en otros tiempos todas las moradas de los hombres ilustres, especialmente de los cardenales (1), y que se conservaron también todavía más tarde como señal de nobleza. Cuadradas, dotadas de troneras y coronadas de almenas, recuerdan los tiempos sanguinarios. Como la más elevada de estas torres aparece la Torre de las Milicias, la legendaria Torre de Nerón, que tan gran papel representa en las vistas medievales de la Ciudad Eterna (2). La torre principal del pala-

(1) Cf. Albertini, *Opusculum de mirabilibus novae urbis Romae*, ed. Schmarsow, Heilbronn, 1886, 31.

(2) Esta torre, edificada en el pontificado de Gregorio IX, mudó repetidas veces de poseedores, pero en 1546 se hallaba de nuevo en posesión de la familia Conti (Lanciani, *Il Panorama di Roma delin. da A. v. d. Wyngaerde* ca l'a. 1560, Roma, 1895, 13, y *Nuova Antologia*, 1912, 165 s.). Falta todavía un trabajo especial sobre las torres de Roma. Cf. entre tanto Adinolfi, *La torre de'Sanguigni*, Roma, 1863; *Giorn. Arcadico* 1889, II, 282, 373; III, 49; Gnoli, Roma, 135 ss., 138 ss., 152 ss.; Dengel, S. Marco, 76; Sabatini, *La Torre dei Cenci*, Roma, 1906; *La famiglia e le torri dei Frangipani in Roma*, Roma,

cio del Senado que hay en el Capitolio, con sus almenas y las linternas en los cuatro ángulos, lleva aún enteramente el sello del siglo XIV. Mas también en las iglesias se ven casi sólo campanarios medievales; las pocas cúpulas del tiempo de Sixto IV desaparecieron casi del todo a consecuencia de lo bajas que eran, mientras hoy precisamente las numerosas cúpulas de la época del estilo barroco dan al cuadro de Roma el singular carácter de solemne majestad.

No menor extrañeza causa la pequeñez de la ciudad propiamente dicha en relación con la gran porción de terreno todavía sin edificar, donde se hallan las antiguas ruinas confusamente desparramadas, y se alzan solitarias varias basílicas y monasterios. Forma vivísimo contraste esta tranquila región de grandes tiempos pasados con la ciudad de la época presente.

La oposición entre el terreno habitado e inhabitado, que circundaban los muros aurelianos, exprésase también claramente en el Panorama de Hendrik van Cleve (1), dibujado en 1550, y en el gran plano de la ciudad, grabado en madera, que trazó Leonardo Bufalini a fines del pontificado de Paulo III, y publicó en tiempo de Julio III en 1551 (2).

Faltaba a Roma un centro, pues el Vaticano, la residencia de los Papas del Renacimiento, estaba situado en los límites del paraje de la ciudad, lo mismo que el palacio de Letrán, asiento de la Cabeza de la Iglesia en la edad media. La *Ciudad Leonina* o *el Borgo* quedó siendo también en tiempo de Paulo III y sus inme-

1907; La famiglia de' torri dei Crescenzi, Roma, 1908. Es muy característica para la Roma anterior a la época del barroco la relativa poca altura de las casas, que se observa en los Panoramas de Hcemskerck. La cúpula de San Agustín, por ejemplo, que hoy casi desaparece en el cuadro de la ciudad, se eleva mucho sobre todo el Campo Marzio en el Panorama y asimismo en varias vistas parciales (f. 16: Perspectiva de Villa Madama; f. 58: Panorama del Borgo); una cosa semejante sucede con la iglesia de S. Homobono, que está al pie del Capitolio, la cual con dificultad puede hoy la vista distinguir entre las masas de casas, que la rodean.

(1) Conservado en el Gabinetto nazionale delle stampe (F. N. 3379), de Roma. V. Bártoli en el Bull. arch. comun. XXXVII (1909), 3 ss.

(2) El plano de Bufalini es de inapreciable valor para conocer la topografía de Roma, y junto con el de Du Pérac (ed. Ehrle, Roma, 1908), trazado en 1577, da una clara imagen del aspecto y disposición que presentaba Roma hacia la mitad del siglo XVI, antes de las grandes transformaciones de Gregorio XIII y Sixto V. Una nueva edición sobre el fundamento del ejemplar de la Biblioteca Vaticana, la debemos a Ehrle: Roma al tempo di Giulio III. La pianta di Roma di L. Bufalini del 1551, Roma, 1911.

diatos sucesores, lo que había sido en el pontificado de Julio II y de los Papas Médicis, el distrito eclesiástico propiamente dicho, al cual de una vez para siempre se había impreso su carácter con tres grandes edificios: la antigua y venerable iglesia levantada sobre el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, el castillo de Santángelo y el palacio del Vaticano, que encierra los más nobles tesoros artísticos. A esta parte de la ciudad, asegurada en tiempo de Paulo III y Julio III con nuevas fortificaciones, más tarde, por el Vaticano llamósela también Región (*Rione*, barrio, distrito) del Vaticano; y formó desde Sixto V la décimacuarta de las regiones, en que Roma fué dividida (1). La calle principal del Borgo, que se llamó Vía Alejandrina, de Alejandro VI que la hizo construir, y ahora se denomina Borgo Nuovo, la elogia Fichard como un camino real (2). Paulo III la hizo empedrar de nuevo. Este cuartel, maltratado con singular dureza en el saco de 1527, volvió a cobrar con el tiempo su antiguo carácter y esplendor. A los magníficos palacios, que se habían aquí erigido para Branconio dell'Aquila, para Rafael, como también para los cardenales Domingo della Róvere, Adrián Castellesi, Soderini, Pucci y Accolti (3), añadiéronse todavía diversos nuevos edificios, entre los cuales descollaba el palacio Cesi (4). Después que hubo muerto en 1537 su fundador, el cardenal Pablo Emilio, este edificio, situado

(1) Cf. Mocénigo-Albèri, 39; Adinolfi, *La Portica di S. Pietro ossia Borgo nell'età di mezzo*, Roma, 1859; Reumont, III, 2, 657.

(2) V. la *Taxa per lo matonar la via Alexandrina del Borgo di Roma, fechada el 22 de octubre de 1544 (Mandat. 1543-1545, p. 195. *Archivo público de Roma*). Qué forma presentaba la vista del Borgo Nuovo hacia 1560, lo muestra el dibujo de Juan Antonio Dosio, reproducido por Egger, *Vistas*, lámina 16. El profesor Hülsen me hizo también reparar en la rara y poco advertida lámina de Hendrick van Cleef «Burgus Romae» (en sus *Ruinarum varii prospectus*, grabados por Teodoro Galle), que completa a Dosio, por cuanto representa también la mayor parte del lado sur de este sitio hasta cerca de S. Gregorio in Cortina.

(3) Cf. nuestros datos del vol. VIII, 103, y Rodocanachi, *Rome*, 24 s., 186 s. En el palacio de Dom. della Róvere (cf. Ferri, 21 s.), al principio del reinado de Julio III, habitaba el card. Juan Salviati († 1553); v. Bufalini B.

(4) Ahora Colegio de Sta. Mónica, Vía S. Uffizio, n.º 1, y en lo esencial todavía bastante bien conservado (cf. Gnoli en el Bull. d. Ist. Germ., XX, 267 s.). A las colecciones artísticas del cardenal Cesi se refiere un *breve de Paulo III al dux de Venecia, de 2 de enero de 1546, en el cual se habla de una herencia de monedas y una estatua de Escipión Africano de jaspe, de las cuales había quedado despojado el cardenal por una sentencia. Arm. 41, t. XXXV, n. 10. *Archivo secreto pontificio*.

a la izquierda de S. Pedro, junto al muro de la ciudad, llegó a poder del hermano de Pablo, Federico, de no menor gusto artístico, quien recibió la púrpura en 1544. En el jardín de Cesi, que dibujó Heemskerck y visitaba todo forastero culto, había numerosas antigüedades, como el Sileno que se halla ahora en la Villa Albani, y las dos estatuas de bárbaros, que en 1720 fueron trasladadas al palacio de los Conservadores. La colocación en parte modificada de estas esculturas, que dispuso Federico Cesi, consta por una descripción compuesta en 1550. De toda la colección, la más importante de las privadas del tiempo de Paulo III, después de la de Valle, hoy sólo han quedado unos pocos restos (1).

El estado de la residencia pontificia a los comienzos del reinado del Papa Farnese lo describe Fichard, quien hace notar ante todas cosas su grande extensión, pues el Vaticano formaba un conjunto de palacios. La subida tenía la forma de terraplenes escalonados; en su parte inferior vivían y trabajaban los empleados curiales, y en su piso de en medio residían elevados dignatarios y también algunos cardenales, como Nicolás de Schönberg en tiempo de Paulo III. Fichard elogia en el Vaticano su grandeza, su suntuosidad y su riqueza en galerías (*loggias*), aposentos, salas y en accesos por los cuales se podía subir cabalgando hasta el último piso. Como cosas especiales dignas de verse, hace resaltar la Capilla Sixtina, la copiosa biblioteca y el Belvedere, incomparable por su situación y sus vistas, con la escalera de caracol de Bramante y el célebre patio de las estatuas (2).

La descripción de Fichard es la primera completa y bien ordenada de esta famosa colección de antigüedades. En ella ha hecho él en un caso, observaciones más agudas y acertadas, que Ulises Aldrovandi, cuya estadística de todas las antigüedades existentes en Roma, hecha en 1550, se califica como una guía notable por su grandísima exactitud y seguridad (3). La descripción del

(1) V. Michaelis, Libro de esbozos sobre Roma, 139 s.; Aldrovandi, 122 s.; Hülsen Egger, I, 14 s.; Hübner, I, 87 s.; Burckhardt, Documentos, 559 s. Sobre la visita que hizo Rot a esta colección, v. su Itin. Rom., 262.

(2) Fichard, Italia, 47-49.

(3) Delle statue antiche, che per tutta Roma in diversi luoghi e case si veggono di Messer Ulisse Aldrovandi, en Lucio Mauro, Le antichità della Città di Roma, Venetia, 1562, 115 s. (obra publicada por primera vez en 1556). Cf. Revista de Arqueología, 1876, 151 s.; Burckhardt, Documentos, 553 s.; Hübner, I, 29 ss.

sabio de Francfort es completada por dibujos a pluma de Heemskerck (1), mientras que un cuadro de Hendrick van Clève, que se halla en la galería imperial de pinturas de Viena, muestra los jardines del Belvedere y las estatuas que los adornaban hacia 1550 (2).

Como para la colección capitolina, así también para la del Belvedere había sido constituido en tiempo de Paulo III un propio inspector (scopatore). Las magníficas esculturas que Julio II, León X y Clemente VII habían aquí reunido (Apolo, Venus Felix, Laocoonte, Cleopatra, Tíber, Nilo, Tigris y Hércules-Torso), las enriqueció el Papa Farnese con una sola pieza realmente importante, la estatua del llamado Antínoo, que fué hallada hacia 1543 en un jardín no lejos del castillo de Santángelo, y representa en realidad a Hermes. Las demás antigüedades, tan numerosas como preciosas, que durante el largo reinado de este Papa se descubrieron, las destinó Paulo III para su familia y para su palacio.

Julio III en el pórtico del Belvedere en que hoy está el mencionado Torso (tronco de Hércules), hizo erigir una fuente, que llegó a tener gran celebridad, la cual producía muy buen efecto por formar el punto donde terminaba el largo corredor de Bramante (3). La misma colección no la aumentó, pues reclamaba excesivamente su atención el embellecimiento de la Villa Julia. A pesar de lo cual el patio de las estatuas del Belvedere vaticano, por el que Ulises Aldrovandi comienza su célebre descripción de las antigüedades romanas, quedó siendo el museo arqueológico más sobresaliente.

El Vaticano, que en tiempo de Paulo III fué aún embellecido con la construcción de la magnífica Sala Regia y de la Capilla Paulina, era considerado como el palacio más suntuoso y mayor del mundo. El embajador veneciano Mocénigo, que en 1560 emite este juicio, lo compara con una pequeña ciudad, en la que difícilmente se podía uno orientar y que era imposible describir (4). Era a la verdad un gran inconveniente para la residencia pontificia el que el aire de este sitio fuese insalubre en el verano (5). A los forasteros se les permitía muy ampliamente ver el Vaticano

(1) V. Michaelis, *Historia del patio de las estatuas del Belvedere*, 33; Hübner, I, 78 s.

(2) Egger, *Vistas*, 33, lámina 46.

(3) Michaelis, *Patio de las estatuas*, 37 s.

(4) Mocénigo-Albèri, 34.

(5) Esto lo hace resaltar Navagero en su *relación de 15 de agosto de 1556 (*Biblioteca de S. Marcos de Venecia*).

con aquella liberalidad, que manifestaron siempre la mayor parte de los Papas; cuando Julio III moraba en su Villa, hasta se podían visitar los aposentos privados del Papa, espléndidamente adornados, bajo la guía de un oficial de la corte (1).

La galería de la bendición, contigua a San Pedro, comenzada por Pío II y terminada por Julio II, en la cual se leía el Jueves Santo la bula *In Cena Domini*, la designa Fichard equivocadamente como el palacio de la Rota, de la que como jurista da una minuciosa descripción (2).

De la antigua iglesia de S. Pedro, de gran longitud y de cinco naves, traza el viajero de Francfort un cuadro, que en lo esencial es exacto. Menciona la ancha escalinata por donde a ella se subía, el espacioso vestíbulo cuadrangular y el atrio con la fuente (*cantharus*) adornada con la piña de bronce y los dorados pavos reales. En este espacio había entonces también fragmentos de antiguas estatuas. En el pórtico de la antigua y venerable basílica de Constantino, que en gran parte estaba aún en pie, causaban admiración la estatua de mármol de S. Pedro, que ahora se halla en la cripta, y la Navecilla de Giotto. De las puertas que conducían al interior del grandioso edificio, la última de la derecha, la llamada Puerta Santa, sólo se abría el año del jubileo. La portada principal con las puertas de bronce de Filarete ha inducido a Fichard al error, de dar asimismo una puerta de bronce a la portada secundaria lateral, mientras que en realidad sólo poseía una puerta de madera, tallada en tiempo de Eugenio IV, obra de fray Antonio di Michele da Viterbo (3).

El interior de la iglesia erigida sobre el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles y santificada por un largo y glorioso pasado, con su riqueza de capillas, altares, mosaicos, frescos y panteones, tenía que llenar a todo visitante de asombro y admiración. Qué tesoros se habían aquí acumulado en el decurso de los tiempos, se puede hoy vislumbrar recorriendo las Grutas de S. Pedro.

(1) V. Rot, *Itin. Rom.*, 258. También el castillo de Santángelo era entonces accesible; v. *ibid.*, 262.

(2) Fichard, *Italia*, 45-47. Hay aquí una equivocación con el palacio de Inocencio VIII, que estaba detrás. Sobre la Loggia della Benedizione v. Egger, *Vistas*, 24.

(3) Fichard, *Italia*, 43 s. Cf. además Schmarsow en el *Repert. para la ciencia del arte*, XIV, 132 s.; v. también Springer, *II*, 364. V. también la descripción de O. Panvinio, perteneciente al tiempo de Pío IV, en Mai, *Spic.*, IX, 367 s.

La basílica formaba un museo de la historia eclesiástica y artística, cual el mundo no había presentado otro segundo. Muchos monumentos habían mudado de lugar repetidas veces. Así Fichard vió los sepulcros dignos para todo alemán de especial observación, de los Papas Piccolóminis, en la capilla de S. Andrés, llamada entonces Sta. María de la Fiebre. Fuera de ella estaban en la última nave lateral de la izquierda de la basílica los confesonarios de los siete Penitenciaros para otras tantas lenguas. Opuesto directamente en el muro derecho de la iglesia se veía el sepulcro de Inocencio VIII, de Pollajuolo, y después los muy descuidados panteones de los Papas Médicis, León X y Clemente VII. En el mismo lado estaba también colocada la célebre estatua de bronce de S. Pedro, que Fichard designa como trabajo mediano aunque muy antiguo. El sepulcro del Papa Nicolao V, con quien el Renacimiento había subido al trono pontificio, lo elogia como espléndido; hallábase entonces ya en el recinto de las nuevas construcciones aun no acabadas. La fábrica dórica erigida en tiempo de León X, alrededor del sepulcro de S. Pedro, la compara el jurista de Francfort a una sala capitular, porque aquí estaban colocados el trono del Papa y los asientos de los cardenales (1).

A consecuencia del nuevo templo comenzado por Julio II, los días de la antigua basílica estaban contados. Sobre el estado en que se hallaban los trabajos a los principios del reinado de Paulo III, dan conocimiento algunos muy interesantes dibujos de Heemskerck, quien reproduce muchas particularidades de interés con la fidelidad y escrupulosidad que le son propias. Varios de estos diseños producen el efecto de una extraordinaria plasticidad (2). Es singularmente precioso un esbozo del antiguo y nuevo S. Pedro, tomado desde el sur. Del nuevo templo se ve aquí el coro provisional, la serie de nichos, más tarde interrumpida, de la tribuna del sur, y los grandes pilares del crucero con los arcos del sur y este del mismo; de la antigua iglesia de S. Pedro, primeramente Santa María de la Fiebre, y el obelisco que estaba en su antiguo

(1) Fichard, Italia, 43-44. Heemskerck diseñó el sepulcro de Inocencio VIII, según su antigua colocación; v. Michaelis, Libros de esbozos sobre Roma, 158.

(2) Geymüller, Diseños 324, 328, láminas 24 y 52. Springer en el Annario de las Colecciones artísticas de Prusia, V, 327 s.; XII, 118 s. Michaelis, Libros de esbozos sobre Roma, 136, 155, 163-164. Egger, Vistas, 29 s., láminas 29-34. Hülsen-Egger, I, 6 s., 8 s.

sitio junto a este nuevo templo, y se hallaba todavía coronado por una bola, la capilla de coro de Sixto IV, además el resto del largo cuerpo de la basílica y la fachada de la nave central con el frontón algo saliente; y luego más allá a la derecha el atrio cercado por el palacio del Arcipreste y el de Inocencio VIII, y dominado por la Capilla Sixtina y el último piso del antiguo Palacio Vaticano. Debajo del pintoresco campanario leonino y del trozo estrecho de la parte oeste de las galerías de Rafael, entonces todavía abiertas, aparecen la galería de la bendición y el frente del robusto saledizo de Paulo II con la puerta de entrada al Vaticano, erigida por Inocencio VIII, y junto a ella el pretil, en el cual en ocasiones solemnes sonaban las trompetas. A lo lejos se ve el largo corredor de Bramanté, el Belvedere, coronado de almenas, y el Nicchione en su primitiva forma de un piso (1). Cuánto se interesaba este artista por el nuevo templo, consta por el hecho de haber compuesto todavía de él una serie de otros esquicios. El adelanto de los trabajos en tiempo de Paulo III lo muestra el fresco de Vasari que está en la Cancelaría, y el estado en que se hallaban a fines del reinado del Papa Farnese y a los comienzos del pontificado de Julio III, se conoce por otros dibujos que se trazaron hacia el año 1550 (2).

La plaza que hay ante S. Pedro, la elogia Fichard como la más hermosa de toda la ciudad (3), y con todo apenas era la mitad de la de hoy; faltaba además el obelisco que hizo colocar en medio Sixto V, y faltaban asimismo las dos magníficas fuentes y las grandiosas columnatas de Bernini. El ornato principal de dicha plaza, en la cual, lo mismo que en las que había ante las iglesias de S. Marcos y Sta. María in Trastevere, en tiempo de Julio III todavía se corrían toros (4), lo formaba entonces la hermosa fuente, que había comenzado Inocencio VIII y terminó Alejandro VI (5). Por lo demás, Roma en aquel tiempo no dejaba ver aún las incomparables fuentes, que más tarde fueron objeto predilecto del arte romano. Heemskerck ha dibujado también varias veces la plaza de S. Pedro con los saledizos de la antigua iglesia y el Vati-

(1) Egger, Vistas, 29 s., lámina 29.

(2) Ibid., 31 s.

(3) Italia, 42.

(4) Cf. Massarelli, 211, 213, 214.

(5) Cf. Egger, Vistas, 25.

cano. Uno de estos dibujos, que ha sido descubierto recientemente en la Biblioteca Imperial de Viena, ofrece un cuadro sumamente instructivo de las desigualdades y condiciones de nivel de dicha plaza. Muy claramente se reconoce aquí la diferencia entre el rápido declive que llevaba al Vaticano, y la más suave subida del terreno hacia la gradería restaurada por Pío II, a cuyos lados estaban las estatuas de los Príncipes de los Apóstoles (1).

Guardaban la entrada del Vaticano en tiempo de Paulo III mercenarios alemanes (2), que en 1548 fueron sustituidos de nuevo por suizos (3). El Borgo estaba entonces sometido a muy rigurosa vigilancia. Fichard hace resaltar, que la entrada por la Puerta de S. Pedro a nadie era permitida, que no tuviese permiso del guardia del castillo de Santángelo (4). En el otro cabo del Puente de Santángelo estaban desde 1534 como guardas de la ciudad Leonina, las estatuas de S. Pedro y S. Pablo. Sólo después de pasar dicho puente se entraba en la ciudad propiamente dicha.

Qué carácter tuviese la *Región del Puente*, que se extendía aquí por ambos lados junto al río, lo indicaba al punto el primer gran palacio que se encontraba a la derecha del que venía del Borgo. Aquí habitaba casi a la orilla del Tíber, el noble banquero Bindo Altoviti, lleno de gusto por las artes y amigo de Rafael y Miguel Angel (5). Al lado de los bancos de los florentinos, entre los cuales sobresalía el de Juan Gaddi, había también casas alemanas, de las cuales las más conocidas eran las de Fugger y Welser. El palacio de los Fugger lo había adornado Perino del Vaga con frescos mitológicos (6).

En forma de rayos, como lo muestra muy bien el diseño de Bufalini, salían del Puente de Santángelo, que era el paso para el asiento de la Cabeza suprema de la Iglesia, las calles en todas direcciones, que conducían al corazón de la ciudad. A la derecha del puente se llegaba por la nueva Vía Paula a la iglesia nacional de los florentinos, edificada por Jacobo Sansovino, junto a la cual se unía, siguiendo el curso del río hasta el Puente Sixto, la calle más

(1) Ibid., 23 s., lámina 17.

(2) La guardia tedescha, como la llama Fichard (p. 71).

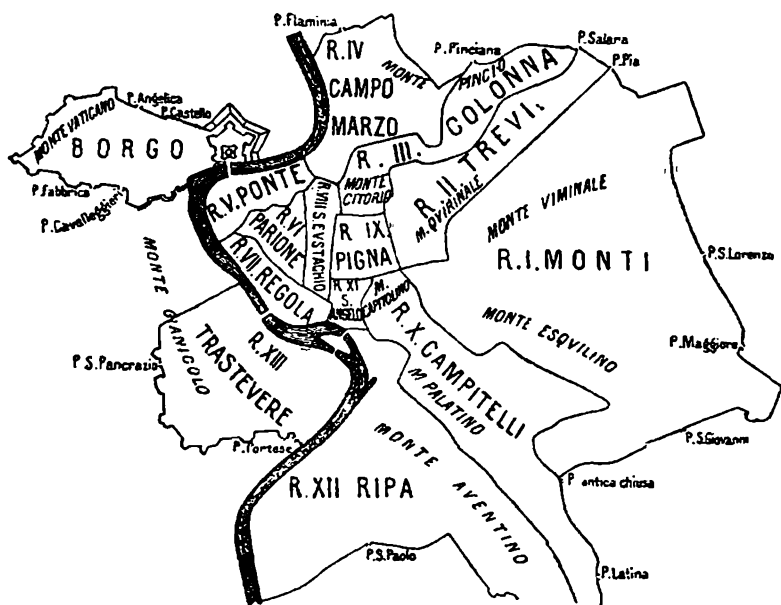
(3) V. Lütolf, 45 s.

(4) Fichard, Italia, 50.

(5) Cf. nuestras indicaciones del vol. VIII, 96.

(6) V. Schulte, Fugger, I, 201 s.; Schmidlin, Anima, 242.

larga y más hermosa (1) de la Roma de entonces, la Vía Julia (2), que fué construída por Bramante y mejorada por Paulo III. A la izquierda la calle que corría asimismo paralelamente al Tiber y se llamaba Tor di Nona (3), de la cárcel que allí había, servía de enlace con el Corso; y junto a la iglesia de Sta. María in Postérula, edificada a la orilla, se dividía en dos, que eran, a la derecha



Plano de las regiones de Roma en el siglo XVI

la Vía Sixtina o dell' Orso, que desembocaba en la Scrofa, y a la izquierda la nueva Vía de la Trinidad (más tarde Vía de Santa Lucía, Monte Brianzo, Plaza Nicosia, Fontanella di Borghese y Condotti), que atravesaba la Scrofa y el Corso (4) e iba a terminar junto al sitio entonces todavía sin edificar, que hay debajo del convento de la Trinidad de' Monti. A éste se subía por una senda pendiente sombreada de árboles.

(1) Así la llama Fichard (p. 25).

(2) V. *Mandata, 1539-1542, p. 144. *Archivo público de Roma*.

(3) V. Corvisieri en el Arch. d. Soc. Rom., I, 118; Baracconi, Rioni, 280 s.; Simonetti, Vie, 105 s.; cf. Bertolotti, Le prigionie di Roma nei sec. XVI-XVIII, Roma, 1890.

(4) En este sitio estaba en tiempo de Julio III la Croce della Trinità, frecuentemente mencionada en los documentos; v. Tesoroni, 12, nota 1.

Más hacia el centro de la ciudad había abierto Paulo III todavía una nueva calle, la Vía di Panico, por la cual se llegaba desde el puente de Santángelo al castillo-palacio de los Orsinis, en el Monte Giordano, que en 1550 era habitado por el cardenal Hipólito de Este (1). Con dicha calle empalmaba la Vía di Tor Sanguigna, de gran circulación, llamada más tarde Vía dei Coronari por sus comerciantes en rosarios o coronas (2). Esta calle construida por Sixto IV, que con sus hermosos y por desgracia descuidados palacios y pequeñas casas del siglo xv, del tiempo del primer Papa Róvere, ofrece uno de los cuadros más característicos de Roma, conducía a la torre de los Sanguignis y a la Plaza Navona.

El más importante y principal enlace de la ciudad con el Vaticano era el célebre *Canal del Puente* (3), que debió su nombre a la circunstancia, de que en las frecuentes inundaciones del Tíber asemejábase a un canal de la Ciudad de las lagunas (4). Una inscripción que ha resistido a todas las mudanzas de los siglos, recuerda allí todavía la inundación del año 1275 (5). Hasta qué altura penetró el Tíber repetidas veces en la ciudad, consta también con espantosa claridad, por las señales colocadas en la iglesia de la Minerva, indicadoras de las subidas del agua en los años 1422, 1495 y 1530 (6). Sólo eran las grandes inundaciones las que se señalaban con semejantes piedras conmemorativas. Menores las había cada dos años, como se puede sacar de las relaciones de las embajadas (7). La gente pobre de los barrios situa-

(1) V. Bufalini G.

(2) La parte inferior de esta calle se llamaba Via dell'Imaginé di Ponte (v. Adinolfi, *Via sacra*, 88), por la imagen de un santo, cuyo ornato arquitectónico hizo renovar Alberto Serra de Monteferrato por Antonio da Sangallo; v. Arch. d. Soc. Rom., XVII, 445 nota; Simonetti, *Vie*, 44.

(3) V. Adinolfi, *Canale di Ponte* 3 y 46. En el diseño de Bufalini está designada esta calle con el nombre de Forum numulariorum banchii. La célebre Contrada de' Banchi tenía que ser conservada, según el plan primitivo, en las nuevas reconstrucciones, pero con todo en 1889 cúpole el destino de la destrucción, el que ha tocado bajo el nuevo régimen a tantas otras cosas de Roma, muy dignas de verse; cf. Lanciani, *Renaissance*, 279.

(4) Otra calle destruida sólo en 1887 con el barrio de los judíos, se llamaba por la misma razón Fiumara.

(5) La inscripción, la más antigua de este género que hoy todavía subsiste en Roma, se halla en Gregorovius, *Historia de Roma*, V^a, 147.

(6) V. nuestras indicaciones del vol. I, 358; V, 459 ss., X, 261; cf. Berthier, *Minerve*, 32.

(7) Sobre la gran inundación de marzo de 1559 v. Ehrle, *Roma di*

«dos junto al Tíber padecía extraordinariamente en esta calamidad (1).

En el Canal del Puente estaba situada la casa de la moneda, la ceca pontificia, erigida por Antonio da Sangallo, que fué transformada por Paulo V en el Banco di Santo Spirito, de donde procede el actual nombre de Vía del Banco di Santo Spirito (2). Junto a la ceca se dividía el Canal del Puente: a la izquierda había la Vía dei Banchi Nuovi, que pasando en su continuación cerca de los palacios de los Mássimis, conducía a S. Marcos, y formaba una parte de la célebre antigua Vía Papal, que desembocaba junto a Letrán y unía las dos iglesias principales de Roma (3). A la derecha de la ceca, por la Vía dei Banchi Vecchi y la Víz del Peregrino (4), construída por Sixto IV, se llegaba al Campo di Fiore, y más allá a la Plaza Judía, al castillo de los Savellis, edificado dentro del teatro de Marcelo, y al pie de la colina Capitolina. Fichard dice, que esta calle central era la más célebre y la más llena de tráfico de todas; allí las casas de comercio seguíanse unas a otras sin interrupción (5).

Esta observación del viajero de Francfort es confirmada por el diseño de Bufalini y por el de Hugo Pinardo, trazado algunos años más tarde. Claramente se reconoce aquí, cómo toda la vida de la ciudad se concentraba en los barrios más próximos al puente de Santángelo, que era paso para el Vaticano (6). Allí sobre todo vivían los ricos comerciantes y banqueros, eminentes prelados y artistas, y también numerosas «cortesanas». En este sitio se hallaba, en la época del Renacimiento, el centro propiamente dicho de la vida con todo su brillo y su corrupción (7).

Giulio III, 24, sobre la de septiembre de 1559, todavía peor, v. nuestras indicaciones más abajo, lib. II, cap. III hacia el fin, sobre la de 1551 Riv. d. bibliot., XVII, 96.

(1) V. Mocénigo-Albèri, 33.

(2) V. Adinolfi, Canale, 32 s.; Rodocanachi, Rome, 189.

(3) V. Adinolfi, La via sacra o del Papa, Roma, 1865, y Laterano e via maggiore, Roma, 1857. Cf. Reumont, III, 1, 439 s.

(4) Al comienzo de la calle del Peregrino, a la derecha del que viene del castillo de Santángelo, arrancaba de ella una secundaria vía de comunicación, la calle de Monserrat, la cual atravesando la Plaza Farnese y la Plaza Spada, por las calles Régola y Fiumara llevaba al Ponte Quattro Capi.

(5) Fichard, 24.

(6) V. Rocchi, Pianta iconogr., 47; cf. Baracconi, 121.

(7) Sobre los desórdenes de las cortesanas, como se llamaba entonces a las públicas pecadoras, que hasta en las iglesias continuaban dando escán-

LIBRO I

Julio III

(1550-1555)

INTRODUCCIÓN

Paulo III ocupa un lugar eminente entre los Papas del siglo XVI, no sólo por haber sido su reinado desacostumbradamente largo y copioso en acontecimientos de gran importancia, sino de un modo especial por haber marcado la transición del periodo del Renacimiento al de la verdadera Reforma y Restauración católicas. Dotado de altas cualidades personales, y conociendo claramente la propia incumbencia de la Santa Sede y la situación cada día más peligrosa de los países del norte y centro de Europa, consagró su atención de una manera creciente a las cuestiones puramente eclesiásticas. Es verdad que todavía tuvieron en él mucha influencia los intereses profanos, que desde Sixto IV habían preponderado de un modo decisivo en la conducta de los Papas del Renacimiento; pero ya no estuvieron en su ánimo en primer lugar y casi siempre sufrieron el influjo de las consideraciones eclesiásticas.

Cuando echamos una mirada retrospectiva a los quince años del pontificado de Paulo III, se impone la persuasión de que comenzaba a alborear para la Iglesia la mañana de una nueva era llena de esperanzas, en la cual se demostraría hermosamente, como tantas otras veces, su fuerza espiritual y su maravilloso poder de rejuvenecerse y renovarse. El periodo del Renacimiento, en lo exterior brillante, pero principalmente mundano, y que había tomado la Religión y la Iglesia de un modo tan frívolo como la misma vida, corría apresuradamente a su fin. Comenzaba una nueva época a la cual sirvió de enlace con la anterior el Papa Farnese.

Por mucho que Paulo III haya pagado tributo a la perniciosa época en que se había educado y encumbrado, hizo, sin embargo, justicia a la nueva generación, en la que los elementos rigurosamente eclesiásticos trabajaban conscientes de sus fines y ajenos de todo vano respeto, para lograr una transformación espiritual con la reforma de tantas cosas como estaban hondamente corrompidas, y para vencer la peligrosa crisis por medio de nuevas instituciones. Inauguraron una nueva época la apertura del concilio Tridentino, la supresión de muchos abusos, la renovación del sacro colegio, el favor concedido a las nuevas Ordenes religiosas y el haber rechazado a los novadores que amenazaban invadir también a Italia. Verdad es que no se había conseguido todavía nada definitivamente regenerador: ni el concilio ni los conatos de reforma habían llegado a terminarse; las Ordenes nuevas se hallaban todavía en sus principios, y en parte ni siquiera habían fijado definitivamente su constitución; y tampoco se había llevado hasta el cabo la transformación del colegio cardenalicio.

Cuán grandes dificultades se opusieran aún al predominio de los intereses puramente eclesiásticos, lo mostraron los incidentes del conclave que siguió a la muerte de Paulo III (1).

En tiempo de este Papa había subido el número de los cardenales hasta cincuenta y cuatro, de los cuales veintinueve moraban en la Ciudad Eterna al fallecer el Papa (2). Al comenzar

(1) Sobre el conclave de Julio III, que después del de Pío IV, es el más largo del siglo XVI, hay un material sumamente rico de fuentes auténticas. Vienen en consideración, en primera línea, las relaciones de los testigos oculares: el cardenal Bernardino Maffei, Angel Massarelli, Sebastián Gualterio y Pedro Pablo Gualterio (de Brevibus), los últimos de los cuales asistieron al conclave como conclavistas de los cardenales Cervini, Alejandro Farnese y B. Maffei. Añádanse también los apuntamientos del maestro de ceremonias del conclave, L. Firmano. La relación de Massarelli es completa; las cuatro restantes han sido publicadas en extracto de una manera acabada por Merkle en el tomo segundo de la publicación monumental de documentos, de la Sociedad Görres, sobre el concilio de Trento, en que el editor ha advertido también en el prólogo cuanto ha sido necesario sobre la transmisión de estos documentos y su relación entre sí. La narración que sigue se apoya en Massarelli, siempre que no se indique otra cosa. Como complemento se han citado también las relaciones de embajadores, parte de las cuales está aún inédita. De las narraciones modernas las más salientes son: Sägmüller, Elecciones de Papas, 181 ss.; Bulas sobre la elección de Papas, 1 ss.; G. de Leva, Storia di Carlo quinto, V, 63 ss.

(2) Enumerados por Panvinio, en Merkle, II, 7.

el conclave habían llegado otros doce (1), y durante las negociaciones para la elección, llegaron el español Pacheco y nueve franceses. Sólo faltaron en el conclave tres miembros del sacro colegio: de Givry, d'Hanebault y el cardenal infante de Portugal.

Este conclave fué el más numeroso y prolongado de cuantos había memoria; pues comenzó el 29 de noviembre de 1549 y no acabó hasta el 8 de febrero de 1550; de modo que la Iglesia estuvo casi un trimestre destituida de cabeza visible. La causa de esta extraordinaria dilación se ha de buscar, más que en las divisiones de los cardenales y en el gran número de pretendientes (2), en la conducta de los príncipes seculares, los cuales intervinieron sin el menor miramiento en las negociaciones para la elección.

Era de prever que a la muerte de Paulo III, así el emperador como el rey de Francia procurarían ejercer el más decisivo influjo en la elevación del nuevo Papa. Carlos V debía desear un Papa que se inclinase a continuar el concilio, volviéndolo a convocar para Trento, y había decidido evitar a todo trance la elección del excelente Marcelo Cervini, quien siendo cardenal legado en Trento había llevado al cabo la traslación del concilio a Bolonia. Pero no menos que la cuestión del concilio influía en la actitud de los cardenales y de las potencias extranjeras el litigio, todavía pendiente, acerca de Parma y Plasencia.

En vida todavía de Paulo III, habían desplegado gran actividad, por parte del emperador, el gobernador de Milán, Ferrante Gonzaga, y su hermano Hércules, cardenal de Mantua, para elevar a la silla apostólica en el inmediato conclave a un enemigo de los Farneses, que restituyera al emperador las ciudades de Parma y Plasencia (3). Su candidato era el cardenal Salviati, sobrino de León X y tío de la reina de Francia. Según juzgaba en 1547 el embajador imperial en Roma, Diego Hurtado de Mendoza (4), tenía también por otros conceptos Salviati las mayores probabilidades de ceñirse la tiara; pues era amado de los car-

(1) Es a saber, Meudon el 11 de noviembre, Gaddi el 14, Filonardi el 15, Madruzzo el 19, Salviati y Gonzaga el 21, Cibo y Lenoncourt el 22, Monte y Rovere el 23, y Truchsess y Doria el 24. V. Massarelli, 10, 13, 14, 16, 19, 21, 22, 23.

(2) Véase la burla de Muzio (Lettere 108).

(3) De Leva, V, 64, s. Legaz. di Serristori, 187 ss. Maffei en Merkle, II, 19, s.

(4) Döllinger, Documentos I, 92. Mendoza afirma aquí que Salviati tenía hijos; por el contrario, dice Salviati (Legaz. di Serristori), que esta acriminación estriba en una equivocación con su hermano.

denales imperiales y neutrales, lo mismo que de los franceses y sus partidarios; el mismo Mendoza se había dejado ganar para él por los Gonzagas, y también le favorecía Granvela (1). Con todo, surgió un poderoso competidor a Salviati en su propio pariente Cosme de Médici y en el astuto agente que tenía en Roma, Everardo Serristori. Este hubo a las manos en abril de 1549 un memorial dirigido por el cardenal Gonzaga a Granvela, donde le recomendaba la candidatura de Salviati, y Serristori lo presentó al Papa (2). Paulo III, que todo lo temía de Salviati para sus nepotes, se enojó bravamente, y exclamó que nombraría cincuenta cardenales para hacer imposible la elección de Salviati (3). Mas en realidad no llegó a tanto. Con todo eso, el nombramiento de cardenales de 8 de abril de 1549, en el que obtuvieron la sagrada púrpura cuatro varones adictos a la casa de Farnese (4), fué una contestación a los manejos de los Gonzagas. Se vigiló la correspondencia de Salviati y se comunicó al emperador un escrito en que se le ponía de manifiesto (5); por lo cual también Carlos V le excluyó de la elección (6).

Poco antes de la muerte de Paulo III, la consideración al dominio de Parma y Plasencia volvió a producir un cambio de actitud de los partidos dentro del sacro colegio. Todavía en 14 de julio de 1547 el embajador imperial Mendoza, describiendo a su soberano las probabilidades de la futura elección pontificia (7), distinguía en el sacro colegio, fuera del grupo neutral, tres partidos de diferentes intereses políticos: los imperiales, los aficionados a Francia y los que eran hechura de Paulo III. Pero después que Alejandro Farnese se inclinó al emperador, esperando de él la restitución de Parma y Plasencia (8), se reunieron también en el sacro colegio los imperiales y los partidarios de

(1) De Leva, V, 65, nota 4.

(2) Despacho de Serristori, de 13 de abril de 1549, que se halla en Legaz. 186 s.

(3) Druffel, I, 270.

(4) V. nuestras indicaciones del vol. XII, 356 y s.

(5) Serristori en 1.º de mayo de 1549 (Legaz. 197). Maffei, en Merkle, II, 19 s., narra algunos pormenores sobre este escrito comprometedor.

(6) «Sua Maestà vorrebbe prima, che fosse Papa il Diavolo», dijo Mendoza a Serristori (Legaz. 209 s.).

(7) Döllinger, Documentos, I, 92.

(8) V. nuestras indicaciones del vol. XII, 363. Sobre los motivos por los cuales Farnese se juntó a los imperiales, véase Maffei, en Merkle, II, 26.

los Farneses. A 19 de noviembre había hecho Farnese un conato de llevar adelante este negocio aun sin el emperador, obteniendo del sacro colegio testimonio de la autenticidad de un escrito en que Paulo III, poco antes de morir, mandaba entregar la ciudad de Parma a Octavio Farnese. Pero como Camilo Orsini, gobernador de Parma, se negó a entregar la ciudad a Octavio a pesar del sacro colegio, no se mudaron con aquel conato las relaciones entre Carlos V y Alejandro Farnese (1).

Así que en el conclave no influyeron sustancialmente más que dos partidos: el imperial y el francés. Al partido imperial pertenecían (2) los españoles Alvarez de Toledo, Mendoza, Cueva y Pacheco; además Carpi, Morone, Crescenzi, Madruzzo, Šfondrato, Duranti, Alejandro y Ranuccio Farnese, Médici, Maffei, Gonzaga, Doria, Sforza, Savelli, Cornaro, Róvere, Truchsess y Pole. A estos veintidós se oponían veinticuatro cardenales inclinados a Francia: los doce franceses Armagnac, Meudon, Lenoncourt, du Bellay, Guisa, Châtillon, Vendôme, Tournon, de la Chambre, d'Amboise, Lorena y Borbón; y además, de los italianos, los cuatro cardenales obispos y *seniores* del sacro colegio, de Cupis, Salviati, del Monte y Carafa (3), lo mismo que Cesi, Verallo, Ridolfi, Pisani, Sermoneta, Este, Capodiferro, Crispi. También Filonardi sentía con ellos, al paso que se declaraban neutrales Cibo, Gaddi y el portugués de Silva.

Cervini estaba por encima de todos los partidos, y lo mismo de él que de Carafa atestigua Guisa, que sólo seguían el dictamen de su conciencia (4); lo cual no quiere decir que estos dos partidarios de la reforma eclesiástica fueran impenetrables a las consideraciones políticas. Precisamente el concienzudo y severo Cervini era el principal consejero de Farnese (5). La salud de la

(1) Massarelli, 16, 17. Druffel, I, 316. Véanse nuestras indicaciones del vol. XII, 364.

(2) Según la enumeración de Massarelli (pág. 97). Ayala (en Druffel, I, 333) cuenta a Cibo entre los imperiales, y dice que en favor de Pole habían también votado de Silva, Cervini y Rovere.

(3) Guisa (Ribier, II, 261) no enumera a Carafa entre los cardenales franceses. Pero también en la lista de Masio (Archivo de Lacomblet para la historia del Bajo Rin VI, Colonia 1868, 157) hállase el Theatinus entre los partidarios de los franceses.

(4) Ribier, II, 261. Véase además respecto de Carafa la memoria del cardenal Antonio Carafa en el Cod. X, F. 55, f. 6, de la *Biblioteca nacional de Nápoles*.

(5) «Farnesius, qui plurimum praesidii atque consilii in illum (Cervini)

Iglesia, y por tanto también la conciencia, exigía que se tuviera consideración a los príncipes, que podían tanto aprovechar como dañar a su causa.

De los cardenales nombrados debían su elevación a León X Salviati, Cibo, Ridolfi, de Cupis, Pisani y Lorena; al paso que Gonzaga, Gaddi, Doria, Tournon, de la Chambre y Châtillon habían recibido el çapelo de Clemente VII. Fuera de estos doce, todos los demás habían sido adornados con la sagrada púrpura por Paulo III (1).

Hubiera estado en interés de los Farneses y de los imperiales, acabar la elección cuanto antes, sin dar lugar para que llegaran los cardenales que residían en Francia (2); pues en completándose la reunión del sacro colegio, ambos partidos quedarían equilibrados de modo que ningún cardenal notoriamente favorable al emperador tendría probabilidades de ser elegido. Mas precisamente por eso el embajador francés en Roma, d'Urfé, se esfor-

contulerat, illius ope carere (cuando Cervini se puso enfermo) aegre ferebat. Para no perderle, se le dió un aposento contiguo al conclave, que fué incluido en la clausura: privilegio hasta entonces nunca oído. Gualterio, en Merkle, II, 60.

(1) Paulo III había dado al cardenal A. Farnese avisos secretos muy interesantes para su conducta en la elección de Papa, en los cuales se examina especialmente la actitud que ha de guardar respecto de «nostre creature», y son caracterizados de un modo interesante Pole, Salviati, Gaddi y Ridolfi. Estos «Ricordi di Paolo III al card. Farnese» se difundieron muy extensamente en manuscritos en el mismo siglo xvi. Anoté cuatro copias existentes en el *Archivo secreto del Papa*; fuera de eso hay en *Roma* ejemplares en el archivo Boncompagni (Cod. C. 20) y en las Bibliotecas Barberini (Lat. 5366), S. Pietro in vincoli (véase Lämmer, Para la Historia Eclesiástica, 40), Vitt. Emanuele (Varia 65); hállanse además manuscritos en *Arezzo* (Biblioteca), *Bolonia* (Biblioteca de la Universidad), *Brescia* (Biblioteca Quirini, C. III, 2), *Florençia* (Biblioteca Nacional, Cod. Capponi, 63), *Macerata* (Biblioteca, Cod. 259), *Pistoya* (Biblioteca Fabroniana, Cod. 63), como también en *Görlitz* (Biblioteca Milich) y *Munich* (Biblioteca pública). Los Ricordi fueron publicados según el manuscrito de Bolonia por Frati en el *Archivio stor. Ital.* Ser. 5, XXXV, 448 ss. Al cardenal S. Angelo, mencionado al fin de este escrito, lo identifica Frati con Lang, y deduce de ahí que los Ricordi se escribieron entre 1534 y 1540. Pero S. Angelo es Ranucio Farnese, quien desde el 7 de octubre de 1546 poseía el título de S. Angelo in Pescharia.

(2) * Nella congregazione d'oggi è stato ricordato da tutti i r. esser bene che si acceleri la elezione del Papa sotto pretesto delle cose del concilio, et massimamente di quel di Trento, ma in fatto muove una gran parte di loro il dissegno di escludere i car. Francesi, che non possino venire a tempo. Bonifacio Ruggieri al duque de Ferrara, en 10 de noviembre de 1549. *Archivo público de Módena*.

zaba por retrasar por todos los medios posibles el comienzo del conclave, y de hecho supo arreglar las cosas, por medio del cardenal de Este, adalid del partido francés, de manera (1) que las exequias del Papa fallecido el 10 de noviembre no se comenzaron a celebrar con gran pompa hasta el 19 de noviembre (2). Según la costumbre, duraron nueve días. Así pues, los cardenales no pudieron hasta el 29 de noviembre dirigirse procesionalmente al conclave, después de haber celebrado una misa solemne en la capilla de la antigua iglesia de San Pedro, a que dió nombre el Papa Sixto IV (3).

Las celdas de los cardenales se habían formado con tabiques de madera en seis de los mayores locales del Vaticano, es a saber, en la sala regia, la capilla Sixtina, y en las cuatro salas que servían, dos para los consistorios públicos y las otras dos para los secretos. Las celdas propiamente dichas se sortearon entre los cardenales el 27 de noviembre, reservándose para los enfermos habitaciones especiales. Para los cardenales creados por Paulo III se habían tapizado las celdas con paño violado, y para todos los demás con paño verde (4).

Para mantener el orden en la ciudad durante las negociaciones de la elección, estaban dispuestos cinco mil soldados, a los que se añadieron para la guardia especial del conclave, además de doscientos suizos, otros quinientos hombres de armas. En nombre del pueblo romano, habían solicitado los conservadores de la ciudad la honra de poder aprestar otros mil soldados para la seguridad de Roma; pero al día siguiente rebajaron su ofrecimiento a quinientos. En realidad los cardenales no querían oír hablar de un pueblo romano que obrara como independiente y señor de sí a par

(1) Carta de d'Urfé a Enrique II, fechada el 16 de noviembre de 1549 y publicada por Ribier, II, 254.

(2) Massarelli, 14 ss. Sobre el decreto del colegio cardenalicio, de erigir un suntuoso mausoleo a Paulo III, véanse nuestras indicaciones del vol. XII, 365.

(3) Massarelli, 26 ss. Como el conclave significaba un gran desembolso para los cardenales pobres, a propuesta del cardenal decano de Cupis, no sin contradicción de los más rígidos, se repartieron entre aquéllos ocho mil ducados, que se hallaron en poder del datario (ibíd. 11). Sobre las exequias de Paulo III, véase la relación que hay en el apéndice de las Opera di B. Scappi, Venecia, 1570.

(4) Massarelli, 25. Las pagas para el arquitecto Baronino di Casale, que dirigió la instalación del conclave, se hallan en los *Mandata 1549-1550 (*Archivio público de Roma*).

Allí estaban situadas también posadas muy concurridas, como el Albergo del Leone en la Vía Tor di Nona, y en su continuación el Albergo dell' Orso. Este edificio de ladrillo, medieval, en cuyos arcos de medio punto y ornamentos se manifiesta ya un elemento de antigüedad, se ha conservado hasta ahora, aunque mutilado y reconstruido en el interior, y sirve todavía de posada (1). No lejos del Albergo dell' Orso, tenía su casa adornada con antigüedades, el maestro de cámara de Julio III, Juan Bautista Galletti (2).

Para los grandes señores de la Región del Puente, que vivían muy estrechamente agrupados, los artistas eminentes del Renacimiento, en el laberinto de calles de este barrio del siglo xv, agitadas por una viva circulación, levantaron muchas veces, sobre solares estrechos e irregulares, palacios que eran notables por su grandiosidad y noble magnificencia, y encerraban numerosas antigüedades, como casi todas las moradas de los hombres ilustres (3). Muchos de estos edificios han sido enteramente destruidos, como el extenso palacio Altoviti y la elegante casa de los Binis (4). Otros, como el antiguo palacio cardenalicio de Alejandro VI, que en tiempo de Paulo III fué primeramente habitado por el cardenal Antonio Pucci, y después por Guido Ascanio Sforza (5), la llamada antigua Cancelaría (hoy palacio Sforza-Cesarini), fueron desfigurados con nuevas transformaciones. Con todo eso, se admira todavía hoy en su primitiva belleza el pintoresco palacio Alberini-Cicciaporci, edificio característico de Julio Romano, y la obra maestra de Jacobo Sansovino, el palacio Niccolini-Amici, erigido primitivamente para el banquero Juan

dalo, además de nuestras indicaciones del vol. V, 160, v. ahora también Tacchi Venturi, I, 182, y Calvi en la Nuova Antologia CLII (1909), 597 s.

(1) V. el artículo Un albergo del Quattrocento en la Revista Emporium, XXIII (1906), 72 s. Aquí se alojó en 1554 el conventual de Salem, M. Rot; v. su Itin. Rom., 248. Cf. también Noack, La Roma alemana, 52 s.

(2) Cf. Aldroandi, 186 s.; Hübner, I, 100. El tesorero de Julio III, Francisco d'Aspera, poseedor igualmente de antigüedades, vivía junto a S. Macuto; cf. Bufalini, ed. Ehrle, 43.

(3) Aldrovandi conoce más de cien casas semejantes. Generalmente no había palacio notable, en que no se hubiesen hallado un par de estatuas, cabezas, relieves o inscripciones antiguas, Hübner, I, 74.

(4) Cf. nuestras indicaciones del vol. VIII, 96; v. también Lanciani, Renaissance, 276, 286; Rodocanachi, Rome, 233.

(5) Pucci está nombrado en el Panorama de Heemskerck (v. de Rossi, Panorama, 12), y G. A. Sforza en el plano de Bufalini (G).

Gaddi, quien hizo de él un lugar de reunión para los artistas y literatos de su tiempo (1). En la Vía Julia, donde también habitaban Bienvenuto Cellini y desde 1542 Constanza Farnese (2), se levanta íntegra del todo en lo exterior la seria casa con formas de palacio (hoy palacio Sacchetti) del cardenal Ricci, tan lleno de gusto por las artes (3).

Las casas del siglo xv, que por la mayor parte sólo tenían dos ventanas en cada piso y arriba una galería (4), son a menudo fáciles de conocer aun hoy por las portadas y ventanas labradas con exquisito arte y elegancia. Colocábanse aquí no solamente las armas del dueño, sino también las más de las veces su nombre o un mote. Así, en la casa del arquitecto Próspero Mochi, de la calle dei Coronari (núm. 148) (5), se ve sobre las ventanas del primer piso el nombre del dueño, y sobre la portada estas palabras: *Tua puta que tute facis* (Sólo tus hechos son tu propiedad). En el palacio del cardenal Domingo della Rovere (ahora palacio de los Penitenciarios), se ha conservado sobre las ventanas del primer piso el nombre de este príncipe de la Iglesia, y junto a las del segundo su «empresa», que aparece también en su capilla de Sta. María del Pueblo: *Soli Deo*. También algunos extranjeros imitaron esta costumbre de designar las casas. Ofrece de ello un ejemplo la casa de la familia española Vaca, que se halla en la Vía della Vignaccia (hoy del Parlamento, núm. 60): sobre la portada está cincelado el nombre de la familia, debajo del cual se lee este verso: *Ossa et opes tandem partas tibi, Roma, relinquam* (Te dejaré a ti, oh Roma, mis huesos y mis posesiones).

Desde León X, la parte exterior de las casas principales fué embellecida muy artísticamente con pinturas esgrafiadas y frescos de un solo color, adornos que hasta en Polonia gozaron de gran celebridad y muchas veces fueron copiados. Los discípulos de Rafael, Juan de Udine, Perino del Vaga, Polidoro de Cara-

(1) Cf. Letarouilly, I, 14; Adinolfi, Canale, 44 s.; Baracconi, Rioni, 269.

(2) Cf. Massarelli en Merkle, I, 145; Lanciani, Scavi, II, 152.

(3) Ahora Vía Giulia, n.º 66; cf. Vasari, V, 466, 489 s.; Letarouilly, I, 92; Clausse, II, 389 s.; «Callari», 90 s.; Riegl, *Arte barroco*, 72; Lanciani, III, 107; Hülsen, *Il libro di Giuliano S. Gallo* v; Gnoli, Roma, 171 y *Bullet. d'Arte*, V (1911), 201 s.; VI (1912), 12.

(4) Cf. Gnoli, Roma, 156.

(5) Edificada por Pedro Roselli; v. Gnoli en *Associaz. art. fra i cultori di architettura A. 1910-1911*, Bérgamo, 1912, 70 s.

vaggio, Maturino y otros, produjeron magníficos trabajos de este género, casi todos los cuales desgraciadamente han perecido o han sido deshechos hasta quedar enteramente desfigurados. Así, apenas se puede ya reconocer el friso con la historia de Níobe, que Caravaggio y Maturino pintaron en un palacio de la calle de la Máscara de oro. Mejor se han conservado semejantes trabajos en una casa del VÍcolo del Campanile, junto a Sta. María Traspontina; casi han perdido el color los del VÍcolo Calabragia (ahora Cellini), y han sido retocados y alterados los de la interesante casa del Procurador del Anima, Juan Sander (calle del Anima, número 65). Los frescos del palacio Ricci son los que mejor dan hoy una idea de este hermoso ornato de las calles (1).

Juan de Udine había también decorado con estuco, en tiempo del primer Papa Médici, el palacio de Juan Bautista Branconio dell' Aquila. Otras veces se empleaba terracota para la ornamentación (2). Desde el pontificado de Paulo III se fué aumentando cada vez más la costumbre de embellecer las casas con estuco, imágenes, relieves y estatuas. Suministra de ello un relevante ejemplo, además del palacio Capodiferro (hoy Spada), la casa del célebre orífice Juan Pedro Crivelli, todavía excelentemente conservada, que está situada en la Región del Puente, no lejos de la antigua iglesia de Sta. Lucía, donde estaba establecida la Cofradía del Confalón (3). Se ven allí imitaciones de antiguas armaduras, trofeos, escudos, cabezas de león, genios, festones y otros adornos; son de especial interés dos bajorrelieves que glorifican acontecimientos del reinado de Paulo III: el recibimiento de Carlos V en Roma y la conclusión de la paz de Niza. Crivelli se señaló por su gran caridad. Cuando el franciscano Juan de Calvi fundó

(1) Cf. Maccari, *Saggio di archit. e racc. di decoraz.*, Roma, 1867; Letarouilly, I, 110; *Rassegna d'Arte*, V, 97 s.; Gnoli, Roma, 159 ss., 164 ss.; Rodocanachi, Rome, 305 s. y Pl. 39; Hirschfeld, *Para la Historia de la pintura de las fachadas en Roma*, Halle, 1911. La casa de la Via della Máscara d'oro tiene ahora el n.º 7, la del VÍcolo del Campanile el n.º 5, y la del VÍcolo Cellini el n.º 31. Sobre la casa de Sander, cuyo atrio está diseñado en Noack, *La Roma alemana* 21, prepara el Dr. K. H. Schäfer un trabajo especial, ricamente ilustrado.

(2) Los pocos restos que se conservan aún de semejante decoración, los cita Gnoli (Roma, 165 s.). Un diseño de los restos que quedan en la casa de la Via Arco de' Ginnasi, n.º 23, puede verse en Stettiner, 434.

(3) Via dei Banchi Vecchi, n.º 22-24. Cf. Letarouilly, I, 99; Gnoli en el *Arch. d'Arte*, VI (1893), 236 s., 287 s. Otra casa con decoración de estuco y las armas de Paulo III, se halla en la Via Giulia, n.º 93.

un Monte de Piedad, para combatir una de las peores plagas del tiempo del Renacimiento, la usura, no ejercida exclusivamente por los judíos, otorgó lugar en su casa a esta fundación, pequeña a los principios, pero que pronto fué creciendo cada vez más, y la que favoreció también Julio III (1).

Si la Región del Puente era de un modo principal el asiento de los banqueros y comerciantes, la *Región de Parione* (2) era la parte de la ciudad donde residían los prelados, cortesanos, notarios, libreros, copistas, arqueólogos y literatos. Este barrio contenía en la edad media tres grandes plazas, de las cuales la plaza Parione, que estaba junto a la iglesia de Sto. Tomás, fué cerrada e incomunicada desde el siglo XIV (3), mientras que las otras dos, el Campo di Fiore y la plaza Navona, seguían subsistiendo. A la plaza Navona había trasladado el mercado desde la plaza del Capitolio, el cardenal Estouteville en 1477 (4). Cada miércoles, como atestigua expresamente Fichard, había aquí mercado especial de vestidos, paños, armas y otros objetos, el cual todavía se continúa hoy en el Campo di Fiore. En tiempo de carnaval, el antiguo circo de carreras de Domiciano era el teatro de las brillantes diversiones y cabalgatas (festa di Agone), que atraían a este lugar a los curiosos de todas las clases de la sociedad (5).

A un lado de la plaza Navona estaba la iglesia nacional española de Santiago, y al otro se levantaba cerca de la iglesia nacional alemana de Sta. María del Anima, el espacioso palacio, que pasó a ser posesión del cardenal Cupis, y en el que había residido en otro tiempo el poderoso y más tarde tan desgraciado cardenal Ascanio Sforza (6).

(1) Cf. Tamilia, *Il s. Monte di Pietà di Roma*, Roma, 1900, 24 s., 101 s. Aquí (p. 31 ss.) también hay una relación sobre la procesión introducida por Julio III, que se celebraba cada año el 3 de mayo, y era una especie de fiesta de caridad.

(2) El nombre procede según Lohninger (*S. Maria dell'Anima*, Roma, 1904, 3), de la familia Parione.

(3) Por los documentos del *Archivio del Anima* consta, que en este paraje se hallaban numerosas ruinas antiguas, que compraban los curiales para edificarse después sus casas. (Bondadosa comunicación del rector, el prelado Lohninger.)

(4) Cf. nuestras indicaciones del vol. IV, 440, nota 4; véase también Capogrossi Guarna, *I mercati di Roma*, Roma, 1873.

(5) Cf. nuestras indicaciones del vol. XI, 308 s.

(6) Por el plano de Bufalini (G) consta, que Cupis no solamente poseía el antiguo palacio de A. Sforza (cf. *Nuova Antologia*, Ser. 3, XLIII [1893],

Al sur de la Torre Millina, en cuyo remate, adornado con finas pinturas esgrafiadas, se lee todavía el nombre de la familia (1), había hecho colocar el cardenal Oliviero Carafa la estatua de Pasquino, la cual es el símbolo denotativo de esta Región. En las proximidades del Pasquino, que era considerado por los artistas como una de las más excelentes obras de escultura, se levantaba el palacio que se había hecho erigir el tío de Julio III, el cardenal Antonio del Monte, muy aficionado a las artes (2). Según el diseño de la ciudad trazado por Bufalini, habitaba también en aquel paraje el influyente cardenal Alvarez de Toledo (3). En la calle Parione se hallaba la casa de comercio de Antonio Lafréry, que hasta el tiempo de Gregorio XIII formó el centro de la mercadería de estampas en Roma (4). Al suroeste de la calle Parione estaba el Pozo Blanco (Puteus Albus), que dió el sobrenombre a la vecina iglesia de Sta. María. Este pozo, que ha hallado hoy su lugar en el Janículo junto a la encina del Tasso, representa un gran papel en los documentos del siglo xv, lo mismo que el sumidero de Sta. Lucía, como designación parcial topográfica del barrio. Este paraje recibió más tarde un aspecto enteramente cambiado, con la edificación de la nueva magnífica iglesia de la Orden de los Padres del Oratorio, fundada por San Felipe Neri.

La Región Parione era extraordinariamente rica en sobresalientes construcciones, las cuales, aunque en parte transformadas y muy descuidadas, son propias todavía para excitar especial interés en los amigos del arte. En la calle Parione recuerda al cardenal Esteban Nardini la portada adornada con el escudo de la familia, de

434), Plaza Navona, nos. 33 hasta 40, y Via dell'Anima, nos. 1-11, sino también la casa que formaba esquina, Via dell'Anima, nos. 15-18, y Plaza Navona, nos. 28-29, como también las dos casas contiguas por el sur, Via dell'Anima, nos. 12-14, y Plaza Navona, nos. 30-32, que pertenecían al Anima. Éstas las quiso Cupis primeramente expropiar «vigore bullae Sixti IV», pero no lo logró. En 3 de junio de 1520 litibus cessit. El Anima dió en alquiler después ambas casas a la hermana de Cupis, Francisca de Cupis (uxor Angeli de Bubalis), y a su hijo Cristóbal, primero para dos años, y más tarde ad locationem perpetuam; en 1545 efectuóse la venta. *Archivo del Anima de Roma*.

(1) Cf. G. B. Giovenale en el *Annuario* 1909-1911, Roma, 1911, 127 s. de la Accademia di S. Luca.

(2) V. Vasari, V, 452 s.; Tesoroni, 39, nota.

(3) Bufalini H.

(4) V. Ehrle, *Pianta di Roma del 1577*, p. 11 s.; cf. *Repert. para la ciencia del arte*, XXXIII, 402 s.

su palacio erigido en 1475, en el cual se estableció en tiempo de Julio III la administración del «Mons Julii» (1). Esta construcción, ahora malamente descuidada, recibió más tarde, como morada del gobernador, el nombre de Governo Vecchio, según el cual se llamó también la calle (2). Contigua a la parte posterior de este palacio estaba la residencia del cardenal Cortese. En este edificio, que asimismo se conserva todavía, se hallaba primitivamente el asiento del hospital de los alemanes transilvanos. En 1533, por donación de Rosa de Transilvania, pasó a ser propiedad de la iglesia nacional alemana de Sta. María del Anima, la cual lo vendió en 1542 al cardenal Cortese (3).

En el palacio del cardenal Fieschi, más tarde llamado Sora, residía en 1552 el cardenal Médici, que posteriormente fué Pío IV (4). Bien conservadas como este edificio, están también las elegantes moradas de las familias Pichi (5) y Caccialupi (6), como asimismo las de los prelados Turci (7) y Tomás de Roy (8). Todas estas construcciones son sobrepujadas en esplendor por el palacio Mássimi alle Colonne y la Cancelaría.

Antes de la terminación del palacio Farnese, que todavía no aparece en el Panorama de Heemskerck, la Cancelaría era el edificio mayor y más magnífico de la nueva Roma (9). Aquí residía el poderoso nepote de Paulo III, Alejandro Farnese, hombre

(1) Esto consta por Bufalini G.

(2) Sobre el palacio v. Ferri, 22 s. y Callari, 42 s.; cf. Letarouilly, I, 19. Un dibujo de la hermosa portada y del característico atrio puede verse en Stettiner, 424-425.

(3) La donación de Rosa se efectuó el 19 de abril de 1533, y la venta al cardenal Cortese el 21 de agosto de 1542. *Archivo del Anima*.

(4) V. Rodocanachi, Rome, 31. Sobre el palacio (ahora Liceo Terenzio Mamiani) v. Letarouilly, I, 195; Callari, 38 s.; Gnoli, Roma, 163.

(5) Plaza Pollarola, n.º 43; cf. Callari, 327 s. y Gnoli en la publicación citada en la p. 347, nota 5.

(6) Vico Savelli, nos. 44-54. Sobre la hermosa portada se lee Johannes Caccialupus. Sobre el adorno de la casa con cuadros, tapices y estatuas v. Arch. stor. Lomb., XX, 89 s.

(7) Esta casa, levantada en 1500, ahora Via Governo Vecchio, n.º 124, muestra todavía el escudo del dueño y en la cornisa del primer piso su inscripción; v. Letarouilly, I, 13; Belli, Case ab. in Roma da uomini illustri, Roma, 1850, 54.

(8) Cf. nuestras indicaciones del vol. VIII, 92, nota 3.

(9) *Omnium vero magnificentissimum et amplissimum palatium s. Georgii*, dice Fichard (Italia, 23). Sobre la Cancelaría cf. nuestras indicaciones del vol VI, 122 y Rodocanachi, 28 s.

de señalado ingenio, por el cual este palacio vino a ser, después del Vaticano, el centro de la vida diplomática, literaria y artística. A los lados de este grandioso edificio, al que aun en tiempo de Julio III se le daba también el nombre del cardenal Riario, su fundador (1), se habían agregado numerosas casas menores. La antigua basílica de S. Lorenzo in Dámaso, incluida en la Cancellería, era célebre en tiempo de la visita de Fichard, por las misas musicales que allí se celebraban diariamente (2).

El antiguo palacio Mássimi, en cuyas dependencias posteriores habían trabajado alemanes como primeros impresores (3), lo recordaban en tiempo de Paulo III las numerosas librerías que allí había, en las cuales solían juntarse diariamente los hombres doctos para comunicarse mutuamente sus opiniones (4). El asiento primitivo de este antiguo linaje había sido destruido en el saco. Desde 1535 edificó Baltasar Peruzzi para Pedro Mássimi un nuevo palacio, obra verdaderamente genial, adaptada con maravillosa destreza a la curvatura de la calle, en otro tiempo estrecha. El hábil trabajo del artista sólo ciertamente lo puede apreciar quien haya conocido el estado anterior; pero aun hoy todos pueden recrearse con el atrio de columnas, que con su pequeña fuente y la vista a la escalera y galería del primer piso, ofrece un conjunto singularmente hermoso y pintoresco. Todos los pormenores de este noble edificio son de lo mejor del tiempo de oro. (5).

En la Región de Parione estaban también situadas las casas Galli y Sassi, célebres por sus colecciones de antigüedades. Heemskerck en 1535 trazó dibujos a pluma de los atrios de entrambas y de las estatuas en ellos colocadas. Se ve allí, que los Sassis poseían entonces todavía las estatuas, que en 1546 llegaron a poder de los Farneses: el Apolo, la «Venus genitrix» y el relieve de Icaro, que fueron a parar a Nápoles, como también el Hermes, que se halla ahora en el Museo Británico. En el atrio de la casa Galli, que estaba situada al lado norte de la plaza de la

(1) V. Bufalini H.

(2) Fichard, 23, 25.

(3) Puede verse su diseño en Noack, La Roma alemana, 60.

(4) Fichard, 24.

(5) Cf. Burckhardt, Historia del Renacimiento, 52, 104, 106, 205, 298, 323; Ebe, I, 25 ss.; Riegl, Arte barroco, 69; Rodocanachi, 204; Hübner, I, 104.

Cancelaría, se veía en medio de estatuas y sarcófagos el Baco de Miguel Angel (1).

La segunda gran plaza de la Región de Parione era el Campo di Fiore, formado y dispuesto por Sixto IV, que estaba limitado al suroeste por la Región de la Régola. Por su central situación entre este barrio medieval, que se extendía a lo largo del Tiber, y los cuarteles Parione y Puente, en los cuales palpitaba la vida durante la época del Renacimiento, era el foro propiamente dicho de Roma. Aquí se fijaban las bulas pontificias, se publicaban las órdenes del gobernador, se hacían ejecuciones y se tenía también el mercado de caballos (2). Al lado sureste de la plaza, sobre las ruinas del teatro de Pompeyo, el sobrino de Eugenio IV, el cardenal Francisco Condulmero, había edificado un gran palacio, que más tarde vino a poder de los Orsinis, los cuales lo dieron en alquiler a varios miembros del Sacro Colegio; en tiempo de Julio III lo habitaba el cardenal Francisco de Mendoza (3). Detrás de este palacio (ahora Pío), se hallan dos antiguas iglesias, Sta. Bárbara y Sta. María in Grotta pinta. Al norte de Sta. María estaba situada la iglesia de la Hermandad de los panaderos alemanes, Sta. Isabel, que recientemente ha sido destruida (4).

A consecuencia del vivo tráfico que se desenvolvía en el Campo di Fiore, establecieron allí numerosas tiendas y posadas. Los célebres editores Antonio Blado y Antonio Salamanca tenían en esta plaza sus establecimientos (5). De las posadas pertenecía una, el Albergo della Vacca, a las ricas posesiones de Vannozza de' Catanei, conocida por la historia de Alejandro VI, la cual poseía también en otras partes «casas dadas en alquiler a posa-

(1) V. Springer en el Anuario de las Colecciones artísticas de Prusia, V, 327, 330 ss.; Michaelis, Libros de esbozos sobre Roma, 141, 153, 170; Hübner, I, 100, 114; Hülsen-Egger, I, 16 s., 39 s., 42 s. Especialmente sobre la Casa Sassi cf. Rocchi, 253 ss.; Arch. d. Soc. Rom., XX, 479 ss. Algunos restos de la antigua casa se han conservado en el nuevo edificio levantado en 1867, Via del Governo Vecchio, n.º 48. Sobre la Casa Sassi v. ahora también Hülsen-Egger, I, 42 s.

(2) Cf. Fichard, 25; Gnoli, Roma, 183; Rodocanachi, Rome, 31; v. también nuestras indicaciones del vol. VIII, 104.

(3) Bufalini H; cf. Rodocanachi, Rome, 31.

(4) V. de Waal, Campo Santo, 179 s.

(5) V. Gori, Archivio, IV, 225. Sobre A. Blado cf. Riv. Europ., XXII (1880), 16 s.; Giorn. stor. d. lett. Ital., XXIII, 307, 328; sobre Salamanca v. Repert. para la ciencia del arte, XXXIII, 402 s.

deros (1). Todavía hoy lleva el nombre de Casa di Vannozza un edificio del siglo xv, que hay junto al Campo di Fiore en la calle del Gallo, números 12-13, en la esquina de la calle de'Cappellari (sombrereros). Que pertenecía a aquélla, lo muestra el escudo de mármol con el toro de los Borjas, colocado en el frontispicio. Hasta ahora se ha considerado este edificio, que se ha conservado con ligeras variaciones, como la posada de la Campana, la cual, según el diario de Burchard, era el alojamiento de los príncipes alemanes en el último tercio del siglo xv. Con todo, los documentos del archivo del Anima muestran, que esta casa pertenecía a los Valles, quienes la dieron en alquiler en 1479 al posadero alemán Juan Teufel (diablo), llamado por los italianos con eufemismo Angelo, quien dos años más tarde compró una parte de este edificio (2). Por tanto, la célebre posada de la Campana, que formaba un predilecto lugar de reunión de los alemanes de Roma, no era la casa de la Vannozza, sino que estaba situada junto a ella en la calle de'Cappellari (3). También en otros parajes en el siglo xv ejercían los alemanes el lucrativo oficio de posaderos; en el Borgo, ya en tiempo de Eugenio IV, había más de sesenta posadas y tabernas alemanas (4).

Fuera de «la Campana», gozaba ya en el siglo xv de gran celebridad el Albergo del Sole, el cual, ciertamente reconstruido, dura hasta el presente en la calle di Biscione (culebrón), núms. 73 a 76. Nadie sospecha hoy, que este edificio ordinario con honda y abovedada entrada y patio oscuro, mas pintoresco, fué en otros tiempos una posada de primera categoría, en la cual fué a hospedarse en 1489 el embajador de Francia (5). Está situado donde el mercado de aves (Plaza Pollara) toca inmediatamente a la dicha calle; aquí se levanta el palacio de los Pichis, fácil de conocer por una hermosa portada con el nombre del que lo hizo edificar. La antigua casa de huéspedes del Paraíso, que se halla en este

(1) Cf. Adinolfi, Canale di Ponte, 13 s.; Imperi, S. Maria della Consolazione, 74; Rodocanachi, 257; v. también Forcella, VIII, 520.

(2) En 1525 esta casa vino a poder del Anima; v. Nagl-Lang, Comunicaciones del Archivo del hospicio nacional alemán, Roma, 1899, 207; Schmidlin, Anima, 107 s.

(3) Noack (La Roma alemana, 51) da una copia de la casa de la Vannozza, pero la identifica, como todos los otros, con la posada de la Campana.

(4) V. Muratori, Script. III, 2, 878; Gregorovius VII^a, 696.

(5) Cf. Gregorovius, VII^a, 705; Rodocanachi, Rome, 258.

paraje, así llamada, como se dice, por su baratura, recuérdanla todavía hoy los nombres de una hostería y de una calle. Donde la calle del Paraíso arrancaba de la Vía Papal, se leía antes de la construcción del Corso Víctor Manuel, la inscripción de Jerónimo Zorzi sobre la gran inundación del Tíber en tiempo de Alejandro VI (diciembre de 1495) (1). La calle de los Baullari (cofreseros), que estaba situada oportunamente en medio del barrio de las posadas, conduce a los palacios de los Mássimis.

Al igual que las Regiones Puente y Parione presentaba también la *Región de la Régola* una densa población. Como ya lo dice el nombre Régola (=Arenula), que se ha de traducir «en la arena» o «arenilla», estaba este barrio junto al Tíber, y se hallaba atravesado por la Vía Julia, y una calle que corría paralelamente a ésta por la Plaza Farnese, hacia el Puente Quattro Capi. Los bruscos contrastes, en que fué tan rica en todos tiempos la Ciudad eterna, quizá en ningún cuartel se acumulaban tanto como aquí. Con extensos y lujosos palacios contrastaban vivamente las antiguas y pequeñas iglesias, y las calles llenas de industriales, a los que recuerdan todavía al presente los nombres de calle de'Cappellari (sombrereros), calle de'Giubbonari (juboneros), Pettinari (peineros) (2). Muchas veces se habían también establecido aquí judíos; y donde éstos habitaban en mayor número se levantaba el antiguo palacio Cenci (3): Del estado de entonces de este paraje, transformado de todo en todo recientemente por la construcción de la Vía Arénula, puede uno muy bien formarse hoy idea, si penetra en la sucia calle de S. Bartolomé de' Vaccinari (vaqueros) (4), donde cautiva sobre todo la atención del amigo de la antigüedad una casa del siglo XIII, de los comienzos del primer período del estilo gótico, con un pórtico de columnas. Semejantes pórticos abiertos al piso de la calle ofrecían cómodo abrigo en las lluvias y son característicos de las casas medievales, en las cuales

(1) Cf. nuestras indicaciones del vol. V, 459 ss.

(2) También ordinariamente en Roma los que ejercían el mismo oficio, vivían en calles especiales; de ahí Via Coronari (v. arriba, p. 344), Cartari (papeleros), Chiavari (cerrajeros), Calzettari (zapateros), Pianellari (los que hacen pantuños); cf. Simonetti, *Vie*, 16 s. Cuál era el aspecto que ofrecía entonces una de las calles ordinarias de Roma, consta por un dibujo de Federico Zúccaro, copiado en el *Bullet. d'Arte*, V (1911), 300.

(3) V. Stettiner, 443.

(4). Su Hermandad, erigida en 1552, pertenecía a la parroquia de S. Esteban de Arénula; cf. Simonetti, *Vie*, 31.

por la mayor parte se colocaba arriba una galería cubierta (1). Para los pórticos se empleaban con frecuencia columnas antiguas, como las muestra también la casa de la calle de S. Bartolomé. Por el último arco de esta casa se pasa al Vicolo del Melángolo, sitio que refleja de modo singular el estado medieval de la ciudad (2).

La Región de la Régola encerraba tres casas de peregrinos: Sta. María de Monserrat para los españoles, Sto. Tomás para los ingleses y Sta. Brígida para los suecos; en Sta. Brígida, que estaba en la Plaza Farnese, habitaba el desterrado arzobispo de Upsala, Olao Magno (3). A la Región de la Régola pertenecían también S. Jerónimo de la Caridad y la iglesia de San Benito in Arénula, que en 1558 fué cedida a la Hermandad de la Trinidad de los Peregrinos (4).

El cuartel de la Régola se había levantado notablemente, cuando Sixto IV lo unió con el Trastévere por medio de la construcción del Puente Sixto; y en tiempo de Paulo III recibió gran empuje, porque allí se fundó el nuevo suntuoso palacio de los Farneses, comenzado en 1530 por Antonio da Sangallo, el cual, según el testamento de Paulo III, tocó al cardenal Alejandro. Así como por la parte que en su construcción tuvo Miguel Angel, así también por las colecciones que encerraba, alcanzó celebridad universal este palacio gigantesco verdaderamente real, que quedó concluido poco después de 1547 hasta la fachada, que daba a la Vía Julia (5), y es designado en el plano de Bufalini como palacio de Paulo III. El cardenal Alejandro, aunque frecuentemente se hallaba falto de dinero, adquirió preciosidades de todo género al gran estilo de los Médicis: manuscritos, libros, cuadros y con preferencia estatuas antiguas. Estas fueron en parte compradas, y en parte conseguidas por medio de especiales excavaciones hechas en Roma y sus cercanías. La más rica utilidad y ganancia la suministraron las termas de Caracala, donde en los años 1546

(1) V. Gnoli en la N. Antologia, CXXXVII (1908), 678.

(2) El Vicolo del Melángolo como la casa Via de'Vaccinari, n.º 29, se hallan diseñados en Stettiner, 369 y 398.

(3) V. Rot, Itin. 248; Bertolotti, Artisti Bolognesi, 27. Sobre O. Magno cf. nuestras indicaciones del vol. XII, 385 nota 1. El arzobispo recibía de Julio III una subvención mensual; v. *Intr. et Exit. 1554 en el Cod. Vat. 10605 de la *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. Mél. d'archéol., XXI, 481.

(5) Cf. nuestras indicaciones del vol. XII, 464 ss.; v. ahora también Rodocanachi, Rome, 30 s.

y 1547 extrajéronse obras de arte, que sobrepusieron mucho a todos los descubrimientos hechos hasta entonces. Así aparecieron allí el grupo de Dice, más conocido con el nombre de toro Farnese, la estatua de Hércules, y numerosas otras preciosas esculturas (1).

No lejos del palacio Farnese, en las inmediaciones del Puente Sixto, se levanta el palacio de Jerónimo Capodiferro (hoy Spada), erigido hacia 1540, y decorado por Julio Mazzoni, discípulo de Daniel de Volterra. Sirvió de modelo la célebre casa de Brancionio dell' Aquila en el Borgo, siendo una imitación que como tal se hace muy perceptible en la fachada, embellecida casi excesivamente con estatuas, estuco y otras ornamentaciones. Mucho mejor salió la decoración del pintoresco atrio. Detrás del palacio se extiende un jardín hacia el Tíber. Las colecciones del cardenal las enriqueció Julio III con el donativo de la estatua colosal de Pompeyo (2).

Entre la Plaza Farnese y el Campo di Fiore estaba situada la casa del muy esclarecido médico de cámara de Paulo III, Francisco Fusconi de Norcia, quien había coleccionado preciosas antigüedades, como la estatua de Meleagro, que se halla ahora en el Vaticano. También habitaba en este paraje Latino Giovenale, poseedor asimismo de antigüedades (3).

Frente a la Región de la Régola se extendía en la otra orilla del río el *Trastevere* (Transtíber), rico en antiguas torres e iglesias, que formaba una Región aparte. Sólo raras veces llegaban forasteros a esta parte de la ciudad, en la cual habitaba una densa población. Aquí se hallaba sobre todo el barrio de los vinateros y marineros. El hospital de los marineros, lo mismo que el de los genoveses, estaba situado no lejos de la antigua y venerable iglesia de Sta. Cecilia (4). Desde el puerto que había en la Ribera Grande, una rápida escalera y una cómoda calle ascendente con-

(1) Cf. Lanciani, Scavi, II, 160 ss., 181 s. y Renaissance, 125 s. V. además Bull. arch. com. 1900, 44 s.; Rocchi, Pianta, 252; Hübner, I, 96 s. Sobre el card. A. Farnese como coleccionador cf. ahora también las Relaciones de nunciatura, X, 292, 397 s.

(2) Cf. Vasari, VII, 70; Letarouilly, 243 ss.; Burckhardt, Historia del Renacimiento, 200; Riegl, Arte barroco, 68 s.; Hübner, I, 85.

(3) V. Aldroandi, 163, 164; Marini, Archiatri, I, 325 s.; Michaelis, Libros de esbozos sobre Roma, VII, 99; Helbig, I, 75 s.; Hübner, I, 98, 102.

(4) V. Bufalini C.

ducía al soportal de la aduana, junto al cual estaba la pequeña iglesia de los marineros, Sta. María de la Torre, así llamada por la torre erigida en el siglo IX por León IV (1). En este sitio se levantó hacia fines del siglo XVII el gran orfanotrofio de San Miguel.

Casi toda esta parte de la ciudad era atravesada por una gran calle, la Vía Transtiberina (ahora Lungarina y Lungaretta), la cual desde el Puente de Sta. María (más tarde Puente Roto), pasando junto a las iglesias de S. Salvador de la Corte y Santa Agueda, iba a la plaza y a la basílica de Sta. Maria di Trastévere. A derecha e izquierda de esta gran vía de comunicación, construída por Julio II, se extendía un laberinto de callejones oscuros y tortuosos, de los cuales precisamente los más interesantes han sido sacrificados a la corrección del Tiber. Hoy difícilmente puede uno formarse idea del anterior estado de esta parte de la ciudad. Las casas, de las cuales había algunas muy antiguas con saledizos y pequeñas graderías, en ninguna parte estaban tan espesamente agrupadas (2), y entre ellas veíanse en gran número pequeñas iglesias y conventos, y las casas de grandes moles y fortificadas con torres a modo de castillos, de antiguos nobles linajes, como de los Stefaneschi, Ponziani, Papareschi, Normanni, Alberteschi, Mattei y Anguillara. El cuartel de S. Pelegrín de Viterbo (3) da hoy la mejor idea del cuadro genuinamente medieval, que ofrecía el Trastévere todavía a fines de la época del Renacimiento. Eran especialmente características las muchas torres, de las cuales sólo dos se han conservado, la Torre Anguillara (4) y la de los Caetanis en la isla que hay junto al Puente Quattro Capi. De los palacios de la nobleza está aún en pie, ciertamente horrorosamente descuidado, la muy interesante casa de los Matteis, junto al Puente de S. Bartolomé. El número extraordinariamente grande de torres, que causan admiración en todos los diseños contemporá-

(1) V. Hermanin, Ciudad de Roma, 25 y lámina 33. Sobre Sta. María de la Torre cf. también Egger, Vistas romanas, láminas 69, 76, p. 38, 40.

(2) Sólo pocas han quedado en pie (v. nuestras indicaciones del vol. VIII, 105 nota 1). Una copia de la casa del siglo XIII, que está enfrente de Sta. Cecilia, se halla en Stettiner, 401. Una casa muy antigua está aún en pie en el Vicolo della Luce. Sobre la antigua calle dei Vascellari (navieros), que por desgracia pronto ha de ser destruída, v. Angeli en el Giorn. d'Italia 1912, n. 207.

(3) Cf. Pinzi, I principali monumenti di Viterbo, Viterbo, 1894, y Egidi, Viterbo, Nápoli, 1912.

(4) Cf. Gnoli en la Revista Cosmos cathol., 1901.

neos, había dado el sobrenombre de Turribus a la iglesia de San Lorenzo del Janículo, destruida en la erección del monasterio de S. Egidio (1).

En atractivo pintoresco ningún otro barrio igualaba entonces al Trastévere; especialmente Ripa Grande ofrecía desde la opuesta orilla un aspecto de encantadora variedad. Desde allí sacó su dibujo Pedro Brueghel en 1553 (2).

Junto a la Puerta Septimiana, erigida nuevamente por Alejandro VI, pasaba el antiguo camino de los peregrinos que iban a S. Pedro, la llamada *via sancta* (la Lungara moderna), y conducía inmediatamente a la Puerta del Espíritu Santo del Borgo. En esta calle, la que Julio II quiso que guardase simetría con la Vía Julia, había sólo algunas casas e iglesias aisladas, porque este paraje se hallaba fuera de las fortificaciones. Era el terreno de las grandes Viñas, entre las cuales sobresalían las de los cardenales Maffei, Salviati y Farnese; al cardenal Farnese pertenecía también la célebre Farnesina de Agustín Chigi. De las iglesias del Janículo, la de S. Pedro Montorio se remonta al siglo IX, y la de S. Onofre había sido fundada en 1435 por el eremita Nicolás di Forca Palena (3).

Al igual que el Trastévere, era también la *Región de San Angel* un verdadero barrio popular, que estaba rodeado por las Regiones Régola y Eustaquio al oeste, de la Píña al norte y del Capitolio al este. Aquí vivían numerosos judíos, quienes además de amplios negocios pecuniarios ejercían ya entonces particularmente un oficio, que hasta estos últimos tiempos se ha conservado entre ellos en Roma, el de sastres (4). En el plano de Bufalini está señalada expresamente como calle de los judíos una vía pública, que pasa junto a San Angel de la Pesquería. De Aldrovandi y otros se saca, que la posteriormente llamada Plaza del

(1) V. Ashby en las *Mél. d'archéol.*, XXI, 482. La casa de los Matteis (ahora Ferrini) está situada en la Plaza Piscinula, nos. 186-189; algunas elegantes ventanas góticas y la portada con las armas, el escudo jaquelado, están bien conservadas.

(2) V. Egger, *Vistas*, 15, 38 y lámina 70.

(3) Cf. Tomassetti, *Campagna Romana*, II, 476 s. Las Viñas se hallan dibujadas en el plano de Bufalini C. Cf. *Rot. Itin. Rom.*, 262. La Viña Salviati fué visitada por Julio III en 1551; v. Massarelli, 211.

(4) Cf. Vogelstein-Rieger, II, 117 s.; Rodocanachi, *Rome*, 235 s. Del cementerio que tenían entonces los judíos en el Trastévere, se ha salvado una losa sepulcral de 1543, que se halla en S. Pablo extramuros; v. Forcella, XII, 15.

Llanto llevaba en el siglo xv el nombre de plaza de los judíos (Piazza Giudea). En las inmediaciones tenían los Santa Croce sus palacios, que encerraban numerosas antigüedades (1).

Ya durante los primeros tiempos del Renacimiento, el civismo de los romanos procuró embellecer también este cuartel. Prueba de ello es un notable edificio del siglo xv, que hay en la Plaza del Llanto, el cual ha perdurado hasta ahora, a pesar de todas las transformaciones, que en tiempos muy recientes ha sufrido precisamente este barrio: la morada de Lorenzo de' Manili, edificada en 1497. Este romano, entusiasta por la antigüedad, unió sus casas por una gran inscripción, que corriendo por debajo de las ventanas de los primeros pisos, imita tan exactamente las letras mayúsculas romanas del mejor tiempo, que fácilmente se podrían tomar por antiguas. La solemne inscripción dice, que como Roma renacía en su forma primitiva, Laurencio Manlio (se daba a sí este nombre, porque traía su origen de la célebre y antigua familia romana), según la medida de sus escasos medios, quería contribuir al embellecimiento de su querida patria. Como legítimo representante del Renacimiento, fechó el dueño la inscripción por la fundación de Roma, e hizo al mismo tiempo grabar también su nombre con caracteres griegos en la fachada, en la cual se colocaron además fragmentos de antiguas esculturas e inscripciones. En la cornisa de las ventanas que miran a la Plaza Costaguti, se lee el saludo: Have Roma (2), muy característico para significar el gozo del edificador por la belleza renaciente de la Ciudad eterna.

Junto a la próxima iglesia de San Angel de la Pesquería, en el pórtico de Octavia, se tenía el mercado de pescado (3). Los

(1) V. Aldroandi, 236; Michaelis, Libros de esbozos sobre Roma, 141; Hübner, I, 113; Hülsen-Egger, I, 17, s.

(2) La casa de Lorenzo de' Manili, cuyas antigüedades pone de realce Albertini con elogio (v. Hübner, I, 104), lleva ahora el n.º 18. Gnoli fué el primero en dirigir de nuevo la atención a este edificio sumamente interesante (v. Giorn. d'Italia, 1906, n. 36, y Roma, 148, 152 s.; mejor diseño se halla en Stettiner, 409). La inscripción publicada por Rodocanachi (Rome, 177) no del todo exactamente, es la que sigue: VRBE · ROMA · IN · PRISTINAM · FORMA[M · R]ENASCENTE · LAVR · MANLIVS · KARITATĒ · ERGA · PATRI[AM · SVAM · A]EDIS · SV · || NOMINE · MANLIANAS · PRO · FORT[VN]AR · MEDIOCRITATE · AD · FOR · IVDEOR · SIBI · POS · TERISQ[UE] [SVIS · A · FUND ·] P · || AB · VRB · CON · M · M · CC · XXI · L · AN · M · III · D · II · P · XI · CAL · AVG.

(3) V. Fichard, 25. Un diseño de la pescadería destruida en 1878 y enteramente en 1889, puede verse en Lanciani, Renaissance, 11; cf. Barac-

antiguos visitantes de Roma se acordarán todavía de este rincón, sumamente pintoresco, a pesar de toda su suciedad, el cual muchas veces ha sido objeto de obras artísticas.

El monumento antiguo más importante de este barrio era el teatro de Marcelo. Este, perteneciente desde 1368 a los Savellis, había perdido en gran parte el carácter de castillo medieval, que le dieron los dueños anteriores Pierleones, con la reconstrucción de Baltasar Peruzzi. En las arcadas del suelo bajo se hallaban tiendas, muchas de las cuales han conservado hasta el presente su sello medieval (1). De los palacios de los Matteis sólo uno estaba entonces en pie; los otros, erigidos en tiempo de Pío IV en el Circo Flaminio, han dado un carácter del todo diferente al paraje que hay cerca de la iglesia de Sta. Catalina de' Funari (cordeleiros), edificada en 1544.

Más allá junto al Tíber, enfrente de la parte sur del Trastevere, seguía la *Región de la Ribera* (di Ripa), a la cual pertenecía también la isla con la iglesia de S. Bartolomé. En este templo subsiste todavía la capilla de la corporación de los molineros; aquí se ven figuradas en las losas sepulcrales de un modo más o menos tosco los molinos flotantes sobre barcas, que desde el tiempo de Belisario estaban anclados cerca de la isla (2). El terreno edificado sin interrupción se extendía en la Región de la Ribera sólo hasta el Puente de Sta. María, que restaurado en tiempo de Julio III, había de ser víctima de la inundación del año 1557, y tierra adentro hacia el Capitolio y el Velabro; no lejos de este último estaba S. Juan Degollado, la iglesia de aquella Hermandad, que prestaba asistencia espiritual a los malhechores antes de su ejecución. Junto a la antigua basílica de Sta. María in Cosmedín ya sólo se hallaban pequeñas viviendas. Era éste un paraje abandonado, donde en medio de indescriptible suciedad se levantaba un noble palacio del siglo XI, la casa de Nicolás Crescencio, ornamentada en su parte exterior de un modo muy raro con fragmentos antiguos, la cual se llamaba entonces, como consta por el Panorama de Heems-

coni, 443; Bártoli, n. 58; Rodocanachi, Rome, 261, Pl. 52. Buenas reproducciones antiguas de la pescadería pueden verse en Egger, Vistas romanas, láminas 52 y 53.

(1) Cf. Hermanin, 17 y lámina 33.

(2) Cf. Rodocanachi, Corporations ouvrières à Rome I, París, 1894, 71 s.; Gregorovius I^a, 354; Bártoli, Vedute c.

kerck, Casa de Pilato, y más tarde de Rienzo (1). Hacia el sur comprendía la Región de la Ribera todo el Aventino, el Monte Testaccio y las termas de Caracala. En la plaza que hay ante el monte de los tiestos se disponían todavía en tiempo del carnaval las antiguas groseras diversiones del pueblo romano, a las cuales concurrían también las autoridades de la ciudad y la gente ilustre y principal (2). El Aventino con sus antiquísimas iglesias y los restos pintorescos del castillo de los Savellis no presentaba ningunas moradas.

Muchísimo terreno sin edificar abarca también la *Región del Capitolio* (di Campitelli), que se extendía hasta la Puerta de San Sebastián. En este cuartel, al cual pertenecían el Coliseo y el Palatino, todo el movimiento se concentraba al pie del Capitolio. Los santuarios principales eran aquí dos iglesias de la Santísima Virgen: Sta. María de la Consolación con una antigua imagen de Nuestra Señora, cuya gran veneración atestiguaban los muchos donativos y exvotos (3), y la iglesia del Senado romano, Sta. María de Araceli, edificada sobre las ruinas del templo de Juno capitolina, con la cual va unida la leyenda maravillosamente poética de la aparición de la Reina del Cielo al emperador Augusto (4).

A la izquierda de la gran escalera, que desde 1348 conducía de la plaza del Capitolio a la iglesia, vió Fichard un número considerable de esculturas de mármol, algunas de las cuales se han conservado hasta el presente. El templo mismo, sobre el cual tenía el Senado derechos de patronato, era y es todavía muy rico en monu-

(1) V. la descripción de Fichard, Italia 65; cf. Lanciani, *The destruction of ancient Rome*, New York, 1899, 17; Baraconi, 315; Tomassetti en la *Roma Antologia*, Ser. 3, Ann. 1, 1880. El nombre Casa de Pilato se relaciona con el drama de la Pasión (cf. nuestras indicaciones del vol. V, 95 s.); v. Lanciani, *Pagan and christ. Rome*, London, 1892, 180 s. Una hermosa reproducción antigua de la Casa de Pilato puede verse en Egger, *Vistas romanas*, lámina 55. Correlativamente a la Casa de Pilato había en la calle Bocca della Verità la casa del Pontífice Caifás. Recuérdala la «Osteria della (sic) Caiffa», cuyo nombre lo hace derivar equivocadamente Ruffini de un anterior poseedor, en sus *Notizie storiche intorno all'origine dei nomi di alcune osterie*, 13. (Bondadosa comunicación del profesor Hülsen.)

(2) Cf. nuestras indicaciones del vol. XI, 309 nota 1; v. también Bártoli, n. 62, el artículo de Gnoli en el *Giorn. d'Italia*, 1909, n. 53 y G. Ferri en el *Corriere d'Italia*, 1912, n. 48. Las diversiones del Testaccio son descritas ya en 1404; v. *The solace of pilgrims*, ed. Mills, Oxford, 1911, 51 s.; Arch. d. Soc. Rom., XXXIV, 566.

(3) V. Fabricius, *Roma*, 247.

(4) Cf. Hülsen, *The legend of Aracoeli*, Rome, 1907.

mentos sepulcrales. Con todo, el viajero de Francfort sólo de ellos menciona el sepulcro de Sta. Elena, el de la reina de Bosnia, Catalina, y la tumba del humanista Flavio Biondo (1).

El Capitolio, sumamente célebre por sus recuerdos, era visitado por todos los forasteros a causa de las esculturas de bronce regaladas a la ciudad por Sixto IV (loba, extractor de la espina, Camilo, fragmentos del coloso de bronce y Hércules); en tiempo de Paulo III perdió el aspecto de castillo medieval, que había tenido hasta entonces. En un grabado hecho hacia el año 1538, se ve ya la magnífica escalinata, que ejecutó Guillermo della Porta según el dibujo de Miguel Angel, y la estatua de Marco Aurelio, que levantada en medio de la plaza tan buena impresión produce (2). No mucho tiempo después efectuóse la nueva construcción del frontispicio del palacio Senatorio y de los pórticos laterales, de los cuales el de la derecha hízose en tiempo de Julio III (3).

En el norte la Región del Capitolio es colindante de la *Región de la Piña*, que en medio de la ciudad formaba un cuadrado no enteramente regular. Este barrio encierra el monumento mejor conservado de la antigüedad, el Panteón, llamado por el pueblo Santa María Rotonda. La plaza de delante era entonces mucho más alta, de modo que se había de subir por unas gradas para entrar. Alrededor había algunas pequeñas casas y en el lado izquierdo estaban edificadas inmediatamente junto al Panteón. Su estado de entonces vese claramente por un dibujo de Heëmskerck. Detrás del remate del frontón se ve el pequeño campanario románico erigido en 1270; el pórtico está todavía medio tapiado en el lado izquierdo; Paulo III fué quien hizo quitar este feo relleno. Delante de esta espléndida Rotonda estaban los leones egipcios de basalto, que más tarde fueron trasladados al Vaticano, y la magnífica urna de pórfido que adorna ahora el sepulcro de Clemente XII en San Juan de Letrán. Dentro de las grandiosas ruinas de las antiguas termas de Agripa, había edificadas algunas pequeñas casas (4).

(1) Fichard, Italia, 30; cf. también Fabricius, Roma, 242 s.

(2) V. Hermanin, lámina 5. Cf. nuestras indicaciones del vol. XII, 458 s. Sobre la colección de antigüedades del Capitolio, además de nuestras indicaciones del vol. IV, 444, cf. ahora también Hübner, I, 77, y Hülsen-Egger, I, 29 s.

(3) Cf. arriba p. 325.

(4) Cf. Fichard, 56 s.; Springer en el Anuario de las Colecciones artísticas de Prusia, 1891, 121 s.; Michaëlis, Libros de esbozos sobre Roma, 136, 155, 160; Bártoli, 47; Hermanin, 15 y lámina 18; Hülsen-Egger, I, 7. Sobre el cam-

La iglesia más importante de la Región de la Piña era la de los dominicos, con el sepulcro de Sta. Catalina de Sena, Santa María de la Minerva. Al lado de este templo se hallaba una biblioteca, que junto con la pequeña, pero muy bien ordenada librería de los agustinos de Sta. María del Pueblo, gozaba de singular fama (1). Ricas en antigüedades eran las casas de los Porcaris, que se levantaban en las inmediaciones, y la casa Maffei, situada no lejos de allí junto al Arco de Ciambella, en cuyo atrio pintoresco vió Heemskerck todavía la estatua del muerto Nióbida, que más tarde pasó a ser propiedad de los Bevilacqua y al fin fué a parar a Munich. Habitaba entonces esta casa el excelente cardenal Bernardino Maffei (2).

A la Región de la Piña pertenecían también la pequeña iglesia de San Juan de la Piña en la plaza del mismo nombre, reedificada por Victoria Colonna, el palacio del duque de Urbino (más tarde Doria) (3) y el palacio de S. Marcos (ahora de Venecia). Este último servía a Paulo III y a veces también a Julio III de residencia de verano (4). Por sus grandiosas salas era muy a propósito este vasto edificio para recibir al Papa con su amplia corte. Como cosa muy especialmente digna de verse, la que tampoco se le escapó a Fichard, era tenido el gigantesco mapamundi de fines del siglo xv, que se conservaba en el palacio, el cual, adornado con figuras de hombres y de animales terrestres y marítimos, causaba asombro y admiración (5). No lejos del edificio monumental del palacio de S. Marcos estaba la pequeña iglesia de Sta. María de la Estrada, concedida a los jesuitas por el Papa Farnese.

La frecuente permanencia de los Papas en el palacio de San Marcos dió impulso al mejoramiento del barrio de la Piña y de la

panario románico cf. Ashby, *Un Panorama de Rome par Ant. v. d. Wyngaerde*: *Mél. d'archéol.*, XXI, 481, nota 1.

(1) V. Fichard, *Italia* 57, quien hace notar: *Praeter Vaticanam bibliothecam istic paucas habet excellentes*. Fuera de eso, Fabricio (*Roma* 207) menciona también las bibliotecas de Sta. María de Araceli y de S. Agustín.

(2) V. Michaelis, *Libros de esbozos sobre Roma*, 134; Hübner, I, 103 s., 110 s.; Hülsen-Egger, I, 3.

(3) Cf. Adinolfi, *Roma*, II, 292 ss.; Rodocanachi, *Rome*, 34. En este palacio había vivido el cardenal Cayetano; v. *Arch. d. Soc. Rom.*, XVII, 407.

(4) V. Dengel, *Palacio de Venecia*, 96 s., 98.

(5) Cf. Dengel, *El desaparecido Mappa mundi del palacio de Venecia de Roma*: *Comunicaciones de la Sociedad geográfica de Viena*, LV (1912).

Región de Trevi (1), separada de él por el Corso (Vía Lata), en la cual junto a la iglesia de los SS. Apóstoles, tenían los Colonnas su espacioso palacio. La Fuente de Trevi tenía aún la forma sencilla, que Nicolao V le había dado. Una gran parte de la Región de Trevi, que se extendía hasta la Puerta Salaria y la Puerta Nomentana, estaba deshabitada.

En el Quirinal se levantaban enormes ruinas: los restos de las termas de Constantino y del templo de Serapis. Delante de las termas, cuyo frontispicio miraba a la plaza, estaban sobre una tosca base medieval las estatuas de los domadores de caballos, que por su grandeza y buena conservación pertenecían a los monumentos más populares de Roma. Por ellas se llamaba al Quirinal Monte Cavallo. Estaba casi todo ocupado por huertos, viñedos, bosques de olivos y casas de campo. Ya Pomponio Leto y Platina se habían construido quintas y jardines en esta colina tan apreciada por la salubridad de sus aires. Lo mismo hicieron los cardenales Próspero Colonna, Oliviero Carafa y Rodolfo Pio da Carpi. Las colecciones artísticas de Carpi, fuera de estatuas y relieves, comprendían también pequeños bronce, piezas de barro cocido, vasos y otros antiguos utensilios, y además libros, manuscritos y pinturas. Los objetos menores de esta colección, de la que traza Aldrovandi una viva y animada descripción, se hallaban casi todos en el palacio que tenía este cardenal en el campo de Marte. Las estatuas de mármol en casi su totalidad estaban colocadas en la villa, cuyos extensísimos jardines los llama Aldrovandi el paraíso en la tierra (2).

La colección del cardenal Carpi era todavía sobrepujada por la del cardenal Hipólito de Este, hijo de Lucrecia Borja. Este apasionado coleccionador de antigüedades había llenado sus habitaciones de la ciudad con tesoros de semejante género. Desde 1554 hacía traer poco a poco las más eminentes obras de arte a su magnífica granja del Quirinal, en cuyo embellecimiento estaba todavía ocupado en 1560. Esta maravillosa casa de campo, que en la pendiente sur de dicha colina ocupaba el lugar de los que fueron más

(1) Cf. Adinolfi, Roma, II, 275 s.

(2) Cf. Aldrovandi, 201 ss., 295 s.; Lanciani, II, 112; III, 176 s.; Bártoli n. 88; Hübner, I, 85 s. Sobre los Dióscuros v. Michaelis en el Bull. d. Ist. germ. XIII, 259 s., e Hübner, Estudios circunstanciados para la historia de las antigüedades de Roma en el Renacimiento, Roma, 1911, 318 s.

tarde jardines del palacio que allí tuvieron los Papas, fué célebre por sus fuentes, que estaban ricamente adornadas con estatuas (1).

Con singular predilección moraba Paulo III en el Quirinal. Ya en 1535 poseía allí un jardín, que es celebrado por su belleza (2). Más tarde habitó en la villa del cardenal Carafa. Aquí fué donde sorprendió la muerte al anciano de ochenta y dos años (3). En el jardín de los Colonnas, situado junto a S. Silvestre, tenían Miguel Angel y Victoria Colonna las tardes de los domingos aquellas conversaciones, que Francisco de Hollanda pretende haber puntualizado, y que se han llamado la última centella de un espíritu, que había hecho grande y rico al Renacimiento (4). La noble Victoria tenía también el plan de edificar sobre las ruinas del templo de Serapis un convento de monjas, para hacer desaparecer las huellas del paganismo bajo los pies de vírgenes puras (5).

Hacia el norte se agrupaba alrededor de un grandioso monumento de la antigüedad, en torno de la columna de Marco Aurelio, de la que tomó su nombre, la *Región de la Columna* (di Colonna) (6). En este barrio junto al Monte Citorio, tenían sus palacios hacia la mitad del siglo XVI los embajadores de Francia y Portugal, mientras que el embajador imperial residía en el palacio Riario (más tarde Altemps), situado todavía en la Región del Puente (7). Anteriormente vivían casi todos los embajadores en la Región del Puente; la traslación de sus residencias al mencionado paraje indicaba la mudanza del centro de gravedad de la vida de la ciudad, que se había de efectuar desde ahora en creciente medida.

La iglesia principal de la Región de la Columna era S. Lorenzo in Lucina, que desde mayo de 1554 fué el título del cardenal Morone, a quien por esta causa estaba sujeta la mayor parroquia

(1) Cf. Lanciani, III, 186 ss., 191 s.; Hübner, I, 90 s.

(2) Fichard, Italia, 41.

(3) Cf. nuestras indicaciones del vol. XII, 363 s.

(4) Kraus-Sauer, III, 704, 777.

(5) Cf. Reumont, III, 2, 757.

(6) Cf. Adinolfi, Roma, II, 335 ss.

(7) V. Bufalini G. Mientras que el atrio del palacio Riario fué muy alterado, están todavía bien conservados el primitivo frontispicio y el lado que mira al Vico de' Soldati, con la gran torre, que se parecía a la del palacio de S. Marcos.

de Roma (1). Contiguo a este templo estaba el palacio del cardenal Quiñones (más tarde Fiano) (2); aquí, donde hasta el año 1662 un antiguo arco de triunfo, el Arco de Portugal, embellecía el «Corso», terminaba el trayecto de esta calle, enteramente poblada de edificios (3). El término de las viviendas lo recuerdan todavía hoy algunos nombres, como Vía Capo le Case. Al norte se extendía la Región de la Columna hasta las Puertas Pinciana y Salaria.

Grande importancia alcanzaron también hacia fines del Renacimiento las Regiones de S. Eustaquio y Campo Marcio. El barrio de S. *Eustaquio*, llamado según la iglesia de igual nombre, se extendía al este de las Regiones del Puente y de Parione. En él estaban la Universidad, la iglesia muy frecuentada de S. Agustín y numerosos palacios de la nobleza romana. Cerca de la Universidad, en la plaza de los Lombardos y junto a la antiquísima iglesia de San Salvador in Thermis (4), se alzaba el palacio Médici, habitación de León X, cuando era todavía cardenal. En este palacio, que en tiempo de Paulo III vino a poder de los Farneses, residieron desde 1538 los desgraciados duques Octavio y Margarita Farnese, de donde proviene que se haya llamado Palacio Madama. Dos dibujos de Heermskerck presentan un cuadro completo de las preciosas antigüedades que encerraba el palacio. La mayor parte de estas piezas, que estaban colocadas sin ningún orden, se hallaban todavía en el atrio, cuando Aldrovandi compuso su descripción. Aquí estaban las dos Afroditas, las dos estatuas de Baco y los tiranidas; en la pared del vecino jardín se veía el moribundo galo. Con las colecciones de la Villa Madama, que pertenecían asimismo a Margarita, era ésta una posesión de inapreciable valor (5).

(1) Cf. la *carta de Hipólito Capilupi al cardenal Hérc. Gonzaga, fechada en Roma el 10 de mayo de 1554. *Archivo Gonsaga de Mantua*.

(2) Cf. Ehrle, Roma al tempo di Giulio III, 33, nota 14.

(3) Sobre el estado del Corso en aquella época cf. Lanciani en el Bull. arch. comun., 1902, 235 s. y Renaissance, 37 s., 113 s.

(4) Sobre esta iglesia, destruida en 1907, cuyos objetos notables se salvaron, siendo trasladados al palacio que hay junto a la iglesia de S. Luis de los Franceses, v. Sabatini, La Chiesa di S. Salvatore in Thermis, Roma, 1907.

(5) V. Michaelis, Libros de esbozos sobre Roma, 121, 152, 161 s.; Lanciani, Scavi, I, 146 s.; Hülsen-Egger, I, 4-5; Hübner, I, 105 s. En la Región de S. Eustaquio recuerda al cardenal Wolsey un monumento, cuya etimología es poco conocida: el Pozo delle Cornacchie, adornado por el constructor con el escudo de dicho cardenal, las tres cornejas. Para más pormenores v. Brady, Anglo-Roman Papers, London, 1890.

Una riqueza todavía mayor en antigüedades de todo género presentaban los palacios de la ilustre familia della Valle, cuyos miembros habían desplegado ya muy pronto una ardiente actividad como coleccionadores. El atrio del antiguo Palacio della Valle, que dibujó el diligente Heemskerck (1), lo adornaban las célebres estatuas de Pan, las cuales fueron utilizadas en la toma de posesión de León X para la decoración del arco de triunfo de los Valles, y colocadas en tiempo de Clemente XII en el Museo Capitolino, al lado del Marforio. Las obras artísticas principales, empleadas asimismo para el mencionado arco de triunfo, las había colocado el cardenal Andrés della Valle, muerto en 1534, en su contiguo palacio (Palacio Valle-Rústici-Búfalo) (2). Este edificio, cuya puerta principal estaba adornada con una gran cabeza de Zeus, formaba un verdadero museo. En todas partes, en el pórtico de entrada, en el atrio, así como en los pisos superiores, brillaban tantas obras de mármol, que el mismo Fichard, tan frío, exclama admirado, que aquí está el verdadero tesoro de la antigüedad romana (3). En el atrio rectangular, hecho de intento para las estatuas, estaban entonces la Venus de Médici y el Ganimedes de los Oficios. A la muerte del cardenal quedó dueño de todos estos tesoros su sobrino Quincio de' Rústici (4).

No lejos de su suntuosa residencia había hecho construir el cardenal Andrés por el discípulo de Rafael, Lorenzetto, en la actual Plaza di Valle un nuevo palacio, que a consecuencia de la catástrofe de 1527 no llegó enteramente a su término (5). Las antigüedades allí reunidas excitaban asimismo la admiración de Fichard (6). Las obras más escogidas adornaban el célebre atrio de estatuas del piso superior, cuyos estrechos lados quedaban patentes por pórticos abiertos de columnas. Un grabado de Jerónimo Cock, que probablemente trae su origen de un dibujo de Heemskerck, muestra esta obra maravillosa con sus tesoros; un diseño de Fran-

(1) V. Michaelis, loc. cit., 158.

(2) Ahora Corso Víctor Manuel, n. 101, con la inscripción Andreas Car. de Valle sobre la portada principal; cf. Letarouilly, I, 17.

(3) Italia, 68.

(4) V. Michaelis, Libros de esbozos sobre Roma, 235 s., donde se trata muy por menudo de las colecciones de los Valles; cf. también Hülsen-Egger, I, 15 s. e Hübner, I, 117 s.

(5) V. Vasari, IV, 579; cf. Rodocanachi, Rome, 34.

(6) Italia, 68.

cisco de Holanda, trazado algo posteriormente, ofrece un cuadro exacto de la pared de la derecha. El modo como estaban aquí colocados los antiguos relieves, las estatuas en sus nichos y los bustos en nichos redondos, sirvió a Roma de modelo y prototipo (1). Este nuevo palacio pasó por herencia a la familia Capránica, cuyo nombre lleva todavía hoy (2). Esta vendió las antigüedades en 1584 al cardenal Fernando de Médici, quien las destinó para adornar su villa situada en el Pincio; de allí la mayor parte fueron trasladadas en el siglo XVIII a Florencia. En el grabado de Cock se observa el Marsias de los Oficios, la llamada Tusnelda y las dos grandes estatuas con ropaje de la Galería de' Lanzi, la estatua de bárbaros de Giardino Boboli y otras numerosas obras de arte, que ahora se conservan en la ciudad del Arno (3).

En tiempo de León X la Región de S. Eustaquio había sido enriquecida con dos nuevos majestuosos palacios: el palacio Lante ai Capretari, construido por Jacobo Sansovino, y el palacio Mac-carani, que trazó Julio Romano para la familia Cenci. Gran fama habían gozado también el palacio Patrizi, situado junto a la iglesia nacional francesa, el palacio Caffarelli (Vidóni) y el palacio Piccolomini, sito en la plaza de Sena (4). Constanza Piccolomini, duquesa de Amalfi, entregó en tiempo de Sixto V su morada a los teatinos, que la transformaron en un convento, junto al cual se levantó la gran iglesia de S. Andrés della Valle, de estilo barroco. En la decisiva transformación de este paraje, que entonces se llevó al cabo, desapareció la pequeña iglesia de S. Sebastián de Via Papae, a la que recuerda un altar en el nuevo edificio.

En el cuartel de S. Eustaquio, no lejos del palacio Cesarini, el maestro de ceremonias de Alejandro VI, Juan Burchard, de la diócesis de Estrasburgo, se había edificado una espaciosa casa, en cuya torre se leía la inscripción *Argentina*, que se ha conservado en el nombre de la calle y del teatro que allí hay. La casa formaba

(1) V. Hübner, I, 74; cf. Burckhardt, Documentos, 564 s.

(2) Calle del Teatro Valle, n.º 16. El sitio del atrio de estatuas lo ocupa ahora el teatro Valle. En el palacio habita el barón v. Bildt, investigador de la historia de Cristina de Suecia y muy entusiasta por la antigüedad, el arte y la literatura.

(3) V. Michaelis, Libros de esbozos sobre Roma, 225-235.

(4) V. Adinolfi, Via sacra, 65 s.; Callari, 45 s., 51 s.; Tomassetti, Il palazzo Vidoni, Roma, 1905; Hülsen, Cuadros de la historia del Capitolio, Roma, 1899, 8, 29. Cf. también nuestras indicaciones del vol. VIII, 104.

una excepción en la ciudad del Renacimiento, porque estaba construida al modo alemán en estilo gótico. Parte de ella, ciertamente en estado muy indigno, es todavía visible (1).

La *Región del Campo Marcio* reducía el nombre del antiguo Campo de Marte a un espacio mucho más pequeño. El centro de este barrio del norte, que estaba limitado al oeste por el Tíber, y al este por el Pincio, lo formaba un gigantesco monumento de la antigüedad, el mausoleo del emperador Augusto. Había servido de castillo a los Colonnas en la edad media, y en tiempo de Paulo III fué transformado en un jardín, que aprovechando los restos de muros que allí había, formaron los Soderinis, y embellecieron con estatuas conforme al gusto del Renacimiento. El obelisco que había estado antiguamente a la entrada del mausoleo, y fué descubierto en 1519 junto a S. Roque, yacía roto en cuatro trozos en la Vía de Ripetta (2).

En este distrito, como lo muestran los nombres de las calles, se habían avicinado numerosos extranjeros alrededor de las iglesias nacionales de los bretones, portugueses, esclavones y lombardos: S. Ibo, S. Antonio, S. Jerónimo y S. Ambrosio (más tarde S. Carlos al Corso). Desde los tiempos de León X este sitio había alcanzado gran vida y movimiento (3). En el pontificado de Julio III todavía conservaba notable importancia, porque este Papa fué quien hizo reconstruir y ornamentar para la residencia de su hermano, el gran palacio Cardelli, en el cual desde 1537 hasta 1547 había habitado el cardenal Carpi (4). A la Región del Campo Marcio pertenecían también el célebre hospital de Santiago in Augusta, el antiguo monasterio de benedictinas de S. Gregorio Nacianceno, Sta. María, el templo de la Trinidad de los Montes sobre el Pincio, y la iglesia donde tenían sus sepulcros los Róveres, Sta. María del Pueblo, llena de las más magníficas obras del arte del Renacimiento (5). La puerta contigua, por la cual entraban en la Ciudad eterna la mayor parte de los forasteros del norte, ofrecía un aspecto muy pintoresco con los

(1) Via Sudario, n.º 45; v. Gnoli, La Torre Argentina in Roma, Roma, 1908; Noack, La Roma alemana, 58 s.; Stettiner, 445.

(2) V. Hermanin, 27, lámina 38; Egger, Vistas, I, 20, lámina 7.

(3) Cf. Tesoroni, Il palazzo di Firenze, 7, y Rodocanachi, Rome, 200 s.

(4) V. más arriba p. 326.

(5) Fabricio (Roma, 254) dice, que ninguna iglesia de Roma contenía tantos monumentos de mármol.

baluartes de Sixto IV, como se ve por un diseño de Heemskerck (1).

La irregular plaza del Pueblo todavía no estaba adornada con el obelisco. Tres calles conducían desde allí al interior de la ciudad atravesando la Región de la Columna: a la derecha la Vía de Ripetta, a la izquierda la Vía del Babuino y en medio la Vía Lata o el Corso, así llamado por las carreras que en ella se celebraban en tiempo de carnaval. Pero esta calle principal no era en modo alguno la más viva y animada; hacia la puerta las casas eran raras, y a derecha e izquierda se levantaban paredes de huertos. Tampoco la Vía Babuino, que tenía su nombre del Sileno de una fuente, estaba enteramente cubierta de edificios en dirección al Pincio. La parte superior de la Ripetta está designada como Vía Populi en el plano de Bufalini. La pequeña calle transversal, que junto al mausoleo de Augusto enlaza la Ripetta con el Corso, recibió su nombre, calle de los Pontífices, de los frescos con que el humanista y poeta español Saturnio Gerona, que allí vivía, embelleció su casa. Eran los retratos de los Papas, a cuyo servicio había estado Saturnio durante su permanencia de cincuenta y dos años en Roma (2).

Si dirigimos una mirada retrospectiva a los mencionados barrios de Roma, nos causará muchísima admiración el ver cuán concentrada estaba la vida en la parte baja, vecina al Tiber. El muy extenso terreno de las colinas del norte, este y sur, el Pincio, Quirinal, Viminal, Esquilino y Celio, al igual que el Aventino, estaban casi inhabitados (3). Al lado de las antiguas y venerables basílicas, sobresalían acá y allá algunas altas torres del tiempo de la edad media. Prescindiendo de los monasterios, sólo viviendas enteramente aisladas había en estos parajes, que parecían destinados para siempre a la oración y a la soledad. La razón principal de ello la da una noticia de Fichard, que causa mucho asombro dada la actual riqueza de aguas de Roma, la cual noticia halla en parte su explicación en las destrucciones sistemáticas de los acueductos en tiempo del sacco. El viajero de Francfort observa, que él en toda la ciudad había visto muy pocas fuentes;

(1) V. Egger, *Vistas*, 19, lámina 2; Hülsen-Egger, I, 6.

(2) Cf. Lohninger, S. Maria dell' Anima, 110 s. Sobre la obras caritativas de Gerona cf. Forcella, VIII, 136.

(3) Cf. el plano de Bufalini; v. también Fabricius, Roma, 26.

y que la población se había de contentar con el agua de las cisternas y con la del Tíber, la cual diariamente se llevaba por las calles de la ciudad (1). En qué medida tan extensa esto se efectuaba, vese por el hecho de que los aguadores formaban un gremio propio (la *Compagnia degli Acquarenari*) (2). Sacaban el agua junto a la Puerta del Pueblo, donde todavía no estaba sucia; y después la dejaban posarse por cinco o seis días. Parece increíble, que fuese tenuta por salubre el agua del amarillo Tíber, y que tanto Paulo III como Clemente VII la llevasen consigo en sus viajes. El médico Alejandro Petroni, muy amigo de S. Ignacio de Loyola, alaba las cualidades benéficas del agua del Tíber, en una obra dedicada a Julio III (3).

Los parajes deshabitados, que ocupaban dos tercios del espacio cercado por los muros de Aureliano, estaban llenos del encanto de los recuerdos. En grandiosa soledad y pintoresca dispersión yacían allí los enormes restos de la antigüedad, como también las venerables basílicas y monasterios de los primeros tiempos del cristianismo y de la edad media. Constituían ellas el fin principal de los peregrinos, que todavía en gran número iban en romería al centro de la unidad eclesiástica. Tampoco a los doctos se les pasaban por alto las cosas notables de las antiguas iglesias (4), pero eran mucho más atraídos, como los hombres cultos en general, por las antiguas ruinas y edificios, para cuyo estudio ofrecían una multitud de útiles advertencias las obras topográficas de Bartolomé Marliani, de 1544, y de Lucio Fauno, de 1548 (5). Las ruinas del tiempo de los romanos yacían

(1) Fichard, *Italia*, 26; v. además Schmarsov en el *Repert. para la ciencia del arte*, XIV, 132 y Gnoli, *Roma*, 189 s.; cf. también Fabricius, *Roma*, 166.

(2) Cf. Cancellieri, *Sopra il tarantismo, etc.*, *Roma*, 1817, 68 s.; Lanciani, *Renaissance*, 78 s.; Baraconi, 154 s.; Rodocanachi, *Rome*, 210, 245.

(3) A. Petronius, *De aqua Tiberina ad Iulium III P. M. Romae*, 1552. Juan Bautista Modio, en su raro escrito *Il Tevere* (*Roma*, 1556), dedicado al cardenal Ranuccio Farnese, defendió por el contrario la opinión, de que el agua del Tíber era perjudicial; añadiendo que el cardenal ha de exponer esto a Paulo IV y procurar remedio por la restauración de los acueductos (p. 59 s.). Pero el médico Andrés Bacci por el mismo tiempo abogó de nuevo por la bondad del agua del Tíber en un escrito *Del Tevere* (s. a., edición posterior Venecia, 1576), dedicado al cardenal Alfonso Farnese.

(4) Cf. Fabricius, *Roma*, 202, 211, 224, 226.

(5) La obra de Pirro Ligorio con sus opiniones en tan diversos puntos discrepantes se publicó en 1553; con todo, semejantes ideas estaban ya antes en circulación; v. Ehrle, *Roma di Giulio III*, 27.

enteramente solitarias; porque las Viñas, que se habían formado muchos cardenales y nobles en los terrenos de las colinas, sólo presentaban por la mayor parte muy modestas quintas, que únicamente se habitaban por otoño. Faltaban aún casi en su totalidad las grandes y lujosas Villas de los tiempos posteriores. Los parajes que en tiempo de la República y del Imperio habían constituido el centro de la vida, eran una región llená de viñedos, huertos y terrenos de labranza de carácter enteramente rural, y en varios sitios un desierto campo de ruinas, de cuyo absoluto abandono y solemne silencio apenas podemos ya formarnos una idea en el día de hoy (1).

Rodeadas muchas veces de antiguos plátanos, sombríos cipreses, altos pinos y densos laureles, eran las antiguas ruinas el encanto de los pintores. Los esbozos de Heemskerck, como muchos de los grabados de Du Pérac, que se hicieron más tarde, ofrecen cuadros de indescriptible romanticismo (2). En muchos sitios servían las ruinas de almacenes o establos, como aun hoy las Siete Salas. El embajador veneciano Mocénigo dice, que era cosa extraña de ver cómo sobre los antiguos arcos y edificios se levantaban viñedos, huertos y pequeños sotos (3).

Las antiguas construcciones se presentaban todavía al espectador en toda su grandiosidad. Estaban incomparablemente mejor conservadas que hoy; pues a pesar de todas las devastaciones de los pasados siglos, no pocos de estos monumentos poseían aún su antiguo revestimiento de mármol, sus columnas y otros adornos. Las enredaderas y la maleza, que habían echado raíces por todas partes, donde estaban sueltas las juntas de los ladrillos, efectuaban a la verdad su lenta, pero seguramente progresiva obra de destrucción.

Las grandes ruinas producen siempre una impresión sublime, menos por sus masas de piedra, que por la excitación de la fantasía, a la que anuncian pasadas grandezas. En ninguna parte se ofrece al viajero una imagen tan patética de lo pasado, como en

(1) El estado de aquel tiempo se conoce muy bien en el plano de Bufalini, como asimismo en el de Pinardo. V. Rocchi, *Piante* 47-48, 85; cf. Fichard, *Italia*, 24. Bufalini (E) señala junto a la pirámide de Cestio la Vinea Io. Bapt. de Montibus.

(2) V. Du Pérac, *I Vestigi dell' antichità di Roma*, Roma, 1575, y Lafréry, *Specul. Rom. magnificent.*; cf. Ehrle, *Pianta del 1577*, 10 s., 15 s.

(3) Moceuigo-Albèri, 31.

Roma en presencia del hundido mundo de los dioses y los hombres. La melancolía, que con semejante vista embarga a los mortales, viene a expresarse con mucho efecto en los versos con que Joaquín du Bellay cantó las ruinas que había recorrido, en el primer libro de sus *Antiquités de Rome* (1558).

En extraña oposición al culto arqueológico, que se tributaba a la antigüedad, los antiguos edificios, durante toda la época del Renacimiento, eran despojados sin ningún género de miramiento de sus mármoles y columnas, y utilizados como cómodas canteras para las nuevas construcciones. Asimismo se procedía sin ningún reparo en la búsqueda de antigüedades; muchas veces se destruía más de lo que se sabía e intentaba. Muy fatal fué también el excavar debajo de los fundamentos de los antiguos edificios. Claramente se ve en los grabados del siglo xv, cómo los gigantescos pórticos de las termas de Diocleciano se venían al suelo con semejantes excavaciones. En estos baños, los mayores de la antigua ciudad, había erigido una capillita un sacerdote siciliano a principios del reinado de Julio III; con todo, poco después le echó de allí la gente perdida, que utilizó las ruinas cual cómodo lugar de refugio (1). Las termas con sus grandes pórticos hacían en Fichard la impresión de una serie de iglesias. Opina él, que como edificio son dignas de admiración, pero que ya difícilmente se pueden reconocer por su destino (2). Grandes transformaciones comenzó a sufrir este sitio, al fundarse la Villa, los célebres Horti Bellajani, que debieron su origen al cardenal du Bellay, tan amante del fausto y de las artes (3).

De las termas de Tito y el anfiteatro Castrense, que servía de huerto a los religiosos de Sta. Cruz de Jerusalén, había mucho más conservado que al presente, como lo muestran los grabados. Subyugadora impresión causaba en todos los visitantes de Roma el Coliseo, aunque su piso bajo estaba en parte todavía soterrado

(1) Cf. Hermanin, 19, lámina 24; v. también Bollet. d' Arte, III (1909), 364 ss.

(2) Fichard, Italia, 40.

(3) Cf. Nibby, Roma. Parte antica, II, 802; Lanciani, II, 138 s.; Ehrle, Roma prima di Sisto V, 33; Bártoli, 76; Baraconi, 133; Romier en las Mém. d'archéol., XXXI, 27 s. Sobre la portada de entrada de la Villa, no retirada sino hasta hace poco, v. Annuario d. Assoc. artist. fra i cultori di architett. Rom., 1908, 58 s. y Nuova Antologia, CXXXVI (1908), 411 s. Sobre el parque de ciervos, que en tiempo de León X se hallaba junto a las termas de Diocleciano, v. nuestras indicaciones del vol. VIII, 106.

hasta los capiteles de los arcos. El mayor y más magnífico de todos los antiguos monumentos lo llama Fichard; diciendo que en ninguna parte era posible reconocer tanto la majestad del pueblo romano como en esta obra maravillosa, de cuya vista no podía uno verse hartó. ¡Qué habría sido, añade, cuando estaba todavía adornado con estatuas y en toda su integridad! (1).

Sobre el estado del foro, cuyas ruinas y columnas estaban medio soterradas por escombros y tierra, ofrecen un vivo cuadro los dibujos de Heemskerck. Estos muestran también, cómo el arco de Tito estaba todavía cubierto totalmente con su envoltura medieval, y el arco de Severo, por el contrario, con todas sus tres aberturas estaba descubierto en considerable profundidad, pero todavía coronado de almenas medievales. Entre el arco de Severo y el santuario de Saturno, muy cerca de las ruinas del templo de Vespasiano, estaba la antigua iglesia de los SS. Sergio y Baco, la cual, más feliz que todas las otras, escapó de la destrucción en las demoliciones de Paulo III con ocasión de la entrada de Carlos V (2). Sta. María la Nueva tenía aún la fachada de Honorio III. El edificio que había junto a la iglesia, estaba unido con el Palatino por la fortaleza medieval de los Frangipanis (3). En la basílica de Majencio, que se llamaba entonces *Templum Pacis*, admiró Fichard todavía una de aquellas ocho gigantescas columnas de mármol blanco, de orden corintio, que estaban antiguamente junto a los pilares centrales. Declara ser esta columna, colocada más tarde delante de Sta. María la Mayor, la más hermosa de Roma. En el Circo Máximo, que servía de huerta, sólo estaban bien conservadas todavía las bóvedas de debajo de las series de asientos; los romanos de entonces habían puesto allí almacenes y tabernas, en las cuales durante los ardientes meses del verano se refrigeraban con vino fresco (4).

Respecto de los palacios imperiales del Palatino, que se llamaban entonces Palacio Mayor, confiesa Fichard, que no pudo

(1) V. Fichard, Italia, 32, 35; cf. Michaelis, Libros de esbozos sobre Roma, 153, 163; Hermanin, lámina 21.

(2) V. Hülsen, El foro², Roma, 1905, 36 s.; cf. *ibid.*, 38 s. sobre la descripción que hizo Marliani en 1544 del foro y sus monumentos («trabajo profundo y crítico para aquel tiempo»), y la polémica con P. Ligorio en tiempo de Julio III.

(3) Cf. Bártoli, n. 4.

(4) Fichard, 34.

formarse ninguna idea cabal de esta construcción (1). La colina, cubierta aún de un inmenso montón de ruinas, en parte se hallaba en posesión de conventos y de personas privadas, y en parte carecía enteramente de dueño. Todo allí estaba lleno de espesas matas y árboles, entre los cuales se habían plantado viñas en sitios oportunos. En algunos lugares cercados se guardaban rebaños de bueyes y ovejas (2). Un excelente diseño de Heemskerck presenta una preciosa vista de conjunto de las pendientes del suroeste del Palatino y de la planicie del Circo Máximo. Heemskerck ha dibujado también el panorama encantador, que se abre a los ojos del visitante del Palatino, desde la azotea del Belvedere hacia el Coliseo, como también las pintorescas ruinas del Velabro (3).

Ya en tiempo de León X, y después de un modo más extenso en el pontificado de Paulo III, se habían emprendido excavaciones en el Palatino, las cuales se continuaron en tiempo de Julio III. Pirro Ligorio las describió como testigo de vista. Con el nombre del nepote del Papa Farnese va enlazada la transmutación, que dió un nuevo aspecto a una gran parte del Palatino, al transformar Alejandro Farnese la viña que allí tenía, en una grandiosa villa. En qué aprecio tenía el cardenal esta posesión, consta por el hecho de que en el documento de donación otorgado el 17 de abril de 1548, en favor de Octavio Farnese, sobre su viña situada junto al Palacio Mayor, determinó que ésta había de permanecer siempre en poder de la familia Farnese (4).

De un adorno principal del Palatino, el célebre Septizonio, se conservaba entonces todavía el saledizo del este. Heemskerck ha dibujado repetidas veces este último resto de la magnífica fachada del palacio de Septimio Severo, que miraba a la Vía Apia, sin olvidar tampoco, cuidadosamente como siempre, las pequeñas construcciones, que los Frangipanis habían añadido en el siglo XII a este edificio (5).

La región de los foros de los emperadores, que en tiempo

(1) Ibid., 37.

(2) Cf. Hermanin, lámina 26.

(3) V. Egger, *Vistas*, I, 44, 47, láminas 96, 99, 112, 113.

(4) Cf. Lanciani, I, 179; II, 34 ss., 45 ss.; III, 112.

(5) V. Hülsen, *El Septizonio*. Certamen para la fiesta de Vinckelmann, 1886; Hermanin, 22, láminas 29 y 30; Bartoli, n. 23-24 y en el *Bull. d'Arte*, III (1909), 258 s.; Egger, 43 s., láminas 92-94. Cf. ahora también el valioso artículo de Hülsen en la *Revista de la historia de la arquitectura*, V, 1 s.

de S. Pio V fué alterada esencialmente con la apertura de la Via Alejandrina, ofreció hasta entonces un cuadro por extremo característico. En confusa mezcolanza se levantaban allí al lado de pobres casas y el fuerte asiento de los sanjuanistas, edificado en el siglo xiv, las torres de los Contis, Colonnas y Caetanis. Del foro de Nerva se conservaba considerablemente más que ahora; del de Trajano, que sobrepujaba a todos los demás en magnificencia y extensión, estaban en pie todavía las ruinas de la gran exedra, que se hallaba en la pendiente sur del Quirinal. La basa de la columna triunfal del emperador la había dejado más libre y visible Paulo III, para lo cual fué derribada la iglesita de San Nicolás ad Columnam, erigida allí en el siglo xii. Una serie de casas, cuyo derribo no se efectuó hasta 1812, rodeaban la plaza. La iglesia de Sta. María de Loreto, erigida por el gremio de panaderos, aun no estaba terminada (1). En las inmediaciones, junto al Macel de' Corvi, se hallaba la sencilla habitación y taller de Miguel Angel; más tarde fué restaurado este edificio al estilo moderno, pero en 1902 desapareció el último resto de la casa, que habitó el maestro por espacio de treinta años (2).

Al viajero que por caminos solitarios entre tranquilas viñas visitaba los restos de la antigua Roma, le recordaban a cada paso los antiquísimos monasterios e iglesias el poder que había vencido al paganismo. El libro de la historia universal estaba aquí abierto, por decirlo así, siendo un sermón patético de la caducidad de las cosas terrenas y de la divina Providencia, que tanto más enérgicamente impresionaba, cuanto más extendida yacía esta región en profundo silencio, que sólo era interrumpido a mediodía y al anochecer por el sonido de la campana de las oraciones. Aumentábase todavía esta subyugadora impresión cuando entraba el peregrino en los venerables santuarios, en los que descansaban los mártires y santos de los primeros tiempos del cristianismo, notables todos ellos por un carácter propio que embargaba el alma. A todos éstos no habían aún tocado las posteriores y a menudo tan violentas transformaciones y restauraciones; con sus columnas, tomadas por la mayor parte de anti-

(1) V. Hermanin, 14, láminas 15-17.

(2) Estaba situada en el Vicolo de' Fornari, n. 212; v. Lanciani, *Renaissance*, 185; Mackowsky, 249 s.; Steinmann en la *Revista alemana*, 1902, cuaderno de mayo, 279 s.

guos edificios, brillantes pavimentos de mármol y serios mosaicos, podían ser tenidos como elocuentes apologistas de la única Iglesia inmutable, que desde más de mil años aquí oraba y ofrecía sacrificios como en tiempo de los Apóstoles, sin inquietarse por todas las vicisitudes y mudanzas exteriores.

Entre todos los monumentos cristianos que encerraba la *Región de los Montes* (de'Monti) (1), ninguno era tan venerable y rico en santos y grandes recuerdos de la historia eclesiástica y universal, como la basílica de Letrán, que como catedral del obispo de Roma, fué llamada «Madre y Cabeza de todas las Iglesias del orbe». Desde el palacio contiguo, cuya capilla se llamaba Sanctasanctorum por sus innumerables reliquias, dignas de especialísima veneración, habían dirigido el mundo cristiano los Papas de la edad antigua y media, y aquí se habían celebrado cinco concilios generales.

La reedificación, que comenzó en 1560 en tiempo de Pío IV, no había aún destruido la forma primitiva de este palacio sumamente pintoresco. Era un conjunto muy extenso de edificios de confusa disposición, el que se había formado en este sitio desde el siglo IV. Varios dibujos de Heemskerck facilitan una completa reconstrucción del antiguo palacio (2). El edificio estaba ya entonces muy arruinado (3). En la fachada del norte se hallaba la Santa Escalera (Scala Santa), que estaba unida al antiguo palacio. En la plaza sin empedrar que aquí anchamente se extendía, vió y dibujó Heemskerck aún la estatua de Marco Aurelio sobre la basa erigida por Sixto IV, ante la cual había dos leones sobre bajas columnas truncadas. A la izquierda de la entrada del norte estaba la gran sala de los Concilios con la elegante galería gótica, destinada para dar la bendición, la cual había inaugurado Bonifacio VIII en el año jubilar de 1300, y a la derecha el Baptisterio, cuya entrada estaba en la parte opuesta a la de hoy (4). Delante de la fachada principal de la basílica, que tenía tres ventanas

(1) Cf. Adinolfi, Roma, I, 181 s.

(2) Cf. Estudios generales sobre la historia del arte para A. Springer, 227 s. En la exposición romana del jubileo de 1911 era de ver un modelo plástico de la basílica y sus contornos, que fué hecho por A. Consolani, según antiguos planos y dibujos. V. también Lauer, Le palais de Latran, París, 1911.

(3) Cf. Rohault, Le Latran au Moyen-âge, Paris, 1877, 270.

(4) Cf. J. Springer en los Estudios generales para A. Springer, 226 s.; Egger, Vistas, I, 41 s.; Hülsen-Egger, I, 36 s.

góticas, se levantaba un pórtico de seis columnas. El interior del templo, más tarde enteramente restaurado a la moderna, intacto como estaba entonces, hacía pasar ante el espíritu del espectador, en vivas imágenes, los grandes recuerdos de la edad media. En el pórtico estaban los sepulcros de Alejandro II, Juan X y XII y Silvestre II. En el interior de la iglesia de cinco naves, se hallaba el monumento sepulcral de Martín V. Muchos sitios indicaban todavía los graves accidentes por que había pasado la basílica. Así vió Fichard las huellas de un incendio en el magnífico pavimento, brillante como un espejo. El erudito de Francfort vió en la iglesia todavía la *Lex regia*, y admiró especialmente las soberbias columnas, no envueltas aún por pilastras, como también las pinturas murales de Gentile da Fabriano, más tarde del todo destruidas (1).

También la basílica de Sta. María la Mayor, que formaba el centro de la muy extensa Región de los Montes, llevaba entonces todavía el sello de seriedad de los antiguos tiempos. Faltaban las grandes capillas laterales de Sixto V y Paulo V, como asimismo las construcciones parecidas a un palacio, que hay a los lados de la fachada principal, y el doble pórtico falto de gusto, que Fuga erigió en medio en 1743. Brillaban libremente desde la altura de la antigua fachada, a los ojos del visitante, los mosaicos, que a fines del siglo XIII había ejecutado Felipe Rusutti, por encargo de los cardenales Jacobo y Pedro Colonna. También estaba todavía en pie el pórtico erigido por Eugenio III, como asimismo el grandioso palacio patriarcal, contiguo a esta basílica (2). Cuatro antiguos monasterios, y entre ellos el de S. Adalberto, formaban las adecuadas inmediaciones de esta iglesia, la más importante de Roma, de las consagradas a María. También la de Sta. Cruz poseía entonces todavía su antiguo pórtico, que al igual que el interior del templo, fué víctima en 1743 de la transformación barroca de Gregorini (3).

Contribuían esencialmente a la impresión que producía así ésta como todas las demás iglesias de Roma, las numerosas piedras se-

(1) Fichard, 20, 60-61. El fresco de Poussin que se halla en la iglesia de S. Martino ai Monti, muestra el interior de la basílica de Letrán, cuando todavía no estaba reconstruida.

(2) Cf. Adinolfi, Roma, II, 213 s.; Biasiotti, La basílica Esquilina di S. Maria Maggiore ed il Palazzo apud S. M. M., Roma, 1911, 30 s.

(3) Cf. Hermanin, 34 s

sepulcrales e inscripciones, que cubrían los pavimentos y las paredes (1). Las inscripciones mencionaban el incesante cuidado que los Papas de todos los siglos habían tenido de los templos de su residencia, restaurándolos, proveyéndolos de reliquias y concediéndoles indulgencias. Las lápidas que con frecuencia cubrían casi todo el pavimento, como también hoy todavía en Sta. Maria de Araceli y San Onofre, publicaban nombres y hechos de innumerables hombres ilustres, célebres, ricos o sabios. Desde los cipos de conmovedora sencillez de los primitivos tiempos cristianos, hasta los brillantes monumentos marmóreos del período del Renacimiento, con sus inscripciones compuestas en elegante latín, en parte todavía piadosas y en parte también de un colorido pagano, ¡qué abundancia de recuerdos! Aquí volvía a la vida una gran parte de la historia de Roma, de sus Papas, cardenales, prelados, nobles, sabios, poetas, literatos y artistas. No había época alguna de la historia hasta el terrible año de guerra y peste de 1527, y la actividad restauradora de Paulo III, que no hubiese dejado sus huellas en estos monumentos. Todos los estados, profesiones y edades estaban representados. Profunda piedad, fiel amor, acerbo dolor, pero también vana verbosidad, desagradable jactancia y no raras veces cómica ingenuidad, todos estos diversos sentimientos reciben allí expresión. Del carácter eminentemente cosmopolita de la gran metrópoli de Roma dan testimonio las muchas losas sepulcrales de extranjeros. Nómbranse aquí vástagos de todas las provincias de Italia, como también de las diversas naciones de Europa, sobre todo de España y Alemania (2).

Más que por todos los recuerdos y tesoros artísticos, eran

(1) Cf. la gran colección de Forcella, que ciertamente no está trabajada a veces con toda exactitud, y la ingeniosa disertación que sobre esta obra ha publicado Gnoli en la *N. Antologia*, Ser. 2, XXIV (1880), 729 s. V. también Reumont en el *Arch. stor. Ital.*, Ser. 3, IX, 1, 80 s. Como muchas losas sepulcrales estaban tan levantadas sobre el suelo, que impedían el paso, mandó Paulo IV su correspondiente rebajamiento, lo cual ordenaron asimismo Pío IV y Gregorio XIII; v. Gnoli, *Roma*, 100. Sobre los monumentos sepulcrales de Roma, notables por su artística escultura, cf. Gerald S. Davies, *Renaissance. The sculptured tombs of the 15 Century*, London, 1910.

(2) Pueden verse de ello ejemplos en Gnoli, en la *N. Antologia* loc. cit., 732 s. Por desgracia están aquí omitidos los hermosos epitafios del Renacimiento, que respiran espíritu cristiano. Cf. de Waal, *Roma Sacra*, X, Viena, 1905, 445. En Forcella, I, 167; V, 252 pueden verse inscripciones de Paulo III, que perpetúan los privilegios concedidos a las iglesias. También Julio III otorgó semejantes gracias; v. *Le cose meravigliose*, 15, 26.

atraídos los piadosos peregrinos por las gracias que podían ganar en los santos Lugares, y por las reliquias que aquí se guardaban; las guías de los peregrinos, en que se indicaban las *Mirabilia Romae*, los señalaban con toda exactitud. Delante de todos estaba el santuario universal del sepulcro de S. Pedro. Era éste el primer lugar que solían visitar los peregrinos que afluían de las diversas naciones. La romería propiamente dicha a las siete iglesias principales, a la que estaban vinculadas abundantes indulgencias, se efectuaba en un solo día (1). Se comenzaba las más de las veces por la visita de la iglesia donde está sepultado el apóstol S. Pablo, que se halla situada a larga distancia fuera de la puerta. Con ella se juntaba la visita de la iglesia de S. Sebastián en la Vía Apia, a la que se llegaba por la calle de las Siete Iglesias. Con esta ocasión se iba a ver también la mayor parte de las veces las catacumbas vecinas (2). Para ganar la indulgencia plenaria era además indispensable la visita de Letrán, de Sta. Cruz, S. Lorenzo extramuros, Sta. María la Mayor y finalmente de la iglesia de S. Pedro. Esta peregrinación, ya penosa por la gran distancia de cada una de las iglesias, lo era todavía más por el mal estado de los caminos (3).

Ningún peregrino dejaba de tomar parte en las grandes solemnidades, en las que celebraba el mismo Papa, o a las que asistía. También celebraba el Papa ordinariamente, si alguna enfermedad no lo impedía, por Navidad, Pascua y el día de San Pedro y San Pablo. La magnificencia y el esplendor del culto católico desplegábase de un modo grandioso en estas festividades, no solamente en S. Pedro, sino también en las otras basílicas principales. Una impresión subyugadora embargaba a todos los asistentes, cuando la Cabeza suprema de la Iglesia, el día de Jueves Santo y el Domingo de Pascua, desde el gran balcón de la basílica de San Pedro, daba la bendición solemne a la ciudad y al orbe, «*Urbi et orbi*». En el año jubilar de 1550 afluyeron para esta solemnidad a la plaza de S. Pedro más de 50000 hombres y en 1554 su número se fijó en 30000 (4).

(1) Cf. nuestras indicaciones del vol. VIII, 109.

(2) V. Rot, *Itin. Rom.*, 258; G. Fabricius, que en 1542 visitó a Roma (v. *Biografía General Alemana*, VI, 510 s. y *Bull. d'Ist. arch.*, XIII, 262), nombra en su Roma (p. 214 y 219) como catacumbas entonces accesibles, también las que hay junto a las iglesias de Sta. Inés y S. Pancracio.

(3) Cf. *Rodocanachi, Rome*, 308.

(4) V. Massarelli, 166; Rot, *Itin.*, 252.

En la fiesta de la Anunciación de la Santísima Virgen, acostumbraban los Papas, desde mediados del siglo xv, ir con solemne séquito, acompañados de cardenales, prelados y nobles, a Santa María de la Minerva, donde después de una misa cantada, conforme a la fundación del cardenal Torquemada, varias doncellas necesitadas—en 1550 fueron 150—recibían su dote (1). Como sus predecesores, así tampoco Paulo III y Julio III faltaron nunca en las otras grandes festividades, si la enfermedad no se lo impedía. Tenían mucha cuenta sobre todo con hallarse presentes en la procesión de Corpus, en el aniversario por los predecesores difuntos, el cual, lo mismo que la fiesta de la coronación, se celebraba en la Capilla Sixtina, y en las ceremonias de la Semana Santa (2).

Las solemnidades conmovedoras de esta Semana Mayor comenzaban el Domingo de Ramos. El Papa, que en este día, las más de las veces celebraba muy temprano en su capilla privada una misa rezada (3), asistía a las nueve en la Capilla Sixtina a la misa solemne, que cantaba un cardenal. Efectuábase después la bendición de las palmas. La primera palma la daba el decano del Sacro Colegio al Papa. Éste distribuía luego palmas a los cardenales, a los embajadores, a los nobles romanos, a los penitenciarios de S. Pedro, a sus familiares y a aquellas personas, que habían alcanzado ser admitidas a esta solemnidad. El miércoles, tres horas antes de las oraciones, comenzaban los maitines llamados de Tinieblas. En S. Pedro se mostraba en la mañana de este día el santo sudario de la Verónica.

El Jueves Santo celebraba el Papa muy temprano y daba la sagrada Comunión a todos los miembros de su corte. A las diez comenzaba la Capilla Papal en la Sixtina. Después de la misa solemne, que cantaba un cardenal, Julio III, acompañado de todos los miembros del Sacro Colegio y numerosos obispos y prelados, lle-

(1) V. Massarelli, 162; cf. Rot, Itin., 256.

(2) Para lo que sigue v. los *Diarios de los maestros de ceremonias Blas de Martinellis, Juan Francisco Firmano y Ludovico Bondono de Branchis Firmano (*Archivio segreto pontificio*, Arm., 12). En Merkle, II, 491 ss., puede verse gran número de noticias tomadas de L. Firmano; cf. Massarelli, 165 s.; Rot, Itin., 250 s.

(3) Así lo hacía Julio III. Respecto a Paulo III no se menciona la misa privada ni en este día, ni en el de Jueves Santo; la celebraba un cardenal presente papa; v. J. Fr. Firmani *Diaria, XII, 27.

vaba el Santísimo a la Capilla Paulina, edificada por Paulo III (1). Después de eso, desde la galería o balcón de la bendición, daba lectura un cardenal a la bula *In Cena Domini* en latín e italiano, bendecía el Papa solemnemente al pueblo, y en la sala del Consistorio público lavaba personalmente los pies a doce pobres. También en este día se mostraba por segunda vez en S. Pedro el santo sudario de la Verónica. En todas las iglesias de la ciudad era el Santísimo expuesto a la adoración. Como refiere un alemán, que visitó a Roma por la primavera de 1554, se desplegaba en esto un celo por la veneración de la sagrada Eucaristía, que contrastaba gozosamente con la frialdad e irreverencia que solía reinar en el período floreciente del Renacimiento. Por los adornos de todo género, preciosos tapices, candeleros de plata, innumerables velas y lámparas de muy distintas clases, venían a ser ahora los monumentos un punto de atracción para las personas devotas (2). Este fervoroso movimiento en la veneración de la sagrada Eucaristía, que se mostró también en otros lugares en la época de la reforma católica, tenía Roma que agradecerlo a la Cofradía del Santísimo Sacramento, que a impulso del dominico Tomás Stella había sido fundada por Paulo III en 1539 (3).

Las solemnes y extraordinarias ceremonias, con que celebra la Iglesia de un modo tan patético el día de la muerte de su Esposo, comenzaban el Viernes Santo ya muy de mañana. El Papa volvía también en este día personalmente el Santísimo de la Capilla Paulina a la Sixtina. Al canto de la Pasión según S. Juan, seguía un sermón. Después se cantaban las preces en que se mencionan las necesidades de todos los hombres. En la conmovedora adoración de la Santa Cruz tomaban parte todos los presentes. El Papa, descalzo y despojado de todas las insignias de su suprema dignidad, acercábase el primero a la Cruz, después los cardenales, los prelados y embajadores. La misa propia de este día, la decía un cardenal. Al anochecer del Viernes Santo solía celebrar desde el siglo xiv la Cofradía del Gonfalon una procesión de la Cruz al Coliseo. En el año jubilar de 1550 asistieron a este piadoso ejercicio 1500 hombres, de los cuales 335 llevaban grandes cruces. En

(1) En tiempo de Paulo III, el Santísimo era llevado a la Cappella Parva; cf. Moroni, VIII, 294.

(2) Cf. Rot, Itin., 251.

(3) V. Tacchi Venturi, I, 194 s.

este año la Hermandad de la Cruz, de S. Marcelo, dispuso también una procesión, en la que tomaron parte 1200 hombres, muchos de los cuales iban disciplinándose. Todos visitaron las cuatro iglesias principales prescritas para ganar la indulgencia del jubileo (1).

En la mañana del Sábado Santo celebraba un cardenal en la Capilla Sixtina en presencia del Papa. Al Gloria sonaba la música y volvían a tañer las campanas (2). Para todas las iglesias de Roma, ésta era la señal para anunciar la proximidad de la fiesta de Pascua. La singular impresión que producía este repique de grandes, medianas y pequeñas campanas, que iba creciendo a manera de olas, dió motivo a Rabelais para su célebre comparación de la Ciudad eterna con una isla sonante (3).

En la misa mayor que se celebraba en S. Pedro el Domingo de Pascua, daba el Papa el Santísimo Cuerpo del Señor a todos los cardenales, a los canónigos de la Basílica, a la nobleza romana y alguna vez a los príncipes asistentes, como, por ejemplo, en 1550 a los duques de Ferrara y Urbino (4).

No solamente los forasteros, sino también los romanos afluían en gran número a las solemnidades eclesiásticas. Durante el tiempo de Cuaresma acudían diligentemente a las llamadas estaciones en las diversas iglesias. Durante este tiempo se reanimaba la Región de los Montes, de ordinario tan quieta y silenciosa; nobles y plebeyos corrían a porfía a visitar los sepulcros de los mártires. En el tiempo del Renacimiento se hacía todo esto ciertamente muchas veces de un modo harto mundano (5). Pero ya se dejaba advertir una notable y provechosa reacción contra el indebido proceder en los lugares santos. Eran los defensores de la reforma católica los que también respecto a este punto daban impulso a mejorar la situación.

Mucho tiempo antes que el concilio de Trento inculcase a clérigos y seglares lo que se había de observar y evitar en el santo sacrificio de la misa, los varones inspirados por Dios, que llevaban escrita en su bandera la renovación religiosa del mundo cristiano,

(1) V. Massarelli, 166.

(2) Rot, Itin., 252.

(3) Cf. Reumont, III, 2, 786.

(4) V. Massarelli, 166; Rot, 252.

(5) Cf. Rodocanachi, Rome, 307 s. Un humanista de Roma puso en elegantes versos la lista de las estaciones; v. Marucchi, Basil. et églises de Rome², Rome, 1909, 63 s.

delante de todos S. Ignacio de Loyola, y luego con él emulando el joven San Felipe Neri, habían puesto sus esfuerzos en enseñar a todos con sus ejemplos y palabras la debida veneración a la casa de Dios, que tanto había sufrido en la época del Renacimiento. Quien entraba en Sta. Dorotea del Trastévere, asiento del Oratorio del Amor Divino, en Sta. María de la Estrada, la iglesia del fundador de los jesuitas, en S. Jerónimo de la Caridad, en S. Salvador del Campo, donde ejercía sus ministerios S. Felipe Neri, o en los pequeños templos de los teatinos en el Campo Marcio y en el Pincio, como también en el de los capuchinos, S. Nicolás de Portiis, en el Quirinal, no podía verse libre de una profunda impresión. Los hombres disolutos del Renacimiento, que los visitaban por curiosidad, salían de ellos no raras veces interiormente transformados (1). Aquí ejercitaban su celo sacerdotes, que representaban con su vida la reforma suspirada y tantas veces aconsejada por todos los buenos. Estos templos pequeños y pobremente aderezados eran ya visitados con tanto fervor y diligencia, que no podían ya contener el número de personas devotas que concurrían a las misas y sermones. Del tiempo de Julio III existe una solicitud, en la que se pide al Papa, que ordene a S. Ignacio de Loyola que edifique una iglesia mayor, pues Sta. María de la Estrada era demasiado pequeña e incómoda para los muchos, que querían oír allí la palabra de Dios y recibir el sacramento de la Penitencia (2). Éste fué el primer impulso que se dió a la construcción de la magnífica iglesia del Jesús, a la que se siguió más tarde la erección de los grandes templos de los teatinos (S. Andrés della Valle) y de los Padres del Oratorio (Sta. María della Vallicella), los cuales fueron de grandísima importancia para la vida religiosa de Roma y también para la fisonomía de la ciudad.

Para todas las festividades que el Papa mismo celebraba, o a que asistía, habíanse desde antiguo establecido prescripciones muy minuciosas, sobre cuya puntual observancia velaban los maestros de ceremonias. A la dignidad que Paulo III y Julio III observaban en estas solemnidades, correspondía la excelente música que las acompañaba. Un informante alemán que se halló en Roma durante la Semana Santa y el tiempo de Pascua de 1554, hace resaltar expre-

(1) V. *Le cose meravigliose di Roma* (cf. más abajo p. 388, nota 3), 21; Capeceatratro, 175 ss., 178 ss. y especialmente Tacchi Venturi, I, 186 s.

(2) Cf. *Studi e docum.* XX (1899), 345 ss.

samente, que como en S. Pedro, donde Palestrina era maestro de capilla, así también en Letrán ejecutáronse en este respecto obras de mérito relevante (1). Pero no solamente las funciones religiosas, sino también los mismos templos hacían profunda impresión en todos los forasteros. Es muy significativo, que Fichard, a pesar de todo su entusiasmo por la antigüedad, nombra como cosas principales de la Ciudad eterna, muy dignas de verse: el Vaticano con la biblioteca y el Belvedere, la Cancelaría y las basílicas de San Pedro, Letrán, S. Pablo extramuros, Sta. Maria la Mayor, Sta. María de la Minerva, Sta. María del Pueblo, y finalmente la iglesia nacional alemana con el hermoso sepulcro de Adriano VI (2).

Ocho años después de la estancia en Roma del viajero de Francfort, un peregrino florentino cuyo nombre se ignora, hizo algunos apuntamientos sobre las creaciones más principales del arte del Renacimiento, que eran de ver entonces en la Ciudad eterna. Estas memorias (3), que en múltiples respectos son de interés, comienzan por la basílica del Príncipe de los Apóstoles y su nueva construcción. De las obras de arte que había en S. Pedro, alaba este autor desconocido la Piedad de Miguel Angel, la cual después del derribo de la capilla de Sta. Petronila, fué trasladada al Oratorio de S. Gregorio (4). De los demás monumentos de la iglesia de S. Pedro menciónanse sólo los sepulcros de Sixto IV e Inocencio VIII. Ponen de realce estos apuntamientos como la cosa más importante digna de verse en el Vaticano, las estancias y galerías de Rafael, que brillaban entonces todavía con toda la esplendidez de su colorido, y después la Capilla Sixtina con el incomparable adorno de sus frescos. Lamenta este autor con razón la destrucción de la capilla del SS^{mo}. Sacramento, de Fiésole. De la gran multitud de iglesias nombra sólo aquellas, que encerraban obras muy eminentes del arte del Renacimiento. En S. Agustín eran tenidas ya entonces como principales preciosidades artísticas, además del Isaías de Rafael, la estatua de Ntra. Sra. del Parto, cincelada por Jacobo Sansovino, y el grupo de mármol que representa a la Santísima

(1) V. Rot, *Itin.*, 250, 252, 261.

(2) Fichard, *Italia*, 67.

(3) Editadas e ilustradas por Fabriczy en el *Arch. stor. Ital.* Ser. 5, XII, 275 s., 328 s.

(4) Cf. Mackowsky, 366 s. La Madonna della Febbre fué aquí colocada no en 1545, sino ya en 1542; v. Fabricius, *Roma*, 248.

Virgen, a Santa Ana y al Niño Jesús, ejecutado por Andrés Sansovino; la una estaba, como hoy, a la derecha cerca del muro de entrada, y el otro a la izquierda junto a la tercera columna debajo del Isaías. Las Sibilas de Rafael, que se hallan en Sta. María de la Paz, las elogia el florentino como una de las más hermosas obras del pintor de Urbino que hay en Roma. Fuera de esto cita también la Presentación en el templo, de Baltasar Peruzzi, la cual entonces todavía no estaba fuertemente retocada. De los numerosos y magníficos sepulcros de mármol de Sta. María del Pueblo, menciona sólo los dos mayores y más hermosos: los monumentos de los cardenales Jerónimo Basso y Ascanio María Sforza, de Andrés Sansovino. Por modo extraño pasa en silencio los frescos del techo del coro, de Pinturicchio, las cristaleras pintadas de Claudio y Guillermo Marcillat, y hasta la misma admirable capilla Chigi. En cambio da noticia de dos cuadros de Rafael: de Ntra. Sra. de Loreto, que más tarde desapareció, y del célebre retrato de Julio II, que ahora adorna los Oficios; los dos colgábanse entonces en ocasiones solemnes de las pilástras de la iglesia. En Sta. María de Araceli admiró nuestro guía el cuadro de Ntra. Sra. de Foligno, de Rafael, y en la iglesia de los dominicos, Sta. María sopra Minerva, como adorno principal, los frescos de Filippino Lippi, que están en la capilla de Carafa, y la estatua de Cristo, de Miguel Angel. Menciónanse los sepulcros de León X y Clemente VII, pero sin ningún elogio, como es natural. Del «Moisés» de Miguel Angel, que está en S. Pedro ad vincula, dice este autor sin nombre, que le parece una obra divina. Hace memoria también de los sepulcros de Pedro y Antonio Pollajuolo, que se hallan en el susodicho templo. En la iglesia nacional española de Santiago estaba en aquel tiempo la estatua de S. Jaime, de Jacobo Sansovino, que ahora se venera en Sta. María de Monserrat.

De las obras artísticas de la parte de la ciudad situada al otro lado del Tiber, ensalzan estas memorias los frescos de la Farnesina y el incomparable tempietto de Bramante en S. Pedro in Montorio. En esta iglesia adornaba entonces todavía el altar mayor la Transfiguración, de Rafael. Fuera de eso, pudo el desconocido autor admirar en S. Pedro in Montorio, junto con el fresco de Sebastián del Piombo, la Flagelación de Cristo, todavía ahora existente, un cuadro de Miguel Angel, más tarde desaparecido, que representaba a S. Francisco.

Como el florentino sólo cita obras de arte del Renacimiento, así Ulises Aldrovandi en su catálogo, compuesto en 1550, enumera casi únicamente antigüedades. Sólo muy pocas obras menciona Aldrovandi de escultura moderna, principalmente varios trabajos de Miguel Angel, a cuyo Moisés cree tributar la mayor alabanza, al observar que esta creación se puede comparar con cualquier otra de la antigüedad (1). En vano se busca en Aldrovandi el nombre de otros maestros modernos. Cuán en poco los apreciaba en comparación de los antiguos, vese claramente por estas expresiones suyas: «un Mercurio con lira, hermosa estatua, pero es moderna»; «una cabeza femenil con pecho descubierto, pero es obra moderna». Todavía menos se sabe por la descripción del erudito boloñés sobre la riqueza de pinturas de Roma, y las muchas preciosidades, que encerraban los palacios de la nobleza y sobre todo de los cardenales (2).

Cuánto cautivaban el interés de todos las antigüedades, se saca por el hecho, de que las mismas ocupan un ancho espacio en las guías ordinarias, que a imitación de las medievales, intituladas «Cosas maravillosas de Roma», enumeran preferentemente las reliquias e indulgencias de las iglesias. En una guía semejante de 1563 (3) se da una distribución del tiempo para visitar las principales cosas dignas de verse, la cual es muy característica por diversos conceptos. La guía quiere ofrecer al viajero que va de prisa una dirección tal, que en pocos días pueda ver lo más que sea posible. La distribución en tres días está regulada para un forastero que saliese de casa muy temprano y tuviese un caballo a su disposición. Como punto de partida del primer día se toma el Borgo, desde donde habían de ser visitados el Trastévere, la isla del Tíber, el Monte Testaccio, S. Pablo extramuros, S. Gregorio, las termas de Caracala, la Rotonda de S. Esteban y el palacio y basílica de Letrán. Para el segundo día propónese una vuelta, que exige todavía más al curioso viajero: desde el mausoleo de Augusto a Sta. María del Pueblo, Trinidad de los Montes, Monte Cavallo con las célebres Viñas de los cardenales Carpi y Este; después

(1) Aldrovandi, 291.

(2) Cf. Burckhardt, Documentos, 557 s.

(3) *Le cose meravigliose dell'alma città di Roma*, Roma, 1563. (En la *Biblioteca Víctor Manuel de Roma* hay un ejemplar de este escrito, que ha venido a ser ya raro.) Una edición veneciana de 1544 cita Cicognara, *Catálogo etc.*, II, Pisa, 1821, 184.

habían de ser visitadas la iglesia de Sta. Inés extramuros, las termas de Diocleciano, Sta. Pudenciana, Sta. María la Mayor, las Siete Salas, el coliseo, el Palatino, el foro, el Capitolio, el teatro de Marcelo, el pórtico de Octavia y finalmente también los palacios Capodiferro y Farnese. El curso del tercer día ha de comenzar en la Plaza Colonna. Además de ir a ver la columna de Trajano, la iglesia de la Minerva y el Panteón, recomienda también la guía la visita a una colección privada, en el monte Citorio, rica en antigüedades y pinturas modernas, la casa de monseñor Jerónimo Garimberti, obispo de Gallese. La comida ha de tomarse en una de las hosterías de junto a la Plaza Navona, en las inmediaciones del Pasquino. Para la tarde se aconseja una visita a la Villa Julia (1).

«En las casas de algunos cardenales y de varias personas privadas, se dice en la guía sobredicha, hay todavía muchas cosas hermosas que ver, pero que no nombro, porque se hallan en constante mudanza, y no quisiera cansar inútilmente a los viajeros.» Este cambio y mudanza se ejecutaba en el sentido de una progresiva centralización de los museos de antigüedades. A principios del siglo XVI había aún muchas pequeñas colecciones, que poco a poco fueron desapareciendo. Ya en el cuarto decenio de dicho siglo, las grandes colecciones del Belvedere, Capitolio, Cesi, Médici y Valle sobrepujan en importancia a las menores, mientras que antes, como parece, las buenas piezas estaban distribuidas todavía con bastante igualdad. En tiempo de Aldrovandi vinieron a quedar sin importancia las colecciones de mediana magnitud con algunas obras indudablemente buenas, cuales se podían ver todavía, durante la estancia de Heemskerck en Roma, en las casas Sassi, Maffei y otras (2). El acceso a cada una de estas colecciones dependía de las relaciones, que con sus dueños tenía el viajero.

Una cosa muy digna de verse y al mismo tiempo una preeminencia de Roma, que alaban especialmente todos los visitantes

(1) *Le cose meravigliose*, 48 ss. Sobre Garimberti v. Hübner, I, 100. J. J. Boissard, cuya estancia en Roma cae en los pontificados de Julio III y Paulo IV, dispone su Guía de la ciudad para cuatro días, lo cual tiene relación con el hecho, de que los peregrinos eran mantenidos gratuitamente por espacio de tres o cuatro días en el establecimiento caritativo de la SS^{ma} Trinidad y en otros benéficos institutos. Cf. Schmidlin, *Historia del Anima*, 387.

(2) V. Hübner, I, 74.

extranjeros (1), formaban los numerosos establecimientos de beneficencia,, excelentemente dispuestos y ordenados. La capital del cristianismo con su caridad floreciente había dado siempre vivo testimonio de la virtud fructificadora de la fe católica. Como en la edad media, así también en el tiempo del Renacimiento, los Papas, cardenales, prelados y seglares de todos los estados se afanaron con noble emulación por remediar las necesidades de los enfermos, pobres y desvalidos. En antigüedad y amplitud ocupaba el primer lugar entre los establecimientos caritativos, el hospital del Espíritu Santo, reorganizado por Sixto IV. De gran fama gozaban también los de S. Salvador junto a Letrán y de Santiago in Augusta, que habían sido fundados por cardenales de la casa Colonna. Estos hospitales, como los situados junto a Sta. María de la Consolación, S. Antonio y S. Roque, que favorecían de todos modos los Papas con subsidios y privilegios, estaban de tal manera distribuidos por la ciudad, que se podía atender bien a las necesidades de los diversos barrios (2).

Un género especial de establecimientos benéficos lo formaban los hospicios nacionales, que los extranjeros vecindados en Roma, tan sumamente numerosos, habían erigido para sus compatriotas junto a las iglesias de su respectiva nación. Por ellos se expresaba de modo muy significativo el carácter católico de Roma, como capital de la Iglesia universal. Los alemanes, conforme a su número, eran los que tenían más establecimientos de esta clase, entre los cuales ocupaban el primer lugar desde el siglo xiv el *Ánima* y el *Campo Santo*. Juntábanse a ellos casas más pequeñas para los flamencos y valones, los bohemios y húngaros. Los españoles, los más numerosos en Roma inmediatamente después de los alemanes, tenían casas para albergar y cuidar a sus peregrinos pobres y enfermos, junto a Santiago en la Plaza Navona y junto a Sta. María de Monserrat. De un modo semejante los portugueses, franceses, ingleses, escoceses, irlandeses, polacos, húngaros, suecos, dálmatas y eslavos del sur, y también los lombardos, genoveses, florentinos, sieneses y los de Bérgamo poseían sus

(1) V. sobre todo Fabricius, Roma, 215 s., 232, 261.

(2) Cf. nuestras indicaciones del vol. V, 103 s. y la bibliografía especial allí apuntada. En el hospital de Sta. María de la Consolación operaba el célebre cirujano Gisberto Horst de Amsterdam (1543-1564); v. Pericoli, S. Maria della Consolazione, Imola, 1879, 98.

iglesias propias, y unidos a ellas hospicios nacionales, y también las más de las veces hermandades (1).

A varios de estos establecimientos cortáronseles con la herejía sus nervios vitales; con todo aun en este tiempo crítico conservó la Ciudad eterna su antigua gloria de generosísima caridad. En íntima unión con el movimiento de reforma católica, que ocultamente iba creciendo, la caridad cristiana, como en las demás ciudades de Italia, así también en Roma, brotaba nuevas y espléndidas flores. Después que los miembros del Oratorio del Amor Divino habían ya establecido en el antiguo hospital de Santiago in Augusta un departamento especial para incurables, el cardenal Julio de Médici, más tarde Clemente VII, fundó en 1519 la Cofradía de la Caridad para auxiliar a los pobres vergonzantes, consolar a los presos y dar sepultura a los desamparados. El cardenal Médici fué también el que indujo a León X a confirmar el monasterio para pecadoras arrepentidas, situado en el Corso, que había sido fundado por los miembros del Oratorio del Amor Divino. A otro prelado romano debió su origen el orfanotrofio que había junto a Sta. María in Aquiro.

En tiempo de Paulo III y favorecidos por él vió Roma crecer toda una serie de establecimientos, por medio de los cuales la caridad inventiva de generosos y santos varones procuraba combatir con buen éxito los males materiales y morales de aquellos tiempos. El franciscano Juan de Calvi, el orífice Crivelli y el cardenal Quiñones pusieron entonces los fundamentos del Monte Pío. Un abnegado hijo de España, el capellán Fernando Ruiz, en unión con dos nobles de Navarra, fundó en la Plaza Colonna una casa para dementes, cuyo cuidado hasta entonces había estado casi enteramente desatendido. El celo ilustrado de otro español, S. Ignacio de Loyola, dió origen a la casa de refugio para pecadoras convertidas, situada junto a Sta. Marta, al hospicio para

(1) Cf. nuestras indicaciones del vol. I, 385-393, y respecto del *Ánima* la magáfrica monografía de Schmidlin (Friburgo, 1906), que estriba en sólida investigación de los archivos. El hospital para los polacos estaba situado junto a la iglesia de S. Esteban alla Chiavica, el de los de Sena junto a la iglesia de Sta. Catalina de Sena en la Vía Julia (v. *Le cose meravigliose*, 25-26). Los de Bérgamo obtuvieron la iglesia de Sta. María de la Piedad (v. *Simonetti*, Vie, 32; *ibid.*, 49 hay datos sobre la iglesia y el hospital de los genoveses). Sobre el gran número de los extranjeros v. *Rodocanachi*, Rome, 243 ss.; aquí (p. 225 s.) también sobre la desaparición de la antigua alta nobleza y la preponderancia del *mezzo ceto* en Roma.

pobres doncellas, puestas en peligro, que estaba cerca de 'Sta. Catalina de' Funari, al establecimiento para recién convertidos, sito al lado de S. Juan del Mercatello al pie del Capitolio, y a una asociación para socorrer a pobres vergonzantes. En tiempo de Julio III fundó S. Felipe Neri la 'Compañía de la Trinidad para amparar a los peregrinos indigentes, la cual tenía sólo a Cristo por protector. Juntábanse a éstas diversas nuevas fundaciones para dotar a doncellas pobres.

Todavía de otra manera se hacía notable el empuje de la vida católica en el terreno de la caridad. Las instituciones de beneficencia eran de nuevo administradas con más solicitud y diligencia, y mejor cuidadas cuanto a la salud espiritual de los enfermos y achacosos. También en este punto fué el ejemplo que dieron S. Ignacio y más tarde S. Felipe Neri, el que contribuyó mucho a recordar a eclesiásticos y seglares aquellas palabras de Cristo: «Lo que hicisteis con uno de mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (1).

Como en todos los terrenos, así también en el de la caridad se preparaba la grandiosa época de la reforma y restauración católica, en la cual amables santos y grandes Papas trabajaron incansablemente por aliviar las miserias corporales y espirituales de sus semejantes. Durante esta época memorable de una entera mudanza de la vida moral, la *Roma aeterna*, que en el tiempo del Renacimiento había recibido con frecuencia un sello muy mundanal, experimentó también una radical transformación,

(1) V. Tacchi Venturi, I, 355 ss., 365, 361 s.; cf. también nuestras indicaciones del vol. X, 288 ss. Los méritos de F. Ruiz fueron honrados en 1573, en la capilla de Ntra. Sra. de la Piedad, situada en la Plaza Colonna, con la siguiente inscripción: D. O. M. Ferdinando Ruitio Hispalensi praesbytero integerrimo quod religionis ergo hospitalem hanc domum pauperibus exteris ac mente captis primus erigendam curaverit, quod eandem annuo censu de suo dotaverit, quod ibidem pietatis studio diem suum obire voluerit sodales et curatores domus viro optime merito pos. pro eius eterna salute quotidianas Deo preces sacrumq. anniversarium ad XIII. Kal. April. supremo eius die instituere M.D.LXXIII. Cuando Benedicto XIII en 1728 trasladó esta casa de locos a la Lungara, fué colocada esta inscripción a la entrada de la capilla que allí había, de Sta. María de la Piedad (v. Forcella, XII, 387 ss.); al ser derribado este manicomio en 1911, desapareció. En cambio, se ha conservado en la iglesia de Sta. Catalina de'Funari, de difícil acceso, la capilla fundada por F. Ruiz, y ricamente decorada con mármol de colores y diversas pinturas; es la primera del lado izquierdo. V. Nibby, Roma nel 1838. Parte prima moderna, Roma, 1839, 149.

que no era solamente de su forma exterior. Con sus grandes y magníficas iglesias, caritativos establecimientos, espaciosos monasterios y colegios para sacerdotes de las más diversas naciones, volvió a ser ella también por el acrecentamiento del espíritu religioso entre sus habitantes, aquello para lo que la ha destinado la Providencia como asiento del sucesor de S. Pedro: la santa ciudad, que encarnaba de un modo brillante los ideales cristianos.

APÉNDICE

Documentos inéditos
y noticias de los archivos

OBSERVACIÓN PRELIMINAR

Los documentos aquí reunidos, se ordenan a confirmar y completar el texto de mi libro; pues no entra en mi plan el publicar aparte una propia colección de documentos. El lugar donde se halla cada uno de los que siguen, se expresa en cada número con la mayor precisión posible. Por no aumentar el volumen, he tenido que mostrarme muy parco en las notas aclaratorias. Por lo que al mismo texto se refiere, he conservado generalmente la escritura que he hallado en los documentos y cartas, en su mayor parte originales; las variaciones hechas respecto a las letras mayúsculas y a la puntuación, no necesitan justificarse. Donde he intentado enmiendas, lo hago notar siempre; en cambio, corrijo sin especial observación las pequeñas equivocaciones y evidentes erratas de escritura. Las cosas que he añadido, quedan indicadas con paréntesis rectangulares [], y los pasajes dudosos o ininteligibles por un signo de interrogación o «sic». Los lugares, que al copiar, o al preparar después estos documentos para la imprenta, se han omitido de intento, por no ser esenciales o necesarios para mi fin, van indicados con puntos suspensivos (.....).

En la corrección de los documentos que siguen, y de las demás partes del presente tomo, me han ayudado de una manera tan importante el Sr. Profesor Dr. Pogatscher, y el Sr. Párroco Dr. Bruder, y en la reunión de los materiales el Sr. Profesor Dr. J. Schmidlin, que debo expresar a dichos sabios también en este lugar mi más obligado reconocimiento.

1. Endimión Calandra a su hermano Sabino ¹

Roma, 8 de febrero de 1550.

... S' ha posto S. S^{ta} il nome di Giulio et mostra di volere essere magnanimo, grato et cortese, ma comme s'è fatto insperatamente et appunto, come vi scrissi, che subito che è stato proposto da Francesi Farnese vi è callato come in creatura sua non havendo riguardo a promesse fatte ne a fede data, non s'è visto ancora molta allegria nelli animi delle persone, se non che sia fatto il Papa che qui a starene senza

(1) Cf. arriba pág. 63

tanto tempo pareva cosa molto strana, et per quello che se ne spera per li saggi chē ha dati di se qui et in altro luogo quando ha governato, si tien per certo chel suo habbia ad essere un buon papato...

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua.*

2. Pirro Olivo a Sabino Calandra ¹

Roma, 12 de febrero de 1550.

... Pensi V. S. che dopo tante gratie fatte et belle parole S. S^{ia} disse che si riputava gran gratia chel cardinale nostro le addimandasse qualche gran cosa. In somma è troppo, et il cardinale con tutta la corte ne sta con allegrezza infinita. Tutta la città poi ne mostra contento infinito, perche già l' ha sgravata di molte gravezze impostele dà Papa Paulo. Ha ordinato che le spoglie che per morte di cardinali andavano alla sede apostolica siano de qui innanzi degli heredi o s'habbino a dividere fra i servitori di quel cardinale, secondo la mente sua. Dona ad ogniuno et ad ogniuno fa gratia, onde voglio che speriamo di lui quel bene et servizio di Dio che ci promette così generoso animo. Egli è persona allegra, popolare, ha già dato ordine a certi commissarii deputati sopra delle vettovaglie che faccino che la città sia abundevole et che le cose si paghino a mercato conveniente...

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua.*

3. Pirro Olivo a Sabino Calandra ²

Roma, 15 de febrero de 1550.

... Giovedì volse che si desse principio alle maschere et domani ha ordinato che si corrano i palii. Egli è poi allegro et burla volentieri colli suoi, come fece l' altra sera che mangiando del cardo disse al suo copier: Habbiām noi bevuto da che mangiamo il cardo? Al quale rispose il copiere, che non voleva che S. S^{ia} disordinase: Padre santo, sì, et egli trovandosi in piedi colle mani alla cintura rispose: Padre santo, no.

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua.*

4. Benito Buonanni a Cosme I, duque de Toscana ³

Roma, 23 de febrero de 1550.

... Il sig. Baldovino anderà presto a starsene in palazzo in Torre Borgia et per quanto s'intende non ha animo S. B^{no} di fare cardinal

(1) Cf. arriba pág. 70. Sobre P. Olivo cf. Sickel, *Relaciones Romanas*, en las *Relaciones de sesiones de la Academia de Viena*, CXXXIII, 114.

(2) Cf. arriba pág. 71.

(3) Cf. arriba págs. 68, 85, 86.

lui, ma quel prepostino ¹, suo allievo, per il quale si manderà in breve. All' ambasciator mio ² disse S. S^{ta}, che disegnava di dargli il suo cappello et qui si vedrà quel che sa fare la fortuna quando ella toglie a sollevare un homo. Credo che simil resolutione oscurerà assai molte buone opere di S. S^{ta}, nella qual credo che habbino a vedersi molte volte alcune cose da basso animo, come fu quella notte di carnevale quando volse che a tavola sua mangiaseno il s^{or} Baldovino, l'arcivescovo Sipontino ³, il vescovo di Vasona ⁴ et il suo medico da Barga ⁵; la cual cosa fu molto cōsiderata et dette assai che dire...

Orig. Archivo público de Florencia.

5. El Papa Julio III al cardenal Marcelo Cervini ⁶

Roma, 24 de febrero de 1550.

Dilecto filio nostro Marcello tituli sanctae Crucis in Hierusalem presbitero cardinali. [Di]lecte fili noster, salutem. Accepimus quod alias felicitis recordationis Paulus papa III immediatus predecessor noster, defuncto bonae memoriae Augustino episcopo Chisamensi ⁷ bibliothecario bibliothecae nostrae palatinae, ne dicta bibliotheca detrimentum pateretur, de tua multiplici doctrina ac singulari erga rem litterariam studio et amore confusus, eiusdem bibliothecae protectionem et curam circumspectioni tuae etiam forsā vivae vocis oraculo demandavit, ita quod eiusdem bibliothecae custodes ac in ea scriptores et operarios quoslibet ad libitum tuum confirmare aut amovere et toties quoties opus foret alios deputare et de [sa]llario bibliothecario pro tempore debito quomodolibet disponere aliaque facere et exequi posses, quae ad ipsius bibliothecae conservationem et augmentum pertinere iudicares. Ut autem hoc honestum et laudabile negocium, quod nobis valde cordi est, eo libentius et animosius peragere valeas, quo nostra quoque fueris in hoc auctoritate munitus, commissionis dicti Pauli predecessoris vigore per te hactenus gesta confirmantes ac rata habentes, protectionem et curam huiusmodi tibi quoad vixeris ita, quod omnia et singula supradicta libere agere et exequi possis, auctoritate apostolica tenore presentium demandamus, mandantes custodibus, scriptoribus ac operariis predictis ut tibi non secus ac nobis obediant et ad quos spectat ut de dicto salario ad libitum tuum disponant, contrariis non obstantibus quibuscunque.

Datum Romae 24 februarii 1550 anno primo.

Blosius.

Min. brev. Arm. 41, t. LV, n. 62. *Archivo secreto pontificio.*

(1) Inocencio del Monte.

(2) E. Serristori.

(3) S. Pighini.

(4) T. Cortese.

(5) Cf. arriba pág. 146, nota 3, sobre los médicos.

(6) Cf. arriba pág. 305.

(7) Ag. Steuco.

6. Everardo Serristori a Cosme I, duque de Toscana ¹

Roma, 26 de febrero de 1550.

... E disse ai Conservatori di Roma che voleva attendere S. B^{no} per il beneficio di questa città alle cose della iustitia et della abundantia. Circa quel che toccava alla iustitia disse, che pensava et d' intenderla et di sapere farla eseguire senza ch' alcuno potesse sperare d'haverle a dare a intendere una cosa per un'altra et che sperava in Dio che detta iustitia sarebbe sì bene et sì indifferentemente usata in questa corte, che i buoni havessero a starne interamente contenti. Circa la abundantia disse, che haveva bisogno d'aiuto et in questo caso commesse a' detti Conservatori che vedessero che i frumenti et biade non fossero tenute nascoste per le fosse et granai da chi n' haveva in quantità per aspettare di venderle care, ma che al prezzo honesto si mettessero per le piazze solite, perchè a questo modo si provvederebbe per adesso a un honesto vivere, et se no 'l facevono giurò loro, che non solamente tornerebbe la gravezza della macina, ma ne metterebbe loro dell' altre.

Orig. *Archivo público de Florencia*.7. Consistorio de 10 de marzo de 1550 ²

... [Iulius III] habuit orationem, qua egit gratias rev. d. cardinalibus de assumptione sua ad summum pontificatum suumque prosequendi concilii desiderium ostendit mandavitque rev. d. decano, Tusculano, Crescentio, Sfondrato, Cibo et Polo, ut de curiae Romanae reformatione in curia presertim datariatus curam susciperent.

Acta consist. Camer. VIII. *Archivo consistorial del Vaticano*.8. Everardo Serristori a Cosme I, duque de Toscana ³

Roma, 10 de marzo de 1550.

... Entrò di poi S. S^{ta} a dire che havendo pensato più volte, d'onde potesse nascere ch' el clero fusse così odioso nel conspetto dei principi temporali, s' era resoluta a credere che procedesse solo dalla avaritia, che nei capi s' era mostra[ta] in questa corte, dalle non buone provvisioni che si facevono nel conferire i beneficii, et dal troppo lusso di detto clero nel vestirsi, et che havendo animo di rimediarvi s' era resoluta circa la cosa dell' avaritia di far reformare il datariato et a tale effetto elesse i r^{mi} Trani, Theatino, Sfondrato, Crescentio, Inghilterra et Cibo

(1) Cf. arriba pág. 72.

(2) Cf. arriba págs. 75 y 159.

(3) Cf. arriba págs. 75 y 159.

perchè riducessero le cose di detto offitio a quel che loro S. B^{no} giudicavano convenire et che S. S^{ta} farebbe osservare inviolabilmente quel che da loro fusse risoluto et stabilito. Circa le provisioni dei beneficii che vacassero, disse che non tenessero S. S^{ta} di natura così facile ch' ella havésse havuta a indursi ai preghi di quei r^{mi} che gle li havevano domandati dai indulti sopra questa chiesa et quella et ch' ella vi s' era mossa per un fine solo, ch' era d' alleggerirsi di tanto peso per havere più compagni in dettè provisioni a fin che si potesse più oportunamente provvedere ai beneficii che vacassero di persone che fussero apte a tenere le chiese et reggerle. Circa il luxu disse ch' presto reformerebbe la casa sua et che dal suo esemplo confortava ciascuno a seguirla in se nei suoi creati e servitori. Satisfecce sommamente S. S^{ta} in tutto quel ch' ella disse et ogni dì va avanzando l' aspettatione che s' haveva delle buone opere sue...

Orig. Archivo público de Florencia.

9: Benito Buonanni a Cosme I, duque de Toscana (1)

Roma, 2 de agosto de 1550.

... S. S^{ta} disse hier mattina che col collegio de' cardinali bisognava far come con un monasterio che non si potesse reformare per diligentia che vi s' usasse et che all' ultimo fusse forzato il vescovo di luogo a commetter che non si potesse metter alcuna monaca in detto monasterio per lassar consumar et morir quelle che v' erano et che così poteva farsi con dicto collegio per lassare spegnere il superfluo che v' era...

Orig. Archivo público de Florencia.

10. Sentencia del Inquisidor, el cardenal Marcelo Cervini (2)

Roma, 29 de enero de 1551.

Nos Marcellus divina providentia cardinalis s^{mo} romane ecclesiae s^{mo} Crucis, unus ex inquisitoribus generalibus universi orbis a S^{ta} Sede Apostolica delegatis gratiam et salutem in Christo Ihesu Deo ac Domino nostro. Cum summi Dei legumque omnium iustitiae sanctiores peccatores vel nequissimos sincere et ex intimo corde humiliatos mira clementia complectantur et pro gemitibus et lacrimis culpas enormes condonent et, permutatis poenis gravioribus in leviores, eosdem uti filios emendent, Nos ab hac lege non discedentes, perspecta quantum nobis constat in exteriori homine humilitate ac resipiscentia Annibalis

(1) Cf. arriba pág. 160.

(2) Cf. arriba pág. 209.

Montarentii Bononiensis iuris utriusque doctoris ab haeresibus, quibus fuerat implicitus, cognita insuper obedientia ad subeundas poenas illi decretas ex iure in sententia contra eundem lata per nos et coniudices nostros ill^{mos} et rev^{mos} inquisitores generales, autoritate nostra et eorundem ill^{rum} et rev^{rum} dominorum inquisitorum etc., iudicavimus preces humillimas dicti Annibalis exaudiendas et misericorditer sublevandas ac permutandas in parte poenas eidem ut supra impositas, sperantes te Annibalem hic praesentem hac clementia magis ac magis Deo, ecclesiae et ministris eiusdem fore devinciendum, in detestationem malignantium haereticorum et in salutem animae tuae.

Imprimis igitur bona tua, a quibus ex iure excideras, paterno animo tibi condonamus ex gratia, volentes ea omnia in tua esse facultate, ac si numquam ab eis ob haereses decidisses, concedentes et volentes insuper quod possis assequi et adire quascumque haereditates quovis iure obvenientes; et pro huiusmodi gratia condemnamus te ad numerandum et solvendum libras quinquaginta bolonenorum monetae Bononiensis rectoribus societatis pauperum verecundorum Bononiensium, et tenearis hoc fecisse infra terminum praesentis anni, et cum persolveris tantum pecuniae, debeas habere a rectoribus praedictis attestationem in scriptis, quam consignes domino inquisitori Bononiensi pro tempore etc.

Item sententias per te quomodocunque latas vel instrumenta per te facta, cum ultra annum implicitus esses haeresibus, firmā et rata volumus, facimus et decernimus.

Item abolemus infamiam, quam incurristi ex decretis canonicis ob graves haereses, quibus per aliquot annos adhaeseras, restituentes tibi insuper ex misericordia gradum doctoratus et facultatem ad officia publica consequenda, non autem ad beneficia ecclesiastica.

Volentes tamen, ne videamur dissimulare tam grave scelus haeresis, quod loco istarum poenarum tenearis toto tempore vitae tuae ieiunare singulis feriis sextis dieque eadem dicere septem psalmos poenitentiales et largiri elemosinam pauperi ut tibi suggererit Spiritus Sanctus. Itidem volumus et imponimus quod serves feriā quartā de ieiunio, psalmis et elemosina per annum continuū.

Item quod tenearis perpetuis temporibus ter in anno confiteri peccata tua sacerdoti et devotius sumere sanctissimum Eucharistiae sacramentum.

Item loco perpetui carceris, in quo eras immurandus, ex clementia tibi decernimus civitatem Genuae, quam nequeas egredi nisi de licentia inquisitoris Genuensis; cum vero e Genua discesseris, civitas Bononiensis erit tibi carcer per petuus; quem non exibis nisi ex licentia inquisitoris Bononiensis.

Item volumus et imponimus tibi quod ter in mense te praesentes inquisitori Genuensi vel Bononiensi, si Bononiae fueris, ut cognoscat an in veritate ambules etc. Volentes quod tenearis ad huiusmodi commutationes et impositiones poenitentiae sub poenis et censuris in tua

abiuratione positis etc.; reservantes insuper officio nostro auctoritatem remittendi, reducendi, commutandi, mitigandi poenas ut supra per nos commutatas et impositas omni meliori modo etc.

«Cod. Vat. 6429, 38-39. *Biblioteca Vaticana de Roma.*

11. Everardo Serristori a Cosme I, duque de Toscana (1)

Roma, 31 de enero de 1551.

... Le stanze erano parate di panni bellissimi et finissimi et a capo della tavola fu messo un candelliere d' argento sopra una banchetta piccola ch' era in terra, sì vago et fatto con sì mirabile arte, che ciascuno haveva che dirne. Dicono che l' ha fatto uno da Venetia che lavora in Pesaro, et che della manifattura sola domanda mille scudi. La torcia che stava sopra detto candelliere, alto a mio credere circa 3 braccia, usciva d' una canna d'argento finta a modo di torcia, ma non mostrava detta torcia altro di sè che il lume, et per via d' un contrapeso s' andava sempre tanto alzando in quella canna d' argento la torcia quanto ella s' andava consumando. Data che fu l' acqua alle mani fu messo al piè della tavola un pesce d' argento, che per via di contrapesi andò caminando sino al capo d' essa movendo capo et coda nel medesimo modo che quando un pesce vero è nell' acqua. Come fu giunto in testa di detta tavola, dette uno sguizzo in aere, et aprendosi sopra la schena cominciò a tornare indietro, et in luogo delle lisce erano stecchi, dei quali ciascuno andò pigliando secondo che arrivava inanzi a altrui. Sopra le porte principali della casa ch' erano due, furono messe due tele grandi con l' arme del Chr^{mo} et con una inscriptione a piè, che diceva Henricco Il Francorum Regi ob Bononiam receptam ac Galliae et Scotiae Regnum terra marique feliciter pacatum. Si fecero inanzi al banchetto grandissimi fuochi, et doppio, diverse sorti di musiche divissime...

Orig. *Archivo público de Florencia.*

12. Hipólito Capilupi a la duquesa de Mantua (2)

Roma, 3 de febrero de 1551.

Después de la comida en el Belvedere «S. S^{ta} andò con tutta la compagnia de' cardinali che erano 24 alla commedia, dove sono stato anch' io: il luogo dove stanno li spettatori non è capace più di dugento persone, nè ve ne capiscono ancho tante, perchè la persona di S. S^{ta} et de r^{mi} occupano la maggior parte, la scena è piccola similmente a

(1) Cf. arriba pág. 79.

(2) Cf. arriba pág. 81.

proportione del luogo, ma bella e vaga da vedere: la commedia è stata l' Aulularia di Plauto latino, ben vestita et recitata da fanciulli con intermezzi di buone musiche et di certi Norcini che hanno fatto ridere assai, et è sodisfatta generalmente a tutti».

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

13. Hipólito Capilupi a la duquesa de Mantua (1)

Roma, 14 de febrero de 1551.

Fiestas del carnaval. La domenica pasata, che fu il di della creacione di S. S^{ta}, essa secondo il costume invitò tutti i rev^{mi} a disenare con seco et dopo pranzo li condusse insieme con gli ambasciatori di Francia, Portogallo et Vinezia et altri in Belvedere a veder recitare una commedia composta da m. Alessandro Martio Senese et servitor del rev^{mo} S. Giorgio, la quale per quel che ognuno riferisce riuscì molto inepta et poco honesta et nelli atti et nelle parole, et poco mancò che non fusse sibilata con tutto che vi fosse la presentia di S. S^{ta} et li spèctatori fussero pochi per la incapacità del luogo et persone honorate, et S. S^{ta} fastidita dall' ineptie di detta commedia si adormentò et dormì buona pezza et alla fine della commedia disse che [chi] l' havea composta meritava iscusatione perchè era Siense... Sigue una relación sobre otras fiestas, corridas de toros en la plaza de S. Pedro, etc.

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

14. El Papa Julio III a Pablo Giovio (2)

Roma, 15 de agosto de 1551.

Julius pp. III.

Venerabilis frater, salutem etc. Librum, quo illustrium virorum (3) imagines (4) pro ingenio et eloquentia tua (5) varie et copiose ornasti, a te nobis nuper missum, valde libenter accepimus; nec minus libenter cognoscendis illorum moribus et actis, praesertim tam erudite a te explicatis, aliquid nonnunquam succesivi temporis non mediocri cum voluptate impertiemus. Interea (vero) (6) maioris historiae tuae partem alteram, quam te nobis scripsisti ita iam comparatam habere ut in lucem (hominum) (6) prodire possit, cum aliquo etiam desiderio nostro expectabimus. (Speramus scilicet per labores et vigilias tuas res gestas aetatis nostrae ad posteritatis memoriam quam diutissime pro-

(1) Cf. arriba pág. 81.

(2) Cf. arriba pág. 307.

(3) Corregido en vez de *ducum*.

(4) Cf. Fueter, 51 s., 55.

(5) Corregido en vez de ingenio eloquentiae tuae elegantia.

(6) Lo que hay entre paréntesis, está tachado en el original.

pagatum iri, et ad celebritatem eius nominis, quod iampridem in multiplici literarum laude consecutus es, praeclarum cumulum accessurum.) (1) Quod vero, si per pedum aegritudinem tibi licitum fuerit, te ad nos accessurum polliceris, id si divino adiuvante numine evenerit, nos quidem te, quem doctrinae et urbanitatis (2) causa semper plurimum dileximus, libentissime videbimus, atque omni, quam res et tempus feret, benevoli ac propensi animi significatione prosequemur.

Datum etc. Romae apud sanctum Petrum etc. Die XV augusti 1551, anno 2º.

Rom[ulus Amasaeus].

Min. brev., Arm. 41, t. LXI, n. 693. *Archivo secreto pontificio*.

15. El Papa Julio III a Francisco de Augustinis (3).

Roma, 6 de mayo de 1552.

«Cupientes pro publico commodo almae Urbis nostrae, et pro nostrorum subditorum utilitate antiquam Tyberis navigationem a Portu S. Ioannis territorii Perusini usque ad confinia nostrae civitatis Hortorum inclusive ab aliquibus ex nostris predecessoribus olim tentatam, instaurare, et antequam id fiat, scire quibus modis, viis ac rationibus et quanta etiam impensa fieri possit», te nominamus comisario para esto, y te mandamos, que junto con «Petroleone Perçello comite Vallis Codalis» recorras el sobredicho trayecto del río, hagas averiguaciones sobre el estado de su lecho y orillas, nos indiques «conficiendi rationem» y comuniques a los que viven cerca del Tíber hasta la distancia de 15 millas, que es nuestra intención..., «ut quemadmodum utilitatem non parvam ex ipsa navigatione percepturi sint, ita aliquam impensarum ratam in eam contribuant, quae postea in opere conficiendo eis significabitur». Damos orden que se os dé alojamiento y se os preste ayuda.

Min. brev., Arm. 41, t. LXIV, n. 297. *Archivo secreto pontificio*.

16. El Papa Julio III al cardenal Juan Alvarez de Toledo (4)

Roma, 29 de julio de 1552.

Dilecto filio nostro Ioanni tituli s^{ti} Pancratii presbitero cardinali
Compostellano nuncupato.

Julius papa III.

Dilecte fili noster, salutem etc. Cum sicut accepimus dilecti filii prepositus et clerici regulares congregationis Sancti Pauli Mediolanen-

(1) Lo que hay entre paréntesis, está tachado en el original.

(2) La primera redacción decía ingenii et doctrinae.

(3) Cf. arriba pág. 158.

(4) Cf. arriba pág. 206.

sis, per fe. re. Clementem VII primo institute et deinde Paulum III romanos pontifices predecessores nostros ac postremo nos et sedem apostolicam variis privilegiis locupletate, quosdam libros per quondam Baptistam de Crema dum viveret ordinis fratrum predicatorum professorem, ab eodem ordine per sedem apostolicam exemptum, cuius cadaver in monasterio monialium s^ui Pauli conversi etiam Mediolanensis ordinis s^ui Augustini perinde ac sanctificatum (facili tamen prepositi et clericorum predicatorum necnon dilectarum in Christo filiarum priorisse et conventus dicti monasterii credulitate) custoditur, editos, quos nuper venerabiles fratres nostri sancte romane ecclesie cardinales ad officium inquisitionis heretice pravitatis apostolica auctoritate deputati, de quorum numero tu existis, per diversos religiosos sacre theologie professores diligenter examinari fecerunt et etiam ipsi examinarunt, et deinde eosdem tamquam doctrinam scandalosam in plurimis, in aliis vero temerariam et in multis hereticam continentes, de ipsorum professorum consilio et assensu damnarunt et reprobarunt, per multos annos passim et indistincte legerint et forsitan de presenti legant; et insuper post delegatam a sede apostolica curam visitandi monasterium predictum preposito pro tempore existenti dicte congregationis, is et predicti clerici aditum apud conventum predictum crebrius quam decuit sibi sensim usurpantes capitulumque et alia acta publica una cum dictis priorissa et conventu facientes etiam regimini et administrationi ceterisque negotiis publicis dicti monasterii hactenus simul incubuerint librosque predictos eisdem priorisse et monialibus legendos, et ulterius dilectam in Christo filiam Paulam Antoniam monialem dicti monasterii elogium homini inconcessum scilicet matris divine sibi ipsi temere arrogari ceterisque quibusdam apud utrosque superstitionibus et signanter quoad mutuum defectuum uniuscuiusque eorundem incusationem palam inter eos faciendam diutius abuti permiserint et ex facili continuaque eorundem cum dictis priorissa et monialibus conversatione scandalum non modicum in vulgus generarint: quapropter, nisi vetitis utrobique et doctrine usu et communicatione aliisque abusibus predictis, de quibus cardinales deputati predicti vel ab eis subdeputati ex duorum clericorum dicte congregationis relatione informationem ampliorem habuerunt, prepositus et clerici ac priorissa et moniales predicti ad veram regularis discipline normam per salubris reformationis antidotum reducantur, ipseque priorissa et moniales iuxta sue regule institutionem debita clausura arceantur, valde profecto timendum sit, ne cetera cum virorum tum mulierum partium illarum monasteria et alia regularia loca in similes errores prorumpant: Nos igitur, quibus pro cura nostra pastoralis incumbit indirecta dirigere et salubria plantare, ne doctrina predicta una cum dictis abusibus longius latiusque serpens gregem dominicum inficiat, ea ab eisdem congregatione et monasterio imprimis evellere scandalisque predictis quantum possumus obviare, et, ut dicta congregatio opportunis adiuta presidiis uberioribus in agro domini fructus producere queat, eidem de utili et idoneo protectore providere volentes,

motu proprio, non ad tuam vel alterius pro te nobis super hoc oblate petitionis instantiam, sed de nostra mera deliberatione, circumspectionem tuam, cuius eximia fides, ingenii claritas, gravitas ac in infrascriptas exequendis singularis atque matura experientia alieque permulte virtutes veteris experientie documento nobis haud ignote sunt sub cuiusque presidio dictam congregationem salubre incrementum susceptionem non dubitamus, protectorem ipsius congregationis in Romana curia ac apud nos et dictam sedem cum auctoritate potestate et facultate aliis protectoribus ordinum quorumcunque attributis dicta auctoritate tenore presentium constituimus et deputamus, precipientes in virtute sancte obediencie preposito et congregationi predictis ac quibusvis aliis, ad quos pertinet, ut te in eorum et dicte congregationis protectorem recipiant et admittant ac obsequia aliis eiusmodi protectoribus impendi solita exhibeant; et insuper eidem circumspectioni tue per presentes committimus et mandamus, ut per te vel alium seu alios seculares vel cuiusvis ordinis etiam mendicantium regulares, quem seu quos ad hoc duxeris eligendum seu eligendos, ad domos et loca congregationis ac monasterium et conventum huiusmodi accedens, eadem ac prepositum et clericos necnon priorissam et moniales aliasque utriusque sexus personas illorum auctoritate nostra visitare doctrinamque predictam eiusque usum et lecturam tam publicam quam privatam necnon singulos predictos ceterosque abusos imprimis et ante omnia prohibere ac omnia et singula alia, que correctione, emendatione et punitione indigere cognoveris seu ipsi deputandi cognoverint, in spiritualibus et temporalibus tam in capite quam in membris reformare et emendare eadem auctoritate procures. Nos enim tibi et a te deputando seu deputandis predictis tam circa premissa quam alias de statu congregationis ac monasterii et conventus necnon vita ac moribus tam prepositi et clericorum quam priorisse et monialium predictorum studiose inquirendi et eos ex preposito et clericis ac priorissa et monialibus, qui delinquentes et alias culpabiles comperti fuerint, iuxta regularia sui ordinis instituta atque delicti exigentiam ac canonicarum sanctionum dispositionem etiam per incarcerationem, penis debitibus absque iudiciorum strepitu puniendi, castigandi et corrigendi, ac prepositum et priorissam necnon clericos et moniales predictos ab eorum administrationibus et officiis, si eorum demerita id exegerint, perpetuo vel ad tempus suspendendi et privandi, ac ab illis realiter et cum effectum amovendi eorundemque loco de eis aliis personis providendi aut perpetuo vel ad tempus substituendi; necnon delinquentes quoslibet, si id humiliter petierint, ab excessibus et delictis etiam heresis necnon excommunicationis, suspensionis et interdicti aliisque sententiis, censuris et penis ecclesiasticis et temporalibus quibuslibet in foro conscientie tantum, iniuncta eis pro modo culpe penitentia salutari, absolvendi; ac pro salubri regimine et directione dicti monasterii tam dictam Paulam Antoniam quam alias personas tibi benevisas de dicto monasterio ad aliud monasterium seu regularem locum tibi benevisum, ut inibi

quamdiu tibi videbitur permaneant, mutandi, ac omnia et singula alia que pro salubri directione et reformatione predictis ac alias iuxta canonicas sanctiones ac congregationis et ordinis predictorum regularia instituta eorundemque regimen et administrationem necessaria fuerint et quomodolibet opportuna faciendi, ordinandi, statuendi et mandandi, ac contradictores quoslibet et rebelles, cuiuscunque dignitatis, status, gradus, ordinis vel conditionis fuerint, per excommunicationis, suspensionis et interdicti aliasque formidabiliores, de quibus expediens fore videbitur, sententias, censuras et penas, appellatione postposita, compescendi ac legitimis super his habendis servatis processibus sententias censuras et penas ipsas etiam iteratis vicibus aggravandi auxiliumque brachii secularis, si opus fuerit, invocandi plenam et liberam auctoritate predicta tenore presentium concedimus facultatem; non obstantibus premissis et apostolicis ac in provincialibus et sinodalibus conciliis editis generalibus vel specialibus constitutionibus et ordinationibus necnon congregationis ac monasterii et conventus ordinisque predictorum iuramento, confirmatione apostolica vel quavis firmitate alia roboratis statutis et consuetudinibus, privilegiis quoque, indultis, exemptionibus, conservatoriis et litteris apostolicis eisdem preposito et clericis ac prioris et conventui eorumque monasterio, domibus, ordinibus, superioribus et personis sub quibuscunque tenoribus et formis ac cum quibusvis clausulis et decretis per predictos et quoscunque alios romanos pontifices etiam predecessores nostros ac nos et sedem predictam etiam motu simili ac consistorialiter et alias in contrarium quomodolibet concessis, confirmatis et innovatis; quibus omnibus, etiam si pro illorum sufficienti derogatione de illis eorumque totis tenoribus specialis, specifica, expressa et individua ac de verbo ad verbum, non autem per clausulas generales idem importantes, mentio seu quevis alia expressio habenda aut aliqua alia exquisita forma ad hoc servanda foret, tenores huiusmodi presentibus pro sufficienter expressis et insertis habentes, illis alias in suo robore permansuris, hac vice duntaxat specialiter et expresse derogamus, contrariis quibuscunque, aut si preposito et clericis ac prioris et conventui predictis vel quibusvis aliis communiter vel divisim a dicta sit sede indultum, quod aliquos contra eis concessa privilegia et indulta ad visitandum eosdem admittere minime teneantur et ad id compelli, ipsique ad iudicium trahi aut interdicti, suspendi vel excommunicari non possint per litteras apostolicas non facientes plenam et expressam ac de verbo ad verbum de indulto huiusmodi mentionem, et quibuslibet aliis privilegiis, exemptionibus, conservatoriis, indulgentiis et litteris apostolicis generalibus vel specialibus, quorumcunque tenorum existant, per que presentibus non expressa vel totaliter non inserta visitationis et aliorum premissorum effectus tueque iurisdictionis explicatio impediri valeat quomodolibet vel differri et de quibus quorumque totis tenoribus de verbo ad verbum habenda sit in nostris litteris mentio specialis et que quoad premissa nolumus eisdem in aliquo suffragari.

Datum Rome apud sanctum Marcum etc. die 29 iulii 1552 anno 3^o.

Protectio huiusmodi cum facultate suprascripta visa fuit necessaria rev^{mi}s dominis meis cardinalibus inquisitoribus, et nisi fiat reformatio ut petitur quoad libros et mores, non nomen monasterii sed aliud habere merebitur.

J. Card. Puteus.
Gal.

Min. brev., Arm. 41, t. LXV, n. 523. *Archivo secreto pontificio*.

17-18. El Papa Julio III a Aníbal Spatafora (1)

Roma, 24 de febrero de 1553.

Dilecto filio Hanibali Spatafore archimandrite Messanensi ordinis
s. Basilii commisario nostro.

Dilecte fili, salutem. Accepimus reperiri in nonnullis regni neapolitani et praesertim provinciae Calabriae et insulae Siciliae monasterii ordinis s. Basilii, quae in commendam obtinentur et in quibus monachi graeci degunt, diversos libros graecos tum sacros tum profanos, qui hactenus typis excusi non fuerunt, raros sane nec parvi momenti aut aestimationis, ex quibus, si vel eorum fierent exemplaria vel imprimerentur, magna ab omnibus capi utilitas et commoditas posset providereturque ne aut a tineis corroderentur aut absumerentur a tempore, sicut plurimis alijs accidit. Quare nos, qui veterum scriptorum memoriam, et maxime illorum qui pro christiana religione insudarunt, quantum in nobis est, ad Dei servitium et publicam commoditatem et utilitatem conservare desideramus, neque tamen dicta monasteria ipsis libris privare intendimus, confisi in doctrina, prudentia ac diligentia tua, mandamus tibi, ut ad dicta monasteria te personaliter conferas et bibliothecas vel alia loca, in quibus dicti libri conservantur, invisas librosque ipsos diligenter inquiras et scruteris, et eos qui cognitione et instauracione digni tibi videbuntur seponas et presentibus notario publico et testibus a commendatariis ipsorum monasteriorum, si inibi fuerint, alias ab eorum agentibus aut monachis et conventibus monasteriorum eorundem tibi nostro nomine recepturo consignari facias et ad nos vel comportes vel transmittas; nam, posteaquam vel transcribi vel imprimi eos fecerimus, ipsis monasteriis quorum fuerunt omnino reddentur. Si vero, quod non credimus, dictos libros perquirere non permittis vel illi quos volueris tibi denegabuntur, tibi quod tam ipsos commendatarios quam eorum agentes aut ipsorum monasteriorum monachos et conventus ad permittendum tibi quod libros ipsos perquirere possis et ad eos quos volueris tibi, ut prefertur, consignandum per censuras ecclesiasticas et alia oportuna iuris remedia, appellatione

(1) Cf. arriba p. 305.

postposita et invocato si opus fuerit auxilio brachii secularis, cogere et compellere valeas facultatem et potestatem apostolica auctoritate tenore presentium damus et concedimus, non obstantibus constitutionibus et ordinationibus apostolicis ac monasteriorum [eius] ordinis predictorum, etiam iuramento, confirmatione apostolica vel quavis firmitate alia roboratis, statutis et consuetudinibus contrariis quibuscunque; seu si aliquibus etc. mentionem [etc.].

Datum Rome apud Sanctum Petrum etc. die XXIII february 1553 anno 4^o.

Ita S^mus D. N. mandavit.

M. Cardinalis sanctae Crucis
Io[annes].

Min. brev., Arm. 41, t. LXVII, n. 120. *Archivo secreto pontificio*.

19. Camilo Capilupi al cardenal Hércules Gonzaga (1)

Roma, 14 de marzo de 1553.

... Due dì sono che qui incomincia a far bel tempo et S. S^{ta} se ne va ogni dì alla Vigna, alla quale si fabrica molto gagliardamente. S. S^{ta} ha pensato di voler mettere il Borgo in fortezza et similmente S. Pietro col Palagio, et già si sono cominciate a far le fosse dalla parte della muraglia di Borgo che è congiunta col Palagio et col Castello dov' è il corridore, et si lavora anco dalla parte di S. Pietro, cioè dietro la fabrica là sopra il monte, dove è quella muraglia vecchia...

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

20. C. Titio a Cosme I, duque de Toscana (2)

Roma, 14 de marzo de 1553.

...Ha detto un cardinale a un amico mio, che il rè di Francia et il card. di Lorena hanno scritto qui al ambasciator regio che non faccia più parole ne ricerchi S. S^{ta} per conto della promotione di Ghisa, poichè tante volte ha promesso di farla et menatola in lungo d' hoggi in domani nè mai n' è venuto a conclusione alcuna, et che quando lo facci o non lo facci non gle ne sapranno grado alcuno. Questo cardinale, che dall' ambasciator intese questo in molta confidentia, dice che corse subito a dirlo al Papa, il qual disse con molta colera che per ancora non l' haveva fatto et che avanti lo facessi ne voleva esser arcipregato et poi risolversi a quel che più li piacesse...

Orig. *Archivo público de Florencia*.

(1) Cf. arriba pág. 329.

(2) Cf. arriba pág. 173.

21. El Papa Julio III al rey Fernando (1)

Roma, 20 de noviembre de 1553.

Ferdinando regi Romanorum.

Mittimus ad M^{tem} tuam dil. fil. Zachariam electum Pharen., praelatum nostrum domesticum, qui tuae M^d has litteras reddidit..., ut dil. fil. Hieronymo Martinengo succedens apud ipsam M^{tem} tuam nostrum et huius s. sedis nuntium agat. Hortamur M^{tem} tuam..., ut... eum benigne excipere ac libenter audire fidemque illi de omnibus rebus habere velit.

Datum Rome apud s. Petrum etc. die XX nov. 1553 anno 4^o.Min. brev., Arm. 41, t. LXIX, n. 746. *Archivo secreto pontificio*.

21 a. Everardo Serristori a Cosme I, duque de Toscana (2)

Roma, 14 de enero de 1554.

... La riforma va tuttavia inanzi et si tien per certo habbia a seguire poichè s' intende che in Hispania et in Portogallo si risolvono d' osservare le determinazioni del concilio di Trento senza aspettare altra confirmatione del Papa sendovisi trovato in persona a farle, quando vi era legato, il che sarebbe non si facendo la riforma con poca dignità di S. B^{ne} (3)...

Orig. *Archivo público de Florencia*.

21 b. El cardenal Morone al cardenal Pole (4)

Roma, 21 de diciembre de 1553.

La S^{ta} del Papa tien per fermo per molte ragioni e scontri che la regina d' Inghilterra si debbia maritare col principe di Spagna e non gli dispiace tal matrimonio per beneficio del regno e per ridurlo in tutto alla vera religione et unione della chiesa giudicando che stando la regina senza marido sia istromento troppo debole a governare longamente quei popoli di natura feroci et instabili et assuefatti alle novità, massimamente intendendosi le divisioni intrinsiche e suborna-

(1) Cf. arriba pág. 216.

(2) Cf. arriba pág. 167.

(3) V. el *breve de 27 de febrero de 1554 al nuncio de España super controversiis ortis inter prelatos et capitula ecclesiarum Hispaniae super sensu quorundam decretorum concilii Tridentini, en el cual se ordena tomar informes sobre las quejas y reclamaciones de los cabildos, y comunicarlasy a los prelados, para que ellos puedan exponer sus razones en contra, y después mandarlo todo al Papa, para que él pueda atender a esto en la reforma. Min. brev., Arm. 41, t. LXX, n. 116. *Archivo secreto pontificio*.

(4) Cf. arriba págs. 254 y 262.

tioni degli esterni per le quali non crede che un rè del paese sia atto a ridurre quel regno all' obbedienza; anzi per vincere l' emulazioni che potrebbe avere e per stabilirsi crede saria necessario accomodarsi; come per il contrario confida in Dio, che il principe di Spagna essendo catholico nato e nutrito et havendo la potenza sua vicina di Spagna e di Fiandra possa con maggior autorità introdurre l'unione alla Chiesa e difendere la regina dalli nemici interni e esterni.

Stando dunque queste cose Sua S^{ta} giudica che saria non solo pericoloso il voler impedire tale matrimonio, ma ancora nocivo alla religione et all' interesse di questa S. Sede e però desidera che V. S. R^{ma} venga nella medesima opinione e resti di ciò persuasa et andando alla corte dell' Imperatore, come vuol che vadi contentandosi Sua M^{ta} Ces^a, mostri con parole et effetti tal desiderio, non lasciando di far officio opportuno acciochè seguendo il matrimonio l'Imperatore non habbia da restare offeso e pigliar occasione di tener il regno in scisma.

Sua S^{ta} mostrava di dubitare che quella non fosse per accomodarsi e spesso mi replicava che sarebbe impertinente cosa il volersi opporre al corso di un fiume impetuosissimo piacendogli quella sentenza: frustra niti et nil nisi odium quaerere extremae dementiae est. Io gli ho affermato, che V. S. R^{ma} è figlio di obbedienza e tenendo gli occhi a Dio, che quella in nessun tempo mai contrafaria alla volontà di S. B^{no}.

Ha voluto solo che io sappia questa sua volontà et avvisi V. S. R^{ma} e voleva che io scrivessi in cifra non fidandosi ne de' suoi ne de' miei, ma ha dubitato che quella non havesse la cifra e però ho scritto a questo modo e dato la lettera in man propria di mons. Fabrizio, colla quale sarà il breve credenziale di Sua S^{ta}.

Del parere mio non occorre che io dica altro essendo in ciò risoluta Sua B^{no} e convenendosi a lei obbedire. Solo l' avvertisco di tener il segreto appresso di se come Sua S^{ta} ordina per degni rispetti di tutti li potentati d' Italia e di fuori.

Il padre maestro del sacro palazzo nuovo arcivescovo di Consa verrà nuntio appresso l' Imperatore. Mi rallegro per amor di V. S. R^{ma} che avrà tal compagnia e certo è uomo di Dio e di gran prudenza, sebene esso si stima tanto poco che vi è stato da fare a quietarlo, ma alla volontà di Dio non si deve far resistenza.

Copia. Bibl. Corsini de Roma. Cod. 33, E. 19, 471-474.

22. El Papa Julio III a Pedro Antonio de Capua, arzobispo de Otranto (1)

Roma, 31 de mayo de 1554.

Como te hemos citado al juicio de la Inquisición para la purgatio, y has probado tu inocencia y jurado que siempre has seguido la fe católica, y han atestiguado tus cuatro compurgadores, que siempre has

(1) Cf. arriba pág. 216.

vivido católicamente, y Nos vimos tu vida piadosa en los años de tu permanencia en Roma, te recibimos de nuevo en el seno de la Iglesia y te reponemos en tu honor (1).

Min. brev., Arm. 41, t. LXXI, n. 318-319. *Archivo secreto pontificio*.

23. Salvoconducto de Julio III (2).

Roma, 20 de octubre de 1554.

Universis et singulis praesentes literas inspecturis salutem etc. Cum dilecti filii nautae praesentium ostensores conducant ex portu Livornii ad hanc almam Urbem nostram lateres parvos quadratos et pictos ex Hispania adductos pro conficiendis pavimentis villae nostrae, idcirco subditis nostris sub indignationis et arbitrii nostri pena precipimus, non subditos vero hortamur et requirimus, ut ipsos nautas cum ipsis lateribus navigiis sarcinis rebus sociis et servientibus ad nos libere et secure sine aliquo impedimento sive pedagogii solutione venire permittant, quinimmo auxilium eisdem et favorem opportunum praestent.

Datum Romae apud sanctum Petrum etc. die XX octobris 1554 anno 5º.

Io[annes].

Min. Brev., Arm. 41, t. LXXII, n. 640. *Archivo secreto pontificio*.

24. Everardo Serristori a Cosme I, duque de Toscana (3)

Roma, 1.º de diciembre de 1554.

... Lessesi di poi un' altra parte della reforma, oltre a quella del conclavi, ch' io scrissi a questi giorni all' E. V., et si ordinò che ne

(1) El caso del arzobispo de Otranto fué tan sonado, que Morone en 1557 en su escrito justificativo advirtió lo siguiente: «La storia sua é nota» (Cantú, *Erétici*, II, 189); después cayó en tanto olvido, que Druffel (III, 255) declaró que sobre el mismo no podía citar ningunos pormenores. En las relaciones de embajada se halla en octubre de 1551 la primera mención de que Julio III, a causa de las averiguaciones de la Inquisición, estaba contra el nombramiento del arzobispo para cardenal. (V. la carta de F. Gonzaga, de 20 de octubre de 1551, en de Leva, V, 276.) Por una *carta de Bartolomé Serristori, arzobispo de Trani, fechada en Roma el 23 de octubre de 1553, se sabe que la oposición de la Inquisición contra el arzobispo todavía continuaba por este tiempo. El 14 de diciembre de 1553 notifica *B. Serristori, que Manrique, en nombre del emperador, ha trabajado recientemente en favor del cardenalato del arzobispo, y que en vista de ello resolvió Julio III oír a los Reverendísimi de la Inquisición. Que el martes se celebró ante el Papa una sesión de la Inquisición, en la cual el arzobispo se defendió muy bien; y que a consecuencia del secreto de las deliberaciones sólo se oía decir, que en otra creación de cardenales se tendría cuenta con él (*Archivo público de Florencia*). Nueva información auténtica da el breve citado en el texto, hasta ahora desconocido.

(2) Cf. arriba pág. 318.

(3) Cf. arriba pág. 168.

fussì dato una copia al Decano, perchè la mandassi a vedere et considerare a tutti i cardinali Vescovi, et una a S^{ta} Croce, come primo prete che facessi il medesimo nell' ordine de' preti, nel quale ordine per essere maggiore che li altri, ne fu data un' altra copia al cardinale di Perugia perchè facessi il medesimo con quei preti che seggono di poi lui, et un' altra al cardinale Farnesse per fare il medesimo coi diaconi, i quali tutti cardinali l' hanno da considerare diligentissimamente et notare quel che a ciascuno paresse di levare o porre per poterla poi fermare in quel modo che harà da stare, et per non essere stabilita comandò S. S^{ta} a tutti sotto pena di scomunicatione che non parlassino con persona di particolare alcuno...

Orig. *Archivo público de Florencia*.

25. Luteranos en Roma en 1552-1554 (1)

En el *Diario di Cola Coleine Romano está anotado lo siguiente:

1552 a 6 *Giugno* in lunedì di Pásqua rosata furono menati 7 Luterani alla Minerva a ribenedire e v' erano due frati della Traspontina vestiti dell' ordine e preti secolari con tonica gialla e la croce roscia e li cardinali li rebenedissero e vi fu gran popolo.

1553 a 21 *Marzo* furono menati nella Minerva 11 Luterani e vi era Montalcino, predicatore di S. Apostoli.

1553 a di 4 *Settembre* Montalcino predicatore lo compagno [sic] et un tessitore di velluto (2) furono abbrugiati per Luterani (3) nella Minerva essendosi letta la sentenza et alli 9 furono abbrugiati tutti li suoi libri.

1554 a 4 *Novembre* furono menati 16 Luterani alla Minerva e ritorrono alla fede.

Bibl. Chigi de Roma. Cod. N., II, 32.

26. Camilo Capilupi al cardenal Hércules Gonzaga (4)

Roma, 16 de febrero de 1555.

Ayer hubo una reunión de los cardenales en presencia del Papa. In essa si ragionò sopra la commissione che si ha da dare al R^{mo} Morone

(1) Cf. arriba pág. 211. No puedo determinar qué hay sobre el siguiente prendimiento, que notifica desde Roma Serristori el 29 de abril de 1551 (*Hier. Borro d' Arezzo theologo, che serviva al card. di Ferrara, ha sido preso como sospechoso de herejía: *Archivo público de Florencia*).

(2) Giov. Teodori da Perugia, v. Orano, 3 s.; cf. Elze en la Riv. Crist., I, 272 ss.

(3) Sobre Juan Buzio de Montalcino O. Min. Conv., su prisión y ejecución, cf. Elze en la Riv. Crist. loc. cit.; Fontana, II, 281; Brigidi, Fra Giov. Mollio, Siena, 1891; Orano, 1 s.; Buschbell, 215; Piccolomini en el *Bullet. Senese*, XV, 296 s., 302 s.; XVII, 29; *Atti di Romagna*, XIX (1901), 143, nota 3; *Carceneri, Riforma e Inquisizione nel ducato di Urbino*, Verona, 1911, 7 s.

(4) Cf. arriba pág. 217.

intorno ad alcuni dubbii che S. S. R^{ma} ha mosso per conto delle cose della religione dei quali colle prime manderò una copia a V. S. Ill.; quasi tutto il parlamento toccò al r^{mo} di Fano, al parere del quale S. S^{ta} et tutti gli altri si rimisero senza replicare parola; per la qual cosa S. S. R^{ma} n'ha riportato di molti lodi et da S. S^{ta} et da tutti i r^{mi} che si trovarono presenti...

Orig. Archivo Gonzaga de Mantua.

27. Promoción de la nueva construcción de S. Pedro por Julio III (1)

Cuán vivo interés mostró Julio III por la nueva construcción de la iglesia de S. Pedro, ya se podía deducir de las dos bulas hasta ahora conocidas, de 31 de julio de 1551 (Bull., VI, 445 ss.) y de 20 de julio de 1552 (Compendium privilegiorum Rev. Fabricae S. Petri a Iohanne Carolo Vespignanio absolut., nunc notis locupletat. a H. Baldassinio, Romae 1762, 94 ss.) (2). A estos documentos añádense todavía los que siguen, los cuales he sacado de un manuscrito adquirido en Roma en 1901, que tiene por título: *Privilegia, auctoritates, facultates indulgentiaeque fabricae basilicae principis apost. S. Petri de Urbe a quamplurimis Romanis pontificibus concessae et per sanct. dom. Paulum div. pro. papam quartum confirmatae.

Aquí se hallan los siguientes documentos, que por lo que sé, son todavía inéditos:

1. Julius papa III. [Roma, 20 de junio de 1550.]

Ad perpetuam rei memoriam. Post nostram ad summi apostolatus officii assumptionem, toto cordis affectu semper mente revolvimus, celeberrimam divi Petri apostolorum principis basilicam, quae in admirabilem consurgit structuram, prout tenemur, debito fine terminare, ne, desertis aedificiis, quod iam factum est periret et tantum opus, tanta pecuniarum vi excitatum frustra rueret; et cum Iulius II et successive alii praedecessores nostri suas et Sedi[s] Apostolicae facultates ad tantum opus perficiendum minime sufficere posse viderent, omnes christifideles coelestis thesauri premiis et aliis spiritualibus gratiis et donis toto nixu ad tam pium et laudabile opus invitaverunt, diversas indulgentias etiam plenarias et facultates tam eis quam collegio officialium ad curam dictae fabricae per sedem apostolicam deputatorum concedendo et innovando; Nosque aliorum praedecessorum nostrorum vestigia insecuti, indulgentias etiam plenarias et facultates, privilegia, praerogativas et indulta a praedecessoribus nostris concessa in crastinum nostrae ad summi apostolatus apicem assumptionis in genere

(1) Cf. arriba pág. 310.

(2) Cf. también Bull. Bas. Vatic., III, 1 ss., 19 ss. Sobre un comisario de la Fabrica S. Petri, que desgraciadamente concedía indulgencias por dinero, v. Atti d. Soc. Ligure, XXIV, 588 s.

revocaverimus et successive per quasdam alias nostras sub plumbo omnes indulgentias et nonnullas alias facultates durante anno iubilaei et deinde ad nostrum beneplacitum revocaverimus et suspenderimus: ne autem propter huiusmodi revocationes christifideles ad tam pium et laudabile opus tepidiores reddantur et fabrica interrupta pendere cogatur, motu proprio et ex certa scientia nostra indulgentias etiam plenarias, facultates, privilegia, praerogativas et indulta praedicta per Iulium, Leonem, Adrianum, Clementem et Paulum praedecessores praefatos fabricae et collegio praefatis concessas et concessa, cum omnibus et singulis decretis et clausulis in singulis litteris desuper tam sub plumbo quam in forma brevis confectis, quarum tenores ac si de verbo ad verbum nihil penitus omisso inserti forent praesentibus haberi volumus pro expressis, auctoritate apostolica tenore praesentium confirmamus ac in pristinum et illud robur et statum, in quibus ante easdem revocationes quomodolibet erant, plenarie restituimus reponimus et reintegramus, ac plenarie restitutas, repositas et reintegratas existere decernimus, illasque et illa prout per dictos praedecessores nostros concessae et concessa sunt, in omnibus et per omnia innovamus; volumusque et declaramus quod collegium ipsum fabricae praefatae indulgentias etiam plenarias (non tamen durante praesenti anno iubilaei) necnon omnes alias facultates, privilegia, praerogativas et indulta praedicta praefato collegio concessas et concessa infuturum exercere possit, prout ante easdem revocationes exercere posse dignoscebatur; non obstantibus praemissis et aliis constitutionibus et ordinationibus apostolicis necnon omnibus illis quae in singulis litteris praedictis concessum fuit non obstare caeterisque contrariis quibuscunque. Verum quia difficile foret praesentes litteras ad singula quaeque loca, ad quae expediens fuerit, deferre, volumus et dicta auctoritate decernimus, quod earum transumptis secretarii collegii praedicti manu subscriptis et sigillo dictae fabricae munitis, eadem prorsus fides indubia adhibeatur quae praesentibus adhiberetur si essent exhibitae vel ostensae.

Datum Romae apud s. Petrum sub anulo piscatoris die XX mensis iunii MDL, pontificatus nostri anno 1°. Blossius el[ectus] Fulgin. [Ms. cit. 138^b s.]

2. Julius papa III. [Roma, 25 de enero de 1552.]

Ad futuram rei memoriam. Cupientes necessariae instaurationi basilicae principis apostolorum de urbe taliter providere, ut exinde eius desiderata perfectio celerius subsequatur, necnon indulgentias, gratias, indulta et facultates aliis piis locis in eius praeiudicium concessa adeo moderare, quod propterea ad huiusmodi perfectionem ampliora christifidelium suffragia obvenire valeant; cum itaque nos alias seu nuper ex certis tunc expressis causis nonnulla, indulgentias, concessionones, gratias, indulta et facultates beatae Mariae de Iesu Redemptionis Captivorum nuncupatae in ecclesia domus S^{ti} Dominici civitatis Neapolitanae ordinis fratrum Praedicatorum ac montis pietatis eiusdem

civitatis et certis aliis confraternitatibus necnon incurabilium praefatae civitatis ac certis aliis hospitalibus et piis locis, ita quod litterae desuper confectae sub quibusvis revocatione aut suspensione similium vel dissimilium indulgentiarum minime comprehendantur, et quoties revocari seu suspendi contingeret, toties in pristinum statum restitutae essent et esse censerentur, irritandi decreto desuper adiecto et alias sub certis modo et forma tunc expressis concesserimus et elargiti fuerimus; et sicut nobis innotuit, indulgentiae et concessiones, gratiae, indulta et facultates huiusmodi in maximum fabricae basilicae S^u Petri de Urbe praeiudicium cesserint et cedant, et conveniens videatur, ut dicta fabrica pro illius et eiusdem basilicae, quae caeterarum caput et principalis existit, excellentia et dignitate ac urbis nostrae decore ac venustate in primis et ante omnia perficiatur et ad optatum finem deducatur et ab aliis locis minime quoad consequendas christifidelium elemosinas impediatur seu elemosinis ipsis ad illius perfectionem necessariis fraudetur: Nos igitur, indemnitati dictae fabricae ac illius perfectioni quantum in nobis est consulere volentes, motu proprio et ex certa nostra scientia ac de apostolicae potestatis plenitudine omnia et singula indulgentias etiam plenarias, etiam illas a media quadragesima usque ad pascha inclusive ab ordinibus Mendicantium publicari solitas, ac alias concessiones, gratias, indulgentias et indulta ac etiam eligendi et deputandi confessores, qui absolvant aut alia faciant, ac reliquas omnes facultates huiusmodi indulgentias concernentes praefatis et quibusvis aliis confraternitatibus ac ecclesiis, monasteriis, hospitalibus et aliis etiam regularibus et piis locis in civitate praedicta et dioecesi ac toto regno Neapolitano existentibus et sub quibuscunque invocationibus institutis, non tamen regnis Hispaniarum et locis in litteris Cruciatas et dictae fabricae comprehensis, ex quibusvis causis ac sub quibuscunque tenoribus et formis etiam imperatoris, regum, ducum vel aliorum principum intuitu seu contemplatione, etiam motu simili concessas et concessa, praeterquam quod ea, in quibus indulgentiae et facultates ipsae in aliqua sui parte iam sint sortitae effectum, ita ut praefatae et aliae confraternitates et ecclesiae, monasteria, hospitalia ac loca huiusmodi illis uti seu illa publicari facere aut quaestas [sic] aliquas exercere minime possint seu debeant, a die mercurii quadragesimae usque ad octavam resurrectionis D. N. Iesu Christi inclusive uniuscuiusque anni dicta fabrica durante, nisi ad id deputatorum praefatae basilicae consensus accesserit, eorumque omnium vim et effectum per ipsum tempus auctoritate apostolica tenore praesentium suspendimus et suspensas esse, ac interim nullo modo publicari seu effectum sortiri aut locum sibi vendicare nec alicui suffragari debere, ac indulgentias confraternitati Redemptionis Captivorum concessas huiusmodi ullo unquam futuro tempore per commissarios seu alios quoscunque extra dictam civitatem Neapolitanam publicari nullatenus posse, necnon quidquid secus contigerit attentari irritum et inane decernimus et declaramus, ac eisdem confratribus et quibusvis personis pro confra-

ternitatibus, monasteriis, ecclesiis, hospitalibus et locis praedictis nunc et pro tempore deputatis, sub nostrae indignationis, necnon excommunicationis latae sententiae eo ipso per contrafacientes incurrendis poenis, ne durante dicto tempore de huiusmodi indulgentiis, concessionibus, gratiis, indultis et facultatibus ac quaestis se intromittere quoquo modo audeant seu praesumant, districtius inhibemus, non obstantibus praemissis ac quibusvis constitutionibus et ordinationibus apostolicis caeterisque contrariis quibuscumque. Volumus autem ut praesentium transumptis manu notarii ipsius fabricae subscriptis et sigillo collegii dictae fabricae munitis eadem prorsus fides adhibeatur, quae eisdem originalibus adhiberetur, si forent exhibitae vel ostensae.

Datum Romae apud s. Petrum sub anulo piscatoris die XXV ianuarii MDLII pontificatus nostri anno secundo.

S. Cervinus.

A. della Torre. [Ms. cit. pág. 147 ss.]

3. Breve confirmationis abdicationis quaestarum S. Antonii de Sancto Antonio Viennensi in favorem fabricae basilicae principis apostolorum de Urbe. Inc.: Regimini militantis ecclesiae...

Dat. Romae 1553, 15 de dic. [Ms. cit. pág. 147 ss.]

4. Breve S. D. N. D. Julii divina providentia papae III confirmationis indulgentiarum, privilegiorum, gratiarum et aliarum facultatum in favorem fabricae basilicae principis apostolorum de Urbe. Inc.: Cupientes ea...

Dat. ut s. [Ms. cit. 151 ss.]

5. Breve Julii III revocatorium omnium et singularum quaestarum et commissariorum in favorem fabricae basilicae principis apostolorum de Urbe. Inc.: Si in universa christifidelium templa...

Dat. Romae 1553, 12 de dic. [Ms. cit. pág. 154 ss.]

6. Breve S. D. N. D. Julii divina providentia papae III confirmationis revocationis quaestarum et indulgentiarum quarumcunque, cum mandato ordinariis, ut non permittant aliquas quaestas exerceri nec indulgentias publicari, nisi prius per suas litteras earum copiam R. P. D. deputatis fabricae transmiserint et ab eis responsum, cui omnino parere teneantur, habuerint. Inc.: Decet Rom. Pontificem...

Dat. Romae 1554, 6 de abril. [Ms. cit. pág. 162 s.]

7. Motuproprio «Cum nos» que contiene «Suspensio indulgentiarum durante quadragesima in favorem fabricae».

Dat. Romae VIII Cal. febr. a° secundo (25 de enero de 1552). [Ms. cit. pág. 174^b ss.]

28. Disposiciones reformatorias del Papa Julio III (1)

1550

*Min. brev., Arm. 41, t. XLIX, n. 341: *Card. Sfondrato (poderes para proceder contra los exentos de su obispado de Cremona y reformar allí mismo los monasterios), 23 de abril. T. LVI, n. 420: *Paulo Nicolino canon. Florent. (visita del monasterio S. Mariae de Balneo, O. Camaldul.), 8 de mayo; n. 538: *Archiepisc. Salzburg. y para otros siete obispos alemanes (poderes para reformar en la visita a los exentos), 13 de junio. T. LVII, n. 740: *Viceleg. Bononiae et priorigen. S. M. Servor. (reforma de monasterios), 15 de agosto; n. 824: *Isidoro ep. Fulgin. (reforma del clero secular y regular), 15 de septiembre; n. 827: *Vic. Archiep. Neapolit. (reforma del monasterio de religiosas S. Petri, O. S. B.), 18 de septiembre; n. 832: *Archiep. Mediol. (poderes contra los exentos), 20 de septiembre. T. LVIII, n. 944: *Generali et visitorib. O. Camald. (visita del monasterio S. Mariae terrae Balnei, O. Camald.), 10 de noviembre (2). *Archivo secreto pontificio*.

1551

*Min. brev., Arm. 41, t. LIX, n. 1: Episcop. Matiscon. (reforma del convento y priorato S. Petri Matiscon., O. S. Aug.), 1.º de enero; n. 19: *Episc. Litterensi [Lettere] (poderes para la reforma y castigo de los exentos), 12 de enero; n. 146: Card. Compostellan. (reforma del colegio español de Bolonia), 10 de marzo; n. 148: *Imperatoris (castigo de los clérigos de las islas Baleares), 11 de marzo; n. 156: *Provinciali O. Pr. ref. prov. Rom. (reforma del convento S. Dominici de Campo regio de Sena), 12 de marzo; n. 214: bula (castigo de los clérigos seculares, que no llevan vestido clerical), 25 de marzo. T. LX, n. 256: *Mandatum iudicibus (castigo de los frailes vagabundos de la Cartuja de las Cuevas extramuros Ispalen.), 10 de abril; n. 508: *Christof. Archiep. Bremen. (reforma de los monasterios), 20 de junio. T. LXII, n. 978: *Episc. Brixien. (reforma de las clarisas S. Clarae vet^a civit. Brix.), 1.º de octubre; n. 1055: Capellano majori regis Portug. (contra la facilidad en poner entredicho), 31 de diciembre (3). Loc. cit.

(1) Cf. arriba pág. 163.

(2) Sobre la reforma del convento de la Minerva en Roma, ordenada por junio de 1550, véase Massarelli, 177. Un documento de 20 de octubre de 1550, concerniente a la reforma en el reino de Polonia, se halla en Theiner, Mon. Pol., II, 572.

(3) En Brevia Julii III, t. II, hallé todavía éstos otros documentos para el año 1551: *Cornelio episc. Bitunt. (reforma de los eclesiásticos), 1.º de marzo; *J. Bapt. episc. Venaf. (reforma del clero secular y regular), 18 de marzo; *reforma del monasterio de benedictinos de Sta. María de Brano en Nápoles, 18 de marzo; *Generali et visit. congreg. Camaldul., 10 de noviembre. Sobre Julio III y la reforma de los monasterios de Génova v. Rosi, Le monache, en

1552

*Min. brev., Arm. 41, t. LXIII, n. 37: *Nuntio Venet. (reforma de los monasterios S. Mariae Servor. et Jacobi della Giudecca), 14 de enero; n. 108: *Card. de Mendoza (reforma de los conventos de religiosas de la diócesis de Burgos), 15 de febrero. T. LXIV, n. 242: *Card. Morono (reforma del O. Eremit. S. Hieron.), 12 de abril; n. 243: *Generali O. Eremit. S. Hieron. (como en el n. 242), 12 de abril; n. 288: Generali O. Praed. (corrección del breviario y misal de la Orden), 3 de mayo; núms. 369 y 370: Philippo, princ. Hisp. y Card. Poggio (reforma de los frares O. Eremit. S. August.), 28 de mayo; n. 428: Card. I. de Monte et Alex. Campegio (reforma de los conventos de religiosas de Bolonia), 22 de junio. T. LXV, n. 451: *Card. Neapolit. (poderes para la reforma de los monasterios exentos), 1.º de julio; n. 476: *reforma de las monjas S. Mariae Gaietani O. Cist., 11 de julio; n. 530: *Breve y *Facultates Sylvestro Landino et Emanueli de Montemajori S. J. para la reforma en Córcega, 5 de agosto; n. 566: Cocciano, protonotario (reforma de las clarisas de Espoleto), 25 de agosto; n. 576: *Card. Morono (reforma de todos los monasterios O. Heremit. S. Hieron.), 31 de agosto; n. 615: *Card. de Durantibus (prohibición de admitir doncellas de menos de quince años en los conventos de Brescia), 20 de septiembre. T. LXVI, n. 643: *Imperatorii (reforma de los monasterios de Lorena y los Países Bajos), 1.º de octubre; n. 685: Episc. Curiensi, nuntio apud Grisonos (reforma de los eclesiásticos), 15 de octubre. Loc. cit.

1553

*Min. brev., Arm. 41, t. LXVII, n. 183: *Card. Poggio, leg. Hispaniae (reforma de las clarisas), 12 de marzo; n. 201: *Archiep. Taurin. (reforma de las clarisas de Turín). T. LXIX, n. 521: *Card. Pisano, episc. Tarvis. (castigo de una abadesa O. S. B. vagabunda), 3 de agosto; n. 699: Francisco episc. Paceñsi (reforma del clero secular y regular), 24 de octubre; n. 709: *Card. Pisano (reforma de las monjas), 28 de octubre; n. 761: *Card. Neapolit. (reforma de las monjas), 27 de noviembre (1). Loc. cit.

los Atti d. Soc. Ligure, XXVII, 195, y Rosi, Genova e la Chiesa 10. A este lugar pertenece también la regla estrecha para el monasterio etiópico de S. Stefano dei Mori, aprobada en 1551 por J. B. Galetti, magister domus Julii III: v. Chaîne, Un monastère éthiopien à Rome au XV et XVI siècle, en las Mélanges de la Faculté orient. de Beyrouth V (1910), 19 ss.

(1) En Format. I Julii III Min. brev. 60 se hallan todavía los siguientes documentos pertenecientes a este lugar: 45^b: *Hieronymo archiep. Januen. (facultades para la reforma), 3 de marzo de 1553; 48^b: Paulo Sadoletto ep. Carpent. (poderes contra clérigos, aun exentos), 8 de marzo; 72^b: *Archiep. Hispal. (reforma de los clérigos), 7 de abril; 96: Card. Pacheco (reforma de su diócesis), 24 de mayo.

1554

*Min. brev., Arm. 41, t. LXX, n. 201: *Castellano episc. Placent. (contra los religiosos vagabundos), 12 de abril. T. LXXI, n. 268: *Episc. Bamberg. (reforma de conventos), 15 de mayo (1); n. 306: *Archiep. Mediolan. (contra las monjas vagabundas), 28 de mayo; n. 381: *Generali O. Crucifer. (reforma de la Orden), 20 de junio. T. LXXII, n. 568: *Prohibición de entrar mujeres en el monasterio de cartujos que hay junto a la ciudad de Asti, 20 de septiembre; n. 693: Christophoro Paduano, generali O. S. August. (contra los vagabundos), 23 de noviembre; n. 729: Barth. Jano, Maceratensi, O. Min. conv. prof. in theol. (reforma de conventos en Borgoña, Aragón y Portugal), 26 de diciembre. Loc. cit.

1555

Arm. 44, t. IV, n. 16: *Baptistae Buttinoro (visita de las iglesias de Córcega), 26 de enero. Loc. cit.

(1) En los Min. brev. falta el mandato del Papa Julio III a Melchor, obispo de Wurzburg, acerca de la visita de todos los conventos de frailes y monjas de su diócesis, pues «non modica scandala» han llegado a sus oídos, etc., 15 de mayo de 1554. Impreso de una hoja, probablemente estampado en Augsburgo. Al principio hay una hermosa inicial.

ÍNDICE DE LAS PERSONAS CITADAS

en el presente volumen

- Accolti** (cardenal), 336.
Adriano VI (papa), 278.
Agustín, Antonio (obispo), 272.
Aldrovandi, Ulises (naturalista), 209, 330, 337, 338, 365, 367, 368.
Alejandro VI (papa), 175, 336, 353.
Alepo, Salvador (arzobispo), 111.
Aliotti, Pedro Juan, 317.
Alvarez de Toledo, Juan (cardenal), 31, 35, 37, 40, 42, 43, 48, 49, 50, 61, 100, 150, 151, 153, 206, 209, 210, 219, 220, 350.
Amaseo, Rómulo (humanista), 88, 305.
Amboise, Jorge d' (cardenal), 31, 43, 50.
Ammanati, Bartolomé (escultor), 317, 322, 327.
Amyot, Jacobo (embajador), 115, 116.
Anjiro, Pablo (misionero), 294.
Aquila, Branconio dell', 336.
Aramont (embajador), 147.
Aretino, Pedro, 307.
Armagnac, Jorge d' (cardenal), 31.
Ataide, Alvaro de (comandante de Malaca), 297.
Aversa, Mateo de, 214.
Avila, Luis de (embajador), 76, 92.
Badhorn, Leopoldo (representante de Mauricio de Sajonia en el concilio de Trento), 124, 126, 127.
Baglioni (familia), 72.
Balduino, 83, 87, 155, 326.
Barbaro (embajador), 230.
Baronino da Casale, Bartolomé (arquitecto), 33.
Baronio, César (cardenal), 175.
Beccadelli, Ludovico (nuncio), 205, 306.
Belarmino, Roberto (cardenal), 175.
Bellay, Eustaquio du (obispo), 200.
Bellay, Joaquín du, 374.
Bellay, Juan du (cardenal), 31, 43, 47.
Benavente (Motolinia), Toribio de (misionero), 284, 286.
Bencio, Trifón (secretario), 88.
Bertano, Pedro (cardenal), 94, 95, 105, 132, 141, 170, 172.
Bessarión (cardenal), 318.
Beuerlin (teólogo protestante), 132.
Bevilacqua (familia), 364.
Billick, Everardo (teólogo), 122.
Blado, Antonio (impresor), 353.
Boccaccio, Leonardo (comisario), 78.
Bonifacio, San, 269.
Bonifacio VIII (papa), 378.
Bonner, Edmundo (obispo), 230, 235, 270.
Borbón, Luis de (cardenal), 31, 52, 54.
Borja, Francisco de, 175, 176, 177, 183, 203.
Boschi, Fabricio (pintor), 68, 314.
Bourne (capellán), 235.
Bramante, Donato (arquitecto), 343.
Brandolini Lippo, Rafael (humanista), 66, 304, 305.
Brenz, Juan (teólogo protestante), 125, 132.
Broet, Pascasio, 199, 200, 201.
Bruslart, Noel (procurador), 199.
Bufalini, Leonardo (artista), 330, 335, 342, 345, 350, 356.
Bullinger, Juan Enrique (reformador), 212, 232.
Buonanni, Benito (embajador), 44,

- 45, 63, 68, 69, 77, 81, 82, 86, 88, 89, 136, 142, 160, 161.
- Burchard, Juan (maestro de ceremonias de Alejandro IV), 369.
- Butzer, Martín (teólogo), 228, 231.
- Buzio de Montalcino, Juan (franciscano), 211.
- Calandra, Endimión, 57, 63.
- Calvi, Juan de (franciscano), 348, 391.
- Calvino, Juan, 214, 229, 230, 231, 232.
- Camaiani, Onofre, 151.
- Camaiani, Pedro (camarero pontificio), 105, 140, 143, 144.
- Campegio, Alejandro (cardenal), 172.
- Campegio, Juan Bautista (obispo), 118.
- Canano, Julio (secretario), 88, 89.
- Cano, Melchor (dominico), 117.
- Capilupi, Camilo, 166.
- Capilupi, Hipólito, 79, 81, 101, 105, 136, 148, 174, 239.
- Capodiferro, Jerónimo (cardenal), 31, 35, 44, 51, 61, 152, 325.
- Capua, Pedro Antonio de (arzobispo), 215.
- Caracciolo, Galeazzo, 214.
- Carafa, Juan Pedro (cardenal, más tarde papa Paulo IV), 31, 37, 40, 41, 44, 46, 47, 49, 51, 52, 53, 54, 75, 79, 85, 86, 92, 100, 159, 161, 165, 204, 206, 207, 209, 210, 213, 214.
- Carafa, Oliviero (cardenal), 365, 366.
- Caravaggio, Polidoro de (pintor), 247, 348.
- Cardelli (familia), 326.
- Carew, 249, 250.
- Carlos Borromeo, San, 175.
- Carlos V, 29, 30, 31, 34, 36, 44, 52, 59, 60, 63, 72, 91, 92, 94, 95, 98, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 117, 120, 123, 126, 128, 132, 133, 135, 136, 140, 141, 142, 143, 147, 149, 150, 153, 155, 170, 173, 176, 177, 203, 217, 218, 222, 238, 243, 244, 246, 247, 253, 261, 262, 264, 279.
- Carnero, Melchor (obispo), 292.
- Carpi, Jerónimo da (pintor), 317, 327.
- Carpi, Pío Rodolfo de (cardenal), 31, 35, 40, 41, 48, 53, 54, 62, 153, 167, 210, 219, 220, 365, 370.
- Castellesi, Adrián (cardenal), 336.
- Castro, Alfonso de (franciscano), 265.
- Catalina de Aragón (reina de Inglaterra), 241, 242.
- Cellini, Bienvenido (orífice), 347.
- Cervini, Marcelo (papa), 29, 31, 35, 37, 40, 43, 44, 45, 47, 60, 67, 92, 100, 101, 143, 160, 161, 164, 165, 210, 212, 214, 219, 220, 305, 311.
- Cesati *el Grechetto*, Alejandro (intendente), 328.
- Cesi, Federico (cardenal), 337.
- Cibo, Inocencio (cardenal), 29, 31, 32, 36, 42, 43, 46, 75, 159.
- Cicada, Juan Bautista (cardenal), 149, 165, 172.
- Ciocchi del Monte, Antonio. Véase Monte.
- Ciocchi del Monte, Fabiano. Véase Monte.
- Ciocchi del Monte, Juan María. Véase Monte.
- Ciprián, Alfonso, 291.
- Clemente VI, 56.
- Clemente VII, 32, 35, 66, 67, 206, 207, 272, 338.
- Cleve, Hendrik van (pintor), 335, 338.
- Cock, Jerónimo (pintor), 368.
- Coleine, Cola (cronista), 211.
- Colonna, Ascanio, 34, 72, 322.
- Colonna, Camilo, 34.
- Colonna, Jacobo, 379.
- Colonna, Pedro, 379.
- Colonna, Próspero, 365.
- Colonna, Victoria, 366.
- Commendone, Juan Francisco (cardenal), 239, 240, 255.
- Condivi, Ascanio, 309, 314.
- Condulmero, Francisco (cardenal), 353.
- Corgna, Ascanio della (jefe de la guardia pontificia), 82.
- Corgna, Francia della, 65, 84.
- Corgna, Fulvio della (cardenal), 172.
- Cornaro, 31, 61.
- Cornaro, Luis (cardenal), 173.
- Cortese, Ersilia. V. Monte.
- Cosme I, duque de Toscana. V. Médici.
- Courtenay, Eduardo (conde de Devonshire), 246, 247, 253, 271.
- Coverdale (obispo anglicano), 236.
- Cranmer, Tomás (arzobispo), 229, 230, 231, 236, 259.

- Crawford, Juan (estadista), 301.
 Crema, Bautista da, 206.
 Crescencio, Nicolás, 361.
 Crescenzi, Marcelo (cardenal), 31, 61, 75, 89, 92, 100, 103, 104, 109, 113, 114, 117, 125, 128, 130, 134, 137, 140, 159, 161, 170, 204, 210.
 Crispi, Tiberio (cardenal), 31.
 Crivelli, Juan Pedro (orífice), 348, 391.
 Croft, 249, 250.
 Cueva, Bartolomé de la (cardenal), 31, 61, 62.
 Cupis, Domingo de (cardenal), 31, 32, 37, 40, 41, 44, 46, 47, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 59, 62, 75, 79, 92, 100, 149, 153, 159, 160, 161, 204, 349.
Chambre, Felipe de la (cardenal), 31, 32, 43, 50.
 Châtillon (cardenal), 31, 32, 43.
Dandino, Jerónimo (cardenal), 87, 89, 106, 107, 110, 152, 153, 154, 172, 239, 240, 243, 244, 255.
Dandolo, Mateo (embajador), 50.
Davidico, Lorenzo, 309.
Day (obispo), 229, 235.
Delfino, Zacarías (nuncio), 216, 217.
Döllinger, 29, 30.
Doménech, Jerónimo, 182, 191.
Domingo de Betanzos (dominico), 284.
Doria, Jerónimo (cardenal), 29, 31, 32.
Dragut (capitán de corsarios), 147.
Druffel, A. von (historiador), 30, 31.
Dryander, Francisco (hereje), 231.
Dudley, Guilford, 232.
Duranti, Durante de (cardenal), 31.
Eduardo VI, 227, 231, 232, 235, 242, 256, 259, 265.
Egufa, De, 182.
Enrique II, 33, 44, 72, 73, 77, 91, 94, 96, 98, 99, 104, 105, 109, 111, 112, 116, 120, 133, 135, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 147, 148, 149, 151, 153, 154, 174, 198, 222, 223, 257.
Enrique VIII, 265, 267.
Enríquez, Enrique (misionero), 288, 289, 290.
Erasso (embajador), 264.
Este, Hércules de (duque de Ferrara), 31, 33, 44, 51, 59, 60, 94, 108, 148.
Este, Hipólito de (cardenal), 344, 365.
Estouteville (cardenal), 349.
Eugenio IV, 339.
Fabiano, Gentile da (pintor), 65, 84, 379.
Fagio, Pablo (hebraísta, hereje), 231.
Fanneman, Baltasar (obispo), 114.
Fantuccio, Federico, 151.
Farnese (linaje), 40, 48, 49, 51, 52, 53, 62, 64, 70, 133, 139, 337, 338, 341.
Farnese, Alejandro (cardenal), 28, 30, 31, 32, 58, 60, 87, 88, 138, 144, 351.
Farnese, Constanca, 347.
Farnese, Horacio (duque de Castro), 34, 58, 138, 143.
Farnese, Margarita, 367.
Farnese, Octavio, 31, 35, 58, 71, 73, 76, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 112, 114, 135, 136, 141, 143, 157, 367, 376.
Farnese, Ranuccio (cardenal), 31, 58, 60, 138.
Fascitelli, Honorato, 306.
Fauno, Lucio, 372.
Fedrio de Diruta, Segismundo, 111.
Felipe II, 177, 185, 203, 284.
Felipe Neri, San, 74, 392.
Fernández Sardinha, Pedro (obispo), 275.
Fernando I (rey de romanos, emperador), 120, 128, 165, 197, 217.
Fichard, Juan, 331, 332, 336, 337, 339, 340, 341, 342, 345, 349, 368, 371, 375, 379, 386.
Filonardi, Enio (cardenal), 29, 31, 40, 42, 43.
Fiordibello, Antonio, 238.
Firmano, Juan Francisco (maestro de ceremonias), 28.
Fisher, Juan (cardenal), 237, 238.
Flach, Jorge (obispo), 113.
Florimonte, Galeazzo (obispo), 88, 305.
Fonseca, Antonio (patriarca de las Indias), 272.
Fontana, Próspero, 318, 326.
Forca Palena, Nicolás di, 329.
Fracastoro, Jerónimo, 306.
Francisco I (rey de Francia), 94.

- Francisco de Borja, San, 183, 203.
 Francisco Javier, San, 182, 287, 288, 290, 292, 294, 295, 296, 297, 298, 299, 300, 301, 302, 303.
 Fusconi, Francisco (médico), 357.
- Gaddi, Juan** (banquero), 29, 31, 32, 39, 42, 61, 346.
Galletti, Juan Bautista (maestro de cámara), 346.
Garcés, Julián (obispo), 283, 285.
García de Toledo, 150.
Gardiner, Esteban (obispo), 229, 235, 248, 251, 253, 258, 265, 268, 269, 270.
Gerona, Saturnio (humanista), 371.
Ghislieri, Miguel (inquisidor general), 212, 214.
Giovio, Pablo (historiador), 160, 306, 307.
Givry, De (cardenal), 29.
Glogowski, Pedro (embajador), 224, 225.
Gómez de Montemayor, Manuel (comisario pontificio), 189.
Gómez de Silva, Ruy, 203.
Gonzaga, Ferrante (gobernador), 29, 43, 105, 136, 137, 138, 141, 144.
Gonzaga, Hércules (cardenal), 31, 40, 51, 58, 59, 61, 62, 70, 71.
Granvela, Nicolás Perenot de (estadista), 30, 98, 203, 240, 262, 264, 267.
Grassi, Aquiles de (obispo), 130, 147, 150, 205.
Gregorianozi, Pablo (embajador), 116.
Gregorio X, 35, 40, 41, 53, 54.
Grey, Juana, 232, 234, 246, 249, 252.
Grey, Tomás, 252.
Grimani, Juan (cardenal), 215, 216, 325.
Gropper, Juan (cardenal), 122.
Gualterio, Pedro Pablo, 28.
Gualterio, Sebastián, 28, 154, 223.
Guisa, 31, 43, 45, 48, 49, 51, 54, 59, 60, 61, 62.
Guisa, Carlos de (cardenal), 112, 198.
Guisa, Luis de (cardenal), 171, 173, 174.
- Heerbrandt** (teólogo protestante), 132.
Hernán Cortés, 278.
Heusenstamm, Sebastián (príncipe elector), 113.
Hoffmann, Juan, 119.
Holland, Francisco de, 366, 368.
Hooper, Juan, 230, 236.
Hosio, Estanislao (obispo), 223, 224, 225, 226.
Hurtado de Mendoza, Diego (embajador), 29, 30, 31, 34, 36, 38, 44, 55, 59, 61, 92, 135, 136, 240.
- Ignacio de Loyola, San**, 176, 179, 181, 182, 187, 191, 192, 194, 198, 199, 203, 218, 219, 220, 288, 289, 391.
Imola, Pedro de (pintor), 327.
Inocencio VIII, 341.
Isenburg, Juan de (príncipe elector), 113.
- Jayo, Claudio**, 196, 199.
Joaquín II (príncipe elector de Brandeburgo), 97, 118, 119, 120.
Juan III (rey de Portugal), 202, 290, 291.
Juan Segismundo (rey de Polonia), 225.
Julio II, 35, 62, 76, 157, 336, 338, 339.
Julio III, 28, 63, 64, 65, 67, 68, 70, 71, 72, 73, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 83, 84, 85, 86, 88, 91, 92, 93, 94, 95, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 112, 123, 124, 125, 130, 131, 133, 135, 136, 137, 138, 139, 141, 143, 146, 147, 148, 149, 151, 152, 155, 157, 158, 159, 162, 163, 164, 165, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 175, 176, 178, 180, 183, 185, 186, 189, 190, 191, 192, 204, 205, 206, 207, 209, 210, 211, 213, 215, 216, 217, 219, 222, 223, 224, 226, 227, 236, 237, 240, 243, 244, 255, 258, 260, 263, 264, 271, 286, 292, 304, 305, 306, 307, 308, 309, 310, 311, 312, 315, 316, 317, 320, 323, 325, 326, 328, 336, 338, 339, 357, 370, 382, 385.
- Kessel, Leonardo**, 195.
Koller, Wolfango, 124.
- Labarthe, Pablo de** (embajador), 112.
Lafréry, Antonio (editor), 331, 350.
- Hanebault, D'** (cardenal), 29.
Hastings, Eduardo, 267.
Heath, Nicolás (obispo), 229, 235.
Heemskerck, Martín van (pintor), 330, 332, 337, 338, 340, 341, 352, 367, 368, 371, 373, 375, 376, 378.

- Lafnez, Diego, 117, 182, 193, 194, 217.
 Lancilotti, Nicolás, 239, 290.
 Landini, Silvestre (comisario pontificio), 189, 190, 191.
 Laussac (embajador), 144.
 Las Casas, Bartolomé de (dominico, obispo de Chiapa), 285, 286.
 Lasso, Diego, 165.
 Latimer, Hugo (obispo hereje), 236, 259.
 Lenoncourt, Roberto de (cardenal), 29, 31, 40.
 León X, 29, 32, 78, 207, 278, 338, 367, 368.
 Leva, G. de, 28, 29, 30.
 Ligorio, Pirro (arquitecto), 376.
 Lipomano, Luis (nuncio), 104, 110, 113, 226.
 Loreña, Juan de (cardenal), 31, 32, 43, 47, 51, 52, 53.
 Lorenzetto (pintor), 368.
 Luis Gonzaga, San, 174.
 Lutero, Martín, 194, 232.
 Madruzzo, Cristóbal (cardenal), 29, 31, 35, 40, 46, 56, 61, 62, 70, 71, 120, 134.
 Maffei, Bernardino (cardenal), 28, 30, 31, 35, 42, 44, 48, 61, 160, 164, 166, 305, 364.
 Mancini, Julia, 83.
 Manili, Lorenzo de', 360.
 Marbach (teólogo protestante), 132.
 Marignano, marqués de, 138.
 Marillac (embajador), 98.
 Marliani, Bartolomé, 372.
 Martín de Valencia (misionero), 278.
 Masio, Andrés, 70.
 Mason, Juan (embajador), 235, 267.
 Massarelli, Angel (secretario), 28, 31, 33, 48, 70, 78, 79, 88, 89, 109, 110, 111, 115, 116, 160, 166, 210.
 Mássimi, Pedro, 352.
 Maturino (pintor), 348.
 Mauricio de Sajonia (príncipe elector), 97, 123, 124, 129, 130, 132, 133, 134.
 Mazzoni, Julio (pintor), 357.
 Médici, 31, 61, 138, 160, 164, 307.
 Médici, Bernardo de (marqués de Marignano), 149.
 Médici, Cosme I de (duque de Florencia y Toscana), 30, 63, 83, 84, 147, 154, 155, 160, 170, 171, 313, 326.
 Médici, Fernando de (cardenal), 369.
 Médici, Julio de (cardenal), 316, 391.
 Melanchton, Felipe, 126, 133.
 Mendieta, Jerónimo de, 284.
 Mendoza, Diego Hurtado de (embajador imperial), 93, 98.
 Mendoza (virrey de Méjico), 282.
 Mendoza, Francisco de (cardenal), 353.
 Mendoza, Juan de (embajador), 243.
 Mercurio, Juan Andrés (cardenal), 173.
 Merkle, 28, 30.
 Meudón (cardenal), 29, 31, 40.
 Michele da Viterbo, Antonio di, 339.
 Mignanelli, Flavio (cardenal), 148, 149, 172.
 Miguel Angel, 74, 310, 311, 312, 313, 314, 316, 327, 333, 366.
 Mocénigo, Alvise (embajador), 338, 373.
 Mochi, Próspero (arquitecto), 347.
 Modesto, Juan, 306.
 Modrzewski (secretario), 225.
 Molina, Alonso (franciscano), 285.
 Montague (embajador), 267.
 Monte, Antonio del (cardenal), 66, 315, 350.
 Monte, Cristóbal del (cardenal), 99, 172.
 Monte, Ersilia Cortese del, 306.
 Monte, Fabiano del, 308.
 Monte, Inocencio del (cardenal), 85, 86, 87, 89, 163.
 Monte, Juan Bautista del, 136, 137, 143, 306, 308.
 Monte, Juan María del (papa Julio III), 31, 40, 44, 45, 47, 55, 62, 63, 66, 67, 72, 85, 92, 157.
 Monte, Pedro del, 82.
 Montelupo, Rafael da (escultor), 326.
 Montfort, Hugo de (embajador), 113.
 Montúfar, Alonso de (arzobispo), 280.
 Mor, Antonio (pintor), 328.
 More, Tomás (estadista), 237, 238.
 Morone, Juan (obispo de Módena, nuncio, cardenal), 31, 35, 39, 40, 52, 53, 92, 100, 137, 160, 161, 167, 204, 215, 217, 219, 220, 253, 254, 255, 258, 261, 262.
 Motolinia. V. Benavente.

- Moulin, Carlos du, 144, 222.
 Muzio, Jerónimo, 29.
 Muzzarelli, Jerónimo (nuncio), 260, 262, 264, 266.
 Nadal, Jerónimo, 179, 182, 193, 194, 197, 217.
 Nardini, Esteban (cardenal), 350.
 Nausea, Federico (obispo de Viena, embajador), 114.
 Navarrete, Francisco (obispo), 37.
 Negri, Paula Antonia, 206.
 Noailles, Antonio (embajador), 245, 248.
 Nóbili, Roberto de, 65, 84, 174, 306.
 Nóbili, Vicente de, 137.
 Nóbrega, Manuel da, 273, 276.
 Northumberland. V. Warwick.
 Núñez, Melchor, 286, 287.
 Núñez Barreto, 292.
 Olao Magno, 356.
 Olave, 202.
 Oldecop, Juan (cronista), 157.
 Olivo, Pirro, 71.
 Ormanetto, Nicolás (obispo), 260, 262.
 Orsini, Camilo (comandante de Parma), 31, 75, 137, 150.
 Otomo Yoschischige, 296.
 Oviedo, Andrés de (obispo), 292.
 Pablo Emilio, 336.
 Pacheco, Pedro (cardenal), 29, 31, 38, 48, 53, 54, 61, 62, 93, 149, 164, 165.
 Paget, 255, 267.
 Pagnani, 56.
 Paladio (Biagio Pallai), Blosio (obispo), 88.
 Palestrina, Juan Pedro Luis de, 309.
 Pantágato, Octavio, 306.
 Panvinio, Onofre (historiador), 28, 67, 70.
 Parpaglia, Vicente (abad), 236, 237, 238, 270.
 Pate, Ricardo (obispo), 267.
 Paulo III, 27, 28, 29, 30, 32, 33, 34, 35, 36, 61, 67, 70, 74, 87, 88, 93, 96, 102, 169, 175, 178, 183, 186, 191, 209, 213, 223, 227, 285, 292, 310, 311, 312, 325, 328, 330, 335, 336, 337, 338, 341, 342, 343, 344, 356, 363, 366, 380, 382, 383, 385.
 Paulo IV, 157, 180, 202, 345.
 Pedro Canisio, San, 195, 196, 197.
 Pedro de Gante, 279, 282.
 Pelargo, Ambrosio, 113.
 Pelletier, 214.
 Penning, Enrique, 238, 240, 243, 245, 260.
 Pérac, Esteban du, 373.
 Peruzzi, Baltasar (arquitecto), 352, 361.
 Petroni, Alejandro (médico), 372.
 Philips, Gualterio, 259.
 Piccolomini, Constancia, 369.
 Pighino, Sebastián (cardenal), 92, 93, 95, 97, 98, 102, 104, 110, 125, 153, 165, 170, 172.
 Pinardo, Hugo, 345.
 Pío II, 339, 342.
 Pío IV, 28, 351.
 Pisani, Francisco (cardenal), 31, 32, 161.
 Planta, Tomás (obispo), 210.
 Poggiano, Julio, 306.
 Poggio, Juan Francisco (cardenal), 172.
 Poitiers, Guillermo, 116.
 Polanco, Juan de, 182, 187.
 Pole, Margarita, 233.
 Pole, Reginaldo (cardenal), 31, 35, 37, 38, 39, 41, 42, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 61, 67, 75, 85, 92, 100, 159, 160, 161, 204, 210, 214, 236, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 254, 255, 257, 258, 259, 260, 262, 263, 264, 265, 266, 267, 268, 269, 270.
 Porto, Antonio do, 287.
 Pozzo, Jacobo dal. V. Púteo.
 Prat, Guillermo du (obispo), 198.
 Pucci, Antonio (cardenal), 336, 346.
 Púteo, Jacobo (cardenal), 149, 153, 165, 172, 220.
 Puy, De. V. Púteo.
 Quiñones (cardenal), 391.
 Rafael (pintor), 119, 336.
 Rainerio, Antonio Francisco, 308.
 Renard, Simón (embajador), 247, 251, 265, 266.
 Rethio, Juan, 195.
 Ribadeneira, Pedro de, 179, 203.
 Ribier, 31.
 Ricci da Montepulciano, Juan (cardenal), 140, 172, 325.
 Ridley (obispo anglicano de Londres), 229, 230, 236, 259.
 Ridolfi, Nicolás (cardenal), 31, 32, 35, 44, 47, 51, 52, 54, 57, 59.

- Rodríguez, Simón, 187, 188.
 Romano, Bautista, 193.
 Romano, Julio (arquitecto), 346, 369.
 Rosetto (abad), 73, 144.
 Róvere, 29, 31, 58, 344.
 Róvere, Domingo della (cardenal), 336, 347.
 Ruggieri, Bonifacio (embajador), 32.
 Ruiz, Fernando, 391.
 Rústici, Quincio de, 368.
 Rusutti, Felipe (arquitecto), 379.
- Sá, Men de (gobernador), 277.
 Sabeo, Juan, 306.
 Sadoletto, Pablo (obispo), 88, 305.
 Sägmüller, 28.
 Sahagún, Bernardino de, 231, 235, 236.
 Salamanca, Antonio (editor), 353.
 Salmerón, Alfonso, 117, 196, 215.
 Salvati, Juan (cardenal), 29, 30, 31, 32, 35, 37, 40, 42, 44, 45, 47, 51, 52, 54, 58, 59, 60, 62, 311.
 Sánchez, Bautista, 184.
 Sangallo, Antonio da (arquitecto), 345, 356.
 Sansovino, Andrés (escultor), 65.
 Sansovino, Jacobo (arquitecto), 342, 346, 369.
 Santa Croce, Próspero (nuncio), 144, 147, 154, 204, 223.
 Saraceni, Juan (cardenal), 172.
 Saracini de Sena, Cristófora, 65.
 Sauli, Jerónimo (arzobispo), 71.
 Savelli, Jacobo (cardenal), 31, 61.
 Sbarra, Manno (artista), 328.
 Scorel, Juan van (pintor), 330.
 Schauenburg, Adolfo de (príncipe elector), 114.
 Schönberg, Nicolás de (cardenal), 337.
 Segismundo Augusto II (reÿ de Polonia), 224.
 Sermoneta (cardenal), 31, 65, 153.
 Serristori, Everardo, 30, 155.
 Serristori, Bartolomé (arzobispo), 45, 161, 170, 171, 173.
 Sfondrato, Francisco (cardenal), 31, 35, 37, 41, 48, 53, 54, 75, 91, 92, 119, 204.
 Sforza, 31, 35, 45, 54, 58, 59, 60.
 Sforza, Guido Ascanio (cardenal), 305, 346, 349.
 Siliceo, Juan (cardenal), 185, 186.
 Silva, Miguel de (cardenal), 31, 42, 46, 54, 61.
- Simoncelli, Jerónimo (cardenal), 174.
 Sipierre, Felipe de, 106.
 Sirleto, Guillermo, 306.
 Sixto IV, 27, 33, 344, 345, 353, 356.
 Sixto V, 336.
 Sleidan, Juan, 123.
 Soderini (cardenal), 336.
 Söll (teólogo protestante), 132.
 Somerset, Eduardo, 227, 223, 234, 255.
 Soranzo, Víctor (obispo), 210.
 Stella, Tomás, 383.
 Straet, Juan van der (pintor), 328.
 Strassen, Cristóbal, 119.
 Strozzi, Pedro (comandante de Sena), 154, 155.
 Suffolk (duque de), Carlos Brandon, 252.
- Tagliavia, Pedro (cardenal), 174.
 Termes, 108, 112, 154.
 Thirlby (obispo), 229, 267.
 Thomas, Guillermo (secretario), 252.
 Toledo, Francisco de (embajador), 110.
 Toledo, Pedro de (virrey), 73, 91, 92, 149, 150.
 Torquemada, Juan de (cardenal), 286.
 Torre, Miguel della (nuncio), 94, 98.
 Torres, Cosme de, 182, 188, 295.
 Tournon, F. de (cardenal), 31, 32, 43, 47, 94, 100, 108, 115, 142, 143.
 Tremelio, Manuel (hereje), 231.
 Trivulzio, Antonio (cardenal), 94, 96, 98, 112.
 Truchsess de Waldburgo, Otón (cardenal), 29, 31, 46, 48, 54, 61, 217, 218, 220.
 Tunstall (obispo), 229, 235.
- Udine, Juan de (pintor), 327, 347, 348.
 Urbino, duque de, 58, 152, 155.
 Urté, Claudio d' (embajador), 32, 33, 38, 42, 43, 55, 76, 99.
- Vaga, Perino del (pintor), 342, 347.
 Valdés, Juan (humanista), 215.
 Valignani, Alejandro, 299.
 Valle, Andrés della (cardenal), 368.
 Vannio (teólogo protestante), 132.

- Vasari, J. (historiador), 311, 313, 317, 326, 327.
Velasco (virrey), 282.
Vendôme (cardenal), 31, 43.
Verallo, Jerónimo (cardenal), 31, 35, 44, 140, 149, 165, 210.
Vergerio, Pedro Pablo (nuncio, apóstata), 112, 212.
Vermigli, Pedro Mártir, 228, 231, 232, 236.
Vico, marqués de, 214.
Vignola (arquitecto), 316, 317, 323, 325, 326.
Vimercato, Francisco, 244, 255.
Viola, 199.
Vitelli, Alejandro, 137.
Viterbo, Bernardo de, 215.
Volterra, Daniel de (pintor), 327, 357.
Voysey, 235.
Warwick, Juan (duque de Northumberland), 227, 229, 232, 233, 234.
Widmannstadt, 194.
Wyatt, Tomás, 249, 250, 251, 252, 261.
Zorzi, Jerónimo, 355.
Zúccaro, Tadeo, 317, 318, 320, 327.
Zumárraga, Juan (obispo), 278, 279, 280, 281, 283.
Zwicheu (Viglio), Witt van (obispo), 203.
-

ÍNDICE ANALÍTICO

LIBRO PRIMERO

Julio III (1550-1555)

INTRODUCCIÓN

Mirada retrospectiva al pontificado de Paulo III. Transición del período del Renacimiento a la Reforma católica (27-28).

El conclave de 29 de noviembre de 1549 a 8 de febrero de 1550. Causas de su larga duración (28-29).

El emperador Carlos V y la elección pontificia (29-30).

Los partidos en el Colegio Cardenalicio. Actitud de Cervini y Carafa (30-31).

Comienzo del conclave; disposiciones para su guarda (32-33). Deseos de Carlos V. Proceder de los cardenales imperiales. Capitulación electoral (34-35).

El primer escrutinio. Pole el candidato más probable (36-38). Intrigas francesas contra la candidatura de Pole; ésta fracasa a última hora (38-41).

Llegada de los cardenales franceses (42-43). Exclusiones por parte de Enrique II y Carlos V (43-44). Probabilidades de del Monte (44-45).

Influjo del partido reformista católico (46).

Escrutinios sin resultado. Escandalosa tardanza de la elección (46-50). Causas de la tardanza de la elección (50-51). Continuación de la desunión (51-53). Tentativa de remedio. Reforma del conclave (53-57).

Fracaso de la candidatura de Salviati (57-58).

La candidatura del cardenal Monte y su triunfo final (59-63). Impresión de la elección (63-64).

CAP. I. PRECEDENTES, CARÁCTER Y COMIENZOS DEL REINADO DE JULIO III

La familia de los Ciocchis del Monte (65). Precedentes de Juan María del Monte (66-67).

El exterior y el carácter de Julio III (67-70). Su liberalidad y popularidad (70-71).

Política pacífica y conciliadora del nuevo Papa. Delegación de enviados al emperador y al rey de Francia (71-73).

Coronación del Papa y apertura de la Puerta Santa (73-74).

del sacro colegio y tomara las armas; pero se dieron por contentos con que la ciudad dispusiera quinientos hombres de la milicia ordinaria de los Estados de la Iglesia (1). General de estas tropas romanas auxiliares era Horacio Farnese, futuro yerno del rey de Francia. Mas como se quejara Mendoza de que con esto se ponía a Rôma en manos de Francia, se le dieron oficiales subordinados afectos al emperador (2).

Por fortuna, durante el largo período del conclave no se turbó seriamente la tranquilidad, ni en Roma ni fuera de ella. Verdad es que Camilo Colonna, después de la muerte de Paulo III, se apoderó de algunos pueblecitos, y Ascanio Colonna se puso en movimiento para recobrar el señorío de que le había privado aquel Papa; pero por lo demás, en un escrito certificó al sacro colegio su devoción a la sede apostólica (3). El 10 de diciembre de 1549 pudieron los cardenales tomar el acuerdo de licenciar la mitad de sus tropas auxiliares (4), y el 10 de enero de 1550, en atención a los grandes gastos, se volvió a reducir considerablemente la fuerza armada (5), a pesar de haberse recibido el 22 de diciembre la noticia de que Fermo había sido ocupado por los florentinos (6), y los días 21 y 22 de enero tuvo el conclave que volver a tomar resoluciones acerca de disturbios ocurridos en Bolonia y la ocupación de Acquapendente (7).

La tarde del 30 de noviembre se cerró la puerta del conclave con seis cerrojos por fuera y por dentro (8), pero con todo eso se guardó la clausura tan flojamente, que decía después un testigo ocular, que el conclave había estado menos cerrado que abierto (9).

Entre tanto hacia el 20 de noviembre de 1549 Carlos V se

(1) Massarelli, 9 s.

(2) Massarelli, 9. D'Urfé, en Ribier, II, 255. Dandolo, en Brown, V, n. 588.

(3) Vide Massarelli, 9 s., 21, y las *Relaciones de Escipión Gabrielli, de 11, 19, 25 y 29 de noviembre (*Archivo público de Sena*), de F. Franchino, de 13 de noviembre de 1549 (*Archivo público de Parma*), y de Masio, de 23 de noviembre de 1549 (en el Archivo de Lacomblet para la historia del Bajo Rin, VI, 147). Véase también Dandolo en Albèri, 343, s.

(4) Massarelli, 54.

(5) Ibid., 90.

(6) Ibid., 71.

(7) Ibid., 103 s.

(8) Ibid., 31.

(9) «Visensis, qui iam pridem non conclusi sed patentis conclavis libertatem aegre tulerat.» Gualterius, en Merkle, 90 s.

había declarado a su embajador en Roma respecto de la elección pontificia. Ante todo le hubiera sido agradable el dominico Juan Alvarez de Toledo, tío del duque de Alba y hermano del virrey de Nápoles; pero si la elección de éste no era posible, deseaba la de Carpi, Pole, Morone o Sfondrato, los cuales eran varones no menos excelentes que el español citado. El emperador excluía a todos los franceses y además a Salviati, Ridolfi, Cervini, Capodiferro y Verallo (1).

No obstante, al principio del conclave, estos imperiales deseos no eran conocidos de los cardenales afectos al emperador, y se habían resuelto no en favor de Toledo, sino de Pole; pero ni para éste disponían de suficiente número de votos. Creían con todo, Madruzzo y otros, que si luego al principio del conclave proclamaban a Pole como Papa sin más formalidades, arrastrarían los votos de algunos indecisos. Ciertamente, Sforza y Maffei previnieron contra semejante proceder precipitado, que sólo serviría para irritar a los adversarios (2), y el suceso vino a justificar sus previsiones. Ya la misma dilación tan larga de las exequias de Paulo III se enderezó en parte contra este plan; y cuando a 30 de noviembre, apenas se hubo cerrado el conclave, los imperiales propusieron que se procediese a una reunión electoral aquella misma tarde, se les significó que en cosa tan importante se debía proceder con cautela y según el orden acostumbrado. La noche vino a zanjar la discusión entablada sobre esto, sin que los imperiales hubieran conseguido nada.

Tampoco en los dos días inmediatos se llegó a ninguna votación (3). No se hizo más que leer las Bulas pontificias sobre la elección, de Julio II y Gregorio X y jurarlas; y además se preparó y aceptó una capitulación electoral para el Papa futuro (4), la cual convenía generalmente con la establecida en el conclave de Clemente VII, y al fin obligaba al futuro Papa a entregar la ciudad de Parma a Octavio Farnese.

(1) Maurenbrecher, 220. Sobre los dichos cardenales vide nuestras indicaciones del vol. XI, 155, 157 ss., 192 s.; vol. XII, 163. Sobre Sfondrato, que murió ya el 31 de julio de 1550, véase también Novati en el Archivio stor. Lomb., XXI (1894), 45 s.

(2) Maffei, en Merkle, II, 31.

(3) Massarelli, 32.

(4) Impresa en Le Plat, IV, 156 s. Vide Lulves en las Fuentes e investigaciones del Instituto prusiano de historia, XII, 224 s.

La tarde del 1 de diciembre se suscitó una controversia sobre si las votaciones debían ser públicas o secretas (1); pues mientras unos creían que la votación pública era el medio mejor de prevenir torcidas maniobras, otros consideraban que por este camino se perdería la libertad de elegir, principalmente en un tiempo en que los imperiales por una parte y los franceses por otra, procuraban atraer electores a su partido, no sólo con promesas y recompensas, sino también con amenazas.

La tarde del 1 de diciembre se acercó Mendoza a la puerta del conclave y entregó un escrito del emperador. En otro, que no comunicó públicamente, se expresaban los deseos de Carlos V respecto de la elección pontificia (2).

En la mañana del 3 de diciembre se llegó al acuerdo sobre que las votaciones habían de ser secretas, y siguió la primera votación. En el altar se había puesto un cáliz de oro y cada elector se acercó y depositó en él su voto. Luego se vació el cáliz sobre una mesa delante del altar, mirando cada una de las cédulas los tres cardenales inspectores, y leyendo en voz alta el cardenal Cibo, el nombre o nombres que había en cada papeleta; pues los más de los electores escribieron tres y hasta cuatro juntos (3).

No menos que veintiún veces tuvo que anunciar Cibo en este escrutinio primero el nombre del cardenal Pole, a quien ya antes se había predicho comúnmente que ceñiría la tiara, por más que en Roma temían su celo por la reforma (4).

(1) Massarelli, 34.

(2) *Ibid.*

(3) Massarelli, 36.

(4) Pole, a quien los antes mencionados (pág. 28, nota 1) Ricordi di Paolo III, designan ya como «soggetto a giudizio del mondo superiore agli altri di nobilità, bontà e dottrina», aparece en todas las relaciones del primer tiempo después de la muerte del Papa Farnese, como el candidato de cuya elección más esperanzas había. Vide las * Relaciones de Escipión Gabrielli, que se conservan en el *Archivo público de Sena*, del 13 (* Le scomesse et le voci de la città variano ogni giorno et il più alto è Inghilterra e poi Salviati. S. Croce è ancora in buona aspettatione), 14, 15, 25 y 29 de noviembre (* Il card. S. Croce quando non riesca Inghilterra si tiene in grandissima aspettatione ancorche gli imperiali publicamente mostrano poco sodisfarsene) y del 1.º de diciembre (voce universale en favor de Pole, aunque su celo de reforma le podría arrebatar la tiara; si ragiona di Sfondrato, di S. Croce et di Monte). Vease, además la carta de Muzio, Lettere 109 ss., y de Masio en el *Archivo de Lacomblet* para la historia del Bajo Rin, VI, 146 ss.; y *Giorn. stor. della lett. Ital.*, XVII, 343; XLIII, 237 s. Con todo eso, examinando más de cerca

Siguieron a Pole en número de votos, Toledo con trece, de Cupis y Sfondrato con doce, Carafa con diez. El nombre de Salviati se halló sólo en dos sufragios, y de todos los demás excluidos por el emperador, sólo el nombre de Cervini se halló en nueve cédulas, a pesar de la universal estima de que gozaba. Por lo demás, los deseos del emperador no parecen haber tenido gran influencia en la elección (1). Como la requerida mayoría de dos tercios necesitaba veintiocho votos, se pudo esperar fundadamente que en los escrutinios siguientes obtendría Pole con facilidad los que le faltaban y que el conclave terminaría pronto.

Lo que entonces ocurrió a Pole, al ver tan cerca de sí la más alta dignidad de la tierra, lo explicó él mismo más adelante a un amigo suyo. La votación, dice, no le hizo la menor impresión (2). Ya antes, a instancias de los cardenales de que diera a algunos pasos para promover su elección, había contestado que no diría ni una palabra, aun cuando el silencio hubiera de costarle la vida; pues permanecía firme en su propósito de abandonarse a la dirección de Dios, sin desear otra cosa sino el cumplimiento de la divina voluntad (3).

En la primera votación del conclave no era costumbre que, después de leídos los votos, alguno se adhiciese con el suyo a alguno de los elegidos; pero era permitido en los escrutinios siguientes, y apenas parecía dudoso que algunos cardenales usarían de este derecho en favor de Pole. Por ventura para poner obstáculos a la elección del reformista Pole, temido por los cardenales aseglarados (4), antes de la votación del siguiente día se propuso la cuestión de si el acceso posterior anulaba el voto ya dado por el que usaba de aquel derecho; y después de larga dis-

la situación, la candidatura de Pole no parecía hacedera (v. Muzio, Lettere 111-113). También Masio juzga de un modo semejante en 3 de diciembre (Cartas, 53).

(1) «Auctoritatem nullam adeptae sunt», dice Maffei de las cartas de exclusión de Carlos V. Merkle, II, 51.

(2) A Francisco Navarrete, obispo de Badajoz, el 17 de junio de 1550 en carta publicada por Qüirini, Ep. Poli V, 53 s. Vide Brown, V, n. 671.

(3) Carta de Dandolo de 30 de noviembre de 1549, publicada por Brown, V, n. 595.

(4) Escipión Gabrielli * notifica en 1 de diciembre de 1549, que Pole era muy católico y quería la residencia de los obispos y la presencia de los cardenales en la curia; que en vida de Paulo III había dicho que habrían de suprimirse los ofitii (*Archivo público de Sena*). Vide Muzio, Lettere 109.

cusión se restableció el acuerdo decidiendo que tampoco aquel día sería permitido el acceso (1). Con todo eso, aquel día, durante cuya mañana el cardenal Pacheco había reforzado el partido del emperador (2), el número de los votos de Pole subió a veinticuatro. Asustados los franceses, hicieron decir a d'Urfé, que si no ideaba alguna jugada oportuna, no era posible impedir la elección favorable a los imperiales. D'Urfé se acercó a la puerta del conclave e hizo anunciar por el maestro de ceremonias, que los cardenales franceses se hallaban ya en Córcega y llegarían presto. Que si no los esperaban hasta el fin de la semana, el rey de Francia no podría reconocer la elección. En realidad, d'Urfé, según él mismo dice, ninguna noticia tenía de Córcega; a pesar de lo cual a las dos horas se volvió a presentar, repitió su protesta delante de seis cardenales y amenazó con un cisma (3).

Entonces siguieron en el conclave horas procelosas. La protesta de d'Urfé tuvo por efecto que los imperiales tomaran la resolución de no diferir la votación hasta la mañana siguiente, sino en aquella misma noche, sin votación formal, reconocer a Pole por Papa con la adoración de todos (4). Con grandísimo ardor trabajaron por reunir el número de partidarios necesario para esto; y de hecho llegaron tan allá, que Pole recibió el aviso de que a poco entrarían en su celda los cardenales y le adorarían como cabeza de la cristiandad. Por la otra parte los partidarios de Francia pusieron todos los medios para impedir aquella adoración, y lograron frustrar el plan de los imperiales. Hasta muy adelantada la noche duraron las conferencias y negociaciones en los tránsitos del conclave. Había ya pasado la medianoche y todavía ningún cardenal se había retirado a su celda (5).

En medio de esta general excitación, no perdió Pole su prudencia. No quiso dar oídos al proyecto de su elevación por la adoración de los cardenales, y como hizo decir a sus amigos, quería entrar en el papado por la puerta, no escalarlo por la ventana (6).

(1) Massarelli, 41.

(2) *Ibid.*, 42. Mendoza le había enviado un mensajero, para instarle a que se diese la mayor prisa posible (Legaz. di Serristori 217). Vino más muerto que vivo al conclave. Dandolo en Brown, V, n. 596.

(3) Carta de d'Urfé al rey, de 6 de diciembre de 1549, publicada por Ribier, II, 254 s. Vide Muzio, Lettere 116.

(4) Massarelli, 42 s.

(5) Massarelli, 43.

(6) Dandolo en Albéri, 346 y 372-373.

Como una comisión de dos cardenales le hiciera notar que la elevación por medio de la adoración era del todo ajustada a derecho, se declaró conforme, pero apenas habían salido los dos cardenales, envió en pos de ellos un mensajero para retractar su consentimiento (1).

Sin embargo, una cosa habían logrado aquella noche los imperiales: tres cardenales, Morone, Cesi y Gaddi se declararon prontos a añadir sus votos a la mañana siguiente, para la elección de Pole; por lo cual los imperiales, llenos de alegres esperanzas, creían poder confiar en el escrutinio próximo. No barruntaban que aquellos tres otorgarían después a los franceses la promesa de no añadir sus votos a Pole mientras no tuviera ya veintiséis (2).

El 5 de diciembre se esperaba con seguridad que Pole obtendría en el escrutinio la necesaria mayoría de los dos tercios. Antes de dirigirse a la votación, casi todos los cardenales habían hecho desocupar sus celdas, para que no fueran saqueadas después de la elección por el pueblo que entraría tumultuariamente. Ya estaban dispuestas para Pole las vestiduras pontificales; él mismo había compuesto un discurso de acción de gracias y lo había mostrado a algunos. Fuera del Vaticano el pueblo se apiñaba en apretados grupos, y las tropas estaban con las banderas desplegadas, listas a aclamar al nuevo Papa (3).

Mas entre tanto el partido francés del conclave no pensaba en entregarse sin lucha. Desde muy temprano comenzaron también este día los conatos de ambos partidos para atraerse este o aquel sufragio. La excitación y animosidad aumentaban a cada instante, en términos que, cuando llegó la hora de la misa que suele preceder a las votaciones, se prohibió al maestro de ceremonias que diera con la campana la señal acostumbrada, hasta tanto que los cardenales estuviesen reunidos. Parecía prepararse un a modo de cisma, pues los partidarios de Pole se juntaron en la capilla Paulina y sus émulos en la Sixtina; de modo que no podía desde luego pensarse en una votación.

Entre tanto Cervini, que por el estado de su salud solía pre-

(1) Carta de Pole al obispo de Badajoz, fechada el 17 de junio de 1550, loc. cit. (vide anteriormente, pág. 33, nota 2).

(2) Massarelli y Gualterius en Merkle, II, 42 s.

(3) Maffei en Merkle, II, 43. Adición de Panvinio a Massarelli, ibíd., 47.

sentarse más tarde, llegó a la capilla Paulina. Carpi, Morone, Madruzzo, Gonzaga y Farnese le salieron al paso, y explicándole el estado de las cosas, le rogaron que fuese como mediador adonde estaban los del partido contrario. Cervini accedió a ello, y acompañado de Morone se dirigió a la capilla Sixtina. Primero habló con el cardenal decano de Cupis, haciéndole observar que los adversarios de Pole habían hecho ya lo que cumplía a su conciencia, procurando según sus fuerzas impedir la elección del mismo. Pero estando ahora claro que el Espíritu Santo quería que fuese elegido, no debían continuar en su oposición. De Cupis le contestó que también él deseaba la paz y la concordia, pero pocas veces se realizaba una elección pontificia sin rivalidades. Los adversarios habían usado de medios ilegales, y la protesta de d'Urfé hacía temer un cisma de parte de Francia. A esto se le respondió que no todo lo que se decía de manejos habidos era verdadero; si se tomaba en cuenta cualquier protesta se sentaría un mal precedente, pues en adelante cualquier minoría en cuanto le desagradase un candidato, protestaría hasta tanto que hubiera logrado su intento. No era posible esperar a los cardenales franceses, pues hacía ya días que había transcurrido el plazo legal.

Mas éstos y otros argumentos semejantes no alcanzaron su objeto, y los dos mensajeros regresaron a la capilla Paulina sin haber zanjado el conflicto. Por fin, dos horas y media después de la hora acostumbrada se avinieron los del partido francés a pasar adonde se hallaban los otros cardenales, por lo menos para conferenciar con ellos.

De Cupis comenzó las negociaciones insistiendo de nuevo en que se debía aguardar a los cardenales franceses; sin que obstara el decreto de Gregorio X sobre la elección pontificia, que no permite esperar más allá de diez días, pues—decía—no había previsto el presente caso. Sobre esta propuesta siguió una larga discusión. Salviati, Carafa, Lenoncourt y Meudon le apoyaban, Carpi y Toledo le contradecían; del Monte juzgaba que si se podía lícitamente, se debía esperar. Filonardi estaba indeciso. Entonces habló Cervini e insistió con apremiantes palabras en el gran peligro que amenazaba si se daba lugar a las protestas. No se podía esperar legalmente a los cardenales franceses, a no ser que todos estuvieran conformes con esto.

Cervini era tenido por hombre que no hablaría en favor de

ninguno de los partidos, sino sólo según su conciencia, y su explicación hizo tanto efecto que todos los cardenales que hablaron después de él, estuvieron de acuerdo con él, excepto los partidarios de Francia. Este, por medio de un elogio de los méritos de Francia en pro de la Iglesia, procuró obtener una dilación de uno o dos días. Pero entonces se levantó Sfondrato, y por el tenor del decreto de Gregorio X demostró que no era posible diferir más la elección. No era cierto lo alegado por de Cupis de que dicho decreto no tuviera aplicación al caso presente, antes al contrario, era claro que se refería al estado en que entonces se hallaban las cosas.

Entonces pareció perdida la causa de los franceses. Puesta a votación la propuesta del cardenal decano, la mayoría se declaró en contra de una larga dilación, y así se procedió en seguida a votar. Pole obtuvo veintitrés votos. Levantóse entonces Carpi, hizo abrir su papeleta y manifestó que se agregaba a la elección de Pole. Luego se levantó Farnese e hizo igual declaración. Prodújose un silencio mortal. Sólo un voto faltaba a Pole, pues en llegando a veintiséis tenía seguro el vigésimoséptimo por los convenios de la noche precedente, y entonces podía darse el suyo propio, último necesario. Llenos de expectación miraban los electores de Pole a sus émulos, y por medio de señas procuraban atraerlos a la acepción. Pero ninguno se movió. Después de una pausa preguntó el decano si alguno quería agregar su voto. Siguió profundo silencio. Entonces de Cupis declaró terminada la votación, todos se levantaron y se salieron, yéndose los imperiales muy abatidos.

Nadie había esperado semejante resultado, y algunos pensaban que sólo por especial disposición de Dios se había podido hacer, que un cardenal hubiera estado tan cerca de la tiara como Pole y, con todo, no la hubiera alcanzado.

Los motivos por que Pole no pudo llegar al pontificado estaban en primer lugar en la aversión de los italianos a elegir Papa extranjero. Además se hacía valer que Pole no contaba más que cuarenta y cinco años, tenía poco conocimiento de los negocios, y había peligro de que comprometiera a Italia en una guerra con Inglaterra. Pero más que otra cosa le perjudicó la sospecha de que sus opiniones, particularmente en materia de justificación, propendían a las de los protestantes. Principalmente fué Carafa quien

insistió tenazmente en este punto, y antes de la votación del 5 de diciembre atacó públicamente a Pole (1).

Los cinco siguientes escrutinios, desde el 6 hasta el 11 de diciembre, apenas ofrecieron cosa de interés. El día 6 se acercó d'Urfé a la puerta del conclave y anunció de nuevo la pronta llegada de los franceses (2). Los imperiales hicieron repetidos conatos en favor de la elección de Pole, por el cual votaron, excepto, naturalmente, el mismo, todos los cardenales del partido imperial y de Silva. Contra él estaban Filonardi, Cibo, Gaddi y los cardenales amigos de Francia que se hallaban presentes en Roma (3). La mañana del 7 de diciembre volvió a parecer que los amigos de Pole iban a conseguir su objeto; pero tampoco el otro partido había estado ocioso. En aquella mañana obtuvo Pole, además de los veintidós votos que le permanecían seguros día tras día, sólo otros dos accesos. Entre los escrutinios del 6 y el 7 de diciembre, se había propuesto como contrincante a Toledo, a quien favorecían el emperador y el duque de Florencia, y fueron tantos los cardenales de uno y otro partido que le prometieron su voto, que su elección parecía casi cierta. Con todo, su candidatura no fué más que una maniobra electoral. Los franceses se declararon por él solamente para romper la unión de los imperiales y quitar al inglés por lo menos el voto de Toledo; y los demás cardenales le hicieron entrever la posibilidad de ceñirse la tiara solamente para apartarla de Pole. Por su parte los imperiales, para hacer confesar a los franceses su falta de sinceridad, simulaban admitir la candidatura de Toledo, de manera que su elección parecía asegurada. Pero entonces los franceses la abandonaron de repente (4).

Sus buenos sucesos en combatir a Pole animaron a los franceses a presentar entonces la candidatura de Salviati, y según opina el cardenal Maffei (5), si hubieran procedido con más rapidez, hubiesen salido con su intento. Pero el antiguo amigo de Salviati,

(1) Adición de Panvinio a Massarelli, en Merkle, II, 47. Maffei y Gualterio, 43, 47. Mendoza en Druffel, I, 306. V. también Muzio, *Lettere* 114, 117.

(2) «Qui eandem supradictam cantilenam recantavit et discessit.» Firmanus en Merkle, II, 49.

(3) Massarelli, 55.

(4) Así, según Maffei, en Merkle, II, 49. Según Massarelli (ibid.), se había abandonado de nuevo a Toledo, porque los italianos y franceses querían tan poco al español como al inglés. Véase Muzio, *Lettere* 119.

(5) En Merkle, II, 51.

Gonzaga, creyó deber pedir antes el dictamen del emperador, el cual, en una carta a Ferrante Gonzaga, lo rehusó de nuevo resueltamente.

El 12 de diciembre llegaron por fin a Roma, anunciados el 10 por d'Urfé, los cardenales franceses du Bellay, Guisa, Châtillon y Vendôme, y después de breve descanso en la embajada francesa se dirigieron al conclave. Este refuerzo del partido contrario fué un grave revés para los imperiales. Todavía para la votación del 12 de diciembre habían propuesto a Toledo en lugar de Pole (esta vez, al parecer, seriamente); pero a la noticia de haber llegado los franceses volvieron a Pole. Toledo no alcanzó más que doce votos y dos accesiones. Por la tarde del 12 de diciembre llegó también el cardenal Tournon; pero esto no mejoró la situación de los franceses, pues perdieron a su partidario Filonardi, que tuvo que abandonar el conclave por enfermedad el 14 y murió el 19 de diciembre (1).

Con la llegada de los franceses comenzó para el conclave un nuevo período. El número de los electores había ascendido a cuarenta y seis, de modo que la mayoría requerida era de treinta y un votos. El 22 de diciembre hubo de marcharse Cervini por enfermo, pero el 28 llegaron de la Chambre y d'Amboise, elevando a cuarenta y siete el número de los electores. Juan de Lorena llegó el día 31; pero al siguiente hubo de salirse el cardenal de la Chambre para buscar fuera del Vaticano alivio a su mal de piedra. Tampoco varió la situación de los partidos la llegada del cardenal Borbón (14 de enero), pues el partido francés perdió luego a Ridolfi, que salió del conclave el 20 de diciembre gravemente enfermo y falleció el 31. El cardenal Cibo, asimismo enfermo, permaneció fuera del conclave sólo desde el 23 de enero hasta el 1 de febrero (2).

Desde el 12 de diciembre tomó la dirección del partido francés el cardenal de Guisa (aunque sólo tenía veintitrés años), varón hábil y poseído de importancia, como privado de su monarca. El primer candidato a quien apoyó, fué al anciano cardenal de Lorena, y sólo cuando se vió que no podía ser, se pusieron los ojos sucesi-

(1) Vide Muzio, *Lettere* 123.

(2) Cibo esperaba ser Papa con la ayuda del duque de Florencia (vide Staffetti, card. Cibo, Florencia, 1894, 249). Una acerba pasquinada (publicada por Cian en el *Giorn. stor. della lett. Ital.*, XVII, 341) fustigó su ambición.

- Vasari, J. (historiador), 311, 313, 317, 326, 327.
Velasco (virrey), 282.
Vendôme (cardenal), 31, 43.
Verallo, Jerónimo (cardenal), 31, 35, 44, 140, 149, 165, 210.
Vergerio, Pedro Pablo (nuncio, apóstata), 112, 212.
Vermigli, Pedro Mártir, 228, 231, 232, 236.
Vico, marqués de, 214.
Vignola (arquitecto), 316, 317, 323, 325, 326.
Vimercato, Francisco, 244, 255.
Viola, 199.
Vitelli, Alejandro, 137.
Viterbo, Bernardo de, 215.
Volterra, Daniel de (pintor), 327, 357.
Voysey, 235.
Warwick, Juan (duque de Northumberland), 227, 229, 232, 233, 234.
Widmannstadt, 194.
Wyatt, Tomás, 249, 250, 251, 252, 261.
Zorzi, Jerónimo, 355.
Zúccaro, Tadeo, 317, 318, 320, 327.
Zumárraga, Juan (obispo), 278, 279, 280, 281, 283.
Zwicheu (Viglio), Witt van (obispo), 203.
-

ÍNDICE ANALÍTICO

LIBRO PRIMERO

Julio III (1550-1555)

INTRODUCCIÓN

Mirada retrospectiva al pontificado de Paulo III. Transición del período del Renacimiento a la Reforma católica (27-28).

El conclave de 29 de noviembre de 1549 a 8 de febrero de 1550. Causas de su larga duración (28-29).

El emperador Carlos V y la elección pontificia (29-30).

Los partidos en el Colegio Cardenalicio. Actitud de Cervini y Carafa (30-31).

Comienzo del conclave; disposiciones para su guarda (32-33). Deseos de Carlos V. Proceder de los cardenales imperiales. Capitulación electoral (34-35).

El primer escrutinio. Pole el candidato más probable (36-38). Intrigas francesas contra la candidatura de Pole; ésta fracasa a última hora (38-41).

Llegada de los cardenales franceses (42-43). Exclusiones por parte de Enrique II y Carlos V (43-44). Probabilidades de del Monte (44-45).

Influjo del partido reformista católico (46).

Escrutinios sin resultado. Escandalosa tardanza de la elección (46-50). Causas de la tardanza de la elección (50-51). Continuación de la desunión (51-53). Tentativa de remedio. Reforma del conclave (53-57).

Fracaso de la candidatura de Salviati (57-58).

La candidatura del cardenal Monte y su triunfo final (59-63). Impresión de la elección (63-64).

CAP. I. PRECEDENTES, CARÁCTER Y COMIENZOS DEL REINADO DE JULIO III

La familia de los Ciocchis del Monte (65). Precedentes de Juan María del Monte (66-67).

El exterior y el carácter de Julio III (67-70). Su liberalidad y popularidad (70-71).

Política pacífica y conciliadora del nuevo Papa. Delegación de enviados al emperador y al rey de Francia (71-73).

Coronación del Papa y apertura de la Puerta Santa (73-74).

Disposiciones reformatórias (74-75). Embajadas de obediencia (75-76). Estado de salud de Julio III (76-77). Abastecimiento de Roma respecto a cereales (77-78). Tendencias mundanas de Julio III: fiestas y banquetes (78-79); gastos en caza, bufones y representaciones teatrales (80-81).

Los parientes de Julio III: nepotismo moderado (81-82); el hermano del Papa, Balduino del Monte, y sus hijos (82-84); los hijos de las hermanas del Papa (84).

Inconcebible debilidad de Julio III respecto de Inocencio del Monte; su elevación al cardenalato es un grande escándalo (84-87).

Los miembros de la secretaría de Estado (87-89). Diligente participación del Papa en los negocios eclesiásticos y políticos (89-90).

CAP. II. LA NUEVA REUNIÓN DEL CONCILIO EN TRENTO, LA OPOSICIÓN DE FRANCIA Y EL LITIGIO TOCANTE AL DUCADO DE PARMA

I. Condescendencia de Julio III en la cuestión del concilio. Negociaciones con el emperador Carlos V (91-92). Una comisión de cardenales aprueba la resolución de abrir de nuevo el Sínodo en Trento (92-93).

Oposición de Francia (94-95). Las instrucciones de los nuncios para las negociaciones sobre el concilio con Carlos V y Enrique II (95-97). La dieta de Augsburgo y las negociaciones con el emperador (97-98).

Actitud negativa de Francia (98-99).

Bula sobre la convocación del concilio (14 de noviembre de 1550) (100-102). Actitud del emperador Carlos V (102-103).

El cardenal Crescenzi nombrado legado y primer presidente del concilio (103-104).

II. El litigio acerca de Parma. Alianza de los Farneses con Enrique II (104-106).

Francia amenaza con un concilio nacional (107). Rebelión de Octavio Farnese (107-109).

III. Nueva apertura del concilio en Trento (1.º de mayo de 1551) (109-111).

Actitud amenazadora de Francia (111-112).

Llegada de los alemanes a Trento (113-114).

Segunda sesión del concilio (1.º de septiembre de 1551) (115-117). Continuación de las deliberaciones de los Padres del concilio (117-118).

Tercera sesión del concilio (11 de octubre de 1551). Decreto sobre la Sagrada Eucaristía (118-120).

Cuarta sesión del concilio (25 de noviembre de 1551). Decreto sobre la Penitencia, Excomunión y reforma (120-122).

Grandes exigencias de los enviados protestantes en el concilio. La cuestión del salvoconducto. Proceder de los españoles (123-130).

Actitud de Julio III respecto de las pretensiones de los protestantes y españoles (130-131).

Inquietantes noticias de Alemania. Rebelión del príncipe elector Mauricio contra el emperador. Suspensión del concilio en abril de 1552 (131-134).

CAP. III. LAS GUERRAS DE LA ITALIA SUPERIOR Y CENTRAL. — ESFUERZOS DE JULIO III EN FAVOR DE LA PAZ. — FIN DEL REINADO DEL PAPA Y SU MUERTE.

Las intenciones del emperador y la guerra de Parma (135-136).

Rompimiento de la guerra; sus peligros para la cristiandad y especialmente para el Papa (136-140).

- Angustiosa situación económica del Papa (140-141).
- El cardenal Tournón negocia la paz (142-144).
- Entorpecimiento de la energía del Papa. Rechazamiento de la acusación de que Julio III huía los negocios (144-146).
- Íntiles esfuerzos del Papa por la paz (146-147).
- La guerra de Sena y su repercusión en Roma. «Neutralidad» del Papa (147-151).
- Nuevos esfuerzos de Julio III por la paz (151-153). Sus desvelos por la terminación de la guerra de Sena (154-155).
- Muerte del Papa (156). Juicio general sobre su pontificado (156-158).

CAP. IV. ACCIÓN REFORMADORA DE JULIO III. — NOMBRAMIENTOS DE CARDENALES. — PROMOCIÓN DE LA ORDEN DE LOS JESUÍTAS. — SU DIFUSIÓN Y TRABAJOS DE REFORMA EN ESPAÑA, PORTUGAL, ITALIA Y ALEMANIA.

- I. Deliberaciones sobre el asunto de la reforma en los años 1550 y 1551 (159-163).
- Particulares disposiciones reformatorias (163). El concilio y la reforma (163).
- El extenso programa de reforma de septiembre de 1552 (164-165).
- Las deliberaciones de reforma en los años 1552 y 1553 (165-166).
- El año 1554 y su importancia para la reforma (167-169).
- Mirada retrospectiva a la acción reformadora del Papa (169).
- II. Negociaciones sobre el nombramiento de nuevos cardenales (169-171).
- La primera gran creación de cardenales, de 20 de noviembre de 1551 (171-173).
- Creación de cardenales de 22 de diciembre de 1553. Roberto de Nóbili (174-175).
- El duque de Gandía, Francisco de Borja, rehusa el cardenalato y se hace jesuita (175-177).
- III. Promoción de la Orden de los jesuitas por Julio III (177-179).
- Las Constituciones de la Compañía de Jesús (179-180). La difusión de la Orden de los jesuitas hasta la muerte de S. Ignacio (181-182).
- Los primeros jesuitas en España. Fructuosísima actividad y violentas persecuciones (182-186).
- Rápida difusión de los jesuitas en Portugal. La crisis provocada por Rodríguez (186-188).
- Labor reformatoria de los jesuitas en Italia (188-191). Casas que allí se establecieron (191-192). Múltiple actividad (193).
- El estado de Alemania y los primeros jesuitas (193-194). Colegios de Viena, Colonia, Ingolstadt y Praga (194-196). Catecismo de S. Pedro Canisio (197-198).
- Los primeros jesuitas en Francia y oposición que les hicieron el Parlamento y la Facultad teológica de París (198-202).
- Establecimiento de los jesuitas en los Países Bajos (202-203).

CAP. V. ACTIVIDAD DE LA INQUISICIÓN ROMANA EN ITALIA. — PROGRESOS DE LA HEREJÍA EN ALEMANIA, POLONIA Y FRANCIA. — LA RESTAURACIÓN CATÓLICA EN INGLATERRA. — PROPAGACIÓN DEL CRISTIANISMO EN LOS PAÍSES DE FUERA DE EUROPA. — S. FRANCISCO JAVIER.

- I. La Inquisición combate el movimiento protestante en Italia. Diferencias con Venecia (204-205).

Diversas disposiciones de la Inquisición romana (206-207). Quema de libros heréticos y talmúdicos (207-208).

Circumspecta conducta de Julio III en los asuntos de la Inquisición (209-210). Aisladas ejecuciones de herejes en Roma (211). Actividad de la Inquisición romana en Italia (212-214).

Los jesuitas y la Inquisición (214). Los jesuitas y los novadores religiosos en Italia (214-215). Inocentes acusados de herejía (215-216).

Peligroso desenvolvimiento de la situación de Alemania. Envío de Morone (febrero de 1555) (216-217).

Falta de sacerdotes en Alemania (218). Su remedio por la fundación del Colegio Germánico en Roma. Merecimientos de S. Ignacio de Loyola, Morone y Julio III (218-222).

Enrique II de Francia perseguidor de los protestantes (222). Desavenencias del rey con Roma (222-223).

Peligros para la Iglesia en el reino de Polonia. Labor de Estanislao Hosio. Conducta del rey Juan Segismundo (223-226).

II. Desenvolvimiento de la situación religiosa de Inglaterra en tiempo de Eduardo VI. El nuevo Libro de la Oración Común de 1552. Mudanza al más extremado protestantismo. Destrucción de imágenes. Los 39 artículos (227-232). Muerte de Eduardo VI (232).

María la Católica, reina de Inglaterra. Sus antecedentes (233-234). Sus primeros actos de gobierno. Principio de la restauración católica (234-236).

El cardenal Pole sobre la nueva situación de Inglaterra (236-237). Su nombramiento para legado cerca de María (238-239).

Envío de Commendone a Londres (239-240).

El cardenal Pole nombrado legado para negociar la paz (septiembre de 1553) (240).

Pasos de la reina María para preparar la reconciliación de Inglaterra con la Iglesia (241-243).

El cardenal Pole retenido en Dilinga. Carlos V y María contrarios a la presencia del cardenal en Inglaterra (243-245).

Casamiento español de María (246-249).

Levantamiento de Wyatt. Ejecución de Juana Grey (249-252).

Julio III en favor del casamiento español de María (253-255).

Restauración de la Iglesia católica en Inglaterra. Pole y sus poderes (255-266).

Viaje de Pole a Londres. Retorno de Inglaterra a la Iglesia. Gozo de Julio III (267-272).

III. Propagación del cristianismo en la América del Sur. La misión de los jesuitas en el Brasil (272-277).

Reducción de los indios al cristianismo en Méjico. Trabajos de los franciscanos, dominicos y agustinos. Su lucha por la libertad de los indígenas (278-284).

Los dominicos en Guatemala y Nicaragua (284-285).

Méritos de los misioneros en favor de la ciencia (285-286). Misiones en la India Oriental. Los jesuitas Francisco Javier y Enrique Enríquez (286-292).

Misiones en Abisinia. Unión de los nestorianos de Mesopotamia con Roma (292).

Planes de Julio III para la conversión del Oriente por medio de los jesuitas (293).

San Francisco Javier y la apertura de la misión del Japón (293-296).

Plan de S. Francisco Javier de penetrar en la China (297-298).

Muerte de S. Francisco Javier (27 de noviembre de 1552) y rasgos distintivos del santo (298-301). Juicios sobre S. Francisco Javier (301-302). Continúa viva su memoria en el mundo católico (302-303).

CAP. VI. RELACIONES DE JULIO III CON LA CIENCIA Y EL ARTE. — MIGUEL ÁNGEL Y LA NUEVA CONSTRUCCIÓN DE S. PEDRO. — LA VILLA JULIA. — CUADRO DE LA CIUDAD DE ROMA A FINES DE LA ÉPOCA DEL RENACIMIENTO.

I. Las grandísimas esperanzas de los humanistas frustradas por la falta de medios para prestárseles efectiva protección. Buena voluntad del Papa. Su solicitud por la Biblioteca Vaticana y la Universidad de Roma (304-306).

Relaciones de Julio III con los doctos y literatos (Giovio, Aretino, A. F. Rainerio) (306-308).

Escritos dedicados al Papa. Palestrina (308-310).

II. Miguel Ángel y la nueva construcción de S. Pedro. El Papa protege al maestro contra sus enemigos. Sentimientos religiosos de Miguel Ángel (310-314). Diseño de Miguel Ángel para el palacio de la Rota (314).

La Villa o Viña del Papa Julio; su situación y alrededores (314-316). Sus modelos (316). Vasari y el diseño de la Villa Julia. La parte de Vignola y Ammanati (316-318). Los jardines y parques de la Villa. La iglesia de S. Andrés (318-319). La fuente de Julio III (320).

Descripción de la Villa del Papa Julio (320-325).

Hallazgos de antigüedades (325).

Vignola y el palacio de Balduino del Monte (326).

Los monumentos sepulcrales para Fabio y Antonio del Monte en San Pedro Montorio (327).

Pintores italianos y flamencos al servicio de Julio III. Florecimiento de las artes menores (327-328).

Mirada retrospectiva a la labor artística en tiempo de Julio III (328-329).

III. *Cuadro de la ciudad de Roma a fines de la época del Renacimiento.* Número de habitantes y fisonomía general (329-330).

Las fuentes históricas sobre el estado de Roma en aquella época (L. Bufalini, U. Aldrovandi, M. van Heemskerck, J. Fichard) (330-332).

El panorama de la ciudad; su carácter medieval (332-335).

Pequeñez de la ciudad propiamente dicha. Contraste entre el territorio habitado y el inhabitado (335).

La Ciudad Leonina o el Borgo y los palacios que allí se levantaban (335-337). El Vaticano y el patio de estatuas del Belvedere (337-339). La antigua y la nueva iglesia de S. Pedro (339-341). La plaza de S. Pedro (341-342).

Vista general de las trece regiones de Roma (343). *La Región del Puente.* Las calles que arrancaban del puente de Santángelo. El Canal del Puente y las inundaciones del Tíber (342-345). El Albergo dell' Orso. Los palacios de la Región del Puente (346-347). Las casas del siglo xv y sus inscripciones (347). Las pinturas de las fachadas y otros adornos de la parte exterior de los palacios. La casa del orífice Crivelli (347-349).

La Región de Parione. La Plaza Navona y la estatua de Pasquino (349-350). Los palacios de la región de Parione (Nardini, Governo Vecchio, Cancellaria, Mássimi) (350-352). Las colecciones de antigüedades de las casas Galli y Sassi (352-353). El Campo di Fiore, el foro de Roma propiamente dicho. Las posadas allí existentes (353-355).

La Región de la Régola y sus contrastes. El Palacio Farnese. El Palacio Capodiferro (355-357).

Trastévere y su carácter medieval (357-359).

La Región de San Angel. La morada de Lorenzo de' Manili. El teatro de Marcelo (359-361).

La Región de la Ribera (361-362).

La Región del Capitolio. Santa María de Araceli. El Capitolio (362-363).

La Región de la Piña. El Panteón. La Casa Maffei. El Palacio de San Marcos (363-364).

La Región de Trevi. El Quirinal y sus quintas. Las colecciones de antigüedades de los cardenales Carpi y de Este (365-366).

La Región de la Columna. Comienzo de la mudanza del punto céntrico de la ciudad (366-367).

La Región de S. Eustaquio. El Palacio Madama y sus antigüedades. Los palacios de la familia Della Valle y sus tesoros de antigüedades. La casa gótica del maestro de ceremonias de Alejandro VI, J. Burchard (367-370).

La Región del Campo Marzio. El mausoleo del emperador Augusto. Las calles que arrancan de la Plaza del Pueblo. El Corso. La casa del poeta Saturnio Gerona (370-371).

El terreno sin edificios dentro de los muros aurelianos. La falta de agua potable que allí reinaba. Los antiguos edificios y su paulatina destrucción. El Foro y el Palatino. Los foros de algunos emperadores. La casa de Miguel Angel (371-377).

La Región de los Montes. La basílica y el palacio de Letrán. Santa María la Mayor (378-379). Las piedras sepulcrales e inscripciones de las iglesias romanas (379-380). La peregrinación a las siete iglesias principales (380-381). Las grandes festividades eclesiásticas y las solemnidades de la Semana Santa. Los llamados días de estación. Influjo de la reforma católica en el culto divino (381-386).

Las cosas más notables de la Roma de entonces. Las basílicas y las creaciones del arte del Renacimiento (386-387). Aldrovandi sobre las obras de escultura. División del tiempo de una guía de forasteros para visitar lo más digno de verse (388-389).

Los establecimientos de beneficencia, singularmente los hospicios nacionales (390-391). Gran florecimiento de la vida católica en el terreno de la caridad, a consecuencia del movimiento de la reforma católica, que iba creciendo lentamente (391-393).

APÉNDICE

Documentos inéditos y noticias de los archivos

	<i>Página</i>
Observación preliminar	397
1. Endimión Calandra a su hermano Sabino, Roma 8 de febrero de 1550	397
2. Pirro Olivo a Sabino Calandra, Roma, 12 de febrero de 1550	398
3. Pirro Olivo a Sabino Calandra, Roma, 15 de febrero de 1550	398
4. Benito Buonanni a Cosme I, duque de Toscana, Roma, 23 de febrero de 1550	398
5. El Papa Julio III al cardenal Marcelo Cervini, Roma, 24 de febrero de 1550	399
6. Everardo Serristori a Cosme I, duque de Toscana, Roma, 26 de febrero de 1550	400
7. Consistorio de 10 de marzo de 1550	400
8. Everardo Serristori a Cosme I, duque de Toscana, Roma, 10 de marzo de 1550	400

	<u>Página</u>
9. Benito Buonanni a Cosme I, duque de Toscana, Roma, 2 de agosto de 1550	401
10. Sentencia del inquisidor, el cardenal Marcelo Cervini, Roma, 29 de enero de 1551	401
11. Everardó Serristori a Cosme I, duque de Toscana, Roma, 31 de enero de 1551	403
12. Hipólito Capilupi a la duquesa de Mantua, Roma, 3 de febrero de 1551	403
13. Hipólito Capilupi a la duquesa de Mantua, Roma, 14 de febrero de 1551	404
14. El Papa Julio III a Pablo Giovio, Roma, 15 de agosto de 1551	404
15. El Papa Julio III a Francisco de Augustinis, Roma, 6 de mayo de 1552	405
16. El Papa Julio III al cardenal Juan Álvarez de Toledo, Roma, 29 de julio de 1552	405
17-18. El Papa Julio III a Aníbal Spatafora, Roma, 24 de febrero de 1553	409
19. Camilo Capilupi al cardenal Hércules Gonzaga, Roma, 14 de marzo de 1553	410
20. C. Titio a Cosme I, duque de Toscana, Roma, 14 de marzo de 1553	410
21. El Papa Julio III al rey Fernando, Roma, 20 de noviembre de 1553	411
21 a. Everardo Serristori a Cosme I, duque de Toscana, Roma, 14 de enero de 1554	411
21 b. El cardenal Morone al cardenal Pole, Roma, 21 de diciembre de 1553	411
22. El Papa Julio III a Pedro Antonio de Capua, arzobispo de Otranto, Roma, 31 de mayo de 1554	412
23. Salvoconducto de Julio III, Roma, 20 de octubre de 1554	413
24. Everardo Serristori a Cosme I, duque de Toscana, Roma, 1.º de diciembre de 1554	413
25. <i>Luteranos en Roma en 1552-1554</i>	414
26. Camilo Capilupi al cardenal Hércules Gonzaga, Roma, 16 de febrero de 1555	414
27. <i>Promoción de la nueva construcción de S. Pedro por Julio III.</i>	415
28. Disposiciones reformatorias del Papa Julio III, 1550-1555	419

ERRATAS. — En la página 87, nota 2, tercera línea, después de «Masarelli, 218», añádase: «También del emperador alcanzó Julio III una pensión para el cardenal Monte (v. Druffel, I, 416)». — En la página 235, línea 16, dice «Boysey»; ha de ser «Voysey».

vamente en Este, Ridolfi, Salviati, y por fin en Cervini o del Monte (1). Ya el 3 de diciembre había hecho escribir Enrique II a su embajador que no quería a Pole (2); y como el emperador había excluido señaladamente al de Lorena como francés, a Ridolfi, Salviati, Cervini, Capodiferro y Veralló, y de nuevo los excluyó a 19 de diciembre (3), se comprenden los lamentos de Maffei, de que casi todos los cardenales principales habían sido borrados ya por Carlos V, ya por Enrique II, por lo cual personas de poco valer cobraban esperanzas de alcanzar la tiara (4).

Además de los cinco especialmente nombrados, excluyó Carlos V el 30 de diciembre a Carafa (5). También el embajador imperial había de trabajar contra la elección de de Cupis o del Monte, pero sin hablar de esta orden fuera del caso de necesidad para no enemistarse inútilmente con ellos (6). También guardó Mendoza en secreto por algún tiempo las otras instrucciones imperiales para poder impedir el triunfo de alguna candidatura hostil, con una simulada intervención en favor de uno de los realmente excluidos. Así favoreció aparentemente la elevación de Salviati (7), con lo cual logró que los demás diplomáticos le acusaran muchas veces al emperador y que este mismo le diera una grave reprensión (8).

Cuál habría de ser la marcha del negocio en tal situación de las cosas lo habían predicho ya muy de antemano los conocedores de las circunstancias. Buonanni, conclavista del cardenal Toledo, escribía ya a 27 de noviembre de 1549, aun antes de comenzar las gestiones para la elección: si el conclave no dura más que cuatro o seis días, es sentir común que tendrán buen éxito Pole o Toledo; pero si las negociaciones se prolongan y

(1) Enrique II a Guisa en 25 de enero de 1550; d'Urfé a Enrique II en 20 de enero de 1550 (Ribier, II, 259, 262; De Leva V, 78). Una carta del rey francés, la que designaba como candidatos ante todos a de Cupis, Salviati, Ridolfi y Lorena, fué ya conocida en el conclave el 6 de enero (Massarelli, 85).

(2) Ribier, II, 258.

(3) Druffel I, 336. La carta llegó a Roma el 29 de diciembre. Era la respuesta a una notificación del conclave, de 8 de diciembre, la que había llegado a Bruselas el 18. Dandolo en Brown, V, n. 613. Gualterio en Merkle, II, 78, 89.

(4) Maffei en Merkle, II, 63.

(5) Druffel, I, 338.

(6) Maurenbrecher, 222, nota 9.

(7) De Leva, V, 79.

(8) De Leva V, 86. Maurenbrecher, 223, nota 10. Gualterio en Merkle, II, 78, 85. Petrucelli, II, 43, 45.

llegan los cardenales franceses, opina que, dadas las dificultades opuestas a la candidatura de Salviati, se abriría una buena perspectiva para del Monte; si los imperiales apoyaban su candidatura, podría llegar fácilmente al trono pontificio y su elección contentaría a todos (1). Serristori por su parte, que sacaba muchas de sus noticias de Buonanni (2), escribía al duque de Florencia después de la llegada de los cardenales franceses: los imperiales y los franceses tienen ahora tomados los caminos, y no quedan sino dos soluciones: o que un partido agote la paciencia del otro a fuerza de continuas votaciones, o que se convenga en un Papa que sea lo menos desagradable que se pueda a entrambos. Él cree que del Monte podría ser uno de aquellos, por los cuales optarían los franceses y que sería menos desagradable al emperador, pues aunque había consentido en la traslación del concilio, sólo lo había hecho por obediencia al Papa, y en lo demás ni había sido nunca afrancesado ni quería serlo, sino más bien imperial (3). A la verdad por entonces nadie pensaba seriamente en el conclave en la candidatura de del Monte, por más que ya el 14 de enero Guisa le había propuesto entre otros como candidato; y el cardenal Sforza predijo ya entonces con gran determinación, que los electores convendrían finalmente en del Monte (4). También Guisa escribía hacia el fin del año que del Monte o Cervini podían ser Papas el día siguiente si quisieran los franceses; pero que por dar gusto al rey se intentaría antes sacar todos los demás candidatos y se perseveraría mientras ofrecieran éstos alguna esperanza (5). Por el otro lado los imperiales estaban decididos a perseverar en la elección de Pole. Luego, tan pronto como llegaron los cardenales franceses, se

(1) * Sē i[n] 4 o 6 giorni del conclavi si facesse Papa, credano che o Inghilterra o Burgos fussero per riuscire... In caso che la detta promozione vadā a lungo, penso che con li ostaculi che harā Salviati, si farā gran giuoco a Monte, il quale se fusse abbracciato secretamente dagl'Imperiali con quelle sorte d'obligationi..., anderebbe a quella sede con pochissimi ostaculi et satisfarebbe universalmente la sua elettione. Carta de Buonanni a Cristiano Pagni, fechada en Roma el 27 de noviembre de 1549 (*Archivo público de Florencia*). Vide Petrucelli, II, 34 ss.

(2) Petrucelli, II, 26.

(3) Legaz. di Serristori, 222.

(4) Maffei en Merkle, II, 59.

(5) Guisa a Enrique II en 28 de diciembre de 1549 (o según de Leva, V, 81, el 2 de enero de 1550), en Ribier, II, 260.

reunieron en la habitación del cardenal Madruzzo y se obligaron formalmente a elegir a Pole (1). Esta resolución nació por ventura de cierto modo de terquedad, la cual se aterra a una cosa desesperada, pero también se puede ver en esto el influjo del partido reformista, que empleaba todos sus esfuerzos para sacar finalmente un Papa de sus ideas. Por eso decía el cardenal Truchsess el 20 de enero, trabándose vivamente de palabras con de Cupis: nosotros queremos un Papa bueno y santo, al paso que vosotros deseáis uno que sirva al cuerpo y no al alma. No queremos ver elegido otro Papa como han sido los cuatro o cinco últimos, que desatendieron a la Iglesia de Dios para enriquecer a sus nepotes (2).

En tales circunstancias no podía pensarse en una pronta terminación del conclave. A las ocho votaciones celebradas hasta entonces sin resultado siguieron otras cincuenta y dos no menos infructuosas, en las que no se tenía de antemano otro designio sino prolongar el tiempo, ya sea que esperasen nuevas instrucciones de los príncipes temporales, ya sea por procurar la ocasión de trabajar bajo mano por un candidato determinado (3). Ante todo se difería la resolución para que los émulos, de puro fastidio por las interminables intrigas, acabaran por dar su voto hasta a un candidato menos agradable. De este modo obtuvo Pole en los cincuenta y dos escrutinios hasta 9 de enero constantemente veintitrés votos, y desde aquella fecha, por la defección de de Silva y Cibo, veintiuno. Como émulo le habían puesto los franceses a Carafa, no porque realmente desearan que saliese Papa (4), sino para derrocar al reformista y severo Pole oponiéndole otro candidato de las mismas cualidades (5). El cardenal napolitano alcanzó de este modo desde el 15 de diciembre hasta el fin, hasta veintiuno o veintidós votos.

Entre tanto el tesoro pontificio se consumía en los sueldos de las tropas reunidas para proteger al conclave (6), el pueblo escandalizado alborotaba constantemente frente a él y clamaba le dieran un nuevo Papa, mientras el clero y los religiosos hacían dia-

(1) Gualterio en Merkle, II, 57.

(2) Massarelli, 69.

(3) Ribier, II, 268.

(4) De Leva, V, 81 nota.

(5) Dandolo en 18 de diciembre de 1549: Francesi... con dire: opponamus sanctum sancto ne diero 22 a Chieti. De Leva, V, 81.

(6) Massarelli, 131.

rias procesiones de rogativas (1). En Alemania los luteranos se burlaban de la desunión de los romanos (2), y en Roma se expresaba el universal disgusto en numerosas sátiras sobre los cardenales y su servilismo respecto de los príncipes (3).

Sin abandonarse en el conclave las candidaturas de Pole y Carafa, se intentaron las de algunos otros cardenales; pero por lo general no se trabajaba en favor de ellos sino bajo mano, y no se sacaban a luz sino cuando se les había asegurado un buen número de votos. Por esta causa no se habla de varias de dichas candidaturas en las relaciones sobre los escrutinios.

También se presentaron aquí y allí varios proyectos del modo cómo se podría hacer la votación del nuevo Papa por camino diferente del ordinario. Un primer proyecto se había propuesto ya el 14 de diciembre, antes de que los franceses hubieran presentado ningún candidato propiamente suyo. Aquel día se reunieron ambos partidos, el uno en la capilla Sixtina y el otro en la Paulina y trataron entre sí por medio de negociadores. Los franceses dieron a escoger entre nueve candidatos: tres franceses (Lorena, Tournon y du Bellay); tres italianos afrancesados (Salviati, Ridolfi y de Cupis) y tres neutrales (Carafa, del Monte y Cervini). Los imperiales contestaron que solamente querían a Pole (4), y por efecto de esta respuesta continuó el fastidioso juego de los escrutinios inútiles.

A la verdad los mismos imperiales comenzaron a considerar indiscreta su tenaz insistencia en la candidatura de Pole, por lo

(1) Ibid., 59.

(2) «Pour un Lutherien qu'il y avoit auparavant la vacation du Papat, il y en a maintenant quantité», cuentan que dijo Carlos V. (carta de Enrique II a Guisa, de 6 de febrero de 1550, publicada por Ribier II, 263). Las votaciones después de quince o veinte días, eran criticadas en Alemania. Carta de Ayala a Mendoza, fechada el 17 de diciembre de 1549, y publicada por Druffel, I, 328.

(3) V. Massarelli, 85. Sobre la abundante literatura de pasquines acerca del conclave de Julio III, además de la excelente Memoria de Cian, publicada en el Giorn. stor. della lett. Ital., XVII, 337-353, véase también ibíd. XLIII, 232 ss. Hállanse asimismo sátiras inéditas sobre el conclave en el Cod. Palat., 1913, de la *Biblioteca Vaticana*. La observación que hace Julio Gentile en una *carta al canciller mayor de Milán, fechada en Roma el 5 de enero de 1550 (*Archivo público de Milán*), de que envía él los pasquini, aunque sean assai ignobili, scortesi et sporchì, vese confirmada, fuera de otras producciones de este género, por la *Pasquinatella en dialecto veneciano, que envió a Mantua José Inglesco con una carta de 28 de enero de 1550 (*Archivo Gonzaga*).

(4) Massarelli, 58 s.

cual se reunieron el 16 de diciembre, y aquel mismo día muy tarde enviaron a Truchsess, Pacheco y Farnese como negociadores a los franceses, para proponerles en lugar de Pole la candidatura de Carpi o de Toledo; pero, como era de prever, su ofrecimiento fué rechazado (1). Ya antes habían pensado los imperiales en trabajar en favor de Sfondrato, y para mantener secreto su verdadero designio, favorecer en las votaciones a Morone. «Durante muchos días — dice Maffei (2) — no se hizo otra cosa sino proponerse mutuamente nuevos proyectos, más para pasar el tiempo que para llegar a una efectiva elección.»

Entonces fué cuando los cardenales imperiales, solamente para honrarle, dieron al cardenal infante de Portugal quince votos; en lo cual los sobrepujaron al siguiente día los franceses, dando por esta misma razón honorífica a Guisa dieciocho votos y dos accepciones. «¡Mira, pues, oh lector—advierte a propósito de esto Massarelli el 17 de diciembre (3), — a qué tiempos hemos llegado! Después de haber empleado veinte días inútilmente en la elección de un Papa, y cuando todo el pueblo cristiano clama diariamente con una misma voz, que le den finalmente un Pontífice; he ahí el celo que despliegan los cardenales por el bien común; pues en la votación de hoy han dado veinte votos a un joven de veintitrés años, no con el designio de hacerle Papa (como ellos mismos lo confiesan), sino por consideración a su nobleza y a la privanza que goza con su rey. Es del todo cierto que en nuestros tiempos son elevados a la dignidad cardenalicia personas, que tienen más cuenta de complacer a los hombres que a Dios. Pues Dios sabe que es así: algunos cardenales a quienes se les han propuesto candidatos por todos respectos dignos de ser elegidos para el papado, han dado por respuesta: que no agrada al emperador que sea elegido; o los franceses: que no place a nuestro rey que éste sea Papa.»

A los deseos del pueblo de una presta elección, se agregaron el 19 de diciembre los de los prelados y barones, a quienes se había confiado la guardia del conclave. Por todas partes, decían, se producen escándalos a los cuales no puede poner remedio más que un Papa, los soldados comienzan a cobrar de día en día mayor arrogancia, las calles no ofrecen ya seguridad y no es posible conti-

(1) *Ibíd.*, 62.

(2) Merkle, II, 59.

(3) *Ibíd.*, 64 s.

nuar soportando los gastos de la sede vacante (1). También se hizo sentir el disgusto en el seno del Sacro Colegio. Llegóse a expresar el proyecto enérgico, de que se encerrase juntos y dejase sin alimento a los adalides de ambos partidos, Guisa y Farnese, hasta tanto que se pusieran de acuerdo sobre un candidato (2). El 17 de diciembre el joven cardenal de Guisa tuvo por conveniente decir a Pole en presencia de todos los cardenales y conclavistas, que esperaban ansiosamente el resultado de aquel asunto: que no poseía las cualidades necesarias para cabeza suprema de la Iglesia; que su repentina ausencia de Trento había excitado sospechas de que no estaba conforme con la doctrina de la justificación; debía, pues, renunciar a ser elegido. El así acometido respondió con calma, que su ausencia de Trento no había tenido otra causa sino el estado de su salud; que no daría paso ninguno para llegar a ser Papa, pero tampoco estorbaría a los cardenales que dieran su voto a quien quisiesen (3).

Con todo, la candidatura de Pole fué pareciendo cada vez más irrealizable, y los mismos imperiales no pudieron por mucho tiempo cerrarse a esta evidencia; por lo cual después del susto que tuvieron el 26 de diciembre por la noticia de que iban a llegar pronto todavía otros tres cardenales franceses, pusieron todas sus fuerzas para sacar si fuera posible al día siguiente la candidatura de Toledo. En realidad lograron con todo secreto ganar, además de los veintitrés votos que ya tenían, otros ocho, de modo que la elección de Toledo parecía asegurada. Pero a pesar del secreto esparcióse el rumor del plan, y los franceses, que presentaban por su parte a de Cupis, se dieron maña, trabajando hasta muy entrada la noche, para volver a restar a los imperiales aque-

(1) Massarelli, 67.

(2) Gualterio, en Merkle, II, 67. Pueden verse otros proyectos ahí mismo y en Pablo de Brevibus, *ibid.*, 66. Como el 7 de enero después de comer, estuviesen juntos casi todos los cardenales en un corredor del conclave, y algunos de ellos dijese por chanza, «sería bueno que ahora cerrasen las puertas y por este medio obligasen a los cardenales a la elección», los conclavistas las cerraron efectivamente por espacio de tres horas. *Ibid.*, 86.

(3) Gualterio, en Merkle, II, 64. Una escena semejante se repitió el 22 de marzo. Cuando en la votación de este día hubo Pole obtenido de nuevo sus veintitrés votos y Carafa veinte, se levantó éste y rogó a los cardenales que prescindiesen de su elección. Levantóse asimismo Pole después y repitió su anterior declaración. Si alguno le daba su voto sólo por amistad, suplicaba que lo dejase de hacer; pero si alguien lo efectuaba por motivos de conciencia, dijo que no podía ni quería forzar a nadie. Massarelli, 703.

llos ocho votos. El 27 de diciembre Toledo no tuvo más que veinte votos, mientras de Cupis alcanzó veintiuno y un acceso. Los imperiales hubieron de presenciar, por tanto, que el 28 de diciembre se reforzaba el partido francés con los cardenales de la Chambre y d'Amboise.

Entre tanto había surgido una nueva dificultad. La víspera de Navidad se había de inaugurar el año jubilar de 1550 abriendo la puerta áurea, y ya habían llegado a Roma muchos peregrinos; pero entonces se suscitó la duda de si podía comenzarse el año jubilar con sus ordinarias indulgencias y privilegios, sin haber Papa ni realizar dicha ceremonia. Así, pues, los prelados y barones se dirigieron a los cardenales, lamentándose al propio tiempo de la excesiva duración y mala marcha del conclave. Los barones eran de opinión que se les había de confiar la guardia de las puertas del conclave, pues los prelados eran demasiado indulgentes para un cargo semejante. El 29 de diciembre el decano de Cupis puso estas quejas en conocimiento de los cardenales. En lo tocante a la marcha defectuosa del conclave, que nadie negaba, no se puso por entonces remedio; mas por lo relativo al jubileo se expidió al día siguiente la declaración, de que había comenzado sin duda y que el Papa nombrado celebraría después la apertura de la puerta áurea.

Mas a la verdad, por aquellos días no había aún esperanza de que llegara pronto el Papa futuro. Los imperiales, según escribe a 21 de diciembre de 1549 el embajador veneciano Dandolo, habían empeñado por escrito su palabra de no ceder a los adversarios; y el 8 de enero de 1550 decía de ambos partidos, que se habían obligado con juramento a no cejar en su resistencia (1). Como escribían desde el conclave el 26 de diciembre, los franceses se jactaban entonces de hallarse en el conclave como en un paraíso, por lo cual estaban decididos a perseverar hasta que todos los demás se hubieran cansado. Del mismo modo decían sus émulos, los cuales afirmaban que, ni la prolongación del tiempo ni cosa alguna quitaría a Pole un solo voto, ni les impondrían otro candidato (2). La irreconciliable oposición de los partidos — decía otro informante a 4 de enero de 1550 — provenía de que los unos esperaban que el Espíritu Santo viniera de Flandes, y los otros de Francia. En la ciudad se hacían apuestas en un cuarenta por ciento sobre que no habría

(1) Brown, V, n. 602, 618.

(2) Ibid., n. 606.

Papa en enero, y en un diez por ciento, que tampoco lo habría al mes siguiente (1). Todavía después se habla de tales apuestas (2). En la ciudad se habla de todo antes que de la elección pontificia, escribe a 4 de enero un servidor del cardenal Gonzaga (3). A lo más espera otro relator, que la elección se acelerará por las malas condiciones higiénicas del conclave, pues con el humo de los cirios y antorchas y con el vapor de los manjares y otras cosas semejantes, se hallaba el aire corrompido en tal manera que algunos temían seriamente por su salud (4).

El 2 de enero de 1550 se hizo una débil tentativa para ponerse de acuerdo sobre la elección; Guisa y Farnese convinieron en «celebrar una entrevista, en la que por fin ofreció el de Guisa como candidatos a los cardenales de Cupis, Salviati, Ridolfi, Lorena, Este y Capodiferro. Contestóle Farnese que él haría otro más generoso ofrecimiento: que o bien Guisa escogiera un Papa entre los veintitrés partidarios de Poje, o que consintiera en que él, Farnese, eligiera uno de los veintidós que habían votado a Carafa. Pero ninguna de estas dos proposiciones fué admitida (5).

(1) * Stanno anchora in conclave questi reverendissimi signori, ne pare che vi sii una speranza al mondo di Papa. Sono divisi in due parti et stanno la dentro ostinati, aspettando l'una il Spirito santo di Fiandra et l'altra di Francia, che Dio sa quando saranno d'accordo, nè può fare il Papa l'una parte senza l'altra, se non si rumpano. Si da quaranta per cento che non si farà per tutto questo mese et dieci per l'altro. Pedro María Carissimo a Sabino Calandra, en 4 de enero de 1550 (*Archivo Gonzaga de Mantua*). Mendoza se permitió la agudeza de desear a los Cardenales, en vez de felices Navidades, felices Pascuas de Resurrección. Gualterio, en Merkle, II, 74.

(2) Brown, V, n. 621 (11 de enero), n. 627 (15 de enero), n. 629 (18 de enero), n. 630 (22 de enero).

(3) * La cosa è di maniera posta in silentio che d'ogni altra cosa si ragiona qui che di questa. José Inglesco a Sabino Calandra, secretario ducale (*Archivo Gonzaga de Mantua*).

(4) * Non s'ha una minima fermeza di dover haver un Papa di qui a quindici di et di conclavi si sono havuto polize et qui in casa nostra et altrove che promettono che presto presto sara fatto un Papa, et acenano a Salviati, mostrando che quei s. reverendissimi sieno sforzati a risolversene se non per altro almeno per non ammorbarsi in quel conclavi, dove dicono che è tanto fumo delli candeli et torchi che vi si tengono accese, et tanta polvere et tanta puzza delli cantari orinali et tinello che vi si fa di continuo, che poco poco più che duri quella festa dubitano da vero di ammorbarvisi. José Inglesco a Sabino Calandra, secretario ducale et castellano di Mantova, en 31 de diciembre de 1549 (*Archivo Gonzaga de Mantua*). Véase la carta de Dandolo, de 22 de enero de 1550, publicada por Brown, V, n. 630. Con frecuencia es mencionado el mal olor de las letrinas. Firmanus, en Merkle, II, 88, 96.

(5) Massarelli, 82. Vide la *relación de Julio Gentile al canceller ma-

Los escrutinios siguientes son tanto menos dignos de mención, cuanto que los franceses habían resuelto no proponer el candidato que propiamente pretendían sacar, sino cuando hubiera llegado de Francia el cardenal Borbón (1).

El 14 de enero entró éste en el conclave, pero aun entonces se vió no ser posible reunir el número de votos necesario para ninguno de los principales candidatos de su partido, Lorena, Ridolfi o Salviati; por lo cual en primer lugar Salviati rehusó que se presentara su candidatura, y luego retiraron las suyas los otros dos (2). Por este mismo tiempo los imperiales habían trabajado con mucho ardor en pro de Morone, el cual, en la votación del 15 de enero obtuvo veinticuatro votos y dos accesos. Pero como los franceses hubieran logrado quitarle dos votos, los imperiales desesperaron de sacar su candidatura y volvieron a la de Pole.

En la general falta de consejo de aquellos días, procuró Farnese adelantar un paso señalando clara y distintamente a sus adversarios, el 19 de enero, aquellos candidatos por los cuales en ningún caso votarían los imperiales. Eran éstos de Cupis, Carafa, Salviati y Ridolfi, a los cuales había excluido Carlos V, y fuera de esto eran enemigos del emperador, y era de temer que le irritarían y precipitarían a Italia en una guerra (3). Era, pues, necesario que por lo menos se renunciara a la elección de dichos candidatos. Guisa contestó negándose rotundamente. En primer lugar

yor de Milán, fechada en Roma el 5 de enero de 1550 (*Archivo público de Milán*).

(1) Dandolo, en Brown, V, n. 618.

(2) Según lo que Farnese comunicó al mariscal de la Mark después de la elevación de Julio III, Ridolfi y Salviati (como también de Cupis) sólo en apariencia fueron propuestos como candidatos, para ganar tiempo, y entre tanto procurar para Este y asegurarle la aprobación del emperador. Ésta fué la única causa de la larga duración del conclave. Para obtener el apoyo del cardenal Farnese, el cardenal Este ofreció a Parma para Octavio Farnese, el arzobispado de Narbona y el favor del rey francés para Alejandro, y una hija del duque de Ferrara y 200 000 libras para Horacio (Ribier, II, 268). También se habla otras veces de la prontitud de ánimo de los príncipes para apoyar a sus candidatos, con dispendio de grandes sumas (Petrucelli, II, 33, 42, 43). Sobre tentativas de soborno por parte de Francia, vide *ibid.*, 46 s. Guisa recibió en Lyon un vale de banco para percibir en Roma grandes sumas (Ribier, II, 257; Sägmüller, Elecciones de Papa, 184, nota 2; Druffel I, 321 s., 325, 328).

(3) Si enim illi aperti Caesaris hostes ad pontificatum eveherentur, Caesarem protinus ad arma concitarent totamque perniciosissimo bello Italiam ince[n]derent (Gualterio, en Merkle, II, 100). Como quiera que sea, este motivo tenía su valor respecto de Carafa.

no podía tratar en adelante con Farnese, pues éste le había prometido votar al de Lorena y había faltado a su palabra, lo cual era indigno de un varón noble. Y si los imperiales tenían por bien excluir de la tiara a personas tan dignas, él declaraba también por su parte que los franceses no votarían jamás por Pole, Morone, Sfondrato o Carpi.

De este modo, aquella tentativa de aproximación, acabó con mayor desunión de las partes contendientes (1). Conclavistas que salieron del local del conclave a 28 y 29 de enero, refirieron unánimemente, que los cardenales confiaban en cualquier otra cosa, antes que en la elección de un Papa (2).

En la segunda mitad de enero se comenzó finalmente a pensar en las causas de la inacabable prolongación y a buscarles remedio. El 16 de enero, después de la votación, el decano cardenal de Cupis pronunció una alocución en este sentido, y principalmente reprendió la resolución, según la cual ninguno podía, sin consentimiento de su partido, declarar su acceso a la votación de un candidato (3). Carafa asintió a lo dicho por de Cupis y leyó las disposiciones de Gregorio X sobre la elección papal. Pacheco confesó que por ambas partes se había faltado, pero principalmente por los franceses, los cuales, para impedir la elección de Pole habían llegado a limitar a los suyos aun con juramento, la libertad de dar su voto y usar del derecho de acceso (4).

El 26 de enero, en lugar de la votación, que no hubiera dado ningún resultado, se celebró una congregación general de los cardenales, en la cual volvió a hablar de Cupis del malestar y abusos del conclave. Las intrigas y conventículos con que un partido trataba de estorbar al otro, habían tomado un incremento tal que hacían casi imposible la elección. Principalmente era de lamentar la consideración a los príncipes seculares, conforme a cuyo mandamiento se daba el voto a un candidato y se negaba a otro, contra el dictamen de la propia conciencia y en descrédito del Sacro Colegio. Había desaparecido la libertad del sufragio y esto era lo que debía reformarse. Otro abuso consistía en el que-

(1) Massarelli, 100.

(2) Dandolo, en Brown, V, n. 635. Vide Muzio, Lettere 142, 146.

(3) Vide Druffel, I, 331 s.

(4) Massarelli, 95 s. Según Gualterio (Merkle, II, 87), los franceses hicieron el juramento en 7 de enero, de nunca nombrar a Pole en ningún voto. Vide Druffel, I, 314.

brantamiento de la clausura y el número excesivo de los conclavistas, entre los cuales se habían introducido personas que no pertenecían al conclave. Muy especialmente era detestable el uso de que en ambos partidos se supiera antes de la votación a quién daría cada uno su voto, y que ninguno se atreviera a votar sin previo conocimiento y aprobación de los de su partido (1).

El discurso del decano halló apoyo en los cardenales. Salviati lamentó que se tuviera excesiva condescendencia con los príncipes, y Carafa añadió que si las cosas continuaban de aquella manera, acabarían los príncipes temporales por elegir un Papa prescindiendo de los cardenales, y que él preferiría esto a la inacabable dilación. Pacheco advirtió el peligro de que el concilio reclamase el derecho de elegir Papa (2). Guisa y Sfondrato hicieron notar la dificultad de una reforma, pero se acordó por unanimidad nombrar de las seis naciones representadas en el conclave otros tantos cardenales, a saber, Carafa, Borbón, Pacheco, Truchsess, de Silva y Pole, para que junto con de Cupis, Carpi, Ridolfi y el camarlengo Sforza, preparasen un decreto de reforma.

El 31 de enero se publicaron los capítulos de esta reforma (3), los cuales tiraban a dejar sin base los manejos electorales, renovando e inculcando cuanto era posible las prescripciones eclesásticas sobre la manera de vivir en el conclave (4).

Según la ordenación de Gregorio X, estaba permitido a cada cardenal tener consigo en el conclave dos conclavistas; pero con nombre de tales se habían introducido también esta vez agentes y secretarios de los príncipes temporales, los cuales divulgaban los secretos del conclave y los descubrían a sus soberanos (5). Así se hallaban entre los conclavistas secretarios de los dos emba-

(1) Massarelli, 107; vide Gualterio, en Merkle, II, 87.

(2) De semejante temor ya se habló el 16 de diciembre de 1549 (Druffel, I, 325, 317). En París se suscitó la cuestión, de si en caso de negligencia de los cardenales, podría un concilio efectuar la elección de Papa, y se resolvió en sentido afirmativo. Carta de Renard a Carlos V, fechada el 5 de febrero de 1550, y publicada por Druffel, I, 350; vide Ribier, II, 256.

(3) Massarelli, 113 ss. Están compuestos en doble forma, y en la segunda va incluido un comentario de Massarelli, en el cual pinta éste los abusos del conclave.

(4) Lo que sigue está tomado de Massarelli, 114 ss.

(5) La comunicación con un cardenal del conclave fué prohibida por Gregorio X bajo pena de excomunión. Se eludió esta ley procurándose la comunicación por medio de conclavistas. Vide la carta de Mendoza a Carlos V, fechada el 5 de diciembre de 1549, y publicada por Druffel, I, 307.

jadores d'Urfé y Mendoza, secretarios del rey de Francia, del duque de Florencia y del virrey de Nápoles. A los cardenales en cuya firmeza no se confiaba, les habían dado los jefes de los partidos, asimismo con color de conclavistas, personas seguras, que los sostuvieran y los espíaran. A éstos se agregaban todavía hermanos y parientes de los cardenales, nobles y barones, que querían ver una vez la vida interior de un conclave (1), y algunos cardenales llevaban también consigo sus propios médicos. De ahí resultaba que casi todos los cardenales tuvieran consigo cuatro, y algunos hasta ocho conclavistas, y en el conclave hubiera cerca de cuatrocientas personas (2).

Tampoco la manera de vivir en el conclave era tan sencilla y severa como lo exigía el derecho canónico; con intento de acelerar la elección todo lo posible. Para evitar el molesto encerramiento en una estrecha habitación, algunos cardenales habían ocupado los aposentos vacíos por ausencia de otros miembros del Sacro Colegio; otros habían ampliado sus celdas por medio de un vestíbulo de madera, y aun se habían abierto ventanas en el conclave. La limitación de la comida, prescrita para cuando las negociaciones electorales duraban mucho tiempo, no se observó absolutamente, antes bien se celebraban convites dignos de Lúculo (3), invitando a ellos a otros cardenales o a sus conclavistas y enviándose mutuamente riquísimos manjares.

Pero el abuso más grave de todos consistía en la falta de observancia de la clausura, con lo cual se hacía posible a los príncipes extranjeros influir sobre la elección y diferirla indefinidamente. Habíanse practicado aberturas en las paredes para tratar con los de fuera, recibir y enviar cartas. D'Urfé se gloriaba con su soberano de haber hallado camino, por medio de escaleras y por los tejados, para hablar con el cardenal de Guisa (4). Se daba a los conclavistas fácilmente permiso para

(1) Algunos nombres de agentes de príncipes y parientes de cardenales pueden verse en Massarelli, 108, 116. Había también un abisinio (Aethiops) en el conclave (ibid., 87, 126). Vide Merkle, II, Proleg., XXXVI, n. 8.

(2) Carta de Dandolo, de 15 de enero de 1550, publicada por Brown, V número 627. Sobre los médicos vide Marini, I, 392 s.

(3) ... ut Luculli mensae ... viderentur. Massarelli, 118.

(4) Ribier, II, 259. Esto mismo cuenta Bonif. Ruggieri haberse efectuado para visitar al cardenal Este. Petrucelli, II, 31, 46; vide también Muzio, Lettere 120, 148.

salir del conclave con fútiles pretextos y volver a entrar en él; mas precisamente eran ellos los que revelaban traidoramente los secretos del conclave y servían de correveidile a los príncipes. Cuando Madruzzo envió a su conclavista Pagnani con un mensaje, llevaba éste ambas botas completamente llenas de cartas, de manera que con esta preocupación olvidó el escrito de su señor (1).

Por consideración a tales abusos determinaron los capítulos de reforma, que cada cardenal no podría tener más de tres conclavistas, entre los cuales podrían estar los parientes con tal que no fuesen barones con gobierno, y su médico, pero no familiares de otro cardenal. Los agentes de los príncipes y embajadores, los barones con jurisdicción o súbditos, y todos los demás que no estuvieran en la lista de los conclavistas desde el principio del conclave, habían de ser despedidos y severamente castigados si se quedaban. Para prevenir quejas justificadas, a los cuatro médicos del conclave, de los que tres eran italianos y uno alemán, se agregarían un francés y un español, y asimismo se aumentaría el número de los barberos. Se sancionó severamente toda ilícita comunicación de palabra o por escrito con los de fuera. Todos los cardenales, excepción hecha de los enfermos, debían volver a las celdas que al principio les habían señalado; habían de quitarse las construcciones añadidas a las mismas y tapiarse las ventanas que se habían abierto. Los conclavistas debían comer y dormir en la celda de su señor. Cuanto a las comidas, se observarían las prescripciones de Clemente VI, y para imposibilitar cuanto se pudiera el trato con los de fuera, se debía disponer para recibir la comida y otras cosas necesarias, un artificio como el que se suele emplear en los monasterios de monjas. Quedaban prohibidas todas las reuniones particulares, y como muchas veces se habían prolongado hasta muy entrada la noche los manejos para la elección, en lo sucesivo ningún cardenal debía salir de su celda después de las cinco de la tarde; una hora después debían recogerse también a ella los conclavistas, para lo cual ambas horas se marcarían con una señal de la campana. El permiso para entrar o salir del conclave no podría darlo más que una diputación de los cardenales. Se dieron particulares prescripciones sobre la custodia de las llaves del conclave, en el cual no podrían tenerse armas.

Al propio tiempo que esta ordenación reformativa de las

(1) Gualterio, en Merkle, II, 81.

circunstancias interiores del conclave, se hizo otra para los preladados a quienes estaba confiada la custodia exterior, con el fin de separar el lugar de la elección de todo comercio con los de fuera. En ella es digna de mención la ordenanza sobre cerrar todas las ventanas y salidas del conclave, y de que cada dos días se reconociera el palacio apostólico para ver si en alguna parte se había practicado alguna abertura (1).

Según lo había exigido la comisión de reforma, el 5 de febrero se puso en la pared para recibir los alimentos un torno del estilo que suele haberlos en los monasterios de monjas, y no se dió desde entonces a los cardenales más que un plato para la comida. Los conclavistas sobrantes, en número de ochenta, fueron despedidos (2).

Si ya estas disposiciones reformatorias descubrían la voluntad de los cardenales de llegar finalmente a la elección, esta buena voluntad no podía dejar de confirmarse con la experiencia que uno y otro partido adquirirían casi por aquellos mismos días en sus intrigas electorales.

En la segunda mitad de enero tenía las mayores probabilidades de alcanzar la tiara el cardenal Ridolfi, el cual había tenido que ausentarse del conclave por enfermo, y se creía seguro que volvería al conclave Papa (3). Pero habiendo fallecido a 31 de enero (4), los ojos de los franceses se volvieron a aquel varón, a quien ya antes del conclave miraban muchos como futuro Pontífice, y cuya candidatura se volvía a proponer siempre de nuevo, el cardenal

(1) Massarelli, 121 ss.

(2) Ibid. 136. Vide Firmanus, 129; Muzio, Lettere, 149. Atti d. Soc. Ligure, XLVIII (1910), 352 ss. A pesar de eso, la comunicación con los de fuera, como parece, tampoco quedó ahora del todo interrumpida. El 7 de febrero de 1550 escribe Endimión Calandra a su hermano Sabino: * Di Papa hora mai non si pensa, ne si ne ragiona, come ogni cosa viene in puoca reputatione quando va alla lunga. Li poveri r. sono serati la dentro et non si possono accordare, e come le cose si governano più di fuori che di dentro, consultandosi tutta via coi principi, si ben hanno cacciato fuori li secretarii et gli agenti, che però non sono tanto serati che non si possano mandare lettere, forza è che vadino in lungo (*Archivo Gonzaga de Mantua*).

(3) Firmanus, 113.

(4) Decía la fama que Ridolfi había sido envenenado por sus criados, a los que Mendoza había sobornado; y que en esto había tenido también parte el confidente de Cosme de Médici, Juan Franc. Lottino, hombre de mala reputación. Vide Maffei en la *Rassegna per la storia di Volterra* I (1898), 90 s. y Bruzzone en *La Stampa*, 1900, n. 51.

Salviati (1), en favor del cual se declararon desde entonces, además del partido francés, su antiguo amigo Gonzaga y el cardenal Róvere, éste accediendo a los deseos de su hermano el duque de Urbino. Pero lo que despertaba todavía mayor expectación y vino a ser pronto conversación general en la ciudad, era que hasta el hermano de Alejandro Farnese, Ranuccio, y su primo Sforza estaban dispuestos a dar sus votos a Salviati.

Los más miraban como fundamento de esta mudanza respetos políticos de familia. De los cuatro hermanos Farneses, el duque Octavio era yerno del emperador y esperaba de éste la posesión de Parma. Horacio Farnese, por el contrario, esperaba ser yerno del rey de Francia y pertenecía al partido francés. De los dos cardenales, Alejandro se inclinaba más a Octavio, y Ranuccio, al contrario, a Horacio. Temiendo Ranuccio que Octavio, aconsejado por Alejandro, y con auxilio del emperador, arrebataría a Horacio el ducado de Castro, se inclinaba al partido francés, con tanto mayor motivo, cuanto no quería, por amistad al emperador, dificultar los planes de su hermano de casarse con una princesa de Francia (2). El cardenal Sforza, por su parte, no veía con malos ojos que Salviati fuera Papa, porque su cuñada era sobrina de Salviati.

El haberse pasado los dos nepotes a Salviati, hizo subir extraordinariamente las probabilidades de éste. Durante todo el día 2 de febrero, en que no hubo votación, se desarrolló en torno de Ranuccio y Sforza una verdadera puja, procurando unos atraérselos y otros no perderlos; y hacia la velada los imperiales, después de muchas vicisitudes, habían logrado que, por lo menos en los dos días siguientes, no darían el voto a Salviati. La noche, que para muchos fué de insomnio, puso finalmente término a las intrigas. No obstante, hasta la tarde del día siguiente no se realizó la decidida reconciliación de los tres Farneses; después de la cual los franceses abandonaron la candidatura de Salviati.

(1) El embajador imperial Mendoza defendió, por lo menos en apariencia, la candidatura de Salviati (vide Muzio, *Lettere* 131); Cosme de Médici se declaró con todo resueltamente contrario a ella; el duque no quería en general ningún florentino. Vide Ranke, *Estudios históricobiográficos*, Leipzig, 1877, 416 s.

(2) Ya desde mediados de diciembre, tanto Francia como el emperador procuraban ejercer presión sobre Farnese por medio del asunto de Parma. Druffel, I, 330, 332 s. 343. Ribier, II, 261.

Este incidente fué de la mayor importancia para la terminación del conclave. Farnese había conocido por experiencia que la disciplina de partido hasta entonces tan firme, podía romperse de repente y que toda ulterior dilación era peligrosa. Guisa, después del fracaso de Salviati, hubo de renunciar a la esperanza de sacar un candidato resueltamente inclinado a Francia. No quedaba, pues, otra cosa sino proponer un candidato neutral, y así desde entonces se volvió a aquel en quien los más prudentes hacía mucho tiempo que habían puesto los ojos (1), Juan María del Monte, en cuyo favor trabajaba ya desde principio de enero el influyente duque de Florencia (2). Además era él el único de los cuatro cardenales obispos, cuya candidatura no se había mostrado ser imposible.

El cardenal Sforza fué el primero que en el conclave llamó la atención hacia del Monte a principios de febrero, y su recomendación tuvo eco (3). Aun sin esto, el cansancio y el fastidio que se habían apoderado de los electores, la muerte de Ridolfi, la enfermedad de otros distinguidos cardenales, y en general la mala salud que reinaba en el conclave, hacían que todos desearan ansiosamente una solución pronta (4).

A la verdad, tampoco a del Monte le faltaban adversarios. Carlos V le había excluido de la tiara junto con de Cupis; pero Mendoza se tuvo por autorizado para no mostrar el documento respectivo, y la conducta del embajador fué luego abonada por su soberano (5). En el conclave, Guisa, que todo lo resolvía, era manifiesto adversario de del Monte; públicamente decía de él las peores cosas y le calificaba de indigno del papado (6). Pero del Monte halló en el cardenal Este un inesperado favorecedor. El mismo Este era pretendiente a la tiara, y mientras se hallaba bajo el influjo de su primo Hércules Gonzaga, era también adversario de del Monte; pero ahora su candidatura fué bruscamente

(1) Véase la página 45.

(2) Petrucelli, II, 51 ss.; cf. Giorn. stor. della lett. Ital., XLIII, 241.

(3) Maffei, en Merkle, II, 132.

(4) Algunos conclavistas, que salieron del conclave, estaban enfermos de diversas dolencias y medio muertos. El aire estaba allí tan corrompido, que el mejor médico de Roma a su entrada en el conclave advirtió el peligro inminente de que sobreviniese la peste. Carta de Dandolo, de 22 de enero de 1550, publicada por Brown, V, n. 630.

(5) Maurenbrecher, 229, nota 9; 225, nota 20.

(6) Maffei, en Merkle, II, 59; Ribier, II, 268.

rechazada por Carlos V, y el modo inconsiderado como Gonzaga comunicó la resolución imperial, había producido un disgusto entre ambos cardenales. Precisamente en esta situación visitó del Monte al cardenal de Este y le pidió su mediación con el de Guisa. El de Este la prometió, y sobre todo en esta visita recibió una impresión tan favorable del cardenal del Monte, que desde entonces abogó fervorosamente por su candidatura (1).

Lo que el cardenal de Este había comenzado a obtener de Guisa, lo acabó Sforza. En una casual entrevista con él, el cardenal francés expresó vivamente su disgusto por las circunstancias del conclave y la terquedad de los partidos. Sforza le contestó, que estaba en su mano poner fin a aquel estado de cosas, separándose de Salviati. Los franceses habían ya hasta entonces demostrado suficientemente lo que podían, pero la exageración de sus pretensiones podía hacer que volvieran a perderlo todo.

Aburrido de tantos inútiles escrutinios, adhirió Guisa a estas ideas y propuso la elección de Cervini. Pero Sforza no accedió a esta candidatura. Como por casualidad habló entonces Guisa de del Monte, y Sforza asintió en seguida, pero le rogó que ante todo se pusiera de acuerdo con Farnese, sin el cual nada podría obtenerse (2).

El 6 de febrero, después de la comida, paseaba Guisa por un corredor del conclave con Ranuccio Farnese y Sforza en amigable conversación, cuando se les agregó Alejandro Farnese. A poco rato se alejaron Ranuccio y Sforza, y los adalides de ambos partidos pudieron comunicarse libremente sus pensamientos. Con una rapidez fuera de toda expectación se pusieron de acuerdo sobre la elevación de del Monte (3).

Según parece, al principio habían fijado la elección para el 8 de febrero; pero ya por la mañana del 7 se había esparcido por el conclave un rumor indeciso sobre la candidatura de del Monte. Después del mediodía, cuando los cardenales, como de

(1) Maffei, en Merkle, II, 136.

(2) Maffei, en Merkle, II, 136.

(3) Vide Gualterio, en Merkle, II, 139, nota 2. Massarelli había tenido que salir del conclave, probablemente el 5 de febrero, junto con los conclavistas superfluos. Su relación sobre los acontecimientos que siguen, procede de Pedro Pablo Gualterio de Brevibus (v. Merkle, II, Proleg. xli s.). Sobre la actitud de A. Farnese, vide también su carta a Próspero Santa Croce, publicada por Cugnoni, Prose ined. di A. Caro, 145.

costumbre, conferenciaban en la Capilla Paulina, formó dicha candidatura el asunto principal de las conversaciones y no encontró sino poca contradicción. Al oscurecer, los cardenales se retiraron a sus habitaciones, pero no por eso cesaron las negociaciones sobre del Monte.

Los tres nepotes de Paulo III se juntaron en la celda de Maffei con Crescenzi, Médici, Cornaro y Savelli; todos instaban a que se acelerase la elección y contaban los votos de que se disponía. Guisa tenía ofrecidos veintiuno. Con los de de Silva, Gaddi y los de los ocho reunidos en la celda de Maffei se llegaba cerca de la mayoría de los dos tercios, que era de treinta y un votos por cuarenta y siete electores (1). En todo caso era dictamen de prudencia buscar otros sufragios, sobre todo porque los españoles no deseaban la elección de del Monte, y ya Pacheco y Mendoza habían estado con Toledo para deliberar sobre el modo de contrarrestar su acción.

A ellos se dirigió el cardenal Maffei, enviado por los partidarios de Farnese, y a poco le siguieron Farnese y después de Silva; y sus esfuerzos unidos lograron ganar a Toledo y Mendoza. Pacheco, no obstante, perseveraba en una vehemente oposición, y pedía que por lo menos se difiriese el negocio lo necesario para que pudiera hablar con Madruzzo y Gonzaga. La principal dificultad consistía para los españoles en que el emperador había excluido a del Monte. Pero contra esto alegó Farnese con buen éxito el escrito imperial que él conocía, en el cual no se oponía ninguna objeción contra del Monte.

El cardenal Médici fué enviado a Gonzaga y Maffei a Pole, quien precisamente entonces se hallaba conversando con Truchsess. Pole y Truchsess prometieron su acceso para el caso de que del Monte hubiera obtenido el número competente de votos. Gonzaga se mostró favorable, y cuando Médici le dejó, se levantó y se dirigió a la celda de Madruzzo, donde encontró a Pacheco y Cueva.

Los franceses, que entre tanto también por su parte habían trabajado en favor de del Monte, enviaron a Sermoneta y Capodiferro a los cardenales reunidos en la celda de Maffei, y propusieron que desde luego elevaran al pontificado a del Monte por la general adoración. Farnese asintió, diciendo que se juntaran los

(1) Así según Massarelli, 141. Con toda exactitud la mayoría de las dos terceras partes asciende a treinta y dos.

franceses en la Capilla Paulina y que él y los demás irían allá.

Al dirigirse a la capilla entró Farnese en la celda de Madruzzo y halló todavía en ella a Gonzaga, Pacheco y Cueva; pero su intento de moverlos a adherirse resultó vano. Fuera de los cuatro nombrados, del mismo del Monte y del enfermo Carpi, el cual asintió a la elección de del Monte, todos los restantes en número de cuarenta y unose reunieron en la Capilla Paulina; y como unánimemente y en voz alta pidieran por Papa a del Monte, tomaron por la mano Guisa y Farnese, fueron apresuradamente a buscar a del Monte y lo condujeron a la capilla, donde fué por todos abrazado y besado. Unos le saludaban en voz alta, otros con voz moderada, en términos que por el mucho ruido ninguno entendía sus propias palabras. Entonces el decano impuso la quietud: había que evitar cualquier procedimiento tumultuoso, y así debían proceder a la adoración con orden.

Ya entonces se colocó el trono pontificio delante del altar, y el cardenal del Monte se sentó en él. Los cardenales ocuparon sus lugares acostumbrados. Luego leyó el maestro de ceremonias los nombres de todos los presentes, los cuales eligieron Papa a del Monte por unanimidad, y para manifestarlo se llegaron a él y le hicieron la reverencia acostumbrada al Papa. Después de esto declaró del Monte que admitía la elección, y que se redactara un acta de ella. Hizo notar que cualquiera posterior escrutinio no podría perjudicar a la elección ya terminada. Entre tanto había llegado la noche y del Monte, acompañado por de Cupis y Salvati, regresó a su celda. A la pregunta de Cupis sobre qué nombre quería tomar, respondió que por gratitud a Julio II, que había sido el primero en ilustrar su familia, creando cardenal a Antonio del Monte, se quería llamar Julio III (1). Por fin entraron también en la celda de del Monte los cardenales Madruzzo, Gonzaga, Pacheco y Cueva y le prestaron su homenaje como a Papa.

Entre tanto se había conocido también fuera del conclave el gran acontecimiento, y ya entonces se abrieron en el conclave algunas paredes, puertas y ventanas. Los nobles, prelados y familiares del nuevo Papa se precipitaron dentro, y no se dejaron arredrar por ningún mandato ni amenaza. Apenas se podía pensar en tomar la cena y el descanso en el conclave.

Al siguiente día, 8 de febrero, por la mañana muy temprano

(1) Su divisa fué: *Vias tuas, Domine, demonstra mihi*. Ciaconius III, 746.

se celebró, para guardar la forma, el último escrutinio. La papeleta de del Monte llevaba el nombre de Toledo, y todas las demás el de del Monte. Los cardenales le prestaron obediencia. Luego se anunció la nueva elección al pueblo, y el nuevo Papa fué llevado a la iglesia de San Pedro, donde todos le besaron el pie (1).

La elevación de del Monte llegó tan inesperadamente, que el mismo día en que se hizo, una carta fechada en Roma aseguraba que nadie pensaba aún en la elección ni hablaba de ella (2).

El éxito del conclave sorprendió a todos, así a los diplomáticos extranjeros (3) como a los romanos. Por lo demás, los moradores de la Ciudad Eterna se alegraban más de tener por fin un Papa, que del hecho de que la mayoría de los votos hubiera recaído sobre del Monte. Con todo, Endimión Calandra juzgaba ya el 8 de febrero que, según lo que él sabía del nuevo Papa, abrigaba la creencia de que su reinado sería bueno (4). En realidad la voz común era favorable a Julio III (5), por más que no faltaran voces de quienes juzgaban lo contrario (6).

El emperador y el rey de Francia, cuyos conatos para proporcionar la tiara a un decidido partidario suyo habían fracasado, no podían estar contentos del resultado del conclave. No obstante, Cosme de Médici, a quien en Roma se atribuía en primera línea la elevación de del Monte (7), trató de apaciguar a Car-

(1) Massarelli, 143 s. Cf. la relación de J. v. Meggen, publicada en el Archivo para la Historia de la Reforma en Suiza, III, 507.

(2) V. la *carta de E. Calandra de 7 de febrero de 1550, citada en la página 57, nota 2. El 8 escribe el mismo: *Questa notte passata quando manco se vi pensava, o hier sera s'è fatto il Papa. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Vide Dandolo, 347.

(4) Vide la *carta en el apéndice, n.º 1. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) Así *escriben los enviados boloñeses Jorge Magio y Lud. de' Rossi, el 8 de febrero de 1550, que reinaba en Roma gozo general por el «ottimo principe dal valor et integrità del quale si spera ogni bene (*Archivo público de Bolonia*). Vide también Michelangelo, Lettere, ed. Milanesi 527 (con fecha equivocada; cf. Thode I, 450 s.).

(6) Muzio, Lettere 152, quien con todo juzga asimismo muy pronto de un modo más favorable (156 s.). Brosch (I, 191) da gran importancia al primer juicio, pero omite enteramente el posterior.

(7) *Il grido di questa corte è ch'il duca nostro sa fare Papi et non si potria dire facilmente il gran nome c'ha aquistato doppo la promotione di S. S. predicando ciascuno S. E. da infinitissime ottime parti che si trovano in lei. Carta de B. Buonanni, fechada en Roma a 22 de febrero de 1550. *Archivo público de Florencia*.

los V (1). El cardenal Farnese excusó el éxito de la elección con el emperador y con el rey de Francia (2), y asimismo el cardenal Guisa se esforzó por hacerlo agradable a su soberano (3).

En el colegio cardenalicio reinaba generalmente el contento, en particular porque Julio III ya en los primeros días de su pontificado se mostró muy liberal en otorgar gracias (4). Quienes tenían menos fundamento para alegrarse, eran los del partido de la reforma, los cuales no habían podido hacer triunfar ninguno de sus candidatos, no por falta de celo, sino por efecto de la intrusión de los príncipes. Con todo, los hombres que pertenecían a la tendencia estrictamente eclesiástica, no desesperaron, pues sabían desde el concilio de Trento (5) que el nuevo Papa, aunque no fuera uno de los suyos, tenía, no obstante, tanta inteligencia del estado actual de la Iglesia, que se podía confiar que fomentaría sus conatos de reforma.

(1) Petrucelli, II, 62. Cosme informó también a Enrique II; vide Palandri, 66.

(2) Cf. Cugnani, *Prose ined.* di A. Caro, 131 ss., 144 ss.

(3) Vide Druffel, I, 350-358.

(4) **In somma si vede una comune contentezza in tutti li cardinali, così dell'una come dell'altra fattione, e S. S. mostra una eguale buona volontà verso tutti, essendo con ciascuno larghissimo di gratie...* Carta de A. Serristori, fechada en Roma el 12 de febrero de 1550. *Archivo público de Florencia*.

(5) Cf. Ehes, *Conc. Trid.*, V, 780, n. 314.

I. Precedentes, carácter y comienzos del reinado de Julio III

La familia Ciocchi del Monte (1) tomaba su apellido de su primitiva residencia Monte San Savino, pequeña ciudad del distrito de Arezzo, situada hermosamente en una colina, en el valle encantador de Chiana, no lejos de Lucignano, y conocida como lugar natal del célebre escultor Andrés Sansovino. Ya el abuelo de Julio III, Fabiano, había sido allí un abogado distinguido (2), y en la iglesia principal del lugar se ve todavía el hermoso monumento que su hijo Antonio, después cardenal, erigió a su querido padre, fallecido en 1498. Un segundo hijo de Fabiano, Vicente, se había dedicado al estudio de la jurisprudencia, y fué abogado consistorial en Roma y uno de los jurisconsultos más estimados. De su matrimonio con Cristófora Saracini de Sena, nacieron dos hijas, Luisa y Jacoba (que se casaron, la primera con Roberto de Nóbili y la segunda con Francia della Corgna), y tres hijos, Juan María, Balduino y Constancio.

(1) Vide R. Restorelli, * Notizie delle famiglie di Monte, Borgognonio, Guidalotti e Simoncelli (obra compuesta en 1771), en el *Archivio municipal de Monte San Savino*. Cf. Tesoroni, 32 s. y Litta, f. 16.

(2) Para lo que sigue cf. O. Panvinus, De Julii III vita ante pontificatum, en Merkle, II, 146 s.; Dandolo, 353 ss.; Litta, f. 16, donde se halla una copia del sepulcro que está en Monte San Savino. Sobre las armas de Julio III (de las cuales hay un magnífico ejemplar en Todi; Alinari 5225) vide Pasini Frassoni, 36 s., y Orlandini en la Riv. del collegio araldico V, Roma, 1907. El gran escudo de Julio III, que está en el patio del Palazzo Pubblico de Viterbo, con la inscripción, «Julio III P. M. c[ivitas] Viterb. erexit provinciam patrimonii gubernante Rodolpho Pio card. de Carpo legato 1552», se hallaba en la Porta di S. Luca, derribada en 1705, la cual fué embellecida en tiempo de Julio III (vide Reform. XLVII, 118, del *Archivio de la ciudad de Viterbo*). En lugar de la Porta di S. Luca fué construída la actual Porta Fiorentina.

los V (1). El cardenal Farnese excusó el éxito de la elección con el emperador y con el rey de Francia (2), y asimismo el cardenal Guisa se esforzó por hacerlo agradable a su soberano (3).

En el colegio cardenalicio reinaba generalmente el contento, en particular porque Julio III ya en los primeros días de su pontificado se mostró muy liberal en otorgar gracias (4). Quienes tenían menos fundamento para alegrarse, eran los del partido de la reforma, los cuales no habían podido hacer triunfar ninguno de sus candidatos, no por falta de celo, sino por efecto de la intrusión de los príncipes. Con todo, los hombres que pertenecían a la tendencia estrictamente eclesiástica, no desesperaron, pues sabían desde el concilio de Trento (5) que el nuevo Papa, aunque no fuera uno de los suyos, tenía, no obstante, tanta inteligencia del estado actual de la Iglesia, que se podía confiar que fomentaría sus conatos de reforma.

(1) Petrucelli, II, 62. Cosme informó también a Enrique II; vide Palandri, 66.

(2) Cf. Cugnoni, *Prose ined.* di A. Caro, 131 ss., 144 ss.

(3) Vide Druffel, I, 350-358.

(4) **In somma si vede una comune contentezza in tutti li cardinali, così dell'una come dell'altra fattione, e S. S. mostra una eguale buona volontà verso tutti, essendo con ciascuno larghissimo di gratie...* Carta de A. Serristori, fechada en Roma el 12 de febrero de 1550. *Archivo público de Florencia*.

(5) Cf. Ehses, *Conc. Trid.*, V, 780, n. 314.

I. Precedentes, carácter y comienzos del reinado de Julio III

La familia Ciocchi del Monte (1) tomaba su apellido de su primitiva residencia Monte San Savino, pequeña ciudad del distrito de Arezzo, situada hermosamente en una colina, en el valle encantador de Chiana, no lejos de Lucignano, y conocida como lugar natal del célebre escultor Andrés Sansovino. Ya el abuelo de Julio III, Fabiano, había sido allí un abogado distinguido (2), y en la iglesia principal del lugar se ve todavía el hermoso monumento que su hijo Antonio, después cardenal, erigió a su querido padre, fallecido en 1498. Un segundo hijo de Fabiano, Vicente, se había dedicado al estudio de la jurisprudencia, y fué abogado consistorial en Roma y uno de los jurisconsultos más estimados. De su matrimonio con Cristófora Saracini de Sena, nacieron dos hijas, Luisa y Jacoba (que se casaron, la primera con Roberto de Nóbili y la segunda con Francia della Corgna), y tres hijos, Juan María, Balduino y Constancio.

(1) Vide R. Restorelli, * Notizie delle famiglie di Monte, Borgognonio, Guidalotti e Simoncelli (obra compuesta en 1771), en el *Archivio municipal de Monte San Savino*. Cf. Tesoroni, 32 s. y Litta, f. 16.

(2) Para lo que sigue cf. O. Panvinus, *De Julii III vita ante pontificatum*, en Merkle, II, 146 s.; Dandolo, 353 ss.; Litta, f. 16, donde se halla una copia del sepulcro que está en Monte San Savino. Sobre las armas de Julio III (de las cuales hay un magnífico ejemplar en Todi; Alinari 5225) vide Pasini Frassoni, 36 s., y Orlandini en la Riv. del collegio araldico V, Roma, 1907. El gran escudo de Julio III, que está en el patio del Palazzo Pubblico de Viterbo, con la inscripción, «Julio III P. M. c[ivitas] Viterb. erexit provinciam patrimonii gubernante Rodolpho Pio card. de Carpo legato 1552», se hallaba en la Porta di S. Luca, derribada en 1705, la cual fué embellecida en tiempo de Julio III (vide Reformat. XLVII, 118, del *Archivio de la ciudad de Viterbo*). En lugar de la Porta di S. Luca fué construída la actual Porta Fiorentina.

Juan María del Monte nació en Roma el 10 de septiembre de 1487, en el barrio o distrito (rion) Parione, donde estaba su casa paterna, no lejos del palacio Mellini, y como ya en 1504 perdió a su padre, encargóse del despejado joven su tío Antonio del Monte, auditor de la Rota y arzobispo de Siponte (Manfredonia). Dióle un excelente educador en la persona del humanista Rafael Brandolini (1), le hizo estudiar jurisprudencia en Perugia y Sena (2), y luego le llamó a Roma, donde le procuró la plaza de camarero de Julio II. Cuando el Papa otorgó a Antonio del Monte la púrpura cardenalicia, el 10 de marzo de 1511 (3), renunció éste el arzobispado de Siponte en favor de su sobrino (4). Juan María del Monte recibió el honroso encargo de pronunciar el sermón inaugural (5) en la quinta sesión del concilio Lateranense (16 de febrero de 1513), y desempeñó este cometido con general contento.

También durante el reinado de los Papas Médicis, León X y Clemente VII, supo del Monte conservar el honroso renombre que se había granjeado en el de Julio II. Durante el pontificado de Clemente VII ejerció dos veces el cargo de gobernador de Roma, en el cual se mostró excelente en la administración de justicia y se hizo querer de todos por su amabilidad; bien que ya entonces se advirtió su propensión a los placeres, aunque, a la verdad, sin que por ella sufriera el despacho de los negocios. Ya el año de 1525 señalaba el arzobispo de Siponte con severidad (6) las faltas de Clemente VII y su política de quiero y no quiero, de la cual fué resultado el saco de Roma. Juan María del Monte se vió entonces a pique de perder la vida, hallándose entre los rehenes, que el Papa hubo de dar en su capitulación de 5 de junio

(1) Sobre R. Brandolini vide nuestras indicaciones del vol. VI, 101.

(2) Aquí fué su maestro Ambrosio Catharino; v. Lauchert, 31.

(3) Sobre esto, así como sobre las íntimas relaciones de Antonio con Julio II, vide nuestras indicaciones del vol. VI, 201, 261, 280, 362. El retrato de Antonio que hay en las Estancias no es seguramente auténtico; vide *ibid.*, 452, nota 3.

(4) En 1520 obtuvo también Juan María, por resigna de su tío, el obispado de Pavía, el que poseyó hasta 1530, y luego otra vez desde 1544 (cf. Ehses, *Conc. Trid.* IV, 570 nota 1 y Carcereri en el *Arch. Trid.* XVIII, 83 nota). Siendo arzobispo de Siponte, terminó allí J. M. del Monte el edificio de Santa María Maggiore. Schultz, *Monumentos del sur de Italia* I, Dresde, 1860, 216.

(5) Hállase impreso en Hardouin, *Coll. Conc.* IX, 1664 s. Cf. Hefele-Hergenröther, *Historia de los Concilios*, VIII, 533.

(6) Vide nuestras indicaciones del vol. IX, 232.

de 1527 como seguridad de sus pagos; y como Clemente VII, a pesar de toda su buena voluntad, no pudo aprontar enteramente el dinero que le exigían, los lansquenets quisieron vengarse en los rehenes. Dos veces fueron estos infelices puestos en cadenas, y conducidos a una horca levantada en el Campo de'Fiori, amenazándolos con la muerte. Hasta el 30 de noviembre, día de San Andrés, no lograron escapar, después de haber emborrachado a sus guardias (1). Las mortales angustias, que pasó del Monte en aquellos terribles días, no las olvidó jamás, y siendo Papa erigió frente a la puerta del Pópulo una iglesia al santo en cuya fiesta se había librado.

En el reinado de Paulo III el arzobispo de Siponte fué primero vicelegado de Bolonia, y luego desempeñó el cargo de auditor de la Cámara Apostólica, haciendo ambos oficios con la más completa satisfacción del Papa, quien le recompensó por ello revistiéndole con la púrpura cardenalicia en la famosa creación de 22 de diciembre de 1536 (2). El cardenal de San Vital, como se llamó desde entonces generalmente del Monte por su iglesia titular, había merecido aquella distinción; pues, como hace notar Panvinio, todavía pocos hombres habían trabajado en la curia tan constante, fiel y lealmente y con tanta diligencia. Además, en él no se advertía ni orgullo ni codicia o avaricia, ni negligencia o descuido alguno (3). Fué tanto lo que se señaló en la comisión de reforma y en otras ocasiones, que Paulo III le nombró, con Cervini y Pole, su representante en el concilio Tridentino (4). Como tal, por ser más canonista que teólogo, se dedicó casi únicamente a las cuestiones de derecho canónico, y manifestó vivo interés por los trabajos reformatorios (pág. 64). Supo defender con resolución los derechos de los presidentes, no menos que los de la Santa Sede; bien que su temperamento fácilmente irritable fué causa de que varias veces se promovieran agrias explicaciones entre él y los sinodales. Pero en general no puede dejar de elogiarse su gestión de los asuntos, como imparcial y objetiva (5).

La fisonomía de Julio III era tan poco simpática, que fué difícil

(1) Vide nuestras indicaciones del vol. IX, 341, 371, 373, 376.

(2) Vide nuestras indicaciones del vol. XI, 155.

(3) Panvinio en Merkle, II, 147.

(4) Vide nuestras indicaciones del vol. XI, 186, 247, 292, vol. XII, 169, 194.

(5) Cf. Hefner 30 s. y los documentos que allí se citan.

a los pintores trabajar su retrato (1). Su rostro, orlado de larga barba gris, tenía aspecto basto y labradoreco. La nariz, notablemente aguileña, era demasiado grande, sus labios, apretados y cortados, la mirada penetrativa y punzante (2). Robusto y de gran corpulencia, comía mucho; pero no le atraían los platos escogidos como a los golosos del Renacimiento, sino los manjares gruesos y grasos, fuertemente sazonados con ajos. Su plato favorito eran las cebollas, las cuales se las mandaban expresamente de Gaeta, de extraordinaria magnitud. A estas costumbres labradorecas correspondía el que Julio III se dejara llevar a menudo de su carácter alegre y bromista, en términos no muy conformes con su alta dignidad. No sólo prescindía del ceremonial (3), sino aun en otras cosas ofendía y desagradaba su conducta. Las bromas

(1) Cf. las *Relaciones de B. Buonanni, fechadas en Roma a 9 de abril de 1550 (... Fra otto giorni mi dice il Cecchi che si stamperà delle monete di S. Stà.; ha detto che mi vuole far havere quel ritratto che fa mr Giorgio, et è cosa da non credersi, che non si sia trovato sino a qui pittore c' habbi saputo corre la vera effigie et profilo del naso di S. Stà., la quale fa il più bel rider-sene del mondo) y a 14 de abril del mismo año. Sólo en 9 de agosto notifica Buonanni: *M. Prospero pittore fini un ritratto de S. Stà. in tela, il quale stà assai bene. Vide también la *Relación de Serristori de 27 de marzo de 1550, en el *Archivo público de Florencia*, según la cual querían recurrir a Tiziano. El encargo dado a Vasari de pintar el retrato de Julio III, no parece haber llegado a efectuarse; vide Kallab, 84.

(2) V. Panvinio en Merkle, II, 147. Sobre los retratos de Julio III, vide Kenner en el Anuario de las colecciones sobre historia del arte de la casa imperial, XVII, 147; el que se halla en Viena, procedente de la colección de Ambras, está copiado en Litta, 16, donde hay también un diseño de la estatua de bronce del Papa, de tamaño más que natural, erigida delante de la catedral de Perusa y labrada por Vicente Danti (cf. A. Rossi en el Giorn. della erudiz., art. I, y Giorn. stor. della lett. Ital., Suppl. III, 25, 93), de la cual se ha hablado mucho recientemente, cuando en febrero de 1911 fué despojada de su manto, muy celebrado por la esplendidez de sus pliegues y por la representación del triunfo de la fe, que en él se hallaba esculpida. Una segunda estatua de Julio III, de mármol, se halla en el palacio Saraceni de Sena (vide Hojas históricopolíticas, LXXXIV, 51 s.), y hay también una buena imagen suya en la sala del concilio del palacio de Caprarola. Un retrato de Julio III, de Fabricio Boschi, mencionado en el capítulo VI, todavía no está publicado. La cara basta del Papa está expresada claramente de un modo especial en sus medallas (vide Ciaconius, III, 755; Venuti, 89 s.). La colección más completa se halla en el gabinete numismático del Vaticano. Muy hermosas medallas de plata de Julio III hay también en el Museo del emperador Federico de Berlín, sala 16, caja 3. Una copia de la medalla de Cavino puede verse en Müntz, III, 240. Sobre las monedas de Julio III vide Serafini, 247 s.

(3) Cf. en el apéndice n.º 4 la *relación de Buonanni, de 23 de febrero de 1550. *Archivo público de Florencia*.

livianas e inconvenientes con que «sazonaba» sus comidas, ponían no pocas veces en apuros a sus familiares (1). Pero muchas anécdotas que de él se cuentan, han sido indudablemente inventadas (2).

No menos que por la falta de finura de sus modales, perjudicaba el Papa a su autoridad soltando súbitamente las riendas a enojos repentinos. Pero así como se irritaba presto, se podía fácilmente apaciguarle (3). El estado de su ánimo se cambiaba con facilidad y de repente, pues era un temperamento genuinamente sanguíneo, lo cual mostraba con palabras indiscretas y precipitadas explicaciones. Faltábanle por completo la constancia y firmeza. Todos los que hablan de él ensalzan su bondad y mansedumbre, pero lamentan su debilidad y su proceder inconstante y mudable (4). Tímido y fácilmente descorazonado (5), no era adecuado para las situaciones difíciles, y su falta de resolución impedía siempre su actividad. No deseaba reñir con nadie, gustaba ver los rostros contentos en torno de sí, y tenía más cuenta con el esplendor de la majestad que con el poder. Como era difícil conocer sus íntimos pensamientos (6), no era fácil entablar con él negociaciones diplomáticas, y quien pretendía llevarle a algo con astucia, perdía de antemano la partida (7). Un informante alemán,

(1) Panvinio 148. P. Olivo en 15 de febrero de 1550, participa a S. Calandra lo siguiente acerca de Julio III: «Giovedì disenando glisi portarono inanzi certe polpette di vitello, le quali subito ch'egli vidde disse evi dentro aglio? Rispose lo scalco: Padre santo, no; all' hora mezo sdegnato disse levatele adesso, come se fosse giovane de XV anni et havesse lo stomaco di struzzo. *Archivo Gonzaga de Mantua*. Libre enteramente de todo reparo y dificultad es el chiste que cita Besso (Roma nei proverbi, Roma, 1889, 141).

(2) Vide la colección de todas ellas en Bayle, Dictionnaire hist. et crit., II, Amsterdam, 1730, 775 ss. Cf. Wolf, Lect. mem., II, 638, 812 s.; v. también Büchmann, Dichos agudos²², Berlin, 1905, 548.

(3) Además de Dandolo y Panvinio, loc. cit., cf. Andrés Masio en el Archivo de Lacomblet, VI, 156; Legaz. di Serristori, 272, 275, 280. Cf. también la delicada nota distintiva de Julio III, que señala Pallavicini (11, 7, 4, y 13, 10, 8).

(4) Fuera de Panvinio y Masio, loc. cit., vide especialmente Legaz. di Serristori, 278. Es característica una *relación cifrada de Serristori, de 23 de diciembre de 1552, en la cual acentúa: «et in fatto con S. S^{ta}. chi vole haver buono, vinca, perchè si vede in lei sempre qualche mutatione secondo l' evento delle cose. *Archivo público de Florencia*.

(5) Vide Mendoza en Döllinger, I, 192. Cf. Tournon, en Romier, 239 y Nonciat, de France I, XLIV.

(6) Vide el juicio de Cosme I en Desjardins, III, 317.

(7) «Bisogna usar gran destrezza et andar con molta advertentia con S. S^{ta}. et chi la vuol tirar con arte a una cosa rompe il tutto. Buonanni en 16 de noviembre de 1550. *Archivo público de Florencia*.

Andrés Masio, advierte que quería que se le respetase y rogase, como acostumbran aquellos de bajo estado, que se han elevado a inesperada altura (1).

A pesar de la elocuencia y multiplicidad de su formación, su ingenio era más apto para descubrir el bien, que para retener el ya obtenido. A par de la jurisprudencia, con la cual había labrado su felicidad, lo propio que su padre y su tío, tenía especial afición a la música (2). Cumplía con exactitud sus deberes religiosos, y Panvinio, que por lo demás no le es nada favorable, atestigua que celebraba la santa misa frecuentemente y con interior fervor y devoción (3). También Massarelli encomia repetidas veces la piedad que adornó a este Papa (4), con la cual formaba vivo contraste su amor al lujo y a las cosas mundanas. Lo propio que su antecesor el papa Farnese (al cual por lo demás se parecía muy poco), luchaban todavía en Julio III lo antiguo y lo nuevo, y asimismo continuó siendo en muchas cosas un genuino hijo de la época del Renacimiento, en la cual se había educado. Entre otras cosas mostróse esto en la descuidada liberalidad, que manifestó luego desde el principio de su pontificado (5).

Los romanos se llenaron de júbilo cuando el nuevo Papa suprimió en seguida el impuesto de la harina, introducido por Paulo III (6), y repartió a todos lados con pródiga mano mercedes y gracias. Limitó el derecho de espolios: los herederos o criados de los cardenales tendrían en adelante parte de su herencia. En el reparto de dones y gracias a los cardenales sorprendió principalmente, que tuvieran en ellos parte principal, cabalmente aquellos purpurados que, como Gonzaga y Madruzzo, más enér-

(1) Archivo de Lacomplet, VI, 162.

(2) V. *ibid.*, 156.

(3) En Merkle, II, 148.

(4) Massarelli, 155, 158, 160, 161, 164, 199, 202, 206, 210, 212, 213, 215 y 220.

(5) Para lo que sigue, además de Massarelli 151 s., cf. las relaciones a Fernando I en Druffel I, 358 s., 403; la carta de Dandolo en de Leva, V, 138 s.; Baumgarten, Sleidan 230; Muzio, *Lettere* 156 s.; la * carta de E. Calandra, fechada en Roma el 11 de febrero de 1550, y la de P. Olivo del 12 de febrero en el *Archivo Gonzaga de Mantua* (v. Apéndice n. 2), como también la * relación de Serristori, de 26 de febrero de 1550, en el *Archivo público de Florencia*.

(6) La Bulla gratuita de 8 de marzo de 1549 (stil. Flor.) acerca de la supresión del impuesto sobre la harina importada, se halla en la *Bibl. Casanat. de Roma*.

gicamente se habían opuesto a la elección de Julio III. Goñzaga obtuvo el obispado de Pavia, y fuera de esto fué tratado con tanta indulgencia, que le parecía excesivo al mantuano Pirro Olivo. Cuando se fué a despedir del Papa, le regaló éste una antigua esmeralda muy preciosa (1). A Madruzzo se le pagaron inmediatamente veinte mil ducados por sus gastos en Trento; y ya a 15 de febrero podía anunciar un informante mantuano, que no había ningún cardenal en la curia, que no estuviera profundamente agradecido a la liberalidad del Papa (2). Fuera de esto, sin cuidarse de la malísima situación de la hacienda (3), daba el Papa a manos llenas por todos lados, de manera que los curiales se sentían felices y proclamaban que había tornado la edad de oro. El carácter alegre de Julio III dispó presto todos los temores, que se habían tenido por causa de su temperamento vehemente en demasía. El nuevo soberano se hizo popular con sorprendente rapidez, y permitió en seguida las fiestas del carnaval (4).

Aumentóse el contento por la política conciliadora y pacífica que adoptó el nuevo Papa. Jerónimo Sauli, arzobispo de Bari, fué inmediatamente enviado a Parma con orden de entregar la ciudad a Octavio Farnese; y para acelerar la devolución, el Papa satisfizo al comandante Camilo Orsini de su propia caja, elevando a treinta mil los veinte mil escudos exigidos al principio (5). A Asca-

(1) V. la * carta de Olivo, de 12 de febrero, en el Apéndice n.º 2, y la relación de Serristori, de 26 de febrero de 1550, en la cual se dice: Il cardinal di Mantua andò a espedirsi da S. Stà. et oltre alle gratie concesseli come per l'ultime si scrisse a V. E., gli fu liberale S. Bne. d'uno smeraldo bellissimo che fu trovato agl'anni passati nella sepoltura d'Honorio, con intaglio d'una testa d'un imperatore, che valeva 3 mila scudi. *Archivio público de Florencia*.

(2) *Roma si contenta assai del elettione et n'è cardinale che non sia obligatissimo alla liberalità di Giulio III. Carta de G. Fr. Arrivabene, fechada en Roma a 15 de febrero de 1550 (*Archivio Gonzaga de Mantua*). Cf. también Lanciani, III, 177.

(3) Cf. Massarelli, 160; Carte Strozzi, I, 432; la ** relación de Serristori, de 4 de marzo de 1550 (*Archivio público de Florencia*) y la instrucción que se halla en Pieper, 143. Durante el conclave no se pudo pagar a los nuncios; vide Lett. dei princ., XVI, n. 242-243. *Archivio secreto del Papa*.

(4) Vide en el n. 3 del Apéndice la * relación de Olivo, de 15 de febrero de 1550. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(5) *Domandando il card. Farnese S. Stà. 20000 scudi da pagare le spese fatte in Parma per far uscire il s. Camillo, risposono alcuni: Padre santo, non si farà niente, perchè la somma non è gran fatto meno di 25000. Disse all' hora il papa: dienghesi 30000...; et così fu ispedito con lettere di cambio di 30000 scudi d'oro. Queste così fatte dimonstrationi fanno stupire il mondo et conclu-

nio Colonna se le concedió ya el 17 de febrero, perdón y restitución. También los Baglioni fueron restituidos en sus derechos, y la ciudad de Perugia recobró una parte de sus libertades municipales (1). Para zanjar los litigios e inquietudes, que habían surgido durante el largo conclave en algunas partes de los Estados pontificios, tomó Julio III las convenientes disposiciones (2). Prohibió a todos los desterrados la permanencia en los Estados de la Iglesia; se dió seguridad a los conservadores para que administraran rigurosamente la justicia y proveyeran a Roma de cereales, y al propio tiempo se les exigió seriamente que cumplieran con su deber, en especial contra los que sin conciencia especulaban con los mantenimientos (3).

Ante todo tomó muy a pecho el nuevo Papa, manifestar sus buenas intenciones y leales designios a los soberanos de las dos grandes potencias que se hostilizaban con furiosa enemistad; pues de su asentimiento y cooperación pendía la resolución de las dos cuestiones, que Julio III había recibido para resolver como legado del pontificado de su predecesor: la confirmación de los Farneses en Parma y la continuación del concilio de Trento. Ganar para estos fines a Carlos V y a Enrique II era por extremo difícil, pues lo que otorgaba el uno, solía rehusarlo el otro. Añadíase que la elección de del Monte para el papado no había respondido a los

dere ognuno che costui ha da farsi schiavo il mondo, escribe P. Olivo en 15 de febrero de 1550. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(1) V. Massarelli, 155; la ** carta de Lud. Strozza a S. Calandra, fechada en Bolonia a 16 de febrero de 1550 (*Archivo Gonzaga de Mantua*); las * relaciones de Serristori del 3, 9 y 10 de marzo y 4 de abril de 1550 (*Archivo público de Florencia*); Muzio, Lett. 156, 161. Los * breves concernientes a la restitución de los antiguos privilegios de Perugia y de los magistrados de dicha ciudad, llevan la fecha de 28 de febrero y 21 de abril de 1553 (*Bibl. de Perugia*). Este hecho ha quedado perpetuado por medio de un fresco que hay en el palacio municipal y en la estatua, mencionada en la nota 2 de la página 68 (véase su inscripción en Ciaconius, III, 769).

(2) Vide los * breves, a P. A. de Angelis, episc. Nepesino, fechado el 26 de febrero de 1550 (ad inquirendum contra Firmanos); a Sebast. Rutilonius (comisariato contra los perturbadores de Terni, cupientes statum nostrum facinorosis hominibus expurgare), fechado el 3 de marzo; Communitati Interamne, fechado el 26 de marzo; Bernardo Saccho (comisariato contra el conde de Pitigliano), fechado el 26 de marzo; Gubernatoribus Spolet., Interamni. et Reat. (contra el reo de lesa majestad, Seb. Arronio), con fecha 15 de abril; Rutilio Troilo (comisariato contra el conde de Pitigliano), con fecha 22 de abril. *Arm.* 44, t. LV, n. 71, 106, 221, 224, 305, 338. *Archivo secreto del Papa*.

(3) Vide en el n. 6 del Apéndice la * relación de Serristori, de 26 de febrero de 1550. *Archivo público de Florencia*.

designios del emperador ni a los del monarca francés (1). Con tanto mayor motivo atendía Julio III a conciliarse el favor de ambos soberanos, y con muy prudente acuerdo encomendó esta difícil incumbencia, no a los nuncios ordinarios, sino a parientes y privados de los respectivos monarcas. Luego a 16 de febrero de 1550 se encomendó la misión cerca del emperador a don Pedro de Toledo, y la de Enrique II al abad Rosetto (2), y el mismo Papa bosquejó las instrucciones para ambos. Para apreciarlas en su valor es necesario atender a la circunstancia, de que los documentos estaban destinados a ser comunicados a los mismos príncipes, por lo cual se evitó en ellos solícitamente todo cuanto pudiera ofender. A ambos se les exhorta a la paz y concordia, pues sólo por medio de ellas se podrían sanar las profundas heridas causadas a la Iglesia. Al emperador había Toledo de darle seguridad, de que el Papa procedería siempre y en todas las cosas leal, abierta y libremente, y sin engaño, y que estaba dispuesto a trabajar con él, por medio de la continuación del concilio de Trento, en el restablecimiento de la paz religiosa. Al propio tiempo suponía que se suprimirían las dificultades a ello opuestas, lo cual podría hacerse fácilmente con el auxilio de su majestad. En la instrucción dada a Rosetto, se tenía la cautela de no nombrar expresamente el concilio, sino solamente se expresaba, que el Papa estaba dispuesto para todo lo que fuera conveniente para la honra de Dios, extirpación de las herejías, y paz y concordia entre los pueblos cristianos. La entrega de Parma a Octavio Farnese, yerno de Carlos V, no necesitaba justificarse con éste; mas a Enrique II le ponía el Papa una serie de poderosos motivos para dicha disposición; además de la capitulación electoral, insistía principalmente en que éste había sido el único camino para no dar al emperador ocasión alguna de intervención armada, y así librar a Italia de la guerra.

En tanto que ambos delegados se ponían en camino, el 22 de febrero de 1550 se celebró con festivo aparato y gran concurso la coronación de Julio III (3). Dos días después se inauguró solemnemente

(1) Los susodichos puntos de vista con razón los hace resaltar Pieper (p. 4) enérgicamente.

(2) Vide Massarelli, 155. Las instrucciones para ambos delegados pueden verse en Druffel, I, 364 s., 368 s. Vide Pieper, 4 s., 139 s., donde hay también correcciones del texto.

(3) Además de Massarelli, 156 y *Diario di Cola Coleine Romano (Cod. N. II, 32, de la *Biblioteca Chigi*), cf. el folleto «La sontuosa festa con l'appa-

mente, abriendo la Puerta Santa, el jubileo anunciado ya por Paulo III. Acudieron numerosos peregrinos, especialmente de Italia, a aquellas fiestas, que habían de durar hasta la víspera de Navidad del corriente año. Entre los que procuraron ganar la indulgencia del jubileo se halló Miguel Angel, y cuando el Papa dió la bendición solemne el día de Pascua, el número de los concurrentes llegó hasta cincuenta mil (1). Tuvo solicitud de los peregrinos pobres y enfermos la Hermandad de la Santísima Trinidad, fundada poco tiempo antes por el lego florentino Felipe Neri en S. Salvatore in Campo; la cual se desarrolló con el tiempo convirtiéndose en un grande y famoso instituto para el socorro de los necesitados (2).

Ya en su primer consistorio, que se celebró el 28 de febrero de 1550, expresó el Papa su firme voluntad de trabajar por la reformatión de la Iglesia y la paz de la cristiandad (3). A principios de marzo corrió la voz, de que se instituiría una congregación de cardenales para deliberar acerca de la reforma del clero (4).

rato fatto per la coronatione di N. S. Iulio III. (del cual hay un ejemplar en la *Biblioteca pública de Munich*), la *relación del enviado boloñés, de 22 de febrero de 1550 (*Archivo público de Bolonia*), y la de Buonanni, de 23 de febrero de 1550, con las inscripciones del palco (*Archivo público de Florencia*). La coronación costó 15000 aurei; vide Massarelli 262.

(1) Vide la relación de J. v. Meggen en el Archivo para la historia de la Reforma en Suiza, III, 511; Massarelli, 157, 166; *ibid.*, 173, 174, 177, 198, 206 sobre la multitud de los peregrinos. Véase además Arch. per l'Umbria, III, 53; Lett. al Aretino, II, 408 y *Diario di Cola Coleine (*Bibl. Chigi*). La apertura de la Puerta Santa, a la que, a pesar de la lluvia, asistió una gran muchedumbre del pueblo, la describe Serristori en una *relación de 26 de febrero de 1550, que se halla en el *Archivo público de Florencia*. Cf. ahí mismo la *carta de Vinc. Ricobaldi, de 24 de febrero de 1550. El martillo usado por el Papa en esta solemnidad, magnífica obra de orfebrería, que equivocadamente se atribuye a B. Cellini (Plon, Cellini, 314 s., 393), se halla ahora en el museo nacional de Munich (vide Thurston, 51 y 85 con una copia). Sobre el jubileo vine Manni, 116; de Waal, Campo santo, 86; El año santo, Münster, 1900, 41 s. Sobre el modo como se celebró en Florencia el jubileo de 1551, vide Riv. delle bibl., XVII, 94 s. Acerca de Miguel Angel, vide Vasari, VII, 228.

(2) Vide Tacchi Venturi, I, 365 s.; Thurston, 85, 260 ss.; Kerr, Pippo Buono, Londres, 1908, 58 ss. Según Massarelli, 170, F. Neri era uno de los florentinos enviados a Roma para prestar obediencia al Papa. En el decurso de mi obra se darán noticias más particulares sobre F. Neri.

(3) Vide Massarelli, 158, y la *carta de Serristori del 1 de marzo de 1550. *Archivo público de Florencia*.

(4) *Carta de Serristori de 3 de marzo de 1550. *Archivo público de Florencia*.

En un consistorio secreto de 10 de marzo insistió de nuevo Julio III, en un largo discurso, acerca de su celo por la religión y la continuación del concilio, así como sobre sus designios de reforma. Tres motivos hallaba por los cuales el clero se había hecho odioso a los príncipes: la avaricia de los jefes de la curia, la inconsiderada repartición de los beneficios y el exagerado lujo de los eclesiásticos. Al mal estado de la curia quería poner remedio principalmente por la reforma de la dataría, y encomendó la deliberación detenida acerca de las disposiciones que habían de darse, a los cardenales de Cupis, Carafa, Sfondrato, Crescenzi, Pole y Cibo. Tocante a la distribución de los beneficios y limitación del lujo, prometió que tomaría en seguida las necesarias providencias (1). Así, pues, el 19 de marzo de 1550 inculcó el Papa la prescripción de su predecesor, que prohibía la acumulación de varios obispados en manos de un cardenal; al paso que por una bula de 22 de febrero había reglamentado las facultades del penitenciario (2). La comisión cardenalicia se ocupó primeramente en dar ordenanzas de reforma para la Ciudad Eterna durante el tiempo del jubileo; y para evitar los abusos, que en tales fiestas serían singularmente escandalosos, se dictaron graves ordenaciones de carácter eclesiástico y moral-policíaco (3).

La solemne toma de posesión de Letrán se hubo de diferir por lo desfavorable del tiempo, de modo que no se efectuó hasta el 24 de junio de 1550 (4). En el tiempo que precedió a ella habían gozado los romanos el brillante espectáculo de la entrada de varias embajadas de obediencia, las cuales demostraban que, a pesar de la gran defección del norte, eran numerosos los príncipes de Europa que perseveraban en la santa y antigua adhesión a la Sede

(1) Vide *Acta consist. (*Archivo consistorial*); la carta del cardenal Truchsess, publicada por Meichelbeck, *Hist. Frising.*, II, 2, 356; la *relación de Serristori de 10 de marzo de 1550 (*Archivo público de Florencia*, vide los números 7 y 8 del apéndice); Dandolo en Brown, V, n. 652. Cf. Schweitzer, *Historia de la Reforma*, 52-53, donde con todo se advierte equivocadamente, que el consistorio de 10 de marzo fué el primero que se celebró (véase anteriormente, pág. 74). Massarelli traslada ya al 5 de marzo la diputación de los cardenales para la reforma de la dataría y no nombra en aquélla a Cibo. Merkle, II, 158.

(2) Vide Acta consist. en Gulik-Eubel, 34, y Bull., VI, 401 s.

(3) Vide los *Capita reformationis, protocolo de la Congregación de Cardenales, en el Cod. Barb., XVI, 42, de la *Biblioteca Vaticana*, del cual publicó Ehses algunos fragmentos en el *Pastor bonus*, XI, 572 s.

(4) Vide Massarelli, 162, 179; cf. Cancellieri, 105.

romana. El 25 de marzo recibió el Papa a Luis de Avila, enviado por el emperador para felicitarle por su exaltación, y al día siguiente, Claudio d'Urfé prestó la obediencia en nombre del monarca francés. El 27 de marzo hizo lo mismo un enviado de Felipe II, y el 28 el representante del rey de romanos Fernando I. Los duques de Urbino y Ferrara habían ido personalmente a Roma para ofrecer su acatamiento al Papa. También la república de Venecia y Cosme I habían enviado brillantes embajadas (1). Los representantes de Bolonia, donde Julio III había sido cardenal legado, obtuvieron especiales distinciones; pues el Papa les dijo que Julio II había otorgado a su ciudad muchas gracias, pero que el tercero les concedería otras todavía mayores (2). En realidad, por un breve de 4 de mayo rebajó a la mitad el subsidio trienal que tenía que pagar Bolonia (3).

Octavio Farnese había celebrado ya a 23 de abril su entrada en Roma; pero hasta el 21 de mayo no pudo prestar su juramento de vasallaje, pues a fines de abril el Papa estuvo muy fatigado por un enfriamiento y poco después por su antiguo mal de gota. A pesar de esto, se consagró en lo posible a los negocios, y tomó parte, aunque solamente sentado, en la procesión del Corpus (4). A causa de la creciente petición de audiencias con que le urgían, y los tempranos calores, desde junio se retiró el Papa muchas veces al fresco Belvedere del Vaticano. Aunque al principio se había pensado en que se trasladase en el verano a Viterbo, se hubo de renunciar a ello por falta de dinero, originada en parte por efecto de la excesiva liberalidad de Julio III (5), el cual, sólo

(1) Cf. Massarelli, 162 ss. Vide también la relación de Masio en el Archivo de Lacomblet, VI, 159 s. El discurso de obediencia del enviado florentino P. Victorio (Vettori) causó mucha admiración, y fué al punto impreso (*Florenzia*, 1550); v. Manni, 120 s.

(2) *Se Giulio II fece molte gratie a quella città, state sicuri che Giulio III nè fara delle molto maggiori. Relación de los enviados boloñeses, de 10 de febrero de 1550. *Archivo público de Bolonia*.

(3) *Brevia Iulii III que se hallan en Arm., 41, t. LVI, n. 404; cf. *ibid.*, n. 430 el *breve de 10 de mayo de 1550. *Archivo secreto del Papa*.

(4) Massarelli, 169 ss., 173, 176. Sobre la enfermedad del Papa, de la que no sanó hasta fines de mayo, y su diligencia en los negocios, da cuenta muy en particular Jerónimo Biagio en sus *cartas de 30 de abril, 7, 14 y 24 de mayo de 1550 (*Archivo público de Bolonia*). Cf. también las *cartas de Serristori de 7, 11 y 30 de mayo de 1550. *Archivo público de Florencia*.

(5) Vide Massarelli 177, 180 ss. y las *relaciones de Serristori de 26 de julio (*La gita di S. B. a Viterbo si tien per esclusa por questo anno poichè

en otoño hizo algunas excursiones a la Campaña, que tantos atractivos ofrece en aquella estación. También el estado de salud del Papa dejaba algo que desear; pero aquel anciano de sesenta y tres años se reponía de nuevo con maravillosa rapidez, por más que la gota le fatigaba con harta frecuencia (1). Así podían esperar los romanos, que se cumpliría la predicción de un astrólogo, que había prometido al Papa un pontificado de veinte años (2).

Llenos de agradecimiento recibieron los moradores de Roma la providencia que tomó Julio III para prevenir la carestía de víveres, que amenazaba a la ciudad por la mala cosecha y la muchedumbre de peregrinos (3). Por todos los medios se esforzaba el Papa en promover una gran importación de cereales para aquellos tiempos. Para este fin escribió, entre otros, al emperador y al rey de Francia Enrique II (4), y obtuvo de ambos que dieran licencia para sacar cereales de España y de Provenza (5).

saria necessaria una spesa almen di 10000 scudi, siche Monte, Perugia et Viterbo si riducono a Belvedere solo, dove in vero s'intende et si conosce che farà la sua stanza S. S.^{ta} tutta l'estate et parte dell'inverno) y del 1 de agosto de 1550 (*Archivo público de Florencia*). El 10 de octubre de 1550 notifica Buonanni: * Tornò hier S. S.^{ta} dalla Magliona, della qual non si satisfice punto perchè il suo Belvedere le ha tolto il gusto. Voleva andar attorno 8 o 10 giorni, ma perchè il suo maiordomo le protestò non essersi dinari di andar in volta se ne torno a dietro.

(1) Vide la * relación de Serristori de 27 de septiembre de 1550. *Archivo público de Florencia*.

(2) * Carta de Serristori de 22 de marzo de 1550. *Archivo público de Florencia*.

(3) Ya en 1.º de julio de 1550, fué confirmado en su cargo el comisario nombrado por Paulo III para la Campaña, el cual había de velar sobre el encajecimiento del trigo, siendo extendida su jurisdicción al Patrimonio, Corneto y Civitavecchia (Brevia, Arm. 41, t. LVII, n. 604: Julio Bosio). En el escrito se dice: * Nos, qui nihil magis curae habuimus nec etiam habemus quam ut anno-nae vilitas semper et praesertim hoc Iubilei anno in terris nostris vigeat. *Archivo secreto del Papa*.

(4) Vide los * breves de 2 de agosto de 1550. Brevia Arm., 41, t. LVII, n. 725, 726. Cf. ibid., n. 759 el * breve al virrey de Nápoles, en el cual se le suplica el transporte de seis mil salmae frumenti. *Archivo secreto pontificio*.

(5) Véanse los breves, para Iac. et Bened. Nigróni, de 9 de septiembre, y mercatoribus Parmensibus, de 12 de octubre, sobre la exportación de España, y para Laurent. Cenamo mercatori, de 16 de noviembre de 1550, tocante a la Provenza. Brevia Arm., 41, t. LVII, n. 759, 800, 887, 954. Ibid., n. 986 Magistro Rhodi, a fin de que diligencie la exportación de trigo del Oriente para Roma, con fecha 1.º de diciembre de 1550. *Archivo secreto pontificio*.

También en los años siguientes se preocupó Julio III solícitamente por el bienestar económico de su capital (1).

Es característico de su tiempo, de qué manera se aprovechaba cualquier ocasión para disponer brillantes fiestas. El haber el comisario general, Leonardo Boccaccio, importado una gran cantidad de trigo en diciembre de 1550, adquirió la forma de una brillante entrada triunfal, que dió mucho que hablar (2). Y las fiestas de los romanos para solemnizar la elección de Julio III (3), así como las licenciosas diversiones del carnaval (4) y el esplendor de la vida cortesana, demostraron que no se habían reprimido todavía en Roma las mundanales tendencias del Renacimiento, ni el predominio de las antiguas reminiscencias. Los diarios de Massarelli y de otros, ofrecen un vivo cuadro de aquellos regocijos, que en muchas cosas recuerdan todavía los tiempos de León X.

En las solemnes procesiones en el aniversario de la elección pontificia, se continuaba viendo en las magníficas carrozas figuras de las divinidades paganas (5); y asimismo en las medallas de

(1) Vide *Brevia 1551, Arm., 41, t. LIX, n. 35: *Duci Florentiae, con fecha de 25 de enero; n. 57: * Viceregi Siciliae, con fecha de 31 de enero; n. 59: * Viceregi Neapol., con fecha de 1.º de febrero; n. 79: * Ascanio Malatesta, con fecha de 18 de febrero; n. 80: * Reginae Bohemiae, gubernatrici Hisp., con fecha de 18 de febrero; n. 150: * Duci et gubernat. Genuens., con fecha de 11 de marzo; n. 154: * Gubernatori Messinae, con fecha de 11 de marzo; n. 168: * Viceregi Siciliae, con fecha 14 de marzo; n. 192: * Franc. Albertino, con fecha de 20 de marzo. Entre los Brevia 1551, t. LXI pertenecen a este lugar: n. 718: * Regi Romanorum, con fecha de 22 de agosto, y n. 737: * Duci Sabaudiae y Marchionissae Montisferrati, con fecha de 27 de agosto (*Archivio segreto pontificio*). Cf. también los datos que se hallan en Massarelli, 181, 183, 204 ss.; Raynald, 1551, n. 75; Benigni, 33 s.; Pfeiffer-Ruland, *Pestilentia in nummis*, 17, 183; Merkle, I, ci; de Cupis, 142.

(2) Vide L'ordine della festa con la felice entrata et il gran trionfo fatto per la venuta dei grani fatti venir per terra di luoghi assai lontani dal magnifico signor Leonardo Boccaccio commiss. gener. di N. S. Papa Giulio III et della santa abbondantia de l'alma citta di Roma prefetto dignissimo. Sotto li X di Gennaro MDLI. Roma 1551. Folleto muy raro; de él hay un ejemplar en la *Biblioteca pública de Munich*. Vide *Diario di Cola Coleine (*Biblioteca Chigi*) y la ** relación de Buonanni de 23 de diciembre de 1550. *Archivio público de Florencia*.

(3) Vide Cancellieri, Possessi, 504; Clementi, 206 s.

(4) Rodocanachi (Juifs, 209) menciona un bando contra los abusos en las fiestas de carnaval. Sobre él, véase la *relación de Hipólito Capilupi a la duquesa de Mantua, fechada en Roma a 14 de febrero de 1551. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(5) Véase el diario publicado por Mac Swiney, Portugal, III, 226 nota, y Clementi, 209.

Julio III se hallan frecuentemente figuras y reminiscencias mitológicas (1), aun cuando se trata de perpetuar la memoria de acontecimientos puramente religiosos (2). Esto subió de punto en las fiestas de carnaval, para las cuales dió Julio III completa libertad: las carreras en el Corso alternaban con corridas de toros y otras diversiones, las cuales el Papa no se desdeñaba de presenciar (3), y asimismo asistía a las representaciones teatrales, con las cuales terminaban sus banquetes. Hasta señoras eran invitadas al Vaticano, y así da cuenta Massarelli de un convite, que dió Julio III el martes de carnaval a las damas de su parentela en la sala de Constantino (4). De las relaciones de los embajadores, así como de otras fuentes, se saca que el Papa, sin cuidarse de la gravedad de los tiempos, caminaba en este concepto por la senda que habían seguido sus predecesores de la época del Renacimiento.

Julio III que, al par que a los negocios, se había entregado bastante a los placeres, era principalmente aficionado a los convites brillantes. Con mucha frecuencia convidaba a los cardenales a banquetes magníficos en el Vaticano, y él mismo aceptaba de buena gana las invitaciones en las que, generalmente, después de la alegre comida, no volvía a su palacio, sino gustaba de pernoctar en casa de su huésped (5). Sólo dos cardenales faltaban a tales fiestas: Carafa y de Cupis, representantes del rígido partido reformista, los cuales se habían puesto por ley no comer nunca fuera de su casa (6). Esto era una muda pero elocuente protesta contra el lujo desmedido, que despleaban los demás en tales ocasiones (7).

(1) Cf. Müntz, III, 119.

(2) En la medalla para el año santo A. Cesati puso dos presos, porque los antiguos en sus fiestas jubilares daban libertad a los tales. Vide Vassari, V, 386.

(3) Massarelli, 213. Cola Coleine, en Clementi, 209 s.

(4) Massarelli, 214.

(5) Junto con los numerosos datos que se hallan en Massarelli, 155 ss., son también de interés las * relaciones de Buonanni de 30 de julio, 9 y 14 de agosto de 1550 (S. S.^{ta} è hora a S. Marco et in poco spazio di tempo quando a Araceli et quando a S. Pietro in vincula). *Archivio pubblico de Florencia*.

(6) * Relación de Hipólito Capilupi, fechada en Roma a 3 de febrero de 1551: «Con S. S.^{ta} disenaròno tutti i cardinali che sono in Roma da quattuor intuari cioè Trani et Chieti, che non mangiano mai fuor di casa, et Salvieti et Gaddi, que están enfermos. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(7) Vide en el n. 11 del Apéndice la * relación de Serristori, de 31 de enero de 1551. *Archivio pubblico de Florencia*.

Así como, siguiendo el ejemplo de los Papas del Renacimiento, salía Julio III a cazar (1), jugaba fuertes sumas con los cardenales sus amigos y otras personas de su confianza (2) y mantenía en su corte numerosos bufones (3), así no tenía dificultad en asistir a funciones teatrales inconvenientes. El 24 de noviembre de 1550 se representaron delante del Papa en el castillo de San-

(1) Massarelli 190, 193, 196.

(2) Cuán de buena gana jugaba el Papa grandes apuestas, especialmente la predilecta primera (Rodocanachi, Rome, 60), más claramente aún que de la *relación de Buonanni, de 8 de octubre de 1550, y de la de * Serristori, de 24 de junio de 1552 (S. Stà. vinse a tre dadi 1500 scudi al card. S. Agnolo; *Archivio público de Florencia*), se saca del proceso entablado en tiempo de Paulo IV, contra Alejandro Pallantieri, a causa de la pretensa infiel administración de los víveres. El 22 de marzo de 1558, declaró el acusado ante el fiscal Sebastián Atracino lo que sigue: Al tempo di papa Giulio, e Sua Santità e i cardinali e i vescovi e tutta la corte vignava, fui messo in ballo ancora io a giocare insieme agli altri, e Sua Santità mi mandava a domandare quasi ogni dì, perchè io andassi a giocare, e fra le altre volte, essendo io andato alla vigna di Sua Santità a dolermi di certe cose che faceva il signor Ascanio Colonna per impedire che la grascia venisse a Roma, Sua Santità non mi rispose niente a questo, se non che: «siate il benvenuto! a punto ci mancava il quartol». E dicendogli io che Sua Santità mi aveva dato un peso sulle spalle, il peso cioè dell'abbondanza, e che bisognava attendere ad altro che a giocare, Sua Santità mi replicò: «Mi meraviglio di voi; manca grano in Campo di Fiore; restate qui a magnare con Michelangelo, che vi manderò qualche cosa di buonol». E un'altra volta avendomi fatto chiamare in palazzo per giocare e dicendo io: «Padre Santo, io ho da fare; ho vinto certi scudi non vorria perderli», Sua Santità disse: «bisogna giocare; benchè tu perda non importa; io t'insegnerò a trovare qualche cosa da rubare per te e per me». E così giocai molte volte e con Sua Santità e in presenza sua a primiera. Il signor Balduino, suo fratello, non faceva mai altro dopo pranzo che questo, e io ero quasi sempre delli chiamati, e lì e quando andavo a qualche banchetto, dove io giocava con Sua Eccellenza e con cardinali e con altri prelati, e la sorte mia buona volle che là e in casa di monsignor di Pavia, che era governatore, io vincessi parecchie migliaia di scudi, come sa tutta Roma, e mi ricordo che l'ultima volta quando morì il papa, prima di tre o quattro dì, giocando in camera del sig. Balduino io vinsi al vescovo di Pavia circa due mila scudi ad un giuoco che si dice chi non ha niente. Papa Giulio, per la causa di Vincenzo Spada, mi fece donare in un sacchetto mille scudi d'oro e per certa altra causa circa cinquecento scudi, e con questi e con altri guadagni io ho comprato questi uffizi et questa casa e fabbricatola... Mi scordavo di dire che il papa fece giocare spesso volte il vescovo di Ascoli, che era governatore, si come il vescovo di Pavia, che era governatore... *Archivio público de Roma*, Proc., tomo XXXVI. Esto ha sido comunicado por Bruzzzone en una publicación difícilmente accesible, en el periódico turinés «La Stampa», 1900, n. 51, por lo cual parece ser muy conveniente repetirlo aquí.

(3) Expensas para bufones se hallan con frecuencia en los *libros de cuentas de Julio III (*Archivio público de Roma*); algunos ejemplos de esto pueden verse en Erulei, 17.

tángelo los Menechmos de Plauto, pocos días después la Cassaria de Ariosto, y el 22 de enero de 1551 los Eunucos de Plauto, traducidos al italiano (1). Principalmente en los días de carnaval hacía representar Julio III comedias en el Belvedere. El 3 de febrero de 1551 se representó allí la Aulularia de Plauto, en presencia del Papa y de veinticuatro cardenales, y el informante mantuano elogia la belleza de la escena y excelencia de la música, las cuales complacieron sumamente a todos los espectadores (2). Por el contrario, hizo un completo fiasco cierta comedia, que se representó igualmente en el Belvedere poco después, para celebrar el aniversario de la elección del Papa. Como de costumbre, se había convidado a todos los cardenales y además a los embajadores de Francia, Portugal, y Venecia; pero la pieza, compuesta por un sienés, fué sumamente insulsa y algo inconveniente, y sólo la presencia del Papa impidió que fuera silbada. Julio III manifestó su descontento poniéndose en actitud de estar durmiendo, y al final observó que el autor merecía disculpa, porque era un sienés. Aquella misma noche, cincuenta nobles romanos dispusieron un torneo en la plaza de San Pedro, con magníficos trajes antiguos, que agradó generalmente. Al día siguiente hubo allí mismo una corrida de toros con asistencia del Papa y de muchos cardenales (3). Hasta el último año del reinado de Julio III se representaron comedias en el Vaticano (4), sin que parezca que nadie se hubiera dado cuenta de cuán ajeno era todo esto de las costumbres eclesiásticas (5).

También siguió Julio III repetidas veces la perniciosa tradición de los Papas del Renacimiento en la promoción de sus parientes (6). Al principio resistió a sus apremiantes pretensiones de

(1) Massarelli, 202. Bertolotti, *Artisti Veneti*, 54, Art. Bolognesi, *Bolonia*, 1885, 37 s. Erulei, 19. Véase la *relación de Hipólito Capilupi, de 26 de enero de 1551 (*Archivo Gonsaga de Mantua*). La representación de la Cassaria la cuenta Buonanni en una **relación del 1 de diciembre de 1550 (*Archivo público de Florencia*).

(2) Vide en el n. 12 del Apéndice la *relación de Hipólito Capilupi, de 3 de febrero de 1551 (*Archivo Gonsaga de Mantua*). Cf. Massarelli, 213.

(3) Además de Massarelli 214, véase en el n. 13 del Apéndice la *relación de Hipólito Capilupi, de 14 de febrero de 1551 (*Archivo Gonsaga de Mantua*).

(4) V. Ancel en la *Rev. Bénédict.*, XXV, 50.

(5) En Erulei, 19, pueden verse expensas para la representación de comedias en los años 1552 y 1555.

(6) Sobre ellos vide especialmente Dandolo, 354 ss. y además de Leva, V, 114 s.